

LAS CENIZAS DE LOS ILUMINADOS

Gustavo Adrián Guinaldo



Edición: Oscar Fortuna.

Correcciones: Martina Fernández y Diana Regueira.

Imagen de tapa: “El equilibrista”, de Paul Klee.

© 2014 Gustavo Adrián Guinaldo.

© De esta edición:

2014 - Editorial Imaginante.

editorialimaginante@hotmail.com

www.editorialimaginante.com.ar

www.facebook.com/editorialimaginante

Impreso en Argentina.

Pollà tà deinà koudèn an/ thró pou deinóteron pélei.

Muchas cosas son terribles, pero ninguna más que el hombre.

Sófocles, Antígona, vv. 332-33.

...

La Historia, esa inagotable deudora de lo cotidiano.

...

“Pretendes analizar las leyes de la naturaleza, ¡pero tu corazón, tu corazón donde ella está grabada, es en sí mismo un enigma cuya solución no puedes ofrecer!”

Marqués de Sade, Obsequios Filosóficos, 1782.
De la carta dirigida a Mademoiselle Marie Dorothée de Rousset desde la cárcel de Vincennes.

...

¿Se comprenderá alguna vez el drama de un hombre que en ningún momento de su vida ha podido *olvidar* el Paraíso?

E. M. Cioran.
Cuadernos, 1957-1972.

...

No nos quedan más comienzos.

George Steiner.
Gramáticas de la creación.

Primera Parte

La Patria

Venir a la vida no se trata de ninguna elección personal. Al menos no conozco a nadie que pueda sostener lo contrario, o que haya tenido la oportunidad de dar su justo consentimiento. Seguramente alguien podría aducir que, de ser esta alternativa viable, pocos serían capaces de rehusarse a tan inmejorable oferta. Pero lo cierto es que argumentar algo así no sería más que desplegar las artes de la retórica establecida; otra falacia enarbolada por los detractores de lo inseguro, porque para que eso fuera realmente indubitable, habría que estar vivo con antelación. Pero nadie puede dar garantías al respecto. No se trata de recalar en certeza alguna. Para hacer honor a la verdad, en líneas generales, una vez vivos, pocos son los que quisieran dejar atrás el reino de este mundo, especialmente aquellos que creen en un ser supremo y bienhechor, lo cual nunca ha dejado de resultarme sumamente ocurrente, ya que de estar en sus manos, retrasarían hasta el nunca el momento de tener que comparecer frente al altísimo. No obstante, de ser así, de estar ellos en lo cierto, imaginar una eterna y perfecta morada trascendente tratándose de las patéticas almas de los hombres resultaría ser una perspectiva más que difícil de aceptar, si no de digerir. A menos que se tratara de la continuidad de su propio y terrenal infierno.

Se supone que uno debe sentirse agradecido con el *arribo*, que debe aferrarse con fuerza al divino obsequio recibido, ya que pocas cosas suelen resultar menos reprochables que un gesto de ingratitud. Pero sigue habiendo un problema. Jamás existió ni existirá una decisión autónoma acerca de esta llegada, a no ser la de un otro u otros ajenos a la futura voluntad en camino, sin contar que no pocas veces suele tratarse de lo que algunos llaman un *accidente*. Y no ignoro que poner algo de tal magnitud en tela de juicio podría resultar blanco de la más descarnada crítica, a riesgo de ser señalado como portador de una mente siniestra, y de requerir, frente a lo que considerarían una perturbación patológica, la más estricta atención terapéutica. Y sin embargo, nada nos impide pensar algo así. No existe evidencia alguna que permita descartar una alternativa nihilista. Eso es lo inquietante: que no escapa al mundo de los posibles.

Hasta tal punto esto tiene sus razones, que nada me impedía pensarlo mientras caminaba tranquilo dentro de la iglesia semivacía, escuchando el eco de mis propias pisadas y las del párroco que me dirigía una sobria sonrisa aprobatoria, para perderse luego tras una puerta en probable dirección a la sacristía. Por fortuna, la empatía tiene sus acertadas deficiencias. En qué hubiera quedado esa sonrisa formal de haber tenido acceso directo a un pensamiento que no hace sino saltar el cerco del rebaño. Hay sanos impedimentos de la naturaleza que nos permiten desconocernos lo necesario, cuando lo contrario nos conduciría hacia un lamentable e irreversible deslizadero de desencuentros. Qué hubiera sido de la raza humana de haber tenido los hombres la desgracia de poder accederse plenamente el uno al otro. Probablemente nos hubiéramos extinguido hace tiempo. Por dicha razón consideraba a las ficciones un factor fundamental en nuestra continuidad.

De hecho, el recinto había sido alzado a fuerza de ellas.

Un demiurgo que no pudo pasar de echar a andar un deficiente prototipo, y que hace más de dos mil años animó la escritura crítica de Cicerón (cuando todavía, múltiple, de dioses se trataba), me acompañaba en silencio; una nada moldeada con nuestro rostro según las exigencias del deseo de perpetuar-

nos. Pero claro, para ser honesto, tampoco podía descartar de plano aquello de ficción que llevaban mis propias reflexiones. Lo cual no hacía más que ratificar lo tan perdidos que estábamos. Los hombres, claro, esos únicos animales de la creación capaces de engañarse a sí mismos.

Arrodilladas en los primeros bancos, y a una distancia de intimidad respetable, dos ancianas oraban en silencio. Para ellas, la muerte empezaba a ser una posibilidad tangible. Los artulugios del lenguaje siempre son bienvenidos a la hora de aplacar el sufrimiento y el espanto. Y un rezo, más allá de ser un pedido desatinado arrojado al vacío esperanzador, no dejaba de enternecer mis fibras más descreídas. De haber estado en la indeterminada posición del gran demiurgo, la fantasía más grandiosa y útil jamás creada, probablemente me hubieran movido a la piedad. Aunque quizá por no estarlo, justamente, era que me causaban ese efecto. Por eso no dejo de creer que, de mi parte, de haberlo sido, hubiera pensado mucho mejor la decisión de traerlos hasta aquí, arrebatándolos de la dulce seguridad y paz de lo absoluto. Dios, el demonio, *esas palabras*, no han sido sino víctimas de nuestros subterfugios teológicos sobre los que proyectamos nuestras responsabilidades y nuestras culpas. Quién podría negar lo perverso de imputarle a un Dios el firme dictamen del libre albedrío. De existir en esos términos, dadas las expectativas que me ha despertado desde la infancia, creo que lo despreciaría. Contrariamente, su alicaída representación no me suscita sino conmiseración, arrastrando las cadenas impuestas por el delirio de sus feligreses, sus encarnados y exigentes progenitores.

La vida, a fin de cuentas, no era sino un asunto que nos concernía inequívocamente, e imposibilitados desde nuestra propia condición para llevarla honrosamente a cabo, nos valíamos de un ingenioso recurso imaginativo para zanjar la cuestión.

Mientras Dios prestaba oídos a los ruegos legítimos de las señoras, y yo continuaba observando sin ninguna finalidad específica las estaciones de la vía dolorosa de su hijo, miles de desgracias asolaban el mundo: un misil caía sobre una pobla-

ción civil en Medio Oriente, dos etnias se masacraban apuntaladas en sus insalvables diferencias, un psicópata enterraba los restos de otra víctima en su jardín, un matarife asestaba con resolución su martillo neumático sobre la cabeza de una vaca, varios jóvenes torturaban a un anciano para arrancarle el secreto bien guardado de su jubilación escasa, sumándosele a esas otras innumerables e indescriptibles aberraciones. Sinceramente, exigirle a un Dios el desmedido trabajo de atender tanta inacabable tragedia también me parecía un despropósito extenuante. Quizá debía revisar con más lentitud mis apresuradas cavilaciones y rectificarme respecto al tratamiento del libre albedrío. Tal vez yo mismo hubiera echado mano a la tregua de ese procedimiento, aunque solo muy de vez en cuando, o quizá más de lo esperado. De existir Dios, su esencia debía ser muy triste. Pensándolo bien, no debería privarse de la práctica de la epojé y de la ataraxia.

Al terminar la ronda, me detuve sobre la cara interna del portal de entrada y me quedé mirando hacia el altar. Recordé mi primera comunión. El pánico que me causaban las obligadas incursiones al confesionario. El pudor de desnudar mi alma frente a ese gran ojo que todo lo abarcaba. La vergüenza de no poder guardarme secretos inconfesables. De haber sabido en aquel tiempo todo lo que ignoraba, hubiera tenido un mejor vínculo con mi fugaz fase religiosa.

Mientras Cristo continuaba colgado y desfalleciente esperando la impracticable resurrección de Machado y la dichosa escalera, otras personas entraron al lugar, se santiguaron y continuaron hacia el interior para encontrar ubicación entre la gran cantidad de bancas vacías. Toda esa atmósfera desperdigaba soledad y me rozaba contagiándome algo de su desamparo, oprimiéndome tenuemente la boca del estómago. La soledad no era un estado que frecuentemente me embargara. En todo caso, me podía definir como un solitario, alguien que llegaba a encontrarse a gusto, en buena compañía consigo mismo. La soledad, en cambio, era una circunstancia que poco tenía que ver con la falta de acompañamiento, y menos aún con la ausencia de Dios. De hecho, era entre nuestros propios pares en donde

podíamos llegar a vivenciar la soledad más profunda; nuestros prójimos, esos otros que siempre serían *otros*, *otros* imposibles, remotos de los demás y de sí mismos, inmersos en su devenir de múltiples yoés, esos náufragos de la conciencia. Y yo, ese que se dice yo sin tenerlo muy en claro, ese otro, y otro, y otro, y que por mortal no estaba inmune a esos vaivenes emocionales, me encontraba bien parapetado en la ironía, en la aceptación de la cruda realidad que habita detrás de todos los escenarios. Orando, aferrados a sus propias convicciones, o al menos a algo que se esforzaba en parecerse a ello, se evadían como podían al enfocarse en sus existencias, sin pecado alguno que pudiera adjudicárseles, reprimiendo lo que juzgaban con derecho a reprimir. Después de todo, qué dosis de realidad un hombre tolera. A simple vista, no gran cosa, por cierto.

Salí y los dejé postrados en los reclinatorios, entre los santos, las columnas y las arcadas de un blanco mudo, como el castigo o la recompensa que merecían. Afuera, al aire libre, otros creyentes llenaban las botellitas que tenían el diseño de la virgen y vendían en el templo, con el mismo agua corriente que en sus casas corría por las canillas; solo que esta parecía brindarles una apreciable y particular confianza metafísica.

Llevé mi desacralización respetuosa hacia el símil de la gruta de la aparición, en donde el olor a cera derretida de las velas nunca dejaba de impregnarlo todo, en donde los pabilos se encendían y apagaban con la intermitencia de la fe, con la diferencia de que aquí acostumbraba a pasar bastante más desapercibido.

Las cerámicas que cubrían buena parte de las paredes con mensajes de los fieles no dejaban de conmoverme. Toda esa ingenua nobleza bien hubiera merecido la compasión de un Salvador. Por encima de los plátanos que daban sombra a las bancas, se erguían desde el remedo de la gruta los imponentes niveles del santuario. Para descansar un rato, me senté hacia el fondo, de espaldas a la reja que daba a la calle. Uno de los tantos gatos ni ateos ni teístas que vivían en el lugar se me acercó, lúcido, frotándose contra mis piernas. Buscaba la caricia tibia de la carne, no del alma. Consciente del tiempo contado, no

me negué al único desconocido que se me había acercado. Quizá por eso necesitábamos tantos templos con que suplantar las distancias que me arrimaba aquel gato, el que una vez logrado su cometido se marchó por sus cuestiones de gato, como era de esperar; y en lo que a mí concernía, me quedé observando a la virgen inmóvil, ni muerta ni viva. Su credo traído de tierras lejanas había enterrado los antiguos dioses de los pueblos nativos que alguna vez ocuparon su lugar, antes que los dueños de occidente desembarcaran sus moldes de progreso y, bajo sus mandamientos, poblaran la nueva vieja tierra e impusieran sus cultos desmemoriados y alienantes. La Historia, ese monstruo infiel de doble faz, reincidente e inmutable, no perdona. Ni siquiera a los dioses.

El sol, otro caído, despojado hacía mucho ya de su categoría divina, se iba llevando las últimas claridades de la tarde, cuando empezaron a asomar, difusos, casi imperceptibles, sus preteniosos sustitutos eléctricos. Desde chico, esta monumental basílica había atraído mi atención, en principio, más allá de todo misterio celeste. Nos encantaba subir y bajar con las bicicletas la gran rampa curva de cemento que llevaba al templo del nivel superior, hasta que alguien venía a ponernos en nuestro sitio. Nos gustaba su verde, su fondo, también arbolado, ese lugar más apartado en donde podíamos juntarnos a pasar la vida hermosa. Porque alguna vez fue hermosa la vida, sin antónimos, en el sueño compensatorio de la niñez. Era una parada habitual después de todo un día de aventuras en el barrio ferroviario, esas hectáreas y hectáreas de tierra descampada, galpones, rieles y vagones oxidados, agua estancada en los zanjones e hileras e hileras de eucaliptos aromáticos. Con el paso del tiempo, toda su estructura arquitectónica, la gran altura de la torre central contando la cruz en su punta, pasó de tenebroso castillo embrujado a apreciación de su mezcla de estilos, algo entre lo romántico y lo neogótico. Salvadas las distancias, la infancia marca territorio fuera y dentro de nosotros. Saltaba a la vista la razón por la cual nunca me había desprendido del lugar, sumado a que, más allá de no creer en encontrarme jamás cara a cara con creador alguno, tampoco he dejado de desear el que

podría ser su sorpresivo advenimiento –para ajustarle cuentas, claro.

Alguna vez me han dicho que la vida, el mundo que nos damos, es de muchas maneras, y que las experiencias que dejan huella en nosotros son las que, en definitiva, moldean nuestras interpretaciones. Algunos parecen tener más suerte que otros. O menos vista. No obstante, no creo deje de tener su cuota de verdad, y este desencanto dulce que me envuelve arraigue en raíces tempranas. De ser así tiene su justificación, porque tiene su historia. Y quizá sea esta la historia de un melancólico irredimible, o algo muy cercano a eso; de alguien que no encuentra suelo firme a cada paso suyo, un sano inconformista, aunque no un fatalista indolente, que solo de algo puede estar seguro: todo escéptico es inocente de serlo. Al igual que todo esperanzado.

Como no hubiera podido ser de otra manera, lo oí por primera vez de boca de tío Eduardo, si mal no recuerdo, cumplidos o no lejos de cumplir los once años. Me contó que mi madre se opuso categóricamente desde un principio. Me dijo que mi viejo, su hermano, le espetó que se guardara sus sonseras entre sus cosméticos y puso punto final al asunto, no porque fuera un hombre temperamental o intolerante, ni supiera escuchar solo sus razones. Más bien cuadraba dentro del tipo calmo y moderado, así me dijo, afable, introvertido, muy parecido a él y a mí. Parece ser que pocas veces daba a conocer sus opiniones y cuando rara vez se lo escuchaba intervenir en alguna conversación, se conformaba con exteriorizar solo lo conveniente. Acostumbraba decir, tratando de justificar sus prolongados mutismos, que lo más importante en una charla era saber prestar oídos a los otros, y por eso prefería, antes que hablar mucho y decir poco, manifestar lo indispensable de forma concisa y apropiada. Pero al parecer tío Eduardo poco le creía. Me decía estar en la naturaleza de nuestra *estirpe*.

A medida que fui creciendo, si es que en algo llegaba a parecerme, también lo juzgué o imaginé como un pretexto que trataba de enmascarar su poca preferencia por lo social, refugiándose en un retraimiento no escogido, impulsado por fuer-

zas genéticas ingobernables, tal vez relacionadas con cierto extraño y equilibrado sentido de supervivencia. Pero volviendo al decir de tío Eduardo, había sido un hombre condescendiente y seguro de sí mismo, solo que mi madre aquella vez montó una escena escandalosa, probablemente llevada por los exagerados cuidados que nunca parecían resultarle suficientes a su primeriza maternidad. Lo cierto es que, me aseguró, acceder a clausurar aquella ventana hubiera sido una tontería. Fundamentalmente porque habría obstaculizado la ventilación y la luminosidad de la habitación, propiciando todos los daños y consecuentes gastos que la humedad, con frecuencia constante, sin duda hubiese ocasionado. Mamá trató de alegar que aquel *fúnebre* panorama acabaría trayéndome todo un conglomerado de temores infantiles, de desvelos nocturnos, de lesivas supersticiones y otras secuelas psicológicas que podían remediarse preventivamente con unos pocos ladrillos y algo de cemento. Por otro lado, llevar adelante un cambio de habitaciones no encajaba dentro de lo factible, porque aquella pieza era considerablemente más reducida, lo que la hacía demasiado comprimida para albergar a dos adultos. No obstante, aquella resistida resolución no bastó para los pocos cimentados discernimientos de mamá, y se entabló entonces toda una semana de escaramuzas afectivas. Él probó todas las estrategias masculinas que tenía en cartera, le rogó, trató de convencerla con delicadeza intentando que mediara el sentido común, le habló de la vida y de la muerte, de las imposibilidades de encontrar una salida más adecuada, y le dijo en resumidas cuentas, así me contó tío Eduardo, que tenerlo ubicado frente a la casa, a los pocos pasos que requería cruzar la avenida, representaba en todo caso la misma inevitable situación.

Así y todo, ella continuó insistiendo en que todas las precauciones que pudieran tomarse no alcanzarían para resolver lo enrevesado del dilema y que debían poner un mayor acento en la vulnerabilidad propia de la infancia. Hasta que mi padre, agotados los medios de persuasión, los nervios crispados y la paciencia en fuga, puso la voz en el cielo en abierta declaración

a favor de la practicidad y fue acogido durante el resto de la semana por el giboso sofá del recibidor.

Se reía, tío Eduardo, cuando lo contaba. Pero tocar el tema de mis padres, de su hermano y su cuñada, por más atrayente que pudiera resultar cualquier anécdota, nunca dejaba de tener un tinte de congoja. La verdad es que muy pocas veces hablábamos de ellos. Mencionarlos era traer al recuerdo aquel mil novecientos sesenta y cuatro del desgraciado accidente automovilístico que se llevó sus vidas y del que yo no guardaba ni el más mínimo registro consciente, salvaguardado por los escasos tres meses que tenía. A raíz de eso, quedé a la guarda de quien fue la única familia de sangre que llegué a conocer, porque la mayoría de ella siempre estuvo compuesta por fotos viejas, parientes desconocidos desperdigados por el mundo o distanciados por heredados rencores, y por las exiguas evocaciones que apenas si alcanzaban a esbozar en mi mente fantasmas huidizos, todos suplidos por un tío soltero, que hizo con su sobrino lo que a su alcance pudo, con sus ya en aquel entonces entrados treinta y cuatro años.

Sin embargo, a pesar de todo, nos las rebuscábamos bastante bien para, además de sobrevivir a aquello, vivir de la mejor manera.

Más allá de que en los papeles él fuera mi tío, nunca había alcanzado a serlo del todo dentro de mi imaginario. Su sola presencia me sugería una especie de híbrido único, resultado de cruces múltiples, a medio camino entre padre, madre, primo, compañero y algo de abuelo, que en ningún caso era y no obstante, competían en los mismos términos con su relación parental. En síntesis, en aquella primera etapa, se encontraba siendo una especie de mixtura querida e indefinida que me permitió sentar las bases de mi autonomía. Aunque no se trataba tampoco de alguien que no pusiera atención en mí o no supiera señalar cuáles eran los límites permitidos. Solo que la mayoría de su tiempo lo ocupaba si no en su trabajo, con sus mujeres, o en las enfrascadas lecturas de sus libros de viajes, historia y filosofía.

A mis padres, dado que en realidad no tenía más inventario de ellos que las viejas fotos por las que puedo decir reconocerlos, jamás los experimenté como una verdadera falta, como esas pérdidas en donde el vínculo humano nos entrelaza de tal suerte que, al llevárselos la muerte, nos deja solo medio vivos, lejos de ser lo que fuimos, parciales e irreconocibles, como en realidad somos.

Casi podía decir que nunca había estado con ellos aunque sabía no era cierto. Y eso me hacía sentir un tanto culpable, quiero decir, por el hecho de ese olvido constante al que los tenía sometidos. Yo venía de... no sé de dónde venía, creo que esa sería la idea; y es aún hoy que suelo tener la reforzada y punzante sensación de no saber de dónde vengo. Probablemente del mismo lugar de donde venimos todos, ese no lugar, pero al que nadie como tal regresa, si es que como Epicuro sostuvo, cuando morimos ya no somos, terapéutica contra el temor a la muerte que presta poca ayuda. Porque en el fondo, lo que deseamos es la persistencia de nuestra individuación, ese es el punto. La nulidad del no ser en ninguna instancia parece arrimarse a premio consuelo. Y sin embargo... Es que las limitaciones de las que estamos hechos no permiten descartar conjetura alguna. Ni el hecho de que pudiera tratarse de un premio mayor, sea la continuidad o la nada. No sé cómo hubiera sido el transcurso de mis días si mis padres no hubieran quedado más allá de toda hipótesis. Y no me quejo de mi suerte. No concibo otra vida distinta a la que viví, mientras vivió, junto a tío Eduardo. Él, piadosamente, omitiéndolos como pudo, lo que algunos hubiesen catalogado como una negligencia de su parte, contribuyó a una desmemoria que apuntó a dejar, de mañana herida, la menor cicatriz posible. E hizo bien su trabajo. Fue un poco de todo y más.

Entrar en mayores detalles acerca de las que fueran esas primeras épocas con Eduardo no tiene mucho sentido, y digo Eduardo porque llegó un tiempo en que empecé a llamarlo por su nombre, lo cual a él no pareció molestarle en absoluto; creo lo apreció tanto como yo, porque desmoronaba los estructurados formalismos en beneficio de una aceptable camaradería.

Y no tiene mucho sentido porque es poco lo que puedo mencionar al respecto. Apenas comentar, más allá de su cariño responsable e incondicional, que estuve a cargo de distintas niñeras debido a que necesitábamos, como cualquiera, subsistir y su trabajo le demandaba parte de la mañana y de la tarde fuera, hasta que lo veía llegar cansado pero alegre en una escena repetida a diario.

No me escatimó su afecto ni bocado ni educación. No podía exigirle más. Un único reproche me habría colocado al borde de la desmesura. Era feliz. O lo más parecido a eso. Cuando todavía no nos preguntamos por la felicidad aumentando sus posibilidades en proporción considerable. Ya adulto pasé a creer en la alegría. La felicidad, como *estado* a alcanzarse y donde establecerse, me semejava a un ideal regulativo que nos orientaba en dirección a un fraude; un fraude que, dada su imposibilidad, solo podía procurarnos frustración. En un mundo contingente, la alegría, en cambio, se me exhibía con sus momentos a la manera de una felicidad sin mayúsculas, asequible, terrenal, realizable. E inmerso en esa alegría, o felicidad, o en su ignorancia, en esa edad en que lo inquieto nos lleva de ensayo en ensayo, aproximé la silla a la ventana de las desavenencias, me subí con dificultad acodándome en el marco, y desde el primer piso en el que estaba mi cuarto, apoyado el mentón sobre mis manos, lo vi. Vi lo que había detrás del monótono paredón que veía cada vez que salía de casa y se erguía sobre la vereda de enfrente.

La primera impresión que recibí —tanta inocencia conlleva rondar los cuatro o cinco años— fue la de estar viendo una inesperada ciudad a pequeña escala, amurallada, plácida e inexplicable. Dentro de ella, todo era quietud, cuando no lentitud y circunspección. Sentí, quizá, lo que podría llegar a sentir un emperador todopoderoso ante un imperio pacífico y conforme, y desde ese flamante punto de vista, supervisé sus movimientos y en mi juego creí preservar su vida.

Cuando la señora que me cuidaba aquella vez, no recuerdo su nombre ni su rostro, subió desde la cocina, lanzó una exclamación de alarma y llegó corriendo a tomarme del brazo, para

devolverme a la garantía del piso, mientras me daba un reto y me zamarreaba, obligándome a prometerle que jamás volvería a hacer semejante cosa.

Al regreso de Eduardo, todavía lo llamaba tío, le pregunté en ese rebuscado lenguaje que uno tiene de niño acerca de aquel descubrimiento que me había motivado una curiosidad desbordante. Él me miró sin sorpresa, y aunque no lo entendí bien, dados los imaginables y prudentes baches de conocimiento que uno tiene a esas escasas primaveras, fue mi primer acercamiento a ese vocablo, a ese mágico lugar, a ese triste pozo abierto de nunca o de quizá que era el cementerio.

Decir que no existieron esos miedos arcanos de los que acostumbramos a ser pequeñas víctimas nuestros primeros años de infancia sería faltar a una verdad inherente a nuestro destino humano. El temor al abandono, el consabido miedo a la oscuridad, sumados al silbido del viento y la lluvia azotando los techos, así como los truenos y las intermitentes apariciones de los relámpagos hicieron sus pertinentes estragos nocturnos. Sin embargo, nada aconteció más allá de lo esperable, lo cual echaba por tierra las teorías especulativas de mamá. Nada potenció como ella supuso aquel panorama necrológico, no más que lo que pudo hacer la vida por cuenta propia, ni las vetustas películas de terror en blanco y negro que mi tío gustaba ver en la televisión y con las que me asustaba un poco cuando me mandaba alguna macana, medio en serio, medio en broma, con el solo fin de mantenerme a raya.

Haciendo un breve balance que eche algo de luz sobre la puja entre lo ventajoso y lo inconveniente, el cementerio terminó convirtiéndose en algo así como un amigo más, aunque especial e íntimo, a prueba de lo que pudiera pensar cualquier descreído. Para evitar confusiones, mi corta vida no pasaba exclusivamente por ahí. Se expandía con la fuerza de una pasión indagadora que no dejaba fuera ningún recoveco, la misma que

jamás me abandonó e hizo que el peligro del hastío pasara de largo y que el camino se privara de decantar en algo insulso y uniforme, aun cuando el corazón del hombre es un abismo sin fondo que nunca encuentra el esperado sosiego. Era, para decirlo con simpleza, un chico que se iba perfilando a ser un pibe de barrio más, como cualquiera, con sus cosas de pibe de barrio, al menos todavía.

La casa misma fue mi primer laboratorio de experiencias, una casa antigua, grande, de techos altos y puertas de madera de doble hoja con vidrios repartidos y ventiluces arriba. El comedor, la cocina, el baño, la habitación del tío y el lavadero daban al patio semicubierto, en parte por una nudosa parra de uva chinche, y sobre los laterales, por la sombra constante de una galería techada con chapas carcomidas por el óxido. La jaula del canario amarillo, las macetas de helechos, de malvones y geranios rojos y rosas, contrastaban contra las paredes pintadas de celeste y el piso de baldosas negras y blancas. Una mesita ratona de pies de hierro y apoyo de mármol se ubicaba hacia el centro, rodeada de los cuatro sillones del juego. De ahí en más, hacia el fondo, corría sobre el jardín variado, con plantas de jazmines y dos árboles de mandarinas que sobresalían entre lo demás, una senda de grava que lo dividía por la mitad hasta llegar al galpón de las herramientas y los trastos viejos, emplazado hacia uno de los costados del terreno. A los lados, las fronteras eran paredes inexpugnables de ladrillos sin revocar y a su término, un ligustro de más de un metro y medio de alto cubría el fondo de medianera a medianera, apoyado sobre el tejido de alambre del vecino.

Del otro lado vivía la que fue mi primera amiga. Quizá la única que mereció esa distinción. Solo me aventajaba en edad por unos meses. La conocí mientras buscaba la tortuga entre el follaje de las plantas. No es que tenga la virtud de tener una memoria privilegiada, solo que es difícil excluir el impacto, en una actitud de espía temeroso de ser descubierto, de encontrarse de sopetón con una nena —nada menos que una nena— jugando con sus muñecas, hablándoles y paseándolas de un lado a otro mientras se deslizaba por el suelo de forma antina-

tural. Me quedé descolocado cuando reparé en que no tenía piernas. Y fue tal la impresión que me provocó, que seguramente dejé escapar algún movimiento de presencia entre las ramas del ligustro, porque entonces levantó la vista hacia donde me encontraba y supo que ahí estaba yo, observándola. A causa de eso pude ver en ella una expresión que en un tris, pasó de sorpresa a pudor intenso, y quizá encontrándose reflejada en mi mirada, se arrastró como un animal herido por mis ojos, tan rápido como pudo hasta desaparecer.

Ese fue el desafortunado comienzo de lo que con el tiempo cruzó las barreras de las diferencias, o al menos se intentó. Salí corriendo asustado, llevando a cuestas un secreto monstruoso. Mucho pasó hasta que pudimos digerir aquel desencuentro y nos permitimos ponernos otra vez, cara a cara, para que yo pudiera llamarla con soltura y aprendiendo a enmascarar mi lástima, por el que era su nombre, Mariela; y ella, con esas ganas reprimidas pero inocultables de querer tenerme siempre cerca y a la que nunca correspondí como hubiera querido, llamándome por el mío, Ariel.

Antes de que eso ocurriera, pasaron el jardín de infantes y algunos grados del primario. Tío Eduardo, todavía tío Eduardo, para ese entonces me venía contagiando desde hacía rato su gusto por los libros de estampas. Le hubiera fascinado recorrer el mundo, ciertamente, pero el bolsillo lo mantuvo alejado de rozar esos sueños inalcanzables, a no ser por los libros de viajes que podía pagar o escamotear a veces de la librería del centro en donde trabajaba. “La cultura debería estar al alcance de todos”, decía para justificar los esporádicos hurtos que tenían promesa de devolución. Sonreía y terminaba diciéndome con un compinche gesto de disculpa: “Tratá de aprender solo lo bueno de mí”. Y enseguida, para romper con esa antítesis poco justificable, me pedía que me acercara para mostrarme fotos de la India, de Egipto, de China, de Italia, de Grecia, de México y una cantidad de lugares exóticos que a mí me rebasaban, pero no por eso dejaban de contentarme, principalmente porque a él le gustaban tanto. Y así nos pasábamos parte de la tarde yendo y viniendo de las Pirámides de Giza al

Taj Mahal, del Partenón a los templos Mayas, de las estupas budistas al foro romano, mientras él era una máquina de contarme cosas, para terminar siempre, cuando empezaba a cansarme un poco, con las fotos de las salvajes sabanas africanas. En una oportunidad, para uno de mis cumpleaños, apareció con un libro de fotos de animales de gran tamaño, del que recuerdo cómo pesaba al cargarlo.

Me lo extendió y me dijo:

—Para vos. Este lo pagué.

Amé ese libro. Ahora era yo quien lo tenía cansado a cada rato, demandándole su atención para pasearlo por un repetitivo mundo animal que no despertaba tanto su interés. Después de todo, sabía aguantársela; la cuerda, lo tenía claro, me la había dado él.

Y tal vez para terminar de congraciarse conmigo, o vaya a saber si no aportando para que alguna vez me aburriera y dejara de darle vueltas siempre al mismo libro, un domingo por la mañana despidió a una de sus amantes, a las que frente a mi llamaba invariablemente amigas, y me pidió que me bañara y me pusiera buen mozo porque nos íbamos a ir al zoológico. Bañarme, por lo general, me costaba bastante, pero el corazón me dio un brinco con la noticia y probablemente batí todo récord anterior sin que me lo hubiera propuesto. Me aparecí frente a él al rato, y se quedó mirándome, me acomodó la ropa torcida como hacía habitualmente y me dijo:

—Podrías ponerle la misma garra en el colegio.

En la escuela, era cierto, venía algo flojo, pero nada mal. Solo que, últimamente estaba un poco vago; la atención se me iba sin mi consentimiento para otros rumbos, en donde me encontraba más a gusto, acompañado por una imaginación profusa y cautivante. Él no ignoraba que tenía su cuota de responsabilidad, y aunque no dejaba de reconvenirme al respecto, sabía que tenía capacidades para revertir cualquier nota baja, y podía esperar.

Tomamos un colectivo hasta la estación Caseros, después el tren San Martín a Palermo, y de ahí nos fuimos caminando hasta el Jardín Zoológico. Yo estaba en la gloria. Aquella deci-

sión de tío Eduardo me resultó un acontecimiento indescribible, una muestra de amor que para otro no hubiera sido sino algo normal. Pero para mí, dado que él no tenía el status de responsabilidad que puede llegar a tener un padre, ese hecho, el que hubiese relegado su afincado sedentarismo de leer o escuchar música para darme esa tarde de paseo infrecuente, fue algo digno de atesorar junto a otras evocaciones. A tal punto que, supongo, por eso lo transcribo. Tampoco era una especie de carcelero. Me llevaba a la plaza o al cine cuando podía y mientras consideró que necesitaba a mi lado la compañía de un adulto. Hasta que poco después me soltó la rienda para que me las arreglara medianamente solo y no me quedara encallado en una relación de dependencia.

Entrada en mano, no la solté ni ante el requerimiento al ingreso. El guarda que estaba a cargo me la tironeó y viendo que no se la entregaba, apurado por la gente que esperaba en la cola, me la cortó como pudo, fastidiado.

Esa tarde recorrimos el lugar de punta a punta, repitiendo visitas a algunos animales, como los elefantes, los monos y las jirafas, para las cuales tuvimos que retomar el camino prácticamente hasta el punto de partida. Me atiborré de maníes y no me cansé de repartir galletitas a tanta boca solícita. Recuerdo cómo lo disfruté, porque la generosidad se disfruta, cosa que olvidamos al madurar, muy a menudo. El que sí resultó cansado fue tío Eduardo, pero aquella tarde tan particular fue paciente. Varias veces, al darme vuelta para buscarlo y hacerle algún comentario, lo encontré sentado, aguardando, o conversando con alguien bajo el sol, contándole su historia, nuestra historia.

Dueño todavía de tanta ingenuidad, apenas si tenía una idea muy superficial de la vida animal. Como mucho podía asegurar que los animales tenían mi simpatía, no más que eso. Mientras mirábamos el foso de los leones, uno de los cuidadores les arrojó una cantidad abundante de carne, entre lo que yo vi o creí ver parte de una pata de vaca o algo por el estilo. Inmediatamente eso me remitió a la vecinita del fondo. Entonces pregunté:

—Tío, a la nena que vive atrás de casa, ¿qué le comió las piernas?

Eduardo me miró perplejo, completamente tomado por sorpresa. Intentó balbucear algo espontáneo, sin embargo el desconcierto no lo dejó. Meditó un momento, las cejas arqueadas dándose un respiro, y antes de elaborar respuesta alguna, me interpeló.

—Decime: ¿de dónde sacaste semejante cosa, vos? ¿Cómo le van a comer las piernas?

—Es que yo vi que...

—A ver, a ver... —Me hizo un gesto con la mano para que lo dejara hablar—. La nena creo que se llama Mariela... Sí. Marielita nació así. Es una malformación congénita. Son alteraciones anatómicas que se producen en la etapa intrauterina, cuando el bebé está dentro del vientre de la madre... Pero, bueno, no creo que entiendas bien. Cómo decirte... Nació sin piernas. A veces las personas nacen con algún defecto físico, sin piernas o sin brazos, otras veces, es necesario amputárselas porque... porque... —Se estaba enredando, poniéndose nervioso—. Bueno, nadie le comió nada. Ahora ya los sabés...

—¿Y por qué nació así, tío?

—No lo sé, Ariel. Porque Dios lo quiso así.

Como sentí un poco de vergüenza por haber forzado esa situación, volví la cabeza hacia la fosa de los leones y, para tapar el bache, cambié estratégicamente el tema, pero con poca suerte.

—¿Por qué le dan carne a los leones?

—Porque comen carne.

—Pero la carne, ¿no son animales muertos?...

—Sí, bueno, los leones tienen que comer, Ariel.

—¿Y por qué no les dan otra cosa?

—¿Qué querés que le den? ¿Pizza? Cuando salimos vamos a comer una, si querés... O la podemos comprar para llevárnosla a casa.

—Bueno... ¿Y para comer tienen que esperar a que el otro animal se muera?

—Hacés muchas preguntas vos, pibe —me dijo revolviéndome el pelo—. No sé si es bueno eso.

Todavía hoy, después de haberme hecho tantas preguntas, no puedo estar seguro de que sea algo categóricamente bueno.

En muchos aspectos, el hombre es un ente condenado a hacerse preguntas sin respuestas.

Tomar plena conciencia de lo que significaba la cadena alimenticia resultó ser una terrible decepción. La vida se alimentaba de muerte. Como un psicópata de doble faz, el Creador custodiaba tras las palabras su idiosincrasia oculta, y ya tempranamente, lejos de simpatizarme, comenzaba a despertarme desconfianza.

Esos interrogantes espinosos, ahogados en la sana costumbre de los juegos y la fantasía reflataban, como era de esperarse en mí, en las ocasiones y sitios menos apropiados. Así parecía pensar buena parte de la humanidad circundante. Yo nunca alcanzaba a estar lo suficientemente convencido de eso. Bajo cualquier circunstancia, era acérrimo enemigo de los conflictos, pero ellos parecían tener cierta afinidad faldera por seguir mis opiniones y solían encontrarme con frecuencia en clase de catequesis.

Ni popular ni impopular, acostumbraba pasar desapercibido entre la población estudiantil. Era algo tímido, sí. Tenía compañeros allegados. Solo que no podía resistirme a los desafíos a los que era conducido cuando el padre Julián desarrollaba su teológica cosmovisión conservadora como una verdad evidente e incuestionable, por lo cual acababa echándome a todos encima. No era que encontrara en el pobre sacerdote un reaccionario ni mucho menos, ni siquiera sabía lo que significaba aquella expresión en aquel tiempo. A la mirada del padre Julián, ahora que lo pienso a la distancia, tal vez representaba el riesgo de un incipiente pichón de agnóstico, o una criatura mal influenciada por su familia en irreversible dirección al errado camino del ateísmo. Por eso citó más de una vez a tío Eduardo

con la beata intención de que fuera devuelto lo antes posible a la senda del Santísimo. Tío Eduardo, disidente disfrazado de consecuente, no hacía más que asentir ante el discurso del sacerdote, no tanto por miedo a entrar en lo que él consideraba eran discusiones bizantinas, sino por temor a que pudiera quedarme fuera del colegio de doble escolaridad, al que me mandaba por razones obvias. Ya en casa, nunca me retaba, aunque sí me pedía con fingida autoridad que me moderara y tratara de refrenar esos impulsos.

Decididamente, ninguno de los dos me entendía, lo mío era lisa y llanamente curiosidad, y la curiosidad no admitía militar ni en ideologías ni en credos de tiempo completo. Aunque lo ignoraba, quizá intuía que el pensar poseía una flexibilidad que no se acomodaba a las ideas, las que por lo general se estancan y resisten, reclamando para sí un reinado imperecedero que suele venir acompañado de baños de sangre. Pero qué podía saber yo de eso. Nada aún. Apenas si podía pertrecharme de preguntas y aseveraciones como: “¿Quién fue la madre de Dios, padre Julián? ¿Ella ya murió?”, o, “¿Por qué vive solo? ¿Nunca come nada? ¿Y por qué los ángeles y los hombres tienen alma y los animales no? Padre, mi tío dice que Dios no existe, que es un invento de los curas”.

Las menos de las veces me sacaron del salón tildado de mosca molesta. Y eso me daba una mezcla de impotencia y de tristeza. Especialmente por tener que soportar las burlas de quienes eran mis pares, cruel divertimento cuando uno no era el objeto de la mordacidad. El padre Julián, no obstante su poca tolerancia ante mi zumbido persistente, era un hombre bueno, que deseaba para mí lo mejor, solo que las artes de persuasión que estilaba no alcanzaban a cubrir mis inquietudes.

Los aportes de tío Eduardo no eran ajenos a tanto desacato espiritual, y entre uno y otro, me quedaba holgadamente con su contestatario reformismo. Tenía un desenfado atrayente que me ayudó a consolidarme en mi propio carácter, para después con el tiempo, volar por cuenta propia. Hasta que la vida misma se encarga de bajarte de un hondazo.

Con unos cuantos años más encima, cuando entré a la carrera de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, cursando Historia de la filosofía Medieval, entendí un poco mejor todo aquel énfasis asumido por el padre Julián. Y no es porque terminara adhiriendo a línea filosófica alguna. Lo que me maravilló de aquellos pensadores tanto como el empeño intelectual fue el hondo anhelo de demostrar la existencia de un ser imposible con la esperanza en ciernes de motivar un cambio en el valle de lágrimas que, cambiando, continuó siendo el mismo. Una heroica lucha entre la ficción más extendida y un dragón, destinada a prolongarse por los siglos de los siglos. Los estéticos sueños de los hombres, esos portentosos y frágiles cristales, desde un trascendente mundo de ideas perfectas, pasando por la indiferencia de un motor inmóvil hasta la lógica enmarañada de las páginas del *Proslogion*, embellecían y se esforzaban por justificar en vano el sentido trágico de los condenados a la finitud. Aferrados algunos a Platón y otros a Aristóteles, continuadores de Plotino, adhirieran a la Patrística o a la Escolástica, fueran nominalistas o realistas. Averroes, Boecio, Santo Tomás, Buenaventura, Orígenes, San Anselmo, Abelardo, San Agustín, todos, absolutamente todos, me fascinaban con su noble y excéntrica locura teológica.

Lamentablemente o no, yo no era como ellos. Me faltaba esa obsesión por lo preciso que hace aflorar la fe. Hombre de mi tiempo, atrapado en otro paradigma, rebosaba en la obsesión por la vacilación, de por sí manifiesta disposición del ánimo por excelencia.

Tío Eduardo no se llevaba bien con las sotanas. No creía en la indemnización del más allá. Para ser franco, no sé si creía en algo tío Eduardo. Ni siquiera en el progreso. Decía que era una ficción más. Que postergábamos la vida en pos de una idea servil y un futuro mejor que perpetuamente quedaba en el futuro. Nadie podía garantizarle que un hombre de las cavernas no hubiese sido más feliz.

Aquel 1969 en que el hombre llegó a la luna, me lo contó él, yo tenía cinco años, los dos sentados frente al televisor ante

la importancia de ese evento histórico, se mofó de las palabras de Armstrong.

—Un gran paso para la humanidad sería aprender a distribuir mejor los recursos —me decía—. Un cuarto de la población del planeta pasa hambre y no se deja de gastar en armamento y cañitas voladoras. Cuando logren poner una base allá, lo primero que van a hacer es apuntarnos con sus misiles nucleares.

Así era Eduardo, a veces un poco exagerado, tirando a rojo a la hora de la crítica y liberal a la hora de cuidar el mango. Confraternizaba con el comunismo, le parecía coherente el anarquismo de Proudhon, pero que nadie le tocara su inalienable derecho a la propiedad privada, que por otro lado, no tenía, porque vivía en la casa que mis padres habían dejado, y que yo heredaría a la mayoría de edad. Mi tío era así, un tipo contradictorio pero comprador. Había tenido un perro al que llamó Fidel, en honor al líder de la Revolución cubana, así como una perrita a la que nombró Laika, en homenaje a aquella mártir canina lanzada a morir al espacio exterior por la truculenta y codiciosa especie humana. Tenía la cara interna de la puerta del placard llena de recortes de revistas, como un adolescente. Entre los afamados pechos de la Coca Sarli y otras beldades de la época, convivían el Che Guevara, Gardel, Troilo, Gandhi, Nietzsche, Charlie Parker, John Coltrane, Miles Davis, Bill Evans, los Beatles, los Stones, Deep Purple, Led Zeppelin, Almendra, Sui Generis, Manal, Vox Dei.

A pesar de la edad que detentaba, no participaba de esa manía de otros adultos que aseveraban: “Todo pasado fue mejor”. En todo caso, todo había sido siempre la misma cagada. El hombre era un bicho malo, embaucador y cruel, condenado por sí mismo a la aniquilación y a dejar en su lugar, si es que algo le sobrevivía y la providencia ecuánime daba señales de apiadarse, a un viviente más noble, un colibrí, por ejemplo, libando diligente las flores del verano, sin nada que sangrar ni por lo cual retorcerse en la agonía del dolor al comer o ser comido. Sin garras, sin dientes, sin palabras, sin manos, el perfecto antipredador.

Como Schopenhauer, mi tío pensaba que el mundo no tenía el más mínimo sentido, y si algo lo justificaba, era el mero placer estético que significaba el vivir y que podía coexistir con el sufrimiento, sin que nada de esto pudiera llegar a ser considerado parte de sentido alguno. Por eso amaba la música, la pintura, los libros, los que lo ayudaban a escapar de la tendencia dominante, nutriéndose en las vanguardias, para luego hundirse de lleno en la incredulidad más radical. Un tipo nada prosaico mi tío. Un loco lindo inclasificable.

Doña Inés, la señora de la limpieza que más duró en casa, le tenía un poco de recelo, y cuando podía, a escondidas de él, me decía:

—Usted querido, no le haga caso a este hombre. Haga lo que yo, récele a la virgen para que lo proteja.

Algunas veces le traía estampitas de santos para que las pusiera sobre los vidrios de nuestros portarretratos. Tío Eduardo le contestaba:

—Para qué te gastás, Inés, el único que existe es el diablo.

Y ella le retrucaba:

—Sí, y es usted.

Le preguntó una vez por qué no tenía fotos de los padres del chico a la vista. Yo estaba en el patio, jugando con el *Plástico* y lo escuché, y solo escuché eso. Eduardo no le contestó. A veces las invasivas influencias de las mayorías confunden la magnitud de algunas decisiones. No puedo decir que estuviera bien o mal, yo solo podía juzgarlo por la intención. Los aciertos o desaciertos, a esta altura, son lo de menos. Era su manera de entender la vida, de protegerme de ella, siquiera de muchas de sus insalvables asperezas.

Conmigo también solía tener silencios elocuentes en la materia, que compartíamos tácitamente. Mediante ese recurso sobrellevábamos el pasado con cautela, desbrozando lo que quedaba de nuestro incondicional jardín. Tan directo era con su callada discreción así como con sus comentarios o respuestas. Era compañero y aprendí mucho de él. Me presentó, ante las contradicciones, el material del que estábamos hechos, sin tapujos, y me enseñó a valorar y descartar, a asumir riesgos.

En vista de que, consideraba, debíamos darnos nuestra propia vida, con las limitaciones de sus facultades no académicas, le gustaba parafrasear a Sartre y decirme:

“*Estamos condenados a ser libres. El hombre no puede no elegir.*”

Conservó para sí del Existencialismo francés otra frase que terminé de descubrir siendo adulto, leyendo *El ser y la nada*: “*El hombre es una pasión inútil*”. Frase dolorosa si las hay, que mucho después entendí mejor, y que dicha de forma aislada quedaba totalmente descontextualizada, expuesta a ser malinterpretada.

No obstante, no sé qué decir al respecto. La historia de los hombres está repleta de perspectivas, de interpretaciones. A causa de eso, hay que poner especial atención para no confundirse con tanto embrollo. Y no es fácil. Uno duda acerca de si hay cosas que sería mejor ignorarlas a saberlas.

En una oportunidad, un compañero de carrera, Omar, me hizo llegar unos libros de Emil Cioran que por supuesto estaban fuera del programa: *El inconveniente de haber nacido* y *La tentación de existir*. Libros desgarradores, caldo de cultivo para desahuciados. Cuando le agradecí el haberme acercado ese nuevo punto de vista, me dijo:

—No me agradezcas nada. La verdad no sé si te hice un bien o un mal.

Era la vida, no había vueltas. Como aquella vez que, apasionado como se suele ser, siendo una criatura candorosa, con el deseo aún no sometido por completo a los diques culturales, metí la mano en la jaula y eché a volar al canario.

Primero trazó un recorrido amarillo y corto, y terminó en el piso. Se quedó estático, desorientado. El encierro lo había desacostumbrado de su complejión alada. Entonces me acerqué para darle enviñón, asustándolo. El pobre pájaro alzó un vuelo inestable y fue a posarse en una de las plantas de mandarinas. Después terminó tomando coraje y se perdió por encima del ligustro, en los árboles más altos del centro de la manzana.

¡Ah, la libertad! Me sentí la encarnación del bien. Recién llegado Eduardo no pude esperar para contárselo. Lo agarré del brazo y lo llevé hasta la jaula vacía.

—¡Vení, vení, tío, dale, apurate! Mirá, mirá. *Ya está*. Ahora el *Piolín* es libre.

Atónito, miró la puerta abierta de la jaula, e incrédulo preguntó:

—¿Se escapó?

—No, no. Lo solté yo —le dije sonriendo, otorgándome el crédito, aguardando su aceptación.

Entonces recién entendió. Me miró, miró la jaula, volvió a mirarme, amagó a reconvenirme, pero al final, moviendo la cabeza de lado a lado solo dijo:

—La culpa es mía.

Quedé desconcertado. Esperaba otra cosa. Por la noche, después de una cena silenciosa y con un televisor dominante, cuando estaba en el cuarto acostado, todavía sin dormirme, golpeó despacito la puerta con dos golpes sutiles y entró. Se sentó a los pies de la cama y se tomó unos segundos antes de hablarme.

—Sabés, Ariel. Quería decirte que... A ver... No quería que pensaras que estoy enojado. Te juro que a mí también me encantaría que el mundo fuera diferente. Solo que a veces las cosas no son lo que parecen, o lo que uno espera... Ese pajarito que soltaste, es un pajarito que nació en cautiverio, sabés. Eso significa que no adquirió, cómo decirte, el conocimiento suficiente para preservarse; quiero decir, proveerse de lo elemental para sobrevivir. No sabe buscar su alimento, no sabe defenderse de los posibles ataques de predadores... Lo más factible es que muera de inanición. Es decir, de hambre. ¿Me entendés?

Emití un sí compungido, entendiendo.

Tío Eduardo, en la semioscuridad del cuarto, supongo que guiado por la intuición y por mis pausas prolongadas, captó que estaba consternado y que quizá se había excedido en los detalles de la explicación. A modo de consuelo se rectificó y trató de asegurarme:

—Bueno, aunque quizá pensarlo así sea un poco extremista. Quién te dice que no ande por ahí y lo encuentre alguien y se lo quede.

La alternativa era buena. Así y todo no alcanzaba para consolarme.

Tío Eduardo me propuso:

—Más adelante compramos otro.

No contesté. Dio unos golpecitos con la palma abierta sobre las cobijas y me deseó buenas noches.

Cuando salió, me quedé un ratito más en la cama y después me levanté. Con la luz apagada, corrí la cortina de la ventana para ver la calle desierta, los postes y los cables de luz.

Nada. Apenas algún auto esporádico que pasaba raudo, iluminando con sus focos el asfalto.

Ni siquiera las mejores intenciones alcanzaban. Uno podía llevar adelante, de corazón, el acto más sublime y desencadenar una tragedia indeseada.

Detrás del paredón, el cementerio era una sola sombra en la noche. Nunca me inspiró temor toda esa paz. O casi nunca. Eduardo me decía: “A los que hay que tenerle miedo es a los vivos”. A mi espalda, escuché rechinar los goznes de la puerta entreabierta. Quién iba a ser. Era el tío.

—¿Qué hacés ahí levantado?

Se acercó y se paró por detrás, apoyándose las dos manos sobre los hombros. Nos quedamos los dos atendiendo por un breve instante el mensaje eterno de la noche.

—Dale, andá a acostarte, que mañana tenés que ir a la escuela —me recordó.

Me metí en la cama y él se mantuvo todavía unos segundos más meditando vaya a saber qué cosa. Y antes de cerrar la cortina e irse, quizá olvidándose de mí, hablándome como a alguno de sus amigos de copas, dejó escapar una expresión que le escucharía decir luego, con los años, en otras muchas ocasiones.

—Enfrente se acaban todos los problemas.

Había motivos para creer que sí, se terminaban los problemas, en el sentido concluyente que implicaba la finitud irreversible. A lo sumo desde este lado, esa era la percepción colectiva más consensuada y también más reprimida. Uno no puede evitar la condición de hombre limitado que ansía perseverar en su ser. De todas formas, a pesar de todo, no parecía ser la única opción admisible, me refiero a la manera en que los problemas culminaban, porque en ese entonces también terminaban allí enfrente para mí, pero vivo. Las largas y poco transitadas veredas del cementerio resultaron un lugar de reunión ideal para esa barra de chicos de barrio a la que me sumé, cuando tío Eduardo comenzó a advertir que ya era tiempo de que socializara haciendo mis propias amistades y aprendiera a afrontar individualmente responsabilidades nuevas.

En esos días formé parte de un reducido grupito de chicos de la manzana, al que después se le fueron agregando otros de las inmediaciones. La verdad es que nos divertíamos mucho. Quién pudiera revivir esos momentos en que el futuro era ciencia ficción a secas, y quedaba vaya a saber dónde, dentro de cuánto, despojado de la angustia que trae adosada el porvenir inestable.

Nada en especial, hacíamos lo que cualquier pibe en ese entonces. Coleccionábamos marquillas de cigarrillos, chapitas, figuritas. Jugábamos a la escondida, a la mancha, a la pelota, a las bolitas; remontábamos barriletes en el campito, íbamos a la calesita, salíamos a dar vueltas en bicicleta. Eran otros tiempos. Más inocentes. Tiempos en que la deferencia todavía no se había perdido. A ninguno se le hubiera ocurrido faltarle el respeto a un adulto, cosa ahora tan común. Cuando hasta el maestro era el maestro, aquel que nos educaba. No ese *boludo* que ganaba dos mangos, el que algunos padres prepotaban indignados por no haber aprobado a sus hijos cuando estos habían pagado puntualmente la cuota escolar, pretendiendo delegarles muchas de sus responsabilidades, olvidados por completo de que la educación, que no era una mercancía y sí un valor, empezaba por casa. Aunque tampoco uno pretendía aquel educador infalible que bajaba línea según su punto de vista excluyente; ese cuya palabra era sagrada.

Por otro lado, no es que nosotros fuéramos unos santos. Pero la vida era distinta, no sé si me explico. No se palpaba tanta agresión contenida. No se acostumbraba a ver ni a oír, ni en la calle ni en los medios de comunicación, tanta violencia desatada. Todo eso todavía no llegaba. Nosotros podíamos tener nuestras desavenencias, incluso llegar a irnos a las manos, pero al rato andábamos con los brazos sobre los hombros, como si nada. El aburrimiento pasaba de largo sin hacer escala y los cordones no se ataban casi nunca.

A todos los domingos se le agregaba el toque distintivo. Era el día de la semana en que, en San Martín, el cementerio recibía más visitantes. Los alrededores se colmaban de automóviles y los floristas voceaban con más ímpetu sus crisantemos y claveles, sus rosas y sus calas. Nosotros nos ganábamos unas moneditas cuidando autos, lo que después, con los años y las crisis, se difundió bastante, a falta de trabajo. A los padres en general, y a tío Eduardo, no les gustaba que hiciéramos eso. Igual lo hacíamos a escondidas y lo que reuníamos lo gastábamos en el kiosko, comprándonos golosinas. Nos sentábamos en la vereda tibiecita del último sol y mientras nos las repartíamos, contá-

bamos chistes, hablábamos de autitos de colección, de fútbol, de la hija de don Carmelo que tomaba sol sin corpiño en la terraza de su casa y a quien desde el departamento en que vivía Jorge se veía; como decía Balá, un kilo y dos pancitos. La madre nos había pescado varias veces mientras la espiábamos, y simulando hacerse la desentendida —así funcionaban los tabúes en aquella época— nos mandaba a jugar abajo para, según ella, limpiar tranquila.

La vida encontraba y seguirá encontrando un testimonio cercano a la justificación en ese oasis que nos brinda la memoria, en esa vanidad que era respirar aquellos días celestes, y si no fuera porque la nostalgia es tramposa, cayéndonos encima para exhumar sonrisas añorantes y abatidas, quizá sería aún más persuasiva.

También nos gustaba ir a jugar a la casa de Patricio, que tenía parque y pileta. La abuela, una vieja cascarrabias, a cada rato nos recomendaba los rosales: “No quiero ver ni una sola hoja en el suelo.” Era como una muletilla que tenía para con nosotros cada vez que intercambiaba unas palabras. Francamente, qué cuidado podíamos tener a esa edad. La jovata, que se desvivía por su jardín, andaba toda la tarde con los pelos de punta. Distinto era en casa de Jorgito, en donde no disponíamos de tanto espacio, lo cual aseguraba la condensación del alboroto y por ende su potenciación. Nos encerrábamos en su cuarto, corríamos la cama a un costado y jugábamos al punto, con los soldaditos, al tinienti. Y lo mejor, organizábamos torneos de lucha libre representando distintos personajes de *Titanes en el Ring*. Patricio, hincha de River, descolgaba el banderín de Boca de Jorgito y lo pisoteaba con euforia. Entonces tanto Jorge como yo nos le íbamos encima y defendíamos nuestro honor en una escaramuza de risas; los barrabravas más merecedores de ese nombre.

Qué fácil era reír. No había formalismos con qué forzarlo. Uno, sencillamente, se dejaba ser, sin lugar para las apariencias. No se equivocó Rilke al escribir: “*La verdadera patria del hombre es la infancia*”. La única Patria. Sin la invención de ningún obligado y ficcional andamiaje simbólico.

Sus hermanitas menores, las mellizas, se retorcían por averiguar qué era lo que hacíamos y lo llamaban con una súplica persistente. Los cuatro años de diferencia que les llevaba lo hacían un tanto esquivo. Con frecuencia lo acosaban por todos los flancos, imantadas por un cariño que compartía y le avergonzaba. Eludía sus presencias como si se tratara de una peste que llevaba por calvario, esperándolo detrás de cada puerta como fans empalagosas. Los demás las ignorábamos olímpicamente y cansadas de predicar en tal desierto, se refugiaban en su dual y emergente mundo femenino. Marito era el único que, se podía decir, se las arreglaba para tolerarlas. Nos llevaba casi dos años a Patricio y a mí. Lo conocimos en el campito. Vivía en una casilla precaria de la villa que se levantaba detrás del cementerio. Era de contextura delgada, más bajo que nosotros, y el más morochito del grupo. Tenía seis hermanos. Solo dos de ellos eran varones. El padre, alguna vez contó, tomaba mucho. De vez en cuando llegaba con algún moretón o hinchazón en la cara. Salía de noche con el viejo, hasta entrada la madrugada. Juntaban fierros, botellas, papel y cartones, que después vendían para parar la olla. Alguna mañana me lo cruzaba camino a la escuela. Acostumbraba a estar acompañado por un perrito retacón, algo arisco, que con él solo se entendía. Llevaba puesto, a veces, hasta dos pulóveres encima, y me miraba el guardapolvo limpio y sin arrugas, mientras yo admiraba esa libertad suya, que creía tan preciada. A su casa nunca nos invitaba. Nos contaba que el padre estaba construyendo un chalet a todo trapo en San Miguel. Un día llegaba y nos decía que estaban colocando las cerámicas del baño color verde mar, que otro día eran de un beigecito claro, y otro blanco. Los demás le seguíamos la corriente. El ranchito en que vivía (a la villa también la llamaban “los ranchos”) tenía piso de tierra. Cuando discutíamos, si queríamos herirlo, lo descalificábamos llamándolo *negro villero*, y él se quedaba sin guardia, indefenso. Una de sus particularidades era contravenir esa prejuiciosa representación que se suele tener de las personas pobres, ese estigma con el que empiezan a cargar gestándose en el vientre. Se podía pensar, de forma muy ligera, que esa conducta frente al grupo

estaba dada por su menuda diferencia física, lo que lo mostraba más vulnerable. Sin embargo, estoy seguro de que en realidad solo respondía al hecho de poder llegar a perder su lugar en él. Sin razonarlo, creo que lo advertíamos y eso nos llevaba a abusar de la situación.

Aunque en el fondo nuestros mayores se compadecían, no le agradaba mucho la idea de que anduviéramos con él, y solían recordárnoslo a menudo con cierta discreta inconformidad. Al padre de Patricio, en una ocasión, a causa de su ausencia, lo oímos marginarlo desdeñosamente.

—¿Cuántas veces te tengo que decir que no me gusta verte con ese chico?

Patricio palideció, inmóvil.

—¿No te das cuenta de dónde viene? Ni siquiera va a la escuela.

—Es porque trabaja... —contestó Patricio, apocado.

El padre perdió los estribos.

—A mí no me contestes porque te encajo un sopapo que te doy vuelta la cara! —le gritó exaltado—. ¿Me querés decir qué carajo es lo que hace? ¿Vos estás seguro de lo que decís? ¿O solo repetís lo que él te cuenta? A lo mejor te dice que trabaja y anda *robando por ahí*, y vos como un tarado haciéndole de amigo a un delincuente. ¿No ves que de esa clase de gente no se puede esperar nada bueno?

—Hacele caso a tu papá, Patricio —intervino la madre menos enérgica—. Buscate compañeritos como Ariel, como Jorgito.

—No, si este se va a despertar agarrándose la cabeza. Dejalo, después se va a arrepentir. No quiere entender que este tipo de personas o acaban tras las rejas o terminan teniendo diez hijos iguales a ellos. Parásitos que no sirven para nada. ¿Vos querés terminar así? ¿Es lo que querés? ¡Contestame, que te estoy hablando!

Patricio se mantenía rígido como un poste. Creímos que de esa no se salvaba, que se iba a ligar una paliza de aquellas que jamás se olvidan. Patricio era, de los tres, el que quizá mayor afinidad tenía con Marito; Marito era de River, como él. En eso le escuchamos decir: “No”. Un no costoso pero claro, y nos

volvió el alma al cuerpo. Se salvó raspando. De todas maneras no fue motivo para que después no anduviera toda la tarde decaído, como si se hubiera traicionado a sí mismo.

A partir de aquel incidente, cuando andábamos con Marito, empezamos a jugar más seguido en casa. Allá, como mucho, se llegaban a nosotros para dirigirnos alguna que otra miradita controladora, que intentaba, inútilmente, pasar desapercibida.

Como a mí, a ellos también los atraía un tanto morbosamente la vista que tenía la ventana de mi cuarto. Un escenario de bóvedas, cruces y lápidas, que nos instaba a compenetrarnos en historias sombrías, repletas de ritos innombrables, saturadas de ruidos misteriosos, con féretros que se entreabrían al llamado de la luna.

Si en algo desbordaba, era en imaginación. Influenciado por el buen hábito de la lectura que tío Eduardo acostumbraba derrochar a diario, desarrollé ciertas facilidades narrativas. Aquellas me permitían entronizarme por un rato ante ese círculo mágico que se formaba en derredor para escuchar los relatos que, a partir de mis acotados recursos, improvisaba.

Y en este caso funcionaba a las mil maravillas. Los sueños, ocasionalmente, suelen funcionar así. Con ellos elaboramos nuestra realidad. Sin excluir las pesadillas. Demasiadas, a mi entender. Y con tanto sueño muerto, es natural que todo parto sea bien recibido, a pesar de que la carne se abre con dolor, y el mundo lo primero que inspira es llanto. Pero ahí están los sueños, ficciones útiles si las hay. Y esas ficciones que improvisaba, en algunos casos, encontraban tan buena repercusión entre mis oyentes, que pedían bises con insistencia. Ese reconocimiento me posicionaba en un sitio que, en parte, me halagaba. Pero yo, en ese aspecto, acostumbraba a ser exigente conmigo mismo, y mis *performances* nunca me dejaban satisfecho, teniendo como parámetro las lecturas que me hacía tío Eduardo, y queriendo parangonarlo. Si algo las salvaba, eran las miradas idas de mi público que regresaban pestañeantes, saltando pantanales o escapando de zombies y vampiros, para volver a reaparecer, sentado, en el parquet del cuarto.

Asomar nuestras narices por la ventana era una ceremonia infaltable en nuestras reuniones. Tuvimos una época en la que casi a diario fingíamos planear nuestra primera entrada al cementerio. Claro que no pasaba de ser una insustancial maquiación. Una barricada de titubeos nos mantenía irresueltos a no más de dos metros de la reja de entrada, afectando gran interés en la distracción del personal a cargo, cuando en realidad, solo esperábamos sus inamovibles presencias, para las que, además, siempre pasábamos desapercibidos.

La suma de nuestros miedos, en mayor o menor medida, asomaban para congregarse ahí. Y las madres venían a añadir sus advertencias y prohibiciones a la inacción. Si de por sí se oponían a que anduviéramos en los perímetros cuidando autos, el ingreso al cementerio se encuadraba en la categoría de veto. Nos resultaba muy corriente escuchar recomendaciones, tales como: “Te me quedás de este lado de la vereda y ni se te ocurra andar metiéndote ahí adentro. Sabe Dios las pestes que uno se puede agarrar”.

De todas maneras, la reñida pulseada entre las advertencias y la trasgresión nunca duraba demasiado. Primero nos recibía el umbral, en esa tensa espera en la que se despejaban los efectos disuasorios. Después nos corríamos hacia la esquina en donde se iniciaba la larga serie de funerarias y marmolerías. Especialmente en las puertas de las funerarias acostumbábamos a rescatar comentarios sustanciosos. Habíamos aprendido a ubicarnos en lugares poco prudentiales y, mientras no nos corrieran, aguzábamos los oídos para escuchar a los deudos que salían del velatorio para airearse o fumar un cigarrillo.

Enterarnos de la causa del deceso tenía interés primario; si se había producido por muerte natural, esa que sobreviene en la vejez, o por algún accidente o alguna enfermedad incurable; o quizá, por qué no, a través de una venganza sangrienta. Las más de las veces, defraudados, lo que llegábamos a escuchar no pasaba a mayores revelaciones. Con mucho viento a favor accedíamos a algún bocadillo de trastienda: “Mientras estuvo vivo le hizo la vida imposible. Ahora se viene a acordar de él, a la hora de llorarlo”, o “Mirá que venirse a morir así, y tan repen-

tinamente. En cambio, el hermano que es un flor de hijo de puta, que Dios me perdone, sigue vivito y coleando.” O bien: “Viste, vos. La vieja de mierda no nos dejó un centavo”.

A propósito de esas exteriorizaciones, y teniendo en cuenta que la hipocresía y el cinismo pertenecen exclusivamente al mundo de los adultos, tengo que decir, nos despertaban sentimientos encontrados, y parecían exponer la existencia de un poder oscuro que podía infiltrarse sin reparo en el dominio de lo sacro.

A esa edad, como nota positiva, digamos que se conoce mal al diablo y muy poco a los hombres.

Tío Eduardo solía decir: “Nos ocupamos del culto a los muertos como si no dispusiéramos de un tiempo precioso para ocuparnos de los vivos. Si tuviera en mi mano la decisión de revertir algunas prácticas humanas, arrasaría los cementerios y esparciría nuestras cenizas al viento, o las arrojaría a la corriente de un río, como el Ganges. En esos predios levantaría parques públicos. Dejaría nada más alguno y solo con finalidades arqueológicas”.

Por lo que a mí concernía, sin encontrarme todavía en condiciones de paladear significaciones poéticas o los daños ecológicos que podía acarrear la contaminación de un río y menos aún, puntos de vista que tendieran a derrumbar tradiciones arraigadas, aquel drástico juicio de tío Eduardo me resultaba preocupante. Con solo pensarlo, encontrarme de pronto sin aquel sostén, me obligaría a excluir de los domingos la changuita de los autos. Además, todos esos ejércitos de personas que se movían en masa buscando un lugarcito en donde dejar su pena, ¿adónde irían?

—Doña Inés, falta mucho para que se muera mi tío, ¿no?

—Ay, nene. Preguntás cada cosa, vos... No tengas miedo, lindo... Sí, falta mucho, mi amor. Quedate tranquilo que ese atorrante nos va a enterrar a todos.

Salíamos a la calle, y cuando nos queríamos acordar, ya estábamos enfrente, sobre Avenida Primero de Mayo. Caminábamos haciendo acrobacias por el cordón y doblábamos la esquina para continuar a la sombra del bulevar de tipas añosas, de troncos ásperos, plantados a cada lado y entre mano y mano de Coronel Mom, la avenida a la que daba la puerta principal de acceso al cementerio.

—¿Se lo cuido, señor?

El tipo asentía con un gesto parco. Eran muy pocos los que evitaban la pregunta o se rehusaban con un “no” terminante. Se suponía que se llegaban hasta ahí para, de alguna forma, ir haciendo, de a poco, buena letra, y así ganar el cielo, y por una monedita de miserable que a uno podían darle, dejar escapar una oportunidad como esa era casi un pecado. No faltaban, claro, los que subiéndose a los vehículos sin más, nos dejaban con las ganas de la propina.

—¿Se te pianta, Marito! ¡Agarralo!

Y Marito que hacía el intento de correrlo como si realmente fuera a alcanzarlo, para dar unas cuantas zancadas locas e, indignado, volver con una promesa:

—Tengo la patente. La próxima va a tener que inflar las cuatro gomas soplándolas.

Una tarde de esas en que a la gente le daba por quedarse en casa —caía una garúa suave, delicada—, nos sentamos mufados bajo un toldo, todos mojados hasta las medias y con un doble principio de resfrío y sermoneo, sin más posibilidades que mirar pasar algunos paraguas y escuchar a las gomas de los autos desplazar el agua del asfalto.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Patricio.

Nadie le contestó una palabra. Lo miramos malhumorados.

—¿Y? Digan algo, che.

Nos sorprendió Jorgito. Tenía buenos modos, era difícil escucharlo decir alguna barbaridad.

—¿Qué mierda querés que hagamos? ¿No ves que no se puede hacer nada, pajero? Si llueve, no viene nadie. ¿Qué querés hacer? Mirá, ahí pasa un 304. Tirate abajo, pelotudo.

Marito y yo nos cagamos de risa.

Marito le dijo:

—¡Uh! Hasta este salame te trata de boludo, y la verdad, muy equivocado no está.

Nos volvimos a reír.

Jorgito parecía entusiasmado con ese nuevo rasgo de su personalidad. En verdad, ni él sabía de dónde había sacado tanto atrevimiento.

—¡Ma' sí! ¡Son unos cagones! —nos espetó Patricio abruptamente—. ¡Para esto me voy a casa!

—¡Ma' andate a la mierda si querés!

—Andá, cagón.

—¿Cagón? ¿A mí me decís cagón? Porque vos sos muy macho, ¿no? Bueno, andá, a ver, *metete*, dale —le contestó Marito cabeceando hacia el cementerio, creyendo que la tenía ganada—. Andá, si sos guapo. ¡Maricón!

Se podía entrever que aquel sería todo un día de sorpresas, con un Jorgito que se insinuaba desatado y ahora un neoPatricio que caminaba decidido, cruzaba la calle, subía a la otra vereda, no se detenía en vacilaciones y se perdía de vista atravesando la reja de la entrada principal.

Lo de *ver para creer* no siempre resulta ser una evidencia concluyente. Por esa razón creo que, en primera instancia, todos lo vimos pero nadie lo creyó. E incapaces de creerlo, nos pusimos de pie indeliberadamente, y asimismo, nos dispusimos a seguir el irreconocible derrotero del caudillo.

Ingresamos con sigilo, comprobando que no hubiera moros en la costa, especialmente en el área de recepción y administración. Hacia el costado izquierdo, según se entraba, las bóvedas familiares acompañaban al resto del paredón de lado hasta una de las esquinas. Una calle divisoria llegaba con largueza hasta el fondo, finalizando en la sección de mantenimiento y separando los restos que estaban en tierra en dos fracciones. Las rodeaban parcialmente sectores destinados a los nichos, que arrancaban adheridos al frente interior derecho y cerraban el cuadro limitando con las bóvedas.

Había poca gente. Buscábamos a Patricio, y Patricio se había esfumado bajo el cielo gris, entre las lápidas perladas por la

garúa, que ya había dejado de caer. Jorgito sugirió llamarlo a los gritos, pero su idea no tuvo aceptación. No nos pareció adecuado, y además, habiendo logrado entrar por primera vez, no teníamos interés en que nos echaran. Por lo pronto, Marito había quedado desairado. Patricio había replicado con una reacción inesperada. Jorgito y yo no perdimos oportunidad de hacérselo notar, cargoseándolo un poco. Intentaba aplacar la situación haciéndose el desafectado, tratando de llevarnos para otro terreno, mirando a los lados exageradamente.

—Che, ¿en dónde estará? ¿Habrá pasado algo?

—Sí, lo que pasó es que te puso la tapa hasta el caracú —lo siguió cargando Jorgi.

Y como yo me veía venir el típico intercambio de réplicas interminables, puse coto al asunto:

—Déjense de joder. Si nos ven armando lío nos van a rajar. Mejor vamos a ver lo que hay por ahí, mientras buscamos a Patricio.

Me los quedé mirando, esperando a que amainara la borrasca, mientras ellos seguían haciéndose gestos obscenos.

—Vamos, che. Por una vez que entramos —dije en tono conciliador, tratando de hacerlos entrar en razón—. ¿Qué? ¿Ya no quieren seguir?

Era real, estábamos dentro, y sin proponérselo. Una especie de evento bisagra en nuestras vidas.

—Este la empezó —aclaró Marito.

—Bueno, termínenla. —les dije levantando el brazo en señal de fastidio mientras giraba para darles la espalda.

Ahí fue cuando lo vi a Patricio; salía de la capilla con claras intenciones de ganar la calle.

—Ahí está Patricio —les avisé.

—Mirá cómo raja. ¡Vení, cagón! —le gritó Marito.

Miró a Jorgito y en tono de revancha le dijo:

—¿Y? ¿Quién tenía razón, salame?

—¡Patricio! ¡Vení! —lo llamé haciéndole señas.

Se paró en seco; no esperaba encontrarnos adentro. Pareció considerar la alternativa todavía algo resentido, pero no dio

muestras de querer acercarse. Entonces lo llamamos todos. Vino al tranquito corto, haciéndose rogar un poco.

—Apurate, gil —le dijo Marito, conciliador—. Te estábamos buscando.

Todas nuestras discordias eran tan pasajeras como las lluvias de verano. Teníamos su repiqueteo, a veces su descarga atronadora, y al final la tranquila y despejada blandura que llegaba detrás, que todo lo podía, borrando esas huellas que no llevaban a nada.

Caminamos por ahí. Un viejito esmirriado fregaba con constancia un florero de vidrio. Procuraba despojarlo del verdín que le había dejado el agua estacionada. Cuando lo tuvo más presentable, lo ocupó con unas varitas de gladiolos, y con él se encaminó hacia una tumba cercana. Arrodillándose, lo dejó sobre el mármol; después se aplicó en lustrar los broncees con un movimiento parejo y circular, hasta darles un brillo respetable.

Desde nuestra desapercibida posición, lo observamos mantener una fluida conversación con nadie, con él mismo, o con alguien, asistiendo como absortos cinéfilos a la premier de una película muda. Hablaba. O hablaban. Lo hacían con simpleza, como se habla entre la gente de confianza. Nosotros lo mirábamos mancomunados en un mismo ojo, recorridos por el mismo estremecimiento. Lo vimos secarse unas lágrimas con el reverso de la mano e inclinarse para besar la imagen. Después se levantó con esfuerzo, apoyándose en uno de los recordatorios, y sobrevino lo que pareció ser un corto momento de despedida. Miró los alrededores de la tarde, como si se hubiera quedado solo al fin, y después se marchó despacio, tal como se lo permitieron los achaques de la edad.

¿Habrían realmente? ¿Sería un monólogo con algún destino, aun cuando quien lo emitiera no tuviera manera de saberlo? ¿O solamente era el acto desierto y desesperado del que ha comenzado a perder todo, definitivamente? Todavía no lo sé. O quizá sí, y no quiero terminar de saberlo. En el peor de los casos, la respuesta quedará más allá del olvido. Donde no hay lugar siquiera para él. Lo más semejante a la eternidad pa-

rece ser el pasado inalterable; el máximo límite del consuelo a la hora de saber que, llegado su momento, nunca lo podremos recordar.

—¿Vamos? —propuso Jorgi.

—Qué cagón sos —le contestó Marito.

Yo les dije:

—¡Uh, otra vez no! ¿Ya van a empezar de nuevo?

Entonces tuve una ocurrencia espontánea.

—Che, ¿y si jugamos a buscar la tumba más antigua?

Aquella idea tuvo una aceptación rotunda. Entusiasmados, me rodearon esperando me explayara. Lo que hice fue acercarme hasta la lápida en donde había estado el viejo. En la plaqueta se leía: “*Marta Agustina Boricelli. 1903-1971. Con cariño. Tu esposo.*”

Señalándola agregué:

—Ven, a la señora de ese viejito la enterraron hace poco. Yo y Marito nos vamos por aquel lado, y vos y Patricio se van por allá. Los que encuentran la tumba más vieja de todas, ganan. ¿Dale?

—¿Y si mejor vamos todos juntos? —sugirió Jorgito.

—Qué miedoso... —le apuntó Marito.

Argumenté:

—¿Pero así que gracia tiene?

Él propuso:

—¿Y si buscamos la más chota?

Cada tanto se destacaba un sepulcro derruido, las placas opacadas por la erosión del tiempo y la dejadez; mármoles rajados, floreros desnudos, retratos borrosos.

—No. No ves que hay un montón así. ¿Cómo hacés para elegirla? Por las fechas es más fácil.

Jorgito se quedó pensando y se le iluminó el rostro cuando volvió a la carga para permitirse otra sugerencia.

—Entonces ya sé! ¡Buscamos al que tenga más cara de bolido!

—¿Está bueno! —lo avaló Marito.

Patricio se pronunció con un fallo solemne y desaprobatorio.

—Paaaren... No se metan con los muertos...

No sabíamos si exageraba o se nos estaba yendo la mano.

—Una cosa es andar jodiendo entre nosotros y otra cosa es andar jodiendo con la gente.

Me lo venía venir a Marito, acostumbrado a las réplicas sin fin. “¿Qué gente, pelotudo? Si están todos finados. ¿No ves que sos un mantequita?”. Pero me equivoqué. Parecía ser una acotación razonable. Hubo un reconocimiento compartido, más allá de la propuesta tentadora. Entonces decidimos llevar a la práctica la primera idea.

Marito y yo caminamos por el cementerio resueltos a obtener los laureles del desafío. En nuestro fuero íntimo deseábamos encontrar una fecha de defunción remotísima, comparable a la de las momias egipcias, mientras continuaba cayendo la garúa sobre la gran pirámide y el Nilo corría desde una canilla rota.

En 1955, en el 54, en el 49, en el 37, allí quedaban las historias sin voz. Me preguntaba qué habrían sido todos esos huesos. ¿Policías, delincuentes, médicos, albañiles? Me pregunto ahora, teniendo en cuenta que habían acabado en esa nada, ¿qué sentido tiene terminar así? ¿Habrían sido felices?

Acercándonos al sector de nichos nos separamos para cubrir un campo de observación más amplio. Me conmovió la pobreza de una sepultura, el humus rapado de un montoncito señero y unos yuyos de mala muerte brotando al pie de una cruz de madera. También el cementerio tenía sus estratos con sus ricos y sus pobres. Pensé en Marito y en la casilla en donde vivía, en su piso de tierra, en cómo se tendía en verano sobre las baldosas del patio de casa y me decía: “Qué fresquitas”.

1945, 1962, 1939. Nos metimos en el sector de nichos y nos inundó el olor extraño de las flores marchitas, mezclado con otro olor desconocido pero persistente. Nos rodearon las paredes de los corredores repletas de nombres y más nombres, de fechas y más fechas, y en los laberintos de la Esfinge, escuchábamos la resonancia de nuestro andar contenido y el apagado rumor de las arenas golpeando sobre su lomo. 1919. Para

nosotros pensar en esa fecha o en un millón de años era casi lo mismo.

Salimos a buscar a Patricio y Jorgi. Llovía pausadamente. Nos preguntamos si abrían dado con alguna fecha que aventajase la nuestra. Ya no quedaba mucha gente y los dos nos esperaban pegados al tronco de un árbol.

—¿Y? —les preguntó Marito—. ¿Qué encontraron?

Jorgito le contestó sin darle mucha importancia.

—Una de 1907. ¡Pero encontramos algo mejor! ¡Vengan que les mostramos!

Estaban enardecidos.

—¡Dale! ¡Vengan! —nos urgió Patricio.

—Nosotros encontramos una deee... 1736, ¿no, Ariel? —mintió Marito.

—Estee... sí. De... ya no me acuerdo bien —alcancé a ratificar con indecisión.

—Nos ganaron por lejos —admitió Jorgito sin darle importancia—. ¡Pero vamos! ¡Delen! ¡Así les mostramos!

De no haber sido tan patente su desasimiento nos hubieran descreído con facilidad, tanta era la exaltación que le salía por los poros. Lo cierto es que en ese momento, el juego ya no les importaba en absoluto. No tuvieron ni siquiera curiosidad en indagar la veracidad de los hechos, y ciertamente fue motivo de sorpresa, porque a saber entre nosotros, actos de confianza de esa índole nunca habían tenido precedente alguno.

A Marito, que esperaba relamerse con el sabor de la victoria a partir de la bronca de los rivales, no le dieron oportunidad para festejos.

Entonces los acompañamos hasta una sepultura perdida entre todas las demás, como todas las demás. Era la tumba de un chico de nuestra edad, como nosotros. Le habían dejado unos cuantos juguetes contra la lápida: camioncitos, autitos, un avioncito de plástico. Sobre el mármol podían leerse dos recordatorios de bronce que decían: *“A Marianito que le han salido alitas. Tu mamita y tu papito que nunca te olvidan.”* *“A los once años. Silencio, Marianito duerme.”* *“Mariano Monsini 1952-1963”*.

No podía ser cierto. Si nosotros estábamos ahí, vivos, no podía ser cierto. Nosotros que nos levantábamos todas las mañanas, que nos pegoteábamos comiendo helados, que soñábamos esperando encontrar algún día, dentro de cada paquete de figuritas, aquella redondita que nos faltaba para ganarnos la pelota, no podía ser cierto.

—¿Vieron?

—Mil... novecientos... cincuenta y uno... nació como hace veinte años... y se murió a los once...

—Che, Ariel, a un chico cuando lo entierran, ¿le siguen creciendo los huesos hasta hacerse grande? —preguntó Jorgito.

—Vos no sos más boludo porque no tenés tiempo. ¿Cómo le van a seguir creciendo los huesos? A vos lo que no te va a crecer nunca es el cerebro, pelotudo.

—Y el maní quemado tampoco —auguró Marito y empezó a reírse socarronamente.

Tenía una carcajada particularmente contagiosa, a todos nos causaba gracia. Todos teníamos una risa atrevida y sana, incapaz de afrentar a las almas más prejuiciosas. Una risa suelta y sabia, que no hubiera molestado siquiera a las frías osamentas, que en caso de haberse levantado, se hubieran sumado alegremente, con su nostalgia por la infancia y sus recuerdos de polvo.

—Basta, che... Paren un poco, loco —volvió a recomendar Patricio—. ¿No se dan cuenta en dónde estamos?

—Qué hinchapelotas sos, Patricio. Me tenés podrido —le dijo Marito.

—Tiene razón Marito. Tenés podrido hasta a los muertos, y eso que ya deben estar bastante podridos —apuntó Jorgi.

Hubo más risas jocosas, desinhibidas. Pero se interrumpieron tajantemente por un imprevisto.

—¿Qué están haciendo acá, ustedes? —nos sobresaltó una voz grave, adulta.

Era un hombre alto, de pelo largo, mal afeitado y con huellas de tierra sobre la frente. Llevaba puesta ropa de trabajo arregada a la altura de los antebrazos y una pala de punta. Estaba parado a unos cinco metros de nosotros en actitud de espera, aguardando a que nos dignáramos contestarle. En ese

momento, alertados por su aparición inadvertida, su mirada nos pareció amenazante. Pero fue solo una impresión errónea resultado de ser tomados por sorpresa. Tampoco parecía tener mucha edad. Más bien se trataba de una persona joven, tal vez rondaría los treinta años, si es que llegaba, no más, solo que desde nuestra franja etaria, y especialmente a partir de la estatura desde la que nos escrutaba, todo nos parecía lo suficientemente grande.

—¡Eh! Les pregunté qué están haciendo, che... —repitió. Aparentemente había salido de una fosa cercana en la que estaba cavando. Se sacudió la tierra de las zapatillas dando varios pisotones contra el suelo. Jorgito hizo un intento de descargo, pero la situación en sí misma no hizo otra cosa que acobardarlo, y tartamudeó unas sílabas inconexas que terminaron, más que nada, inculpándonos. Entonces sacando fuerza de flaqueza me adelanté respetuoso, tratando de ser lo más persuasivo posible.

—No estábamos haciendo nada malo, señor. Andábamos mirando, nada más.

Él se rascó la cabeza, apoyó la pala contra una de las lápidas, y volvió a preguntar:

—¿Mirando qué? Que yo sepa acá no hay mucho que mirar.

Volvió a rascarse, parecía tener bastante comezón, y se quedó pensando un momento.

—¿No habrán entrado a llevarse el bronce, no?

Casi todos a la vez le contestamos con un no rotundo, como el equipo que éramos.

—Porque de ser así, tendría que llevarlos hasta la Administración y después, bueno, habría que llamar a la policía, y después a sus papás.

Cuando mencionó a la policía sentí que el estómago se me estrujaba. Pensé en el disgusto que le iba a dar al tío. Por las caras que recuerdo, los demás no parecían estar en mejor situación que yo. Patricio, en un tono de ruego, le aseguró:

—No, por favor, señor, yo no hice nada.

El muchacho, que captó enseguida la señal de desespero de un Patricio al borde del llanto, se apuró para ponerle paños fríos al asunto.

—Está bien, está bien. Les creo, les creo. Era una broma, campeón. No te vas a poner a llorar.

Y con una sonrisa continuó diciendo:

—Pero cuéntenme qué estaban haciendo.

El cambio de actitud nos tranquilizó enseguida.

—Estábamos viendo cómo es el cementerio —dijo Jorge.

—Jugábamos —especifiqué yo.

—¿Jugaban? —preguntó divertido.

Al parecer le estábamos empezando a caer simpáticos. También él a nosotros. Miró a los lados, hacia el sector de la Administración, y al no verse comprometido por nadie cerca, se sentó sin pensarlo sobre una de las salientes de un monumento funerario. Se sacó una de las zapatillas, y empezó a pasar la suela por el borde para sacarle el barro pegado. Mi estupor no debió pasarle desapercibido porque, señalando hacia abajo con un gesto me dijo:

—Quedate tranquilo que el que vive acá me dio permiso. Te aseguro que no se va a enojar. ¿Jugaban a...? —volvió a preguntar.

—A encontrar la tumba más vieja —contesté.

Dejó escapar una expresión que ratificó el hecho de que le estábamos cayendo en gracia.

—Como juego es un poco raro, pero no está mal. A mí no se me hubiera ocurrido. Y el de la idea, ¿quién fue?

—Yo —contesté con énfasis, presumido.

El diálogo que estábamos entablando nos animó más.

—¿Y vos qué hacés acá? —le preguntó Marito, que hasta ese momento se había quedado un poco al margen de la conversación.

—Trabajo acá. ¿No ves la pala?

—¿Sos jardinero?

El muchacho se rió.

—Mirá, teniendo en cuenta lo que planto, te diría que no. Aunque ahora que lo pienso bien, no sé si no soy jardinero. Lo

que planto yo, por ahí brota en otro lado —contestó entrete-
nido.

—¿Enterrás a los muertos? —le pregunté.

—Hago las excavaciones. Las fosas. A veces los desentierro —
contestó—. En realidad, también me ocupo del mantenimiento
junto con otras personas que trabajan acá. No es lo único que
hago.

—¿Y cómo te llamas?

Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo y mientras pren-
día uno con un fósforo nos dijo:

—Juan, ¿vos?

—Ariel, vivo allá enfrente —señalé en la dirección en que, en
aquel momento, me pareció que podía estar orientada la casa—
. Desde la ventana de mi cuarto se ve todo acá adentro.

Los demás asintieron.

—Ah, pero qué buena vista te tocó. Toda una postal —dijo.

—A mí me gusta —le aseguré.

Y aunque no supo qué contestarme, creo que me creyó.

—Bueno... Voy a tener que seguir con el laburo.

Se levantó, volvió a tomar la pala y dijo:

—Me tengo que ir al osario.

—¿Qué es el osario? —preguntó Jorge.

—Bueno, es... como un depósito a donde van a dar todos
los huesos de los finaditos cuando ya nadie paga el espacio que
ocupan.

—¿Para estar acá enterrado se paga alquiler? —preguntó
Jorge.

—Digamos que algo así como un alquiler, sí.

—Y si no pagan, los desalojan.

El muchacho sonrió. Las raíces inescrupulosas del capita-
lismo tendían a querer hundirse hasta el más allá. Por suerte a
los desprendidos dueños de los huesos eso los tenía sin cuidado.
Juan se despedía con un “chau”, cuando Patricio le preguntó:

—¿Alguna vez viste un fantasma?

Se rió.

—Mirá, si hay alguno, debe estar bien escondido. Yo nunca
lo vi. Aunque se cuentan muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—No tengo tiempo ahora para contarte.

—¿Podemos ir con vos? —le pidió Patricio.

—No. No los puedo llevar. Además, tampoco tendrían que estar acá. Y si me ven que estoy con ustedes, voy a tener que decir que los enganché adentro, y les estaba diciendo que salieran. No quisiera que alguien me levantara en peso. Acá vengo a trabajar. Y el trabajo, como entenderán, hay que cuidarlo.

Era razonable. Había sido demasiado gentil con nosotros, teniendo en cuenta que de la mayoría de lugares en los que incursionábamos nos sacaban carpiendo. Nos despedimos. Nos sugirió que no hiciéramos ningún lío, ni destrozos, y que tratáramos de no llamar mucho la atención.

—¿Nos vemos otro día, Juan? Así nos contás...

—Otro día —dijo. Y se fue con la pala al hombro fumando su cigarrillo.

Anduvimos por ahí, dando vueltas. Vimos salir de entre las bóvedas a los gorriones que anidaban en los huecos. Escuchamos el piar de los pichones que reclamaban comida. Los verdes nuevos poco a poco iban ganando protagonismo en las ramas de los árboles. Como una ironía del destino, los que considerábamos superfluos entes de la naturaleza, volaban y reverdecían sobre la tierra que ahora cubría a los que alguna vez se arrogaron ser el centro de la creación. Volvimos sobre la idea de las fechas, con la diferencia de que dejamos de lado el espíritu competitivo.

Recorrimos los sectores de nichos. Y cuando quisimos darnos cuenta, ya las luces del día empezaban a retirarse tenuemente, mientras el tiempo cremaba la tarde sobre el campo de cruces. Con Marito, para compensar las tumbas más dejadas, les agregamos algunas flores que sacamos de otras más asistidas. Entonces fue cuando, antes de poner el clavel robado sobre un florerito vacío, reconocí a la mujer del recordatorio que lo lindaba. La misma mujer de las fotos viejas que tío Eduardo guardó para mí. "*Lidia Beatriz Mainero*" "1940-1964".

Era mi madre. Esa desconocida.

No sé porqué, pero me recorrió una arrebolada oleada de vergüenza, como si la hubiese visto desnuda. Y en ese mismo instante, escuché que nos gritaban:

—¡Che! ¡¿Qué hacen ahí?!

Marito nos alertó:

—¡Rajemos, boludo!

Y a la voz de alerta, una vez logré desasirme de la turbación, como pude, último, también salí picando.

De no haber tenido que escabullirme con tanto apremio aquella tarde, probablemente hubiera reparado en que, inmediatamente a un lado de mi madre, descansaba la tumba de su esposo, mi padre. Lo supe bastante después, cuando cobré el suficiente valor para contarle a tío Eduardo sobre aquella expedición al cementerio. Como era usual, los impactos que le causaba nunca llegaban a ser lo tan alarmantes que, en mi caso, presuponía. De hecho, para no perder el hábito, mientras digería el encuentro con mamá, su cuñada, se quedó callado por un rato, hilvanando unas palabras con las que encontrar un punto de apoyo desde el cual desplegar un diálogo acorde a mi edad. El rostro se le había demudado. Estaba triste.

—Lamento que haya tenido que ser así, Ariel. Yo... bueno, traté de hacer lo mejor que pude. Quizá me equivoqué al no llevarte nunca a verlos, a ponerles una flor al menos... Pero creí que todavía no era el momento... Eras chico... Sos chico... Tenés siete años. No quería cargarte con... con un yugo, tan tempranamente. Me pareció una crueldad innecesaria. Te pido perdón.

Lo único que atiné fue a levantarme de la mesa e ir hasta la mesada en donde estaba tomando mate parado y lo abracé. Me apreté contra él e inclinándole el mate, hice que se cayera algo

de yerba al piso. Que mi tío me pidiera disculpas no cabía en mi entender y sentí un remordimiento inmenso. Le dije:

—No, tío. No me digas así. Yo te quiero.

Y él, que no era muy efusivo por una cuestión de carácter me contestó:

—Yo también te quiero, pichón.

Y nos quedamos abrazados un rato, en el silencio de la cocina, que olía a cáscara de naranja quemándose sobre la hornalla. Mi tío, que me compraba el Billiken, el Anteojoito, y como si fuera poco, el Patoruzito... venir a pedirme perdón.

Al día siguiente nomás, me llevó a verlos. Me dejó elegir unas flores en un puesto y repartirlas en los floreritos de bronce. Todo se desarrolló ceremoniosamente. Sin decirnos nada. Para mí fue una situación un tanto ajena. Podía palpar en Eduardo una cercanía que yo desconocía. Mis padres, toda la vida, habían sido y no iban a ser más que unas fotografías; estáticos, captados en la brevedad de la carne. Incluso yo mismo entre sus brazos, en el blanco y gris del instante, no parecía sino otro fantasma entre fantasmas. En algún momento llegué a dudar acerca de si no era una especie de monstruo desapegado, incapaz de reconocer el afecto que alguna vez me habían brindado. Pero no era eso. Sencillamente, casi no había tenido el gusto de conocerlos. Como si hubiera salido de un huevo; de aquel del enigma del huevo o la gallina. Lo más inmediato a mi idea de padre y madre era mi tío que, a la vez que no era mi madre ni mi padre, tampoco ni mi tío era, porque era más que eso. Era, ahora que lo pienso bien, un compañero de senda, un título más allá de lo consanguíneo. Ese que había que ganar. El que se había ganado.

Todo esto pasó unas dos semanas después de aquel debut, de aquella aventura de barrio. Pero aquel día, me vine para casa derecho. Como todos, cada uno agarró para su lado, con despedidas veloces y forzadas. Abrí la puerta (todavía se dejaba la puerta sin cerrar entonces) y me fui para el jardín, bien al fondo, cosa de esfumarme, lejos de posibles persecutores que solo rondaban en mi imaginación.

Quería olvidarme de todo. En realidad, quería olvidarme de mi madre. O al menos de aquel encuentro impensado. Sentía como si ella hubiera hurgado dentro de mí y hubiese entrevisto mi olvido recurrente.

Inocultable de mí mismo, hice todo lo posible por evadirme: me tiré en el suelo cara al césped y cerré los ojos con fuerza para bloquear el paso del mundo contumaz, que me asediaba con sus leyes dislocadas. Un mundo en el que, lo quisiera o no, se podía ser culpable de inocencia.

Todavía había suficiente luz delatándome, mientras me resistía desde ese pozo de oscuridad, y el perfume de las mandarinas aún verdes, se viciaba de mí mientras lo respiraba, arrebatándole el disfrute. Luché por anularme en el pináculo del Nirvana, pero las imágenes copiadas de la realidad volvían una y otra vez, implacables.

No tenía caso. Abrí los ojos y desde el césped, miré a través del ligustro, del otro lado de la alambrada, y esta vez, el sobrecogido fui yo. El monstruo desmembrado me miraba desde una silla de ruedas y en su rostro había preocupación y piedad. Donde debería haber tenido sus piernas tenía una manta que la cubría, lo que daba la sensación de que debajo existía la posibilidad de una continuidad. Estaba bajo la frondosa copa de un paraíso, un árbol que alcanzaba a cruzar algunas ramas de nuestro lado, y del que en algunas oportunidades me apropiaba sus frutos arracimados en bolitas pequeñas, carnosas y compactas. Las usábamos para arrojarlas como munición cuando conseguíamos armarnos de un rulero, arma rudimentaria de la época, apta para menores, que consistía en un rulero grande y un globo ajustado por detrás. En él introducíamos los frutos de a uno, y al estirar el globo y soltarlo, salía con la contundencia suficiente como para abatir a un pájaro o hacer saltar a los demás al arrojárselo a los pies. También podíamos acabar sacándonos un ojo, esa era la advertencia más recalcada. Fuera un rulero o una gomera, siempre traía adosada la misma exhortación. Ese era el límite de las armas.

Ella, yo sabía su nombre, intentó movilizarse empujando las ruedas con las manos pero abandonó la tentativa. Entonces desde su lugar me habló.

—Hola. ¿Te sentís mal? ¿Te pasa algo?

De no haber atravesado aquella situación previa me hubiera sentido abochornado. Es lo que suele producirnos el sexo femenino a esa edad, cuando el monopolio de la atracción queda en otro norte, o en otro sur.

—No, no... No me pasa nada —contesté.

Me quedé tirado donde estaba, mirándola.

Pobrecita, y encima, qué fea era. Insulsa. Tenía mi edad aproximadamente y el pelo atado en un rodete que le dejaba el rostro más indefenso aún. No supimos qué más decirnos, esos segundos incómodos en que la gente se conoce con cautela, en donde uno se queda empantanado esperando que el otro tome la iniciativa para facilitarnos qué decir al contestar. Bajó la cabeza y tomó el libro de tapa amarilla que tenía apoyado en el regazo inexistente. Mostrándomelo me dijo:

—Estaba leyendo... *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll.

Yo reconocí el libro de la legendaria colección *Robin Hood* por el color de fondo y la tapa dura. Todavía no me había animado a tanto y me asombró que ella, teniendo mi edad, estuviera leyendo puras palabras sin dibujos. De momento, para captar mi atención sin que se dispersara, necesitaba de un soporte gráfico, como el de las historietas.

—A mí me gustan *Las aventuras de Hijitus*, las *Desventuras de Larguirucho*, esas revistas... ¿A vos no?

—La verdad, no mucho. También tengo *Mujercitas*, *Corazón*, y *La hija del corsario Negro* —apuntó.

—¿Ese es de piratas?

—Sí, es de piratas.

Otra vez me dejó desconcertado. A quién no le podían gustar los piratas.

—Y además tengo *El príncipe valiente*, *Bomba*, *el niño de la selva*, *Robinson Crusoe*. Robinson Crusoe me gusta mucho.

La vida tendía a confundirnos, te daba, te sacaba, te estampaba un castañazo, le sobraba para encajarte una patada en el culo y después, por ahí, te acariciaba. La vida, definitivamente, era inestable emocionalmente; quién podía entenderla. Pero así y todo, sin darme cuenta, había encontrado un bálsamo al igual que ella, piernas de papel en las páginas de sus libros.

Después de aquel primer acercamiento fallido, para ser el segundo, había estado bastante aceptable. El logro de romper la barrera del pudor no era decir poco. Los dos sabíamos de nuestras existencias, pero así suele comportarse el animal humano y los demás entes vivos. Parece haber serios motivos para guardar las distancias del caso y medirnos previamente antes de animarnos a acercarnos con sigilo, como si en el solo hecho de no ser uno mismo, aunque más que otra cosa, al ser plenamente conscientes del hecho de sabernos los que somos, ya hubiera suficientes causas para plantear una desconfianza natural.

Sin embargo, a la manera de una promesa, esos imaginarios lugares comunes que iban desplegándose, debilitaron la frontera del alambrado y fueron abriendo entre las hojas del ligustro un canal de encuentro. Creo suponer, a partir de esas preferencias por las aventuras, las que aspiraba a leer o protagonizar alguna vez, encontré en ella ciertos rasgos masculinos con los cuales congeniar.

—Vos sos Ariel... ¿no? —arrancó tímidamente.

—Sí.

—Yo me llamo Mariela.

Estuve a punto de echar todo a perder cuando tuve la intención de preguntarle: “¿Cómo es no tener piernas?”, pero un movimiento reflejo de la intuición me detuvo en seco. En cambio le solté:

—Vengo de ver a mi mamá en el cementerio. Ella se murió... Mi papá también.

Había una parte de verdad y una parte de mentira en eso, el encuentro había sido accidental, nada deseado, un tropiezo.

—Ah —contestó escuetamente.

Seguí acostado sobre el césped pudiendo ver cómo movía nerviosamente el libro entre las manos. Estábamos a no más

de tres metros el uno del otro. Apenas si teníamos que levantar mínimamente la voz, en un gesto que evidenciaba interés por escucharnos mutuamente, lo que ayudaba a distendernos. Además, acababa de confesar que nos mancomunaba la tragedia: dos padres, dos piernas.

—Estás triste por eso... —dijo en un tono que no llegaba a ser pregunta, tratando de sostener la conversación en un ritmo normal, sin los baches de silencios incómodos.

Yo le aseguré:

—No. No estoy triste.

Eso la desorientó, aunque mejor sería decir que la desorganizó, porque perdió el control del libro que tenía entre las manos, dejándolo caer al pie de la silla de ruedas. Amagó espontáneamente a querer incorporarse para tomarlo, afirmándose en los apoyabrazos y se frenó. Tenía unos brazos fuertes, más musculosos que los míos.

Enseguida noté que hubiera podido descolgarse por cuenta propia, sin la más mínima dificultad, para tomarlo y retornar a su sitio con la agilidad de un mono. Comprendí que no quería que la viera llevar adelante esos movimientos inarticulados, torpes, carentes de la gracia natural de la cadencia femenina; esos que tan mal regusto nos habían dejado aquella vez.

Para escapar a lo forzado de la circunstancia, me sonrió sonrojada y me aseguró:

—Después lo levanto.

Sabía que no podía alcanzarlo sin tener que exponerse a las expresiones que frecuentemente encontraba al mirar los rostros de los demás. Yo no ignoraba que, por la distancia que se abría hasta él, tampoco podía alcanzarlo, y sin embargo pasé el brazo derecho por debajo del alambrado, arañándome con el arbusto, estirándolo lo más que pude en un intento imposible, que ya estaba condenado al fracaso de antemano.

—No importa, dejalo, después lo levanto —se inquietó.

—No llego... —dije, esforzándome en vano.

Así que terminé por desistir. Me paré, me sacudí las briznas de pasto y el polvo que me quedó adherido a la ropa, y se me ocurrió la tonta idea de ir a buscar un palo largo hasta el galpón

para acercar el libro hasta mí y después arrojárselo a las manos por encima del ligustro.

Se lo sugerí y ella, resuelta y desvalida me contestó:

–No, no. Mi mamá después lo levanta.

Me di cuenta de que no podía seguir ahí, que me tenía que ir para que ella bajase. Me dejé inundar por una mezcla de piedad y vergüenza ajena y propia, como una forma de retribución para quien, con una valentía que yo mismo no había tenido, se había atrevido desde esa inferioridad de condiciones a romper con los prejuicios y sin quererlo, me había liberado del fantasma de mi madre.

Argumenté una disculpa incoherente, que no obstante fue bien recibida por ella:

–Bueno, me tengo que ir, –dije finalmente, y agregué–: si querés mañana te muestro mi libro de animales. Y también tengo uno de lugares raros que es de mi tío...

–Bueno, sí, me gustaría –me contestó sonriendo aliviada. La saludé.

–Chau, hasta mañana –me contestó.

Y me fui para ponerle término a su incomodidad.

No soy lo que se dice creyente. Lo he dejado asentado ya; acaso un agnóstico con reservas, no un ateo declarado. Pero de haberlo sido, de haber tenido la fe que muchos profesan, hubiera concluido que, para que aquella tarde los sucesos ocurridos acontecieran de tal forma, misteriosa e inevitablemente, mi madre habría tenido algo que ver.

Como tío Eduardo me enseñó, la palabra que uno daba (nunca decía “empeñaba”, le sonaba mercantilista) por ninguna razón debía dejar de cumplirse. Y no por una cuestión de mero compromiso sino por ser concretamente *la palabra*. La palabra, que en ese entonces era un documento, sin sellos, sin firmas, sin el respaldo letrado de escribanos. La palabra era uno mismo y a uno mismo no se lo llevaba el viento. “Uno es su palabra”, me decía tío Eduardo. Hoy hay demasiados papeles que firmar para que la palabra sea tal; casi no hay palabras sin esas garantías.

Lo cierto fue que ambos dijimos “Hasta mañana”, y ese “Hasta mañana” se cumplió. Y se cumplieron muchos “Hasta mañana”. Poco a poco estuve a la altura de leer los libros que ella me prestaba. Había destejido parte de la alambrada y roto algunas ramas del ligustro dejando una abertura a través de la cual podíamos pasárnoslos. A menudo llevaba el libro de *Lugares del Mundo* que un día dejó de pesar tanto, y viajábamos a la par de sus páginas, una y otra vez, ella desde su silla bajo el árbol, yo tirado o sentado sobre el césped, admirando la diversidad y el exotismo de la condición humana.

Mariela vivía con su madre, una señora entrada en años que la había concebido ya mayor, producto de, dicen, una pasión

que duró el tiempo suficiente que puede prolongarse un encuentro ocasional. Y ni bien la otra parte del asunto se puso al tanto de la *novedad*, decidió darle un cambio tajante al curso de su vida, y a la brevedad se desvaneció en el aire. Llevaba apellido materno y, como a mí, moldeada por la costumbre, no parecían preocuparle mucho las ausencias. Ausencias diferentes, claro. Y en eso quizá yo llevaba ventaja. Trayendo otra vez al ruedo el Existencialismo francés de Sartre, ese que tanto admiraba tío Eduardo: los muertos no podían ausentarse porque simplemente ya no eran.

Mis padres no podían volver, *habían sido*, no podían querer un regreso, no podían poder. En cambio, el padre de Mariela, sí. Y en ese sentido, tal vez era un lastre más lastimoso de llevar, aun cuando no lo demostrara. La ausencia delataba la tragedia de la individuación y la presencia. El sentimiento de ausencia era siempre la ausencia de otro (incluso de cada uno de nosotros mismos puestos como otro del *sido*, ese que fuimos). No podemos experimentar nuestra propia ausencia. Nuestra ausencia nunca es nuestra (en el sentido de poseerla o experimentarla). Si acaece, siempre acaece en otro, ya que nunca dejamos de sernos presentes mientras somos. Ausencia en otro, otro que no está ausente, algo nuestro que solo puede darse en un prójimo.

Ese algo suyo que era de otro, o vaya a saber. Ese hueco en ella lleno de él.

En definitiva, puede que la de la ausencia dolorosa fuera solo ella, y yo, el de la muerte solidaria, la que acercándome algo de su nada me traía la cura. Indefectiblemente, todo acabaría volviendo a ese *no ser* que nos antecedía y del que veníamos; esa nada que en cada sueño profundo nos daba un descanso de evasión imprescindible para sobrellevar la vida: un ensayo para la muerte.

Teníamos estipulados tácitamente ciertos horarios para nuestros encuentros. O bien las últimas horas de la tarde de lunes o viernes, o bien parte de las mañanas los fines de semana. A decir verdad, los encuentros eran muy esporádicos. Tampoco estaba en condiciones de cumplirlos a rajatabla; tenía toda una

vida organizada junto a Marito, Patricio y Jorge, otra vertiente irrenunciable que me tiraba con más resolución. Mariela lo sabía, y sin embargo, siempre parecía estar esperándome, ya que lo usual era que llegara tarde a nuestras citas. Los días de lluvia debían ser bastante difíciles y aburridos para ella, lo descubrí una semana lluviosa de noviembre. Le había escuchado decir a tío Eduardo: “Por lo visto no tiene miras de parar. Debe ser un segundo diluvio. Un acto de justicia suprema; por supuesto, si esta vez no incluye ningún arca”.

Después de andar correteando con los demás por el barrio, me asomé al jardín y noté un movimiento desacostumbrado, más abarcador, más alusivo por lo colorido. Me acerqué al ligustro, mojándome, y bajo el paraíso estaba Mariela, leyendo, con un gran paraguas rojo bordó, que se zarandeaba al compás del viento suave.

–Hola. ¿Qué haces ahí? –le pregunté sorprendido.

–Leyendo –me contestó con soltura.

–Te vas a mojar toda.

–Tengo el paraguas –dijo. Dejó el libro a un costado, sobre la silla y agregó–: Además me gusta el olor a lluvia. Me da más ganas de leer.

–Pero ya hay poca luz.

–Ya me estaba yendo igual.

Me quité el agua que me empezaba a correr desde el cabello hacia la frente y me entraba en los ojos, y le dije:

–Si me esperarás, voy a buscar mi piloto.

–No, no. Ya me voy –y gritó –, ¡mamá!... ¡Mamá!

Doña Marta no se hizo esperar. Llegó con una bolsita plástica, cubriéndose la permanente, aferró con firmeza la silla de ruedas por detrás y sin verme, se la llevó reconviéndola.

–Ay, Mariela. Qué caprichosa sos. ¡Cómo me haces mojar! ¡Mirá si no podías estar leyendo adentro con esta lluvia! ¡Por Dios!

Me dejó con el *chau* en la boca, chorreando agua, como castigo. Me sentí condenado por mis piernas, por mi libertad andariega, por tener el privilegio del fácil acceso al maravilloso y empírico mundo de la calle.

Pero siempre que llovió, paró. Nos seguimos viendo con la habitual frecuencia que me permitía el deseo arrebatador de sentirme vivo, tan vivo como podía sentirse un chico pletórico de energía, feliz de poder derrocharla transpirando en cada carrera, en cada juego, aprovechando cada partícula del ahora, sabiendo que no estaba atado a punto fijo alguno.

Cuando los pibes venían a casa, por lo general, Mariela se replegaba sobre sí misma y se retiraba al interior de la suya con solo escuchar sus voces revoloteando. Ya en ese entonces entendía que no era un rechazo. Podíamos estar jugando en la habitación o en el jardín, y esa multitud parecía serle demasiado con lo que confrontar: un infierno de miradas de espejo. Estando con ellos no tenía lugar; desplazada, se esfumaba frente a nosotros arañando la indistinción. Tanto Patricio como Jorge y Mario, si advertían su silueta más allá del ligustro, se mantenían a la distancia que imponía la falta de trato.

Como nadie ignora, la crueldad es un componente que no escasea en la infancia, y así como quemábamos hormigas bajo las lupas disfrutando del mefistofélico desenlace, también gozábamos de comentarios llenos de sarcasmo que hacían alusión a ella. Lo poco que sabían de Mariela lo sabían de mi boca. En ese recorte de la realidad que uno puede ofrecer en un discurso dejaba predominar lo morboso, omitiendo todo aquello que pudiera comprometerme afectivamente, como mostrar una imagen blanda, con la finalidad de no caer en las garras de sus burlas. Llevado por esa impunidad que otorgan las afinidades de grupo, no me privé de describirles cómo la había visto arrastrarse. *Ipsa facto* le encontramos varios sobrenombres descarnados con los que solo la mencionábamos en nuestra intimidad: la mona Chita, la novia de Frankenstein, Miss Universo, entre otros. Todos apelativos que nos resultaban graciosos pero solo puertas adentro del grupo.

—Mirá, Ariel. Creo que del otro lado te está esperando tu novia —se mofaba Patricio.

—Cuando sea grande se va a casar con ella y va a tener hijos sin piernas y sin cerebro.

Todos se reían, divirtiéndose a costillas mías.

—Están locos —les decía yo, riéndome y sumándome a la broma estratégicamente.

Habermelo molestado no hubiera hecho sino que se encarnizaran con deleite y me tomaran de punto. Así que trataba de no perder prerrogativa adaptándome a las condiciones imperantes. Desdoblado, sobrevivía como podía, sin remordimientos, a la manera humana, camuflando heterónimos, esos insurgentes que, nos gusten o no, no tanto nos invaden como habitan nuestro club de yoes.

Tanto en sus miradas como en las miradas de Mariela, encontraba el margen de confianza indispensable tras el que podía reforzar el ocultamiento de mis permisibles deslealtades. De hecho, uno observa al otro desde un lugar mudable y semidesconocido, aun para cada uno de nosotros mismos, ficcionando parte de la representación que tenemos de ellos y sumando una plasticidad actoral con la que atornillar y ajustar todos los endeble puentes.

No toda mirada, ciertamente, rebosaba de credulidad. La escrupulosa madre de Mariela, una señora que no podía decirse no fuera atenta y servicial, nunca dejaba de escrutarme con un centelleo de incertidumbre. Su cuidado era de esperar, totalmente comprensible. El que su hija hiciera buenas migas con el vecino de su edad, pudiendo así llenar las horas de su vida, la animaba aliviándola de su carga reservada, disimulada por su artificial aplomo. Quizá aguardaba que fuera un bicho raro, también, con lo cual pudieran acortarse las desdichadas incompatibilidades de origen, al menos de momento. Probablemente auscultaba su destino como una vidente bien enterada y temía por ella, en guardia permanente, tratando no se adicionara más angustia y sufrimiento a una historia que percibía escrita de antemano.

Intuitivo y algo intimidado, la dejaba correr, acarreado sus dudas. Hasta que, sin creer que pudiera desasirse de ellas alguna vez, su resignación las archivó latente en algún sitio reprimido, cansada del ejercicio del dolor, y terminó aceptándome.

Ver que aquella asiduidad se mantenía medianamente, la motivó a invitarme a cruzar la frontera de alambre tejido.

– ¿Por qué no lo invitas a casa a Ariel, Marielita? –le dijo delante de mí–. Así están más cómodos y el chico no tiene que estar tirado en el suelo, ensuciándose.

Así fue como desembarqué en su casa, con el consentimiento de tío Eduardo. Le pedí prestado el libro *Lugares del Mundo*, aunque nunca se lo pedía, solo lo tomaba sin preguntar, y me fui a la vuelta en donde doña Marta me esperaba en la puerta. Muchas cosas pueden decirse de un libro, supongo. De todas las propiedades terapéuticas, este tenía ciertas cualidades ortopédicas: le daba muletas al alma de Mariela. Desde sus páginas tenía la consideración que Dios no había tenido, llevándola a caminar conmigo nada más y nada menos que por los caminos del mundo.

Era un sentimiento de libertad que me embargaba, además de un placer estético que satisfacía en alguna medida mi entusiasta curiosidad, mi vehemente afán de búsqueda, sin tener en claro qué era lo que buscaba, siempre queriendo encontrar quién sabe qué.

Como no pudo ser de otra manera, terminamos trabando amistad y hubo muchas de esas tardes breves, cumpleaños, tarea, en donde a ella no le quedaba más que esperar, momentos mechados con esa irrenunciable dedicación mía a la calle, cuando la calle era todavía un lugar seguro o al menos lo parecía.

En esos últimos tiempos, tío Eduardo se había puesto bastante salidor. En una cena por la celebración de los veinticinco años de la librería conoció a una mujer del Partido de San Cayetano, provincia de Buenos Aires. Resultó ser prima de un viejo socio del patrón. Se encontraba de paso por unos trámites vinculados con la división de bienes de unos terrenos en Capital, en el barrio de Caballito. Sofía era propietaria de una estancia en donde vivía junto a sus dos hijos varones, prácticamente en los lindes de la ciudad cabeza de partido. Separada, tendría unos diez años menos que mi tío. Los dos se mostraban muy a gusto en compañía. Había venido a almorzar a casa un domingo y me había resultado muy agradable. Al hablar dejaba escapar un acento pueblerino que se esforzaba en reprimir y que yo, en cambio, consideraba apacible. Se llevó una buena impresión de mí. Seguí todas las recomendaciones previas que me había señalado tío Eduardo y guardé lo mejor que pude la compostura. Durante el almuerzo se enfrascaron en una conversación en la que permanecí un tanto al margen, sin dejar de tener la participación que ellos mismos me daban cuando, conscientes de que éramos tres a la mesa, dejaban de lado su concentrada atracción para hacer algún comentario

sobre mi comportamiento, mis gustos o mi desempeño en la escuela.

Esa misma noche, ida la visita, tuvimos el infortunio de que una de las válvulas del televisor se quemara. Para apaciguar el vacío, tío Eduardo buscó entre sus discos algo afín a ambos. Se decidió por el long play de Sui Géneris “Vida”, que le había pedido me comprara. Me fascinaba el tema de Charly García “Canción para mi muerte”, que me pasaba tarareando todo el día. Accedió complacido y se sintió gratificado al encontrarse con que parecía despuntar en mí la misma preferencia por las vanguardias. Detestaba a los surgidos del Club del Clan. En cierta medida, para él era una manera de conservarse joven, de tratar de no quedar varado en el tiempo.

Un mes atrás, había adquirido un *Siam Di Tella* celeste, un usado en bastante buen estado, del que estaba sumamente orgulloso. Mientras “Estación” giraba bajo la púa del *Winco* para mi solaz, con la excusa de querer ponerlo a prueba en la ruta, para tantearme, dejó picando la posibilidad de irnos unos días al campo, a casa de Sofía, para cambiar de aire. Accedí entusiasmado. El período de vacaciones estaba al caer y lo primero que hice fue contárselo a los chicos y a Mariela. Me consideraron afortunado. Aunque esa fortuna tenía su contrapunto, los días que estuviera fuera de casa no podría compartirlos con ellos y eso le quitaba a la novedad el rango de perfección.

La curiosidad y el deseo de conocer llevaba una conformidad sin rivalidades y homologaba a la aventura campestre con la categoría de safari. Especialmente cuando tío Eduardo llegó con dos cañas de pescar de bambú y me enseñó a armar las líneas; cómo cambiar la posición versátil de la boya según la profundidad del pique y el emplazamiento de la plomada, y el particular manejo de los anzuelos con los que había que redoblar precauciones al encarnar, arrojar la línea y recogerla a mano en el *reel* plástico fijo.

Conté los días subsiguientes con la impaciencia de un preso, hasta que terminadas las clases y a través de una llamada telefónica tuvimos una fecha precisa de salida. La noche anterior hicimos los bolsos y dejamos todos los bártulos a mano para

cargarlos con más practicidad en el auto. Salimos de madrugada. Respiré el perfume fresco y húmedo que exudaban las plantas. Saberme en el silencio desierto de la calle me dejó una sensación grata, como si todo estuviera dispuesto para mí de forma exclusiva, con un alcance ilimitado. Sobre el paredón del cementerio podía leerse una pintada nueva: “*Perón o Muerte*”. Debajo, muchísimo más pequeñas y escritas y tachadas con tiza, línea por línea, también se podía leer seguidamente: “*Marito puto. Jorgito puto. Marito puto. Jorgito puto. Marito puto...*”, en un columna que se llegaba hasta las baldosas, lo que me arrancó una sonrisa nostálgica.

En la quietud temprana el motor, al arrancar, resonó con estruendo. Hicimos un rápido recuento de lo que llevábamos para evitar olvidos, chequeamos la documentación, cerramos bien la casa y partimos.

En tanto avanzábamos hacia la salida de Buenos Aires, a medida que íbamos alejándonos de la zona suburbana, el tránsito empezó a mostrarse con mínima regularidad, con la preponderancia de camiones acoplados. Tío Eduardo advirtió que cabeceaba adormilado, desacostumbrado a los madrugones, y me llamó a mantenerme despierto por seguridad: “Cuatro ojos ven más que dos.”

Llevábamos un termo con agua caliente y me pidió que le cebara unos mates mientras manejaba. A las dos horas de camino empezó a clarear sobre el horizonte. La llanura se extendía en cualquier dirección que uno mirara, salpicada de montes y cascos de estancias, taperas, vacas, ovejas, caballos, campos de trigo, de sorgo, de maíz, de girasol.

—Este país es tan rico que, entre los políticos y los militares, todavía no lo pudieron fundir, ni creo que puedan —dijo tío Eduardo, mientras guiaba atento el volante—. Aunque ahora que volvió el *Pocho*, vaya uno a saber. Pero después de lo de Ezeiza... No sé, esto se va a poner feo, me parece.

En ese entonces la política no me concernía y la riqueza, para ser honesto, era otra cosa; quizá lo que nunca debería dejar de ser.

Los mojones iban pasando de uno en uno y el barrio se iba alejando en el cuerpo, otorgándome un desprendimiento etéreo. A la altura de Azul nos detuvimos por segunda vez a cargar nafta, revisar el aceite y el estado de los neumáticos; habíamos llenado el tanque un día antes de salir y una primera vez en el día en Las Flores. Compramos unas medialunas en una panadería al paso y nos pusimos a comerlas a la salida de la ciudad, a la vera de la ruta, en donde tío Eduardo paró intencionalmente, frente a una lagunita de esas que sostenían las lluvias estacionales, para que pudiera admirar unos flamencos y una cigüeña que se desplazaba pausadamente sobre sus largas patas en el lecho poco profundo, tratando de procurarse algo *vivo* que comer.

Nuestra relación con la naturaleza en la infancia es ideal, “patológicamente” sana. No existen planteos sobre la noción de determinación biológica ni la cruel competencia por los alimentos y la supervivencia de los más aptos (aunque no era mi caso). Solo hay lugar para entender la vida como un don recibido de manos de Dios y no como un fenómeno inefable que se sustenta a fuerza de transferencia de energía y materia de un ente a otro. La infancia, entre otros atributos, es visual, exterior, emocional. El lenguaje no nos ha colonizado aún lo suficiente para volvernos hacia la interioridad y lo racional, y darle otra configuración antropocéntrica y justificatoria a mucho de lo que vemos y experimentamos.

De camino por ruta 3, llegando a la ciudad de Tres Arroyos, nos desviamos por la ruta 228 hacia San Cayetano. Llegamos a destino pasado el mediodía, después de algo más de nueve horas de marcha, teniendo en cuenta las paradas, la austeridad del tío frente a las señalizaciones, el estado de la ruta, y el tránsito de los camiones cargados de cereal y ganado. Finalmente entramos en el pueblo, que si bien tenía ribetes de ciudad, sus habitantes por antigua costumbre así lo llamaban, especialmente la gente que vivía en los campos del partido.

Sofía nos aguardaba como había acordado previa comunicación telefónica, el día anterior. Abandonamos todo en el *Di Tella* y despreocupándonos, como se estilaba, nos sentamos a

una mesa de recepción demasiado opulenta para quienes veníamos comidos del camino. Ella lo supuso, pero no dejamos de picar algo para no desairar el trabajo de la cocinera.

Sus hijos estaban en la estancia, separando algunos novillos para llevar al próximo remate de la rural del pueblo. Su abuela también vivía con ellos. Era una viejita que conocí recién en la noche, cuando me levanté de una siesta que se prolongó hasta entrado el atardecer, desacostumbrado a viajes largos. Anduve por los fondos de la casa husmeando en el gallinero y entre los árboles frutales. Después de la cena obtuve un cierto panorama de cómo sería el día subsiguiente. Y resultó ser bastante mejor que si se hubiera cumplido al pie de la letra. Principalmente, porque el recorrido hasta la estancia solo nos llevó un breve cuarto de hora. Desde la tranquera al casco había unos escasos quinientos metros, y la calle de tierra que llevaba hasta él se encontraba abovedada por una alameda, en la que se intercataban pinos y eucaliptos de gran tamaño. La casa era baja, antigua, con muchas habitaciones y ventanas, circundada por una galería en la que podían verse algunos bancos de plaza contra las paredes. Una cerca se cerraba sobre ella, abarcando un jardín con árboles frutales y arbustos medianos como retamas y otras plantas floridas, dalias, hortensias y algunos rosales. A un costado se hallaba emplazado un gran galpón de techos altos destinado a guardar las maquinarias agrícolas y los autos. A unos cuarenta metros de él se alzaban dos silos. Entre la casa y el galpón, hacia un costado, frente a la puerta de la cerca, estaba el molino, acompañado de un enorme tanque australiano. Más allá había unos lotes arbolados, justo al lado del chiquero, y separado por una alambrada, el gallinero. En ese mismo lote también estaban los corrales de encierro, la manga, y un tanto apartada, la bañera de los animales. Frente a la casa se extendían potreros llanos. Inmediatamente detrás, más monte. Después, más y más campo, hasta el comienzo colindante del pueblo.

Bajo las acacias, en los corrales, unos peones alzaron sus manos en reciprocidad al saludo de Sofía. Sus hijos, que estaban entre ellos, al verla se desprendieron del grupo y se acerca-

ron al tranco corto, sin prisa, con el ritmo del lugar. Saludaron a su madre con un beso y ella les presentó a tío Eduardo como “el amigo de Buenos aires del que les hablé”. Ambos le tendieron la mano con algo de recelo y me dirigieron unas miradas serias de aceptación, indistintas. Eran altos y rubios, de rasgos nórdicos, dueños de una gran textura física. Uno de ellos sobresalía como el mayor. Tendrían unos dieciocho y quince o dieciséis años. Me enteré de que su padre era un terrateniente dinamarqués de la zona que nunca había dejado de tener contacto con ellos y al cual visitaban a menudo.

La aparición de tío Eduardo parecía tenerlos un poco contrariados, principalmente al menor, aunque trataba de disimularlo como podía. Intercambiaron unas palabras acerca del viaje que habíamos tenido, si había sido bueno, si habíamos llegado sin inconvenientes, y cumplidas las formalidades, adujeron tener que continuar con el separado de los novillos. Sofía los comprometió a mostrarme el lugar y realizar conmigo algunas actividades como andar a caballo, e ir de caza y pesca. Dependiendo del tiempo que nos quedásemos, el fin de semana podíamos ir hasta el balneario a pasar un día de playa. Eso me arrancó un asentimiento de júbilo que los despertó de ese letargo campero y les puso en las bocas unas sonrisas no tan forzadas. No conocía el mar. La experiencia marina más cercana había sido en la bañera de casa, siendo bastante más chico, mientras tío Eduardo me bañaba y yo le preguntaba:

– ¿Cuánta agua tiene el mar, tío?

– Muchísima.

– ¿Más que toda esta?

– Ni te imaginas. Como cien bañaderas más –me contestaba riéndose mientras me enjabonaba el pito.

Los dos primeros días permanecí un tanto apegado al andar de tío Eduardo. En el transcurso tuvimos un paneo general de cómo era la vida y el trabajo en esas casi novecientas hectáreas destinadas en proporción equitativa a la cría de hacienda vacuna más que lanar, y a la siembra de cereales y oleaginosas; la idea era mantenerlas abonadas rotando temporalmente los potreros.

Al tercer día, almuerzos y cenas de por medio, la frialdad inicial se fue distendiendo hasta desarmar toda barricada precautoria, o al menos hubo ciertas señales de eso. Después de desayunar, saliendo de la casa, vi llegar a Beto, el mayor, con un borrego cruzado sobre el recado del caballo. Se detuvo en el molino, lo ató en él y recién entonces bajó el animal al suelo. Sobre el lomo, el borrego tenía levantado parte del cuero.

—Se enganchó en el alambrado y se lo rasgó. Está agusanado —me explicó.

En la carne que quedaba al descubierto pululaba una marea de gusanos en maquinal y hambriento frenesí. Atadas sus patas con una tira de tiento, el animal permanecía inmóvil y asustado.

Beto me dijo:

—Quedate acá y cuidámelo que voy a buscar el aceite y la pomada curabicheras.

Me quedé fondeado en la escena en donde esos seres minúsculos horadaban la carne del pobrecito. Tenía delante un espectáculo repugnante pero también hipnótico. Era la vida abriéndose camino a como diera lugar. La empatía frente al sufrimiento separó víctima de victimarios. Pero la frontera no era clara porque cuando Beto regresó con los medicamentos y derramó el aceite en la herida tiritante del borrego, las víctimas aumentaron. Los intereses y las valoraciones humanas decidían el por qué. Los gusanos se agitaron en una ciénaga de aceite oscuro. Beto esperó y repitió la operación. Yo seguía sin emitir palabra. La vida me enviaba confusos mensajes que me costaba decodificar. Esperé un momento y comenzó a quitar algunos gusanos con un palito. La mayoría, moribunda, se resistía afirmada en la lastimadura. Beto abrió la lata de pomada y le untó una abundante cantidad, tanto que parecía excesiva. Por último volvió el cuero desprendido a su lugar. El borrego tiritaba como si estuviera inmerso en un estado febril; probablemente por el temor y el ardor. Lo alzó y lo llevó hasta un habitáculo del galpón en donde lo dejó a mano para tenerlo en observación.

—Por ahí se salva —dijo.

Los gusanos no contaban con esa opción. No cotizaban en el mercado ni tenían cita con nuestro paladar masivo, para así durar algo más. No había contemplación ni piedad. Piedad era la mía. Un reclamo personal dirigido al vacío. Una respuesta que me debía el mundo.

En ese momento entró Julián, el menor, y preguntó:

– ¿Lo trajiste para carnearlo?

–No. Está lastimado.

–Mirá que mamá dijo que hace falta carne. Pasalo a degüello y listo.

–No, está flaco. Después vamos por un capón.

Entre Julián y yo no habíamos terminado de derribar esa barrera, lo que pudiera ofrecernos cierta cercanía.

– ¿Querés acompañarnos a buscarlo? –me preguntó Beto.

No supe qué decir.

–Le digo a Quique que vaya –propuso Julián–. Está ensillando y va para el lado de la tapera.

Contra la pared, en un ángulo, vi amontonadas unas cuantas cañas de pescar. Beto reparó en mi atención y me preguntó:

– ¿Te gusta la pesca?

–Sí –contesté. Jamás había tenido la experiencia.

–A la tarde vamos a lo de Alberto y Lucía. El arroyo pasa por adentro del campo de ellos. ¿Vamos, Julián?

–Llevamos el *Winche* –remarcó asintiendo.

Bajo ese mismo sol, en donde natura se mostraba pletórica, si uno miraba bien, la vida y la muerte se codeaban cómplices. Lo garantía el capón mientras pataleaba desangrándose con un corte profundo en la garganta.

–Mire la cara que puso el mocoso, patrón –se rió Quique, y me dijo–: Tranquilo, amigazo, cuando se chupe los dedos se le pasa.

Y lo volvía a garantizar el aroma exquisito de su carne asándose en la cruz, que me abrió un apetito voraz anestesiando perspectivas ignominiosas. Parecíamos ser esa contradicción. Solo había que asumirlo, incorporándolo al sentido común, y la angustia aflojaba, ausentándose.

Tío Eduardo y la misma Sofía se sumaron a la tarde de pesca. Nos subimos los cinco a una *Chevrolet C10* roja y nos fuimos hasta el Cristiano Muerto; un arroyo angosto que ondulaba entre los campos, y que en la propiedad, en la que entramos como perro por su casa, era acompañado por unos sauzales que acariciaban con su languidez de hojas colgantes la corriente terrosa.

Arrebatado en el apuro por iniciarme a la novedad, tío Eduardo me moderó un poco y me recomendó fuera cuidadoso como me había advertido. Me pidió que le diera mi caña, sacó una lombriz de las que llevábamos para carnada en un tarro y la atravesó varias veces con el anzuelo para evitar se desprendiera con facilidad durante el pique. Después se arrimó a la orilla y me explicó los movimientos adecuados para arrojar la línea y evitar el daño que me podían causar los anzuelos. Cada uno fue tomando posición, separándose lo suficiente para no molestarse. Julián y Beto enseguida se perdieron entre los juncos. En mi excitación, hablaba en un tono de voz cercano al grito y me chistaron llamándome a silencio para no espantar la pesca. Al principio parecía aburrido eso de mirar fijo una boya esperando diera señales de algo que la estuviera merodeando. Pero cuando la boya blanca y roja se movió dos veces tironeada hacia abajo, sumergiéndose y emergiendo levemente, me colmé de tensión y expectativa. Esperé unos segundos y nada; el pique pareció perderse. Sin embargo, de golpe, algo la arrastró con tal ímpetu que vi cómo se perdía en lo hondo mientras la tanza se tensaba arqueando la punta de la caña y me obligaba a sujetarla con firmeza. Podía sentir en las manos la fuerza de algo que se debatía bajo el agua y no supe qué hacer. Miré a un costado buscando a tío Eduardo y él, que había advertido la situación, ya venía hacia mí diciéndome:

—Parece que tenés uno. Levantá la caña. Sacalo.

Pegué un tirón y los coletazos de agitación de un bagre amarillo rompieron la superficie del arroyo. Tío Eduardo sujetó la tanza y lo levantó, mientras el bagre continuaba agitándose inútilmente. Entonces me hice a un lado.

—Se tragó el anzuelo —observó.

Sofía señaló:

—La tijera está en la caja de pesca.

Tío Eduardo arrojó al pescado entre las pajas y fue a buscarla. Después me dijo:

—Con los bagres hay que tener mucho cuidado. Tienen unas aletas espinadas bien jodidas que si se te clavan te van a hacer pasar un mal rato; causan bastante dolor.

Le pisó la cabeza para inmovilizarlo y le cortó la aleta superior. Luego lo tomó con cautela por el vientre, colocando los dedos por detrás de las aletas dorsales y repitió la operación. Finalmente, le metió un dedo en una de las branquias y me lo mostró satisfecho.

—Tu primer pescado —me dijo.

No obstante, el anzuelo seguía dentro del bagre y no cedía.

—Vamos a tener que operarlo, che.

Hundió la punta de la tijera en el vientre y lo abrió cortándolo casi hasta la altura de las branquias. Pude ver todo el triperío en su interior, cómo el tío lo arrancaba con la mano y lo tiraba a un costado, entre las pajas. Despertó mi curiosidad una sustancia amarillenta que se destacaba entre las vísceras.

—Son las huevas. Era una hembra. Debía estar por desovar —me explicó.

La vida era maravillosa, al menos para nosotros. Un exfuturo de ciertas huevas no tendría posibilidad de experimentar lo mismo. Era absurdo y sigue siéndolo. Todo el edificio de la ética y la teología no soporta el nimio embate de unas simples tijeras. La contradicción es intrínseca al vivir.

—Qué bien, Ariel. Ya sos todo un pescador —dijo Sofía, acercándose—. Le voy a cortar la cola para marcarlo. Este te lo voy a fritar solito para vos.

Tomé el aro de alambre en donde lo habían colgado, y me alejé buscando a Beto y Julián para mostrarles mi hazaña. Escuché sus voces que venían desde un recodo del arroyo. Allí los juncos se abrían en una bajada corta de tierra pelada y daban a un remanso. Una alambrada lo cruzaba para evitar el paso de los animales de potrero a potrero. El arroyo era tan estrecho que más que otra cosa parecía un zanjón grande, pero allí se

ensanchaba al doble de su tamaño. Julián me vio llegar y se me anticipó mostrándome tres bagres grandes tirados a sus pies.

–Me parece que te vamos ventajeando –dijo.

Beto agregó bromeando:

–¿Qué le pasó a tu pescado, Ariel? ¿Te lo empezaste a comer crudo?

–Mi tío lo destripó.

Entonces Julián, como quien no quiere la cosa deslizó:

–Así va a quedar tu tío si llega a estar haciéndole el novio a mi mamá.

No esperaba algo así y eso me confundió.

–No molestes al chico, boludo. No le hagas caso, Ariel. Te está embromando.

Me corrí hacia atrás y hundí un pie en una gigantesca bosta de vaca. Me miré la zapatilla enchastrada.

–Se te fue la mano con la pomada –se rió Beto.

Julián largó con ironía:

–Pisaste un cazabobos. Le pasa muy seguido a los que vienen de la ciudad y se creen que son muy piolas.

Refregué la zapatilla en el pasto, sin soltar el trofeo que había perdido su categoría dadas las circunstancias y escuché a Beto que me decía:

–Sacátela y lavalá en la orilla.

Pero lo desoí y volví a mi lugar tratando de amortiguar la cascoteada verbal del menor. Me sentí molesto con tío Eduardo. No eran dardos para mí. Mi tío no era precisamente un monje de convento de clausura.

Sofía desplegaba un mantel sobre el piso de la caja de la camioneta, en donde apoyó un plato con algunas porciones de pastafrola y el termo con el mate. Me acerqué a la caña que estaba clavada en el barro de la orilla y observé cómo en la boya iba y venía un pique. Repentinamente, se aplacó y la boya volvió a su estatismo flotante. Entre mi tío y los hijos de Sofía me sentí como una lombriz, que nada tenía que ver en ese conflicto entre peces y hombres y que, no obstante, llevaba la peor parte.

–¿Pasa algo? –preguntó tío Eduardo, intuitivo.

–No –contesté secamente.

—Fíjate que me parece te desencarnaron. Hay unos pescaditos muy chicos que están fastidiando. Las lombrices están en el tarro. Encarná con cuidado como te expliqué.

—Tío...

—¿Qué?

—¿Sofía es tu novia?

Al escucharme se volvió unos pasos para decirme:

—No, no es mi novia. Es una amiga. Una simpatía. Nada serio—. Y con confianza porteña y en voz baja agregó—: No me vas a arruinar el estofado, ¿no, chambón?

No le contesté. Solo lo miré sonriente y me concentré en la boya. Se fue a sentar junto a Sofía. Para ser franco todavía no entendía gran cosa acerca del cortejo entre un hombre y una mujer, pero la respuesta me dio cierta tranquilidad. La molestia se corrió hacia la reacción celosa y desmedida de Julián. Empecé a sentir que había sido demasiado injustificada. Estaba embroncado. Así que me levanté sin vacilar y volví envalentado para dejar las cosas en claro, y de alguna manera, también devolverle el sosiego a él, que no estaba sino en un error que me ponía en su mira.

No me sintió llegar y lo tomé por sorpresa expresándole:

—Mi tío no es el novio de tu mamá. Para él no es nada serio.

Uno no siempre logra sus cometidos. Es algo que se aprende y a lo que hay que resignarse queramos o no. En el fondo yo solo intentaba llevarle tranquilidad y remedar lo que creí su confusión. Más allá de mi molestia, puedo jurar que esa era mi intención mediadora. Aunque en realidad no hubo más malentendido que el mío.

Y así contribuí a que las diferencias entre mi tío y Julián se volvieran insalvables.

Salir de aquel atolladero me resultó relativamente fácil por el solo hecho de tener a Beto de mi lado y estar amparado en su inapelable autoridad de hermano mayor. “No ves que es un chico, cabeza de tosca. Ni sabe de qué está hablando”. Con respecto a esto último, había cierta cuota de verdad en sus palabras. Al menos cuando lo expresé. Enseguida me di cuenta que había metido la pata por el gesto entre hosco y desconcertado de Julián, y me hice el desentendido. Si bien me exigió un descargo aclaratorio, no pasó de ser una exigencia incumplida por las imposiciones intercesoras de Beto que no hizo sino trivializar su pretensión de interrogatorio, ridiculizándolo más por costumbre que por otra cosa.

Por la noche, cuando me fui a dormir con tío Eduardo, comentó:

–Che, Ariel, este Julián es un pibe medio raro o me equivoco. De repente se puso demasiado parco conmigo. No me dirigió la palabra en toda la cena.

–Sí, es rarísimo, tío –aduje.

– ¿Por qué decís así, que es rarísimo?

–Porque... porque no es como Beto.

–Para mí le caigo como una patada al hígado.

—No, tío. Es raro nada más —dije tratando de sonar convincente y temiendo pudiera sospechar que, la actitud negadora de Julián se hubiera agudizado a partir de mi torpe iniciativa.

Eso nunca ocurrió. Como tampoco mi tío corrió la suerte del bagre despanzurrado, fanfarronada juvenil que no aspiró a ser más de lo que era.

Lo que tampoco se modificó fue el espaldarazo de Julián. Fue su manera de plantar bandera frente a su madre y enrostrarle su desaprobación. Los días que siguieron estuvieron marcados por esa desavenencia subyacente. Sofía recibió el impacto con indulgencia materna, y a la hora de tomar partido no dudó en encolumnarse comprensiva tras los requerimientos de su vástago.

Aquello no nos privó, al menos, de seguir con nuestro plan vacacional. A decir verdad, en el fondo, todos esos impedimentos y deseos frustrados a mi tío lo traían sin cuidado. Nada más lejano a él que una propuesta de vida conyugal con o sin papeles. Creo que, en el amor, era algo así como un naufrago permanente abocado a la tarea de sobrellevar su barca sin timón.

—Hay muchos peces en el mar —decía—. Qué más da que se pierda uno.

Después de todo, las vacaciones eran las vacaciones y no era cuestión de desdeñar lo que generosamente la diosa fortuna nos ofrecía. En cierta forma, también fue un alivio para mí. No sé cómo me las hubiera visto con un hermano postizo como Julián. Seguramente no la hubiera pasado nada bien.

Sin la apretura de tener que estar atado a horarios impuestos, el día después me desperté para el almuerzo. El cielo se presentaba nublado y el calor había aflojado considerablemente. Los hermanos se habían ido a ver a su padre, así que estaba de parabienes, teniendo fuera del alcance la acritud de Julián, y pudiendo armar y desarmar a mis anchas. Para ese entonces, los cuatro perros de la estancia me reconocían y me buscaban para seguirme fuera adonde fuera, correteando a mi alrededor, aceptando mi compañía. Avisé a tío Eduardo que me iba a dar una vuelta por ahí, y él, flexible y prendido a la

conversación de sobremesa con Sofía, no tuvo oportunidad para pensar en ponerme objeción alguna.

La escolta canina me procuró una seguridad que por cuenta propia no hubiera tenido. Di vuelta a la casa y parado detrás miré hacia el monte de eucaliptos más cercano, que apuntaba alineado y frondoso hacia el cielo gris. Los perros se enfervorizaron anticipándose a mi intención de encaminarme al terreno abierto. Mediado por el campo bruto y un pequeño monte más allá, se delineaban en la distancia las primeras casas que bordeaban el perímetro del pueblo.

Quebrando cortezas y ramas bajo los pies, atravesé el monte y más allá del alambrado gané los cardales. Los perros se adelantaron olisqueando rastros imprecisos. Una martineta alzó vuelo con un chasquido que rompió el reposo del cardal. Aceleré el paso, evitando las espinas y tratando de mantenerme aunado con los canes. Eludí el monte continuo; cerca de la ruta, se dejaba ver uno de los paredones laterales de una respetable construcción cuadrangular. Crucé un par de alambrados más y me metí en el trigal lindero. Las espigas cabeceaban con un sonido seco al vaivén de una brisa ligera que había comenzado a levantarse a medida que el cielo se encapotaba. Advertí que lo más prudente sería volver antes que descargara la tormenta que se avizoraba en el horizonte oscuro. Entonces uno de los perros se lanzó detrás de algo, inmerso en la marea de trigo que se agitó en donde sus ladridos dieron la señal de alerta. Los demás corrieron hacia él, y yo, detrás de ellos.

Cuando llegué rezagado, al costado del alto muro, un cúmulo de cuevas se desperdigaban de forma paralela a él en un espacio de unos ocho metros. Los animales estaban aguardándome, vigilando y ofreciéndome la presa obtenida. La toqué con la punta del pie para cerciorarme de que yacía inerte, y pude comprobar que el peludo estaba sin vida. Eso me alentó a tomarlo por la cola y alzarlo. El peso muerto era importante, aunque no lo suficiente para que no pudiera cargarlo por mis propios medios. Los perros me rodearon satisfechos por la tarea, excitados; las lenguas colgando de sus bocas. Miré hacia

arriba y una gota se estrelló contra mi frente. Empezaba a llover.

Cuando llegamos estábamos empapados. Los perros se sacudieron la mojadura en la galería de la casa y Sofía, que estaba sentada en uno de los bancos, los corrió fuera para evitar más encharcarse.

– ¿En dónde te habías metido, atorrante? Me tenías preocupado.

– Mirá lo que se trajo. Va a haber que hacer un escabeche. Resultó ser un gaucho completito: hombre de a caballo, pescador, cazador, ¿qué más? – me elogió Sofía.

Estaba henchido de dudosa autoestima y los perros no se encontraban en posición de disputarme el crédito.

– ¿Sabés lo que vamos a hacer?, le vamos a decir a Quique que prepare el fuego para darle un primer hervor de unas horitas en la olla grande, dentro del galpón, porque está lloviendo, y yo me voy a ir a preparar el escabeche.

A la hora de la cena, el peludo adobado ocupaba el centro de la mesa como plato de entrada. Teníamos como alternativa una picada compuesta por queso, jamón y chorizo de campo. La charla osciló entre el resultado de la venta de los animales y el estado del trigo próximo a la cosecha. Beto aseguró que la semilla se encontraba en óptimas condiciones y parecía estar lo suficientemente seca; si el tiempo acompañaba sin lluvias la próxima semana, estimó que sería apropiado ir poniendo a punto la cosechadora.

La abuela, que esa noche se contaba entre los comensales, traída especialmente por Sofía desde el pueblo, en ocasión de transitar nuestros últimos días, me introdujo en la conversación al preguntarme:

– ¿Y cómo hizo, m'hijo, para agarrar al peludo?

– Con los perros.

– ¿Pero salió solo, de noche?

– No, fue hoy a la tarde.

– Qué raro, m'hijo, un peludo bajo el sol, porque estos bichos son de la noche.

–Si habremos agarrado de estos con los barriles de agua, ¿no, Julián? –dijo Beto.

Julián hizo un ademán de asentimiento.

– ¿Tuviste que andar usando el dedo, Ariel? –me preguntó.

Todos se rieron menos tío Eduardo y yo, que al no comprender, quedamos fuera de la broma. Era una popular “técnica” de caza. Cuando un peludo hacía presión contras las paredes de la cueva con sus patas y su caparazón para impedir ser sacado por la cola, entonces se le introducía un dedo en el recto para que se distendiera y poder dar así el tirón preciso con el que arrastrarlo fuera.

Sofía me sirvió una porción y me instó a probarlo.

– ¿Cómo me salió, Ariel? ¿Te gusta?

Estaba sabroso. El escabeche contribuía a darle un toque exclusivo y a matarle mucho de su sabor silvestre.

– ¿Y dónde lo encontré, m’hijo? –preguntó la abuela que no tuteaba ni a los nietos.

–Por allá –señalé con el tenedor.

– ¿Por allá dónde?

–En donde está ese paredón grande... El que está al lado del pueblo –contesté.

A Sofía se le demudó el rostro.

–Ay, mi dios –exclamó por lo bajo.

Los locales intercambiaron unas miradas sobrentendidas. De inmediato, Sofía me invitó a dejar lo que estaba comiendo y me retiró el plato junto con la fuente. Entonces Julián, que hasta ese momento no le había dirigido la palabra a mi tío, a modo de sugerencia malintencionada le soltó:

–Pruébelo, Eduardo, a ver si le gusta. No te lo llesves, má.

–Callate, vos –lo recriminó ella dándole un toquecito en la cabeza con el plato.

–Perdón, pero creo que me quedé afuera de lo que acaba de pasar... –intervino tío Eduardo sonriente e intrigado.

Beto, para descomprimir, devolviéndole la sonrisa le aclaró:

–Fíjese qué casualidad, pero... es que es un peludo del lado del cementerio. De vez en cuando se los erradica pero a la larga siempre vuelven. Esos no los come nadie en la zona.

Tío Eduardo cayó en la cuenta instantáneamente. Como los gusanos, o como los hombres y los bagres y en este caso los peludos, la vida, en su afán de propagarse, se encarnizaba consigo misma a través de todas sus formas vivientes, con anzuelos, dientes, tijeras, facones, o si era necesario, profanando ataúdes bajo la superficie de la tierra. Al menos estos, carroñeros, esperaban a que lo vivo dejara de estarlo siguiendo su curso natural para después devorarlo. No era nuestro caso, nosotros necesitábamos muerte fresca.

—El tío y yo vivimos en frente del cementerio de San Martín —comenté tras escuchar a Beto.

—Pero seguro que no te habías comido un muerto como hasta hoy —se burló Julián.

—Ay, dejá de bolacear, que asustás al chico —le restó importancia Sofía llevándose el plato y la fuente a la cocina.

En ese hueco, Beto y la abuela aprovecharon para prestarle otro rumbo a la conversación.

Miré a Julián y él, sintiendo a través de mí la adhesión del resto, en una maniobra dirigida a revertir su imagen frente a lo que fue entendido como un desacierto, algo fuera de lugar, se desdijo y me aseguró:

—Era una broma.

Pero no había sido solo un chiste sin consecuencias. Había dejado su secuela y así logrado su objetivo: ponerme lo suficientemente intranquilo para desvelarme y enredarme en una maraña de hipótesis inquietantes.

Mientras tío Eduardo roncaba a pierna suelta, sin lograr conciliar el sueño, no dejaba de hacerme todo tipo de preguntas. ¿Por qué Sofía revelaría tanta aprensión evitando que continuara comiendo y levantando la mesa compulsivamente si solo se había tratado de un cometario falaz y malicioso? Posiblemente alimentada por una lógica repugnancia. Sin embargo, el mundo de los adultos bullía de secretos y conocimientos no aptos para los oídos de los niños. Además, a qué respondía el extraño encuentro diurno con el animalito, siempre que se tratara solamente del peludo en cuestión. No podía dominar las elucubraciones que me avasallaban entretejiendo realidad y fan-

tasía. Llevado por una ráfaga de superstición me pregunté seriamente acerca de la vida después de la muerte, y como si fuera poco, sobre la posesión de los cuerpos, muertos o vivos, sean de un hombre o de un animal, a través de las almas extraviadas hastiadas de la inmaterial rutina de la eternidad. Aunque absurdamente, también me preocupaba mi ingesta, el despertarme otro, o trabado en lucha para desalojar del puesto de mi espíritu a un peludo *okupa*.

Angustiado, no me animé a despertar a tío Eduardo para despejar mis dudas por temor a que me ridiculizara con razón. No obstante, los problemas existenciales no necesitaban estar bien fundados para realizar sus estragos emocionales. Traté de mantenerme despierto todo lo que pude, pero finalmente, extenuado, me dormí.

Cuando amanecí, tío Eduardo todavía dormía. Una claridad apagada contorneaba las hendidias de la ventana. Me invadió el recuerdo de los sucesos nocturnos y la angustia volvió. Me levanté y me vestí haciendo el menor ruido posible. El comedor me recibió con un vacío temprano. Estaba solo. Incluso Sofía y la abuela seguían en sus habitaciones. Las palabras de Julián continuaban punzándome. Me sorprendió el hecho de encontrarme en esa situación de inestabilidad que no sabía definir muy bien; yo, que venía baqueteado en temas de cementerio, y que hasta allí nunca me había visto aflojar de tal manera.

Sudaba frío y me sentí obligado, quizá para evitar entrar en pánico, a tomar cartas en el asunto en vistas de encontrar una solución. Entonces tuve lo que podríamos llamar una iluminación que me dio esperanzas y atenuó la opresión que sentía en la boca del estómago. Al momento creí descubrir que mi reivindicación con el reino de los muertos todavía estaba a tiempo de llevarse a cabo. Así que, fui a la cocina, y sacando del tacho de basura al presunto *difunto*, envolviéndolo en un repasador, salí de la casa lo más rápido que pude en dirección al cementerio. Crucé el monte y los potreros, cuidando de no perder parte alguna que pudiera poner en peligro mi esfuerzo por redimirme. Cuando llegué al lugar, estaba tan agitado y empapado en sudor que me detuve un momento para llenarme

los pulmones de aire, hecho una amalgama de temores y mitigación contenida difícil de explicar. Eché el repasador con el bulto en una de las cuevas y sentí que parte del alma me volvía al cuerpo. Y en ese relajamiento me sentí impelido a vaciar la vejiga. Iba a orinar en el hoyo mismo, pero inmediatamente pegué un giro de ciento ochenta grados y descargué el chorro sobre la paja brava, evitando tropezar dos veces con la misma piedra (vaya a saber uno qué consideraban ofensivo o no los fantasmas errantes).

Pero no acabó ahí. Sentí que el vientre también se me aflojaba como si algo reclamara su inmediata restitución a la totalidad de la que formaba parte. Sin pensarlo dos veces, ante la duda, me desabroché el cinturón, dejé caer el vaquero, y acullado devolví el equilibrio al más allá demandante y vengativo. En armonía con mis intestinos y mi conciencia (salvo la menudencia que la opacó por no tener a mano papel con que limpiarme), superado el dilema, me subí los pantalones, y definitivamente tranquilo, viví todo aquello como una acertada decisión tomada. De regreso, me sentí estúpido pero aplacado, y comprendí que esa era la clase de situación que debía ocultar, incluyendo a tío Eduardo, para evitar convertirla en una bochornosa anécdota dada a circular de boca en boca por el resto de la eternidad.

Con el cambio de vientos favorables, la promesa de Sofía se cumplió el domingo anterior al día de partida: colmado de expectativas, mientras el aire ligero me despeinaba parado en la caja de la camioneta, con Julián sentado al lado de su rifle para evitar tener que compartir la cabina con mi tío, nos fuimos al balneario a disfrutar del tan ansiado día de playa.

Conducida por Beto, la *Chevrolet* volaba en el camino de tierra levantando un polvo fino y arenoso producto de la cercanía con la zona costera. Repentinamente, el paisaje cambió contrastando con las elevadas ondulaciones de los médanos. Entonces lo vi. Era el mar. Azul e inmenso. A las claras excedía el volumen de las cien bañeras. La brisa marina me golpeó el rostro con su carta de presentación: un aroma salino mixturado con algas, conchillas y caracoles rotos. La camioneta se detuvo

y no perdí tiempo en bajar y correr hacia la orilla. Me sentí minúsculo y vulnerable sin entender el porqué. Porque si de algo trascendental nos habla el mar, seguramente es algo acerca de eso, lo que nos revela a su modo de oráculo líquido, y no tanto de él mismo, sino de nosotros, los negadores de lo efímero.

Obviamente, en aquel momento, ignoré todos esos detalles, impedido para tal hermenéutica, por lo cual no me quedó más que optar sensatamente por mojarme los pies con los bordes de las olas mortecinas que cambiaban el color de la arena, oscureciéndola, agotándose en ella, filtrándose en parte, en parte deslizándose por donde vinieron, dejándose ir.

La gente aprovechaba esa brecha no tanto clemente como calculadora, que el dispositivo de consumo y explotación le aportaba para sostener su propia dinámica. Por una semana, o una quincena, o un mes, podían rehuirle al repetitivo y homogéneo camino de hormigas que los llevaba de la casa al trabajo y del trabajo a la casa, sordos autómatas a la exhortación libertaria del mar.

El mar.

Antes de que alcanzara a meterme, ya tenía detrás la voz de tío Eduardo exigiéndome:

–Esperame, Ariel.

Me tomó por la cintura, y subiéndome a horcajadas sobre sus hombros, se metió al agua.

–Está re fría –dije pateándola y salpicándolo.

Él amagó varias veces a arrojarme en una catarata de risas compartidas, hasta que finalmente me tiró. Tragué un poco de agua y me ardían los ojos, pero era divertido. Escupí y me quejé en broma, siguiéndole el juego. Además de frío, el mar era salado hasta la náusea. Tío Eduardo se zambulló e hizo una salida rápida, sacudiéndose el pelo mojado. Me tomó de los hombros y mirándome me preguntó:

– ¿Te gusta? Este es el mar –Como si el mar necesitara de un interlocutor.

En realidad él siempre había sido un interlocutor múltiple, un hombre que se esforzaba por ser más de uno, como piezas de un *Tetris* encastrando en situaciones sin fin. Y no sé por qué,

aunque quizá por esa inadecuada excentricidad de desperdiciar las pocas quimeras agradables propuestas por un mundo con el que me costaba ponerme de acuerdo, nunca lo sentí tan solo, tratando de mostrarse entero y firme, ofreciéndome una máscara perpetua a partir de la cual pudiera encontrar cierta convicción desde la que desplegar me confiado. Un fabricante de ilusiones frágiles, un hombrecito sin Dios y sin mujer, con un hado en donde la fatalidad era un estorbo que llevaba mi nombre.

Caminamos un rato siguiendo la línea de la costa para secarnos los shorts.

Me dijo:

—Se acabó lo que se daba, Ariel. Mañana nos volvemos. Nos vamos a tener que levantar bien temprano otra vez. ¿Te da tristeza volvernos? Lo bueno se termina rápido, ¿no?

—No, extraño a los chicos —contesté con sinceridad.

Lo que siguió no fue sino un día de playa convencional, y antes de media tarde, cuando se levantó un viento que castigaba las piernas con agujas de arena, desistimos y dimos la vuelta para la estancia.

Volvíamos por el mismo camino de tierra cuando Julián, que venía parado en la caja de la camioneta observando los campos periféricos, le golpeó la cabina a Beto, obligándolo a parar. A unos cien metros había visto un grupo de seis o siete ñandúes. Beto convino en avanzar disminuyendo la velocidad meticulosamente para que Julián pudiera afianzar la puntería. Los ñandúes estaban ubicados a unos cincuenta metros de la cuneta, y al paso de la camioneta iniciaron una carrera paralela al alambrado. Beto emparejó la velocidad del grupo y Julián hizo varios disparos al montón, quebrándole la pata a una de las aves. El ñandú cayó en el lugar del impacto e hizo varios intentos inútiles por levantarse. Los demás siguieron su huida. Julián levantó los brazos pegando un grito de júbilo. Beto detuvo la marcha y bajó para acordar el plan de extracción, porque a lo lejos, en un potrero aledaño, podía verse un tractor en la tarea de arar la tierra. No querían testigos, el ñandú estaba dentro de una propiedad privada. Beto sugirió que nos bajáramos y fuéramos a buscar al bicharraco, mientras él seguía más

adelante para no despertar sospechas. Pegaría la vuelta y en ese ínterin, debíamos traerlo al menos hasta el alambrado. Seguiría sin detenerse y volvería a repetir la pasada; para ese entonces debíamos tener el ñandú del lado de la calle para cargarlo con prontitud y alejarnos del sitio lo más rápidamente posible.

Julián le dio el visto bueno y ambos cruzamos el alambrado. Cuando llegamos frente al ñandú me di cuenta de que el animal estaba plenamente consciente, solo que inmovilizado para huir, por su pata quebrada. Julián, previsor, traía consigo una varilla de madera para golpearlo. Me la pasó y me dijo:

–Tomá, hacete hombre.

Tomé la varilla pero no tuve reacción.

–Dale, no seas maricón. Golpealo en la cabeza.

Sin pensarlo, coaccionado por su presencia, tomé impulso y lo golpeé patéticamente. El ñandú emitió una especie de chillido gutural y me miró siguiendo el movimiento del brazo con grandes ojos vivos. No me animé a más. Julián me arrebató la varilla y aprovechó para humillarme.

–Traé para acá, mariquita. Mirá, esto se hace así –y le descargó un golpe único y definitivo.

El largo cuello erguido perdió su sostén y se derrumbó inconsciente.

–Por si las moscas –agregó, y le propinó unos cuantos brutos e innecesarios golpes más, rompiéndole el cráneo.

– ¿Ves?, así no sufre más de lo debido. Si fuera por vos, todavía estarías torturándolo con tus golpes de nenita.

Lo arrastró no sin dificultad hasta el alambrado y lo arrojó del otro lado. Beto ya había vuelto a pasar. Al volver lo cargaron y nos fuimos al instante.

Desplumado el ñandú, las plumas parecían ser lo único de valor comercial que tenía. Le cortaron a hachazos los cuartos y repartieron el resto entre los perros.

La madrugada siguiente, Sofía y Beto estuvieron al pie de la cama para despedirnos y ayudar a cargar nuestras pertenencias en el *Siam*. Sofía me preguntó:

– ¿Y? ¿Te gustó el campo?

—Sí —contesté por cortesía, como tío Eduardo me había enseñado, aunque no estaba para nada convencido.

El campo dejaba al descubierto a la naturaleza autofagocitándose sin miramientos, exhibiendo inmovible su carnicería en una constante cadena de satisfacciones y sufrimiento.

Los adioses fueron breves.

—Vuelvan cuando quieran —dijo Sofia.

Giré para saludarlos a través de la luneta mientras ellos agitaban sus manos alumbrados por el sol de noche.

Nunca más volvimos a verlos.

Usualmente, los acontecimientos históricos que consideramos relevantes nos dejan adheridas, al momento del suceso, ciertas vivencias intrascendentes que de lo contrario quedarían relegadas al olvido, como la mayoría de nuestros actos de la vida cotidiana.

Me viene a la memoria el día del fallecimiento del presidente Juan Domingo Perón. Estaba en cama con anginas. Tío Eduardo vino a sentarse a mi lado para ver y oír el discurso de Isabel Martínez, cuando anunció por cadena nacional el deceso del general. La fiebre se había retirado y había dado lugar a un apetito voraz. Apenas si había probado bocado en dos días, y el café con leche y el pan con manteca y azúcar que me devoré con un placer indescriptible, más allá de ser una trivialidad, nunca se borraron de mi mente. Tampoco a mi tío augurando:

– ¡Uh! Qué feo que se va a poner esto. Vamos de castaño a castaño oscuro.

De la misma manera, aunque a partir de un día de carnaval del '76, recuerdo con qué satisfacción me puse el disfraz de *El Zorro* para ir al corso de Santos Lugares con los chicos. Esa añorada fiesta de nieve en aerosol, serpentinas, papel picado, pomos de agua, machetes y martillos de plástico, en donde todo estaba permitido porque no había dobles intenciones ni

mala fe; cuando todo se aceptaba con el mismo espíritu festivo, cuando todavía nada de eso podía ser interpretado como algo belicoso u ofensivo. Fue el mismo día en que se mudó al lado un nuevo vecino. Me había visto salir a la vereda disfrazado, mientras todavía terminaba de bajar las cajas de la mudanza; ya de noche, dejó en el suelo el canasto que llevaba y me dijo:

–Yo sé quién sos vos: Don Diego de la Vega –me tendió la mano y se la estreché encantado–. Un gusto, Don Diego. A partir de hoy voy a vivir al lado suyo. Cualquier problemita que tenga, le chiflo, ¿le parece?

Fue una inmejorable forma de iniciar una buena relación. Se llamaba Horacio. Era viudo y no tenía hijos. De estatura mediana y extremadamente delgado; su barba y bigote, además de sus lentes, le daban un aire intelectual que imponía respeto. Sin embargo, él mismo se encargaba de quebrar el espejismo con una jovialidad que a simple vista tenía bien guardada. Aunque al poco tiempo descubrí que no estaba a disposición de todos, quiero decir, no se trataba de ese tipo de jovialidad que recluta amistades por doquier, sino de una reservada a unos pocos.

También trabó vínculos de buen vecino con tío Eduardo, quien lo aventajaba en diez o quince años de edad. No obstante, conmigo era otra cosa. O quizá quería sentirlo así. Que me pusiera un sobrenombre como Don Diego, supongo le anotó unos cuantos porotos a favor. Después, la relación se afianzó por motivos más valederos que por una simpatía superficial, que no pasaba de un saludo simplificado que cumplía con su ligera función de contacto.

Nacido en Córdoba, había iniciado estudios universitarios de Astronomía en esa ciudad. Desgraciadamente, las matemáticas y la física se le dieron menos que sus sueños juveniles por investigar un cosmos mucho más vasto que su flaca voluntad y un bolsillo poco acorde a tamaño proyecto, lo que de todas formas, no alcanzó para extinguir la llama, trocando parte de la frustración en un hobby de lecturas relativas a ese campo y una viva curiosidad por los nuevos descubrimientos y la carrera

espacial, así como por las novelas y las películas de Ciencia Ficción.

Descubrí sin querer su afición una noche, mandado por tío Eduardo a la terraza a descolgar la ropa seca. Escuché unos sonidos metálicos que provenían de al lado y me asomé a su terraza para ver a qué se debían. Horacio fumaba y ajustaba un telescopio de aficionado, mientras graduaba el lente tratando de acoplarlo a un punto determinado en el cielo. Golpeé las palmas anunciándome y lo saludé.

—Hola, Horacio.

Me reconoció sin sorpresa, a pesar de la poca luz que había y que llegaba desde el alumbrado de la calle.

— ¡Don Diego! —me dijo—. ¿Cómo va eso? ¿Qué anda haciendo sin el antifaz? Mire que me lo van a reconocer. Por mi cuenta se puede quedar tranquilo que nadie se va a enterar. Soy una tumba.

—Mi tío me mandó a recoger la ropa —le contesté mostrando unas camisetas y unas medias que había alcanzado a descolgar.

—Se me está viniendo a menos, que no se diga... ¿O es una estrategia nueva para seguir pasando desapercibido?

Me reí festejándolo y le pregunté:

— ¿Y eso qué es?

—Un telescopio. Hoy la luna está ideal para echarle una miradita.

— ¿Y qué se ve?

—Muchas cosas. Entre ellas, por ejemplo, cráteres...

— ¿Qué son los cráteres?

Horacio se afanaba en su objetivo y no me escuchó, o fingió no haberlo hecho.

—Listo. Ahora sí los veo clarito, clarito.

— ¿A quiénes?

—A los marcianos. Tienen una base en la luna.

—Me está cargando, usted.

—Para nada.

— ¿En serio?

—Claro —saludó hacia a luna—. Me están viendo.

— ¿De tan lejos?

—Es que justamente hay otro marciano mirando con un telescopio para acá. Por supuesto, mejor que el mío.

Volvió a saludar y me instó a hacer lo mismo.

—Saludalo, dale, que te está viendo.

Vacilé unos segundos. No podía establecer distinción entre si me estaba tomando el pelo, si era realmente cierto o si estaba colifa. De ser la primera opción, su actuación resultó bastante convincente. Al punto que me incliné a creerle, aún cuando ya contaba con once años, *otros once años*, y me encontré saludando ingenuamente a un marciano que, a su vez, me saludaba desde la luna, quizá llevado inconscientemente por esa corriente invisible que entrados los setenta todavía perduraba y por la cual se creía aún (aunque con menos intensidad que en los sesenta) que todo era posible, que si algo era digno de considerarse una meta humana, solo la utopía podía conducirnos hasta allá, hasta el sueño de un mundo distinto, de un hombre nuevo, con extraterrestres incluidos.

La magia se rompió cuando escuché la voz de tío Eduardo, llamándome.

— ¡¿Y, Ariel?!

— ¡Ya voy! —le grité y me puse a juntar el resto de la ropa que quedaba en el tendedero.

Aun cargado como estaba, algo dentro de mí se rehusaba a irse. Horacio percibió mi interés y me preguntó:

— ¿Te gustaría ver por el telescopio?

—Ahora no puedo —me lamenté.

—Ahora, no. Otro día.

— ¿Le dice usted a mi tío, Horacio?

—Le digo. Yo hablo con él. Vas a aprender un montón de cosas nuevas.

—Gracias —contesté.

Estuve a punto de no hacerlo, pero no me contuve y le pregunté:

—Lo de los marcianos... ¿Es verdad?

— ¿Vos no creés en los marcianos?

—Sí que creo.

–Está todo dicho, entonces. Y de esto, nada a nadie. La gente común no se puede estar enterando así como así, entraría en pánico.

Escuché a mi tío gritando otra vez:

– ¡¿Necesitás ayuda, Ariel?!

– ¡No, tío! ¡Ya está! ¡Ya bajo! Dígale, ¿sí?

La lumbre del cigarrillo de Horacio se volvió más incandescente, y dejó escapar una bocanada de humo.

–Quedate tranquilo que yo le digo.

–Chau. Gracias –repetí. Y bajé feliz la escalera, mitad *El Zorro*, mitad *El Eternauta*, una tira de historieta que le gustaba mucho a tío Eduardo.

Imposibilitado de escapar al curso de la Historia, al otro día amanecí escuchando por radio la marcha *Avenida de las Camelias* y a mi tío diciendo:

– ¡Qué te dije! ¡Yo sabía!

Doña Inés llegó a eso de las siete para hacer la limpieza semanal, exultante.

– ¿Escuchó el *comunicado*, don Eduardo? Era hora que viniera alguien a poner orden.

– ¿Usted cree, Inés?

–Es que ya no se podía más con tanto guerrillero.

–A mí, personalmente me parece que, en este caso es peor el remedio que la enfermedad.

–Mire, lo que este país necesita es mano dura. Somos hijos del rigor.

–Si usted lo dice. En lo que a mí respecta le puedo decir que un Golpe de Estado no nos puede deparar nada bueno.

–Acá necesitamos patriotas y gente cristiana para que todo camine derecho –opinó doña Inés terminante.

Tío Eduardo entró en la pieza refunfuñando, no porque experimentara algo similar a una derrota política, porque para ser franco, no la consideraba un tema primordial, sino algo que solo tocaba de oído, alejado de su práctica. Lo que sí, los militares le caían pésimo, y doña Inés, regocijándose con su irrupción en el poder, competía con ellos casi a la par. Entré en su

habitación, abrochándome los botones del guardapolvo, en plenos preparativos para ir a la escuela. Lo escuché decir:

–Vieja de mierda. No sé de qué carajo se alegra.

–No le digas así, tío. Callate, que te va a escuchar.

Me observó a través del espejo, mientras se peinaba.

–Déjame que me desahogue... Ya con estos vamos a tener tiempo de sobra para estar callados.

Con once años, no hay exigencia alguna para las preocupaciones políticas, por más graves que sean, y uno queda exceptuado convenientemente de toda valoración moral. Más cuando, por más que el país se desmoronase, la posibilidad de un contacto del tercer tipo se cernía en el futuro, y el secreto que podía haber recaído en otro de tantos miles de millones, recaía en mí y en un vecino dadivoso que me había escogido para ser aquel con quien compartir evento semejante.

– ¿Esta noche puedo quedarme con vos a ver *Los invasores*, tío?

– ¡Justo *Los invasores*! –comentó alusivo.

Se puso algo de colonia.

–Pero lo dan muy tarde, Ariel. Después te tenés que levantar temprano para ir a la escuela y tengo que estar rezongando. Si ya te cuesta levantarte acostándote a las diez, imaginate lo que te va a costar si te acostás después de la una. Mejor pensalo.

En clase apenas si pude concentrarme. La fantasía me trasladaba a años luz de galaxia en galaxia. Me permitía gravitar durante unos instantes tras la perorata inconexa de la maestra, para salir despedido luego en un recurrente y psíquico viaje interestelar. Los resultados de la aventura espacial los sufrí después, a la hora de exponer mis escasos conocimientos cuando llegaron las pruebas. Mientras tanto seguí tripulando mi deseo en la sola dirección de lograr avistar algo extraordinario por aquel telescopio.

También mi tío, sin saberlo, contribuyó con la seguidilla de notas cuasi catastróficas, suplantando la traspornoche de *Los invasores* por el libro de Ray Bradbury *Crónicas Marcianas*. Le dediqué varias tardes leyéndolo y releuyéndolo, intercalándolo con encuentros junto a Patricio, Jorge y Mario. Me salía de mí

por ponerlos al tanto de lo que me estaba ocurriendo. Me contenía y lo canalizaba contándoles algo de mis lecturas sobre la vida en Marte. Ellos, al menos en ese momento, estaban más preocupados por llevar adelante la vida terrestre y cotidiana que nos hermanaba en el juego, que en escuchar mis comentarios incongruentes que le quitaban un tiempo precioso a la diversión.

Atrapado entre el desinterés de mis amigos y la imposibilidad de faltar a la palabra dada a Horacio, los únicos oídos que podían prestarse a mi camuflado desahogo eran los de Mariela, siempre que no tuviera demasiada tarea de la diferencial. Me entretuve con ellos un rato y pretexté tener que estudiar. Pasé por mi cuarto y me hice del libro.

En su silla de ruedas, bajo el paraíso, detrás del ligustro, con el cuaderno apoyado sobre una tabla, Mariela trataba de resolver un problema de aritmética.

—Hola. Mirá lo que estoy leyendo —le dije mostrándole el libro de Bradbury—. Es sobre el planeta Marte. Y marcianos.

—Qué bueno —contestó enfrascada en la tarea.

Tomó la goma y borró parte de la operación.

—Es difícil. No me sale. Hace rato que estoy con esto. Me estoy volviendo loca.

—Necesitás descansar un poco. Estudiás mucho vos. Por ahí, si lo agarrás más tarde lo resolvés.

—No sé qué estaré haciendo mal.

—Dejalo, después lo terminás.

Ya no estaba dispuesto a tener que afrontar otra nueva frustración que no me permitiera liberarme de tanta tensión interna, aunque fuera a través de ambages irresueltos.

—Sabés, el señor de al lado, Horacio, tiene un telescopio y me invitó a su casa a mirar la luna.

— ¿Ya fuiste?

—Todavía no.

—Qué lindo debe ser poder ver tan lejos. —Entonces me cambió de tema—. Ya pronto viene mi cumpleaños. ¿Qué me vas a regalar?

—Ehhhh.... Todavía no sé.

Sin embargo, casi espontáneamente se me ocurrió qué, pero no sabía si podía convertirse en algo viable. No solo porque no dependía de mí sino de Mariela misma, lo que representaba quizá la mayor dificultad. Así que me lo guardé esperando la ocasión propicia, siempre que se diera, para no crearle falsas expectativas y posteriores desencantos.

Salí a la calle y en la vereda me encontré con Horacio y mi tío conversando animadamente. Me acerqué esperando que Horacio le estuviera hablando de su invitación y hubiera obtenido su aquiescencia. Y exactamente de eso se trataba. Mi tío me recibió entre burlón y comprensivo diciéndome:

—No sabía que el otro día anduviste viendo platillos voladores y saludando a una base marciana en la luna.

Todo el andamiaje que venía armando hasta ahí se vino abajo. Otra vez me sentí un tonto, pero logré sobreponerme y con mi mejor cara de fingir no darme por aludido, deslicé un embuste que me dejara mejor parado y desmintiera mi bochorrosa credulidad.

—Horacio me lo pidió y lo dejé contento con poca cosa, tío.

—Ah, mirá vos —dijo Horacio—. Al final el engañado resulté yo. Qué artista habías resultado.

—Mire si voy a creer en marcianos.

—No veo por qué no. Es más, muchos científicos piensan en que resultaría demasiado engreído de nuestra parte pensarlos como el único planeta habitado de la galaxia, y sin contar las miles de millones que existen más allá de la nuestra —dijo tío Eduardo.

Viniendo de su parte, la aclaración resucitó mi desdibujada ilusión y volvió a ponerla en carrera.

—Entonces alguien pudo estar viéndonos de verdad cuando saludábamos.

—Aun cuando la probabilidad sea mínima, no lo podemos descartar. Eso sí, espero que no haya sido la jovata de al lado, porque en ese caso debe estar pensando que los dos estamos un poco piantados y nos falta un tornillo.

Nos reímos.

–Y hablando de bases marcianas en la luna, le decía a tu tío que está bastante despejado hoy. Seguramente va a ser una linda noche para sacar el telescopio. Así que más tarde te me venís con él y...

– ¿Puedo llevar a una amiga? –lo interrumpí.

–Ariel, te estás tomando una confianza que no corresponde...

–Dejalo. Ella puede venir también, don Diego –me dijo.

– ¿Te referís a Mariela, Ariel?

–Sí.

–Pero... A ver... Es que ella tiene unos problemitas motrices... No sé cómo llamarlo, si algún tipo de malformación genética. No estoy muy al tanto del tema, desconozco los términos médicos específicos.... Pero la chica no tiene piernas, anda en silla de ruedas. No sé si será problemático que venga. De hecho no viene ni a nuestra casa, Ariel. Tampoco sabemos si la madre se lo va a permitir... Sin contar que es bastante introvertida.

A Mariela se lo dificultaban todo. La ahormaban en base a esa situación de asimetría. Le introyectaban una versión disminuida de sí misma, mi tío, su propia madre, y todos los demás. Minusválida era la sociedad y sus requerimientos, y la sobreprotección que le mermaba su potencialidad, que le impedía enfrentar a un mundo que la llevaba a creer que no estaba a su altura. Probablemente tío Eduardo no se equivocara y ella misma se negara a acceder, como si la vida fuera algo que le pasaba por al lado o que solo podía experimentar de segunda mano, a través de los relatos de otros, de sus libros y sus vidas prestadas.

Esa noche tenía la oportunidad de poner sus ojos más lejos que lo que podían llegar los trancos finales de un maratonista. Qué mejor regalo de cumpleaños anticipado que ese.

–Qué importancia puede tener eso, Eduardo. Por mí no hay problema. Le va a gustar. Puede aprender cosas un tanto alejadas de lo cotidiano que seguramente van a despertar su capacidad de asombro. Y si el chico quiere que venga, me parece bárbaro.

–Entiendo. Solo lo decía porque no quería incomodarte, y menos abusar.

–En absoluto.

Cenamos antes de lo acostumbrado. Tío Eduardo no estaba muy convencido de mi idea, de llevar con nosotros a Mariela, y se mostraba reticente. Trató de persuadirme para que cambiara de parecer y apuró una batería de argumentos burdos y prejuiciosos, fundados en un atrevimiento que el mismo Horacio había desestimado. Me salió decirle, casi como un ruego:

–Pobrecita, Mariela, tío. Casi nunca sale a ningún lado. Dale, vamos a buscarla. Por ahí viene.

–No sé, Ariel. No me parece.

Continuó resistiéndose hasta que le dije:

–Para mirar por el telescopio lo único que se necesitan son ojos, tío, y esos los tiene.

Aspiró profundo y terminó replegándose y aceptando mi iniciativa.

–Se va a poner recontenta.

–Esperemos.

Ni siquiera me había tomado el trabajo de ponerla en aviso llamándola por teléfono. Definitivamente, tenía que ser una sorpresa, aunque no sabía cómo iba a reaccionar.

El estridente timbre de su casa trajo a doña Marta hasta la puerta. Al toparse con mi tío y conmigo, dada la hora, mostró cierta extrañeza que compensó con la cordialidad de siempre. Ella priorizó a tío Eduardo y aguardó a que expresara su propósito. Él se sintió cohibido por lo que consideraba una situación algo engorrosa y me endosó las explicaciones de nuestra súbita aparición, dándome un empujoncito para adelantarme.

–Venimos a buscar a Mariela, doña Marta –le descargué sin anestesia.

–¿Qué cosa? ...¿A Mariela? ¿Para qué la necesitás?

–No, no. No es que la necesitemos –intervino mi tío dándome una mano–. Permítame que le aclare el panorama, señora. Ariel le trae a Mariela una invitación. Digamos... la viene a buscar para, cómo decirle... Es que esta noche tenemos una... venturosa, diría yo, cita con la astronomía, que se da en

raras ocasiones. Disponemos del telescopio del vecino y, la verdad, sería una gran pérdida que Mariela no pudiera aprovecharla también.

—Pero... mi nena...

—Yo le digo, doña Marta —le dije apurándola para no dejarla hilvanar algo contraproducente. Me filtré a través del espacio que me dejaba entre el marco de la puerta y ella, y corriendo, llegué hasta Mariela, que estaba en la cocina.

—¡Hola! ¡Te tengo una sorpresa increíble!

Y mientras ella no salía de su asombro frente a mi alborozado avasallamiento, tomé la silla de ruedas por detrás y la llevé con prisa hacia la puerta.

—Permiso, doña —le solicité obligándola a correrse para dejarnos salir.

Mariela buscó la mirada de su madre tratando de hallar respuestas, asaltada por la indefinición. Doña Marta no se encontraba en una situación diferente, y dio lugar a que mi tío les dijera:

—Ariel te tiene una sorpresa. Se la traemos en un rato, señora, no se preocupe.

Sin pensarlo dos veces, apuré el rodar de la silla hacia la esquina mientras Mariela era presa de una mezcla de confusión, pudor, hilaridad y temor. Se removía en el asiento, incomodada por ese arrebató que inopinadamente la dejaba al descubierto. Pero el velo de la noche hacía lo suyo, favoreciéndola, tironeándola para el lado de ese *sí* que le resultaba tan costoso. Mi tío me siguió detrás, casi caminando de espaldas, mirando hacia doña Marta, que no dejaba de hacerle recomendaciones. Pensé en que Mariela no salía nunca, a no ser para ir al médico o cuando la venían a buscar para llevarla a la escuela diferencial. Vivía prácticamente recluida, fuera del circuito de sentimiento de lástima que el mundo tenía para ofrecerle, en una dimensión carcelaria. Llevaba una expresión desencajada, y dentro de la inseguridad impuesta por su anclaje, se agitaba para escaparle a la sumisión de la dependencia sin obtener logro alguno. La vida la atormentaba dándole alas de canario, las que carecían

de sentido dentro de su jaula, y por fuera de los finos barrotes, apenas si les otorgaba posibilidades de durar.

Encontré desvirtuadas mis buenas intenciones, como si en el fondo no le estuviera causando más que dolor. Olí sus gases, incontrolables y silenciosos, y palpé su reservada vergüenza. Sin embargo, traté de no dejarme llevar por esa oleada de temor al fracaso que me inundaba.

– ¡Vamos a ver por el telescopio! ¿Te acordás que te conté?

– ¿Adónde?

– A casa de Horacio.

– No, pero, él no me conoce, por favor, Ariel, no –dijo intranquila.

– Pero sí, él dijo que vinieras. Yo le conté de vos.

Con una mentira piadosa, tío Eduardo intervino, salvador.

– Él ya te conoce, Mariela. Pasa todas las mañanas caminando para el trabajo por el frente de tu casa a la hora que vos salís para la escuela. Solo que vos no lo conocés a él.

– ¿Él me vio? –preguntó interesada, ya que el haberla visto la libraba de ese choque inicial de toda primera impresión, esa misma primera impresión que se calcaba en cada rostro.

– Te conoce, sí –agregué sumándome al artificio—. Por eso te vine a buscar.

– Él mismo te invitó, Mariela –apuntó tío Eduardo.

– Pero es que yo no sé quién es –dijo más calmada.

Tío Eduardo tomó el mando de la silla y me pidió que golpeará la puerta.

– Buenasss... ¿Cómo va? –dijo Horacio, saliendo casi instantáneamente, antes de que mi tío y Mariela llegaran al umbral.

Primero se acercó a Mariela y la saludó como si la conociera de toda la vida, inclinándose para darle un beso.

– ¡Hola, linda! ¿Lista para aprender algo de astronomía? ¡Seguro que sí! ¿A quién no le gusta mirar las estrellas? Aprovechemos ahora que el smog y toda la porquería que estamos tirando para arriba, en unos años más, van a tapar a la mayoría de ellas.

La naturalidad de Horacio la relajó, pero volvió a recrudescer una vez pasamos al interior de la casa y advertimos que no podíamos subirla en esas condiciones al techo, que había que cargarla. Ella misma se anticipó preguntando:

– ¿Vamos a mirar desde acá? ¿En el patio?

–No, desde la terraza –la puso en aviso Horacio. Empecé a entender un poco la resistencia de tío Eduardo. Él había previsto ciertos momentos no deseados, de esos que se prefieren evitar. No obstante, Horacio mostró otra resolución. Se acercó a Mariela sonriendo y sin darle tiempo a nada, la alzó pidiéndole:

–Vos agarrate fuerte de mi cuello, que vamos a subir.

A mi tío le demandó respetuosamente:

–Plegá la silla, Eduardo, por favor, si sos tan amable, y subila que arriba tengo todo armado.

Mariela se dejó hacer, sumisa y rígida, esquivando nuestras miradas. Una vez se instaló nuevamente en la silla, continuó como ausente unos instantes, hasta que el rubor desapareció de su cara. No pude dilucidar hasta qué punto Horacio se hallaba al tanto de ese íntimo acontecimiento emocional. Lo cierto era que estaba manejando muy bien la situación, desentendiéndose a la manera defensiva de un enfermero versado o fingiendo desentenderse en beneficio de todos, y habiéndonos conducido a superar una etapa crítica. Mariela ya estaba ahí, y eso era un gran logro en sí mismo. En eso consistía mi regalo: un presente distinto, una novedad movilizadora que rompiera con su encorsetamiento. Lástima que no fuera sin dolor.

En aquella oportunidad, no pude prever las consecuencias futuras, pero pienso que fue el punto de inflexión de todos los sucesos que se desencadenaron luego a partir de aquel leve *efecto mariposa*. Había cruzado un umbral temido, no sin sus repercusiones internas, y se encontraba situada en un terreno que no había sido hasta allí sino el campo de batalla del deseo de los otros: ahora podía desear desde una posición más fiable, más esperanzadora, aunque no menos trágica, o eso supongo, debió creer, si lo creyó, pero no aquella noche, sino muchos años después.

—Bueno, acá estamos. Ahora por dónde empezar, ¿no? —proclamó Horacio abriendo los brazos, mirando la bóveda nocturna.

Era lógico, no se podía sino partir de la arbitrariedad ante algo que podía ser lo más cercano a lo infinito en su versión más admirable y asequible, y si bien cualquier inicio era lícito, eso era justamente lo que lo convertía en complicado. Curiosamente estaba allí y en todos lados, sobre nuestras cabezas, casi olvidado. La ciudad se lo había tragado con sus fauces de luces clonadas, con sus vendas de cemento y su mundana propuesta horizontal. Al menos uno podía advertirlo en noches como esas, repartiendo a escala exorbitante un recado desconcertante y sibilino. Con estupor y sin rastros de palabras, el orgullo y la altivez humana quedaban contusos y maltrechos; la soberbia de la razón resultaba humillada doblemente: por un simple puñado de estrellas, ciegas espectadoras de nada que pareciera valer la pena, y debajo, frente a la casa, iluminadas las cruces con la luna, por la quietud eterna del cementerio. Nada objetivo que pudiera tenerse por certeza ni nada que pudiera ser objeto total de descrédito. La vanidad de la razón y la fe cojeaban juntas, tomadas de la mano, perdiendo su polaridad inconciliable y lacerante frente a tanta indiferencia.

No había nada incontrovertible ni sólido en cuestiones tales y todo terminaba en una aporía, en el saber doloroso del no saber. Quizá no había ni habría revelación alguna, a través de nada ni de nadie. No obstante, nunca parecía cansarme de irle detrás. Siempre me encontraba repuesto para ese trajín. El hombre había inventado las preguntas y proponía sus respuestas, cayados para ciegos con que desplazarse por el mundo; y él mismo era un interrogante sin resolución, lo cual lo impulsaba a preguntar y repreguntar, y no dejar de hacerlo.

—Vamos a acomodar un poquito mejor el trípode... —dijo Horacio para todos—. Bueno, acá tenemos un cráter. Está ubicado a la izquierda de la Bahía de las Mareas, que a su vez está inmediatamente a la izquierda del Mar de los Vapores. Lleva el nombre de Copérnico, astrólogo nacido en Prusia, hoy Polonia, en 1473. No vamos a preguntar quién va a ser el primero

de ustedes que va a tener el privilegio de mirarlo, porque obviamente, va a ser la señorita. Me imagino que todos los demás caballeros estarán de acuerdo. Pero vamos a necesitar algunos almohadones. ¿Te vas a buscar algunos abajo, Ariel? Están en el sofá.

Horacio estaba en todo. Había advertido que a Mariela le faltaba altura para llegar al ocular, y con unos almohadones podía compensarla sin tener que alzarla en cada observación.

En la noche fresca, nos ilustró con un compendio de concepciones cosmológicas accesible, adaptado a nuestras capacidades. Incluyó a algunos filósofos presocráticos, a Aristóteles y la esfera de las estrellas fijas, pasando del geocentrismo de Ptolomeo, al heliocentrismo de Copérnico, para continuar con Giordano Bruno, Kepler, Galileo, la visión newtoniana del universo eterno e increado, hasta llegar a suministrar nos algunos datos sobre la teoría del Big Bang y la concepción del espacio-tiempo curvo de Einstein. No obstante, fue demasiada teoría para quienes nos inclinábamos por la fantasía y lo empírico, la que tratamos de contrabalancear mirando simplemente los mares, bahías y cráteres de la luna.

Era extraño verla así, pero a medida que avanzó la noche, Mariela se mostró más suelta de lo que la había visto nunca, y sentí que de alguna manera había logrado el cometido. Estaba feliz. A cada turno de observación, intercambiábamos impresiones de asombro, volviendo cortas las distancias imposibles que nos emparejaban sin distinción.

Empezamos a sentir frío. Tío Eduardo y Horacio conversaban mirando hacia el cementerio, apoyadas las manos en la despintada paredcita de la terraza. Horacio le contaba acerca de su fallecida esposa.

—Está enterrada acá. Cuesta adaptarse. Uno vive como si fuera inmortal, casi invulnerable. Sabemos que no es así, pero en la práctica no le hacemos mucho caso; quizá sea como debe ser, o no, ya no sé cómo. La cuestión es que un día, la compañera casi inmortal dejó de serlo, y lo peor del caso, dejó de ser mortal, y te quedás solo. Todo se pone patas arriba. Ese pro-

yecto de futuro en común se esfuma y no sabés para dónde arrancar.

–Tendrás tus buenos recuerdos...

–Los mejores, pero no por eso dejan de ser dolorosos. Tal vez por eso mismo, porque fueron los mejores es porque duelen tanto. Los últimos, ojalá pudiera borrarlos. El cáncer es una enfermedad lacerante, ¿sabés? Pero bueno, dado que ningún organismo escapa al deterioro, la imposibilidad de la conciencia es una terapéutica definitiva y clemente de la naturaleza, ¿verdad?... A todos nos llegará. Perdón por este comentario poco apropiado.

–Tranquilo, qué va'cer... Hay que seguir...

Tío Eduardo se inclinó hacia abajo, hacia la vereda, y vio venir a Doña Marta en dirección a casa. La chistó dos veces.

– ¡Doña Marta! ¡Eh! ¡Acá arriba!

Me asomé y la vi con una campera de lana tejida colgando del brazo. Desorientada, alzó la cabeza y nos encontró.

–Pensé que estaban en su casa.

–No, en lo del vecino.

Horacio la saludó con un ademán atento.

–Le venía a traer el saco a la nena. Además ya es un poco tarde.

–Enseguidita se la llevamos, doña.

Le dijo a Horacio:

– ¿No abrirías? Así Ariel va a buscar el saco.

–Cómo no.

Doña Marta terminó apurando la función de gala de las estrellas y se llevó a otra Mariela, o a lo sumo al germen de una nueva Mariela, con un punto de apoyo dentro suyo a partir del cual mover ese mundo fijo e invariable; la condición de posibilidad para que despuntara un cambio. Nada fácil, tampoco. Pero mejor que nada. Con Jorge, Mario y Patricio no había ido nunca más allá del hola árido e incultivable, sin que se le pudiera reprochar nada en absoluto, por encontrarse del otro lado con la misma resistencia infértil. Pero así y todo, era pródiga en agradecimientos, y no dejó de serlo aquella vez, repartiéndolos en forma sentida, con ese rasgo de sumisión tan propio

de aquel que, por su defecto, se vivencia en una posición desventajosa, lo que nos convertía en toscos benefactores que, a la inversa, no podíamos dejar de sentirnos en deuda frente a lo desproporcionadamente edificante que el dar nos brindaba, y que, en ningún caso, sentíamos una contraprestación.

Pensábamos que todo había terminado por esa noche, y habiendo alcanzado a Mariela, dábamos las buenas noches a Doña Marta en la puerta de su casa, cuando dos jóvenes doblaron la esquina a la carrera. En evidente plan de huida, amminoraron el paso en la penumbra de la cuadra, a metros de nosotros, en la vereda de enfrente, cuando a contramano, dos autos con las luces apagadas, aceleraron haciendo chirriar los neumáticos hasta alcanzarlos. Varios hombres armados bajaron de los vehículos y los sometieron a golpes, obligándolos a arrojarse al suelo, para patearlos y continuar reduciéndolos mientras seguían en el piso. Sentí las manos fuertes de tío Eduardo que me hacían retroceder y me parapetaban detrás de él. Los jóvenes se deshacían en ruegos alegando que debía haber un error, que no habían hecho nada malo. Los silenciaron con más amenazas y retuvieron sus documentos. Todo fue tan rápido, tan planificado, que no atinamos a reaccionar, quedándonos paralizados.

Doña Marta dejó escapar un grito ahogado:

– ¡Ay! ¡Pero, ¿qué pasó?!

Uno de ellos les espetó:

– Zurdos de mierda, no les van a quedar ganas de andar jodiendo.

El que parecía estar a cargo del grupo, dio unas órdenes concretas y se adelantó hasta nosotros con paso lento. Se dirigió a Doña Marta diciéndole:

– Buenas noches, señora. No se asuste. Es tan solo un procedimiento de rutina.

Enseguida se formó un mínimo corro de vecinos y viandantes curiosos, cinco o seis.

– ¿Los van a llevar a la comisaría? – preguntó mi tío, auscultándolo con la mirada.

El tipo, pulcro, engominado, llevaba el corte de pelo reglamentario, lo escudriñó con sorna, desestimando la intromisión.

—Los llevamos detenidos —contestó tajante, y continuó diciendo—: Permítame una pregunta. ¿Quién es el responsable del chico?

—Yo soy el tío.

—Así que el tío... No creo que este sea un espectáculo apropiado para la criatura. Seguramente estará de acuerdo conmigo. Lo más aconsejable sería que se lo lleve adentro.

—Vivimos acá a la vuelta.

—Bueno, entonces lo más aconsejable sería que vayan para su casa.

Uno de ellos empezó a vociferar:

— ¡A ver, señores! ¡Circulando! ¡Acá no hay nada que ver!

La gente se fue retirando lentamente. Otro se acercó al mandamás y le informó:

—Tenemos una goma pinchada, señor. La puta madre.

—La boca, Martínez. ¿No ve qué estamos delante de una dama? Cuidemos el léxico—. Y preguntó: — ¿Una gomería cerca por acá?

—Saliendo a la ruta, a la izquierda, hay una abierta las veinticuatro horas —le indicó Horacio.

—Se agradece. Buenas noches.

Nos dio la espalda como si nunca nos hubiera abordado, yéndose hacia el *Falcon*. La goma estaba relativamente baja. La pateó para verificar su condición y señaló:

—Va a aguantar.

— ¿No la cambio entonces?

—No. En todo caso, más adelante. Vamos.

Los autos se marcharon dejando comentarios entre los pocos que quedamos.

—Por suerte Marielita estaba adentro —dijo Doña Marta, angustiada. Reconoció a una vecina y le preguntó—: ¿Qué pasó, Nelly? ¿Eran chorros?

—No sé. Lo único que te puedo decir es que los venían siguiendo.

— ¿Estaban armados? —preguntó tío Eduardo.

–Realmente no tengo idea –dijo, y agregó–, pero seguro algo habrán hecho.

Segunda Parte

Las Fronteras

No pocas veces había escuchado decir de boca de los viejos: “Aquella fue otra época”, sin mucha conciencia del discurrir de la temporalidad, anclado felizmente en el presente desfuturizado y elástico de la infancia, sin ninguna zona oscura que avizorar en su fondo de devenir. Comencé a entenderlo un tanto mejor cuando palpé esa mixtura de angustia, nostalgia y deseos encontrados que litigaban por conservarse algunos, y otros por darse su lugar. Cuando pasé del guardapolvo al blazer, a las primeras pitadas de los cigarrillos y a los asaltos en las casas de mis compañeros, a interesarme por los problemas limítrofes con Chile, a la alegría de ganar el primer campeonato mundial de fútbol, y a la compañía preferencial del sexo femenino. Algo que podía llamarse una transición dentro de otra transición; otra transición que pronto dejaría de serlo, cuando empezó a mostrarse ese presupuesto de supervivencia e inclusión que impone toda sociedad: la necesaria demanda de cumplir un rol en el horizonte futuro.

Ese período de adaptación se estiró durante todo el marco de la adolescencia, atestado de indefiniciones e inquietudes por lo que me deparaba la opacidad del porvenir que se abría hacia adelante. No lograba visualizar siquiera un ligero bosquejo de mi situación ulterior. Nunca había sentido algo así como el

despuntar de una vocación o una pasión que desembocara en algún proyecto a realizar.

Estaba en quinto año comercial y para ese entonces la preocupación se habría de instalar inexorablemente. A eso vino a sumarse el próximo sorteo para la conscripción; tanto Eduardo como yo (ya no lo llamaba tío), estábamos esperanzados en que saliera favorecido con un número bajo y en consecuencia quedara exceptuado del servicio militar obligatorio. Pero las cosas se pusieron todavía mucho peor cuando el Gobierno militar, sorpresivamente y excluyendo todo intento diplomático, en una estúpida maniobra, cuya finalidad era investirse de un prestigio inexistente, para continuar sosteniéndose en el poder, trató de recuperar las Malvinas en manos de los ingleses, por la vía armada.

Mirábamos por la tele el discurso de Galtieri frente a una congregación multitudinaria en Plaza de Mayo. Eduardo se agarraba la cabeza.

– ¡Esto es una locura! Y toda esa gente ahí, viviendo a ese demente. Nos llevan a una guerra y festejamos.

Yo lo dejaba explayarse. Eduardo despotricando frente al televisor a esa altura ya era un clásico. Era un hombre condenado a ser libre, hubiera dicho Jean Paul. Razones no le faltaban.

–Mirá, pobres pibes, por favor, pidiendo que los lleven al matadero.

–O juremos con gloria morir, Eduardo. Escuchá.

–Ma' qué juremos con gloria morir. La gloria es una palabra, Ariel. Una palabra con la que te llevan a la muerte con tu consentimiento, en nombre de intereses que ni siquiera son los tuyos, porque te los imponen. Uno no ve lo absurdo de la situación hasta estar desangrándose, unos segundos antes de que sobrevenga el final. Pero ya no hay vuelta atrás.

– ¿Y con la patria qué pasó, Eduardo? –inquirí desafiante.

–Sos demasiado pibe todavía, Ariel. Tenés mucho que aprender, y andá sabiendo que nunca se termina.

–Mirá si me llaman para ir después del sorteo. ¿Qué hago?

–Ni lo menciones, mirá. No me preocupes más de lo que estoy. ¿Te creés que no lo pensé? ¿Sabés a todos los que van a

traer en un cajón?... Si es que los traen. ¿O los que van a quedar tullidos, o inválidos, o loquitos...?

–Uno de los primos de Patricio está haciendo la colimba en el sur, es clase ‘63.

– ¿Lo conocés?

–Sí, vive cerca, a tres cuadras de la municipalidad.

–Esperemos que no lo tengan que venir a visitar acá enfrente.

–En todo caso va a ser como a un héroe.

Eduardo me miró con tristeza:

–Preguntale a la madre si tiene ganas de ir a visitar la tumba de un héroe.

Eduardo no era el ideal del patriota, no estaba para discusiones sobre soberanía nacional, aun cuando las islas fueran un enclave colonial, pero tenía sus argumentos simples, contundentes y cotidianos. Complicábamos la vida de tal manera que terminábamos desatendiendo las prioridades. Las guerras convertían a los hombres irrepetibles en objetos intercambiables que se iban para no volver, y como una ironía del destino, la Historia imperturbable, deprimente y penosa continuaba luego su itinerario desplazando límites, modificando territorios, cambiando denominaciones, desmoronando imperios, borrando naciones. El hombre no tenía la virtud de advertir que también construía, ruina sobre ruina, la arqueología del mañana.

–Las únicas fronteras son los hombres, Ariel. Mejor que morir, viví por cosas que valgan la pena. Nacer, morir, no tienen ningún sentido en sí mismos. El sentido de tu vida, dáselo vos. No dejes que te lo impongan.

Como no podía haber sido de otra manera, las horas de clase en el Instituto se vieron alteradas por las vicisitudes del conflicto bélico. Éramos partícipes de un nacionalismo enardecido y exaltado que nos cegaba y no nos dejaba pensar con claridad. Desde los medios de comunicación, los ingleses eran definidos como enemigos, colonialistas, invasores, piratas, y no alcanzaba nuestro vocabulario para maldecirlos.

Nos pasábamos la mayor parte del tiempo escuchando una portátil con la licencia y la adhesión de los profesores, quizá

por tratarse de un quinto año, para no dejar de estar al tanto de cada comunicado. Después de todo, aunque no dejaba de tener poco de pretexto, era algo que incumbía al conjunto de la sociedad y de paso nos libraba de aburridas y latosas clases, en un año en el que nuestras mayores expectativas estaban puestas en el viaje de egresados.

No sé hasta qué punto éramos conscientes de que había gente muriendo allá, en esas islas, fueran quienes fuesen. No obstante, el rumbo que tomaron los acontecimientos nos arrasaba en el mismo sentir popular. Debíamos, teníamos que odiar a los ingleses, ladrones por vocación, usurpadores, sanguijuelas de los pueblos más débiles. Habíamos recuperado aquel territorio nacional y las radios y los canales de televisión no dejaban de repetir enfervorizados que estábamos ganando. Por eso se escuchaba tanto *Radio Colonia*. No había mucha confianza en lo concerniente a la información local, aunque no dejaba de causar su efecto.

Entrábamos a clase de inglés, sin miras de que la misma pudiera desarrollarse normalmente.

—Profesora, me imagino que sus clases se suspenden hasta nuevo aviso. No queremos entrar en combate con usted —declaró Martínez.

Su grupito le festejó la gracia, así como la clase en general.

—Cállese, no sea impertinente.

—Pero, ¿va a dar la clase igual? Con esto que está pasando no estamos de ánimos, profesora. ¿Quién puede concentrarse para estudiar? ¿Alguno puede? —se exculpó una compañera preguntando y mirando a los demás.

—Eso puedo entenderlo, señorita Rodríguez.

— ¡Bien, profe! —clamó Martínez—. Ya pensábamos que estaba con el enemigo.

—Termínela, Martínez. Ya está bien. ¿Por qué no se preocupa un poco más por sus notas? ¿Cómo le va en las otras materias? ¿Como en esta?

—Me basta con el idioma nacional, profesora. Acá hablamos castellano.

—Usted sí que no tiene arreglo.

La puerta del aula se abrió después de dos golpecitos cortos, y desde el umbral, el preceptor se asomó bajo el marco, sin llegar a entrar.

–Disculpe la interrupción, profesora. El rector acaba de llamar a una reunión de profesores en cinco minutos.

– ¡Viva la Patria! –gritó Martínez.

Algunos, siguiéndole el juego, respondieron al viva.

–La patria se compadece de mí al librarme de tener que aguantarlo por un rato –dijo la profesora levantándose y caminando hacia la puerta.

A sus espaldas, uno de la *troupe* fingió quitarle el seguro a una granada imaginaria y arrojársela, simulando de inmediato la explosión.

–Y, por favor, nada de andar armando batifondo. Manténganse en orden.

– ¡A la orden, profesora! –se cuadró Martínez.

La profesora era una mujer entrada en edad, curtida por la experiencia escolar, cuasi resignada.

–Déjese de molestar, Martínez. ¿Le parece que es motivo de gracia una guerra? –le dijo con severidad remendada.

Martínez tampoco era estúpido, sabía hasta dónde podía llegar. Bajó los decibeles para decirle:

–No se enoje, profe. Es que estamos contentos. Estamos ganando.

La profesora lo miró con desagrado y se fue.

Ni bien salió, Finkelstein, que estaba sentado al lado mío, dijo:

–Mi viejo escucha la BBC de Londres a la noche y dice que es mentira. Que los que estamos perdiendo somos nosotros.

Todas las miradas lo buscaron amenazadoramente. Martínez hizo un gesto como diciendo “déjenmelo a mí”, y con sarcasmo le replicó:

–Qué decís, boludo. ¡Tenía que ser el judío este! Eso es lo que quiere tu viejo. Que los ingleses se queden con las islas para después comprárselas y revendérnoslas a nosotros a diez veces más de lo que valen, judío miserable.

El grupo que lo secundaba se rió de la ocurrencia.

–En serio –volvió a insistir Filkenstein mientras algunos comenzaron a abuchearlo–. La BBC está diciendo que en los próximos días desembarca la Royal Navy. Además dice que tienen un ejército profesional que nosotros no tenemos, y que ni bien pongan un pie en Malvinas vamos a tener que darles la rendición. La superioridad tecnológica es avasallante.

– ¡Ay, qué miedo que me dan! ¡Que vengan y me avasallen esta! –dijo agarrándose los genitales–. ¿Sabés que no sé qué me da más bronca, Filkenstein? Si lo que decís o el lenguaje de mariconazo que usás para decirlo.

Hubo más risas. A Martínez le encantaba ser el centro de la clase.

–Che, Ospall –me dijo–. ¿Cómo podés aguantar sentado al lado de este mala onda?

–Dale, Martínez –traté de suavizar la situación–. Él solo está dando testimonio de lo que escuchó. Solo lo está repitiendo, nada más.

–Pero le cree a ellos, macho –me contestó levantándose y poniéndose nariz con nariz con Filkenstein, que continuó sentado. Lo miró con desprecio y le dijo:

–Tenías que ser judío.

Filkenstein se quedó en el molde, le tenía miedo. Martínez lo sabía, le llevaba una cabeza y le gustaba hacérselo sentir.

Lo agarró de las solapas y subió la apuesta:

–Judío traidor. Sos un usurero, un amarrete igual que tu viejo. Por eso tienen un fangote de plata, porque son más ladrones que los ingleses.

Filkenstein venía de una familia acomodada de Villa Ballester, sus padres eran médicos reconocidos en la zona y tenían un comercio de telas en la peatonal Belgrano, herencia de familia. Otro motivo para que Martínez lo detestara.

–Dejalo, es un cagón –le sugirieron a su espalda.

Se me ocurrió decirle:

–Che, loco, guardá la fuerza para cuando nos sorteen. Por ahí la vas a necesitar. Mirá que los *gurkhas* no perdonan.

Se hizo un silencio expectante.

– ¿Y vos qué te metes? ¿Qué? ¿Es tu novio y están chapando?

Lo exhorté diciéndole:

–Dale, Fabián. Déjalo. Si no te hizo nada. Además no entiendo por qué le decís traidor. A él también lo van a sortear el año entrante. Y si le toca ir, no va a pelear del lado de los ingleses.

Martínez lo soltó y me dijo:

–Te imaginás si llegan a mandar a este mamerto, perdemos seguro.

El preceptor entró sin anunciarse y todo quedó en nada, no pasó a mayores.

–Vamos, cada uno a su asiento que la profesora les dejó una tarea.

Hubo un unísono “Uhhh”. Cuando salimos, Filkenstein me dio las gracias. De mi parte minimicé la situación. Martínez era un simio resentido que no podía eludir su naturaleza agresiva. Le encantaba hacer ostentación de lo que consideraba su hombría, delante de las chicas. Por otro lado, no tenía mucha suerte con ellas. No se podía decir que Afrodita lo hubiera favorecido. Caminamos unas cuadras hasta la plaza para tomar cada uno su respectivo colectivo.

–Che, Ospall, ¿no te da miedo que con esto de la guerra nos puedan llegar a mandar al frente? A mi mamá la veo mal, sabés. Le da por acercárseme y abrazarme como si fuera un chico de cinco años... La vi llorando a escondidas.

Le ofrecí un cigarrillo. Él no fumaba. Yo no lo hacía justamente porque lo disfrutara. Esas cosas de la edad. Al poco tiempo dejé de hacerlo.

–Para colmo ni siquiera sé usar una gomera –dijo.

–La verdad –contesté–, no lo pensé mucho, ni sé si será que no lo quiero pensar. Igual para que nos sorteen falta un toco.

–Sí, mi viejo me dijo lo mismo. Además, otra cosa, dice que con los ingleses a nivel armamentístico no se puede competir. Que los milicos se jugaron a que se iban a quedar en el molde, pero fue una pelotudez. Él piensa que... –le dio un poco de vergüenza decirlo– pronto van a volver a plantar bandera en las islas. Y que nos van a hacer pelota. Encima tienen el respaldo de los *yankis*.

—Y... motivos para pensar así no le faltan.

—Por eso la tranquiliza a mi vieja diciéndole que esto se termina pronto.

—Mejor ni pensar en toda esta mierda.

—Sí, tenés razón. Ah, che, ¿querés venir a ver a Spinetta Jade? Voy con mi hermano.

— ¿Al flaco? ¿Dónde?

—Está en el Teatro Premier.

— ¡Dale! ¿Cuándo?

—El mes que viene, el 22.

—Si te traigo la plata, ¿me comprás la entrada?

—Dale, buenísimo. Mi hermano nos las compra. Él anda por el centro todo el día. Está haciendo medicina, te conté, ¿no?

—Sí, me habías dicho. Vos también querías seguir lo mismo.

—Sí, viene de tradición.

Vio que llegaba su colectivo y se corrió hacia la parada aleña.

—Nos vemos mañana.

Llegué a casa y dejé los libros y las carpetas sobre la mesa de la cocina. Salí al jardín y pude distinguir que Mariela estaba en su lugar habitual. Lo raro fue no verla leyendo, no encontrarla con un libro entre las manos. Me escuchó llegar. Me esperaba. Ella parecía estar siempre ahí. Me costaba despegarla de ese entorno, disociarla de la ligustrina, del alambrado, de las misericordiosas ruedas de su silla interminable que la libraban de mi primera mirada, de su vieja fuga desarticulada con aroma a mandarinas. La adolescencia le había afeado los rasgos y traído un oscuro vello facial sobre el labio, un bigotito ralo que la desfavorecía otorgándole un aire de masculinidad. A ella parecía no preocuparle. Aceptaba todo con resignación. Como si esa nimiedad estética no pudiera sumar nada más a su designio, al punto que ni valiera la pena preocuparse. A mí no me daba la cara para decírselo, aun cuando la confianza me lo hubiera permitido. Sus periódicos hábitos de lectora la habían forzado a usar lentes. Se los quitó para decirme:

—Mamá se cruzó con tu tío, esta mañana. Le contó que está algo intranquilo con...

—Con lo de Malvinas, sí.

—¿Vos vas a sorteo el año que viene?

—Por lo que veo *Radio Eduardo* las tiene bien informadas.

—No seas malo. Tu tío se preocupa por vos.

—Sí, ya lo sé.

No era en sí mismo que los reiterados comentarios catárticos de Eduardo y los demás me afectaran, sino que empezaba a verme envuelto en un torbellino de sucesos que no podía controlar, que excedían mi voluntad. Comenzaba a sentir que no era dueño de mi vida. Que en nombre de las leyes o del mandato social podían hacer conmigo lo que quisieran entendiéndolo como lo que *debían*, y que no tenía chance alguna de cuestionar *el deber*. Estaba asediado por la angustia, por dentro y por fuera. Me venían a buscar para morir y no tenía excusas, a no ser la minúscula disyuntiva de una coartada indigna y disimulada.

Las probabilidades estaban abiertas. Imaginé que volvía con la guerra a cuestas, sin las piernas, ambas amputadas a causa de las esquirlas regadas por un misil durante un bombardeo aéreo. Sin embargo, estaba ahí, entero todavía, apenas torturándome mentalmente. En cambio, Mariela libraba desde siempre su guerra personal.

—¿En qué pensás?

—En nada.

—Últimamente no nos vemos tan seguido, no tenemos tanto tiempo para conversar como antes.

—Compromisos... Más responsabilidades.

—¿Más responsabilidades? ¿O más chicas? —me sonrió confidente—. Y con esa tal... Silvina, creo... ¿Seguís de novio?

—Nunca fue mi novia. Al menos, no en sentido estricto.

Le causó gracia lo de “en sentido estricto”, y se echó a reír. No me agradaba la idea de hablar con Mariela de esos temas. Lo había hecho con frecuencia durante algún tiempo tomándola como una suerte de confesor, a veces consejera. Ella ponía lo mejor de sí para escucharme y comprenderme. Sabía que era

una tontería de mi parte, pero me daba la impresión de menospreciarla, patentizando que no formaba parte del conjunto de las mujeres, enrostrándole ese aspecto de la vida por el cual no tenía derecho de admisión, excluida por el azar mezquino, por el desencuentro de unos genes disidentes; por el capricho de unas partículas elementales, de unas invisibles cuerdas disonantes.

Me asaltó un infame sueño diurno en donde Mariela deseaba que me enviaran a aquel enfrentamiento para que volviera en sus mismas condiciones. Sentí que era una canallada de mi parte, atribuirle imaginariamente a ella tal aberración.

—Eh... ¿Estás acá?

—...Sí... trato.

No sin cierta compasión, lo que me hizo sentir más miserable aún, hurgando tan dentro de mí que apenas si yo mismo podía alcanzar a reconocerlo, me dijo:

—No te preocupes. Vas a ver que no te va a pasar nada.

El hundimiento del crucero General Belgrano acentuó los niveles de angustia. Me pregunté cuánto podía durar la agonía de morir ahogado en el mar helado, quizá unos segundos, unos minutos, y después, después nada. Los tiempos del reloj lo convertían en un asunto rápido, casi una nimiedad. No así la percepción del tiempo subjetivo, del vivenciar esos instantes de espera, la *distendio animi* del tiempo agustiniano, en donde sin contar con la gracia del desmayo, en el peor de los casos, el cuerpo al congelarse se inmovilizaría, y se deslizaría suavemente hacia las profundidades, mientras el agua salada inundaría los pulmones y el pecho se apretaría de una manera insoportable, hasta que cesaría de doler, porque habría atravesado los límites del dolor, para dejar de ser quien era.

Las clases continuaron con el mismo ritmo interrumpido aunque más respetuoso. La comedia inconveniente de Martínez dio un giro oportuno, acomodaticio.

Recién encontré cierto sosiego cuando llegó la noche del veintidós: *el flaco*, fuera desde un long play, o desde un casete o desde la radio, como siempre, venía a tirarme una soga hasta el alma. Tanto Filkenstein como yo esperábamos que tocara al-

gunos clásicos de sus bandas anteriores, Almendra, Pescado Rabioso, Invisible. Incluso algún tema de su último disco solista: Kamikaze. Pero solo hicieron temas del grupo, como estaba previsto. Después de todo habíamos ido a ver a Jade. Claro que siempre queríamos más. Teníamos butacas numeradas. Estábamos en la cuarta fila del *Teatro Premier*, lo que ya era un lujo. El hermano se había portado óptimo con las ubicaciones. Era tan comprador como la novia. Gente linda. El recital estuvo genial. Repasaron composiciones de los tres primeros discos y tocaron un tema inédito: Jade.

Salimos complacidos, colmados. Su hermano y la novia se fueron por su lado. Contamos la plata que nos quedaba y nos fuimos a comer unas porciones de pizza a *Las Cuartetas*. De ahí caminamos hacia el obelisco y nos sentamos en el borde de una vidriera sobre la 9 de Julio. Continuamos comentando el recital y terminamos desembocando en la neblina de nuestro futuro latente.

—Te cuento algo, Ariel. Solo a vos, ¿sí?

—Quedate tranquilo. En mí podés confiar.

—Mi viejo tiene un contacto en las Fuerzas Armadas. El hermano de un amigo de la universidad, médico también. Lo llamó por teléfono para ver si puede hacer algo, tocar a alguien, viste, llegado el caso en que tuviera que necesitarlo.

Me quedé callado, esperando que se despachara con más. La noche estaba fresca. Saqué las manos de los bolsillos y encendí un pucho.

—Por ahí Martínez tiene razón y no soy más que un judío cagón.

—Dejate de joder. Ese es un boludo. ¿Cómo te vas a dar manija con eso? Si todos sabemos cómo es.

—Sí, la verdad es que no tendría que darle importancia. Decime una cosa, volviendo a lo otro... Si zafo porque... bueno... por esta razón... ¿vos creerías que soy un cobarde, un traidor?

—Qué vas a ser un traidor, Alejandro...

—Quiero ser médico, salvar vidas, no andar matando gente. ¿Es tan malo no querer morir a los diecinueve años?

–Qué va a ser malo –le palmeé la espalda–. Dale, ánimo, que no pasa naranja.

Desde un Renault putearon a un taxista que se cruzó imprudentemente para recoger a un pasajero que le hizo señas.

–Vos sos un moische copado, Filkenstein –le dije cariñosamente, bromeando.

Compartió la broma con una sonrisa y me dijo:

–En el consultorio, mi viejo tiene un símil del cuerpo humano a pequeña escala, de esos de acrílico que muestran la anatomía interna. Una vez me dijo que si las personas pudiéramos vernos tal como somos por dentro, debajo de la piel, no tendríamos tantos conflictos.

Era una bonita metáfora visual para ayudarse a vivir. Un recurso más entre otros tantos recursos. Pero no más que un deseo que buscaba cristalizarse en las palabras, sin lograr traspasarlas a la realidad.

Seguramente, al poco tiempo, encontraríamos en la carne viva tantas o más diferencias que las que acostumbraban a encontrar los esquimales al distinguir la nieve.

La guerra terminó prontamente, como era previsible. Eso trajo cierto lenitivo incómodo y poco hablado. Eduardo pudo quitarse de encima un peso mayor que el mío, y era razonable, dado que no tenía ni su experiencia ni sus responsabilidades, ni cargaba con promesas a difuntos, hasta más tarde transfigurar mi número alto de sorteo en algo que, a futuro, según él, no sería más que anecdótico.

Que con el tiempo pudiera convertirse en algo circunstancial y pasajero, no me ayudó en mucho ante el hecho consumado. El mismo día de la revisión médica constaté que mis temores no eran infundados. Lejos estaba de ser de ese tipo de personas que se encuentran bien dispuestas a las relaciones de dependencia y menos de sumisión. Me sentí un pedazo de carne más entre otros tantos, desnudo y anónimo, medido, pesado, palpado, auscultado, observado, indagado, sujeto a los caprichos de las leyes, en donde la carne de cañón no era la misma carne que las legislaba. Llegado el caso, en inmejorables condiciones para dejar este mundo: APTO A.

Los dos centímetros por encima del metro ochenta de altura me destinaron al Regimiento de Granaderos a Caballo General San Martín, unidad del arma que se desempeñaba como escolta presidencial y cumplía con otras funciones protocolares como

el ceremonial en Casa de Gobierno, en la residencia presidencial de Olivos, en la catedral Metropolitana, así como en los destacamentos de Yapeyú, Los Talas y San Lorenzo.

Ni bien puse un pie en el cuartel, tuve que habituarme como todos, a las vejaciones de los gritos y las órdenes estúpidas. Tenían por finalidad doblegar nuestra voluntad y someternos a ejecutar incluso los mandatos más disparatados, como la aceptación indiscutida del vínculo sadomasoquista en que consistían los movimientos vivos. Nos *bailaron* desde el inicio para que fuéramos aclimatándonos. Perdí mi peinado ochentoso cuando me raparon para igualarme como soldado raso en esa misma masa moldeable dispuesta a todo. Me preguntaba cómo podía la sociedad darnos tal espaldarazo, un revés que nos dejaba en manos de esos *formadores* diseñados para odiar, que nos arrebataban la posibilidad de pensar para reducirnos al puro cumplimiento de una orden sin más participación que la de ejecutarla, arrastrándonos a sentirnos casi una nulidad irreflexiva y maquina, a fuerza de maltratos y humillaciones.

La vida militar era aborrecible y no podía sentirme peor. Si tenía algo de bueno, evidentemente no era para mí. Pero los seres humanos, cuando son llamados a no reflexionar, parecen acostumbrarse a todo, y *ellos* lo sabían bien; máxime amparados en la cultura, la costumbre y la legalidad. No me quedaba más que esperar la baja y resistir.

Teniendo en cuenta los niveles de estudio, si primario o secundario, si comercial o industrial, y contemplando las habilidades o profesiones, se estableció una primera selección con el propósito de ubicarnos en un rol específico, sea choferes, mecánicos, electricistas, plomeros, músicos, enfermeros, armeros, caballerizos, oficinistas, asistentes de oficiales o mandaderos y acomodados, entre otros. Luego fuimos destinados a distintos escuadrones. En mi caso, al Escuadrón Junín.

Durante la instrucción en Otamendi aprendí a armar y desarmar un FAL, ocuparme de su mantenimiento y poner un blanco dentro de la mira antes de gatillar. También aprendí a correr en zigzag y a mantenerme contra el suelo el tiempo necesario para no convertirme en dicho blanco. Así que me arras-

tré, salté, me parapeté y oriné sobre la tierra para cubrirme la cara con una mascarilla de barro en la instrucción de combate y sus simulacros de defensa y ataque. Traté de estar lo suficientemente alerta para no resultar damnificado por el hurto de los borceguíes ni de los elementos de rancho. Me cansé del pan y del mate cocido del desayuno y la merienda, de la monótona comida y de visitar con frecuencia las letrinas; de las molestias causadas por la famosa vacuna en la espalda, y del orden cerrado y sus desfiles, de las imaginarias, de las guardias. Y más que otra cosa, me harté de los movimientos vivos, que empezaban por la mañana y terminaban exactamente al acostarnos; aunque muchas veces retornaban para levantarnos por la madrugada por algún motivo irrelevante: alrededor mío carrera mar, salto de rana mar, al suelo carrera mar, y otros “mar” por el estilo parecían no acabar nunca. Bastaba que uno tuviera un botón desprendido para que todos bailáramos al son de sus perversiones. Y todo para fraguarnos en un *espíritu de cuerpo*. Extraña forma de entender lo social, la lealtad y la camaradería. Extraña forma de pedir las cosas, que contrariaba al arte de la persuasión. Me harté hasta tal punto que, como todos, terminé acostumbrándome. O mejor dicho, mi cuerpo se acostumbró. Y me ordenaran lo que me ordenaran, fuera donde fuera, siempre iba sin mí. Me adapté entregándoles una carcasa vacía, un otro hueco al que delegaba la tarea vana, reencontrándome pocas veces conmigo mismo para cambiar unas palabras solidarias con mis compañeros de penurias.

Dentro de las múltiples formas de tormento psicológico con que nos hostigaban para convertirnos en hombres, no faltó el introducir el rumor de un regreso a Malvinas. Quizá como forma de evasión inconsciente, soñé muchas noches con la apartada vida civil olvidado de mi situación, solo que el irrumpir del despertar en la carpa, tomando conciencia de mi horrenda realidad al escuchar el agudo toque de diana para saltar en el acto al pie de ella, me devolvía más abrumado a aquel absurdo castigo de libertades perdidas.

Definitivamente era un calvario. Y lo tenía que atravesar. Puede que hubiera adquirido ciertos rasgos de Eduardo y exa-

gerara un poco, siempre que entrara en comparaciones, tal el caso de vivir la guerra misma. De hecho, el solo contrastarlo me daba algo de pudor. No obstante, era lo que experimentaba, aún cuando agigantara el problema. Las insinuaciones de la vuelta a las islas no nos parecían muy coherentes, por no decir demenciales. Pero en semejante entorno nos costaba discernir con claridad hasta qué punto esas posibilidades estaban en juego. Solo con el paso del tiempo nos dimos cuenta que no eran más que bravuconadas sin destino, otra estúpida manera de *incentivar* a la tropa; una forma de martirio solapado.

En ese cautiverio obligatorio, los días se alargaban en una meseta insufrible. Sin embargo, fueron transcurriendo en cada una de sus morosas horas. Por suerte el descanso era poco y eso ayudaba a no ahondar el pensamiento (porque allí era mejor no pensar). En algunas oportunidades me quedé absorto mirando el *vivac*, un lugar en pleno campo, arbolado, ideal para un campamento *scout* o simplemente para pasar unos días en contacto con la naturaleza, convertido en ese infierno de poca monta, esperando oír cantar los pájaros desertados a otros pájaros.

Las cartas que recibí de Eduardo y Mariela me levantaron el ánimo. Después de todo no era la muerte. No recibí visitas el único día designado para ellas. Francamente solo esperaba a Eduardo, pero estuvo con malestares estomacales y vómitos, lo que me enteré a través de una carta de disculpas de su parte días después. Mucho no le creí, sabía que detestaba a los milicos. No obstante, le contesté que se despreocupara, que la estaba pasando bien, que no me faltaba nada y que el trato recibido se hallaba a la altura de la mejor hotelería cinco estrellas (habíamos recibido ciertas *recomendaciones* desde lo alto de la cadena de mando a la hora de describir nuestro estado, para evitarle preocupaciones innecesarias a nuestras familias). Esperaba despertarle una risotada a Eduardo cuando captara la ironía. Una forma paradójica de dejarlo tranquilo, de engañarlo a medias, de decirle: “Todavía no pudieron conmigo. Tengo el ánimo intacto”.

Lo mejor que me podía pasar era la retreta, y agotado, deslizarme en un sueño reparador. Pero sería injusto no admitir que me dejaron en forma. Solo podía cuestionarles el método.

Concluido el *adiestramiento*, unos meses después, nos trasladaron al Regimiento, en Palermo, y al reunir ciertas condiciones por tener el título de Perito Mercantil, fui a parar con otros dos *colimbas* al *Detall*.

Como *furriel*, algo así como un escribiente, una especie de secretario todo terreno, encargado de registrar la distribución de las tareas de los granaderos del escuadrón, las imaginarias, guardias, francos, partes y otros papeleríos, quedé un poco más a resguardo de los movimientos vivos (solo un poco), favorecido por mis conocimientos básicos de mecanografía. Comparado con la tarea de las caballerizas, podía decir que era un afortunado, aunque no sin sus bemoles. Eso tampoco significó que no tuviera que ejercitarme montando a caballo para participar en los desfiles, ni que estuviera exento de las inacabables prácticas de las marchas ni de las fajinas impuestas. Tuve horas en el picadero y más de una paspadura, mis imaginarias y mis guardias de combate; y tuve mis entumecidas horas apostado con traje de gala, según lo disponía el protocolo ceremonial. Menos los escuadrones de a pie, los montados estábamos destinados al destacamento en Casa de Gobierno. Todavía guardo la planilla de castigo que sustraje como recuerdo de mi primera experiencia fallida en el desempeño como escolta presidencial. Estábamos en la cuadra, vestidos de fajina, cuando sonó la alarma que anunciaba el repentino retiro del presidente antes de lo esperado. El cabo primero a cargo llegó nervioso, sobrecogido por el imprevisto, exigiendo a gritos la presencia inmediata de los granaderos entrantes. Ibarra y yo estábamos esperando nuestro turno confiados, sin vestirnos de gala, en tanto teníamos todavía una hora larga hasta el cambio de guardia.

– ¡Atención!

– ¡¡¡Atención!!! –gritaron todos, parándose los sentados y adoptando la posición de firmes.

—Los granaderos que entran a la guardia, ¡conmigo carrera mar!

— ¡¡Ordene, mi cabo primero!! —contesté junto a Ibarra.

— ¡Pero ¿qué hacen en ropa de fajina, granaderos?! ¡A ponerse el traje de gala, carrera mar! ¡Que va a salir el presidente! ¡Rápido! ¡Ya tienen que estar listos!

Hicimos lo que pudimos. Corrimos por los pasillos sosteniendo el morrión con una mano para evitar que se cayera y con la otra el sable para aquietar su movimiento incontrolado golpeándonos las piernas. Cuando llegamos al salón de los bustos, tuvimos el desacierto de malinterpretar una señal de urgencia de un empleado del personal civil y subimos por la escalera en dirección al despacho presidencial. Al abrir la puerta del pasillo, nos topamos de frente con los dos granaderos de guardia.

— ¿Y ustedes que hacen acá, boludos? —preguntaron sorprendidos.

—Venimos de acompañantes del presidente.

—Acaba de bajar. Lo tenían que esperar abajo, al pie del ascensor.

Bajamos corriendo inútilmente. Sobre los últimos escalones alcanzamos a ver la espalda de Bignone, que en ese entonces era presidente de facto, retirándose por la puerta que daba a Rivadavia, a la explanada, y venir al teniente primero Bermúdez encolerizado. Al vernos, nos salió al encuentro. Con los dientes apretados, bajó la voz para decirnos:

—Pelutodos de mierda. ¿Dónde carajo estaban? ¡Tienen quince días de arresto por tagarnas!

El tipo parecía herido en su orgullo, se tomaba en serio su trabajo. Se suponía que lo habíamos dejado en ridículo frente al primer mandatario. A mí me importaba un pito y me divirtió el hecho de verlo en ese estado, pero contuve toda manifestación que pudiera delatarme.

En realidad su molestia era el resultado de cómo se veía a sí mismo, porque al presidente, ese detalle en el rendimiento de honores, no pareció incordiarlo en absoluto, de hecho probablemente ni se percató.

—Pero, mi teniente primero —traté de explicarle—, no sabíamos adónde teníamos que ir. El cabo primero Hernández nos mandó a las apuradas y no supimos bien qué hacer. Es nuestra primera guardia.

— ¡Cállese, Ospall, que yo no le di ninguna orden para que hable! Ahora vuelvan a la cuadra que después vamos a arreglar este asunto. Son dos inservibles.

Después del rancho de la noche, a punto de irnos a dormir, Bermúdez se presentó junto al sargento primero Arala.

— ¡Atención! —gritó Arala anunciando la presencia del teniente primero.

— ¡¡¡Atención!!!

— ¡Rodilla a tierra! —ordenó Bermúdez—. Parece que el escuadrón Junín está demasiado lerdo y no sabe cumplir con sus obligaciones. Esta tarde dos granaderos se presentaron a des-tiempo para la escolta presidencial haciéndonos quedar como pelotudos. Granaderos Ibarra y Ospall, ¡conmigo carrera mar! ¡Cuerpo a tierra! ¡Conmigo carrera mar! ¡Firmes, mirando al resto del escuadrón!

Nos paramos en posición de firmes junto al teniente primero.

— ¡El escuadrón alrededor mío carrera mar!

Ibarra y yo nos sumábamos a los movimientos vivos pero Bermúdez lo impidió.

— ¡Ustedes no, tagarnas! ¡Atención! Teniendo en cuenta que algunos granaderos todavía no aprendieron a cumplir órdenes, vamos a tener que hacérselos entender de otra manera. Así que el escuadrón va a ayudar a que los granaderos Ibarra y Ospall entiendan. Continúe usted, Arala. Parece ser que esta es la única manera por la que a estos inútiles se les aclara la mente.

—Se las vamos a aclarar entonces. ¡Alrededor mío carrera mar! ¡Cuerpo a tierra!

Había tan poco espacio que a algunos no les quedaba más que arrojar-se sobre sus propios compañeros. La situación los había empezado a crispar y hubo algunas reacciones poco amistosas a raíz de los roces y algunos golpes involuntarios.

– ¿Qué le pasa, granadero? ¿Está incómodo? No tenga miedo que el que está arriba suyo no se lo va a coger.

Hubo un coro de risas.

– ¿De qué se ríen, pelotudos? ¿No ven?, el sargento primero siempre tiene razón. A ustedes esto les gusta. Y yo les voy a dar el gusto, porque al sargento primero, si hay algo que le gusta de corazón es complacer a los granaderos. ¡Alrededor mío carrera! ¡Cuerpo a tierra! ¡Salto de rana mar!

Concentrar las miradas ceñudas de tus propios pares, manifestando cierto odio repentino y no poco resentimiento, no es algo que se pueda recomendar. Tanto al pobre Ibarra como a este servidor nos llovieron los insultos y alguna que otra patada y empujón intimidatorio. El castigo se extendió por una media hora. Cuando la garganta comenzó a cansársele, Arala ordenó pararse al pie de las camas. Nos sermoneó otro poco, humillándonos, dejándonos en claro quién tenía la sartén por el mango, revisó la lista de imaginarias y finalmente ordenó acostarse.

–Granaderos Ospall e Ibarra, ¡conmigo, carrera mar!

– ¡¡Ordene, mi sargento primero!!

– ¡A limpiar el baño, carrera mar! ¡Cuerpo a tierra! ¡Carrera mar!

Caminó detrás de nosotros y se paró debajo del marco de la puerta.

–Lo limpian y una vez limpio lo siguen limpiando hasta que les toque la guardia.

–Pero esta noche no nos corresponde guardia, mi sargento primero –señaló Ibarra.

– ¡Cállese, pelotudo! Qué no le corresponde guardia ni que ocho cuartos. Usted hace lo que el sargento primero le dice. Si le digo salte para arriba, usted salta para arriba... ¿No me escuchó? ¡Salte para arriba, granadero!

Ibarra dejó a un lado el balde que estaba llenando para cumplir con la orden.

–Terminado. Ya saben. Me dejan el baño hecho una pinturita. Me quiero peinar mirándome en el piso. ¿Se entendió?

– ¡¡Sí, mi sargento primero!!

Arala terminó marchándose. Caídos en desgracia, no nos quedó más que reírnos de nuestra suerte. Ibarra, y no sin razón, fregaba y maldecía al cabo primero Hernández, al que hacía responsable de nuestro infortunio por dejarnos a la buena de Dios y no ponernos en conocimiento de adónde teníamos que dirigirnos.

–El cabo primero se hizo bien el pelotudo.

–No te amargues. No tiene caso. Esto es así: un loquero.

Habíamos perdido los francos durante la semana de permanencia en Casa de Gobierno y teníamos otros quince días de arresto más a cumplir en el Regimiento. Convenía tomárselo con tranquilidad y tratar de evitar sumar nuevos castigos. En ese plan, nos predispusimos pacientemente a pasar parte de la noche en el baño. Lo que no esperábamos fue, a la media hora, sorpresivamente, escuchar al cabo primero Hernández levantar a todos en la cuadra por una señal de alarma.

– ¡Escuadrón, arriba! ¡A vestirse de combate, granaderos! ¡Nos atacan los comunistas!

Al escucharlo, nos miramos incrédulos con Ibarra y dejamos de limpiar el baño para acercarnos al ajetreo general.

–Ustedes dos, a vestirse de combate. ¡Carrera mar! –nos incluyó.

En fila recogimos el casco, el fusil y el cinturón con los cargadores para luego subir a la terraza y tomar posiciones. Abajo, sobre Balcarce, en la Plaza, rodeando la Pirámide de Mayo, había un pequeño grupo de manifestantes portando algunas pancartas y junto a ellos, un grupo de señoras que reconocí enseguida por los pañuelos blancos que llevaban sobre sus cabezas.

Hernández pasó a mi lado y comenté con sorna:

– ¿Esas son las tropas comunistas, mi cabo primero?

–Cállese, pajero, y cumpla las órdenes.

No me cabía en la cabeza que estuviera ahí, acechando a las Madres de Plaza de Mayo, parapetado detrás de un balaustro, en la terraza de la Casa Rosada. Estaba metido indeliberadamente en una comedia surrealista y grotesca.

Le solté a Ibarra:

– ¿Esto está pasando de verdad?

Era de no creer. Estábamos en Casa de Gobierno, ese mismo sitio en el cual se tomaban decisiones de relevancia histórica, desde el cual se forjaba el destino de la nación. Empecé a reírme e Ibarra me siguió detrás. Hernández nos llamó la atención. Todo era tan absurdo que no me abstuve de decirle:

–Las señoras se ven muy peligrosas, mi cabo primero. ¿Si me quieren pegar un carterazo, abro fuego?

Algunos de los soldados que estaban cerca empezaron a reírse descontroladamente. El mismo Hernández se tentó y se desligó contestándome:

–Yo cumplo órdenes del teniente primero, granadero.

El circo duró un rato más, hasta que los manifestantes se dispersaron. Aún no eran las nueve. El sargento primero subió para dar por cerrada la función. Cuando me vio, me ordenó saltar para arriba. Lo justificó por incumplimiento de la orden: debía estar en el baño. Tuve ganas de aclararle que el cabo primero me había ordenado alistarme junto a los demás pero me callé. Hubiera sido totalmente inútil. Era el reino de la incoherencia. Solo hubiese incrementado el castigo. Para ese entonces estaba tan familiarizado con los movimientos vivos que ya formaban parte de mi cuerpo. Ibarra había logrado eludirlo, anticipándose a bajar entre los primeros.

–Menos mal que se fueron rápido –dijo Hernández.

–Ya estaba pensando que teníamos que suspender la *fiestita*. ¿Las minas a qué hora vienen? –le preguntó Arala por lo bajo, en tono confidente.

–Después de las doce.

–Espero que a este pelotudo del teniente primero no se le dé por quedarse.

Mientras continuaba saltando no me pasó desapercibida la conversación.

– ¿Y usted que está escuchando, Ospall?

–Nada, mi sargento primero.

–Más le vale. Y si escuchó algo, le ordeno olvidárselo ya mismo, granadero, a menos que quiera seguir saltando hasta la baja.

Le señaló a Hernández:

—A este y al infeliz de Ibarra me los hace entrar a la guardia de doce a dos de la mañana. Y usted —me dijo—, terminado. Vaya a seguir con el otro en el baño. ¡Carrera mar!

La sirena de un barco dio de lleno en la noche recordándome el puerto a nuestras espaldas; inhalé el olor a petróleo y camalote en la humedad del verano. Me hice del FAL que había dejado contra la pared, tomando distancia lo más rápido que pude de esos dos enajenados, y fui a buscar a Ibarra para seguir pasando el trapo sin sentido en ese baño, tal como la patria y sus eternos laureles nos lo demandaban.

Pasados los quince días de arresto en el Regimiento, el fin de semana de franco se presentó con un sol apocado asomando en el cielo nuboso. Había llovido. En realidad, poco importaba. Podía haber estado diluviando que igual no hubiera perdido su exterior halagüeño, porque el día siempre quedaba más allá de los portones del Cuartel. Acentué el cuidado de cada paso a dar a medida que se acercaba la hora de salida. Trataba de no darle motivo alguno a Arala, una excusa por la cual retenerme y privarme del franco. Vestidos con el uniforme de salida, haciendo tiempo en la cuadra, aguardábamos el llamado a formación.

—Con solo pensar que voy a dormir dos noches seguidas en mi cama, me dan ganas de llorar de emoción —comentó Mederos.

—Disfrutalo —le dijo Lauría—. Yo tengo imaginaria esta noche y el domingo guardia. Y encima este fin de semana se queda Arala, ¿sabés cómo nos va a tener bailando?

—Por ahí se lo pasa en pedo durmiendo la mona.

—Ojalá, pero dicen que es peor. Parece que toma y se pone más pesado.

El ambiente se tensó y las voces se atenuaron. El sargento primero entró en la cuadra con el sargento ayudante. Alguien

gritó “Atención” y todos se pararon al pie de las camas respondiendo al llamado. Cambiaron unas precisiones y el sargento ayudante salió señalándole que lo buscara luego en el casino de suboficiales.

–¡Acomódese el birrete, Simoncelli! –gritó Arala–. Se van a quedar acá hasta que estén presentables. ¿Por qué se mueve, Orellana? ¡Atención!

– ¡¡ATENCIÓN!! –repitió el escuadrón atronadoramente.

–Para salir les sobran energías a los granaderos, ¿no es cierto? Descanso. Qué desgraciados son. Les gusta provocar al sargento primero. Pero el sargento primero no tiene apuro. Usted, cierre la boca granadero, que no va a pasar ninguna pija voladora.

Algunos no pudieron contener la risa.

–Parece que los granaderos no quieren salir de franco. Y yo no tengo ningún inconveniente en cargar al parte unas raciones más. Me sobra generosidad. Acá no dejamos a nadie sin comer.

Arala recorría la cuadra entre las dos hileras de camas deleitándose en su *superioridad*, las manos sujetas tras la espalda, sacando pecho, metiendo a duras penas la barriga adentro, pasando revista.

–Acomódese la ropa, ¿todavía no aprendió a vestirse? Haga salto de rana en su puesto, por pelotudo.

Era un espectáculo degradante, pero con un incuestionable matiz tragicómico.

–Piensen un poquito, granaderos. El milico tiene que *racio-*
nar en frío.

Los que captamos el furcio de *racionar* por *razonar* evitamos mirarnos a la cara para no delatar un risa que pudiera sugerir un tono de burla.

– ¿De qué se ríe Pobletti? Ven lo que les digo... La hermana de Pobletti *racionó* en caliente y la dejaron embarazada.

Ese comentario y la reincidencia en el error nos permitió soltar las risas contenidas sin riesgos de que pudieran ser interpretadas en su verdadera intención. Arala, sin reparar en la legítima causa de la jarana, lo entendió como producto de su ingenio y comicidad, lo que no hizo más que potenciarla. Henchido de conformidad por sus dotes de comediante nos per-

mitió tomarnos esa libertad, compartiendo el entusiasmo subrepticio.

—¿Entendí, Pobletti? Cuando usted va, el sargento primero ya volvió varias veces —dijo Arala.

La risa volvió a llenar la cuadra.

— ¡Firr... mes! —ladró súbitamente—. Falta energía, granaderos. Falta energía. ¡Firr... mes!

Los tacos detonaron con pasión de franco.

—Ahí va queriendo. Cuatro segundos para acomodarse el uniforme... ¡Atención!

— ¡¡¡ATENCIÓN!!!

—El escuadrón está lerdo. Le falta disciplina. ¡Alrededor mío carrera mar! No transpire Ibarra, porque el uniforme no va a estar lo suficientemente presentable para poder salir. No va a andar todo chivado por la calle, haciendo quedar mal al Regimiento. ¡Carrera mar, dije! ¡Atención!

— ¡¡¡ATENCIÓN!!!

— ¡Firmes! Hay que tenerlos cagando, no hay vuelta que darle. Yo los voy a sacar buenos a ustedes. ¿Qué pasa Ibarra? ¿Se agitó? Parece una señorita, granadero. Cuando lo lleve al picadero, ahí recién va a saber lo que es agitarse. ¿Quiere salir de franco o quiere quedarse en las caballerizas a cepillar caballos?

— ¡No, mi sargento primero!

— ¿No quiere salir de franco, granadero?

— ¡Sí, mi sargento primero!

—Así que prefiere salir de franco antes que cepillar el caballo de su sargento primero. Usted se quiere quedar, granadero. ¿Tiene novia?

— ¡Sí, mi sargento primero!

— ¿Cuántas pajas se hizo pensando en su novia, dígame?

— ¡Ninguna, mi sargento primero!

— ¿Se piensa que me lo voy a creer, pajero? Igual hizo bien si no se hizo ninguna. ¿Usted de verdad piensa que su novia en todo este tiempo no lo cagó, milico pelotudo? Sabe cómo se la deben haber cogido desde que no la ve.

Nos reímos.

– ¡Vista al fren... te! Momentáneamente, vamos a dejar esto pendiente para el lunes.

Saboreando cada palabra dijo:

–Después ya vamos a arreglar con tiempo. Les recuerdo a los que tienen que presentarse mañana y pasado a la imaginaria y a la guardia que ni se les ocurra llegar un minuto después de diana. Ahora, a formar afuera.

Una vez salidos y formados, Arala ordenó posición de firmes.

–Cuando les ordene salir, lo hacen marchando hasta la entrada, y recién ahí, pero recién ahí, rompen filas y salen al paso. De frente... Parece que Ibarra se queda... se queda Ibarra y se le siguen cogiendo a la novia... De frente... No se apure Lombardo... ¡De frente... mar!

Caminamos hasta Luis María Campos respirando el aire gratificante de la calle, homenajando a la madre del sargento primero, un grupito de ocho o diez que tomaba el colectivo en la zona. Los bocinazos y la polución de los escapes, dadas las circunstancias, bien podían rivalizar con las trompetas del cielo entre las nubes. Las mujeres desbordaban femineidad y nosotros testosterona. Hasta la más feíta calificaba. El escenario de la realidad cambiaba, aunque fuera por un fin de semana. De todas maneras, había algo que lo empañaba ligeramente. Tenía la sensación de arrastrar una gran cadena que, fuera donde fuera, siempre terminaba en el bendito cuartel. No le iba a encontrar la vuelta hasta que tuviera otra vez el DNI en la mano.

–Ese tipo es un resentido de mierda, loco. Seguro que de chico la pasó bien mal. Lo deben haber cagado a palos a diario.

–Espero cruzármelo en la calle alguna vez. Me gustaría mandarlo a la puta que lo parió en la cara. Aunque no sé, creo que me bastaría con que me reconociera, para mirarlo a los ojos e ignorarlo.

—Sí. Ignorarlo. Porque además, por más que lo insultaras, ni se va a mosquear. La madre debe estar en el ranking de las diez más puteadas del país.

Me paré a mirarme el rostro en el reflejo de una vidriera. Me quité el birrete y me emparejé un poco el escaso pelo que me habían dejado. Les dije:

—No pierdan el tiempo precioso hablando de ese *dinosaurio*.

En ese momento me había venido a la mente el tema de Charly García, *Los dinosaurios*, que había estrenado en el recital de la cancha de Ferro el año anterior, al que había ido con Patricio y Jorge.

—Además, lo que llaman el Proceso de Reorganización Nacional está en las diez de últimas. Pronto se le van a bajar los humos a estos. En unos meses más tenemos elecciones, así que...

—Che, cambiándote de tema, ¿saben qué es lo que extraño? El inodoro de casa. De tanto estar en cucullas, ya me olvidé de cómo era sentarse tranquilo a leer *el Tony* o una *Skorpio*.

Otros dijeron:

—Loco, yo ni bien llegue a casa, lo primero que voy a hacer es sacarme cuanto antes esta ropa de mierda.

—Yo la pongo a cocinar a mí vieja a cuatro manos.

Era bueno poder respirar una bocanada de placeres mundanos. Entre bromas, el grupo se fue dispersando hasta que quedamos tres. A la altura de avenida Federico Lacroze me tenía que desviar hacia la estación Colegiales, para tomar el Mitre hasta San Martín.

—Che, ¿y si nos vemos el domingo a la noche y nos vamos por ahí a buscar unas trolas? —nos propuso Lombardo.

—No sería mala idea —contestó Simoncelli.

— ¿Te prendés, Ospall? —me preguntó—. Después venimos directamente para el cuartel.

—Podría ser... —le dije indeciso—. Les dejo mi teléfono y si arreglan algo me avisan a qué hora y dónde.

No teníamos con qué apuntar. Entramos a un local a pedir prestado papel y birome, y nos intercambiamos los números telefónicos.

—Mirá que te llamo seguro —me confirmó Lombardo.

—Dale, espero tu llamado —contesté.

Tomé el tren en Colegiales. Estaba de buen ánimo pero me sentía extraño. Una barrera inconceptualizable se interponía entre mí y el resto del mundo, atrapado en una burbuja que me privaba de mi voluntad. Menos yo, todo parecía correr en libertad: las imágenes a través de las ventanillas, los pasajeros que ocupaban el vagón, sentados, desplazándose, subiendo y bajando en las estaciones. En realidad, era una burbuja dentro de otra burbuja. Tampoco fuera de ella tenía un horizonte nítido, más bien todo lo contrario, un denso banco de niebla se extendía frente a mí. No podía decir como Arizmendi: “Cuando laburaba sí que me sentía cumpliendo con la patria”. O como Bruno: “Lo que más me jode es tener que perder un año de facultad al pedo. ¿A vos te parece?”. Mi porvenir empezaba a preocuparme; ya estaba en edad de arreglarme por mi cuenta, de quitarle algo de responsabilidad de encima a Eduardo, de colaborar con otro ingreso en casa. No obstante, la realidad parecía tener conmigo un efecto inmovilizador, sin clarificarme el por qué. Dispersándome, recordé al capitán justificando la necesidad de las Fuerzas Armadas: “Las armas, granaderos, garantizan la paz entre los pueblos”. Era desconcertante. Y aún así tenía su lógica. Los avances tecnocientíficos de las últimas décadas habían llevado al hombre a una situación ajedrecística de tablas, ficticia, obviamente, pero utilitaria, al menos de momento. El exterminio de la especie dominante estaba a tiro de pulsar un botón. Y seguramente no faltarían los candidatos para ejecutarlo. Tío Eduardo, con su sarcasmo habitual, me hubiera dicho: “Bueno, quién sabe si en el fondo no se trata de un verdadero progreso. Después de todo, el hombre no es *la Vida*”.

Un vendedor ambulante me devolvió de mis cavilaciones. Ofrecía sus peines impostando la voz, garantizando sus beneficios, doblándolos, retorciéndolos, fingiendo atender los su-

puestos pedidos que venían del fondo del vagón con un clásico: “Enseguida le llevo, señora”, “Ya estoy ahí, caballero”. Vulgares recursos psicológicos que ayudarían a incrementar sus ventas. Me dejó un pack sobre la pierna. Iba sentado, no había muchos pasajeros. Me imaginé con su suerte, trabajando para vivir a diario, apenas con lo justo. Realicé un movimiento algo brusco con la cabeza, como si mi inconsciente estuviera decidido a arrojar la representación con una negación categórica. No era que ese trabajo me resultara indigno, en absoluto. De hecho, quizá fuera su única salida laboral dados sus años, ante la imposibilidad de encontrar algo más retributivo, o simplemente un puesto fijo de trabajo para alguna firma que le brindara cierta estabilidad permanente. Había algo más dando vueltas por ahí, que poco tenía que ver con la dignidad del trabajo. Era cierta tristeza de hombre vencido, resignado, tratando de sostenerse a flote a duras penas. Algo de pieza de descarte, víctima de haber perdido su juventud.

Mi atención se desvió hacia el llanto desgarrador de una criatura cuya madre debía estar renegando de su condición de tal. El chico no cejaba de proferir grititos histéricos mientras le reclamaba: “¡Quiero que me lo compres!”. Ella, con su paciencia alterada, no hacía más que repetirle: “Te dije que no”. Vaya a saber qué corno querría, pero seguramente debía de valer la pena porque el escándalo que estaba montando era de dimensiones colosales. Cuánta pasión perdida. De haber sido un adulto, habiéndole puesto tanto ardor, tanto ahínco, seguramente habría logrado lo que hubiese querido. Me pregunté hasta qué punto éramos responsables de obliterar el fuego de nuestros sueños desde la infancia, subordinando nuestro entusiasmo al orden social. De regreso, el ambulante retiró el pack de peines apoyado en mi pierna y cambió de vagón para continuar repitiéndose en el mismo proceso.

Bajé en San Martín y decidí caminar hasta casa. Podía haber tomado el colectivo de forma gratuita por comodidad, pero hacía tanto que no pateaba la calle que no quise perder la oportunidad de hacer ese camino compensatorio de jardines y casas bajas. Una caricia un tanto traída de los pelos, que apenas si

aflojaba el grillete. El cielo se había despejado y la lluvia de la noche había contribuido a bajar considerablemente la temperatura, teniendo en cuenta los húmedos y calurosos días pasados. De manera que la primera reacción fue impregnarme un poco de barro. Caminé esas cuadras, dejando atrás el centro de San Martín, y con mi nuevo y buen estado físico llegué sin fatigarme al cementerio.

Sobre la entrada principal, me vi en una remembranza junto a Mario, Patricio y Jorge, y me azotó una descarga de nostalgia. Nada volvería a ser lo mismo. El tiempo nos jugaba sucio. Sentí pena de mí e inmediatamente recordé que los restos de mis padres descansaban allí, sepultados bajo tierra. Mucho había pasado desde que, la última vez, me había parado con Eduardo frente a sus lápidas. Empujado por ese revuelto de sentimientos, me acerqué a uno de los viejos floristas para comprarle unas rosas.

– ¿Qué te pasó, che? Te tocó la colimba parece –me dijo reconociéndome–. Vos sí que zafaste –remató haciendo alusión a lo acontecido en el ‘82–. Mirá qué grandote que estás. Pensar que hasta ayer eras un pibito. Cómo se pasa la vida.

Asentí con una sonrisa forzada y me limité a pedirle dos rosas rojas. Me preguntó:

– ¿Son para alguna novia que tenés por ahí?

–No –contesté. Realicé un gesto señalando hacia el interior del cementerio sin decir más.

–Ah, no sabía que tenías a alguien acá.

Hizo un silencio esperando que lo pusiera al tanto del vínculo que me unía a los difuntos. Vacilé, me di cuenta de que me avergonzaba tener que reconocer que ese desconocimiento del florista, de alguna manera, estaba vinculado a mis silencios, a mis casi nulas visitas, a que apenas si una vez les había comprado unas míseras flores, a que ni siquiera podía darme a llamar un visitante infrecuente, cuando más bien mi estilo era el de la recurrente ausencia.

Le contesté:

–Tengo a mis viejos.

–Mirá vos. Estamos iguales... Qué va'cer. Es la ley de la vida.

Una ley que no me había tenido en cuenta a no ser unos pocos meses. Envolvió los tallos en un cono de papel blanco y me entregó las rosas.

–¿Te queda mucho todavía?

–Estoy recién incorporado.

–Ya pasará. Es más, todo pasará dicen por ahí. Cuando menos lo esperes, solo va a ser un mal recuerdo.

Y después ni eso, me dije para mí, como todo. Le agradecí su buena predisposición para darme ánimo y lo dejé atendiendo a una viejita que le pidió unos claveles. Al principio me desorienté un poco entre tantas tumbas. Terminé ubicándolos, identificando la foto de mi padre. Por lo visto, Eduardo se encargaba de mantenerlas moderadamente bien. Tenían unas flores completamente secas y quebradizas, pero era suficiente evidencia para asegurarme de que, al menos de vez en cuando, alguien se acercaba hasta allí para tapar mi bache permanente, y dejar un pensamiento, una congoja. Para retroceder en el recuerdo, por poder decir tenerlos, el que no era mi caso. Repentinamente me sentí vacío, tan vacío de ellos como estaba el lugar. No estaban ahí. Nada nos esperaba bajo la tierra negra. Estaba solo. Así que apoyé las rosas sobre los sepulcros y me despedí de nadie. O tal vez de unos viejos y conocidos retratos fotográficos.

Cuando llegué a casa, saqué las llaves para abrir la puerta. Sabía que Eduardo recién volvería de la librería por la tarde. Subí a mi cuarto y estaba demasiado oscuro. Había cierto olor a encierro, así que abrí la ventana para que se aireara y entrara la claridad del día. Ahí estaba otra vez el cementerio, de dónde venía, en dónde había estado unos minutos antes, esperando. Se encontraba ahí antes de mí y seguiría estando después de que me fuera. Ya no podría ver a nadie cuando miraran hacia él desde esta misma ventana, desde ningún lugar.

Sentí que sin los pesados zapatos, los pies estarían mucho mejor, así que me los quité y quedé descalzo. Me encontré mucho más aliviado. Paseé la mirada por la pieza y la hallé con-

movedoramente familiar. Un modular con tres repisas destinadas a usos múltiples, libros, revistas, discos, casetes, objetos varios: autitos de colección, muñequitos del Jack, una cajita con estampillas de países del mundo. Un escritorio viejo con muchos cajones, una lámpara extensible, una silla de madera y demasiada pulcritud. Demasiado evacuada la superficie de la mesa, la silla metida debajo en escuadra excesiva. Patines de lana tejidos por doña Inés a un costado de la puerta y algunos de mis calzados inconcebiblemente sitios en su infrecuente lugar específico. Me di cuenta que lo que creí olor a encierro era en realidad el olor del parquet encerado, atrapado en la habitación cerrada. No obstante, algo había sucedido. Tanta limpieza le entregaba un tinte ajeno. La carta de presentación al Servicio, su sello azul sobre la línea punteada, se había llevado mi olor y me devolvía otro. Me terminé quitando la ropa y me extendí en la cama para sentir el colchón blando, acomodando bajo mi cabeza la descuajeringada almohada que había dado albergue a mis sueños de primaria y secundaria. Nunca pensé que el hecho de volver a dormir en mi cama, aunque fuera por dos cortas noches, podía resultar tan emotivo: dormir sin sobresaltos, de corrido, un lujo simple pero un lujo al fin. Era lo bueno de estar en la mala. Uno podía redescubrir los lujos a la mano, esos que tanto pasaban desapercibidos en el ámbito diario. Quizá, en parte, la vida se tratara de esos pequeños descubrimientos.

Durante las guardias y las imaginarias, había desarrollado un método que contemplaba no dormirme y tratar de sobrellevarlas lo mejor posible. Un artilugio mental que consistía en contar lentamente hasta diez, cerrando los ojos, imaginando que dormía relajadamente, para luego volver a estar atento en mi función durante unos minutos, y así reanudar la operación. En casa podía hacer desaparecer, por elección propia, la vida militar sin conteo alguno, burlar al clarín y a las desagradables voces de los suboficiales ordenando al pie de las camas.

Pensé en la posibilidad de salir de putas con Lombardo y Simoncelli el domingo por la noche y tuve una erección. Faunos y ninfas correteaban por mi libido y la suave piel de las sá-

banas nuevas. Toqué mis genitales y pude comprobar que todavía era humano: un animal sofisticado. Pero estaba tan cansado que me dormí profundamente. Me despertó Eduardo pasadas las cinco de la tarde. No lo escuché entrar. Entre sueños percibí un acercarse dubitativo, un llamado débil que me dijo:

–Ariel... Che, Ariel... Dale, vago. Levantate.

Me removí restregándome los ojos, estirándome, sintiéndome como nuevo.

–Llegué hace hora y media y me llevé la sorpresa. Encontré tu birrete en la cocina. Vine a verte pero estabas tan dormido que no te quise despertar. Me podías haber avisado que venías.

Entredormido contesté:

–Desde allá todo se complica.

–Dale, metele que te fui a comprar facturas, así te tomás un buen café con leche.

Fue la mejor oferta que pude haber tenido. Estaba famélico de antojos. No porque en el Regimiento me hicieran pasar hambre sino por lo repetitivo de la comida. En esa corta temporada había pasado a aborrecer las manzanas verdes, cuyo dejo algo ácido otrora había saboreado con deleite. Mi paladar extrañaba los sabores hogareños, los gustos de años. Se entenderá entonces por qué tomar una sencilla merienda consistente en un café con leche con medialunas, dulce de leche y manteca, puede en ciertos momentos arañar la calificación de manjar y rivalizar con la alta gastronomía francesa. En realidad, con hambre, hasta un mendrugo de pan podía hacerse acreedor de ostentar ese título.

Mientras me sugería que no me atragantara, intercambié con Eduardo algunas vivencias y otros comentarios. No éramos de mucho hablar. Me puso al tanto de la gente que me había dejado saludos, entre ella los chicos y Mariela.

Comí como para recobrar las ocasiones perdidas, incluso por la noche, en la cena. Contrariamente a lo que solía hacer, me fui a dormir temprano, con vistas a aprovechar el máximo posible la mañana y la tarde del domingo. Como si una maldición me persiguiera, desperté exactamente al horario de la diana. Me quedé reposando un momento, y al escuchar ruidos en la

cocina, me levanté para acompañar en los mates a Eduardo, aunque solo se los cebé. Cruzamos algunas impresiones e hicimos uno que otro comentario. De alguna manera, nos bastaba la buena compañía. Saber que el otro estaba ahí. No hacía falta decir más. Teníamos la suerte de estar de un mismo lado en un mundo bipolar: el nuestro, un paréntesis, un mundo en el que refugiarse del mundo, aquel del que los historiadores pasaban de largo, del que no quedaría registro alguno. Imaginariamente lejos de Ronald Reagan y su Guerra de las galaxias, de las matanzas entre israelíes y palestinos, de Sendero Luminoso, de la reelección de Margaret Thatcher, de las prohibiciones de La Junta Militar. Demasiado cerca de la historia universal, demasiado adentro; sabedores de la escasa o nula incidencia que teníamos en su curso sordo y ciego.

Cuando amaneció, pasadas las siete, una claridad opalina ganó lugar en la cocina. Salí al jardín como estaba, todavía en pijama. Había recuperado el sabor del café en la boca y me resultaba poco verosímil estar en el hogar, después de aquellos meses horribles. La casa parecía haberse vaciado de mí y ahora me tomaba el trabajo de recuperar terreno a cada paso, marcando territorio nuevamente. Tuve intenciones de llegarme hasta el galpón pero me detuvo el rocío: estaba en ojotas y sin medias. Fue cuando reconocí la voz de Mariela llamándome quedamente, para no alterar demasiado el espeso silencio de la mañana de domingo.

—Ariel... —volvió a llamar.

No me tomó por sorpresa el escucharla. Lo había hecho tantas veces antes. Lo que sí, no me percaté de lo temprano que era para encontrarla ahí, hasta que acercándome al ligustro, volví a escucharla decirme en voz baja pero exultante:

—Hola, Ari. ¿Cómo estás? Mamá me dijo que te vio ayer en la calle, cuando iba al almacén. Al principio no estaba muy segura, por la ropa y el pelo, pero después se dio cuenta que eras vos.

—Ah, sí. El pelo. Bueno, este es mi nuevo *look*.

—No te queda mal.

—No me acostumbro. Me miro en el espejo y no me hallo. Cómo que no soy yo. Cuando me crezca me lo voy a dejar como el *tío cosa*.

—Pensé que ibas a pasar ayer...

—La verdad, estaba cansado. Hacía mucho que no estaba en casa, además, ¿por qué no me llamaste?

—No te quería molestar.

—Contame, ¿qué haces a esta hora acá?

—Es que no sabía si te ibas hoy y quería saludarte personalmente.

—No, al cuartel vuelvo mañana.

—Pobre... —se compadeció.

Hice un gesto como diciendo: “Qué le vamos a hacer”. Mariela era un ser dulce. Yo, el mundo, éramos indignos de ella. Me hacía bien escucharla. Llegaba a hacerme sentir estúpido: no sabía bien de qué me quejaba. Me daba cuenta de que ella hubiera rogado tener esas dos piernas más para hacer tantos saltos de rana como Arala le hubiera ordenado. Pero sentía que de mi parte había algo mal en aquella relación de amistad. Ella me hacía bien desde su desgracia. Desde ese contraste en donde yo era el agraciado. Me inspiraba lástima, traicionándola, porque seguramente eso era lo que jamás esperaría de mí. En cada mirada que dejaba caer sobre ella, no me podía hacer a la idea de que era quien era, como era, en las condiciones que fuera, quiero decir: exactamente Mariela. Indefectiblemente caía en un mismo sentimiento de lástima que decantaba en un fondo de disconformidad. Me avergonzaba tal recurrencia que me acometía al solo verla. Parecía que no podía ir más allá de su representación física, empantanándome, mutilándola aún más, viendo batallar sobre su cuerpo disminuido a la materia y al espíritu, este último en situación de inferioridad. Me costaba creer que no se hubiera refugiado en la religión como doña Marta. ¿Conocería Dios el dolor, el sufrimiento? ¿Y la piedad en toda su expresión? Con sus posibilidades acotadas tendría que aprender a sobrellevar muchas exclusiones, muchas puertas cerradas. ¿Qué sería de ella cuando doña Marta ya no estuviera?

¿Tendría la suficiente conciencia de lo que le depararía el futuro? Aunque, ¿quién la tenía?...

Conversamos un poco más. Me invitó a pasar por su casa antes de irme, pero no le garanticé nada a manera de excusa. Solo me limité a señalarle que tenía el tiempo contado para hacer alguna que otra visita breve, y de antemano no estaba desconociendo que probablemente no pudiera efectuarlas a todas como lo hubiese querido.

De manera que, como tenía previsto, cumplí lo mejor que pude con la mayoría. A Mario no alcancé a verlo. Hacía bastante que no tenía noticias de él. Escuché que estaba trabajando de peón de albañil. Me tuve que conformar con eso. A su casa nunca íbamos a buscarlo.

Pensando en la noche del domingo, volví a acostarme a una hora prudencial. Al día siguiente, después del almuerzo, recibí el llamado de Lombardo reconfirmando el encuentro. Quedé en reunirme con ellos como habíamos acordado. Le dije a Eduardo que me iría a eso de las ocho. Él comentó: “¿Ya? Estos dos días se pasaron volando”. Lo lamenté tanto como él y comencé a constatar algo que luego ratificaría en cada salida: todo franco en la milicia resultaba ser demasiado corto.

Si me preguntaran qué es lo primero que me viene a la mente de aquella noche, no podría responder sino: humo rojo. Almohadones de flecos largos y sedosos y música de ambiente. Y las risas libertinas de las chicas del burdel.

Pituco, nos dijeron. Confiable y discreto. Ahora pueden decirle adiós a *la Maciel* y a sus corridas metálicas por el oscuro puente de niebla. Y nunca más a esas ventanitas para pobres por donde llaman las celestinas y las putas fuleras. Eso sí, no se trata del mismo dinero.

Imaginaba el revoltijo que debía ser la cabeza de Torales. Nos encontró a la salida de aquel cine. Aprovechando que nos dejaban entrar de forma gratuita, habíamos ido a ver *“El crimen de Cuenca”*, película española que se había convertido en un alegato contra los apremios ilegales. Para no dejarlo tirado, le hicimos la propuesta que teníamos entre manos.

—Cuando lo cuente en Añatuya no se lo van a querer creer —dijo el santiagueño—. Esas mujeres como salidas de las revistas. Me van a decir: “De qué te la das, negro. Ya te aporteñaste”. De puro envidiosos que son nomás. Porque ustedes los porteños serán agrandados, pero algo bueno tenían que tener, chango.

—Justo nos teníamos que encontrar con este —me dijo Simoncelli por lo bajo.

—Y bueno, ¿qué quieres? ¿Lo íbamos a dejar en banda? Además, el pobre, no sale casi nunca. No puede ir a Santiago por dos días y volver —contesté.

—Escuchame... problema de él. ¿Viste con qué cara lo miró la mina cuando entramos? Caló que era un groncho provinciano y pareció no gustarle nada.

—Sí, pero cuando le olfateó la guita cantante y sonante, pasó a ser el *alemán* Torales. Enseguida le descubrió una línea genealógica con la *raza aria* —dijo Lombardo.

Estaba sentado frente a ellos, envueltos en el ambiente cálido y flotante de las luces rojas, separados por una mesita redonda con un cenicero cargado y unas cuantas *Status* en el portarrevistas. Torales volvió del baño subiéndose la bragueta.

—Vos sí que sos un gentleman, santia, eh —le soltó Simoncelli.

—¿Y, papá? ¿Qué te parece el lugar? —le preguntó Lombardo. Torales dejó entrever toda una dentadura de conformidad.

—Lindo —declaró.

—Y la rubia que nos abrió, ¿qué tal?

—Estaba medio arisca —contestó el santiagueño.

—Estaba medio arisca... —se hizo eco divertido Lombardo.

—Igual yo le voy a enseñar lo qué's güeno.

—Grande, Santia —le festejaron el ímpetu.

Antes de que aparecieran las chicas, nos ofrecieron algo que tomar. Mientras veía como se entretenían charlando, errático, internamente alejado, me esforzaba por no caerme de la velada. No sabía bien por qué estaba ahí. Quizá se tratara de cierto sedimento culposo. Repasaba lo difuso de la sala divagando por las plantas de interior y unas láminas enmarcadas que reproducían algunos desnudos pictóricos, entre los cuales reconocí a *La Maja desnuda*. Inmediatamente pensé: “Si fuera el original no estaríamos en dónde estábamos. Ni ellas ni nosotros”. Me encontraba perdido, con un pesar irresuelto, que no terminaba de ser un pesar ni dejaba de serlo, en un borde, a centímetros de aguar la fiesta de mis compañeros que, por otro lado, ni se

enteraban, esperando me decidiera a asociármeles en el buen ánimo.

En eso dieron por apersonarse las señoritas, todo mucho satén y demás atributos a la vista, modelando más formalmente que provocativas, ofreciendo sus manzanas opacas con un beso y un nombre de fantasía. En el rostro de Torales pude ver a la serpiente enroscada en el regordete cupido, desplumándolo, amaratándolo con su abrazo lujurioso. Fue el primero en decidirse, y antes de que lo madrugaran cantó:

–Me quedo con la de rojo.

– ¿Cómo dijo que se llamaba? –preguntó Lombardo.

–No me acuerdo.

No se le podía objetar falta de atención alguna, no tenía caso saber el nombre. A la encargada le señaló: “La de rojo”, y ella entendió lo más bien.

– ¿Bárbara? Sí... ¿Me abonás?

Torales se desprendió del efectivo con gusto y se perdió en una de las habitaciones en estado de gracia. Los muchachos tampoco tardaron en hacer su elección y se retiraron a hacer lo suyo con sus damas de compañía.

La encargada me preguntó:

– ¿Vos vas a tomar un servicio?

No supe qué contestar.

Ella me sugirió:

–Si no te gustó ninguna de las que viste, todavía tengo una chica más. Divina, eh. Enseguida se desocupa y te la mando.

Desdoblado, así estaba. Una parte de mí trataba de motivarme, de ubicar en tiempo y espacio mi deseo: “Así viniste al mundo, Ariel. Así vinimos. Nada de qué avergonzarse. Ejercicio que hace de las mujeres, madres, y de los hombres, niños. ¿Denigrante? Hay cosas definitivamente peores, y hay que vivir. Solo vivir el momento, y nada que entender ni cuestionar con preguntas banales. No tiene caso perder el tiempo en dédalos irresolubles. Pero eso sí, y a tenerlo siempre en cuenta, por ninguna razón mires a los ojos. Si hay algo que acá no se hace, es poner el corazón”.

Trataba de no hundirme, de flotar. Entonces la vi y repentinamente me llevó a la superficie su belleza triste y su blando aire de delicada criatura. “Divina” había dicho la encargada. Sabía de lo que hablaba.

—Te llevás la mejor, ¿viste? No por mucho madrugar se amanece más temprano —me dijo mientras me cobraba.

Prácticamente nos habíamos gastado todo lo que teníamos. “Es un *piringundín* bacán. Para gente selecta. De esos que solo se conocen de boca en boca. Eso sí, un poco caro.” El experto del dato nos lo anticipó. Un tipo con calle. Mi pequeña fortuna se esfumó en las manos calculadoras de la encargada, billete a billete. Entonces recién me torné merecedor y accedí a los favores de la supuesta Brigitte, que me extendió su mano con sonrisa cansina para llevarme hasta su lecho.

Detenerme en detalles de sexo explícito carece de valor, al menos por esta vez, porque de hecho no lo hubo. Lo que sí, en cambio, no puedo dejar de mencionar es lo que sucedió luego. No porque no pueda haber sucedido nunca; de hecho, habrá ocurrido seguramente tantas veces. Solo que fue algo nuevo para mí, y supongo que con eso basta para ganarse la mención. Cómo decirlo entonces sin que mueva a confusiones ni quede embebido de lo impropio. Quizá podría empezar por decir que la recorrí con dulzura, acariciando con tanto círculo cabellos y mejillas, con tanto cuidado de pétalo en un hilo; tendido a un palmo de su pesadumbre, acompañándola con otra tristeza por la línea de los hombros, y así volviendo una y otra vez para robarle un suspiro a esas piernas largas, un único suspiro que puso a su espalda un balcón de luna, que hendió la habitación de plata; esa franja de luz que corría por el piso y trepaba con visos la cabecera de la cama, aferrándose al empapelado de hojas y de ramas, hasta alcanzar, a centímetros del techo, una recta definitiva.

Y pensar que me había dicho: “No los mires, no los busques”. Pero, ¿cómo no entregarme a esa cornisa?, cuando se abrían rogando, buscando amaneceres perdidos, esos ojos. Me lo dije. Me lo había repetido. Pero mandaba la luna en ese ahora. Antes, hacía otro hombre, quién podía saberlo... Me

dije no te asomes... Me lo dije. Y acabé diciendo: "Se han abierto y es tan tarde. Allí voy. Ya me encomiendo".

—Estás solo... —murmuró ella, parte de la boca sobre la almohada—. Se te nota en la cara.

Con un movimiento de caderas le sacó unas notas simples al elástico y a mí una respuesta insegura:

—No..., estoy con mis amigos —contesté.

—Eso ya lo sé. Quise decir que te sentís solo.

—No... Estoy bien...

—¿Seguro?

—Creo que sí... —dije sin convencimiento.

Algo apagado, tocaba honduras nuevas; la piedad me iba abarcando sin dar nombre.

—¿Sabés...? Sos tan linda...

Ella volvió el rostro hacia mí, los ojos cerrados, y dejó escapar como en un sueño, una sonrisa costosa y evanescente; la silenciosa gratitud de un sentenciado al que apartan de la fatídica presencia del pelotón ajustándole una venda.

Acercarla, eso quería. Inclinarle más y más en ese afable vértigo. Me dijo "Clara", cuando la llamé Brigitte.

—Me llamo Clara.

—No entiendo... —dije yo.

—¿Qué no entendés? —volvió a sonreír.

Todavía conservaba los ojos cerrados.

—¿Te lo digo?

—Decímelo.

—Qué hace una chica tan linda cómo vos, acá, en este lugar.

—¿Qué hace una chica como yo?... Me gano la vida. ¿Qué otra cosa pensás que puedo hacer?

—No sé... algo distinto. Alguna otra cosa.

—¿Cómo qué?

—No importa. Dejalo así. Creo que preguntar fue una tontería... No estuve muy ocurrente... No lo tomes a mal...

—No te preocupes. Te entiendo.

Se sentó en el borde de la cama, de espaldas a mí, los pies en el suelo.

—Tengo un hijo. Un hijo de tres años.

Estiró el brazo hasta una silla en donde tenía la cartera colgando y de ella sacó una fotografía. Después encendió el velador de la mesa de luz y se volvió para mostrármela.

—Es lindo, ¿no?... Es mi vida.

—Sí. Qué carita simpática tiene.

La miré buscando el parecido.

—Se parece más al padre —señaló ella advirtiéndome mi intención. Las facciones le cambiaron abruptamente y tomó la foto mientras todavía la sostenía entre los dedos, mirándola.

—Se le parece tanto que a veces me da hasta rabia.

Se mordió de costado el labio inferior y lentamente fue recobrando su aspecto de renuncia.

—Es que me casé muy joven. Me deslumbré, me enamoré. Después resultó ser que las cosas no funcionaron —Se detuvo agobiada—. Me pegaba... Yo al principio lo quería, y lo perdónaba... Después —agregó, como si con eso contribuyera a menzurar el agravio— me pedía perdón... Pero no había caso, siempre volvía a lo mismo. En el trabajo ganaba muy poco y a casa volvía hecho una furia. Discutíamos. Me fui cansando. Y empecé a pensar que, un día de esos, o me mataba a palos, o yo lo mataba a él.

Brigitte me miró con los ojos de Clara para decirme:

—Hasta que una noche tuvimos una discusión muy fuerte y como de costumbre me empezó a golpear. Me golpeaba con los puños cerrados... Siempre... En los brazos, en el estómago. Aquella vez, que fue la última, en la cara.

Miró hacia la oscuridad ocultando el rostro, como queriendo ocultarme y ocultarse lo desagradable de algo tan traumático. Apagó el velador.

—El nene se interpuso y Jorge lo golpeó a él también... Me dejó media molida y cuando se cansó de insultarme se metió en el cuarto. A las horas, abrí la puerta y dormía lo más tranquilo, como si no hubiera pasado nada. Y, sabes... eso era lo que más me horrorizaba. Siempre quedaba... sedado. Limpio. Si uno lo miraba no podía creer que una persona así hiciera lo que hacía. Esa noche tomé coraje, agarré al chico y me fui. Se acabó, dije. No vuelvo más. Y no volví.

A veces uno hace preguntas de las que no se puede volver indemne. Y no suelen ser pocas. En este caso podría recriminarme llamándome cabeza dura, regañándome por no tener el suficiente valor para aceptar que la vida era lo que era, y así continuar, que no era sino también abandonar, desentenderme, dejar que cada uno atravesara su sino. Pero en ese momento me resultó algo impropio. Era tan hermoso el componente aciago. Casi tanto como ella.

—Lo querías —dije.

—Sí. Él también me quería. Hasta a veces creo que por eso me golpeaba así. No se hubiera atrevido a golpearme si no me hubiese querido, aunque mal. Es más, creo que me pegaba para que le tuviera lástima... Ya pasaron como tres meses y... Por lo pronto, lo único que me importa es Martín. No quiero que le falte nada. Quiero que tenga todo. Sea como sea.

—Y a tu chiquito, ¿lo tenés con tu familia?

—Mi familia... —dijo sarcástica, riéndose nerviosa, forzadamente—. De mi papá no tengo noticias desde que iba al jardín de infantes, ni quiero tenerlas. —Se la veía nuevamente molesta—. Y con mi mamá jamás me llevé bien. Encima Jorge nunca le gustó. En cuanto tenía oportunidad me lo recordaba. Supongo que quedó resentida desde que mi papá la dejó. En todo hombre que se me acercaba veía un enemigo.

A medida que hablaba iba ganando confianza.

— ¿Tu marido le daba algún motivo? —me animé a preguntar.

—No. No por lo menos uno justificado. Lo que pasa es que él estuvo casado antes de conocerme y de ese matrimonio fallido venía con dos hijos. Y mi mamá tenía ciertos prejuicios por eso. De todas maneras, no era razón para que nosotros corriéramos con la misma suerte. No sé si entendés.

—Sí, claro. ¿Y Martín? —pregunté.

—Al nene lo tengo con una pareja amiga de Alejandro. Alejandro es... el dueño del departamento. A mí me ayudó mucho. Es un buen tipo. Antes de llegar acá, estuve en casa de una amiga unas tres semanas. Traté de conseguir algún trabajo, pero no conseguí nada. Al final, me di cuenta que a la familia

de ella la estaba molestando y me fui. Después, bueno, hablando me enteré que acá necesitaban chicas. Y así fue como lo conocí.

Se tomó un silencio para decir:

—Los primeros días fueron terribles. El nene tuvo que dormir acá, pobrecito. Me acuerdo que todavía tenía la carita marcada con un arañón. Yo, la verdad, no quería. Pero, adónde iba a ir, si no tenía a nadie.

Bajo su máscara de puta, Clara siguió diciendo:

—Mi mamá está en el Chaco. Soy de allá. Y hasta allá no voy a ir. No quiero que me eche nada en cara. También tengo mi orgullo. Tengo derecho a tener al menos eso.

No estuve muy seguro de pronunciarle al respecto, y sin embargo terminé haciéndolo. Tuve miedo de no usar las palabras adecuadas cuando dije:

—A veces uno tiene que aprender a tragárselo. Una de estas te convenía volver con tu mamá... La gente cambia...

No quería ofuscarla. Me miró cómo si fuera un pobre ingenuo. Cómo diciéndome: “¿Acaso conoces a mi vieja, vos?”

Me contestó:

—Hay cosas que no cambian nunca... Lo único que me interesa es que a mi hijo no le falte nada. Mientras él esté bien, lo demás es lo que menos importa.

— ¿Vos no te importás?

— ¿Qué otra cosa puedo hacer? —contestó incómoda, acorralada por una moral que preguntaba por qué y no decía cómo.

—Yo entiendo lo que me querés decir... Está bien. Vamos a hacer una suposición. Salgo a trabajar... de... no sé... lo que sea... porque yo no terminé el secundario. ¿A dónde voy? A Martín tengo que dejarlo con alguien, y gratis eso no me sale. Tengo que buscar un lugar, alquilar algo. Además tenemos que comer y vestirnos. ¿En qué lugar me pagan lo que necesito? ¿Sabes todo lo que hice hasta terminar acá? Me cansé de golpear puertas. Pedí casi suplicando. ¿Qué más tengo que hacer?... Si me bajé la bombacha fue por eso. Y no creas que los que ganan dos mangos no se la tienen que bajar a su manera.

Me sentí culpable de haberla arrastrado hasta un terreno en donde no hice sino aumentar su desdicha. Me quedé atorado en un: “Quizá si hubieras reincidido, intentado algo más”. Me di cuenta que interpretaba el papel de un pastor patético.

—Hice todo lo que pude —dijo ella dejándose caer sobre el colchón con peso muerto.

La acaricie atraído por la piedad y la belleza. No había lugar en mí para la excitación ni el erotismo. Nos quedamos un largo minuto sin decir nada.

—Sos dulce, ¿sabías? Me haces sentir bien —dijo y me recordó—: Vas a perder el turno.

—No importa. Está bien así —contesté.

—Al final te puse mal, ves. No sirvo ni para esto.

—No... Lo que pasa es que yo ya venía algo sensible de afuera. No estaba muy convencido.

— ¿De qué?

—De venir...

—Pero viniste... Algo venías a buscar —dijo con cierto des-
caro, ella, o Brigitte.

—La verdad no sé bien qué, pero estoy acá.

— ¿No sabes?

—No. No sabía antes y ahora menos que menos.

—No te creo mucho. Lo que sí, te encuentro bastante confundido.

Pude haberle dicho lo mismo pero venturosamente me lo guardé. No quería ser hiriente. Ambos parecíamos estar despojados, a cara descubierta, aunque solo en parte, y no por eso dejábamos de estar a la defensiva. Mirándome el cabello me aseguró:

—Sabés, Martín tiene casi el mismo pelo que vos, así, medio ondeado.

—Espero que no tenga el mismo corte, pobrecito.

Ella se rió y sorprendentemente, me tomó del brazo y tiró de él, obligándome a levantarme.

—Vení. Te quiero mostrar algo.

Me encontré totalmente desnudo, conducido hacia el balcón, y alcancé a tomar la camisa de salida para usarla como tarrabo.

—Esperá —le dije—. Me van a ver así. A ver si después tenés problemas.

—No seas miedoso. A esta hora no hay nadie curioseando en las ventanas.

Me dejé llevar sin importarme. Como siempre, el aire de la madrugada era tan distinto, como si fuera nuevo.

— ¿Y todas estas macetas? —pregunté.

—Son nuestras. También tenemos nuestro jardincito. ¿Qué creías? Ah, ya entiendo. ¿Pensás que no nos interesan las flores?

—No, no dije eso...

—Ya lo sé, tonto —dijo virando rápidamente, como si no hubiera dicho nada inapropiado—. Mirá, te quería mostrar algo. ¿Ves allá, donde están aquellos dos edificios? —me señaló. Estábamos en un tercer piso—. Los que tienen arriba esas lucécitas rojas —especificó. Estaban a una distancia considerable.

— ¿Aquellos? Si, los veo. ¿Qué tienen?

—Bueno, sobre la misma calle, ahí, en este momento, está durmiendo mi Martincito. ¿Cómo estará acostado mi angelito? ¿Boca arriba, boca abajo?... El domingo que viene lo voy a llevar a pasear.

—Se debe haber dormido pensando en eso.

—No, todavía no le dije nada. No quiero entusiasmarlo, sabés. Haber si no puedo cumplir. No quiero desilusionarlo. Hay mañanas en que apenas me puedo mantener despierta.

— ¿Lo ves solo los fines de semana?

—No. Algunas mañanas lo voy a visitar. Decime, ¿te vas a pasar haciéndome preguntas toda la noche?

—Disculpame... No sé lo que me pasa... Es que otra cosa no se me ocurre.

—Es porque estás nervioso. Muchos hombres vienen acá y se ponen nerviosos. Se cohíben.

—Nervioso, no. Como decirte... Para mí es una situación poco habitual... Bueno, y lo que vos me contás también.

—Te dejé mal, ¿no es cierto?

—Vos, no... la realidad —traté de explicarme—. Pasa que uno se hace a ciertas ideas y después resulta que no todo es como uno cree.

—No te entiendo.

Me demoré apenas un instante para decirle:

—Creo que hasta acá tenía poco claras las cosas con respecto a... con respecto a ustedes... —El rodeo que intenté dar dificultó mi explicación. Me costó muchísimo decir—: Me refiero a esto de la prostitución. Pensaba que las prostitutas eran prostitutas a secas y listo. ¿Me entendés?

—La verdad que no mucho. Pero lo puedo intentar —dijo—. Me estás diciendo que pensabas que las chicas estamos acá porque sí, porque nos gusta, porque nos gusta la plata fácil... ¿Algo así?

—Vas a pensar que soy un caído del catre y tenés toda la razón del mundo, pero es más o menos así. Bueno, o no tan así. No sé si lo creía o es que nunca me lo había preguntado. Se me ocurre que lo necesitamos creer. Cosas que no se dicen ni se piensan. Que no se quieren pensar.

—Acá todas cargan su cruz. No hay ninguna que no tenga nada que contar. Por ahí vos tenés una idea demasiado idealizada de la mujer. Aunque para la mayoría de los hombres las mujeres son todas unas putas, menos la madre, las abuelas, las hermanas, y las hijas.

—Puede que tengas razón cuando hablas de idealización. Por ahí no tiene nada que ver pero, sabés, de chico, recuerdo, me costó creer que un ser tan delicado como una mujer, porque esa era la representación idealizada que tenía, pudiera ir al baño. Para mí fue horrible descubrir que...

Se rió.

— ¿Qué? ¿Que hacíamos caca? Ah, pero eras todo un tontito. Lamento desilusionarte pero yo soy una de esas.

Un muy breve silencio bastó para volver a encauzar la conversación en ese tono más serio que había tomado en su apertura.

—Sabes qué me da un poco de miedo... El tiempo... Que me pueda acostumbrar —declaró—. Lo pensé viendo a algunas chicas que trabajan acá hace rato. Gustarle, no les gusta. Pero lo hacen. Algunas porque no saben hacer otra cosa, o porque huyen del pasado. Otras porque les gusta la guita, otras... Da igual... En cuanto tenga oportunidad deirme, me voy. Cambio de vida. Primero, por el nene. Después por mí.

Llevado por cierta contenida vanidad mesiánica le dije:

— ¿Y si te haces la oportunidad hoy mismo? ¿Si lo intentas de nuevo?

Me escrutó atormentada:

— ¿Pero vos no me escuchaste a mí? ¿Querés que te vuelva a repetir todo de nuevo? No ves que no puedo... No puedo. Tengo un hijo. ¿Vos me vas a dar trabajo? ¿Me vas a llevar a tu casa?

No pude contestar. Me avergonzó tener que asumir lo frágiles que podían resultar mis buenas intenciones. Saber que podían morir en un: “yo no”. Que podía tenderle una mano de discursos solidarios y quitarle la de carne y hueso un segundo después. Era difícil ser lo que deseábamos. Estábamos hechos más de deseos incumplidos que de otra cosa.

—No, no hace falta que me repitas nada. Ya sé... es que... me gustaría poder ayudarte —me consolé.

Se acercó y me rodeó el cuello con los brazos.

—Tenés buenas intenciones y te lo agradezco mucho. Por mí ya hiciste bastante. Hacía tanto que no me trataban así, que me escuchaban... Que me hacían sentir alguien.

Oímos unos golpes en la puerta.

—Alguien llama —dije.

—Debe ser alguna de las chicas. Viene a avisar que se terminó la hora.

Volvimos a entrar a la pieza. Me había atado la camisa en la cintura, y me la quité púdicamente para ponerme el calzoncillo aprovechando que ella estaba de espaldas.

Giró sobre sí y me preguntó:

— ¿Estás seguro que no querés nada? Lo hacemos rápido si querés. Me da pena que pierdas el dinero.

Agarré el pantalón y empecé a vestirme.

—Hago de cuenta que lo gasté en otra cosa.

Con un tono que buscaba sondearme y obtener una respuesta adecuada me preguntó:

—Decime la verdad, ¿yo te gusto?

—Claro —contesté espontáneamente con sinceridad—. Sos muy linda. ¿A qué viene eso?

—A nada. Simple curiosidad —me respondió.

Ninguno de los dos ignoraba la causa del interrogante. Preferimos callarlo.

—Me da un no sé qué... Dejame que te devuelva el dinero.

No sabía si me lo decía en serio o si estaba fingiendo. Tampoco me iba a poner a indagarlo y sin darle espacio a agregar nada, me negué rotundamente.

—No. De ninguna manera. ¿Cómo voy a dejar que pagues vos?

—Por favor, aunque sea la mitad —insistió—. Fuiste tan bueno conmigo.

Hizo el intento de sacar algo de un monederito del bolso.

—No, no, por favor. Guardá eso, dale —se lo rechacé—.

Pedime cualquier cosa, pero eso no. Además, pensalo, no estás en condiciones de andar gastando plata en nada. ¿Y Martín? —dije amparándome en el chico.

Terminó deponiendo su liviana persistencia.

Reconoció:

—Si, tenés razón. Pero creeme que me hubiera gustado mucho...

No la dejé terminar:

—Con la voluntad me basta. Va a ser mejor que acabe de vestirme —dije poniéndome la camisa—. No quisiera traerte problemas.

Ella volvió a salir al balcón y se quedó mirando los techos, las antenas, los cables y las luces. Al acercarse a la baranda metálica la perdí de vista. Me vestí despacio, estirando cada acto, mirando su sombra herida que se recortaba en el piso de la habitación. Bajo el velador, en la semioscuridad, volví a ver la foto en donde ella posaba con una criatura de quizá tres años

o apenas algo más. Sus rostros denotaban felicidad. Probablemente el marido hubiera obtenido el cuadro, lo habría buscado y accionado el disparador en el instante preciso. Recuerdo de otros tiempos. Cercanos, pero otros. Tan rápido ya otros. Me acordonaba los zapatos cuando volvió a entrar.

Pregunté:

— ¿Mis amigos estarán esperando hace mucho?

—Puede que sí. La puerta te la vienen a golpear unos cinco minutos antes que termine el turno, para que salgas a horario.

—Creo que ya pasaron bastante más de cinco minutos. ¿Te dirán algo?

—Qué me importa. No tengo mucho que perder.

—Entonces voy saliendo.

Tomé el birrete y me lo puse mecánicamente, pero volví a sacármelo; no me terminaba de acostumbrar. Llevarlo en la mano me resultaba más cómodo. Resuelto a salir, ella me retuvo interponiéndose a mi paso.

—Esperá. Antes quería decirte algo... Perdoname.

Me sorprendí.

— ¿Perdonarte qué?

—Me llamo Lidia. Te mentí. Brigitte es el caballito de batalla que uso acá. Clara es otro nombre que uso cuando algunos me preguntan cómo me llamo verdaderamente.

En ningún momento le había hecho pregunta semejante.

— ¿Te enojaste? —preguntó.

—No, para nada. Creo que puedo entenderte —respondí desorientado.

—Sos un buen chico. Comprensivo. Tan distinto a la gente que conozco.

—La gente no es tan mala. Por ahí es el ambiente que no te ayuda mucho.

—Qué te puedo decir. Lamento que este no haya sido el lugar ideal para conocernos —dijo.

—Puede que algún día tomemos en café juntos —concedí. Quizá fue una mala maniobra de imprudente idealista, de héroe romántico tratando de cambiar al mundo con el solo batiendo del corazón humano. La pérdida del sentido común que

yo mismo hubiera advertido en otra circunstancia; otra mala pasada de la irreflexiva juventud. Todo un válido intento con amplísimas posibilidades de estar condenado al fracaso.

—A mí me encantaría. ¿No te gustaría salir el domingo próximo? Estoy segura de que a Martincito le gustaría muchísimo que vinieras con nosotros. Es un chico cariñoso y le gusta la compañía de otras personas. Conmigo está bien, pero llega un momento en que se cansa un poco. Es lógico, conmigo no tiene más que a su mamá. La pareja con la que lo dejo no tiene hijos. Y él necesita de otra gente, de otros chicos.

—No te puedo decir que sí porque no sé si el fin de semana que viene voy a tener franco.

—Ah —dijo ella un tanto desilusionada.

—Pero... bueno... No sé.

—¿Tenés teléfono? Si querés te llamo...

Vacilé un momento. Pero se lo dí.

Le advertí:

—Vivo con mi tío. Si te atiende él, decíle que sos una amiga.

—Lidia.

Hice un gesto de asentimiento y me dijo:

—Quédate tranquilo que ese es mi nombre —me aseguró—. Si querés te muestro el documento.

—No hace falta —Sonreí.

—Yo pensaba llevarlo a Palermo —dijo, refiriéndose a Martín.

—Para mí está bien. Yo no tengo inconveniente en ir adonde el chico quiera.

Quizá habituada a la desconfianza, me mendigó:

—Si tenés franco, prometeme que vas a venir.

—Si no tengo ningún otro impedimento...

Alguien volvió a golpear la puerta, pero con más insistencia. Se escuchó una voz que llamaba:

—Dale, Bri, te están esperando.

— ¡Ya estoy! —contestó ella.

La voz se dio por entendida y se alejó. Me dio pena verla así, barajando la posibilidad de la desilusión. La atraje hacía mí, quería tranquilizarla, mostrarme sincero, convencerla.

— ¿Y vos? ¿Vas a venir? —le pregunté.

—Sí. Andá, dale —me instó urgida por las circunstancias.

Se dejó besar con mucha suavidad y me abrió la puerta.

Afuera, otro hombre esperaba recostado sobre la pared. Lidia, o al menos eso me había terminado diciendo, lo vio e inmediatamente se volvió para estirar las sábanas. Me marché con paso firme, pasando a su lado sin dirigirle la mirada, la vista al frente, queriéndome quedar y a la vez huyendo. Sin buenas noches.

Siendo *furriel*, me encargué de acomodar mis *imaginarias*. La guardia le afectaba a otro escuadrón y en el *Detall* éramos tres. Eso me facilitó aún más el franco de fin de semana, ya que por orden de salida recién me correspondía quedarme el sábado y el domingo siguientes.

Pasé mucho tiempo recordando la suavidad de la piel de Lidia, y dadas mis urgencias sexuales, me recriminé el haber perdido tal oportunidad dejándome llevar por el sentimentalismo. La distancia había incrementado el deseo. Había tenido mis vacilaciones pero quería que me llamara. Dentro de mí se libraba una batalla entre la compasión y la hegemonía genital. Por momentos odiaba esa mi naturaleza tendiente a complcarlo todo, llena de preguntas y cuestiones irresolubles que me habían privado de algo tan simple como coger. Después de todo, tanto Lombardo, como Torales y Simoncelli habían tenido lo suyo y ahí andaban por la vida, disfrutándola sin recriminaciones y sin culpas. Y hasta más piadosos quizás, porque uno bien podía preguntarse, ¿no era una especie de sadismo dirigido hacia sí mismo darle continuidad a todo aquello?

Me la imaginaba y apenas si podía pensar en ser su amigo y prestarle un hombro en el que llorar su pena. ¿Qué otra cosa sino? ¿O en realidad tenía que creer que en el fondo solo quería

algo tan elemental como encamarme? Tal vez un poco de todo. En esos asuntos siempre carecí de lo que se dice sentido práctico.

Iba a tener al menos la chance de descubrirlo, porque cuando llegué a casa, lo primero que Eduardo me dijo después de saludarme fue:

—Te llamó una chica. Una amiga —dijo—. Me dejó un teléfono para que la llames —Y me tendió un papelito con el número.

Atajé el impulso de llamarla en ese mismo momento y simulé no prestarle mucho interés, evitando así se inmiscuyera con los típicos interrogantes masculinos. Lo hice luego, sin testigos, cuando Eduardo me dio vía libre al salir al almacén. Me atendió ella. Me confesó que pensaba no iba a llamarla. Apuré la conversación para evitar que Eduardo me hallara en el teléfono. Quedamos en encontrarnos el domingo antes del mediodía, en la puerta del Jardín Zoológico. Me gustó la idea. Desde chico no había vuelto a ir.

Cuando Eduardo volvió, me preguntó si había visto a Mariela. Le dije que no. Aproveché y a manera de excusa le comuniqué que venía con poco tiempo y que me iba el domingo por la mañana. Aduje que prefería descansar y dejar las obligaciones sociales para otra oportunidad más apropiada. El me miró algo extrañado pero el argumento del cansancio, supongo, lo persuadió.

Y descansar fue exactamente lo que hice, hasta que la mañana del domingo, después del desayuno, me despedí de él, y con unas dos horas de margen, me tomé el colectivo hasta la estación.

En ese tiempo libre, una vez llegué, me paseé por el Botánico. Me pregunté si estaba haciendo bien concurriendo a la cita. Cita poco usual, ni que decir. ¿Por qué ese descabellado antojo de ir a contramano? ¿Por qué no aceptar lo socialmente admisible, lo moralmente tolerable? ¿Formaba parte del esfuerzo por entender ese fenómeno inexplicable del que participaba: el existir? Lo hacía ahora y lo había hecho antes a su manera: arrancándole las alas de celofán a las moscas, inclinán-

dome sobre los despojos despanzurrados de algún pobre animal para intentar descubrir así el proscrito intercambio que había echado a andar lo vivo, así como poniendo la oreja en los gemidos apaciguados de Eduardo y sus amantes, los que también me empujaron a la mudez de las margaritas, botones amarillos que me entregaron el esmeralda de la cópula, coleóptero sobre coleóptero, el poderoso impulso de la procreación. Recordé con que delicadeza tomaba entre las yemas de dos dedos a aquellas criaturas de verde armadura brillante, desparramadas entre las flores del jardín, cada una recorriendo con tenazas nerviosas su pequeño sol de llamas blancas. Labriego sideral, diminuto intermediario que no quería más que acercarlas, llevándolas hasta el ensamble que luego volvería para traer a los canteros los almacigos y con ellos el renuevo de la primavera y los mismos regaños de Eduardo: “¿Qué estás haciendo, Ariel? ¡Deja de jugar con esos bichos y anda a lavarte las manos ahora mismo! ¡Me quieres hacer ese grandísimo favor!”. Ese chiquilín que no hacía más que maravillarse frente al inmenso enigma de la vida. Que deseaba descubrir alguna lógica intrínseca, un sentido subyacente, una fórmula, una respuesta universal. La panacea que resolviera todos los problemas exhibidos sin miramientos por la tiranía de la precariedad.

Así fue como fueron amontonándose las preguntas sin respuestas.

En vuelo recto y suspendido, una garza cruzó el cielo alargado de la avenida y fue a posarse en lo alto de un corpulento árbol del Botánico. Al verla tan alba y detenida en pleno corazón de la ciudad, un mágico instante de mi mente la desplazó para traer desde lo extraviado del pasado toda una planicie de pastos y especies arbóreas autóctonas, como alguna vez lo fue, antes del trasplante europeo, antes de todo ese cemento muerto. Miré alrededor y noté que nadie se había percatado de aquel cruzarse blanco. Y no era para menos. Ahí estaba el Zoológico y los mateos, y los chicos y los grandes abarrotando la plaza, y la Sociedad Rural. Un mundo de gente los bosques y un mundo de algunos la feria de libros usados. Y globos, y helados, y pochoclos, y cubanitos. Y garrapiñadas y marionetas.

Y cotorritas que revelaban el destino. Y ponys con sus respectivos fotografías. Panchos, gaseosas, monitos en monociclo. Y tanto más. Todo y todos en generosas cantidades, dándole forma al domingo. Bajando de los colectivos, ocupando a reventar los estacionamientos, estorbándose en las veredas. Personas y más personas de un lado a otro. Y en ese aquí y allá ininterrumpido, esperaba por el de atrás, y el de atrás del de atrás, para encontrarme con el mismo desconocido, ese que nunca terminaba de pasar en todas direcciones.

Miré el reloj y eran y cinco. Estaba mínimamente retrasada, y no obstante, eso me desanimó. A lapsos me parecía no estar muy seguro de lo que habíamos hablado; que todo había sido tan irreal bajo el cromado de la luna. Que solo se trataba de una tonta aspiración lo de verla llegar madre a las puertas del Zoológico. Me prometí darme la vuelta por donde había venido cuando pasara de y cuarto. Por algo *aquella* noche al salir, mientras caminábamos las dársenas para matar el tiempo, me había guardado de todo comentario, confinándolo, guareciéndolo del escarnio, de la provocación, de la advertencia.

— ¿Y, che? ¿Qué tal estuvo? —me preguntó Federico.

Dije solamente “Bien”.

— ¿Bien nada más? Mmmmmm... Sonó dudoso. ¿No habrás descubierto que lo tuyo es otra cosa? —se burló, riéndose, Lombardo.

Disminuyendo la velocidad, un taxi se acercó cordoneando hasta detenerse a un lado del acceso principal, detrás de un carrito de maníes que simulaba ser una locomotora. Obstruido por la gente que circulaba en la vereda, me limité a esperar sin despejarme de mi sitio. Apenas si logré adivinarla, debajo de unos lentes aparatosos y oscuros, hostigada por el sol, pálida y apocada. De su mano venía Martín recreándose en esa atmósfera seguramente tan análoga a la de sus sueños, tirando de aquel brazo, de aquella posesión, para mostrar, pedir, compartir, desear. Lidia lo conminó a calmarse. Le acomodó dentro del pantaloncito la camisa a cuadros que le colgaba y lo instó a presentarse como un chico educado, poniéndole el saludo en la boca.

—Vamos, Martín. Decile hola —insistió ella.

—Hola —dijo Martín, obligado, torciendo el cuello para acompañar el paso de un globo, aspirando el aroma del azúcar tostada.

— ¿Qué hacés, che? ¿Cómo te va? —Traté de caerle en gracia.

—Bien —contestó más dispuesto—. ¿Dónde está la jirafa?

— ¿La jirafa? Ahora la vamos a ver...

—Se pasó toda la mañana preguntándome cosas —dijo Lidia—. ¿Cómo estás?

Se estiró para darme un beso en la mejilla.

—Se nos hizo un poco tarde. Estaba preocupada pensando en que te podías haber ido.

— ¿Irme? No. Ni siquiera me pasó por la cabeza —mentí.

Para salir del apuro me dirigí al chico diciéndole:

— ¿Qué hacemos, Martín? ¿Vamos a ver a los animalitos o no vamos a ver a los animalitos?

— ¿A la jirafa?

—También. Por lo que veo te gusta mucho la jirafa. Pero acá también tenés un montón de animalitos diferentes —Me acuclillé para estar a su altura—. Tenés leones, elefantes, cocodrilos, monos...

— ¿Hay monos?

—Un montón.

—No le des manija porque después no te lo vas a poder sacar de encima. No sabés lo que es —me advirtió ella.

Martín dejó de prestarme interés para centrarse sobre un molinito de viento.

— ¿Me compras uno de esos, mami? —le dijo señalándolo.

—Te lo compro. Pero no empecés a pedir de todo como hacés siempre.

Lidia se acercó hasta el puesto y le trajo el molino. El chico lo sostuvo con ambas manos y sopló con fuerza, haciéndolo girar.

—Está contento —resalté.

—Al menos con esto lo entretengo un rato. No hay forma de tenerlo quieto. Lo que pasa es que está encerrado entre cuatro paredes todo el día y cuando sale se destapa.

— ¿Vos cómo estás? —le pregunté.

—Cansada.

— ¿Podés ver algo con esos lentes?

—Tengo los ojos irritados.

Alzó los anteojos para dejármelos ver. El maquillaje que llevaba poco hacía para disimularle las ojeras acentuadas. Lo dejó caer tan rápidamente como pudo, cubriéndose de la brillantez del sol con un movimiento interpuesto de la mano. Agregó:

—Anoche terminé tardísimo.

Mirando a su hijo comentó:

—Mañana voy a ver si le compro algo de ropa. Tiene tan poca. Hasta ahora anduvo con lo poco que alcancé a llevarme.

Martín parecía absorber todo. Había dejado de darle vueltas al molino para restregarse en la pollera de su madre, reclamándole atención.

— ¿Qué pasa ahora? —le preguntó ella.

—Vaaamoss... —dijo fastidiado.

—Tiene razón. Vamos entrando —lo apoyé. El chico me tendió la mano del molino y me encontré formando inopinadamente un trío cálido y familiar. Entonces me sentí invadido por una estúpida oleada de rubor que oculté como pude, desprendiéndome para comprar las entradas.

Ni bien accedimos, una liebre patagónica, de esas tantas que andan sueltas por el predio, movilizó a Martín que terminó adelantándose bajo nuestra cautelosa mirada.

Ella aprovechó para confiarme:

—Casi no me dejan venir.

— ¿Por qué? —pregunté intrigado.

—Bueno, tan así no fue. Es que en mi trabajo no tratamos justamente con lo mejor y Alejandro me recomendó que tuviera cuidado. Que no sabía con quién me estaba metiendo, que no te conocía. Todas esas cosas que te recomiendan en estos casos.

—Hizo bien en preocuparse. Yo hubiera hecho lo mismo.

—Porque sos vos. Si esto se lo hubiese dicho a otro se hubiera molestado —dijo aferrándose del brazo.

Martín, que ya estaba de vuelta, nos separó preguntando por los monos. En el lago se intercalaba afable el colorido de los flamencos y los cisnes, de los patos y las garzas.

—Los monos están más adelante, creo —le dije yo.

Buscamos a los cocodrilos en su estanque, pero apenas podían verse, estando sumergidos.

—Vamos a ver a los osos, que están en aquellas jaulas —le sugerí.

— ¿Puedo ir, mami? —preguntó tomando distancia, sin esperar la respuesta, excitado.

— ¿Adónde vas? No te adelantes tanto —lo atemperó ella. El chico deceleró su impulso. Caminamos detrás.

—Es bastante obediente dentro de todo.

—Sí, de eso no me puedo quejar. Este año tenía que haber empezado el jardín.

—Ahí va a tener compañeritos de su edad. Socializar un poco le va a hacer bien. ¿No lo inscribiste?

—Todavía no —dijo.

Mi comentario la apesadumbró.

—Es que cuando salí de casa, en lo que menos pensé fue en la documentación. Me piden la partida de nacimiento.

— ¿Y por qué no vas a buscarla?

— ¿Estás loco? Me dijeron que mi marido andaba tras la pista del nene.

—Pero, desde que te fuiste, ¿no volviste para convenir nada con él?

— ¿Convenir qué cosa? ¿Voy a volver para que me pegue? Me animé a decirle:

—Es que no es tan fácil. Si hiciste abandono de hogar y te llevaste al chico sin su consentimiento, las cosas se te complican.

—A mí el chico no me lo va a sacar, eso sería una excusa para perjudicarme. Si por los otros dos que tiene de su otro matrimonio nunca se preocupó.

Afligida, añadió:

—Tengo tanto miedo de que me lo quite. No puedo dejar que me vea. Te das cuenta de lo que pasaría si me ubicara, si se enterara. Tendría hasta motivos para sacármelo.

Nos detuvimos para evitar la escucha de Martín, sin perderlo de vista.

—Pero él te golpeaba. ¿Vos nunca lo...? —Quise averiguar si lo había denunciado, pero no me animé, y terminé preguntándole—: ¿No lo comentaste con ningún allegado?

—Acá en Buenos Aires no tengo a nadie. Además, no son cosas para andar ventilando por ahí.

Me di cuenta que sentía vergüenza de la situación, y que yo representaba cierta válvula de escape a tanto sufrimiento reprimido. Se me ocurrió preguntarle:

— ¿Y no tenés a nadie que pueda mediar entre vos y él? ¿Algún amigo en común? ¿Alguien de su familia con quien te lleves bien? Porque no se trata tanto de ustedes como del chico. Tiene que empezar el jardín y necesitás la documentación.

Detenidos a una prudente distancia, podíamos ver a Martín contemplando la modorra de un oso por detrás de la barra de contención.

—No tengo a nadie. Y si lo tuviera no me serviría de nada. Vos no lo conocés. Con él no hay razón que valga.

—De todas maneras tenés que buscar una solución...

—Creo que puedo pedir un duplicado en el registro civil —dijo.

— ¿Y entonces? —pregunté un tanto sorprendido.

—Lo tengo que hacer —contestó algo fastidiada—. La verdad es que tengo miedo. Fue todo tan rápido y tan horrible que solo pensar en volver por allá me pone mal. Me puedo encontrar con alguien de paso y no quiero tener que andar soportando interrogatorios de nadie. —Reflexionó un instante—. Pero voy a tener que ir igual. Me cuesta un montón.

Traté de apoyarla diciéndole:

—Va a ser lo mejor. Aunque te mortifique.

Martín, atraído por el rugido de una de las fieras, recorrió la baranda de contención sin soltarla, hasta una de las jaulas lindantes. Eso motivó que Lidia se le acercara.

— ¡Vení, Martincito! ¡Quedate cerca de mamita!

— ¡Quiero ver!

— Para mirar no necesitas alejarte tanto de mí. Mirá y no vayas a pasar del otro lado.

Desde la jaula nos llegaba el effluvio acre del animal que recorría tras los barrotes el mismo hermético circuito. Me estremecí al pensar que podía ser el mismo que hacía tantos años ya, quince quizá, hubiera visto dar las mismas vueltas en la jaula.

— ¿Por qué da tantas vueltas, mami? —preguntó coincidentemente, Martín.

Sin vacilar, ella le dio una respuesta acorde a su inocencia:

— Porque tiene hambre.

Lo que se dice, una salida poco decorosa. Ella también giraba en su encierro. Quién más, quién menos, cada uno lo hacía en el suyo. Desde una pequeña radio portátil que alguien tenía entre los visitantes, escuché la melodía de *“Imagine”*, de John Lennon. *“You may say I’m a dreamer, but I’m not the only one”**. Me acordé de la cara de Eduardo dándome la noticia de su asesinato, tres años antes, entré incrédulo y desahuciado. Caminamos un poco más y miramos divertidos como Martincito se acercaba receloso a otros de los maras sueltos, y como los grandes roedores, reticentes a achicar diferencias, no hacían más que rehuir cada intento de abordaje.

— Dejalos, Martín —se reía Lidia.

Su hijo hacía caso omiso y continuaba llevando adelante la entorpecida tratativa. Nos sentamos en un banco a comer maníes. Los había comprando antes de entrar porque me había dado algo de hambre y tenía la bolsita de papel envuelta en el birrete junto a un chocolate. Le ofrecí algunos más a Lidia pero los rechazó. Lo mismo hice con el chocolate pero corrí la misma suerte.

* Podrás decir que soy un soñador, pero no soy el único.

Me dijo:

—No te enojés, pero si como chocolate me brotó toda y es bastante antiestético. Me salen granitos en la cola. Y necesito estar lo más presentable posible, viste. Además, Alejandro me dice: “Nada que engorde y así vas a ganar más.”

Inmediatamente cayó en la cuenta de la simplicidad con la que se había expresado. Volteó la cara a un costado.

Seguí descascarando maníes y la escuché decir:

—A veces me tomo esto con tanta naturalidad que me asusta.

Me llevé los maníes pelados a la boca.

—Laura dice que una vez que entras en esta, ya no salís más.

—¿Y esa Laura quién es?

—Una de las chicas que trabaja conmigo. Está en esto hace unos cinco años, según me contó. Dice que una vez que pasaste la barrera, todo te empieza a dar lo mismo.

—¿A vos te da lo mismo? —pregunté.

—A mí, no. Pero igual estoy metida hasta el cuello.

—Si vos te propones... —dije, pero me interrumpió malhumorada.

—No quiero volver a lo mismo, Ariel. ¿O vos te crees que me gusta tener que aguantar a ocho o nueve tipos arriba mío toda la noche?

No estaba preparado para tanto y quedamos inmersos en un silencio tenso. El alboroto que llegaba desde la jaula de los loros se tornó virulento. Me tomó del brazo y me miró pidiendo comprensión. Le dije:

—Yo sé que es difícil para vos, Brig... Perdón, quise decir...

—Llámame Lidia, por favor. El nene te puede escuchar —pidió, urgente.

—Si, no me di cuenta. Disculpame. Lo que quería decirte es que... para mí también es algo complicado. Me cuesta entender todo esto. No sé muy bien cómo encararlo. Así que me imagino lo que será para vos.

—Ni te imaginas.

—Bueno, no digo que lo sienta en carne propia, pero...

—No sabés ni por qué estás acá —me aseguré.

—No. No es así —quise animarla—. Yo estoy cómodo acá, con vos y el nene.

—¿Cómico? Me acabas de dar a entender que estás confundido —contestó descreída.

—¿Vos no lo estás? —contraataqué.

Ella lo repensó y entibiándose dijo:

—También. Es que soy un poco melodramática.

Pasaba de un estado de ánimo a otro sin escalas.

—De esta tarde no me voy a olvidar nunca —dijo. Verlo a mi hijo así... Estar con él... y con vos... Estoy feliz. —Me tomó de la mano—. Sos una buena persona. Una no está acostumbrada a encontrarse con gente así... que se preocupe por los demás... Pero eso a quién le importa, ¿no? Si los demás se joden, que se jodan, a otra cosa —Volvía a mostrarse irritable—. Así piensan todos. A mí me usan, me pagan, se van, y después me llaman puta.

Me soltó la mano y mirándome me dijo:

—Los hombres, en cambio, si se acuestan con muchas minas, a lo sumo, son mujeriegos, o en el peor de los casos, putañeros. Pero eso no tiene la misma... ¿connotación se dice? Bueno, no tiene la misma connotación que puta. Es más, la familia acostumbra a estar orgullosas de sus machitos... Pero claro, si vienen colgando con algo entre las piernas, no podía dejar de ser de otra manera. Eso sí, con las nenas de la casa que no se meta nadie porque esas cosas son sagradas —dijo sarcásticamente—. ¿Acaso únicamente los hombres tienen derecho a gozar? ¿Las mujeres no tienen piel acaso? ¿O vinimos al mundo solo a parir? ¡Qué hipócritas son!

Pelando los últimos maníes que me quedaban preferí llamarme a silencio. No podía ignorar que me incluía. Quizá ella aguardaba recibir en represalia una respuesta combativa. Me destinó una mirada penetrante, evaluadora, a la espera de mi reacción. Por mi parte, traté de mostrarme desafectado, reuniendo con la punta de los zapatos las cáscaras vacías caídas en el suelo para correrlas hacia el borde del césped. Entonces le di la cara, aguardando que dijera algo más. Sin embargo se limitó

a callar sin retomar el tema. Con los pocos maníes que quedaban hice un bollo y dije:

—Ya no quiero más.

Fue cuando Martín llegó a la carrera, la carita colorada y sudorosa, para terminar de paliar la situación.

—¿Viste, mami?

—¿Qué cosa, amor?

—Los bichos. Se asustaban.

—También... Los estabas molestando, hijo.

—Los quería tocar nada más.

Entonces le pregunté:

—Che, Martín, ¿vos no querías ver a las jirafas?

—¡Siiiiii! —gritó—. ¡Vamos, mami! ¡Dale!

Ella se levantó del banco contentándolo.

—Bueno, vamos a ver a esas dichosas jirafas, que por ellas me tuviste loca toda la mañana.

Era lo más sensato; el zoológico no estaba para parábolas ni Magdalenas. Las encontramos en el otro extremo del paseo. Tenían un espacio más amplio que otros animales y lo compartían con una mayoría de cabras y algunas cebras. Uno de los animales extendía el largo cuello por encima del vallado recibiendo comida. Sin que me vieran, levanté algunas galletitas del suelo y le propuse a Martín que se las diera. Le di una, lo alcé sobre los hombros y mezclándome entre la gente, vi como los belfos aterciopelados de la jirafa, el cuello manchado, arqueado sobre la alambrada, rozaba la mano insegura de Martín, que soltó la galletita dejándola caer. Enseguida volví a darle otra pero el chico se resistió a asirla por temor. Entonces lo bajé y deposité suavemente en el piso.

—¿Qué pasó? ¿Te dio miedo, mi amor? —le preguntó Lidia.

—Sí, tenía el cuello largooooo.

—Es grande, viste —le dije.

—Sí. Grande. ¿Me subís de nuevo?

—Nonononono. Ariel está cansado de tenerte sobre los hombros. ¿Qué te creés? ¿Qué no pesás nada?

—Otro cachito, dale.

—Te digo que no —le repitió.

A pesar de la negativa, volví a alzarlo. Ella me dejó hacer. Martín se aferró entrecruzándome las manos sobre la frente, apoyando el mentón sobre mi cabeza rapada.

— ¡Pincha tu cabeza! —se quejó.

—No sabés como quisiera volver a tener el pelo como lo tenía —dije sin pretender que me comprendiera. Le destrabé las manitos para que las cambiara de posición.

—Pasalas por el cuello y agarrate fuerte.

— ¿Y el coso, mami?

—Acá está —dijo ella tendiéndole el molinito, interpretando su código—. Si te pesa mucho, bajalo, lo llevamos caminando.

—Es una plumita —le aseguré tomándola de las manos. Entonces Martín se removió sobre mis hombros, pidiéndome que lo bajara.

— ¿Cómo? ¿No querías ir arriba? —le pregunté.

—No. Quiero ir con mi mamá —se retorció.

Lo volví a bajar. El chico nos dividió tomándonos la mano. Ambos advertimos su intención e intercambiamos unas sonrisas confidentes.

— ¿Tenés hambre, Martincito? —preguntó ella.

Él asintió moviendo la cabeza.

Le propuse:

— ¿Comemos unos panchos, Martín? A mí me gustan con mostaza. ¿A vos?

El chico continuó callado.

— ¿Qué te pasa? ¿Te comieron la lengua los ratones?

—A él le gustan sin nada, ¿no mi amor?

Esperé unos instantes su consentimiento. Finalmente accedió con un sí indefinido y caminamos hasta el puesto próximo por unas salchichas. Lidia le extendió el primer pancho y le indicó que se ubicara en un lugar más cómodo para comerlo, distanciando del movimiento del local. Tomó dos de los vasos con gaseosa y me dijo:

—Está celoso, ¿viste?

—Pobre, sin querer le vine a complicar la existencia —contesté.

Pagué, aseguré los dos panchos en una mano y el vaso restante en la otra.

—Se va a tener que hacer a la idea. Soy joven. Puedo rehacer mi vida —declaró. Y me besó. Sentí cómo cedían, húmedos y blandos, sus labios contra mi boca. Había tenido su cuerpo desnudo en un cuarto de marfil de luna y nada se había parecido a esa pira abrasadora que logró encender con tan poco y se fue extendiendo en llamaradas por todo el cuerpo. Eran otras manos esta vez, las mías, las que querían poseerla, otras que no se hubieran permitido tal olvido.

—La otra noche no me tocaste —susurró en mi oído.

Intenté explicarme pero me silenció.

—Shhh... Mejor no digas nada. No hace falta. Igual ya lo sabemos los dos, creo.

Recordé entonces los billetes arrugados que entregué a la encargada, que finalmente no compraron nada, que no pagaron nada; que no la condenaron como tantos otros, desprendidos para llamarla Lidia otra vez. Claro que, de qué podía servir cuando ella continuaba en venta.

Volví a preguntarme qué estaba haciendo ahí ese domingo. “No sabes ni por qué estás acá.”, me había dicho. Pero ahora que ese fuego me quemaba creí empezar a saberlo. Lidia se pegó a mí para volver a besarme.

Martín, sorprendiéndonos, se acercó para preguntarnos:

— ¿Qué están haciendo?

—Me dio un beso —confirmó ella con sencillez. Vení que te doy uno a vos —le dijo acercándolo y lo besó. —Ahora dale un besito a Ariel, dale.

Martín se abalanzó y me besó cariñosamente, a lo que correspondí diciéndole:

—Qué lindo beso.

—Ahora le doy el mío —dijo ella, y volvió a besarme en la boca.

—Ahí no —la reprendió Martín—. Acá —dijo señalándole la mejilla.

— ¿Por qué? La gente grande que se quiere se besa así.
—No, en la boca, no, eh.
—Pero ¿por qué no? —insistió ella.
—Porque nuuuu —contestó payaseando. Estaba turbado.
—Dejalo —le dije.
—No seas así, mi amor. Mamita te quiere más que a nadie
—Se agachó y le pidió—: A ver... Dame un besito bien bien grande.

Martín le dio un beso y se acurrucó contra ella.

—Está muy mimoso —señaló—. Bueno, está bien. Nos los damos solo en la mejilla. Mirá. Mirame un poquito. Dale.

Martín giró hacia mí forzadamente y me limité a besar a Lidia en la mejilla bajo su estricta supervisión.

— ¿Y ahora? ¿Está bien?

Él dio su visto bueno con un gesto pícaro.

—A mí me parece que vos sos un enano ventajero y te hacés el chiquitito para pasarla bien —le dije haciéndole cosquillas. Martín se contorsionó en brazos de su madre prestándose al juego, tratando de evitarlas. Terminó deslizándose hasta el suelo por las entrepiernas de Lidia y se puso fuera de mi alcance, festejando el amistoso intercambio de confianza. Fingí amenazarlo:

—Si te agarro, vas a ver.

— ¡Agarrame! —me desafió.

Me abalancé detrás de sus grititos de entusiasmo y lo corrí procurando mantenerme siempre burlado por su zigzaguo, hasta que, por un tropezón sin consecuencias, me vi obligado a prestarle ayuda.

— ¡Ay, Dios! ¡Mira cómo te pusiste! —se lamentó Lidia.

—Fue culpa mía —me responsabilicé—. Si no lo hubiera corrido no se hubiese caído ni ensuciado.

Martín colaboró sacudiéndose el polvo de los bracitos.

—Bueno. Listo. Ya está. Ahora caete de nuevo, sabés.

Lidia dio por terminada la limpieza. El chico se divertía, comprador.

—Dale. Hacete el bobo encima. Yo no me río.

—Hoy tiene todo permitido. Dejemos que se divierta. Además un porrazo se lo lleva cualquiera. ¿Querés que te alce de vuelta?

Como movido por un resorte trepó sobre mi espalda.

—Eso. Agárrate bien y a seguir se ha dicho.

—Me parece que ustedes dos se están abusando mucho — dijo Lidia.

—Un día es un día —contesté.

Anduvimos un poco más y cuando el chico se cansó dimos por finalizada la visita al zoológico.

La tarde comenzaba a retirarse y con ella, Martín flaqueaba entre el sueño y el Rosedal, el cuerpo acurrucado en el regazo de su madre, sentada junto a mí en un banco del paseo; las piernas cansadas, el principio de nostalgia de lo que va perdiéndose y no tendrá regreso, el pedaleo mecanizado de los últimos botes palmoteando la superficie del lago.

— ¿Tenés sueño? —le preguntó Lidia.

Martín ocultó la cara de la luz buscando otra postura.

— ¿Y qué quieres? Con lo que potréo hoy... El día se prestó. Si mañana no me tuviera que presentar, hubiera sido el día perfecto.

—Mañana será otro día. El domingo termina a las doce de la noche. Aunque por única vez podríamos robarle algunas horas a la madrugada y hacerlo durar un poco más —dijo alusiva.

—No sería mala idea —contesté complacido.

— ¿Ahora salís todos los días?

—Ojalá. Los fines de semana, como este, o alguna que otra tarde para ir a casa y volver a diana.

—Qué pena. Si los días siempre fueran así, ¿no? Hoy estuvo hermoso. Hacía un montón que el sol no me daba tan de lleno. Inclusive ya no me molesta tanto a la vista como esta mañana. Se ve que me acostumbré otra vez. Es tan agradable.

—Tuvimos suerte.

—La verdad que sí. Mira, Martincito se está durmiendo.

— ¿Querés que lo llevemos?

—Martín... —Lo meció con cuidado—. ¿Ya te cansaste?
—Martín no contestó.

—Tiene sueño, pobrecito. Mi amor, no te duermas. ¿Ya no quieres jugar más? —El chico se incorporo adormilado—. Dale, mamita. No te duermas que todavía tenemos que viajar. ¿Querés ir a la casa de Gaby, ya? —Martín movió la cabeza, negándose—. No te duermas, entonces.

—Si querés lo llevamos —volví a insistir.

Pero Martín se puso de pie y tomó distancia silenciosamente. Me di cuenta que, no sin cierto esfuerzo de voluntad, buscaba desplegar una actividad que pospusiera el regreso, que aplazara el momento de despedirse de su madre. Recogió una ramita del suelo y la despojó de sus hojas. Luego la quebró en partes pequeñas y las amontonó en el césped para continuar así buscando ramas y palitos en los alrededores y seguir encimándolos.

— ¿Lo dejamos que juegue un poco más?

—Por lo que veo no tiene muchas ganas de volver.

—No te quepa duda. Una vez que sale...

Ella se quedó ensimismada, contemplando la búsqueda de Martín. Me valí de aquella pausa para retomar la conversación en aquel punto crítico en dónde la habíamos dejado.

—Estaba pensando... No quisiera que te molestaras de vuelta. Es con respecto a lo que habíamos hablado. Vos me habías comentado que hiciste todo lo posible por conseguir un trabajo que...

Lidia me salió al cruce.

—Sí, y lo imposible también —dijo poniéndose a la defensiva—. Hice todo lo que estuvo a mi alcance.

No me dejé acobardar y continué.

—Bueno... ¿realmente esto te reditúa mucho más que cualquier otro trabajo... que otra profesión ... digamos... más...

— ¿Más qué? ¿Más digna? ¿Ocuparme de mi hijo no te parece digno? —reaccionó anticipándose.

—Si, por supuesto —argumenté—. Pero tenés que reconocer que no es una respuesta definitiva al problema.

Para distender su repentino malestar, saliéndome un poco del libreto pregunte:

—Entonces... ¿ganas bien?

—Lo suficiente como para arreglarme. ¿Por qué me preguntas eso?

Para salir del paso se me ocurrió decir:

— ¿Nunca pensaste en guardar algo de dinero? Abrirte una caja de ahorro, por ejemplo.

Sin tiempo para pensar, intuí que estaba desandando la coherencia.

—Ah, sí —dijo más calma—. En más de una oportunidad. Lo que pasa es que todavía tengo que devolver una plata que me prestó Alejandro.

—Bueno, después que la devuelvas puedes comenzar a guardar algo.

—Este mes que viene voy a empezar a prepararme para cuando Martín empiece el jardín. Voy a necesitar comprarle unas cuantas cosas.

— ¿No te animas a empezar a ahorrar algo para alquilarte un departamentito unos meses, aunque sea de un ambiente? Mientras tanto te podés buscar otro laburo.

Ella, irónicamente, solo me contestó:

—Qué fácil resulta todo para vos.

Desde su perspectiva, debía verme ridículo. Sus ojos parecían delatar al más embaucado de los ingenuos, dando soluciones de mercado a la problemática interior. Podía haberle dicho: “Aumentando la afluencia de público consumidor (que era lo mismo que hablarle de apilar más tipos sobre su cuerpo) vería fuertemente incrementada su utilidad mensual.” Incluso hasta podía hacerle algunas sugerencias prácticas: invertir en artículos de lencería y cosmética, lograr mayor familiaridad en el trato íntimo, reforzar la cualidad actoral, predisponerse a una abierta actitud de confesor, etc. Me pareció prudente no avanzar. El mundo infame no se privaba de hacerme sentir un pelotudo sin experiencia.

Después de eso, no quedó mucho que decir ni hacer, a no ser acompañarla a llevar a Martín. La casa tenía las luces apa-

gadas y desde adentro nadie contestó. Ella me explicó que, según lo que le había manifestado el matrimonio, siempre que no los encontrara, en caso que salieran, no dejarían de estar de vuelta entre las ocho y las nueve de la noche. Esperamos un rato frente al domicilio y después caminamos hasta la esquina para comprar un paquete de galletitas en un kiosko. Desde ahí, en la penumbra de la calle, Lidia vio estacionarse a un auto que le pareció familiar y dedujo que se trataban de las personas que aguardaba. Los reconoció al bajar del mismo. Cuando Martín advirtió que se avecinaba lo inevitable, preguntó con aflicción:

— ¿Te quedás, mami?

—Hoy no puedo, Martincito —le dijo ella.

—Daale, maamiii... Que...daatee —lloriqueó entrecortado.

—Te digo que no puedo, mi amor.

— ¡No quiero que vayas a trabajar! ¡Quiero que te quedes conmigo!

—Por favor, Martín —me dijo—: ¿No te molesta si me esperás un momento acá?

—Para nada. Andá tranquila —le aseguré.

—Bueno. A ver... Saludalo a Ariel, vamos.

— ¡Nooo! ¡Quiero quedarme! —dijo resistiéndose.

—Saludalo. No seas malo.

No esperé su iniciativa y me acerqué para besarlo:

—No llores. Otro día volvemos a ir.

— ¡Nooo!

— ¿No querés?

—Síiii.

— ¿Y entonces?

—Quiero... que... mi mamá... se quede...

—De verdad que hoy no puedo, mi amor —repitió ella.

Me sentí apenado, y culpable.

—Si querés quedarte un rato con él, yo te espero —le expresé.

—No. No te voy a dejar acá afuera plantado.

—Andá un ratito. Haceme caso. Yo voy a dar una vuelta por ahí —insistí.

Eso terminó persuadiéndola.

— ¿De verdad no te incomoda?

— Quedate tranquila.

— ¿No te vas a ir, no? —preguntó con cierto temor.

— ¿Cómo se te ocurre?

La besé en la frente y en la nariz. Me sentí amparándola, suministrándole una débil protección, pero protección al fin. Eso nos proveyó cierto grado de seguridad. Era un estado grato. No me esforcé por llevar a la superficie interrogante alguno que pudiera contribuir a desalojarlo. Martincito estaba demasiado ocupado en su futuro inmediato como para censurar aquel beso. Continuaba mostrando su disgusto con saltitos nerviosos.

— ¡Basta! —lo retó ella—. Mamá no se va a ir. Se va a quedar con vos.

Aunque poco convencido, el chico dejó de oponer la decidida resistencia que ofreció desde un principio.

— Sé buenito. ¿Qué te cuesta? Dale un besito a Ariel.

Esta vez no se rehusó y se acercó para besarme.

— Chau, enano. Portate bien. ¿Estás seguro que no querés las galletitas?

El chico estiró la mano y tomó el paquete.

— Ya me parecía raro. Pensé que estabas enfermito —dije.

— Se hace la víctima cuando le conviene —comentó ella.

— ¿Cuánto calculas que vas a tardar? pregunté.

— ¿A las diez está bien? —dijo cohibida, temiendo excederse.

— Sí. A las diez ando por acá. Dale. Nos vemos.

Me dio toda la sensación de que quiso decirme algo más, pero solo tomó a su hijo de la mano y caminó con prisa hacia la casa iluminada.

Deambulamos por Florida tomados de la mano. Ella curioseó un vestido negro en la vidriera de una tienda y me dio a entender que la prenda era de su agrado. A esa altura de la noche, ya de madrugada, hacía varias horas que los comercios estaban cerrados a excepción de los puestos de diarios y revistas. La peatonal era prácticamente nuestra, y podíamos desplazarnos con total libertad, con risas, ondulaciones y zigzagueos, sin roces ni maniobras de esquivar. Nuestros pasos y voces parecían abarcarla en toda su dimensión, ahuecada por la ausencia de la corriente humana que a diario la recorría y que ahora mostraba con mayor desparpajo su encubierto cauce de senda de hormigas.

—Esperame que voy a hacer una llamada —me dijo ella. Buscó una ficha telefónica en el bolso y la introdujo en un teléfono público. Como quien no quiere la cosa, me alejé respetuosamente unos metros para otorgarle algo de privacidad. La llamada fue breve y cuando estuvo otra vez ante mí, me abrazó proponiéndome:

—Alejandro no está. ¿No te gustaría venir conmigo? No hay nadie. Las chicas están durmiendo.

La idea me pareció un tanto disparatada y me negué.

— ¿Te parece? No es por nada, pero no creo que sea conveniente.

—Te lo decía por no pagar un hotel. Es una manera de empezar a ahorrar. Después de todo, el de la idea fuiste vos.

Estrechándola le contesté:

—Pero esta es una ocasión especial y el dinero sale de mi bolsillo.

—Estás poco ahorrativo —disparó a manera de pulseada en donde yo llevaba las de perder.

La dejé pasar y le señalé:

—Conozco un hotel alojamiento que queda cerca de Congreso.

—No, mejor no. Estoy cansada, y para irnos hasta allá nos vamos a tener que tomar un taxi. A unas cuadras de acá, sobre la 9 de Julio, hay un hotel familiar barato. Una vez estuve con Martín. De paso nos podemos quedar más de dos horas.

—Acordate que tengo que estar a las seis en el Regimiento.

—Cuando te tengas que ir, te vas. No hay problema. Después me vuelvo caminando sola. No va a ser la primera vez.

Caminamos abrazados por Lavalle en dirección a la 9 de Julio.

—Decime una cosa —dijo—. ¿Me vas a decir la verdad?

— ¿Por qué me decís eso?

—Vos decime si me vas a decir la verdad.

—Está bien. Dale. Decime.

—Me lo prometés.

—Te lo juro.

— ¿Tenés novia?

—No.

—Sos un mentiroso —dijo desconfiada.

—Te juro que no.

— ¿De verdad? A ver, mirame a los ojos.

Se detuvo a escudriñármelos en plan de broma. Le sonreí.

— ¿Por qué te habría de mentir? No, no tengo.

—No, por nada. Quería saber... Simple curiosidad.

Entonces le pregunté:

— ¿Y si la tuviera?

Ella pareció meditar un instante y contestó:

—No sé... Sería distinto... Creo. O puede que no. De todas maneras pregunté por pura curiosidad.

En definitiva, la distancia hasta el hotel terminó siendo unas diez cuadras en sentido a Constitución. Nos dolían las piernas. Habíamos estado caminando buena parte del día. Subimos unos pocos escalones hasta llegar a un pequeño descanso. Allí, una puerta de vidrios repartidos en media hoja nos detuvo. El cortinado interno impedía obtener un panorama nítido de la recepción. De modo que, pegando la nariz a los cristales y haciendo campana con las manos, me vi exigido a realizar un reconocimiento más amplio. Alcancé a ver al conserje detrás del mostrador, hojeando lo que probablemente sería una revista, y eso me decidió a golpear.

—Buenas noches. Pasen, por favor —nos invitó a pasar un hombre de edad, de aspecto humilde y barba de dos días—. A esta hora siempre mantenemos la puerta cerrada por seguridad —se excusó. Pasó detrás del mostrador, volvió a colocarse los anteojos (colgaban de su cuello sujetos a un cordón) y abrió un libro grueso de tapas roídas para asentar los datos.

—Ustedes dirán —dijo.

—Quisiéramos registrarnos pero solo por esta noche. ¿Tendría alguna habitación disponible? —pregunté mientras observaba la apariencia de abandono del lugar, no tanto por el polvo sino por la antigüedad de la edificación.

—A ver, a ver... Déjenme mirar —Recorrió el tablero de dónde pendían unas pocas llaves—. Sí —dijo descolgando una de ellas—. Planta alta. Primer piso. Habitación númeroooo...

—Cuatro —le apunté.

—Efectivamente —dijo forzando la vista para corroborarlo—. Suerte la suya que todavía goza de buen ojo, joven. Cuando uno llega a viejo ya ni los lentes alcanzan.

—Ya me llegará a mí también.

—Lamentablemente tengo que decirle que sí. Cuando tenía sus años podía enhebrar una aguja con los ojos cerrados. Hoy apenas si alcanzo a leer lo que escribo... Ah, me olvidaba. La habitación es con baño privado.

—Justamente eso le iba a preguntar. Me lo sacó de la boca. Bueno, ¿nos quedamos? —le pregunté a Lidia.

Ella asintió.

—Muy bien. Permítanme los documentos, por favor. ¿Vienen viajando? —preguntó con tono extraño.

Lidia se me adelantó para decirle:

—Sí. Venimos de... Cañuelas. Mañana tenemos que hacer unos trámites a primera hora de la mañana.

La miré desconcertado. En aquel momento, creí entender que con la artimaña quiso dejar sobreentendido que no buscábamos convertir aquel hotel familiar en un albergue transitorio, por lo cual podíamos llegar a encontrarnos con alguna contrariedad o impedimento. Cosas de la edad.

—Ah, sí, sí —afirmó el viejo con una sonrisa de poco crédito, mirándola, quizá reconociéndola, tomando los documentos y procediendo a registrar nuestros datos.

—A ver... Lidia... número de documento... —Dio vuelta dos hojas—. Muy bien. Sírvase.

Volvió a la lapicera que tenía atada al mostrador.

—A ver el joven... Usted me da su cédula. Ariel Ospall, número... —Continuó escribiendo calladamente—. Muy bien. Todo en orden. Pueden ir pasando y poniéndose cómodos en la habitación.

Nos devolvió la documentación y nos hizo entrega de la llave.

—Como se van temprano, lo mejor sería que me cancelaran por adelantado.

—Sí, cómo no, se lo pago ahora —dije.

—Así que vienen de Cañuelas... ¿Eso queda al norte, verdad?

—Sí —contesté con pretendida seguridad, sin darle importancia

—Deben estar cansados, seguramente.

—Bastante —dijo ella, dejando traslucir cierta impaciencia.

—No los entretengo más, entonces —aseguró amablemente, sin perder la sonrisa—. Pasen cuando gusten y que tengan buenas noches.

Y a modo de consejo expresó:

—Y aprovechen ahora que la vida es corta. Que nadie la tiene comprada —aseguró.

Esperé a que dijera algo más pero volvió a tomar su revista.

—Vayan, vayan. No me hagan caso. Les estoy haciendo perder tiempo. Son cosas de viejo.

Subíamos por la escalera cuando lo escuchamos decir:

—Cañuelas queda al sur.

Apenas dejamos escapar unas risas contenidas y, sin siquiera prender la luz de la habitación, con la urgencia del caso, resolvimos al fin lo pendiente.

Como si elaboráramos una síntesis carnal, hicimos lo que pudimos. Realmente estábamos agotados. Terminamos rápido, nos bañamos juntos y volvimos a la cama. Tuve intenciones de retomar el placer pero ella no me dejó, disculpándose. Se notaba tan cansada que, al poco rato, terminó durmiéndose.

Podía sentirla, cálida y desnuda, a mi lado, bajo la sábana. Trataba de explicarme de que se trataba aquella enmarañada disposición que experimentaba, tan parecida al amor, preguntándome si quizá lo sería, si no se trataría del despuntar de un inicio que apenas si se hacía notorio. Pero cómo podía saberlo. Era un estado tan confuso que hasta podía involucrar las variables más inesperadas: la luz de la calle que filtraba la celosía acentuando una atmósfera proclive, o el jabón perfumado resbalando por mi cuerpo todo espuma, con los mismos brazos quietos de dejarme enjabonar, de cuando con el mar comparábamos la bañera. Incluso el continuo goteo de la ducha que por fortuna no me dejó pegar los ojos después de haberme bañado ni me construyó a despejarme de su lado, de su suave compañía, lo que en otra ocasión me hubiera llevado a apretar con fuerza y una puteada la maldita llave. De lo contrario, ¿cómo explicarme un sí tan desprendido, un sí tan fácil? Casi podía decir que sí, que sí, que sí tantas veces como mares a cuentagotas. Podría haberlos sostenido por los tiempos de los tiempos si no hubiera sido por todos esos hombres, por todas esas bocas. Si hubiera podido llamarla de una forma, solo de una, y decirle Lidia o vida o amor, sin que sonara a engaño.

Sin un hijo de segunda mano que me recordara el fondo de la noche en que empezó a gestarse. Si hubiera podido estar con ella sin imaginar todo ese cúmulo de zapatos bajo la cama, y subido y bajado de su cuerpo con la certeza de haber abierto un camino intacto, dejando la primer huella en su luna. Pero eran tantos los porqués de ese concilio de fantasmas. Los que seguían allí, en el cuarto, por más que empujara y empujara buscando un nuevo principio, tratando inútilmente de espar-tarlos caricia tras caricia, penetrando esa tibia humedad en su entrega. Esforzándome en el intento de llevar la mente lejos de esas miradas, del mortecino deslizarse de los cinturones por las presillas, de las hebillas sonando interminablemente; de los billetes agitados al aire, quitándome los besos, el abrazo en donde se perdía su cintura.

Me dejé ir de espaldas y me llevé las manos al abdomen, y al sentir que la soltaba, se volvió hacia mí, semidormida, alcanzando a adivinar los ojos tristes que la oscuridad no le dejaba ver.

— ¿Qué pasa? —preguntó cómo quien no quiere la cosa, sin intenciones de quebrar mi hermetismo y encontrarse frente a frente con sus sospechas.

Acarició mi costado sin esperar respuesta y me apoyó la cabeza sobre el pecho. Aunque también, de alguna manera, aún cuando no lo pensara, supuse que hubiera querido descifrar aquel bombeo que golpeaba en su oído y borrar en él todo el pasado. Volver a elevar otra vez su castillo, esta vez sin naipes, y dejar aquella cama sin mí, levantándose, para atravesar tanteando los conocidos marcos de las que fueron sus puertas, los respaldos de las sillas, tratando de no llevarse nada por delante, hasta encontrar la llave de luz que no estaba ya a su alcance, y que nunca hubiera querido dejar de encontrar, para el ritual del desayuno con aquel hombre para toda la vida. Pero eso fue que sucedió y todavía podría asegurarlo. Tal vez con los años, por momentos tenga dudas, hasta que finalmente diera lo mismo que haya o no haya sucedido. Pensaba que ella pensaría, que aliviador sería que el dolor le diera un descanso cuando la llamaba Lidia. Porque ese chico, yo, era como un lugar apar-

tado y clandestino en donde refugiarse, cómo el que soñaría, allí donde nadie diera con su paradero, en donde nadie tendría noción de su anterior existencia, hasta que la vieran llegar tan muchachita, con un hijo a cuestas, de infortunado amorío o de marido difunto, vaya a saber lo que piensa la gente o lo que inventa, que nunca nadie está a salvo de que le sobre historia, de que lo entierren en mierda sin saberlo mientras viva.

Y porque la desgracia propia se manifiesta mucho más infausta que la ajena, si ella hubiera dicho que estaba tan sola, no sería solo un decir. Aunque uno sepa que siempre hay alguien que está en peores circunstancias y que ese es un hecho que otorga algo de consuelo. Eso pensaba que pensaría, reteniéndola piel a piel e ignorando la desventura de quién procuraba amarla. Y ese que lo intentaba o lo desconocía hasta que el sol traidor le arrebatara lo que quizá no era más que el cuerpo de esa noche, o que solo lo quería creer, en aquel momento, se irguió con la ayuda de los brazos, y tras permanecer inmóvil un instante, ese que fui, esos otros, pasé por encima de su precariedad extendida diciéndole:

—Voy al baño.

Ella seguramente escuchó mis pies descalzos, dando uno, dos, tres, seis pasos fríos, el cerrarse de la puerta, y al tiempo el depósito del inodoro correr hasta vaciarse, y a la puerta abrirse y cerrarse nuevamente, siempre en la misma semioscuridad. Encogió las piernas para hacerme lugar. Me aferré a sus tobillos como punto de referencia, tumbándome otra vez, sin decir nada. Éramos tantos junto a nuestros temores. Las confirmaciones muy dentro de nuestras reservas, rehusándose a dar respuestas. Y la necesidad de echarnos sal en las heridas. Quizá ella se contuviera para no evidenciar querer abrirme el pecho y así encontrar mis verdaderos propósitos, los que ni yo mismo conocía, para arrancar de mi vanidad masculina la posibilidad del relato soez de la conquista, la actitud de suficiencia que emplearía antes mis amistades y sus aprobaciones lascivas. Claro que poco podría decirse de eso, siendo mucho más trágico lo de haberla ilusionado de esa forma, plantándola otra vez, espantada frente a las oportunidades perdidas. Lo único que era

cierto era el engaño. La carne que nos separaba era un bloque inexpugnable. Aún tocándonos, siempre nos separaba un abismo. Cerré los ojos y allí dentro, donde la noche de la carne latente se repetía, no supe si era yo. Comprendí que ambos éramos víctimas y verdugos innecesarios, armas de doble filo. El inoportuno amor o el próximo desengaño. Y ella se veía tan inofensiva, tan desvalida. Quizá creyó que pensaría en el temor al contagio de alguna enfermedad venérea y le hubiera gustado haberme ofrecido cierta seguridad diciéndome: “Hago mis controles médicos mensualmente.” Y seguramente, de haber sido así, le hubiera contestado en forma de interrogante: “¿Por qué me decís esas cosas?”. Pero ni ella me ofreció explicaciones de ningún tipo, ni por mi parte di contestación alguna a esa malsana fantasía. Solo dije:

—Deben ser como las tres y media.

Lidia me dio la espalda con un movimiento próximo a lo brusco, muy femenino.

— ¿Pasa algo? —pregunté alzándome un poco para intentar decodificar algún signo a través de su silueta.

—Nada. ¿Ya tenés que irte?

—Todavía no —volví a tenderme—. Creo que me puedo quedar hasta las cuatro y media... como mucho.

— ¿Qué dejaste dicho en tu casa? ¿Qué salías con tus amigos? —me reprochó.

Me encontré sobrecogido, porque eso era lo que justamente había hecho. Pude haberlo negado pero en cambio terminé ofreciéndole una pobre disculpa.

—Sí... la verdad, es lo que dije... En realidad pude haber dicho que salía con una amiga. Una boludez, pero me dio pudor. En ningún momento quise desmerecerme.

—Ya lo sé. Qué otra cosa ibas a decir, que salías con una puta —asestó con acritud.

Recibí el impacto de lleno y permanecí aturdido unos segundos largos. Me repuse diciéndole:

—Supongamos que hubiera dicho eso. ¿Qué hubiera ganado? ¿No te hubieses ofendido igual o peor? Además, hubiera preocupado a... No tiene caso. ¿Qué pretendías?

—Nada

— ¿Nada? —repetí ofuscado.

Tomé conciencia de ello y procuré moderarme. Con más calma, continué diciendo:

—Vos sos la que te perseguís sin tregua, Lidia. Si no te sacas esto de encima te vas a seguir cagando la vida. A mí me gustaría ayudarte pero...

—Eso ya me lo dijiste.

—Te lo vuelvo a decir entonces. Es una decisión que tiene que nacer de vos, porque aún cuando todo el mundo se preocupara...

—Ya estás delirando.

—La decisión es tuya, te guste o no. En la medida que puedas asumirlo vas a tener mayores posibilidades de cambiar.

—Para vos todo es tan fácil —me interrumpió acalorada, levantado la voz, desafiante—. Tenés familia, tendrás amigos seguramente, gente a la que podés pedirle ayuda. Yo no tengo a nadie. A nadie —recalcó—. Entendelo. No tengo ni siquiera un lugar en donde caerme muerta. Y vos me venís con toda esa palabrería que suena bien pero que no me sirve para nada, porque la vida no es un libro de cuentos o una telenovela. Ojalá lo fuera. Qué más quisiera.

Volvió a la carga diciendo:

—Te daba mucha vergüenza tener que decir en tu casa que salías conmigo, ¿no? Pero tener que *pagarme* no te importó mucho, porque la otra noche fuiste a pasar un rato. Y ahora me salís con que llevas una Biblia bajo el brazo. Seguramente, no habría mujeres como yo si no hubiera tipos como vos, ¿no lo pensaste? —Se burló—. Claro, te crees mucho mejor. ¿Sabes por qué? Porque no estás de este lado de la cama, porque si lo estuvieras no verías justamente el lado amable de las cosas. Entenderías lo que significa para mí tener que defenderme como pueda. Te replantearías... tu discurso.

Entendí lo que era inmovilidad y mutismo más allá de las palabras. De alguna manera, su tosquedad llevaba mucho de razón. Entendí que los deseos más nobles se opacaban en nuestras bocas. Repentinamente, me encontré abatido, desbordado,

como si todo aquello hubiera alcanzada en mí algo no tan vital, que a fin de cuentas, a la larga, lograría su objetivo: la combatida resignación.

Rompí con el mutismo y la inmovilidad para aclararle:

—Te habrás dado cuenta que no soy perfecto ni pretendo serlo... pero es lo que me sale de adentro. Y yo... bueno, hago lo que puedo. Además, sé que no tengo ninguna autoridad moral para andar diciéndote estas cosas, pero soy sincero y me gustaría poder ayudarte de alguna manera... Aunque sea con un empujoncito. Y eso, supongo, debería tener algún valor.

—Lo tiene —me aseguró ella conmovida, no por mis palabras sino más que nada por su propia disposición emocional—. Eso alienta, sabés. Pero no alcanza —Se volvió hacia mí—. En este mundo no alcanza —dijo ensayando una sonrisa vicciada de desencanto, aproximándose hasta apoyar su cabeza en mi hombro.

—No sabes cuánto quisiera... Pero qué va...

—A ver, contame qué es eso que tanto quisieras.

—Que todo fuera... diferente... ¿Vos crees que algún día pueda tener una oportunidad?

— ¿Por qué no?

—No sé. ¿Quién me puede querer? Decí la verdad, ¿vos podrías? Si yo te dijera o le contara a alguien la vida de mierda que llevo, y le jurara que por él me convertiría en otra persona, ¿te parece que podría quererme?

El interrogante quedó latente y continuó asegurando:

—No. No me podría querer nunca. Para eso lo tendría que engañar. Estaría obligada a ocultarle parte de mi pasado y no podría ser feliz... Para eso tendría que nacer de nuevo.

Llevó una caricia hasta mi rostro.

—Como mucho podría aspirar a recibir una limosna de alguien.

Con el índice seguía las líneas de mis cejas, peinándolas. Anticipándose a una posible respuesta, me tapó la boca con un beso.

Quedamos en volvernos a llamar. En el curso de la semana tuve un sueño extraño, elaborado, en el que cohabitaban su-

rrealismo y coherencia: un hilo conductor imposible atravesando una colección de situaciones tan inconcebibles como admisibles. El incontrolado fluir del alma abandonada, hecha de imágenes y palabras. Estábamos con Eduardo, sentados en la cocina, y en ella había una ventana desde la cual se veía el cementerio desde arriba. Nos encontrábamos en casa y lo vivía de manera natural. Era mi hogar. Eduardo tomaba mate frente a mí, emocionado mientras escuchaba un disco de Pichuco. Por esa razón no podía oír ni ver a su espalda, ni a Lidia ni a sus compañeras conversando con Alejandro en la delgadez de la figura de Horacio. Cuando advertí la situación, me sentí sumamente incómodo y rogué que Eduardo no se volviera para percibir lo que estaba ocurriendo a tan solo tres metros de nosotros. Lidia tenía las piernas plegadas bajo las sábanas, los brazos sujetándolas a la altura de las rodillas, las almohadas a manera de respaldo. Alejandro, Horacio, la interrogaba sin ninguna huella de discreción, como si quisiera que yo lo escuchara.

—Contame de nuevo eso del ahorro.

—Ya te lo dije. Solo me aconsejó que empezara a guardar algo. Igual primero te voy a pagar lo que te debo.

—No te lo estoy preguntando precisamente por eso, sonsita. ¿Te ofreció manejarte la plata?

—No digas disparates.

—Uh, cómo te pones. No te estoy diciendo nada malo. Solamente te estoy preguntando si...

—No. Tampoco lo hubiera aceptado —contestó con contundencia.

—Bueno, no te sulfures, bebé. Viste cómo son los tipos. Si te pueden coger y encima sacar partido —dijo caminando hacia el balcón. Corrió un poco el cortinado y el sol del mediodía le quitó al cuarto esa ambientación nocturna que le daba la luz eléctrica.

Ella dijo:

—Te juro que te escucho y no puedo creer lo que me estás diciendo. ¿No ves que es un chico? Está haciendo la conscripción —Con uno de los brazos le señaló la guardia de granade-

ros en el despacho presidencial, para apuntalar con la experiencia lo que estaba diciendo.

Alejandro miró para confirmarlo:

—Igual no es garantía de nada. Todos los vividores empiezan de alguna manera, alguna vez.

—Si lo conocieras un poco no dirías semejante gansada. Y haceme el favor, volvé a correr la cortina.

—¿Qué pása? ¿Tenés miedo de pulverizarte como los vampiros? —bromeó cerrándola.

—¿Cómo estás, eh! —dijo molesta, subiendo el tono—. ¿Hoy te levantaste con el pie izquierdo?

Temí que Eduardo terminara percatándose de todo aquello y arriesgué un confidencial gesto de moderación que Lidia no pareció atender. De hecho era como si yo no estuviera. Ella se tendió en la cama arrastrando la sábana hasta cubrirse por completo. Alejandro volvió a acercarse, acomodándose amistosamente junto al bulto blanco.

—¿Te molestaste? Era un chiste.

—No. No me molestó.

—¿Para qué te tapas entonces?

Él le retiró la sábana de la cara y ella volvió a cubrírsele.

—Por la luz. Tengo sueño, che.

—La cortina ya la volví a cerrar. ¿O no me viste? Mejor no te duermas. Mirá que dentro de un rato empiezan a caer los puntos.

Eso me preocupó. Empecé a ponerme nervioso. Miré por la ventana, y al pie de una gran pirámide Maya que se erguía entre altas ceibas y sepulturas locales, parados en las escalinatas, mi madre y mi padre, al verme mirar en su dirección, intentaron un saludo desde lejos. No estaba para saludos metido en semejante aprieto. Alejandro continuaba diciendo:

—Estás enojada, ¿no? Qué querés que te diga... A mí me conocés. Decime una cosa. No es por nada, no... pero... ¿Alguna vez dejé de ayudarte?... Eh, che —la zarandéo.

Ella retiró la sábana despacio hasta la altura de la cintura. Él insistió:

—Dale. Contestame.

—No... —reconoció con desgano.

—Bueno, menos mal. Un punto a favor. Era hora. Sabes que pasa, Bri, que cuando más desprevenida vayas por la vida, ¡zácate! —Golpeó las palmas acompañándose—, con más facilidad te van a caer encima.

Sacó de su atado un cigarrillo y lo encendió.

—No hace falta que me digas nada. Eso ya lo vivo en carne propia.

—Por esa misma razón —Retiró el cigarrillo de la boca con un ademán coincidente—. Con lo que pasaste lo tendrías que tener aprendido. Ya lo dice el refrán: “El que con chicos se acuesta, amanece mojado”. Vos misma lo dijiste, es un chico, y los chicos no saben lo que quieren. Hoy dicen una cosa, mañana dicen otra.

—Yo tampoco soy ninguna vieja, Alejandro. Tengo veintitrés años.

—Pero una chica de tu edad tiene la cabeza más asentada. Bueno, una chica de tu edad, porque lo que es la tuya, parecería que tenés dieciséis recién cumplidos.

—Seguila, sabés.

—Qué poco sentido del humor tenés. ¿No don? —dijo dirigiéndose a Eduardo. Eduardo asintió sin voltearse—. Te lo tenés que tomar con soda, boluda, sino te terminás cagando la vida.

Una de las prostitutas compañeras de Lidia entró a la cocina semidesnuda y sin más se dirigió a mi tío para devolverle nuestro libro de lugares del mundo. Reconociéndola, él se lo agradeció llamándola Mariela. Me sentí pasmado y le pregunté:

—¿Caminas, Mariela?

—Sí, viste —me contestó, y se retiró cuando escuchó desde el fondo el llamado de doña Marta. Horacio le dio una pitada al cigarrillo y continuó diciéndole a Lidia:

—Volviendo a lo otro... Digas lo que digas, no hay caso. A ver, ponete una mano en el corazón. Mientras estés trabajando acá no le podés brindar ningún respaldo emocional, ¿o sí? Aparte, aunque sea un pendejo y todo lo bueno que vos quieras, ¿a quién le gusta que su mina se ande revolcando con todo

el mundo? Te darás cuenta que cualquier cosa que te diga o te prometa, sabiendo que él no puede descartar esto, es la prueba de que lo único que busca es pasar el rato. Incluso ahorrarse unos pesitos, porque una novia siempre termina saliendo mucho más cara que una putita. Y encima con las putitas tenés variedad.

—No sé por qué tenés que decir esas cosas. Sos un ordinario. Es solamente un amigo.

— ¿Pero vos te crees que yo nací ayer? Si se te ve en la carita que te causó una impresión bárbara. Hablas de él con entusiasmo. Ma' qué amigo. Vos no querés un amigo.

— ¿Tampoco puedo tener amigos ahora?

Otra de las chicas buscaba algo en los cajones de la cocina. Eduardo parecía estar al tanto y seguía escuchando tangos, mate en mano, sin intervenir. Era evidente que también la conocía de algún lado, y en esa confianza, la dejaba hacer. Por mi parte había logrado algo de tranquilidad y no hacía más que continuar asistiendo pasivamente a aquel espectáculo disparatado.

Escuché a Alejandro decir:

—Acá no estás para soñar, Bri. Para qué vamos a engañarnos. Un amigo no se hace en un día. Sabes de qué me acordé, de cuando mi tío le metió vidrios rotos a la medianera del fondo de casa. Daba a un terreno baldío. Por ese entonces era bastante chico. Me acuerdo que le pregunté: “¿Para qué pones eso, tío? Si los gatos van a pasar igual”. Él me sonrió, se agachó, me dio un abrazo y un beso, y me dijo: “Ojalá no crezcas nunca, pichón”... Me quedó, sabés. Después crecí y bueno, acá estoy. Ahora ya sé porqué rompió tantas botellas aquel día. Mejor no haberlo sabido. La desilusión es fea. Pero te enseña. Hay cosas que no tienen arreglo. Te lo cuento porque no me gustaría verte sufrir otra vez. Me acuerdo de la carucha que traías el día que viniste a caer acá —Amagó a llevarse el cigarrillo a la boca—. ¿Te acordás cómo comió Martín aquel día?” — Ella sonrió—. Traía hambre atrasada.

Dio una pitada profunda.

—Te quiero decir algo más. Puede ser que ahora me entiendas mejor. Al chico no le puedes estar mostrando la cara de todos los tipos que van a pasar por tu vida. Acá va a ser así. Vos sos nuevita. Esas son cosas que quedan. Como lo de los vidrios. Y después, inevitablemente, vienen las preguntas y...

Sonó el timbre. Quise levantarme a atender pero no tuve reacción. Alejandro dijo:

—Debe ser alguna de las chicas o algún cliente. Le voy a abrir. Escuchame, no te compliques la existencia. Haceme caso

—La tocó afectuosamente—. No te digo que no tengas oportunidades de empezar de nuevo, pero mientras estés acá... Vos me entendés. Prometeme que lo vas a pensar. Prometémelo.

—Está bien. Te prometo que lo voy a pensar.

—Vas a hacer bien, Bri.

—Probablemente sea como vos decís —admitió acongojada—. Pero él a mí me llama Lidia.

Vi como los ojos se le llenaban de lágrimas y nada pude hacer más que continuar pasando desapercibido, aprovechando que no tenía registro de mi presencia. Me sentí responsable de su dolor. Otras chicas se le acercaron para consolarla. Ella, de alguna manera, sacó fuerzas y se mostró repuesta. Preguntó:

— ¿Y si vuelve qué le digo?

—Inventás cualquier excusa, tonta —le aconsejó una—. Y la verdad no sé para qué te preocupas tanto. Ese no viene más.

Otra de sus compañeras que se consagraba meticulosamente al cuidado de sus uñas opinó:

— ¿Hace cuánto que no aparece? ¿Cuatro, cinco días? Decile chau, boba. ¿No te das cuenta que salió a comprar cigarrillos?

—Por ahí no pudo venir porque está de servicio.

— ¡¿Qué?! ¿Y no tuvo tiempo para llamarte? No me vas a decir que crees que se acordó de vos. Ay, che —buscó ascenso en las demás—, ¿Puede ser tan boluda esta mina?

— ¿Sabés qué es lo que tenés que hacer vos, Bri? Si te lo encontras de vuelta le decís que tenés pensado arreglarte con tu marido y chau.

—Estás loca, si esas son las ideas que tenés para darle, mejor no la ayudes más. Para eso que le diga que está confundida.

—O que se consiguió otro candidato con plata —se rió otra.

—No creo sea la mejor manera —estimó la de las cutículas—. Vos, Laura, tenés un concepto demasiado pesimista de la vida.

Brigitte asistía a la polémica procurando sacar algo en limpio.

—Mirá, querida. La vida es una cosa y otra cosa es la gente. Y la gente es muy hija de puta —renegó Laura con hosquedad—. Y vos cuidate, sonsa —le recomendó a Lidia—. Siempre es más fácil engañarse y decir que la vida nos endurece, o que la vida es una caída, que admitir que es la puta gente la que la vuelve así.

La diana junto al áspero vozarrón del cabo primero me arrancaron del sueño. Pasé del desvarío onírico a la delirante realidad en un súbito y sobresaltado abrir de ojos. Habían transcurrido un par de semanas y nuevamente el escuadrón estuvo a cargo de la guardia en Casa de Gobierno. Sabía desde la noche que tenía que apostarme en el primer turno junto a Lombardo, así que nos quedamos a medio vestir con el traje de gala, hasta el aviso del arranque de la guardia de ceremonial. Desayunamos con el infaltable pan con mate cocido y se nos asignó el puesto de La Catedral.

Al principio, una vez apostados, las botas del cabo de cuarto tuvieron para nuestros oídos cierta mendaz resonancia en la retirada, fruto de la ininterrumpida sospecha de ser encontrados en falta. De manera tal que conservamos momentáneamente la rigurosa inmovilidad que exigía el protocolo, hasta que ya más confiados, el silencio del mausoleo como termómetro, comenzamos por mover las manos enguantadas y el sable en descanso, los talones, los hombros, el cuello, la lengua.

—Tuvimos suerte. Nos tocó la mejor hora —dijo Lombardo, moviendo los pies dentro de la botas, mirándolas. El morrión le daba un efecto de mayor alzada, el porte espigado, el prototipo cordillerano de los admirados escolares.

—Veamos... —dijo en voz baja. Se ladeó aguzando los sentidos, tratando de verificar nuestras solas presencias.

Dio un paso, luego otro, giró la cabeza a izquierda y derecha del corredor lateral, volvió a inspeccionar el frente, y envañando el sable con gran tranquilidad se ubicó en una de las bancas de la nave.

Podía verlo sonreír desprejuiciadamente, las piernas cruzadas, sentado muy campante a mitad de una de las arcadas que daba lugar, según se entraba, a la galería de la derecha.

—Vení, Ospall. Vení que no hay moros en la costa. Dale, no seas cagón. Sentate ahora que todavía no hay nadie.

—Vos estás chiflado —me negué, risueño—. Mira si llega a entrar alguien. Vas a ir a parar al calabozo.

—No pasa nada. ¿Quién va a venir? Es muy temprano. Además, a San Martín no creo que le importe —Soltó una risotada que colmó La Catedral sombría.

Lo apunté con el sable:

—Te van a encanar.

—Si el padre de la patria está en desacuerdo, avísame —volvió a reírse.

—Si se llega a levantar va a ser para darte una patada en el culo.

—Si todavía no se la dio a todos los que en este país le siguieron, entonces yo me salvo seguro.

Hubo un sonido metálico, como de algo que caído al piso, rodara por él; llegó del lado de una de las salas internas. Lombardeó recibió aquella alarma con sobresalto, ganando nuevamente su puesto con cómica cautela. Los dos volvimos a concentrarnos en nuestra guardia de honor el tiempo suficiente para confirmar que aquello no había pasado de ser un susto, así que no tardamos en retomar el diálogo.

—Qué cagaso me pegué, hermano —dijo despidiendo el aliento contenido.

—Te lo avisé. Mejor quedate acá.

—Es que no puedo quedarme quieto y callado sin que me trabaje el balero. ¿A vos no te pasa? Entro a pensar y pensar...

—Cerrar los ojos e imagínate que estás en una isla, apoyado en una palmera, el sol y los cocos arriba, las mujeres...

—Las minitas... —soñó Lombardo, siguiendo mi recomendación.

Me quedé mirándolo. Casi podía visualizar en su mente como enfilaba hacia el mar levantado arena en la carrera.

—Pronto va a empezar a entrar gente a la misa.

—Shhh —me acalló—. Que me desconcentrés.

Lo dejé hacer. También podía haberme evadido, tratando de llegar a aquellas costas, nadando con brazadas cadenciosas. Pero no lo hice, permitiendo que la isla se eclipsara detrás de la línea de cielo y mar que se hundía sin remedio en la luz mortecina de La Catedral, desapareciendo entre las bancas, los confesionarios, las ornamentaciones, los madrugadores feligreses.

Dentro de mausoleo, San Martín dormía su sueño eterno, ignorando que formaba parte del aparato simbólico, elevado a la estatura de prócer. Me pregunté cuántos hombres, enemigos, habrían muerto por su mano; cuántos habrían sido conducidos a la muerte a través de sus órdenes, y si habrían llegado a dar por sentado que es lo que elegían cuando elegían. Me pregunté si, alguna vez, nos habíamos puesto a pensar en profundidad acerca de lo que entendíamos por prócer, o si en realidad era una construcción ideal forzada, configurada también en base a omisiones y ocultamientos. Y con cuánto sadomasoquismo encubierto y solapado se mataba o se moría por la patria. Pero parece ser que toda guerra conlleva una fe que nunca se acaba. A lo sumo se toma un descanso. En el camino de imponer ideas se sueña con la libertad, pero para quienes están abajo solo se trata del paso de un sistema de dominación a otro. Quizá solo los muertos lograban ser libres y los vivos solo esclavos de las ideas. ¿Qué era lo que nos convertía en respetables, en ser dignos de la más alta distinción social? El sable ensangrentado de los héroes patrios jamás despertó mi simpatía, ni encontré en esos actos fundamento alguno para ello. Tal vez era tiempo de empezar a darnos mejores ficciones; otros referentes, otros panteones. Si es que el no haberle quitado la vida a alguien ni evaluar hacerlo, otorgaba un mínimo de autoridad.

En definitiva, no tenía muy en claro qué estaba haciendo ahí, ni que era el honor así entendido. Sin menoscabar los sueños de libertad, los mitos de fundación no estaban exentos de simulacros y adulteraciones que intervenían como sólidos componentes a partir de los cuales establecer *lo legítimo*. Pero no era más que un punto de vista entre otros tantos. Otro juego de palabras sobre el que hacer pie. Al menos podía defenderme esgrimiendo: jamás maté a otro hombre.

A última hora de la tarde, a los que quedamos fuera de los turnos de guardia e imaginaria se nos permitió salir. Había terminado de afeitarme la incipiente barba que tenía, mientras Simoncelli se repasaba una y otra vez sin sentido el pelo engominado, impecable.

—Che, ¿y en qué quedaron desde la otra vez?

En un primer momento no entendí a qué se refería. Después caí. Días atrás le había contado lo de mi salida el domingo.

—En que nos íbamos a volver a ver.

— ¿Cuándo?

—Qué sé yo. Si acá nunca se sabe cuando salís.

—Pero más o menos habrás combinado algo. Dale, che, desembuchá —dijo sacudiéndome con entusiasmo.

Federico me interpelaba tratando de entrar en detalles, no sin cierta ansia.

—Sos más chismoso que una vieja de barrio. Ni que fuera tu hermana que querés saber tanto.

A modo de queja, golpeando la pileta con el peine me soltó:

—Eh, loco, ¿qué clase de amigo sos? Si a esta altura no me tenés confianza.

—Cuando pueda nos vemos —le confesé.

Me contestó:

— ¿No te estarás equivocando?... Esas son cosas de una vez... Y ponele, de alguna que otra más...

—No es mala piba —dije.

—Pará, pará un cachito. No te estarás embalando, ¿no? Un consejito, dejalo todo así. No la conociste en ningún picnic.

—Eso ya lo sé.

— ¿Y entonces? Si tiene un pibe seguro que está buscando un gil que los mantenga.

—No seas malpensado.

— ¿Y qué querés que se me ocurra? Es una prosti, viejo. Vos sos un pibe sano, de familia. Hacé de cuenta que llegás a tu casa con una atorranta que te encontraste por ahí, y encima con un crío.

— ¿De qué hablas? Yo no me comprometí con nadie.

—No me refiero a eso. Únicamente un pelotudo lo podría haber hecho. Mi intención es alertarte. A ver si todavía terminas metiéndote en un lío. Me imagino en algo así y a mi vieja le da un síncope. ¿Me vas entendiendo? Qué tengas un asunto, vaya y pase. Pero más de ahí no. No se te habrá ocurrido darle el teléfono.

—No, no se lo di —mentí.

—Menos mal. Si no la hubieras embarrado. Por ahí después te sale con cualquier cosa, capaz te dice qué quedó embarazada y te vuelve loco persiguiéndote.

—Ya te estás yendo para el lado de los tomates.

No había nadie más que nosotros en el baño, esa era la razón por la cual nos dispusimos a hablar con tanta soltura.

—Recién la conoces. Que te hayas encamado con ella no quiere decir nada. Y la primera vez te cobró. No te olvides. Ahora, si lo que buscas es repetir lo bien que la pasaste, eso ya es otra cosa. Vos hacé la tuya. Yo, como amigo, te aconsejaría que dejes todo como está. También tenés que pensar en las consecuencias que te puede traer una calentura. Y una calentura te la sacas con otra mina que esté más buena y sin complicaciones. Para qué vas a estar buscándote quilombos gratarola.

—No creo que necesariamente tenga que ser así. La chica es una persona como cualquiera.

—Vamos, che. Mi vieja nunca salió a hacer la calle.

—Tuvo problemas serios. Hay gente que puede sobrellevarlos y otros directamente no saben cómo resolverlos y terminan doblegándose a las circunstancias. Unos se tiran debajo de un tren, otros le hacen frente como sea, a algunos les importa un carajo. No podés esperar de todos lo mismo.

— ¿Y con eso qué? Acá de lo que se trata es que los dramas de ella no te alcancen a vos, boludo.

—A mí me pareció que podía darle una mano.

Puse el jabón, la brocha y la afeitadora descartable sobre la toalla y la anudé a modo de atado.

—Yo sé lo que vos querés darle. No te engañes más.

—Me dio pena.

—Qué te va a dar pena, hijo de puta. Te la querés seguir fufando gratis.

Se me echó encima simulando una llave de lucha y me presté al juego sin mucho entusiasmo.

—Salí, forro. Dejate de joder.

Federico me soltó.

—No te tendría que haber contado nada —le reproché medio en broma.

Otros compañeros de franco empezaron a caer al baño y nos vimos obligados a acallar la confidencia. Uno de ellos nos notificó:

—Pónganse contentos que acaba de venir Arala.

Era una manera de predecir sin margen de error que antes de retirarnos íbamos a tener uno de sus ineludibles entremeses. No era nada fuera de lo previsto. Lo aceptamos sin inmutarnos, con la misma disciplina que podían asumir los integrantes de un ballet clásico. Casi con alegría, tratándose de la antesala al permiso de ponerle distancia a tanto incalificable absurdo.

—Me voy a guardar las cosas —dije.

Más tarde me encontré esperando a Federico sentado en un banco de Plaza de Mayo. Lo había demorado un botón a punto de desprenderse. Sin otra cosa que hacer, paseé mi abandono por los parroquianos de los otros bancos, por las flores de los canteros. Me dejé ir en la caravana de negras hormigas que escapaban, al menos por esta vez, al deletéreo gobierno del jardinero, cuando en algún lugar de la ciudad, alguien debió tener

que ver con aquellas luces que encendieron los focos de la plaza, sin salir más allá de sus límites de vidrio, recludas por la tarde obstinada en continuar allí.

La mujer de la pirámide me desraizó de mi desinterés. Por un instante, la imaginé sin el frigio, con anteojos de sol, queriendo adivinar con precisión lo evasivo de sus facciones. Pero toda tentativa fue estéril. Apenas si podía acceder a un mísero boceto. ¿Cómo era realmente su rostro, el rostro de Lidia? Me di cuenta que si lo supe alguna vez, ahora empezaba a ser algo nebuloso, algo vago. Que en alguna otra oportunidad ya no podría recordarla.

Había sembrado una nueva vacante ocupada por una ausencia desconocida, de mirada sin explorar, de cabellos de color futuro. Aspiré la exudación del césped en un suspiro y, sin sentirme mucho mejor, me reconocí con menos endeudamiento. Podría caminar libremente de ahí en más, con excepción de algunas calles, de algún zoológico.

—Acá estoy —dijo Federico algo agitado.

Había cruzado Balcarce y parte de la plaza al trote, dejando en el Destacamento de Casa de Gobierno sobrada demostración de su estado atlético.

— ¿Tardé mucho?

—No. ¿Al final qué paso?

—Lo de siempre. Estuve lustrando el piso a los cuerpo a tierra un tiempo extra —contestó mirándose la chaqueta y los pantalones de salida—. ¿Y ahora qué hacemos?

— ¿A vos se te ocurrió algo en particular?

—No.

Dejé el banco y caminé con él, acompañando su andar despreocupado.

—Mirá, para irme a casa un rato y tener que volver a las apuradas... ¿Vamos al cine?

—Y después a comer a un tenedor libre.

—Hecho.

—Ahora... ¿Qué película vamos a ver?

—Vemos.

Anduvimos mirando las carteleras por Corrientes y Lavalle sin terminar de ponernos de acuerdo. Al final entramos a un bar a tomarnos un café para hacer tiempo. Acomodados en una mesa junto a unos de los cristales de la vidriera, sentí que alguien golpeaba el vidrio a mi altura, llamándome la atención. Tardé unos segundos en identificarla, era una de las compañeras de Lidia que me había reconocido al pasar. Me disculpé con Simoncelli y salí a la vereda un momento. Palpé la mutua intención de querer saludarnos con un beso pero algo nos frenó. Solo nos saludamos cordialmente, sin entrar en contacto físico.

—Cómo te desapareciste —me dijo.

—No es eso, es que no me resulta tan fácil salir como quisiera.

Ella se rió de mi justificación.

—Sí, ya veo. Pero no te sientas mal. No te culpo, sabés. Además, hacés bien, te salvaste de esa loquita.

No me cayó nada bien que se refriera en aquellos términos a su compañera y se lo hice notar.

—Que feo que digas eso de alguien que comparte su vida con vos a diario

—Por eso mismo te lo digo —contestó—. Porque la conozco lo suficiente. Entiendo que te pongas así. Igual no me preocupa mucho lo que pienses. Y me alegro por vos. No sabes de la que te salvás.

Su seguridad manifiesta y su forma directa de expresarse, motivó mi curiosidad.

— ¿Hay algo que no sé y me tengo que enterar? ¿Qué pasó? ¿Se arregló con el marido?

Ella me miró con sorpresa y preguntó:

— ¿Qué marido?

—Cómo qué marido... El marido.

Nos corrimos contra la pared para no estorbar el paso de los transeúntes.

—Mirá, yo la conozco hace unos cinco años y jamás me dijo que estuvo casada.

Esa declaración me dejó notoriamente alelado, porque continuó diciéndome:

—Veo que empezás a caer. Hay algo que Bri sabe hacer mejor que ser puta: fabular.

—Al menos decime que se llama Lidia —le dije sin salir de mi aturdimiento.

Volvió a reírse.

—Me caes simpático. Pero sí, se llama Lidia. Al menos veo que en eso no te mintió. Bri, Lidia, como quieras llamarla, no es de las personas que uno pueda estar recomendándole a chicos como vos.

—Me cuesta creerte.

—Creé lo que quieras. A mí me da igual.

—¿Y Martín, el nene? ¿Qué es? ¿Un extra?

—No, es el hijo. Pero bien lo podría ser. No tiene manera el pobrecito de elegir otra madre.

—Suená muy cruel.

—Decirle a alguien lo que no quisiera escuchar siempre suena algo cruel. No es mi propósito serlo, aunque por lo que veo no tengo alternativa. Espero que entiendas que mi intención es otra. No te cuento más. Además, no vale la pena. Me tengo que ir —dijo. Agregó—: Buscate una novia como la gente, lindo. Vos te mereces algo mucho mejor.

Se perdió entre los viandantes cuando cortó el semáforo. Había quedado enteramente turbado. Suspendido en el límite entre una revelación y una broma de mal gusto. Traté de sacar algunas conclusiones rápidas. Primero pensé en que quizá era solo malicia de su compañera. Aunque, ¿por qué me habría de engañar, pudiendo yo tratar de desmentirlo recurriendo a la palabra de la mismísima Lidia? También tuve en cuenta que ninguno de los dos nos habíamos llamado por teléfono últimamente, lo que delataba cierta pérdida de interés. Y pensé en que podía ser un armado consensuado por ella para desahuciarme sin tener que enfrentarme cara a cara, o simplemente en una mentira en donde aceptaba sacrificar su imagen para ponerme a seguro de las infaustas consecuencias que podía ocasionarme. También pensé, ¿quién sería entonces el padre de su hijo? Pensé en un cliente de paso. En la negligencia de un descuido. Pensé en cuánto desamparo, insatisfacción y dolor era

menester para fabricarse una fantasía en la que metamorfosearse, adentrándose en un personaje que la salvara aunque fuera por una tarde, por una noche, por unas horas, de encontrarse siendo sí misma. Y pensé en ya no pensar. Para huir, claro. Otro recurso más que la misma Lidia hubiera validado.

Cuando volví a la mesa del bar, entendiendo que Federico no guardaba recuerdo de ella, eludí su curiosidad diciéndole lo primero que me vino en mente, que se trataba de una compañera de trabajo de mi tío. Estuvimos en el lugar un rato más y después volvimos a recorrer las carteleras. La compañía de Federico ayudó a que aquel repentino y perturbador acontecimiento no ganara lugar en mi estado de ánimo. De todos modos, no tenía certeza alguna acerca de aquella maraña de datos en tela de juicio. No podía sino especular. Pero lo más impensado fue que a medida que transcurrió la noche, el posible apego que podía generarme el obtener una referencia cierta, una verdad que resolviera el entresijo, se fue disolviendo en la más relajada abulia.

Después de ver dos películas en un cine de Lavalle, terminamos comiendo pizza frente al Obelisco. Durante un breve momento, volví a recordar a Lidia, y traté de calcular el número de hombres con los que se habría acostado desde que no nos veíamos, la cantidad de penes que habrían pasado por su boca, por su vagina. La posibilidad de su goce secreto, la cantidad de semen que habría hecho eyacular en el curso de aquellos días, de toda su carrera de prostituta, y eso me asqueó.

Por lo visto existían múltiples maneras de representar la vida. Múltiples maneras de salir sin ser visto por la puerta de atrás.

Federico me preguntó:

— ¿De qué te sonreís?

—De nada. De algo que me acordé.

Presupuse que me iba a seguir indagando, como de costumbre, pero me insinuó:

—Che, ¿y si vamos a ponerla al bulín aquel otra vez?

Ni siquiera me tomé el trabajo de mirarlo. Me dediqué a beber el resto de Coca-Cola que me quedaba en el vaso, me

limpié con una servilleta de papel, bostecé dando muestras de cansancio y le contesté:

—Olvidate. Ni loco.

Podría considerarse impropio de las circunstancias, una des-
acertada predisposición de mi parte, una manera de desaprove-
char la posibilidad de festejar en su justa medida el alegrón
que venía siendo ambicionado desde aquel momento en que
había pisado por primera vez el Regimiento, pero la mañana
que tuve nuevamente en mi poder el documento, esa dicha
que, de alguna forma tampoco dejó de ser tal, aunque si men-
guada, se vio empañada, entremezclada con algo de lo que
quizá debía ser solo la emotiva experiencia de estar por fin
afuera, por la plena conciencia de no tener un objetivo mínimo
dentro de la recobrada autonomía, un vislumbre de destino,
un rol que desempeñar, una profesión, o sencillamente la po-
sibilidad de un empleo ni que fuera presumiblemente acordado
de palabra, nada que estuviese definitivamente resuelto.

Había visto llegar la democracia desde arriba de un caballo
al borde de encabritarse ante tanta multitud, en el desfile de la
escolta presidencial que condujo en la ceremonia de asunción
al Dr. Raúl Ricardo Alfonsín a tomar posesión de su mandato.
El aire estaba renovado, cargado de esperanzados augurios, de
señales auspiciosas, de un camino despejado para el hacer de
la voluntad general. Olvidado de la milicia, lo que pintaba tan
prometedor bajo la lluvia de papelitos y vivas exultantes, pasó

a convertirse en una tarea de difícil realización, tomándome un tiempo largo de indecisión personal. Tenía la vida por delante y no sentía ningún apremio, me encontraba medianamente cómodo, aunque resistía a los embates de una auténtica y reservada vergüenza frente al sacrificado esfuerzo de Eduardo. Su consejo era que estudiara una carrera universitaria. Estaba dispuesto a costearla incondicionalmente, al menos los primeros años. Creía que lo conveniente era que enfocara en ella todo mi potencial y luego, una vez baqueteado en el ejercicio de cultivarme, ya con una buena adaptación, podría empezar a ganarme algo de dinero propio. Inicialmente decliné o pensé declinar su ofrecimiento. Pero eso fue solo durante un corto lapso. Finalmente, no tuvo que insistir mucho más para dejarme llevar por su favorable propuesta. A partir del acuerdo me incentivó para que tratara de encontrar alguna vocación escondida, una carrera que me permitiera realizarme según mis deseos, aunque no sin ciertas restricciones. Por ejemplo, en lo posible me sugería descartar las carreras de abogacía, contador público y economista porque al parecer iba en contra de sus valoraciones éticas. Obviamente, jamás iba a poner impedimento alguno frente a cualquiera de mis decisiones, pero sus opiniones formaban parte de su ocurrente estilo radical de blanco o negro.

Para él, un *leguleyo* tenía holgadas probabilidades de convertirse en un delincuente con licencia para delinquir, hasta llegar al grado *súmmum*: político de carrera; ambos desprestigiados con fundamento frente a la opinión pública en general. Un contador público podía desarrollarse en su campo laboral si y solo si estaba dispuesto a falsear las declaraciones juradas de sus clientes contribuyentes, retocando cuentas y ayudándolos a eludir al fisco de manera desapercibida. Y en cuanto a los economistas, las vidas de los hombres quedaban aplastadas bajos sus métodos, índices estadísticos, variables, al arbitrio de sus necesarias aplicaciones de cirugía mayor.

En estos casos, en una primera instancia, poner a todos en la misma bolsa era muy de su idiosincrasia, impulsivo opinólogo de corte popular, como si no bastara solo con ser hombre

para corromperse. No obstante, la gente común puede, como cualquiera, equivocarse, pero no suele ser estúpida, aunque a veces se la trate como tal. Siente y sufre en los precisos lugares de carne y hueso en donde hay que sentir y sufrir, alejados de las insensibles y tajantes tomas de decisiones de las firmas rápidas y los números obligados, de las verdades de teorías y escriptorios sin sangre, dueños de sus legítimas razones, afianzados en sus saberes y experiencias de sujetos históricos.

Lo mío, en verdad, no venía por el mero costado remuneratorio, aunque nunca estaba de más. No pensaba tanto en el provecho material que pudiese reportarme, y mucho menos en una clásica actividad en donde pudiera coquetear con la falta de escrúpulos, valiéndome de cualquier medio para alcanzar mis propósitos. En ese sentido, Eduardo podía estar tranquilo. Conmigo había hecho bien su trabajo.

Me aboqué entonces a tratar, al menos, de orientarme mínimamente, siguiendo mi olfato, un perro de presa tratando de buscar una dirección en fuga, olisqueando aspiraciones mohosas y satisfacciones usadas. Me detuve en algo muy cercano a lo que, de alguna manera, ayudaba a cimentar un tanto mi perfil, la apreciada contigüidad inmediata que experimentaba ante los demás seres vivos. No humanos, valga la aclaración. Y no se trataba de lo que podía entenderse como menosprecio por la especie, porque en ese caso yo mismo era el arquetipo más a la mano, cómplice de la causa y la medida de mi propia óptica. Pero tampoco era cuestión de andar descartando irreversibles decepciones ni manifestaciones inconscientes. Para dejar menos turbio lo insondable, esa clara desventaja animal de no poder expresar sus dolencias a través de las palabras, me conmovía profundamente. Y quizá ese fue el móvil primordial por el que la carrera de veterinaria apareció en el confín brumoso que atisbaba desde mi improvisado mangrullo. Aunque solo duró lo que se tarda en caminar hasta un espejismo. No tardé en imaginar el resto de mi vida acorralado por las permanentes convocatorias del dolor y percibí, no sin asumir un poco de cobardía, que no era algo que podría afrontar a diario con su apéndice de corolarios lastimosos. Ni que decir si se tra-

tara de seres humanos. Que me perdonara la Medicina, pero descubrí que no había nacido para eso. Me pregunté si Dios habría experimentado alguna dolencia alguna vez. Intenté hacer empatía con un ente comestible e imaginándome en su piel me dije: “¿Qué Dios cruel me entregaría como bocado a sus elegidos?” Éramos los animales creadores de los significados, nuestra salvación y nuestra condena; habría que ver cuál terminaba imponiéndose. Tal vez solo podíamos persistir engañándonos, contrariamente a los demás seres vivos. ¿Acaso nadie vio a un bebé dejar un vientre, rompiendo en llanto ensangrentado, sufriendo, retorciéndose en muecas de incomodidad, salpicando indicios, arrancado de la placidez de su casi indistinto no ser, rodeado del mundo de las felices e indiferentes ficciones de los que desean se convierta en un nuevo nosotros, otro próselito de relatos seccionados y pareceres suprimidos, sin alcanzar a ver ese aspecto que tienen delante de sus ojos? Quizá su contento bien se justifique sosteniendo: ¿Qué hacer sino continuar la resistencia? ¿Nos asistiría tanto el beneficio de la duda como el de la ceguera? Parecía ser que la sociedad requería menos de sabios perdedores que de optimistas poco versados. Y tal vez era lo justo y necesario para la continuidad.

Reflexionando entonces acerca de qué podía ajustarse a algo que lograra llegar a semejarse a una vocación, encontré que el filosofar era una actividad en la que me encontraba a gusto y la que ejercitaba con natural asiduidad, recorriendo en ocasiones trochas algo desandadas, retirado de lugares comunes, en algunos casos contraindicados, más que nada por ser sórdidamente escandalosos, antirreglamentarios y abolidos, al borde del despeñadero de lo indefendible.

Cuando estuve casi totalmente convencido de que se trataba de la opción con la cual me sentía mejor representado, me fue imprescindible repensarlo antes de comunicárselo a Eduardo. Es que, bastaba mencionárselo a alguien, amistades incluidas, para siempre preludear más o menos el mismo cuestionamiento: “¿Y con eso a dónde pensás llegar? ¿Tiene alguna salida laboral?”

Indiscutiblemente, desde lo que había sido la antigua Grecia hasta la actualidad vigente, los modos de interpretar la realidad se habían modificado rotundamente. Eran interrogantes acordes a la mirada de un mundo material y consumista, literalmente transformado en mercancía. Y francamente, sin escaparle a los hechos, tampoco yo guardaba ningún deseo de convertirme en un encargo permanente para mi tío. No obstante, como quién no quiere la cosa, deslicé ante él una notoria simpatía por la carrera de Filosofía con el objeto de tantear el tipo de acogida que tendría. Me escuchó y comentó que resultaba interesante, confesando que de las tantas frustraciones que podía tener a sus años, la posibilidad de haber cursado una carrera como esa debía ser tenida como una de las tantas cuentas que dejaría pendientes.

Al otro día sin más, apareció con dos libros concernientes a la materia: “*Lecciones preliminares de filosofía*”, de Manuel García Morente, y el de Adolfo Carpio, “*Principios de Filosofía*”. Los recibí con gran entusiasmo. Y aún hoy, cuando toco sus lomos decolorados en los anaqueles de mi biblioteca, puedo reencontrarme con aquella no tan lejana sensación en mi memoria emotiva.

Los acabé con devoradora curiosidad. Me entregaron nuevas dimensiones que se abrían página a página, atravesando filósofo a filósofo capas de realidades desconocidas que, asombrosamente, habían jugado hasta allí a mantenerse imperceptibles delante de mis narices. Advertí que el pensamiento llevaba a nuevos mundos, el cual se me ofrecía como una placentera empresa mental acorde a mi condición de bolsillos vacíos.

Poco a poco la idea fue germinando hasta tomar una consistencia firme, no inequívoca aunque sí atrayente. Cuando lo comenté con Mariela le dio mucho gusto, lo recibió con suma satisfacción. Le pareció una decisión espléndida que no hacía más que hablar de mi persona. No vaciló en decirme: “Te va como anillo al dedo.” Internamente, no me encontraba tan seguro como ella sí, en cambio, parecía estarlo. Pero tratándose de su opinión, la mirada que me ofrecía de mí mismo no era algo que pudiera subestimar tan gratuitamente. De hecho me

fortaleció. Después de todo, qué era la vida sino una permanente aventura. Un hacer *como si* el fin no estuviera siempre por delante, a cada pequeño paso nuestro. Algo que aprendimos a disimular con tozudez invariable.

A los pocos meses me encontré aprestándome con entusiasmo para intentar el ingreso a la Universidad, pero súbitamente la salud de Eduardo nos jugó una mala pasada, y digo *nos* porque en el fondo mis proyectos no podían estar nunca desligados de los suyos y viceversa. De pronto lo encontré diferente. Como si los años le hubieran caído encima de una semana a la otra. Obviamente eso no fue así, el tiempo había ido haciendo su trabajo minucioso y casi imperceptible. Solo que la enfermedad potenció el contraste que había estado omitiendo a fuerza de afecto y rutina, cuando dejó caer la venda de mis ojos. Empezaba a envejecer. Y advertirlo me compadeció tristemente. Pensé en la mejor vida que hubiera podido vivir sin mí, en cómo se hubiesen incrementados sus posibilidades de disfrute conociéndolo como lo conocía. Y el verlo así, un tanto acobardado ante la dolencia, terminó por hacerme desistir, al menos transitoriamente, de ese paso que me había dispuesto a dar.

Si bien no se trataba de esas enfermedades incurables, que ponían en serio riesgo la continuidad de seguir con vida, la aparición de la hemiplejía bastó para asustarme. Y aunque no se trataba de lo mismo, no pude dejar de vincularlo con Mariela. Por otro lado, nunca antes había entrado a un hospital en tales circunstancias, y peor que soportar el indignante manoseo de la interminable burocracia, recorrer su inestabilidad demográfica incrementó mi temor a tener que continuar por mi cuenta lo que me quedaba de camino. Pensándolo bien, era una indefectible consecuencia natural. Y aunque en el fondo bien sabemos que estas pérdidas son parte de lo que en algún momento nos espera, preferimos no darnos por enterados hasta el último momento. No acostumbramos a planificar la vida sin nuestros seres amados. Solo en instancias como estas percibimos lo tan próximo de la amenaza innombrable y su adjunta e inagotable insistencia.

Imposibilitado parcialmente de la función motriz, afectada la mitad izquierda de su cuerpo, ya que su brazo y pierna derecha conservaban ciertas respuestas a las órdenes del cerebro, me vi entonces en la obligación de tomar precauciones y buscar un trabajo que nos ayudara a solventar los gastos y atenuara el mal trance, a la vez que evitara lo que podía desembocar en una quiebra económica. Eduardo tenía sus ahorros pero no era el caso. Por mi parte, no tenía mucha idea de lo que podía llegar a perdurar aquella situación. La licencia por enfermedad le permitía seguir beneficiándose con el goce de sueldo. El dueño de la librería se mostró comprensivo y se ofreció a prestar la ayuda necesaria. Su relación con él iba más allá de lo laboral después de compartir años de trabajo.

Las causas aparentes de lo que los médicos diagnosticaron como una hemiplejía leve había sido un cuadro de hipertensión arterial, dificultades en la irrigación sanguínea del cerebro y de ahí la pérdida parcial de la función de las extremidades. Lo bueno era que no revestiría cirugía. Teniendo en cuenta la mejoría que había obtenido con la medicación suministrada, auguraron una pronta recuperación, la que empezó a hacerse visible a través de síntomas favorables a los pocos días de internación en el Castex.

Las visitas de algunas amistades, de Horacio y otros vecinos, le levantaron el ánimo y eso junto al cuidado hospitalario fue traducándose en un horizonte prometedor. Los pacientes que compartían habitación, algunos recién operados y otros en observación, no pasaban por dolores agudos ni situaciones de desahucio y contribuían cada uno como podía a convalidar esa atmósfera de resignación de quienes, tratándose de enfermedades, se someten esperanzados a la voluntad de los especialistas. Eduardo mismo lo mencionó explícitamente cuando comentó la suerte de no tener que presenciar la agonía de ningún moribundo en una cama lindera. Entendí perfectamente a qué se refería una noche en que me instalé a darle charla, cuando quedándose semidormido, salí a recorrer los laberínticos pasillos del nosocomio escoltado por los olores de los anti-sépticos, desinfectantes y otros químicos, en el respetable

silencio que había dejado la reducción de las tareas y el necesario descanso de los dolientes. Me apoyé sobre una pared a metros de la guardia y observé la ardua labor a la que estaba sometida por las urgencias, tolerando la impaciencia y el malhumor de los que se encontraban en espera, esparciéndose como un virus de fastidio a los médicos y al personal de enfermería. Desistí de continuar viendo el espectáculo cuando advertí entrar a la carrera una camilla en donde un cuerpo ensangrentado era introducido a la sala sin más. Eso me motivó a cambiar de trayecto y lugar. Tenía ciertos límites para el morbo. Retrocedí por dónde había venido y me desvié por espacios desertados del sufrimiento visible, o eso creí, cuando escuché una voz proveniente de una de las habitaciones, a la que identifiqué como un llamado que requería premura y que esperaba ser acogido por alguien.

No habiendo nadie alrededor ni en las cercanías, me decidí a entrar con la intención de servir de ayuda. Solo había un hombre extremadamente anciano en una cama. Con la vista perdida entre babas y quejas intentaba convocar una presencia humana. Me hice de algo de arrojo para preguntarle:

— ¿Necesita algo, abuelo? ¿Quiere que le vaya a buscar una enfermera?

Controlé el goteo del suero e inferí que no había logrado arrancarlo de su desvarío, cuando volviendo la cabeza hacia mí, sin verme, me dijo:

—Darío. Sos vos Darío. Viniste.

Estuve a punto de cometer la torpeza de explicarle que yo no era el tal Darío, que no hacía más que equivocarse, cuando no sé por qué ni cómo me escuché contestarle:

—Sí. Soy yo.

Convertido en uno de sus fantasmas, me sonrió sin sonreírme, sobrecogido por la emoción, y con la poca voz que forzosamente pudo rescatar volvió a decirme:

—Me perdonaste, Darío. Me perdonaste.

Tampoco me detuve a pensar que responderle y dejé que el fantasma le dijera:

—Claro que te perdono... Cómo no iba a perdonarte.

Llevé mi mano hasta su frente arrugada y cerró los ojos.

—Gracias —dijo—. Gracias, Darío —repitió.

No tenía mucho por delante. Cuando uno llegaba a penosos estados como ese, la vida no parecía resultar la mejor elección. Me sentí otorgándole una paz inesperada. Un espectro piadoso adjudicando una mentira que toda deidad debería poder ejercer. Estaba visto que un dios, para ser dios, no podría dejar de engañar. Yo solo podía mentir y fundamentalmente mentirme, y por esta última razón es que era humano.

Cuando regresé con Eduardo, dormía profundamente y me senté a un costado a repasar el diario del día anterior con la intención de olvidar aquel encuentro. Hojeé con interés las notas acerca del Juicio a las Juntas Militares por las causas de terrorismo de estado y la desaparición de personas entre otros espantos, y acabé deteniéndome en la sección de avisos clasificados. Aunque me pesara, no me quedaba más que suspender los planes universitarios. Necesitaba trabajar. Necesitaba poner el hombro a ese mal trance. Analicé las posibilidades que los pedidos de empleo ofrecían. No sabía hacer nada. Tenía todo por aprender y me exigían experiencia laboral. Cerré el diario, lo plegué y lo dejé sobre la mesa de luz. Empezaba a correr la suerte de la mayoría, de quien se inicia en la frustración antes del vamos, para ir ablandándole el temple hasta convertirlo en explotable. No obstante, no era cosa de dejarme vencer tan fácilmente, quizá tuviera alguna otra oportunidad, una alternativa, o la inequitativa rueda del azar me tocara con su varita.

Terminé durmiéndome en la silla en una posición incómoda. Cuando desperté estaba contracturado, el cuello tenso, mal descansado. Al rato, la actividad de la gente de servicio trayendo el desayuno se ocupó de despertar al resto de los pacientes y a algunos familiares que se habían quedado para los cuidados. Eduardo, como todos, odiaba la comida de hospital y lo hacía extensivo al universo hospitalario.

—No veo la hora de estar en casa. Esto es deprimente.

Podía entenderlo. Era terriblemente desmoralizador para cualquiera, aun encontrándose sano. Debía ser difícil estar en

su lugar, aguijoneado por el deseo de largarse cuanto antes sin poder darle curso. Lo bueno era que estaba en dirección de franca mejoría. Eso lo mantenía medianamente sosegado. Viéndome tan cansado, me invitó a que me fuera a casa. No le encontraba sentido a que me quedara ahí indefinidamente. No pude decirle que no. Le agradecí el gesto con un guiño de reconocimiento que supo entender. Recíprocamente, me respondió con otro con el cual daba a entender que le restara importancia. Antes que me fuera me exhortó por lo bajo:

—Cuando vuelvas traeme algo que se pueda comer. No te vayas a olvidar. Te lo pido por favor.

Con una sonrisa le aseguré que lo diera por cumplido. Antes de salir, al acercarme a un cruce de pasillos, recordé lo que había vivido la noche anterior. Por un instante me rozó la idea de llegarme hasta aquel viejo con la sola intención de echarle un vistazo, pero renuncié. Si hubiera muerto en aquel preciso momento de liberación reconciliadora hubiese sido lo más provechoso. Y no solo por su irreversible condición de desahucio. Tal vez, en sus delirios había vuelto a extraviar aquella mi clemente falsificación y hubiera recaído nuevamente en vaya a saber que castigos de arrepentimiento. Esperaba equivocarme.

Al ganar la calle me di cuenta que había hecho lo correcto, o mejor dicho, lo que juzgué conveniente. Hubiera sido una encarnada constatación de la injusticia volver a verlo vivo, una muestra gratis de los extremos indefendibles de la continuidad, una fisura por donde el siempre instalado discurso de la permanencia, el abuso en el facilismo de los lugares comunes, ese cliché que para bien o mal se negaba a serlo, hacía agua sin ser visto y sin anunciar el naufragio.

Gran parte de las mañanas siguientes me levanté bien temprano con la finalidad de comprar el diario. Volvía a casa buscando en los clasificados un empleo que pudiera adecuarse a mis inclinaciones irresueltas (lo cual ya era de por sí problemático) y en el que, a la vez, pudiera cumplir con un mínimo de requisitos, es decir, prácticamente nada. Tenía el título de perito mercantil y empezaba a entender que aquel papel no se trataba de garantía alguna, de nada que me garantizara no ser ventaje-

ado por la legalidad del cálculo egoísta prevaleciente, ese que presta sólidas bases a la pirámide social, plusvalía de por medio, concepto intencionalmente ninguneado y olvidado del genial Carl Marx.

Sin contar mi declarada incompetencia, los salarios a los que podía acceder eran irrisorios. Me sublevaba el hecho de tener que malvender mi esfuerzo por unas pocas monedas, que si bien alcanzaban para tirar, apenas me permitía atesorar, siempre que pudiese, lo que no dejaba de ser un ahorro indigno. Eso me mantuvo paralizado e impreciso, incapaz de tomar una decisión poco favorable. Sin embargo no ignoraba que tenía que sobrevivir. En última instancia, no me quedaba alternativa. Aunque si tenía que resignar pretensiones, no iba a ser quedándome callado, bajando la cabeza sin una queja. Al menos que nadie me negase el derecho a la protesta como forma legítima de depuración de tensiones.

En ese mi vaivén de prefiguradas resoluciones y persistentes rechazos, Eduardo se repuso satisfactoriamente casi sin necesidad de rehabilitación, a no ser unos simples ejercicios que se le indicaron podía realizar tranquilamente en casa. Recobró el humor perdido ni bien ganó el exterior.

Dejando a su espalda la entrada general, se apresuró en dejarme en claro:

—Si vuelvo a tener una recaída, estás autorizado a matarme. Lo prefiero al puré de zapallo y a la gelatina que te sirven acá.

Nos reímos, pero sabía que se quejaba de gusto. Volvía a casa sano e igual tenía algo que decir. Como siempre, le seguían faltando cinco para el peso. Aunque me confesó:

—Este fue el lugar en el que estuve más cerca de rezar por primera vez.

No pasó mucho más hasta que volvió a la librería. Para ese entonces yo todavía seguía en veremos. Lo que el lamentable suceso me había dejado fue la indubitable certeza de que la salud de mi tío estaba por delante de cualquier elección que pudiera poner en riesgo nuestro pasar, y que no me iba a dejar madrugar otra vez por imprevistos de esa naturaleza. Así que decidí priorizar una entrada más a la economía hogareña y po-

nerme en seria campaña de hacerme de un empleo que fuera medianamente aceptable.

Mi currículum, no podía haber sido de otra manera, era sobrio y escueto. Repartí varios por ahí, los que seguramente fueron a dar a cestos de basura. Llené formularios impresos hasta los límites de la claudicación. Jamás recibí respuesta alguna. Eduardo continuó insistiendo en retomar la idea de asumir los gastos y la responsabilidad de mis estudios. Me negué categóricamente. No después de los hechos acontecidos. Terminó aceptando mi decisión con disconformidad. Pude manejar la situación prometiéndole no descartar de mis propósitos aquella meta y aprobando UBA XXI para dejar todo en suspenso. Le resulté más persuasivo cuando comencé a interesarme en las primeras materias de la carrera, comprando la bibliografía de Lógica e Historia de la Filosofía Antigua, y tratando de aprender algo por mi cuenta sin cursarlas, mientras continuaba en plan de conseguir trabajo.

La búsqueda se alargó demasiado y empezó a tornarse frustrante. Hasta que por intermedio de doña Inés y un sobrino suyo que trabajaba en *Casa Tía*, conseguí un puesto de repositor en el área de comestibles en una de sus sucursales.

El sueldo era indiscutiblemente una miseria. Pero no tenía opción. Eduardo me animó y aseguró que solo era una manera de pagar el derecho de piso por el ingreso a la esfera laboral. Yo no tenía interés en hacer ningún tipo de carrera dentro de una empresa comercial dedicada al más variado polirrubro. La mayoría de mis allegados y amigos tenían resuelto en parte su orientación: Jorge estudiaba la carrera de contador público y Patricio seguía los pasos de su padre en el negocio familiar. Me sorprendió gratamente Mariela, consiguiendo empleo en una delegación del municipio. Por mi parte, yo solo me limitaba a reponer productos faltantes en las góndolas exhibidoras y recibir y descargar mercadería cuando se hacía necesario. Si bien nunca había tenido un futuro nítido, tampoco era lo que esperaba. En cierta manera era duro para mí y no dejaba de exponerlo en mis charlas con Eduardo. “La vida es dura, Ariel

—me decía él—. Lamentablemente, uno no viene con un folleto de instrucciones bajo el brazo”.

Los tres años y algunos meses que me desempeñé, duré, aguanté o como quiera llamársele, en aquella cadena multinacional de distribución, más precisamente en una de las tantas sucursales de aquel variado supermercado ubicada en este caso en Capital Federal, frente a la estación de Liniers, no puedo decir fueron tan malos. Obviamente, el dinero no lo es todo. La pasaba bien. Tenía buenos compañeros. Entre ellos conocí a Ignacio Kozlov, lo que se dice un auténtico trastornado. Un pibe de buen corazón, unos años mayor, hijo de padres rusos, cuyo abuelo había combatido en el sitio de Stalingrado, aquel que las tropas hitlerianas no pudieron doblegar, y por lo cual se vieron obligadas a retirarse de Rusia, lo que de alguna manera comenzó a ser, el inicio de la debacle del nazismo.

Probablemente influenciado por su historia familiar, tenía un marcado perfil socialista, bien corrido hacia esa izquierda enrolada en locos sueños revolucionarios proclives al anarquismo. No terminaba de quedarme en claro a qué adhería. Ni él mismo lo sabía. Podía notarse que tenía algo de teoría encima, y recitaba un mezcladito de frases del Che, Trotsky, Proudhon, Marx y Mao, suficientes para despertar la simpatía y el respaldo popular del personal subalterno mal pago, pero solo hasta ahí.

A diferencia de los demás, habíamos logrado un mayor acercamiento basado en mi paciente actitud de escucha. Su discurso pregonaba una mordaz y despiadada crítica contra el capitalismo. Consideraba había terminado de expandirse y secularizado con la anuencia de las masas alienadas en los medios de comunicación, impositores del discurso hegemónico vigente, precursores de la ideología dominante. Fue el primero en ponerme en contacto con la obra de Simmel, quien había teorizado que las creaciones humanas se habían objetivado, y lejos de controlarlas, habían terminado controlándonos y teniéndonos a su merced. No tenía dudas de que había que erradicar al capitalismo cuanto antes, pues de lo contrario se iría expandiendo radicalizando aún más sus aspectos deshumani-

zados. Aseguraba que la inequidad de la economía de mercado no había hecho más que profundizar la brecha entre pobres y opulentos, favoreciendo la acumulación de la riqueza, lo cual tampoco era un descubrimiento descollante que pudiera pasar desapercibido para el resto de la humanidad, pero era bueno escucharlo de vez en cuando de boca de alguien, haciéndonos saber que todavía nos quedaba al menos algo de pundonor, aun cuando solo fuera para retratar y maldecir a un mundo preferentemente insolidario. No veía posibilidad alguna de una construcción política que acabara con la desigualdad social mientras se levantara sobre los pilares de aquel mecanismo parasitario. Se necesitaba de algo nuevo que derribara todo lo instalado. No sabía decir qué. No formaba parte de ninguna agrupación política. Argumentaba que se inclinaba por el combate individual, heroico, cuerpo a cuerpo, contra ese gran dragón explotador. Y que la solución estaba en implementarlo cada uno por su cuenta, porque debía nacer de nuestro fuero interno.

A mi más que desprolijo y alucinado me parecía irrealizable y me costaba entenderlo, pero como a la mayoría de los jóvenes, me seducía ese soltar amarras hacia la utopía. Me recordaba los versos de Almafuerte de *¡Piú Avanti!*: “*No te des por vencido ni aún vencido, no te sientas esclavo ni aún esclavo...*” Nosotros éramos vencidos, cierto, pero dulces derrotados. Y él, en esa, su resistencia, aseguraba que la más grande ilusión creada por el capitalismo, y quizá la más perversa, era lograr persuadirnos de que todos éramos dueños de las mismas posibilidades. Que con tesón y lucha siempre podríamos alcanzar la meta que nos trazáramos. Que aquellos que lo lograban no hacían más que mostrarnos el camino.

Eso era definitivamente falso. Ignacio sostenía que, por una exigencia inmodificable del sistema, la condición de posibilidad de que solo algunos pocos *llegaran*, se fundaba en la necesidad de que cientos de miles estuvieran imposibilitados de hacerlo. La injusticia era la ley y había sido aceptada como tal sin objeciones, incorporada al sentido común, guarnecida de toda reflexión crítica ética. De tal manera que hasta el mismo aparato

educativo, mientras creía religiosamente que no hacía más que proporcionar las herramientas indispensables para la liberación económica e intelectual, por lo bajo, no hacía más que proveer al sistema de las piezas que este le demandaba, es decir, sus imprescindibles engranajes sustituibles. Pues, siempre se requerían miles de asalariados que cobraran haberes mínimos o apenas suficientes para evitar su independencia económica, mientras que apenas se solicitaba un puñado de directivos, personal jerárquico y otros privados y profesionales que ocuparan las pocas plazas sociales disponibles, colaborando para mantener ese mecanismo secularizado por el cual no pudieran eludir su rol de dependencia laboral, y permanecieran así afectados a su destino de explotados. No más era echarle un ojo a la pirámide social, cimentada sobre las clases bajas, obreros y operarios menos pudientes.

Para que hubiera apenas unos pocos por encima, no podía dejar de haber millones por debajo.

Lo que no parecía visualizar Ignacio es que bastaba un pobre convertido en rico para que el circuito se volviera a reiniciar. La arcana puja entre el otro y el yo. El viejo drama de la inevitable individuación. A los recién novicios poco les servía la experiencia de los ya diestros, esos que cuando comenzaban a tenerla se aprontaban para *irse*. Requerían caer en sus propios errores, darse contra las puertas sus propias narices. Y así todo de nuevo a empezar.

Sus argumentos de fondo, por lo general, gozaban de mi aceptación. Tenía bien puesto el mote de zurdito, y aunque yo no lo hacía, así lo apodaba el resto de nuestros compañeros, un poco tomándole el pelo, cansados de escuchar su obsesivo y batallador alegato, que no terminaba de encontrar en ellos suelo fértil en el que germinar, tildándolo de pesado en su ausencia. Él lo interpretaba como la típica alienación del explotado y su reacción de rechazo frente a la revelación de una representación propia en un espejo en el que les disgustaba verse reflejados. Decía que aquello los impulsaba a mantener el apego por sus victimarios, los propios empleadores, atrapados en un vínculo laboral sadomasoquista. Creía, transitába-

mos una *era* inapropiada para llamar esclavo al esclavo. Esa terca negativa le causaba, más que una gran decepción, una exasperante molestia. Parecía estar incapacitado para percibir que la gente común, el ciudadano clásico, no guardaba tanto interés por la política, quizá una sabia conducta adaptativa direccionada a vivir con tranquilidad y a eludir el conflicto permanente, aun cuando esa pasiva decisión y su falta de participación también les jugara en contra. Llegaba a escandalizar a nuestros compañeros cuando mencionaba aquella célebre respuesta de Proudhon a *¿Qué es la propiedad?*, la que le suscitaba admiración por su coraje: "*La propiedad es un robo*".

Particularmente, en ocasiones solía despertarme cierto temor. No tanto por mí sino por él mismo. Tenía algunas actitudes que me dejaban alarmado. Lo sorprendí una mañana en uno de los depósitos perforando con un punzón de factura casera una tanda de paquetes de harina. Le pregunté si estaba loco. Me hizo un gesto de silencio cruzando con el dedo índice la boca y me contestó sencillamente:

—Tengo un plan.

Comencé a darme cuenta que, más allá de mi afecto, los demás tenían sus consistentes motivos para calificarlo de deschavetado. En pos de confrontar con la patronal aliada al sistema de explotación, le había declarado una guerra personal que no le quedaba más a mano que iniciar, por una razón práctica, en su propio lugar de trabajo.

—Lástima que esto no pueda propagarse como una epidemia —decía.

Afirmaba ser plenamente consciente de no pasar de ser otro caído en vida en esa batalla contra la iniquidad propiciada por la plutocracia; los monopolios, oligopolios, *holdings*, y demás grupos de poder dirigidos a someter el destino del resto a partir de su insaciable apetito acumulativo.

Y lo peor del caso, que se encontraba totalmente solo. No podía decir que su diagnóstico de la realidad no tuviera un correlato directo con la misma. Pero de ahí a declararle la guerra a la tienda, me pareció desorbitado, totalmente desproporcionado. Además de exponerse a ser descubierto y despedido, aun

cuando en su delirio imaginara poder doblegar los intereses de la sucursal, se trataba de algo por cierto imposible de realizar desde su accionar, sin contar que la empresa contaba con un arsenal de filiales. Incluso aún cuando lograra su fantástico cometido, atentaba directamente contra su propia fuente laboral y la de todos nosotros. Trate de persuadirlo sin éxito alguno. Estaba tan embebido en su cruzada que lo que le decía no hacía más que potenciarlo. Hacía casi invisibles agujeros en los paquetes y latas de mercadería perecedera, marcaba ligeramente con un *cutter* las prendas de vestir, escamoteaba pequeñas piezas vitales de algunos artefactos, de vez en vez averiaba heladeras, rayaba vajillas enlozadas, magullaba la fruta. El cuidadoso trabajo que se tomaba no permitía localizar a la mayoría de los daños dentro del establecimiento sino fuera, por lo cual hubo una andanada de quejas de consumidores que no dejó de despertar sospechas. Provocó con eso una catástrofe a escala subalterna. Ni siquiera tomó conciencia del daño que estaba causando cuando levantaron en peso al conjunto de los empleados y específicamente a algunos operarios, que resolvieron despedir desfigurando la decisión en una nueva reestructuración del personal pedida desde la cúpula.

Por su parte no hacía más que continuar decidido e incólume. Me había puesto entre la espada y la pared. Me sentía mal sabiendo que él era el responsable, y a la vez, por encontrarme comprometido ante el hecho de guardar su secreto, lo cual, de alguna manera, me convertía en cómplice indirecto en tanto encubría con mi silencio la verdad. Y como si fuera poco, no me atrevía a traicionar nuestra amistad denunciándolo, desmoronando así la desquiciada y fantasiosa lucha que no iba a conducirlo absolutamente a nada. Era sencillamente eso, una fantasía desbordada que había adquirido sustancia en su cabeza loca.

Cada día que pasaba tenía la esperanza de que recobrarla suficiente lucidez como para advertir no se trataba más que de un juego sublimado, llevado más allá de toda lógica, tosco y desatinado, impedido desde su gestación de un final feliz. Pero era inútil. Solo cuando palpitaba algo de riesgo se replegaba

por un tiempo en una inactividad programada para luego contraatacar nuevamente con innovado atrevimiento. Y era además poseedor de ciertas dotes actorales que lo favorecían a la hora del careo.

Llegó un momento en que comencé a preguntarme si toda aquella desgastadora campaña acabaría alguna vez y si en verdad no tendría solo fundamento en el puro daño, en un gran resentimiento, en una inmanejable frustración. No descartaba nada. Ni siquiera una paranoia. Eso me empujó a sugerirle tímidamente la posibilidad de que consultara con un terapeuta. Estábamos en la hora del almuerzo. Se rió de mí. Me dijo:

—No entendiste nada, flaco. No niego que te pueda parecer una locura. Pero para mí se trata de conservar la honra. De joder aunque sea en lo más insignificante a todos estos *garcas* que no hacen más que recontractagarnos a mayor escala y que además se niegan a asumirlo.

Agregó:

— ¿No me vas a deschavar, no?

—No, no lo haría nunca.

—De todas maneras, si querés hacerlo, hazlo. Por ahí hasta es mejor.

Se levantó del piso del depósito en donde estábamos sentados, y se fue comiendo el sándwich lo más campante, clavando su punzón varias veces a la pasada en una tanda de hojas de repuesto para carpeta.

“Mucho es una suma de pocos” me dijo de espaldas, yéndose, volviendo a retomar la actividad en el salón de exposición.

Fue ahí cuando tomé la resolución de mantenerme alejado de sus asuntos, omitiendo hacerle preguntas al respecto, entrar en detalles u otras intromisiones, corriéndome ligeramente de sus fantasmales golpes comandos y limitándome con sumo cuidado a proseguir específicamente la amistad. Para eso no necesitaba exigirle coherencia, amén de ser lo suficientemente adulto para hacerse responsable de sus actos sin involucrarme. No obstante, de vez en cuando, gustaba de hacerme confesiones concernientes a su ofensiva enajenada. Por mi cuenta, a lo

sumo le prestaba oídos sin darle visos de interés participativo, aunque supongo lo hubiera recibido de buen grado. No me faltaron palabras para insinuarle se integrara a alguna agrupación obrera o partido de izquierda en donde pudiera acomodar y pulir mejor sus ideas inconsecuentes y extremas, aunándose a otros pares para así sumar fuerzas en un fundamento menos irracional que no presentara tantos costados endebles. Declaró que no era lo suyo. Su caso era más el de un lobo solitario, un paladín anónimo que por carácter nunca podría tener un acuerdo integral con una plataforma de partido o las condiciones ideológicas que pudiera exigirle una organización para sumarse a sus filas. No ignoraba que no había lugar en dónde pudiera encajar. De hecho, inauditamente, daba todo por perdido, no había lucha alguna que pudiera llevar adelante un cambio verdaderamente revolucionario. A su entender, jamás había habido una revolución auténtica ni la habría. Todas aquellas que reclamaban su nombre no habían sido más que palabras ornadas de espejismos, cautivadoras megalomanías de edición limitada. Lo único honesto que quedaba por delante era rebelarse desde sí. Un kamikaze secreto siempre en llamas, que en cada vuelo, en cada perjuicio que pudiera ocasionarle a los amos del mundo, aun en lo más alejado de sus centros infranqueables, rodando su cabeza desde siempre, se aferrara indomable a su pasajero honor de hombre efímero, dueño de un medallero que solo él conociera y que pudiera disfrutar en su intimidad como un coleccionista privado. Tipo raro este Ignacio.

Quando se daba la posibilidad, sacaba de mi bolso la bibliografía o las desgrabaciones que de a poco iba comprando en Puán y que llevaba casi siempre conmigo. En ocasiones me hacía lugar para algo de lectura apurando el almuerzo. Otras veces me tomaba algunas libertades clandestinas, robándome espacios de ocio sin ser visto. Ignacio solía interesarse superficialmente por algunos autores. Se burló con ironía de Platón y la utilización de la mentira en política, esa idea de que el engaño no estaba reñido con la verdad cuando se apuntaba a un fin virtuoso. Para él ética y política eran incompatibles, y de

alguna manera, Platón parecía reconocerlo inconscientemente, más allá de las distinciones que se encargaba de introducir en vistas a fundamentar su posición filosófica: ficciones para instalar una *opinión verdadera* capaz de promover acciones virtuosas.

Con anterioridad le había contado lo ocurrido en el hospital mientras mi tío estuvo internado. Mi encuentro con aquel anciano en las últimas. Él lo trajo al ruedo para colocarme en situación y hacerme reflexionar al respecto. ¿Realmente había actuado virtuosamente haciéndome pasar por aquel a quien el moribundo rogaba su perdón? ¿Me había tomado la molestia de consultarlo con el otro en cuestión? ¿Era meritoria de aquella supuesta piadosa intervención de mi parte una persona de la que no conocía su pasado? ¿Y si hubiera merecido una y mil veces el castigo de lo imperdonable? ¿Cómo saberlo? ¿En dónde quedaba entonces mi acción virtuosa? Le reconocí que la idea se me volvía un tanto difusa. Me dejé cavilando. Por mi lado, en todo caso, me incliné por concluir que lo verdaderamente incompatible era el hombre y la verdad. Ignacio estuvo de acuerdo. Y a cómo iba el mundo, arriesgó a decir que progresivamente, veríamos como los políticos se servirían cada vez más de esas *nobles mentiras* que nos conducirían a lo que llamaban un fin virtuoso, mentiras admirables que nos llevarían a formarnos en *sólidas convicciones*. El problema era establecer con certeza qué entendíamos por virtud y cuál el fin más conveniente. El engaño parecía ser una cuestión ambigua y dificultosa. A veces de imposible resolución. Tanto como la verdad. Siempre se escribirían tomos y tomos para esclarecer ideas que al final quedarían sin terminar de desentrañar. Y no era, quizá, que lo virtuoso fuera un imposible, solo que no siempre era creíble poder llegar a reconocerlo.

También con Mariela compartía la lectura de los textos. Mostraba por ellos un interés especial y ni bien terminaba de leerlos acostumbraba a pasárselos. De esa manera podíamos intercambiar ideas e interpretaciones, que por otra parte me venía muy bien ya que pocas veces había asistido a un teórico en la Facultad y de hecho a ningún práctico. Me las arreglaba como

podía, siendo consciente que de momento, solo trataba de mantener cierta cercanía con mi aplazado proyecto, sin dejarlo caer, mientras aprovechaba para adquirir algunas nociones básicas empapándome de algunos filósofos, en tanto se fueran dando las condiciones para embarcarme seriamente en la carrera.

Por razones obvias y de costumbre, era yo quién frecuentaba con mayor asiduidad su casa que lo que ella la mía. Cuando el trabajo me lo permitía, mayormente los fines de semana, nos reuníamos en su cocina a la hora de la merienda para compartir mate o café, mientras nos contábamos cosas de esos días y le destinábamos parte importante del encuentro al intercambio de impresiones filosóficas.

Nuestro diálogo también se encargaba de mantener vivo el pasado, y con recurrencia recordábamos con alegría y nostalgia como nos perdíamos en aquel libro de lugares del mundo de tío Eduardo.

—Qué lindo sería viajar, ¿no, Ariel?

No me quedaba más que admitir con algo de resignación lo bueno que sería. Pero enseguida optaba por bajar a la realidad contestándole:

—Seguramente sería genial. Pero ya sabés. Eso no es para nosotros.

Ella, así y todo, prefería mantener su optimismo y yo simulaba dejarme vencer por esa su idea que de tanto soñar, quién podía saberlo, uno terminara tentando al destino. Pero verdaderamente, aun cuando no hubiera motivos para no continuar avalando una ilusión, viniendo desde esa silla que ella tampoco ignoraría y viviéndolo en mí, no avivaba más que mi aflicción, la que había aprendido a maquillar con sonrisas condescendientes y giros repentinos.

Mariela manejaba cierto autocontrol, un dominio de sí envidiable del que yo no disponía. Había algo parecido a una serenidad de moral estoica en su aceptación de la realidad, aunque nunca apatía ni imperturbabilidad. Yo, en cambio, no pasaba de una mala copia de un Siddhartha Gautama sombrío, incapacitado para toda revelación.

Le pregunté:

— ¿Estuviste leyendo los apuntes de los estoicos que te presté?

Me contestó afirmativamente, así que proseguí preguntándole:

— ¿Creés en algo así como un cosmos ordenado y armonioso?

— ¿Regido por la causalidad y el *Logos* del cual nada ni nadie puede sustraerse? —contestó sonriendo y mencionando literalmente parte del texto, haciendo gala de su conocimiento, exponiendo el hecho de haber realizado una lectura provechosa.

Si bien el más interesado era yo, ella daba la impresión de estar siempre más aprendida y mejor informada. Su buena memoria no era nada que pudiera sorprenderme. La conocía bien, o eso creía.

Continuó diciendo:

—No sé qué decirte. Me resulta interesante. Ofrece una mirada diferente. Más que eso no te puedo decir. Lo que sí es cierto es que el tema de la libertad termina volviéndose complicado.

Sin quererlo terminó llevando la conversación precisamente a donde yo quería. Acabé contándole lo que me había ocurrido con aquel viejo en el hospital, lo que me había impulsado a mentirle, mi conversación con Ignacio y su aceptable planteo.

Mariela comprendió enseguida a qué me refería. Apoyó su mano sobre la mía y me dijo:

—No te martirices. No tenés forma de saber si hiciste un bien o un mal. Quédate con tu intención. No te queda otra. Un estoico te hubiera dicho que actuaste conforme a la naturaleza. Y siendo así era lo que debía ser.

Miró su mano apoyada sobre la mía y la retiró, pudorosamente. Como un remedio circunstancial, me dejaba esa idea estoica de la naturaleza inteligente, que bien sabe dónde quiere llegar apenas teniéndonos en cuenta. Nunca podría ser un sabio estoico. Encontraba algo de determinismo fatalista en ese someterse al orden inexorable y necesario del mundo como ma-

nera de hallar la felicidad. ¿Cómo no afligirme frente a la desgracia? ¿Cómo llamarme a repeler a la pasión? ¿Cómo superar el torbellino de deseos y temores? ¿Cómo profesarle una fe religiosa a la razón?

Toda filosofía parecía no pasar de ser un consuelo para la vida. La noción de libertad, en el contexto de la interpretación estoica, sugería involucrar la posibilidad de mantenerse indiferente frente a lo que podía suceder ya que no había lugar para el azar. Y así ignorar que, aun actuando, no éramos libres, siendo así libres de serlo, de modo que nadie obraba mal a sabiendas, sino, en todo caso, por desconocer la virtud. Y eso era un pequeño aliciente. Más haciendo a un lado la *Estoa*, quizá toda voluntad era subrepticamente conducida por un accidental choque de átomos a nivel microcósmico, un pensamiento cientificista y no poco peligroso por sus consecuencias, que ponía en jaque toda responsabilidad.

Añadió:

—Me gustó esa cita de Epicteto: *“El sabio salva su vida al perderla”*.

Era una frase oscura vinculada al suicidio estoico, siempre que el acto fuera conducido por la razón divina, alejada de lo material; otra forma de disponer de nuestra propia vida, pues nada nos obligaba a vivir miserablemente.

Pensé que quizá la muerte se tratara de la mayor verdad, el fin del atormentante discurso de la mente y de nuestra servidumbre a sus tribulaciones; nada más conforme a la naturaleza. Podía pensarlo, podía decirlo, pero hasta el momento no había nada que pudiera competir con el solo hecho de vivir, de continuar vivo, lo único que podía asegurar que conocía; que conocería. Tal vez la muerte no existiera, al menos no como la entendíamos. Quizá vida y muerte definitivamente fueran inescindibles. Se moría mientras se vivía, se vivía mientras se moría. Saber vivir, saber morir. Pero, ¿quién podía decir saber vivir? ¿Y quién saber morir? Quizá solo se vivía y se moría. No más que eso. Y lo demás no pasaba de meras especulaciones, a las que jamás podría serle ajeno.

Transcurrieron algunos años más, pasó aquel mes inolvidable del mundial de fútbol de México, pasaron devaneos y trabajo, siempre el trabajo, y mantuve un ritmo muy poco regular, más que intermitente, en lo referente a esos estudios que nunca se terminaban de consumir. Había pasado por la bibliografía de Historia de la Filosofía Antigua y Lógica, no sin dificultad, y estaba dando lentos avances dentro de los textos de Historia de la Filosofía Medieval, que llevaba en buena parte leída.

Mi vida no había cambiado mucho en ese discurrir. Continuaba hundido en aquel gran supermercado, ganando cada vez menos dada la inflación creciente, y con un Ignacio que había sido fiel a su metodología incalificable, golpeando y escabulléndose, según solía comentarme; aunque ya no le creía tanto. Actuaba un poco para este único espectador que encontraba en mí, y mi deslucido interés, sin llegar a indiferencia, había aminorado hasta el menoscabo su miniatura de guerra de guerrillas.

Eso cambió abruptamente cuando vimos por televisión las primeras imágenes del copamiento del cuartel de La Tablada por parte del MTP (Movimiento Todos por la Patria). Veníamos de dos intentos de levantamiento militar, y si bien se trataba de algo muy distinto, en este caso el actuar de una organización político-guerrillera, puede que Ignacio se identificara solo con el *ánimo* de aquellas revueltas heterogéneas, porque sus actitudes hostiles rebrotaron de una forma nunca antes vista ante aquel detonante. Sin aprobaciones ni adhesiones ideológicas de ningún tipo, derrumbó los diques de lo reprimido, y le dio cauce a su delirio a la vista de todos, aniquilando decisivamente su continuidad laboral.

Finalmente había perdido el control de sí. Sucedió que encontrándonos junto a varios de nuestros compañeros de trabajo, siguiendo en un pequeño televisor del depósito los últimos acontecimientos, noté en su mirada apresada en las imágenes, un brillo inasimilable, una ausencia desconocida, un extravío alarmante.

Algo en mí no pudo reconocerlo cuando me dijo:

—Creo que ya es hora.

Justo en ese momento, el encargado del sector entraba con su habitual distancia jerárquica para restablecer con tono desdenoso la normalidad interrumpida, y sin mediar palabra, pudimos ver como Ignacio le asestaba un puñetazo certero haciéndolo trastabillar, para acabar desparramándolo entre la mercadería. Nadie atinó a reaccionar. Lo propio de esas circunstancias en donde la estupefacción es tal que es difícil procesar sí eso que está acaeciendo en verdad, se trata de un suceso que forma parte de la realidad o de una parodia montada con la sola intención de hacer caer ilusos desprevenidos. Las probabilidades de que se tratara de una cámara oculta se disolvieron cuando Martínez se levantó como pudo sosteniéndose de las cajas que lo rodeaban, sin dar crédito a la agresión de la que había sido víctima, aguardando a que alguien le explicara lo que estaba sucediendo.

— ¿Qué pasó?... ¿Qué pasó?... —preguntaba totalmente desencajado, incapaz de asimilar la situación.

En los segundos que bastan para reacomodar ese tipo de desconciertos, Ignacio terminó de esclarecerlo:

— ¿Qué pasó, preguntás? ¿Qué te llegó la hora, carnero hijo de puta! ¿O pensabas que te ibas a salvar de que te cagara a trompadas? ¿Todavía te quedan ganas de darte las ínfulas que te das?

Nadie intervino. Uno que estaba al lado mío me preguntó:

— ¿Qué son ínfulas?

—Los humos, boludo —le contesté.

Martínez pecaba de soberbia repetidamente y avivaba el resentimiento del personal subalterno. Nadie lo iba a poner en duda. Pero Martínez no era más que otra víctima de la estructura jerárquica de la empresa, otra pieza descartable si se quiere, pero con una pizca de poder que resultaba tanto o más importante para él que su apenas mejor salario de mierda. Era ese plus maligno del capitalismo, que ayudaba a mantener a gusto a los menos explotados, aunque explotados al fin, compensándolos con la posibilidad de saborear su insignificante porción de fuerza. Una forma pérfida y sutil de mantenerlos alineados

a sus fines, seducidos por el otorgamiento de esa abyecta potestad. No necesitaba mucha imaginación para concluir que en los siglos venideros, los estudios a realizar sobre nuestros sistemas políticos económicos, los llevarían a pensar que habíamos perfeccionado y maximizado la esclavitud negándola, entregándola a manos de lo que, extrañamente, llamábamos libertad. Por esa razón, cada vez que escuchaba a un estúpido hablar en términos de “*mi empresa*”, me producía enojo y unas contenidas ganas de espabilarlo a cachetazos. Pero yo no era Ignacio ni tampoco deseaba serlo, más allá de las cuotas de buen juicio que contara a su favor. Y menos en aquella anómala y demente tarde en que, sin que pudiéramos contenerlo, más allá de que hicimos todo a nuestro alcance, logró desasirse de los denodados intentos de reducirlo, y entrando a la sala de ventas y exposiciones, subido a una de las estanterías, se dedicó a arreglar a su modo tan particular a un público consumidor que lo contemplaba desorbitado.

Me hubiera gustado transcribir lo que fue su exaltado discurso, pero por momentos carecía de sentido, o se limitaba a epítetos u otras ofensas descalificantes, o bien tengo que admitir, a algunas verdades fragmentadas pero demoledoras. Lo que sí recuerdo con exactitud, y a pesar de todo no sin humor, es escucharlo gritar subido a una estantería, como un visionario que desde su ventajoso encumbramiento alcanzaba a ver las futuras derivaciones de la Historia.

— ¡¿Qué me miran, pelotudos?! ¡¿Nunca vieron a alguien que tiene dignidad?! ¡¿Se creen que espero que alguno de ustedes reaccione como yo frente al abuso de la patronal y las grandes corporaciones?! ¡Y esperen que llegue la robotización! ¡Qué va! ¡Mientras puedan comprar *Coca-Cola* está todo bien, ¿no?! —dijo tomando una de la estantería—. ¡Consumistas de mierda! ¡Ustedes saben cuál es el ingrediente secreto de la *Coca-Cola*? ¡Alguno sabe? ¡Entonces por qué mierda la compran, ignorantes! ¡Vaya a saber que mierda le ponen adentro! ¡Tomen el agua de la canilla que es nacional!

No era teatralidad, pero si lo hubiese sido, hubiera estado inscrita dentro del grotesco. Se dirigió a nosotros, señalándonos:

— ¿Piensan que estoy loco porque me inmolo por una causa justa? ¿No se dan cuenta que ustedes están igual que yo? ¡No merecen llamarse proletarios!

— ¿Qué es proletario? —volvió a preguntarme el mismo bolido de antes. Ni le contesté.

— ¡¿Se piensan que los va a salvar la Perestroika?! —continuó arengando Ignacio—. ¡¿Esperan la caída del Muro del Berlín como un buen augurio del triunfo de la democracia y la libertad?! ¡Pedazo de pelotudos! ¡La democracia en la actualidad no es más que un instrumento de difusión e inserción del neoliberalismo! ¡¿No se dan cuenta entonces que el Imperio lleva su mejor parte de esta guerra invisible, contentándolos con las migajas de un consumo exacerbado, con todo un sinnúmero de necesidades innecesarias que fueron creadas intencionalmente para mantenerlos idiotizados?! ¡Ya no pueden distinguir entre valor y precio?! ¡¿Todavía no se dieron cuenta que los mejores soldados que tienen son ustedes mismos, haciendo cola desesperados en este supermercado de mierda, pensando en no dejarse ganar por la inflación, mientras ellos recaudan a cuatro manos y se llevan la guita afuera, a sus casas matrices?! ¡Neoesclavos descerebrados! ¡Rebélese desde sí mismos! ¡¿No advierten que no los tienen en cuenta?! ¡Prescindibles! ¡Son marionetas de unos titiriteros demoníacos que residen en *Wall Street* o tienen su gran culo apoyado en un mullido sillón de un Banco o en una agencia publicitaria! ¡El capital no tiene bandera, las compra! ¡Me cago en la *mano invisible* de Adam Smith y la teoría del goteo, del derrame o como mierda se llame! ¡¿No sienten el olor a pólvora que tiene cada ticket que reciben?! ¡¿No ven las manchas de su propia sangre en el papel?! ¡Las grandes invasiones, las grandes expoliaciones, las guerras de hoy día se montan en los mercados, cualquiera sea! ¡Onanistas del consumo! ¡Ustedes van a ser carne de la vorágine neoliberal! ¡¿Acaso no escuchan su paso?! ¡Ya están entre nosotros! ¡Viene a privatizar todo! ¡Y van por el resto del mundo!

¡No vuelvan a comprar nunca más nada! ¡Que se hunda todo de una buena vez! ¡El secreto es que ustedes no los necesitan tanto como ellos a ustedes!

Entonces una vieja que estaba cerca observando la situación dijo en voz alta:

—No le hagan caso. Debe ser una estrategia para distraernos y seguir remarcándonos los precios en las narices. Seguro que no les alcanzó el tiempo para cambiarlos. ¡Manga de delincuentes! ¡Yo soy una jubilada, sinvergüenzas!

Uno de los encargados intentó aclararle que estaba en un error, que se trataba de un problema interno que lamentablemente había tomado estado público, y que el muchacho en cuestión había tenido algo así como un ataque o brote psicótico o algún otro tipo de alteración de las facultades mentales, vaya Dios a saber.

Un tanto gagá, la vieja lo desoyó obsesionada en su punto de vista.

—Mire, no me quiera tomar por tonta, jovencito. ¡Y no me falte el respeto, que soy una señora mayor! Mejor hágame el grandísimo favor, dígame donde está la góndola del azúcar antes que me la aumenten. ¡Que a mí no me alcanza la jubilación, querido!

Ante la magnitud de la emergencia, al ver a Ignacio desmadrado en semejante problema, sugerí que llamaran a alguno de sus familiares por teléfono. No sé si hice lo correcto. Su madre llegó casi al mismo tiempo que la policía, y tuvo que presenciar esa escena desquiciada. Quizá hubiera sido mejor evitársela. No obstante, le bastó solo un doloroso ruego para atemperarlo primero, hasta que, conmovido por la asistencia de su progenitora y cansado a causa de tan desgastador despliegue de furia, se dejó controlar por los agentes del orden.

Vuelta la calma, llevaron a Ignacio a una de las oficinas a la espera de una ambulancia de la obra social, pedida por la misma empresa. La gente acumulada terminó de dispersarse y nosotros, todavía inmersos en ese clima de nerviosismo, nos dedicamos a limpiar y restablecer la estética de los exhibidores y dejar todo en el orden habitual. Nos enteramos que su madre

intercedió por él y evitó que el asunto pasara a mayores. La empresa no radicó denuncia alguna pero, resolvieron, no podían tener más entre su personal a un joven que no estaba en sus cabales. No pudiendo ofrecer garantías de que el hecho no volviera a repetirse, y agradecida por no presentar cargos contra su hijo, ella aceptó el acuerdo del grupo damnificado, y se retiró acompañándolo hasta la unidad hospitalaria. Como sabemos, el mercado opera con el bolsillo y no con el corazón.

Los primeros días después del escándalo, con todo caldeado todavía, no tuve cara para llamar a su casa. Con el tiempo terminé enterándome que ingresó a un Centro Psiquiátrico en la Plata, de donde era oriunda una de sus primas, la que se desempeñaba como profesional allí mismo. No tuvimos oportunidad de despedirnos. Me dio mucha pena ese final, aunque nunca supe si logró restablecerse. No veo porqué no. Pero me faltaban datos fiables que jamás me encargué de precisar. Me quedó el sentimiento amargo de presentir que Ignacio no era más que otra fisura por donde esa olla de presión en que consistía el organismo social se aligeraba de vez en cuando, un débil e inocente eslabón que acababa por no resistir tanto tironeo. Y creo lo confirmó el descubrirlo con el paso del tiempo como un clarividente de poco peso, un Benjamín Solari Parravicini sin ilustraciones y con predicciones casi cantadas, que por más que vinieran avisando y asomándose, la despejada y engañadiza esperanza de la gente nunca las aguardaba, razón por la cual, no eran fáciles de detectar.

Continué trabajando en *Tía* unos meses más. La crisis económica derivó en una hiperinflación descontrolada. Hubo desabastecimiento. Se desconocía el valor real de los productos cuyos precios se habían disparado, duplicándose, triplicándose en pocos días. Rellenábamos la parte de atrás de las estanterías con cajas vacías. Las interminables protestas de la clientela alterada se habían tornado insoportablemente irracionales. Algunas señoras me acusaban de remarcar la mercadería cómo si mi insignificante existencia de repositor tuviera incidencia en el vertiginoso caos monetario, como si me reconocieran en la figura del, para mí, anónimo dueño de la firma o le pasara ins-

trucciones al oído al mismísimo ministro de economía. El hilo se corta por lo más fino, se suele decir, y resulta fácilmente comprobable.

Los pocos pesos que teníamos perdían el poder adquisitivo de forma trepidante. Recuerdo que un tipo me rogó tuviera la bondad de ayudarlo a llenar sus dos changos. Sencillamente me dijo: “Pone un poco de cada cosa”. En otras circunstancias me hubiera parecido algo desatinado, pero evidentemente hay momentos para todo. Mientras cargaba el carrito que me había asignado, caminando en paralelo, sobre la estantería opuesta, lo consultaba acerca de si estaba de acuerdo con que agregara tal o cual cosa. Apenas si me prestaba atención. Nada parecía venirle mal, siempre que contribuyera a contrarrestar al cartarista inmaterial que asolaba su bolsillo. Mientras tanto, aprovechaba para liberar su angustia contándome su caso.

—Tengo un taller de confección de camperas, sabés. Me estoy volviendo loco. No puedo parar. Ni bien cobro las prendas, tengo que salir corriendo a comprar materia prima, para volver a comprar lo mismo, pero esta vez con todo lo que cobré. La gente me está pidiendo que le pague. Apenas si puedo tirarle algo. Si esto sigue así, no sé qué carajo voy a hacer. Voy a tener que cerrar el taller. Este debe ser el único país del mundo en donde uno se funde trabajando. Me tendría que haber dedicado a la política o al choreo.

De haber estado Ignacio en mi lugar, seguramente le hubiera hecho mención de que, esos dos últimos conceptos, usualmente, se hacía difícil no pensar, se trataban de palpables redundancias; sinónimos semirreconocidos.

A tope los dos changos, con algo más de confianza, me pidió nuevamente si podía ayudarlo a llevar las bolsas hasta el auto. Lo tenía estacionado a la vuelta, sobre Ramón Falcón. Le dije que no tenía problema. Me iba a venir bien salir de ahí ni que fuera unos minutos para despojarme del ritmo impuesto del Super. Lo consulté con mi superior inmediato, para evitar cualquier posible llamado de atención y dándome el *okey*, cargué todas las bolsas que pude como un ekeko. Al llegar al coche, el tipo dejó lo que llevaba sobre la vereda y abrió el baúl. Mientras

introducía las bolsas, vio a una boliviana que vendía ajo, limones, ajíes y condimentos, sentada en una caja de madera, apoyada contra la pared, vestida a la usanza tradicional de su terruño, y recordó un pedido de su esposa. Me lo hizo saber muy amablemente y mientras continué llenando la baulera, él se acercó a comprarle algunas cosas.

De pronto comenzó a regatearle el precio de unos ajos alzando la voz, negándose a pagar lo que le pedía. Podía ver a simple vista que la boliviana solo se manejaba con una economía de subsistencia. Fijando aún más mi atención, advertí que a un costado, en otra de las cajas, algo se movía inquieto envuelto en unas mantas de colores: era un bebé.

—Pero no puedo, señor —le decía humildemente—. No gano nada así.

—Entonces te lo dejo. ¿Me viste la cara? ¿Cómo me vas a cobrar una riestra de ajo y un paquete de ají molido, dos australes?

—Pero es barato, señor. Sale mucho más caro.

—Te doy uno cincuenta, pero más no.

—No puedo, señor.

—Dale, tomá. Dejate de jorobar. Te doy así o te lo dejo.

—No sea malo, señor. Cómpreme.

—Tomá. Así está bien —dijo entregándole de mal modo el austral con cincuenta, aprovechando su docilidad y forzando su sometimiento.

Ella no hizo más que aceptar las monedas y, como si fuera poco, le regalo un *Dios lo bendiga*.

Al acercarse al auto me dijo:

— ¡Será posible! Hasta *estos* te quieren acostar. Si pensaba cagarme a mí, se equivocó.

No dije nada. Me agradeció por la asistencia y me dejó una tarjeta.

—Si llegas a necesitar una buena campera, sea para vos o para regalar, llamame que te voy a hacer buen precio.

Le retribuí el *gesto* por una cuestión de educación, y me volví al trabajo pensando que, en este mundo, mientras aún podamos indignarnos, mientras nos sintamos inconformes e

insatisfechos, asqueados hasta la náusea de su execrable funcionamiento, alegrémonos, podemos todavía llamarnos, aunque sea solo en parte, mínimamente sanos.

Sin la compañía de Ignacio, el trabajo comenzó a hacerse menos llevadero. Su despido me hizo recapacitar acerca de mi bajo salario. No es que no lo hubiera tenido en cuenta, pero lo que sí terminé de asimilar es que, los *vínculos afectivos* que podían florecer en la esfera laboral, el *temor a perder los momentos compartidos de esa casi segunda familia* —siendo casi tan o igual de importantes que el salario mismo— eran usufrutuados vilmente por las artimañas del sistema empresarial, al que le convenía seguir manteniéndonos en dicha situación de desventaja, la que se reforzaba con el paso del tiempo. Así de fuertes y permeables les resultaba el cariño y la estima, para continuar explotándonos dentro de sus expectativas de costos. Reflexioné sobre eso, algo tan hermoso como el amor, lo que desde esa otra perspectiva terminaba metamorfoseado en una poderosa y subrepticia herramienta del gran mecanismo de dominación. No había mucho más que decir. Incuestionablemente, estábamos jodidos, y ese no era un hecho que Ignacio, aún desquiciado, pudiera desconocer. Ahora que ya no estaba, un tanto apegado a su persona, me di cuenta que no había puesto mucho de mi parte para integrarme al resto. Y los demás nunca habían sido, digamos, adeptos a trabar amistad con él pues, aunque no les desagradaba, siempre se habían mantenido a una

prudencial distancia que, seamos francos, él mismo en parte se encargó de propulsar. En ese sentido me vi perjudicado, no porque hubiera sido aislado a causa suya, es decir, porque algo de él hubiera quedado adherido a la representación que tenían de mi persona, sino porque no encontraba en ellos muchos intereses que nos congregara, salvo comentarios de fútbol, mujeres y algunas que otras cuestiones de actualidad.

Creo entender que eso aceleró mi resolución de buscarme otro trabajo. Y llegó antes de ponerlo en práctica en un encuentro con Patricio y Jorge. Hacía rato que no nos veíamos y Jorge tuvo la idea de reunirnos en su casa para su cumpleaños. En ese ámbito de celebración, charlando como quien no quiere la cosa, uno de sus tíos, un asturiano casado con la hermana de su madre, deslizó el haber tenido una desavenencia con su empleado, según él un vago engreído y negligente, que no podía merecer otro destino que el de haberlo puesto patitas en la calle. Era propietario de un local de autos usados sobre Ruta 8 y en esos días se quejaba de tener que suplantar a aquel inepto, sin poder abarcar en tiempo y esfuerzo las tareas que el negocio le demandaba. Fue entonces que trabé una conversación ya más seria con él, poniéndolo al tanto de mi situación. Inmediatamente Jorge salió en mi respaldo, lo cual seguramente influyó en que, esa misma semana, me llamara por teléfono para ofrecirme el puesto de vendedor y otras tareas vinculadas al mantenimiento de los vehículos y el local. No sabía mucho de autos ni tenía experiencia alguna en el rubro, pero no fue algo que me amedrentó. Decepcionado con el trabajo de repositor, sin miras de ascender más alto que al puesto de encargado, entre rumores de saqueos y con un sueldo que aún no había cobrado licuándose fuera de mis manos, les anticipé mi adiós para el día de pago y hasta ahí llegué.

Don Alfonso Cañizares Alarcón, mi flamante patrón, un español venido de muy niño que ya no guardaba al hablar vestigios de su acento de origen, fue bastante tolerante en principio. Siendo enteramente inhábil en esa labor, comprendió que necesitaba un período de formación que implicaba, aparte de mi perseverancia, la transmisión de su pericia. En planes de ad-

quirir esos conocimientos, fui sometido a un aprendizaje intensivo al que no pude poner objeción. Fue cansador pasarme los días de cabo a rabo tratando de ponerme a tono con sus exigencias un tanto quisquillosas. Tanto que creo, obtuvo un resultado rápido, dado mi empeño y su presumible conformidad, porque nunca manifestó de propia voz nada semejante que pudiera confirmar el rendimiento esperado.

Aprendí mucho sobre coches. A reconocer de un vistazo las condiciones en que podía encontrarse un vehículo cuando nos lo ofrecían para la compra, agigantando los detalles para tirar abajo el precio y minimizándolos a la hora de la venta, subrayando las ventajas que podía ofrecerles a los potenciales compradores lo que solo tenía una lavada de cara. También aprendí bastante de repuestos y autopartes, y de cómo conseguirlos a precios irrisorios en desarmaderos clandestinos, así como de trámites bancarios y coimas en Rentas y en el Registro del automotor, relativas a la documentación y recibos de patentes apócrifos.

Lo realmente atareado del trabajo era más que nada el lustre y lavado de las unidades y el mantenimiento del anchuroso local; el plumereado casi constante con el que estaba obligado a mantenerlos. Después, se podía decir que todo estaba bien, terminando por el sueldo, que sin ser gran cosa, era solo un poco mejor que el que me habían desembolsado en el Super, lo que ya era algo, aunque fuera solo ascender unos peldaños más en esa disposición mayoritaria de consentida y moderna cuasi esclavitud.

Lo que nunca alcanzamos ni siquiera a fantasear, tanto don Alfonso como yo, es que ambos llegaríamos a compartir una relación familiar cuando empecé a tener cierto trato con la mayor de sus hijas, lo que supongo, justificó mejor el hecho de tenerme en negro y al margen de todo cercano pedido de aumento, por eso de contemporizar con los parientes.

Nos vimos por primera vez en el concesionario y nos saludamos afablemente, en ese tipo de encuentros en dónde la primera impresión es lo que cuenta y todo parece salir a la

perfección. Claro que con la experiencia aprendemos que nunca nada queda en la primera impresión.

La segunda vez fue totalmente fortuita. Había tenido licencia para ir a cobrar mi último sueldo al *Tía* y me había quedado hasta entrada la noche en una pizzería, en la reunión de despedida que planearon mis dos compañeros de trabajo más allegados, quizá con más ánimo de organizar una reunión tradicional que otra cosa. Al regreso, desde la vereda del cementerio pude ver a Horacio en la terraza, orientando el telescopio, echándole una mirada a las estrellas, y eso me maravilló. No pude dejar de verlo como una reminiscencia de la infancia que estaba instalada en nosotros y se rehusaba a soltarnos, algo que queda dentro para salvarnos, despertando a veces y haciéndonos que nos olvidáramos de todo lo demás en cada benéfica oportunidad que nos volvíamos hacia ese refugio.

No pude evitar gritarle:

— ¡¿Viste algún extraterrestre hoy, Horacio?!

Al escucharme quitó la vista del ocular y reconociéndome contestó:

— ¡Después de aquella vez con vos, nunca volví a ver ninguno!

Su respuesta avivó aún más el recuerdo y desató en mí una risa inmediata, inmanejable, despejada. Una risa que venía de lejos, auténtica. Innegablemente, un fabuloso contraveneno, sin excluir la ironía bien utilizada, ambas tan imprescindibles para continuar. Eduardo me había dicho una vez: “Sabes, no sé porque, pero me parece que la gente en la actualidad se ríe bastante menos. Por ahí estoy equivocado. Cuando era chico me reía por la risa en sí misma. Porque eso me hacía feliz. Pero nunca porque fuera un remedio contra otra cosa. No se trataba de la búsqueda de ningún analgésico”.

Horacio me invitaba a subir a su terraza, cuando desde un auto me tocaron bocina varias veces. Era Jorge haciéndome señas de luces. Venía acompañado de otras personas. Al acercarme, entre ellas reconocí a Julia, su prima, la hija del patrón. Atendimos a un complaciente gesto de reconocimiento, y me centré en las palabras de Jorge.

— ¿Qué tenés que hacer ahora?

— ¿Ahora? Bueno, específicamente nada.

Me presentó al joven que iba del lado del acompañante.

—Cristian, un amigo. Ariel.

Estreché su mano introduciendo la mía por la ventanilla, obligando a Jorge a modificar su postura frente al volante.

—Venite con nosotros, dale. Vamos a comer algo.

Me tomó desprevenido. Volví a mirar hacia Julia. Ocupaba el asiento trasero junto a dos chicas más, las que al momento del ofrecimiento dejaron escapar unas risitas cómplices y alusivas, incomodándola, por lo cual las censuró amigablemente.

Me hice el desentendido y contesté:

—Bueno, por qué no.

Me di cuenta que tenía encima el total del efectivo y el recibo del salario adeudado y les pedí que me aguardaran.

Volví enseguida y a partir de aquella primera salida, comenzamos a vernos con más frecuencia hasta que, la mutua atracción que sentimos en un principio comenzó a crecer y la evidencia pudo más que los recaudos, los tanteos, los disimulos, el pudor, el temor al rechazo y demás repertorio de contenciones que comporta un cortejo.

Julia era una chica dulce y delicada, educada y bonita, de típica clase media, y si me llevó un tiempo largo tomar la iniciativa de un acercamiento franco fue porque, honestamente, pensé que no estaba a su altura, que era demasiado para mí, englobándolo con el hecho de que se trataba nada menos que de la hija del patrón, lo que no era un simple pormenor. Al punto que jamás pude abordarlo para ponerlo en conocimiento de nuestro nuevo vínculo, sino que sencillamente dejé, o mejor dicho, dejamos que las cosas se fueran asentando por sí solas hasta quedar sobreentendidas. La imagen paterna que de él se desprendía era la de un señor forjado a la antigua, lo que resultaba algo intimidante, por lo cual no fue extraño que la situación se desarrollara de tal manera. Con todo y su reservada circunspección, no planteó reparo alguno a nuestra relación, y sin decirme nada fue asumiendo mis paulatinas apariciones en

la puerta de su casa, hasta que un día lo escuché decirle a su hija:

—Por qué no lo haces pasar, Julia.

Aquella señal vino a aportar un relajamiento en el trato. Tanto Julia como yo lo estimamos como un buen presagio que vino a modificar nuestra embrionaria correspondencia, concediéndole un mayor grado de seriedad; un puntapié inicial con el que comenzaba a formar parte de la familia. A diferencia de la mía, dualidad compuesta por Eduardo y mi persona, quizá más parecida a una excepcional hermandad que a ninguna otra agrupación pertinente, la suya era sumamente numerosa. Y demandante, a lo que no estaba nada acostumbrado dada mi método de vida ligeramente individualista y retraído, perdido en mis lecturas, confortablemente establecido en el lecho de mi autonomía, explorando los interminables territorios de mi mente. Aquello me obligó a socializar un poco más, lo que no me vino nada mal, algo así como un soplo de aire renovado. Cuando menos, puedo decir, eso fue en el arranque.

Julia tenía dos hermanas menores, una de diez años y la otra de dieciséis: Silvia y Raquel. También tenía dos hermanos, el mayor de todos, Joaquín, que vivía hacía varios años en la ciudad de Los Ángeles, al que nunca conocí personalmente, y otro inmediatamente mayor que ella, con solo dos años de diferencia, Félix, estudiante de medicina en la universidad de Buenos Aires. Su madre era una mujer sacrificada, había tenido que criar a no pocos hijos, y llevaba en la sangre el ritmo que le había sabido imprimir aquella existencia, desviviéndose por su prole como proyecto exclusivo e irrevocable, moviéndose a sus anchas en su escogida servidumbre. Para bien de la liberación femenina, un tipo de mujer en extinción.

El resto de la parentela también era muy numerosa. Sus reuniones se definían por un parloteo ensordecedor que hubiera desarmado la meditación del más ejercitado monje budista. No por eso dejaba de tener su encanto. Y lo menciono porque aquel desorden albergaba un ejército de endemoniadas criaturas imposibles de refrenar, a las que bastaba ver en acción para fundamentar la ley de entropía sin necesidad alguna del sudor

y empeño científico aportado por la física. Julia los adoraba, y eso, sumado a su índole exquisitamente cataclísmica, los convertía también en mi deleite. Lastimosamente estaban condenados a crecer. De momento, aún en su anarquía, hacían de la vida un lugar aparentemente hospitalario. Ese era el gran secreto de la procreación y la niñez.

Ante el arribo del *Menemismo*, de mano de la promesa de una *Revolución productiva* y un *Salarioazo* que brillaron por su ausencia, con el país convulsionado por la hiperinflación desmedida y el desgobierno impelido por grupos económicos locales y extranjeros más que por incompetencia, los ilusos de siempre votaron con el bolsillo y el deseo de un cambio que llegó, como es habitual aunque más acentuadamente, para los pocos ricos acostumbrados y algún sector de la clase media ávido de no perder sus privilegios en la honorífica cadena de consumo. Ignoro si Nostradamus se dedicaba a hacer predicciones de este tipo, pero Ignacio no se equivocó en cuanto al neoliberalismo, y valga y llegue hasta él un reconocimiento a manera de homenaje en cualquier internado que esté, si está y si es que aún se encuentra con vida.

Por cierto esas patrañas alcanzaron para morigerar el tenso ambiente, trayendo la esperanza política que el hombre no deja de restaurar en forma continua, chocando obsesivo como una polilla ante una indiferente fuente de luz.

Todo ese desbarajuste monetario parecía traer mal a don Alfonso. La venta de autos usados se había retraído considerablemente, aunque luego repuntó. Dentro de todo, lo aliviaba el hecho de haber comprado su local en propiedad unos años antes, lo que le hacía mucho más llevadera aquella crisis. Pensaba que alguna vez tendría que terminar, al menos esta. Había transitado muchas de ellas y lo entendía como una especie de enfermedad crónica nacional. Le preocupaba su familia, lo cual era de esperar. De todas maneras, no pasaba de una queja de comerciante acomodado que ambicionaba al menos no descapitalizarse, ya que contaba con los recursos propios de su trabajo independiente y por lo que alcancé a saber, a fuerza de realizar depósitos en su cuenta corriente, un nada despreciable

patrimonio. Desdichadamente, no lo tenía muy en cuenta a la hora de remunerarme. Pero esas son las reglas del juego.

En una tarde de domingo que pasé por Julia, con ya cierta confianza en mi haber, atravesé saltando el murito bajo del jardín que daba a la calle, y sin llegar a tocar el timbre, tanteé la manija de la puerta de entrada hallándola abierta. Me tomé el atrevimiento de introducirme pidiendo permiso y dando las buenas tardes, pero no encontré persona a la vista. Volví a anunciarme sin obtener respuesta y paseándome por algunos de los ambientes de la planta baja pude comprobar que parecía no haber nadie. Eso no me llamó tanto la atención porque no había quedado en pasar por Julia a ninguna hora en particular. Si en cambio el hecho de encontrar la puerta abierta. Se me ocurrió que tal vez estarían en la casa de su tío, en la otra cuadra, y que probablemente habría sido producto de un descuido. Podía haberme llegado hasta allá pero me incliné por quedarme. Me disponía a arrellanarme en el sofá con la intención de esperar la reaparición de Julia o de alguien de la familia, cuando presté oídos a lo que podía asemejarse a algo así como un quejido atenuado. Súbitamente me recorrió una oleada de temor que me puso en alerta. Me quedé inmóvil tratando de aguzar los sentidos, procurando atender a una nueva escucha para detectar la fuente de la emisión. No volví a oír nada. Eso me impulsó a levantarme con suma cautela para indagar sobre el asunto. Me fui trasladando sigilosamente hacia el sector de la casa que no había recorrido, y subí por la escalera hasta el primer piso tratando de no hacer el menor ruido. Me deslizaba pegado a la pared por el pasillo que iba hacia las habitaciones, cuando volví a escuchar aquel quejido ronco de forma más sostenida. Pensé que podría tratarse de alguna persona herida, y también que algún desconocido podía estar aún en la habitación, acechándome. Sentí pavor. Por un instante vacilé en volver a bajar para tomar distancia de la situación, pero algo en mí opuso resistencia. Entonces muy medrosamente, asome una sucinta mirada por el marco de la puerta, para terminar encontrándome con una escena nada cautivante, al menos para mí.

Con el walkman puesto, reclinado en la cama, mientras contemplaba extasiado y minuciosamente lo que supuse la foto de una revista que sostenía en la mano izquierda, cerca de alcanzar el clímax, Félix se masturbaba frenéticamente como si fuera a acabarse el mundo.

La escenita erótica me removió el estómago lo suficiente como para extirparme una mueca de desagrado. No obstante, dada mi predisposición a pensar en que pudo tratarse de algo más grave, me proporcionó un alivio instantáneo junto a una risa de mofa que ayudé a contener echándome la mano a la boca. Retrocedí muy despaciosamente, tratando de no ser descubierto. Tampoco era mi intención arrebatarlo con un sobresalto de aquella su intimidad. Baje peldaño a peldaño ya menos comprometido y cuando me disponía a calcular cuánto más podía demorar su cometido, no me contuve, y cobrándome la repelente visión, jugándole una mala pasada, preferí estropearle el asunto llamando a voz en grito a Julia.

Apareció enseguida en el descanso de la escalera, sin el walkman pero con la revista en la mano, despeinado, acomodándose el pantalón. Me saludó formalmente, ofreciéndome la diestra. La miré unos segundos, titubeante, y le tendí la mía. Me miró extrañado. Asumí que mi anterior actitud merecía aquel desquite ignorado por él. No teníamos mucho trato ni habíamos tenido muchas oportunidades de conocernos e intercambiar opiniones o comentarios que pudieran otorgarnos cierto perfil de uno a otro, exiguamente si habíamos intercambiado algún parecer en la mesa familiar. Como había creído, me confirmó que Julia y el resto estaban en la casa de su tío Héctor. Habían ido a almorzar y probablemente estarían próximos a volver.

—Si querés podés ir a buscarla allá. Sabes dónde es, ¿no?
—me dijo.

—Sí. Acá nomás. Pero supongo que como vos decís, ya debe estar al caer. La espero acá, si te parece —Y me volví a sentar en el sofá.

—Como quieras. Voy a la cocina a buscarme algo que tomar. ¿Gustás alguna cosa? —me ofreció dejando la revista apoyada en el estante del aparador del living.

—No. Estoy bien. Te agradezco.

En cuanto salió hacia la cocina me sentí tentado en curiosear el material que tenía en uso mientras estaba tan ensimismado en lo suyo. No tenía la suficiente confianza como para pedirselo. Por la manera en que se abocaba en la tarea debía ser más que interesante. No estaba demás tomar nota, siempre se aprendía algo nuevo en estas artes, en especial a nuestra edad. En ese momento me sentí un intruso, pero eso no me retrajo. Llegué al aparador con rapidez y tomando la revista le di un par de vueltas de página buscando algo así como una de estas nuevas rubias o morochas exuberantes en boga que podía haberseme pasado. Era una ejemplar de la revista *Gente*. Conocía la publicación y jamás había despertado mi interés, mucho menos las notas sobre la farándula. Atento a la posible llegada de Félix, continué ojeándola sin encontrar indicio alguno, hasta que al fin, sentí que algo golpeó débilmente una de mis zapatillas, dándome cuenta que había caído desde su interior.

Me agaché para tomarlo y quedé estupefacto. Era lo que podía llamarse un popular calendario de bolsillo. Pero no había precisamente una señorita en la contracara. Era un efebo musculoso que se mostraba de espalda y cuyo cabello largo y rubio se llegaba casi hasta el comienzo de la raya del culo, cachetes que se insinuaban ligeramente en el corte sutil del fin del calendario. Quise volverlo rápidamente a la revista pero lo dejé caer de la mano en el preciso instante en que escuché que Félix podía estar acercándose. Volví inmediatamente la revista al estante y pateé el calendario lejos de mí, tratando se perdiera bajo el aparador, con tanta mala suerte que solo logre rebotara en él y quedara a muy escasos centímetros del mismo. Sin oportunidad de volver a mi sitio, fingí sentirme atraído por los motivos venecianos de unos platos decorativos del mueble, esperando que Félix no sospechara de mi entrometimiento. Alcé la cabeza y vi en su rostro contenidos rasgos de preocupación. Con la mano desocupada (traía un vaso de gaseosa en la

otra), hurgaba en sus bolsillos con intranquilidad y miraba el piso con insistencia, presa de lo que parecía un descuido.

Acerté en decirle:

—Lindos platos.

—Los trajo mi tío de Italia —me contestó más atento a su búsqueda que a mi presunto interés.

Aproveché para volver al sofá cuando pude verlo demudarse mientras levantaba el calendario del piso, tal vez pensando en que podía haberlo advertido. Para darle tranquilidad y desorientarlo, proseguí como si nada, hablando sobre la suerte de poder conocer Italia, un país que combinaba tan bien cultura con gastronomía, y eso pareció surtir efecto. Pero fueron solo unos breves segundos, cuando ambos notamos que la revista estaba ahora en el estante incorrecto. La tomó y me miró auscultándome, tratando de hacerse una impresión que le revelara en qué situación se encontraba de ahí en más. Me esforcé por suministrarle el personaje de una actuación persuasiva, esquivando su intento de sagacidad, contándole que lo más cercano que probablemente podría llegar a estar de Venecia, ya lo había vivido en mi infancia, a través de los libros de lugares del mundo de mi tío. En otras palabras, no era sino otro detalle pretencioso de la insatisfecha realidad de pobre. Atendió a mi conversación con desconfianza; lo apremiaban aplastantes móviles que yo desconocía y que solo algo más tarde pude deducir. No poseía un dato infalible que le garantizara indubitablemente pudiera estar al tanto de su secreto. No obstante, antepuso su deseo de ignorancia de mi parte, y aunque no lo pude inquirir por resultarme totalmente impensado a esa altura, desencadenó contra mí una conflagración confidencial, convirtiéndome en una presunta y larvada amenaza para su vida oculta.

Esa inesperada contrariedad bastó para minar la aparición de un rudimento de confianza que hubiera podido dar curso a un acercamiento. Comencé a prestar una mayor atención y a atar cabos con la determinación de no dejar ninguno suelto, porque si había algo que no terminaba de encajar en el rompecabezas era precisamente la existencia de su novia. A decir verdad, nada que resultara complicado. Félix se encargaba de dejar evidencia a cada paso. Y lo hacía de una forma muy contradictoria, como si deseara con la misma fuerza mantenerse oculto a nivel consciente así como salir del closet a nivel inconsciente. Su aspecto dejaba traslucir cierta ambigüedad masculino-femenina. Por lo demás, era amanerado y gesticulaba al hablar y no le movían un pelo los deportes ni otras actividades masculinas. Le preocupaba demasiado su bronceado y se desvivía por vestirse con ropa de marca reconocida. Le encantaba la *bijou*, las cadenas y la relojería, y aseguraba que Juan Manuel Belgrano había sido homosexual como muchos otros célebres personajes históricos que parecían prestarle cierta autoridad a su elección. Hubiera asegurado la homosexualidad del mismísimo Jesús si hubiese podido. Algo sin fundamento, pero muy conveniente para quién necesitaba reforzar su autoestima y su condición con falacias, que no escatimaban en disponer de un

alto calibre en proporción directa a su gran deseo de ser aceptado como tal.

Aquello no dejaba de causarme una triste miscelánea de chanza y compasión en un mundo insoportablemente atroz, en donde las excluyentes reglas que pretendían imponerse no parecían haber sido promulgadas para él.

Se calzaba los pantalones de espalda frente al espejo, retorciendo exageradamente el cuello para obtener la más destacada perspectiva posible, aguardando que sus glúteos rellenaran la prenda en cada tironeo hasta lograr su conformidad. Su pulcritud le tomaba siempre un tiempo extra; se demoraba en el baño tanto o más que sus hermanas y no podría haber sobrevivido a las noches de esta vida sin salir los fines de semana a bailar.

Francamente, no teníamos nada en común a no ser Julia, más allá del derecho que disponía cada uno de hacer de su culo un pito; de hecho me tenía sin cuidado lo que hiciera o dejase de hacer. Ni siquiera, de momento, me había tomado el trabajo de atestiguarlo ante ella. Solo que, dado los acontecimientos que se fueron produciendo, no esperé quedar inmiscuido sin aspirarlo como fue que acabé, a mitad de una disimulada y enfermiza línea de fuego entre su padre y él.

Sin excluir a nadie de su círculo íntimo, me refiero expresamente a su familia y concretamente a su forma de representárselo, daba toda la impresión que su homosexualidad estaba enclavada en un punto ciego al que ninguno de ellos podía o quería acceder, en particular don Alfonso y su esposa. Me costaba creer que su propia novia no pudiera barruntar nada extraño, a menos fuera bisexual. Pero entonces empalmé dos datos que fui observando a medida que transcurrieron los días. No tenía registro alguno de haberlo visto besarla en mi presencia y usualmente ella llegaba acompañada de una amiga de pelo corto, de apariencia poco femenina muy cercana a una *butch*, y con otros *tips* tradicionales no muy confiables, que sin embargo estimé podían aportar alguna pista a ese mi nuevo afán detectivesco. Por ejemplo: un demostrativo pañuelito de violeta a morado atado al cuello. Fumaba de lado como un estibador

y hablaba sin quitarse el pucho de la boca. Me figuré que probablemente entendiera de motores más de lo que yo había aprendido con mi suegro, pero para ser sincero, fui demasiado lejos con ese barrunto descortés. Aunque solo hasta ahí. Porque en todo lo demás di en el clavo. Al punto que Norma resultó ser la novia oficial de la *novia* de mi cuñado. Las delató el descuido de sus manos furtivas y entrelazadas por debajo de la mesa.

Empecé a percatarme que se trataba de un berenjenal al que mejor observar desde afuera. Y no tardé en columbrar que sus padres como núcleo y el resto de la familia eran objeto de un montaje que solo podía tener raíz en la cabeza atormentada de Félix.

Sentí pesar por él. Cómo emoción, el miedo es arcano y poderosamente coercitivo, y cuando nace del tabú empuja a seres acorralados por su veto a tomar decisiones, en muchos casos, desafortunadas y contraproducentes. El mundo apestaba y cada quién hacía lo que podía, cómo podía. Incluso tomarse trabajos actorales que, aunque no encontraran apoyo en el buen juicio, daban una dimensión del pánico padecido ante la posibilidad de perder el reconocimiento de sus afectos. El amor, ciertamente, no puede decirse inofensivo.

Frente a mí, el espectáculo hacía agua por todos lados. Sin embargo, funcionaba muy bien con respecto a los demás, teniendo por asistencia escénica la propia negación del público como mecanismo de defensa. Dadas las circunstancias, me pregunté por qué tanta molestia en erigir tan engorrosa farsa. Deduje que quizá la misma operatoria se llevara a cabo en la casa de su *partenaire*, Andrea, y que Félix oficiara de fingido novio, de la misma manera que ella hacía su parte en casa de Julia. Tenía que admitir que la teoría que intentaba desarrollar se explicaba mejor si ponía el acento en el lesbianismo de Andrea, y su quizá más urgida necesidad de desviar el foco de la atención de la que era su novia frente a su parentela, presentando un novio acorde a las exigencias del mandato familiar. Un atolondrado pacto que no podía tener sino un desenlace adverso. Aunque todavía no sabía para quién. Pero por otro lado, si de

eso se trataba, no llegaba a dilucidar en detalle cuál podría ser la razón para mantener la continuidad del sainete en casa de mis suegros. A menos se tratara de la misma situación, es decir, que el noviecito de Félix estuviera de incógnito entre sus amistades.

Y no me equivoqué. Aunque sí en número. Porque teníamos que hablar en plural. De repente, tuve la visión de una casa transformada en una caldera próxima a estallar ante tanto revoloteo de libido transgresora. La presión interna era mantenida dentro de sus parámetros gracias al simulacro y al efecto patológico que este producía en sus destinatarios principales. Me sorprendía la adaptación para distorsionar la realidad de quienes no eran sino víctimas de tal engaño; el cómo inconscientemente se sumaban gustosos a sostener un guión imposible, con tal de alejar lo que caía de maduro y los asediaba con su decepción, con algo que nunca hubieran esperado. Algo que daba por tierra esa tonta y egoísta vida que en su avaricia los padres prefiguraban para sus hijos como si se tratara de las suyas propias y que, al producirse un cambio de planes inesperado, difícilmente pueden terminar de digerir. En ese sentido, y por suerte, cada padre se hace merecedor de cada milímetro de desengaño. Como casi siempre, de una u otra manera, no suele ser fácil la tarea de procurarnos la que entendemos por nuestra propia felicidad.

La noche que tomé la decisión de confiarle a Julia lo que me había guardado a doble llave, la recuerdo sentada en la mesa de un restaurante delante de mí, postre de por medio, tierna y virginal, sin malicia ni doblez, tan cautivadora como era, despojada del mundo hostil que aún no se había hecho lugar para desdibujar su consustancial sonrisa, la que portaba a cada lado que iba, iluminando mis grises, y a la que yo tanto temor tenía de lacerar. Le había ido contando mi vida en acotados capítulos, tal vez porque me resistía a sobrecogerla con lo que llevaba de biografía. Sin embargo, ese aspecto maternal que suele venir adosado a la mayoría de las mujeres jugó a mi favor, y mi orfandad se transformó en un elemento de bella aflicción que profundizó su amorosa mirada cada vez que nuestros ojos se

cruzaban. Entendí que las mujeres, que en un primer y ligero vistazo parecían hechas de un cristal que debía ser tratado con delicadeza, en realidad estaban compuestas de un material mucho más sólido y estable que el nuestro, y se desvivían por proteger a esa viva puerilidad abandonada por nosotros en lo hondo de nuestra indiferente carnalidad.

Cuando al fin encontré las palabras para describirle la situación que vivía su casa, y no digo el momento porque vaya uno a saber cuándo es el momento adecuado para hacer ese tipo de revelaciones, me sonrió arrojándome un manotazo cariñoso pensando que era una de mis simpáticas bromas que no estaba causando el efecto esperado. Le ratifiqué más de una vez que no me encontraba bromeando. Adopté una postura de mayor seriedad y, aún así, le costó asimilar que lo que estaba diciendo no parecía ser una invención de mi mente alucinada.

Le relaté parte del curso de los hechos. Los desechó tajantemente con un rictus amargo. Afirmó se trataba de una tergiversación de la realidad, una fábula sin consistencia nacida de una interpretación apresurada. Replicó que desconocía a su hermano, que ya tendría la oportunidad de constatar mi inexactitud. Insistí. Comenzó a mostrarse incómoda, especialmente cuando mencioné a sus probables y numerosos novios. Y si había algo que no deseaba era causarle dolor alguno. Me pidió dejar el asunto para otro momento. No tenía caso y acepté. Solo agregué que nada me importaba de lo que podía hacer Félix con su vida privada, que no era de mi incumbencia. Pero convivir en un marco de mendacidad tal, se trataba de una situación inconveniente e incómoda, que en todo caso, nada tenía que ver con la pacatería.

Recuperándose, convocando a toda la indulgencia de la que era capaz en una sonrisa vaporosa, suspendiendo a ese insólito y fantástico narrador en que su resistencia me había convertido, quiso dejar asentado:

—Estás loco. Mira las cosas que decís.

Se permitió que la ganara la risa agitando la cabeza de lado a lado, desbordando en su pelo rubio y lacio toda esa hilaridad nerviosa. Me tomó las dos manos por encima de la mesa y para

distendernos, pero más que nada para despreocuparme, me dijo:

—Te puedo asegurar que estás equivocado. Es un malentendido. Y no te avergüences, te prometo que no se lo voy a contar a nadie.

No quise continuar con lo que no iba a ser más que una reiteración que podría encaminarnos a desavenirnos. Por lo visto, ni estaban dadas las condiciones para relevarle sus embarazosos entramados familiares, ni tampoco yo guardaba interés alguno en agriar su ánimo. Criada en los valores tradicionales que le habían inculcado, noté que requería de otros tiempos para asimilar tal mutación, y para amainar la tensión, recuerdo, le di un giro a la conversación anunciándole que había resucitado las ganas de matricularme en Filosofía.

Todo continuó igual entre nosotros. En la juventud, la narcótica piel quita muchos de los males que nos rondan, los repele hacia los límites de la inexistencia. Hasta que llega el momento en que se arruga.

Por lo pronto, si bien dejamos todo como estaba, no hubo forma de aplacar mi temperamento expectante. En realidad, sujeto al ramillete de actuaciones que me circundaban excediéndome, no tenía manera humana de desertar de tanto embrollo. Aquello se sucedía como un film impuesto en una sala cerrada y vacía en donde yo era el único espectador. Y a raíz de ser de los que se sientan lejos de la pantalla, el asunto empeoró. Hay imponderables e imponderables, y este, confieso, jamás lo hubiera podido presagiar. El caso es que, si de alguien menos lo esperaba, fue del mismo don Alfonso, con el que últimamente había comenzado a llevarme aceptablemente, y quién terminó ensañándose conmigo. Pareció ser que no vio con buenos ojos mi optar por un ligero corrimiento de los que para mí no eran más que suspicaces intentos de acercamiento de su hijo: sabía que necesitaba saber, pero ignoraba con qué fin. Quería asegurarme de qué se traía entre dientes. Desde el vamos, había algo en su actitud que no me gustaba: pagaba diez a uno a que no dejaba de mensurarme como un potencial peligro. No se trataba de nada personal, pero tampoco estaba

dispuesto a participar ni directa ni indirectamente de ninguna patraña que me involucrara en sus melodramas y a la larga pudiera traerme desapacibles consecuencias frente a sus padres, en particular don Alfonso, del que no me olvidaba, era mi patrón. Le había tomado afecto. Aunque ceremonioso y anticuado, se dejaba apreciar como un hombre sencillo y espontáneo, más emocional que racional, que poco a poco había sabido aceptarme. De todos modos, digamos que no era un tipo fácil. Tener que enfrentarse a la realidad de Félix, le hubiera resultado sumamente traumático y hasta intolerable. Con esto no quiero sugerir que aquel tuviera motivos fundados para humillarlo con sus puestas en escena ante los contados despiertos que conocían o intuían ese caricaturesco proceder. No obstante, tampoco dejaba de comprenderlo. Debajo de todo aquel alegre vestuario con el que disfrazaba su vida, más que confundido, estaba completamente desesperado. El móvil lo delataba. Ser descubierto por la mirada paterna, era un infierno del que necesitaba escapar, fuera como fuera. La ley del progenitor, esa opresiva imposición de patrones de conducta, nunca le daba descanso agitando el puntero en su interior. Ni aun cuando lo creyera, a cara lavada y en lo seguro de camarines.

A instancias de Julia, que todavía no se resignaba a dejar de verme como un desorbitado autor de ciencia ficción, intenté mantenerme al margen a como diera lugar, pero no resultó. Su padre, alentado tanto por mi silencio de indefensión como por mi apuesta inamovible (qué podía decir yo sin causar una catástrofe a nivel familiar), hizo recrudecer con virulencia comentarios asimétricos, ubicándome en el ojo de la tormenta.

Ocurrió entonces que, ignorando el armado que se ejecutaba frente a sus narices, juzgó mal mi reacia postura en cuanto a su hijo. Así interpretó (o necesitó interpretar) aquella declarada toma de distancia como una provocación mísera de mi parte, a su criterio supuestamente envilecido por la bajeza de los celos y de un sentimiento de inferioridad que se ocupaba de endilgarme y hacerme sentir a través de comentarios malintencionados y públicos, buscando herir mi estima, llegando a desmasculinizarme. Gustaba de compararme gratuitamente

con su hijo con la sola intención de rebajarme frente a él. Lo más detestable fue que a su arremetida no tardaron en sumarse otros y el propio Félix, que por un lado no podía ignorar plenamente lo que ocurría, mucho menos lo que ocultaba, y por otro, dado lo que entendió por mi aislamiento y desprotección, prefirió desacertadamente jugarse por mi desconocimiento y así fogonear en mí contra a su progenitor, abusando de la que era su realidad distorsionada, que él mismo se encargaba de desfigurar con trazo fino. Entonces recién pude verlo por encima de la pura corazonada, de mi acertada cautela. No se trataba tanto de alguien que pudiera y mereciera honrosamente llamarse *gay*, sino de una *loca mala*. Dada la forma de vivenciar su estado, con tal de salvar el pellejo, pues me veía como un potencial peligro de develamiento, no iba a vacilar en manipularlos ni a despojarse de negarme compasión. Ni a mí ni a Julia. El miedo de los hijos a los padres, y de los padres a los hijos, puede ser un miedo taxativo, capaz de arrastrar a las personas a la crueldad con una simplicidad monstruosa. Sin excluir el sobrestimado amor. La moral consanguínea, que tan dada es a estructurar nuestra visión del mundo social y raras veces tiene que ver con la ética, es sumamente demandante y partidaria. Exige leal incondicionalidad. Cualquiera sea la causa. De ser necesario, chivos expiatorios. Y en eso decidieron convertirme, consciente e inconscientemente, articulando un relato ficticio orientando a *justificar* y encubrir con falacias su estúpido y *humillante* secreto familiar.

Lastimoso resultó reparar que, en medio de aquella batalla implantada y mórbida, quedaba Julia, amedrentada, coaccionada a rendir tributo al mandato del clan, del que no pocos iban a apostar porque yo encarnara solo algo transitorio en su temprana vida. Ella pertenecía a esa horma. No podía reclamarle más. Desde sí, apenas si hacía lo que podía. Descreída, amándome, esperaba resolviera lo que denominaba mi confusión, para no tener que pronunciarse en los términos que yo lo hacía, los que se evidenciaba le resultaban lesivos, descripciones que en mi convencimiento merecían expresarse con propiedad, para no andar con eufemismos ni medias tintas.

Su presencia sensible ayudaba a restringir la lacónica animadversión que alentaban sus ausencias. Se saciaban con poco. Mi pasividad los cebaba como a una manada de hienas incontinentes que rebajaban lo ameno de la risa al zaherir. El número les infundía una seguridad arrogante y lo explotaban con locuaz sadismo cuando encontraban el cuándo, que podía ser con predilección durante una fiesta o en un simple cruce cotidiano. A preferir la sinceridad, compartían anteojeras y difamaciones con una rapidez de pólvora inflamada, la que los congregaba en un mismo fuego, un argumento sustituto asignado para oscurecer las verdaderas causas. Gran talento de la corporación familiar, siempre encontraban una manera de explicar sus asuntos omitiendo datos esenciales que los hubieran conducido a colisionar con aquello de lo que requerían sustraerse, es decir, la *dura y lamentable* realidad. Y en ese show casi incesante, fuera del grupo por no aceptar sus teatrales pautas, llevaba todas las de perder.

En una ocasión, durante un almuerzo, Julia dejó la sobremesa para acompañarse con una de sus primas a su cuarto. Quedamos don Alfonso y su esposa, doña Elsa, Félix, cuatro de sus amigos, sus hermanas, dos de sus tíos, dos de sus tías, algunos de sus hijos y yo. Un guarismo ferozmente desigual. La conversación corría por los rieles del futuro laboral de Félix y su carrera universitaria. Para don Alfonso, las conversaciones que involucraban a su hijo, no permitían ningún otro tipo de protagonismo que no fuera el de su vástago, el cual, si lo hubieran dejado, hubiese sostenido que rozaba la perfección. Todo lo demás era puro reparto y rol secundario, cuando no una amenaza. Y en esa obra yo venía a jugar un papel fundamental, sujeto a ser el arquetipo ideal para sus comparaciones odiosas. Era una fundamentalista y evidente actitud que se repetía con insistencia, tratando de defender una fortaleza dentro de la cual se hallaba un sueño sin correspondencia que debía ser resguardado de la vista de los demás con uñas y dientes. Aquel hombre se negaba a reconocer que detrás de aquel puente levadizo, de aquellas murallas, en esos aposentos, yacían sin posibilidades de despertar sus propias y cadavéricas ilusio-

nes, envueltas en *degradantes* mortajas rosadas. ¡Qué ridículamente se flagela alguna gente con sus cretinos prejuicios e ignorancia!

— ¿Cuánto te falta para terminar la carrera, Félix? —le preguntó su tío.

—Tres años más.

—Mirá qué bien. Son tres añitos que se pasan volando. Después te vamos a tener que llamar “señor doctor” —dijo en tono de broma.

Todos lo entendieron así. Félix estaba terminando de comer el postre y tomaba la cuchara de una manera un tanto afeminada. Uno de sus amigos le dijo, alusivo, continuando con la atmósfera de jovialidad:

—Cómo se te dobla la muñeca, Félix. Comes raro.

Enseguida me di cuenta que aquel no formaba parte de la cofradía, que ignoraba totalmente lo que sucedía frente a sus ojos; en caso contrario, jamás hubiera dicho lo que dijo.

Don Alfonso salió en defensa de su hijo en el mismo tono:

—Lo que pasa es que mi hijo es fino —aseguró.

Incorporándose al juego, Damián, otro de los amigos agregó:

—La ropa que se pone no dice lo mismo, don Alfonso.

Tampoco dejé de apuntarlo. Todos se rieron. Doña Elsa también lo hizo, pero remarcando con un gesto el carácter ingenuo del bromista.

Don Alfonso, volviendo a la carga, no pudo contenerse en asegurar:

—Es que mi hijo es elegante —Y agregó sin que viniera al caso—: Tiene todas las minas que quiere.

En ese preciso instante fijé mi atención en Mauro y en Sergio, sus otros dos amigos, que esforzándose en seguir el curso de los acontecimientos, no pudieron evitar sonrojarse un poco.

Félix, empeñándose en personificar el galán seductor que su padre le reclamaba, le ratificó:

—Qué va a ser. Es la percha, papá.

—Menos mal que no está la novia —dijo su tía, e incorporándome a la conversación me preguntó—: ¿Y vos no estudias, Ariel?

Contesté:

—De momento nada, pero me gustaría retomar la carrera de Filosofía. Justamente lo estoy pensando en estos días.

— ¡Ah! ¡Mirá qué bien!

—A mí con la Filosofía de la calle me basta y me sobra — aseguró don Alfonso, tratando de minimizarme. De pronto había encontrado una veta en el discurso y me la vi venir.

—Ay, Alfonso —le contestó su cuñada poniéndose de mi lado—. Es una carrera universitaria, válida como cualquiera. ¿O acaso Félix no está haciendo una?

Una vez que tomaba envión para desairarme, lo hiciera directa o indirectamente, difícilmente se echaba atrás.

—No vas a comparar a *este* con mi hijo —me aporreó con resuelta mala fe, fiándose en su localía y aguardando los gestos sardónicos del equipo familiar que buscaban respaldarse entre sí, señalando la presa. Miró a su hijo y este a él, regodeándose ambos. Buscó en la mirada de su hermano el consentimiento demandado, y encontrándolo, intercambiaron unas sonrisitas colaboracionistas que me cayeron como esquirlas, una metodología que usaba muy a menudo para descomprimir el dolor que lo agobiaba, un mecanismo péfido que le permitía proyectar su conflicto sobre mi persona. Por lo general, de mi parte jamás contestaba, lo que interpretaba como un acto de debilidad, para él prueba inconfundible de que había dado en el blanco con un comentario acertado.

Lo que parecía un goce canallesco, mirándolo en su justa medida, solo era un disfrazado contento masoquista. Por cierto, lograba lastimarme, un medio para un fin que le requería ser ciego y mudo. No obstante, por mi parte, en ningún caso dejaba de sentir compasión. Una compasión real, no sé si legítima, no puedo decir sí merecida. El pobre hombre era una herida abierta empujada a herir, un vivir humillado que pasajeramente se mitigaba al humillar, un resentimiento gobernado por una brutal e irracional ley de compensación que lo calmaba

carcomiéndole las entrañas. Yo sabía que a sus espaldas se había convertido en la comidilla de vecinos y de algunos de sus familiares que se debatían entre la lástima, la burla y la indignación frente al solapado engaño. Un murmullo herméticamente sellado que circulaba a la manera de síntoma, un signo que llenaba todo sin garganta y que dictaba férreamente: *de eso no se habla*.

Lo malo de ese principio de la moral familiar es que, lo que no se explica por la verdad, por sus auténticos motivos, por necesidad, no escapa al requisito que demanda sean sustituidos por causas falsas. Ni que decir que yo les venía como anillo al dedo. En especial a Félix, que por ninguna razón podía descartar lo que ocurría, y con toda crueldad apoyaba el arrojarme a las arenas de aquel coliseo de falsedades, totalmente desarmado. Podía ver en su mirada envanecida su goce sádico, su pedante mariconería, y podía ver detrás de ella el replegado horror que lo acosaba, la posibilidad de que su padre hiciera con él lo mismo o algo todavía peor de lo que hacía conmigo.

Don Alfonso agregó:

—Si no fuera por mí seguramente estaría en una esquina repartiendo volantes como *hombre empanada*.

Eso provocó risas y pasó por una broma. No todos entendieron el alcance de sus palabras, el estímulo que lo llevaba a contrabalancear su desdicha, rebajándome. Los que sí, jamás intervenían. No era asunto que les preocupara, a no ser a mí, la parte afectada.

—Mejor que siga haciendo buena letra en el concesionario. Y ni que hablar con mi hija.

La hermana de don Alfonso preguntó:

—¿Y vos Félix? ¿Cuándo vas a hacer abuela a tu mamá?

—Ay, tía. Soy muy joven todavía para cargarme con semejantes responsabilidades —contestó él.

—A mí me encantaría— expresó doña Elsa.

Don Alfonso la silenció groseramente, minimizando su comentario:

—Callate, vos. Dejate de decir pavadas y dejalo disfrutar la vida. ¿O querés que le pase lo mismo que me pasó a mí?

Fue una alusión directa a su matrimonio, lleno de desavenencias. Y no porque doña Elsa las engendrara. Con frecuencia se topaba con sus descalificaciones dijera lo que dijera, soportándolas con resignación. Lo común era que nadie interviniera. Ni siquiera sus hijos. Cómo si al no interponerse lograran desvanecer el conflicto en ese simulacro de “no registro”. Lo más triste del caso era que, quizá para justificar lo desagradable e injusto de sus acometidas, claramente tomaban partido por su padre, que con tres copas de vino, sin llegar a emborracharse, acostumbraba a dar rienda suelta a su brusquedad.

— ¿Y cuándo te recibas que vas a hacer? ¿Te vas a ir afuera como Joaquín?

— La verdad, lo estoy pensando. En los Ángeles, Joaquín está muy bien. Pero me gustaría irme a San Francisco. Allá también tengo conocidos. Gente que siempre está dispuesta a darte una mano. En realidad son familiares de Marcos. Ustedes no lo conocen a Marcos —le dijo a sus tíos—. Estudia conmigo. A él solo le falta un año para recibirse.

Doña Elsa, incómoda, dejó deslizar en su opinión su disconformidad materna:

—Yo le digo que lo piense bien. Acá tiene a la familia. Eso no se paga con nada. ¿En dónde va a estar mejor?

Con manifiesta acritud, su marido le contestó:

— ¡Pero será de Dios! ¿Vos qué te metes? ¿Qué se va a quedar haciendo acá, en este país de mierda?

—Sincerémonos, mamá. Acá el futuro no existe —aseguró Félix.

—No, si esta lo único que sabe hacer es hablar al pedo.

Ella intentó una defensa sin suerte.

— ¡Por qué no te callas, Elsa! ¡Sos una máquina de decir boludeces!

Que la maltratara verbalmente era cosa de todos los días. No tuvo mejor idea que intervenir:

—Pare un cachito, Alfonso.

Me miró como si no pudiera dar crédito a lo que escuchaba y me respondió:

— ¿Y vos quién sos? En mi casa hago lo que quiero.

—No es eso. Lo digo porque le va a hacer mal ponerse así. Está nervioso.

— ¿Qué me va a hacer mal qué? A ver si todavía te creíste que sos médico, ahora. El *doctor* está sentado de este lado, por si no te enteraste.

—Obvio —subrayó su hermana Raquel.

Sus primas permutaron gestitos coincidentes. Félix se las traía de callado, ufanándose, haciéndose acreedor del veredicto familiar. Cuando obraba así, no podía dejar de verlo como a una marica deshonesto y malicioso, fría y manipuladora.

Don Alfonso, por momentos, no podía evitar contrastarme con su hijo, compulsivamente. Era algo más fuerte que él. Necesitaba realzarlo, hundiéndome. Y aunque no siempre se comportaba de esa manera, le bastaba para mantenerme alerta y acorralado. Nunca sabía cuando me lo iba a encontrar de malas, presto a empezar otra vez. La presencia de Félix o su mención en su ausencia, aumentaba considerablemente esa posibilidad, así como la asistencia de otros que se sumaban con placer al escarnio público.

Si bien no todos procedían de esa forma, en líneas generales, el círculo familiar abrazaba los persuasivos *argumentos* de la sangre. El diálogo sincero era sustraído con meticulosidad, vivenciado como probable peligro de rompimiento. No eran del tipo de personas que solucionaran sus problemas enfrentándolos con franqueza. Preferían negarlos, cuando no endosarlos; cómo si de forma mágica pudieran esfumarse. Lo único real era que solo lograban potenciarlos, manteniéndolos al día, sosteniendo en el tiempo sus artificiosos subterfugios.

Como si hubiera sido invocado por la charla, dio a aparecer Marcos. Un tipo bastante más grande que Félix, cercano a los cuarenta años, con una calvicie incipiente; se podía apreciar a simple vista que era muy velludo. Usaba bigote y barba candado. Saludó cordialmente, presentándose ante quienes no conocía, y obteniendo la misma respuesta de los comensales, se sumó a la mesa. Le ofrecieron postre pero lo rechazó. Cortésmente aceptó un café. Elsa se levantó a prepararlo para la mayoría. Los demás continuaron en su sitio, incluso las mujeres.

Félix le dijo:

—Justamente estaba hablando de vos y de esa parte de tu familia que vive en San Francisco. De las posibilidades que tengo de irme para allá con vos.

—Seguramente vas a estar muy bien —dijo Marcos—. Lo puedo asegurar.

—Haces bien, Félix —le dijo su tío—. Si te quedas acá no vas a levantar cabeza nunca.

Su sobrino retomó la conversación desde lo emocional, dirigiéndose más que nada a su madre.

—Qué más quisiera yo que quedarme —Hubo un atisbo de emoción en sus palabras—. ¿Alguno cree que a mí me hace gracia tener que irme? ¿Qué me gusta la idea de alejarme de todos ustedes?

Al instante logró la adhesión de la familia que salió a avalarlo con negativas.

Más allá del afecto genuino que podía sentir por ellos, su actuación me resultaba relajante. No llegaba a creerle nada en absoluto. Si había algo que ciertamente deseaba con toda codicia, era justamente lo contrario, huir, largarse cuanto antes de aquel lugar, poniendo la mayor distancia que estuviera a su alcance, entre la que deseaba fuera su vida y la desaprobación de su padre, fundamentalmente de su padre, el artífice de su cruel *superyo*: aquello que *se debe* y *no se debe*. Necesitaba liberarse de esa cadena asfixiante. Y eso, en parte, podía acompañarlo con mi comprensión. Pero no lo lograría nunca de esa forma. Lo llevaba amarrado a su imposibilidad de ponerlo en palabras frente a él. Lo vi lagrimear tratando de inducir la compasión de quienes, en parte, deshonestamente engañaba.

Si había algo que le agradecía me estaba enseñando con su aporte, era a cuidarme de aquellos que acostumbraban a tener la lágrima fácil. Y él era de ese género de hipócritas. Se apreciaba, podían ocultar tener el corazón bastante duro. Obviamente, sensibilidad no era lo mismo que sensiblería barata. No siempre se dice lo que se siente ni se siente lo que se dice. Especialmente cuando no conviene mencionarlo y se trata de la clave que dilucida el caso. ¡Qué vulnerable se vuelve uno al

amar! Con que facilidad pasmosa suelen los que aman dejarse llevar por las apariencias al centrar la atención y la confianza plena en la pura cáscara. Porque el amor quiere ser pulpa, pero es cáscara las más de las veces. Porque el gran truco del amor es querer darle su forma a su objeto, aunque esa no sea ni por asomo su verdadera forma. Es la gracia y la desgracia de ese don. Enigma el otro, enigma el yo, una inacabable búsqueda por dilucidarnos sin poder anclar jamás en el devenir desfondado. La sensibilidad tenía que ver con esa pulpa y su curso era más que nada interior y poco visible, intensamente subterráneo. Sin embargo, no quería ser injusto, no quería perder de vista que él también era otra víctima; víctima y victimario, claro, de la neurosis en que se abismaba y abismaba a su padre, objetivo principal de sus perniciosas estratagemas. Y aunque dicen que la verdad a medias es mentira, no olvidé que todo refrán llevaba la aspiración de pasar por verdadero, y que nunca estaba de más sospechar de las verdades, y más concienzudamente de lo que llamábamos *Verdad*. Por desgracia, eso no me daría resultados satisfactorios, porque cuanto más me dejaba ganar por la conmiseración y la duda, más callaba y con más encarnizamiento me encontraba por delante. ¡Cuánto daño pueden producir las fatídicas mentiras!

Una de sus tías le dijo a Elsa:

—Seguro que se va a enganchar con una de estas americanas rubias, ricas, divinas, y te va a dar unos nietos preciosos.

—Ojalá —dijo ella.

Félix comentó:

—La semana pasada una tarotista me aseguró que voy a encontrar al amor de mi vida en California.

Noté un ligero tinte de vergüenza en el rostro de don Alfonso.

—Ves que no me equivoco. Lo dicen hasta las cartas —convalidó su tía.

Espero ser al menos comprendido, si admito que aquella conversación hecha de residuos medievales me resultaba insufrible. Eso me convidaba a mantenerme a un costado.

—Y vos, Marcos. ¿Crees en lo que dicen las cartas?

—Yo le tengo más confianza al horóscopo chino. Soy Caballo de madera —contestó.

En ese momento, Gladys, la hermana de don Alfonso me preguntó:

— ¿Y vos de qué signo sos?

Sencillamente contesté:

—No creo en esas cosas.

Para quién aguardara gozar de algo de popularidad entre ellos, ese era el tipo de respuesta inapropiada. A mí me importaba un comino.

Con sorna, don Alfonso, haciendo gala de su natural incontinencia, no pudo aguantarse en aclarar:

—Estos *intelectuales* son así, viste.

Me callé. Siempre me callaba. La conversación retomó el rumbo de los futuros rizos dorados de los vástagos de Félix. Era gracioso, pero si había algo en lo que aquel no demostraba ni el más mínimo interés, era precisamente en las inquietas criaturas. No se trataba de que no las soportara, pero sus límites de tolerancia eran visiblemente restringidos. Los sobrellevaba como podía durante cierto lapso de tiempo, y después deseaba se hicieran humo cuanto antes, excusándose con lo primero que le venía en mente.

—Ya puedo ver lo hermosos que van a ser esos bebés. Ojos celestes. Y no menos de tres —dijo Gladys.

La más chica de sus otras hermanas le hizo saber:

—Yo tengo unas ganas de ser tía...

—No te convendría terminar al menos el primario, Sil —le dijo Félix—.Cómo que me están pidiendo demasiado.

La otra cuñada agregó:

—Si no te apuras me parece que Julia y Ariel te van a ganar de mano.

A mí, los infantes me caían muy bien, de hecho me llevaba a las mil maravillas con ellos, pero el problema era que crecían y para mi gusto, demasiado rápido. Mirándolo a la distancia, tal vez hubiera sido mejor callarme la boca, o solo seguirle la corriente, pero fiel a mi estilo cometí la torpeza, o quizá tuve la audacia de decirle:

—No es algo que esté en mis planes.

El ruido de las cubiertos y las tazas desnudó la incomodidad los segundos suficientes para hacerla notoria. Revelando nuevamente aquel contraste, la mujer se animó a arriesgar con aires de convencimiento:

—Querrás decir qué no es algo que esté en tus planes inmediatos.

—No, quiero decir que no es algo que tenga contemplado en ninguno de mis proyectos.

Sentí al silencio separándome de toda posible señal de perentencia. Creí que continuaría indagándome urgida por, más que la curiosidad, lo que desde su elevado punto de vista del concebir, imaginaría algo así como una tendencia monstruosa a negar la vida. No lo hizo. Así que su porqué se quedó sin la que hubiera sido una posible espontánea respuesta de mi parte: “Digamos que sería mi manera de hacer un pequeño aunque no menos importante aporte al planeta, evitándole un nuevo ser humano”

Últimamente no tenía un alto concepto de la humanidad. Tampoco lo que se dice hacían esfuerzo alguno por mejorar o cambiar mi opinión. Así que nadie me podía culpar por eso, ni creo hoy poder culpar a nadie por lo mismo. Lo convalidó don Alfonso, que ya iba por su cuarta copa de vino, cuando sugirió:

— ¿No será que tenés un problemita de *orientación sexual*? Mirá que para casarse con mi hija hay que ser *hombre*.

Su hermano se subió al carro del humillador aportando otra sardónica hipótesis:

—Por ahí tiene un inconveniente con el quetejedi.

Todos los hombres se rieron y doña Elsa los llamó risueñamente a la compostura, intentando encauzar lo que no era una broma hacia aquel lejano terreno. Me tenían a mal traer y me sumé a la risa como pude, esforzándome por desentenderme y así facilitar el tragarme la bronca.

Convertido en el *punchingball* de don Alfonso, jamás hasta ese momento había llegado a desmasculinizarme de forma tan indiscutible. Yo no ignoraba porqué lo hacía. Él, de alguna ma-

nera, sí. No era algo que pudiera razonar, nada que quisiera traer a la conciencia y sobre lo que pudiera permitirse reflexionar. En cambio, Félix, lo tenía bien claro. Lo miré y me miró fijamente, sonriendo de modo hiriente, creyendo que estaba lo suficientemente bien guarecido. Me di cuenta que se había inclinado definitivamente por pensar que el accidente del calendario no había sido más que eso, solo una situación riesgosa. En el peor de los casos, lo cual también habría descartado, hasta podía negarlo. Amén que un calendario y mi sola intuición no podía considerarse ni indicio ni prueba alguna de todo lo que estaba aconteciendo a mí alrededor. Y más a su favor, no dudaba que entre su palabra y la mía, no tenía ninguna posibilidad de ser escuchado. Jamás dejaban de privilegiar su mutua confianza por esa obsecuente cuestión de sangre, por eso no vacilaban en engañarse deliberadamente para sostener el andamiaje de sus imprescindibles ficciones. Si abría la boca para defenderme, iba a salir a patadas en el culo de su casa e iba a tener que despedirme de Julia, que para males, había desestimado lo que le referí como si fuera un lunático. Pude anticipar que me iba a sacrificar si era necesario, que me iba a entregar a la saña del verdugo de su padre a cambio de él mismo. La bolsa de mentiras en que vivía y en la que obligaba a vivir a los demás, estaba cerniéndose perniciosamente en mi relación con la familia y su hermana. Sin embargo, advertí que si estaba en mi mano hacer algo al respecto, debía aguardar ingeniosa y pacientemente, me demandara el tiempo que me demandara, teniendo que escoger por la estrategia de permanecer desconocido. De esa manera, pensara lo que pensase, la representación que tendría de mí respondería más que otra cosa a su propia expresión de deseo. Cada vez que quisiera describirme, cada vez que hablara o emitiera opinión sobre el novio de su hermana, *diseñándome* en función de sus *intereses*, no lo estaría haciendo más que sobre él mismo, teniendo como eje de argumentación la exigencia de ocultación de aquellas causas que no eran silenciadas porque sí. Sabía que iba a ser definido a partir de su omisión intencional de datos. Sabía que si intentaba *mostrarme*, a la larga terminaría *mostrándose* a sí mismo.

Fingía no serlo, pero era tanto o más cruel conmigo que lo que lo era don Alfonso.

Entre ellos, en medio de aquella colisión reprimida e impalpable, yo era un sujeto doblemente sustituto de hijo y padre.

Gladys volvió al ruedo diciéndome:

—Por ahí todavía no lo pensaste bien, pero, ¿quién te va a cerrar los ojos cuando seas viejo?

El hermano de don Alfonso fue más explícito:

— ¿Quién te va a cambiar los pañales cuando te cagues encima?

Me quedé pensativo, mirando tamborilear mis dedos sobre la mesa. Seguramente se podía alegar más de un buen motivo para dejar una prole, pero aquellos dos me parecían definitivamente perversos. Presenciar cómo mis hijos, con gran dolor, me verían deteriorarme poco a poco, mientras me dirigía irremediablemente hacia la corrupción de la carne, no me resultaba muy estimulante. Es más, robustecía mi posición. Mis suegritos estaban petrificados. Inspiré profundamente y levanté las cejas, dándoles sin querer la falsa imagen de encontrarme en una dificultad, porque Gladys, comprensiva, me aleccionó para diluir mi reticencia.

—Es que todavía sos muy joven. Es eso nada más. Ya vas a entender. Tener hijos es una ley de la naturaleza.

Mi anarcoperspectiva me decía que si se hubiera tratado de una ley universal, no tendría forma alguna de escapar de ella, mucho menos con un simple condón. Y en ese sentido, tal vez, Dios, en el fondo, sí había pensado en todo.

Para no atiesar aún más el coloquio contesté solo:

—Quizá tenga razón.

Pero nada más que quizá.

De regreso, la voz de Julia sonó como una campana que me ayudaba a escudarme en la esquina de un *ringside*.

— ¿Me acompañas a ver unos zapatos que me gustaron a la peatonal?

—Ah, yo quiero ir también —exigió su hermanita más chica, Silvia.

— ¿Podemos ir? —se agregó Raquel.

Eran un atentado a la intimidad. Ellas y sus primas estaban en todos lados, importunando mi pulsión sexual. Eran simpáticas y agradables por demás, ocurría que yo estaba en edad de merecer y como no se ignora, en circunstancias tales, todo tercero no podía estar sino sobrando. Además, podía decirse que los comerciales de televisión habían hecho un provechoso uso de la ciencia a su favor, porque babeaban frente a la pantalla como los perros de Pavlov ante el sonido del metrónomo, y eso me irritaba. El mundo se había convertido en un gigantesco gabinete experimental en donde todo estaba encauzado en aras del consumo. Cuando nuestros predecesores hicieran historiografía de la presente época, sin lugar a dudas, pasaríamos a incorporarnos a sus teorías como una suerte de hamsters poco pensantes dirigidos por el enajenante poder de las imágenes.

Digamos que la coyuntura que se me ofrecía, esa realidad chata y homogénea, por oposición, me iba empujando obstinadamente hacia *Puán*, a meter la cabeza entre las protectoras páginas de los libros y a tener en la mira el más allá de la pecera. Admito que jamás me consideré especial, mucho menos el candidato ideal, en todo caso, digamos sí bastante atípico, lo cual no es difícil de percibir cuando se experimenta a menudo no encajar en matriz alguna ni a golpes de recios martillazos.

Julia le pidió las llaves del auto a su padre.

Don Alfonso le recomendó:

—Tené cuidado. *Maneja vos*.

Me despedí agradeciendo el almuerzo. Elogié la comida de doña Elsa. Félix nos invitó a salir con él y sus amigos por la noche y yo, sencillamente, me negué alegando tener otros planes.

Ganar la calle me ayudó a temperar el nerviosismo. El sol incansable que alumbró mi infancia sin herirme, estaba ahí no ya como antes, pero estaba, y no era para andar menospreciándolo. La caverna, sus fogatas y sus ataduras, las sombras de la familia sobre las paredes quedaban allí dentro. Era hora de la caverna de luz, la otra gran gruta. Después de todo, ¿cómo saberse al fin afuera? ¿Vería su caverna, Platón, al cerrar los ojos? ¿Querría huir de sí montado en su artificio de palabras? Por

favor, ¡la *idea en sí!* ¡Un disparate! ¡Y decía menospreciar la poesía! ¡No éramos acaso cavernas hablando sobre cavernas? Por qué no interminables cajas chinas en todas direcciones.

Los gritos y las voces de las chicas rebotaron dentro de mí con sus inocentes ecos luminosos. Los seguí sin poder esquivar-me. Así que salí adentro, o tal vez entré afuera, o ambas cosas quizá. Ya en el coche, reparé en que había olvidado la campera en el respaldo de la silla. Me disculpé un momento y volví a buscarla. Caminé despacio unos veinte metros hasta la casa y me detuve ante la puerta unos segundos con la intención de escuchar sin ser visto la conversación que llegaba desde el interior. Odiaba ese recurso vulgar que se reiteraba hasta el hartazgo en todo culebrón televisivo, en donde alguien oía lo indebido interrumpiéndolos sorpresivamente o escuchándolo a la manera en que yo estaba a punto de hacerlo. No obstante, intuitivamente, me encontré parodiándolo, y antes que me arrollara la ola de vergüenza que empezaba a alzarse sobre mí, escuché la voz amortiguada de Félix diciendo:

—No, tío, es que Ariel tiene serios problemas para socializar. No hay que dejar de lado que prácticamente es huérfano. Los padres murieron cuando él era muy chico, un bebé. El tema pasa por ahí. Tiene problemas —remarcó.

—Ah, mirá vos. No sabía —le escuché decir a su tía.

—A él siempre lo rechaza —dijo don Alfonso—. Son celos, viste.

—Yo ni problema que me hago —continuó Félix—. Pero me da pena por mi hermana, pobre. Además, siento como si quisiera separarme de ella. No se lo voy a permitir.

—No te hagas malasangre. Por ahí tu hermana se aviva y le da el olivo —dijo su otro tío.

—No estaría mal —dijo Félix.

Escuché a Marcos y a los demás amigos reír con asentimiento.

Aquello me dejó casi rendido, dolido y vulnerable. Escuchar a Félix usar mi historia personal para justificar mi toma de distancia y mis negativas, bien cuidándose de ocultar las verdaderas razones, me pareció propio de un miserable, de un cobarde.

Podría haber irrumpido de improviso y gritarle en la cara lo rastrero que me parecía, podría haberle presentado sus novios a su padre para ver que tan cómodos se sentirían, para ver qué impresión le causaba el saberse engañado en sus afectos, para ver si gustaba de continuar comparándome con mala leche como lo hacía. Sin embargo, sabía que ni siquiera atinaría a realizarlo. Yo no era ni por asomo como él ni como su hijo. No estaba en mí lastimar. No lo hubiera hecho nunca. Y no porque no dudara qué él iba a mentir, negándolo, ni siquiera porque no ignoraba que nadie iba a tomarme en serio. Más que otra cosa, porque sabía que iba a perder a Julia y, casi con seguridad, también mi trabajo, ese puesto que Jorge me había ayudado a ganar, recomendándome a su tío.

Abrí sin anunciarme, y pude ver las palabras vertidas hacia un instante contrariar sus rostros.

Señalé mi campera y solo dije:

—Perdón, me la estaba olvidando.

La tomé y volví a saludar antes de irme. A mi espalda escuché algunos chaus, hasta luego, y que se diviertan.

Me vino a la memoria aquellos mediodías de domingo de finales del sesenta, principios de los setenta, en donde junto a tío Eduardo, durante los almuerzos, mirábamos en la tele *Los Campanelli*, y veíamos a don Carmelo cerrar el episodio frente a la mesa de su numeroso grupo familiar, comiendo pastas y proclamando con autoridad de patriarca: “*¡Lo primero es la familia!*”

No me quedó más que adquirir ciertos hábitos evasivos que me condujeron a mejorar mi situación a través de ausencias; ausencias que, por otro lado, no tenían una lectura que me trajeran solo beneficios, ya que no eran bien vistas por el núcleo familiar y sus extensiones, y daban lugar a interpretaciones des-acertadas y adversas.

Como pude experimentar, mi toma de distancia de Félix desactivaba en parte las vejatorias disparidades que don Alfonso, con cualquier excusa, introducía para darle rienda suelta a sus proyecciones. Así que por donde Félix discurría, eran territorios que prefería no frecuentar. Eso me salvó de los más de los numeritos que don Alfonso hubiera podido montarme en público y en los que su hijo acostumbraba regocijarse. Aunque a decir verdad, en algunas oportunidades, solo le bastaba mencionarlo para que eso lo atizara. Lo cierto es que nunca me encontraba seguro de estar a salvo de aquel dúo patológico, unidos por ese doble conflicto de no reconocimiento. Un doble desprecio reprimido, que solo les permitía aceptarse en una ficción, la que cada uno de ellos esperaba del otro; una lastimosa fantasía pacificadora, en la que para amarse, se negaban.

Resueltamente, mi maniobra tenía su lado positivo. No dejaba de sorprenderme lo tan distinto que don Alfonso podía

comportarse ante mí a solas. Parecía otra persona. Hasta era capaz de demostrarme un afecto que no dejaba de confundirme, alejado de ese hombre que parecía solo tener reacciones fastidiosas y despectivas para con su esposa, no poco de violencia verbal, y por momentos una animosidad irracional para conmigo, algo que ni él mismo alcanzaba a comprender; al que le había escuchado decir lisa y llanamente, dirigiéndose a mi persona, pero como quien se desentiende a último momento de tal intención y habla para todos: Hay gente a la que uno le tiene bronca y no sabe bien porque. Es casi... como una cuestión de piel.

Pero no era una cuestión de piel. Ni tampoco ninguna bronca que pudiera originarse en mí como causa primera. El caso era que en el trabajo actuaba como si hubiera perdido el registro de nuestra tirantez, conviviendo con una doble negación de la realidad que tomaba el mando según el cambio de contexto. Y en esa fase amigable, podía volver a apreciarlo con la tranquilidad que me devolvía su favorable viraje de actitud.

Los tres últimos años de universidad de Félix, dadas las circunstancias, cooperaron mejorando mi relación con su padre, porque con la excusa de ubicarse más cerca de la Facultad por tener más presión en los estudios, decidió irse a vivir al departamento de su pareja *oficial* en capital, Marcos, dónde seguramente halló la intimidad y la discreción suficiente para desmarcarse de toda mirada inconveniente, distendiendo así la tensión interna de mi suegro. Probablemente repensó que las incursiones a su habitación a puerta cerrada con Marcos en nombre de la medicina era exponerse demasiado. Solo lo cruzaba en la casa rara vez, cuando venía entonces casi de visita, y de paso a hacerse del dinero que necesitaba para solventar sus gastos. Era lamentable que aquel lugar vacío me proveyera frente a don Alfonso la gracia de lo que hubiera debido ser moneda corriente, lo que uno podría llamar una relación normal. Pero no podían escapar a sus mecanismos represivos. Para ellos, mi vida oficiaba como una suerte de cortina de humo, tras la que podían movilizarse con libertad atrapados en las redes de

lo anómalo, tratando de hacerme ver como un tipo raro, a lo que yo nunca dejaba de aportar.

Tanto Félix como Marcos o cualquiera de sus amigovios, sabían tan bien como yo lo difícil que se torna la vida cuando nuestras decisiones no se encuentran en consonancia con las de las mayorías, y lo tan crueles que estas pueden llegar a ser. No obstante saberlo, optaban por enrolarse disfrazados del lado de la cantidad y desde allí usaban ese mismo látigo conmigo, canjeando mi espalda por las suyas. Se perdían la oportunidad de sentirse orgullosos de gritar a los cuatros vientos, la ventura de saberse diferentes. Y aunque la mía era otra diferencia, (no me resultaba muy diferente la gente por meterse o no lo que se le ocurriera en sus esfínteres), nunca fui de los que, por miedo o por vergüenza daban a ahogar ese grito. Porque pensándolo bien, desde el punto de vista de los más, es algo que se esfuerzan en cobrarte caro, y desde el punto de vista de los menos, de los que siempre formé parte, al fin de cuentas, no son más que unos cuantos magullones y unas insignificantes monedas. Una bagatela. Porque como decía alguien que conocí, ni son tantos los vivos ni lo son porque respiran. Tan poco personal es el patrimonio de la homogeneidad.

La relación con don Alfonso, como venía diciendo, mejoró rotundamente, particularmente en el ámbito de lo laboral. Los primeros tiempos de la convertibilidad, de la paridad cambiara uno a uno con el dólar, que prometía estabilidad y reactivación económica, y que solo terminó siendo un fiasco, beneficiando más que nada a los sectores más acomodados de la sociedad y a los capitales extranjeros, provocó al principio, producto del optimismo que suelen traer los cambios, un alza considerable en la compraventa de usados y eso podía leérselo en todo su buen ánimo y predisposición.

—Haceme un favorcito, Ariel. Andate hasta el desarmadero y preguntale a Javier si tiene el capot y la tapa de baúl de un *Fiat Duna* y un tanque de nafta para el mismo auto, o si me lo puede conseguir. Dale, hacete una escapadita que no lo puedo ubicar por teléfono porque me da todo el tiempo ocupado. No debe tener línea.

Si había algo que realmente no me agradaba y me producía una espinosa disconformidad, era tener que ir al desarmadero. No ignoraba la procedencia de la mayoría de las autopartes. Tampoco cual iba a ser la consecuencia de decirle al delincuente de Javier, de no tener lo que buscaba, si me lo podía conseguir. Hasta ese entonces me las había arreglado para hacer esa parte del laburo de la forma menos chocante posible, embaucando a mi inconformidad; me refiero a tener que poner la cara a sabiendas, cosa que, estaba visto, no le resultaba ilícito ni deshonesto a casi nadie, ya que la mayoría acostumbraba a aceptar la vida de manera mucho más corriente y natural que yo. “Las cosas son así —parecía decirme el mundo—. No te podés estar haciendo problema por todo”.

Como presentí, no me quedó más que dejarle el encargo.

Javier me aseguró:

—Decile que a principio de la semana que viene se lo tengo.

Reprimí el hecho de, acaso, estar provocando la demanda de otro robo de vehículo. Pensé en que podían matar a una pobre persona por un capot, una tapa de baúl y un tanque de combustible. El mundo repugnaba y yo con él. A conciencia, con resignación, silenciándolo, inmersos en el mismo torrente, hacíamos nuestra parte, quién menos, quién más, cada uno a su manera, depositaba su granito de arena: buscando por izquierda un tanque de nafta en un desarmadero, invadiendo Kuwait por intereses petroleros o yendo simplemente allí deseoso de tener un bautismo de fuego, volando una embajada, o viendo casi indiferentes, como sí fuera un film hollywoodense, las imágenes de una Sarajevo devastada en un noticiero durante la cena, sin que eso llegara a quitarnos el apetito. Ahora que estábamos *conectados* a través de los medios de comunicación más veloces y sofisticados jamás creados, se entreveía con mayor obscenidad lo tan distantes que podíamos hallarnos.

Todo y nada me exculpaba. Me sentía envuelto en inconvenientes desde siempre. No sabía bien porque, pero parecía ser así, llevaba una fatídica variedad de hado individual esposado a mis reflexiones. A veces cavilaba que, si me cagara soberanamente en todo el expansivo universo y sus adyacencias, proba-

blemente la pasaría muchísimo mejor. Pero era solo una sensación atropellada, algo que, como mucho, podía pensar y no sentir; al menos con convicción.

Iba saliendo del desarmadero, cuando lo vi llegar a Marito con dos acompañantes. No me causó precisamente alegría encontrarlo ahí. Tampoco me gustó lo que anunciaba el aspecto de los otros dos. Hubiera preferido equivocarme y pensar que se trataba del típico prejuicio clasista tan tendiente a estigmatizar al otro, o de una paranoia mía, pero lo primero que se me cruzó por la cabeza era que algo no andaba bien. Y en verdad algo no debía andar bien. Nos reconocimos inmediatamente, y aun cuando nos tendimos la mano y nos dimos un beso, no pude dejar de reparar en que el estrago del tiempo había acabado con la calidez de aquellos dichosos días. Siempre acarrear algo de tristeza esos encuentros. No dejan de vivirse sin cierta frustración, como si al final uno hubiera terminado siendo infiel a algo a lo que debía haberse aferrado ilimitadamente.

— ¿Cómo andás, Mario?

—Bien, ¿vos? ¿Qué andas haciendo por acá? ¿Tu tío todavía tiene el *Siam Di Tella*?

Lo tenía. Seguía parado en la puerta de casa, descascarándose, las gomas bajas, casi sin uso. Le habían ofrecido comprárselo pero no había querido desprenderse de él por ninguna razón. Dio como respuesta un: “Quizá más adelante”. Pero la verdad era que le gustaba tenerlo cerca, mirarlo, como una joya herrumbrada que guardaba el poder de acercarle gratos recuerdos. Lo que no pocos llamarían: cosa de *jovato*.

—Me dijeron que estabas trabajando con tu viejo en la construcción.

—Eso hace un tiempo. Ahora ya no. La albañilería no es para mí. Me cansó. Es un laburo de mierda.

Los dos que venían con él, me concedieron un resumido gesto a manera de saludo y continuaron hacia el interior tomando distancia pausadamente, esperando a que Mario se les uniera. Javier los vio por la ventana de lo que era su oficina, o pretendía serlo, un hoyo sucio de polvo, aceite y grasa, y les salió al encuentro.

— ¿Y los demás? —preguntó haciendo referencia a Patricio y Jorge.

— Ahí andan. Uno terminando la carrera. El otro trabajando con el padre.

— ¿Y vos?

— Laburando en la concesionaria de mi suegro. E intentando hacerme de ganas y tiempo para cursar Filosofía en la UBA.

— ¿Filosofía? Dejate de joder. ¿Con eso se puede comer? ¿No te conviene estudiar algo útil? Digo, no, ya que tenés que esforzarte tanto...

Sonreí. Estaba acostumbrado a los comentarios de esa índole. El mundo corría por otros carriles hacía rato. Y yo iba siempre a contramano, encandilado por el parpadear de las luces largas y los bocinazos que nunca dejaban de recordármelo.

— ¿Y vos? ¿En qué andas? —le pregunté.

Se llevó una mano a la nariz dos veces seguidas. Le noté cierto nerviosismo. Demoró los suficientes segundos que unos veinte años atrás no hubiera demorado en contestar a ninguna de mis preguntas.

—Estoy en esto de... la compra y venta de repuestos —respondió con un casi imperceptible tono dubitativo.

Algo debí dejar traslucir porque, tomando nota se apresuró a tapar el hueco como justificándose.

—Es mucho menos duro que andar con el fratacho y la pala todo el día, viste, o picando paredes... Aquellos son mis socios. Por ahora no me va nada mal.

No daban justamente el perfil de comerciantes, mucho menos de flamantes empresarios. Y si por un momento creí que podía equivocarme y todo podía ser, me incliné por pensar lo contrario cuando escuché a uno de ellos ponerse un tanto agresivo, mientras le reclamaba a Javier lo que al parecer este les adeudaba.

—Dejá de hacerte el pelotudo, loco. Acá nosotros hacemos nuestra parte. Y vos sabes que es la peor. Así que nos das lo que arreglamos. No te quieras pasar de vivo.

El otro lo llamó a calmarse y bajar la voz. Mario reaccionó de inmediato y les gritó:

— ¡¿Qué pasa, loco?!

—Veni un cachito, Mario —le pidió Javier, que daba toda la sensación de encontrarse en aprietos.

Continuó diciéndoles:

—Tranquilos, que lo suyo va a estar tal como quedamos. Pero hoy no la tengo. La semana que viene va a estar toda. Ya se lo dije a Mario por teléfono. En mí pueden confiar, loco. ¿Alguna vez los cagué? Además, ustedes saben que no conviene que se vengan hasta acá. Ni a ustedes ni a mí. ¿Lo saben o no lo saben? Dale, vamos adentro y charlamos tranquilos, que este no es lugar para andar ventilando los negocios. Qué haces, Mario —Lo tomó del hombro y se fueron caminando hacia la oficina.

Alcé la voz para decirle:

—Chau, Marito. Nos vemos. Me voy que se me hace tarde y tengo que volver al laburo.

Se dio vuelta y alzó la mano, despidiéndose.

—Nos vemos— dijo.

Salí caminando hacia el auto con un regusto amargo. Ya no quise pensar. No quise hacer suposiciones de ningún tipo. No quise ahondar en nada ni saber nada más. Me quedé toda la tarde recordando aquellos días dorados. Me pregunté hasta que punto éramos responsables de nuestros actos, y hasta qué punto éramos un resultado social, un producto de las experiencias que nos iban moldeando. Me pregunté adónde habíamos quedado aquellos *otros* nosotros.

Volviendo a casa, encontré a Horacio en la puerta de la suya. Me invitó a tomar unos mates y aunque estaba algo desganado, acepté de la misma forma en que pude haberme negado. Necesitaba extraviarme, y daba igual si lo conseguía en lo que durara una amigable mateada en la casa del vecino. Hablamos en principio de nuestros trabajos, de mi tío, de algunas noticias en general. Estuve a nada de contarle lo que me había pasado ese mediodía, cuando me encontré con Marito, pero lo archivé. Si había un tema que teníamos trillado era el de su hobby de

astronomía, el de ese proyecto de astrónomo que, por circunstancias de la vida, había quedado varado en la fase de aficionado. Así que nunca lo hacía faltar. Esa primavera lo había visto varias noches en la terraza al salir, él también intentando perderse, a diferencia mía, entre las estrellas. Le hice el comentario de haberlo visto en forma reiterada y eso pareció ensombrecerlo, o perturbarlo. No alcancé a comprender cuál podía ser la razón hasta que el mismo se decidió, mate a mate, no sin resistencia, a contarme lo que se venía guardando. Le costó echarlo afuera pero lo dijo, y yo pude entenderlo. Pude entenderlo con la opacidad que pueden entenderse esa clase de asuntos, esa clase de dolores. Teníamos bastante en común, Horacio y yo.

—No siempre estoy mirando al cielo, sabés. No siempre busco por ahí —me dijo a manera de confesión.

No comprendí a que se refería. Tampoco pregunté. Se detuvo. Me limité a devolverle el mate y quedé a la espera de que continuara. Me pareció que no iba a volver a decir más, que todo lo que tenía para contarme iba a morir en esas pocas palabras. Volvió a cebar el mate y me lo volvió a pasar.

—Te toca —le dije.

—Ya me estoy poniendo verde hoy. Seguí tomando vos. Yo paso.

Me lo quedé. No le quité los ojos de encima, dándole su tiempo. Se llevó la mano a la frente, a los ojos, los restregó, dijo tener la vista cansada, algo de presión ocular, se quejó del polen en suspensión propio de la estación primaveral y al tenerme delante, supongo que advirtió que no podría eludir con facilidad lo que de alguna manera ya había empezado a contar. Carraspeó buscando todavía una punta que lo recondujera a esa tentativa, tratando de encontrar la manera de expresar el enredo que lo tenía atascado, un aljibe que intentaba subir en el cubo unas frases ciertas que pudieran decir algo de él. Un pozo que, al arrojar una piedra a lo profundo, no nos devolvía ninguna respuesta líquida ni rumor de linde, ni silencio ni algo como nada. Otro pozo como el mío, que no daba seguridades

y solo entregaba palabras que reverberaban ante su propia y presuntuosa luz.

No pareció encontrar el principio, ni siquiera un preámbulo y se disculpó.

—No sé por dónde empezar.

—Por dónde quieras —le propuse—. Lo importante es arrancar. Después vamos viendo. Lo vamos hilvanando juntos, si querés.

Hizo un gesto afirmativo y eso pareció inyectarle voluntad.

—Vas a pensar que estoy loco. O que soy un boludo grande ya, para andar creyendo semejantes pelotudeces.

—Si es por eso no te preocupes, a mí no me llaman precisamente el cuerdo, Horacio. En todo caso vamos a ser dos.

Dejé el mate sobre la mesa y tomé uno de los bizcochitos de grasa que todavía no había tocado.

—Vos sabés que acá, en el cementerio, tengo a mi esposa... o están los restos de mi esposa, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Bueno. Hace unos meses, tres quizá, en una de esas mañanas en que voy a limpiar un poco el lugar, a llevarle unas flores, escuché al personal hablando sobre algunos... como llamarlos... sucesos extraños, ruidos, objetos que se caen, presuntas voces. Hipotéticas fantasmagorías, cosas de esas, por el sector.

—¿Te referís a fenómenos paranormales? —dije casi riéndome.

—Sabía que me ibas a tomar por ingenuo.

Me disculpé inmediatamente.

—No, no. No es que me burle, pero, entenderás... que resulta difícil de creer. Acordemos que el sitio ayuda a que uno se incline a aceptar esa clase de supersticiones sin muchos reparos. No debe ser fácil estar ahí y que se caiga un florero o una placa de bronce en el medio de la noche.

—Sí, estoy de acuerdo con vos. Tampoco te estoy diciendo que yo crea en eso... solo que...

Horacio volvió a reñir con las palabras. Al parecer, juzgaba que aquel no había sido un buen arranque argumentativo. Re-

tomó su relato buscando zanjar la dificultad y de lleno, para que entendiera de una sola vez a donde era que quería llegar, sin tanto embrollo, me soltó:

—Últimamente estoy utilizando el primer telescopio de aficionado que me compré, el de iniciado, para hacer observaciones dentro del cementerio.

Me dejó mudo. Ciertamente podía esperarlo de todo creyente que abundara por ahí, especialmente de aquellos que andaban en la mala o en las últimas, pero jamás se me hubiera ocurrido incluirlo en ese rebaño, a él, mucho de empirista, casi un hombre de ciencia inclinado a pensar al universo como intrínsecamente matemático, íntegramente lógico y causal. Alguien venido de la astronomía, tan adepto a los fenómenos cosmológicos, los que soñaba pudieran ser descriptos algún día a través de una teoría simple y totalmente racional, los que no eran para mí sino puros fenómenos increados, inaccesibles, y sin sentido alguno.

Habiendo entendido lo que trataba de ilustrarme fue que quedé impactado, y eso cooperó para que continuara expresándose con menos desorden.

—Estuve hablando con gente del cementerio y me enteré de algunas cosas. No sé si sabes que hay personas que se dedican al espiritismo, médiums, de estos cultos sincretistas como el umbandismo, que acostumbran a frecuentar el lugar de noche.

—¿Acá? ¿Y cómo entran? —pregunté.

—Me extraña, Ariel. La *cometa* funciona en todos lados. Le sueltan unos pesos al sereno y si es necesario les abre las puertas del infierno.

En amigable contraofensiva me dijo:

—Nene, ahora parece que el ingenuo resultarás ser vos.

No pude más que aceptar su réplica con una sonrisa de adhesión. Por el rumbo que iba tomando la exposición creí haberlo malinterpretado desde un principio.

Me apuré entonces a decirle:

—Ah, entiendo, estás siguiendo lo que hace esta gente, estos parapsicólogos, ocultistas...

—No, no —salió rápido él también a subsanar mi inexacta conclusión—. No. Para nada.

Sus ojos me esquivaron para repensar cómo encarar lo que seguía sin decirme. Tras sus lentes gruesos, sus ojos fatigados me dijeron todo. No me había equivocado. Se trataba de Rosa. Me di cuenta que había cosas que no se evaluaban con razones, ni requerían coherencia ni consistencia ni nada por el estilo. La vida no se agotaba en ningún marco lógico, en ningún sistema axiomático. Miré alrededor, y pude ver la humedad de las paredes, la ligera inclinación de la que colgaban los cuadros empolvados, la pila de platos de no menos de dos días sin lavar que esperaba sobre la mesada, ropa, un cepillo de dientes, remedios y otros objetos que estaban dónde quizá no deberían estar de no encontrarse tan solo. Como si alguien se hubiera llevado sus apropiados espacios con su ida. Las últimas modestas huellas del gran caos que dejan las que ya no son ni ausencias.

A manera de ayuda le pregunté:

— ¿Es sobre tu esposa, verdad?

—Sí —ratificó sin titubeos.

Se mesaba nerviosamente la barba. Volvió a decirme: —Es justamente sobre ella. Pasa que no es fácil. Ya hace muchos años que falleció y... Por ahí vos todavía no estás en condiciones de entenderme bien. Se necesita transitar la experiencia.

Sacó un cigarrillo del paquete que tenía sobre la mesa y lo encendió. Le dio una pitada y lo apoyo sobre el cenicero de vidrio, cargado de colillas aplastadas.

—Antes mi vida era otra cosa, sabes. Con Rosa no solamente teníamos un proyecto de cara al futuro, hasta el fin del futuro, ¿me explico?; eso que uno concibe *para siempre*. Éramos felices... Muy felices. Nunca me imaginé que lo que ocurrió podía pasar. O bueno, en el fondo uno sabe que no está exento de que te toque, la muerte quiero decir. Pero era algo que, por lo visto, le pasaba solo a los otros. Más que nada a los viejos. Cuando se es joven esa es la idea que a uno le suele rondar. Al menos eso me pasaba a mí. Estábamos a una pizquita de cre-

ernos inmortales. Una ingenuidad. Y nosotros éramos tan jóvenes...

Le volvió a dar una pitada al cigarrillo y esta vez se lo quedó cerca de la boca, el antebrazo derecho acodado sobre el borde de la mesa, el cigarrillo entre el índice y el medio.

—Teníamos todo por delante. Todo. Teníamos el amor, las ganas y el tiempo. Pero bueno... No pudo ser. Ella falleció y...

Pude ver sus ojos humedecerse y él lo notó. Fingió adjudicárselo al humo del cigarrillo, al que barrió agitando la mano libre varias veces. Tosió buscando un apoyo, una distracción que lo ayudara a controlar la emoción.

—Cuando eso ocurrió me di cuenta que ella no solamente era parte del proyecto, de ese proyecto conjunto, nuestro proyecto, sino que ella misma lo era. Y él se fue con ella. Y con ella, el futuro.

—Pero vos seguís acá. Estás acá, ahora.

—Pero no se trata de estar por estar, justamente. No se trata de existir por existir.

Corrió la silla arrastrándola un poco y se levantó preguntándome:

— ¿Querés un vaso de agua? Gaseosa no tengo. No tomo.

—Dale.

Los bizcochitos de grasa me habían dejado la boca pastosa. Llenó dos vasos con agua de la canilla y me dio uno en la mano.

Me dijo:

—Yo soy del tiempo en que el agua mineral no se usaba.

Volvió a sentarse. Se tomó medio vaso. Hice lo mismo. Horacio era un hombre al que yo le tenía mucho respeto y cariño. No sin algo de vergüenza y temor a equivocarme, nuevamente le pregunté:

— ¿Me estás queriendo decir que contactaste a alguno de los espiritistas? Porque no termino de entender...

—No —me respondió con paciencia—. Me contacté con uno de los serenos. El que está mañana por la noche. Le di unos pesos.

Tragó saliva. Volvía a costarle hablar.

—No supe bien qué decirle. Le pareció medio raro porque no me salió de entrada argumentarle bien con qué fin tenía intenciones de visitar la tumba de mi esposa por la noche. Tanto que al principio no estaba muy seguro de no estar metiéndose en un problema. Pareció que me iba a rechazar la propuesta. Como veras no soy ni espiritista, ni medium, ni umbandista, ni nada de eso. Ellos al menos tienen una explicación y un comportamiento más o menos congruente; quiero decir, se llegan hasta ahí para celebrar ritos y lo que llaman trabajos. Cosa de ellos. Al final, viste como es, la plata manda. Le dije que era vecino. Eso ayudó. Además lo hice pasar a buscar el dinero por casa, por adelantado.

— ¿Vino hasta tu casa?

—Sí. Me pareció acertado porque era una manera de que certificara que vivía acá nomás, y que no lo estaba verseando. Una forma de dejarlo tranquilo.

La historia me estaba resultando interesante y me había recostado sobre la mesa mientras lo escuchaba. Horacio pudo sentir que yo estaba asimilando todo aquello como lo había esperado y me sonrió diciéndome:

—Ya sé. Pensás que estoy piantado. Primero marcianos, ahora señales de ultratumba.

Nos reímos.

—Pero, ¿cómo terminaste convenciéndolo? —le pregunté.

—Bueno, de la forma más simple: la sinceridad ante todo. Me parece que esta gente, en el fondo, es bastante supersticiosa. No lo digo despectivamente. Supongo que en algún momento todos lo somos. Sencillamente le comenté lo que había hablado con el personal de la tarde, como te dije, empleados que se encargan de los enterramientos, la remoción de restos, el mantenimiento en general. Lo que me contaron se decía sobre esas manifestaciones espectrales.

Para terminar de entender me aseguré agregando:

—Manifestaciones en el sector en dónde está enterrada tu esposa.

—Sí. ¿Di demasiadas vueltas, cierto? —dijo no sin tristeza.

—Igual llegaste a dónde querías —lo alenté.

—Hubiera preferido no tener que llegar nunca —afirmó—. No sabés lo raro que me siento hablando esto. Por momentos me encuentro haciendo el ridículo. Un hombre grande ya, ¿no? Hagamos una cosa, digamos que tiene como objetivo satisfacer cierta curiosidad. Un trabajo de campo cuya finalidad sería llevar adelante la verificación empírica de lo que solo parece ser una última esperanza.

Continuó fumando más aligerado. El dolor y el freno inicial se le habían suavizado. También había logrado despojarse del pudor que pudiera sentir, o ya no le importaba. Había encontrado una forma de autojustificarse que era totalmente lícita. ¿Qué podía saber un hombre de esos asuntos? Absolutamente nada. Quién podía escapar al círculo de la especulación. En todo caso, toda ambición de certidumbre, fuera cual fuera, se encontraba todavía más cercana a la ridiculez que cualquier otra cosa, que la misma decisión de salir a tantear lo insoluble, que tratar de codearse en una noche de bebida con la eterna incógnita. Si era hasta cosa de todos los días, que no hacía más que pasar desapercibida.

Creí que iba a dar por terminada la confidencia, y tuve interés en empaparame más del asunto.

—Tengo curiosidad por saber cómo terminaste de convenir al sereno —insistí.

Horacio asintió con un casi imperceptible movimiento de cabeza y el fruncir de los labios. Golpeó el borde de la mesa con ocho de los diez dedos de las manos, dejando afuera los pulgares y, parándose, dijo:

—Pero mientras, nos tomamos una copita de licor de caña. ¿Qué decís?

Estuve de acuerdo. Un poco de alcohol le sentaba bien a aquella tertulia de empeño tan inusitado, como de excepcionales y disparatadas apariciones. El dulce y ardiente sabor de la caña terminó de relajarnos, permitiéndonos aceptarnos aún más, de aunarnos en ese compromiso de entes frágiles y desorientados, apabullados en el estar presentes quién sabe cómo ni para qué, grandiosamente minúsculos e insignificantes, via-

jando en una errante mota de polvo llamada tierra, en el oscuro y centelleante cosmos inmensurable.

—Fue mucho más sencillo de lo que pensé. Le dije que me había llegado un dato sobre algo extraño en las inmediaciones de la tumba de mi esposa, y que tenía interés en sacarme algunas dudas existenciales. No se lo dije en esos términos, claro. Como te decía, pensé que me iba a sacar corriendo, pero creo que creyó que era un loco inofensivo. Sin embargo, lo decisivo fue que, él tiene una hija enterrada ahí. Eso terminó facilitándome las cosas. Me contó que le ha tocado pasar una noche, justamente la fecha del cumpleaños de la pobrecita. Mirá vos, digo así porque recuerdo de que manera lo pronunció: *pobrecita*.

Dejó aflorar la palabra con tristeza, dándole el mismo trato, por una cuestión de respeto.

—Entonces me aseguró que me comprendía. A él también le había dado por detenerse frente a su tumba como esperando algo... Y sí, aunque termine resultando risible, uno siempre espera algo. No sé qué. Te podes cansar, sentirte un iluso, un pobre crédulo, y sin embargo uno no deja de esperar. Aunque uno no quiera, no puede. Es un círculo irremediable. Dónde termina la razón empieza la fe, y no porque los consideremos términos antagónicos, que no lo son. La fe deja abierta todas las posibilidades, cualquiera sea, sin dejar de lado la imposibilidad absoluta. Lo más propio que nos caracteriza, y más que cualquier otra cosa, son nuestras no tan consabidas limitaciones. Es una marca de nacimiento que vamos a llevar toda la vida.

El programa de Horacio había logrado despertar mi fascinación. Tenía todo el condimento que puede tener el desvarío. Y aun cuando no fuera sino un dislate, estaba atestado del lúgubre romanticismo propio de la esquivada pregunta fundamental, ese viejo reclamo, el universal interrogante sobre la muerte.

— ¿Cuándo vas? ¿Esta noche? —pregunté.

—No. Él esta noche no está. Hay otro sereno. Mañana.

Nos quedamos en silencio. Horacio sirvió otra medida de caña que apuró de un solo trago. Sentí el tirono del deseo de

participar. Estaba esperando me lo propusiera, pero no me animaba a pedirselo. Se trataba de algo íntimo, y no quería que lo juzgara una intromisión de mi parte, obligándolo a la incomodidad de tener que ofrecerme una disculpa, negándose. Después de tantos años, volví a experimentar el cosquilleo de los viejos tiempos, aquel entusiasmo infantil por la novedad del misterio que ascendía desde dentro y volvía por ecuánimes compensaciones, con acusaciones de abandono y justas exigencias. A la par, sentí que me iba a perder de mucho. Pero no podía pedirle acompañarlo, era algo muy suyo, estaba fuera de lugar.

Como si hubiera adivinado mi pensamiento, me preguntó:
— ¿Te gustaría venir? Para hacerme compañía.

Lo más honesto de mi parte hubiera sido dejarme llevar por el impulso y contestar algo como: estaba esperando que me lo pidieras. Escogí ser más modesto y, contra voluntad, darle la oportunidad de que revisara su ofrecimiento ante la posibilidad de un arrepentimiento posterior.

—No sé si deba.

— ¿Pero no te gustaría? —volvió a preguntar

—Sí, como gustarme me gustaría... Solo que no quisiera contaminar algo tan personal por simple curiosidad.

Desestimando mi artificioso reparo dijo:

—Qué vas a contaminar, hombre. A esta altura ya está todo contaminado. A no ser algunas zonas vírgenes de la amazonía, si es que quedan. Y más allá de la curiosidad, está la compañía, que es lo más valioso.

—Sí, claro —lo avalé.

Enseguida recordé que aquel experimento no era gratuito y que probablemente no me habría tenido en cuenta a la hora de acordar lo pactado con el sereno.

Anticipándose nuevamente, en voz alta pensó:

—No creo que haya problema con que vengas. Es cierto que no lo tenía previsto. Pero no creo que el viejo se niegue. Le decimos que sos mi sobrino y que sencillamente venís a hacerme compañía y le damos unos pesos extras. Pienso que no

se va a negar. Además creo que le caí bien. Tenemos en común penas similares.

Como lo habitual era que no anduviese muy suelto de dinero pregunté:

— ¿Le tuviste que dar mucho? Si es necesario yo pongo la diferencia.

—No. Por eso no te preocupes, querido. Lo arreglo yo. Demasiado que aceptaste. Qué más puedo pedir.

Amagué a oponerme, me avergonzaba que Horacio tuviera que poner de su bolsillo, por mi causa, un dinero cuya cifra, además, ignoraba. Hizo un gesto que le conocía, de esos que no tenían marcha atrás, concluyente, denotando que ni se me ocurriera sugerirlo. No insistí, lo dejé pasar, consintiéndolo, reconociéndome en una actitud que yo mismo hubiera tenido.

Por último, Horacio agregó:

—Doy por descontado, habrás percibido, que estas no son cosas para andar contando por ahí.

Concordamos que estaba en lo cierto.

—Entonces, mañana antes de las doce, pasá por acá. ¿Te parece bien?

Apoyando sobre la mesa la copita de licor vacía, que en todo momento no había dejado de hacerla fluctuar de mano en mano, gustosamente le manifesté:

—Contá conmigo.

No puedo recordar a que filósofo medieval pertenece la proposición que transcribo a continuación: “*Un cuerpo muerto ya no es un hombre*”. Tampoco recuerdo, a esta altura de los acontecimientos, si es literal, pero digamos que la esencia de lo que quiere significarse lo es, si aclaro que, como tantos otros, abrazado a su fe, sustentaba la creencia en el alma inmortal que llegado el momento abandonaba el lastre de la materia, de la que fue nuestra carne, finalmente inerte. En mi caso, no me decía lo mismo un cuerpo muerto. Un silencio que no era el suyo me acercaba la idea: *nadie va a su propio entierro*. Lo más cercano a experimentar el deceso, a estar a un paso de palparlo, era la muerte de los otros. Una experiencia indirecta aunque no menos fatal.

Volvía del trabajo por la tarde, al día siguiente, con una acentuada efervescencia que contravenía todas mis bien fundadas convicciones. Podía sentir correr mi torrente sanguíneo, sin posibilidad alguna de atender a los exhortos del sentido común, orientado por un profuso deseo a desbancar esa *tajante* racionalidad que pretendía fondear en la experiencia sensible. Ciencia y teología disputaban sus diferencias dentro mío, un territorio siempre a conquistar, en una suerte de inconstante triángulo amoroso. No le habían dejado lugar al roce que horas

antes había tenido con Julia, cuando insistente, queriendo diluir mi reticencia, tomó a mal que no la acompañara al cumpleaños de una de sus primas. Aquel episodio me había puesto de malhumor, pero no pudo competir con lo que me aguardaba aquella noche experimental, disipándose en cuanto pude desembarazarme de su apremiante incompreensión. Como la invitación me llegó inopinadamente, no había dispuesto del tiempo suficiente para preparar una coartada aceptable, de modo que improvisé. No estuve muy inspirado al actuar con esa franqueza que en muchos casos era mejor cajonear hasta momentos más oportunos, argumentando que me resultaba sumamente aburrido. No decía la verdad, pero tampoco mentía. Y Julia, conociéndome en parte, me creyó. Lo que efectivamente culminó tensando aún más la tirantez y cumpliendo cada uno por su lado, afortunadamente, con la meta programada.

Don Alfonso, que presenció la discrepancia en el concesionario, me caló torvamente, con implacable desaprobación. Oponerme a los deseos de su hija era oponerme a los suyos propios. A veces me hacían pensar que esos amores tenían algo de enfermizos y que por ellos, si era necesario, estaban dispuestos a odiar al resto de la humanidad que quedaba fuera de su circunscripción, imposibilitados de una empatía que les permitiera trasponer la amurallada moral familiar. Solían mostrarse posesivos e intolerantes y carecían de autocritica. En muchas de mis decisiones solo parecían columbrar desprecio, jactancia y oposiciones antipáticas. Pero se trataba de elegir mi vida, lo cual se les hacía tan irritante como incompreensible. Hasta Félix participaba con igual molestia acerca de aquella viciada opinión, quizá ciego o desentendiéndose a tan pronunciado hecho, debiendo ocultar la que era su vida, para no convertirse en otro mártir de aquella sacra uniformidad. En esa aspiración de ofrecerme su acervo, había mucho de ansias de control, de marcado intento de acuñar con sus preferencias y afanes los que eran los míos, como si me ofrecieran una oportunidad inmejorable de hermohear mis pasiones y mis gustos, aprendiendo a desear lo que deseaban, lo cual pretendían in-

concebible rechazar. Sin contar que el lugar que ofrecían dentro del círculo familiar, no era el de uno más entre todos, sino que guardaba un orden de relevancia y protagonismo similar al de un conjunto deportivo, con figuras titulares, suplentes, masajistas, aguateros y otras tibias incorporaciones que no hacía más que contradecirlos en su hospitalaria apertura. La *familia*, entendiéndose, estaba por encima de todo individuo, de la mayoría de las decisiones personales, y les imponía las rígidas reglas de la costumbre, la que guardaba una falsa tolerancia para las desleales deserciones. Aun cuando aceptaban las normas con naturalidad, no alcanzaban a disfrazar cierta insatisfacción. Me sugerían que muchas veces hacían las cosas contra voluntad, por el solo hecho que nada estaba por delante de aquellos mandamientos, semejantes a ese tipo de gente que concurre a los velorios a desgano como un medio que trata de garantizarse el propósito de la asistencia al suyo, sin arriesgar ausencias que pudieran disminuir el que fuera el respetuoso inicio de su emparentada evocación.

Lo cierto es que yo trataba de hacer lo que me venía en gana y no por el mero ánimo de rebelión o de motivar fastidio. Supongo que, en buena parte, de eso se trata cuando hablamos de tener una vida buena. Si detestaba ir a los velorios, no lo hacía. Si no me hallaba a gusto yendo a una fiesta, tampoco. Aún cuando me trajera el precipitado rechazo de los demás. Ese tipo de reglas, por lo general, me tenían sin cuidado. Probablemente tenía que ver el haberme criado en una reducida y serena familia que nunca había pasado de ser un dueto con alto goce de independencia, de pocos responsos y celebraciones. No era de los que dilapidarían su tiempo abocado a la mirada de los otros en vista a mi futuro funeral. El día que me incumbiera irme, si estuviera en mi mano escoger, escogería sencillamente desaparecer, esfumarme sin dejar rastros, borrar me del recuerdo de aquellos que me amaron como si jamás hubiese existido; un acto de altruismo y sabiduría que proponía abandonar este mundo sin provocar ya más dolor alguno, al menos de mi parte. Ser poseedor de la última y preciada carta que clausura el juego: la más atinada venganza concebible contra la realidad,

un sublime y último acto de acercamiento a la fe por la fe misma, adivinando que el olvido morador del fondo de las cosas es el diseño más refinado de la paz y la conmiseración, por lo cual, un Dios arrepentido y por eso perfecto, quizá, no había dejado de pensar, como uno podía colegir también por algunas otras razones, al fin y al cabo, en nada.

Era ese olvido sanador, tal vez, él que se me adhería. Ese que por algún rincón de mí debía filtrarse con disímiles atuendos, cuando me recogía sobre mis despobladas inclinaciones, las que resucitaba mientras yacían exánimes en los renglones de los libros, alejado de las graníticas ideas de neozombis que los medios engendraban con sus miradas de Medusa, permitiéndose un combo de escamadas y pútridas interpretaciones. No un *no* a los demás, a los otros, no un *no* a ellos, sino un *sí* demandante a ese *ahora* lacónico e inquisitivo que era yo mismo. Una criatura racional, no por eso irremisible. Una inagotable pregunta herida sin glosa alguna.

En aquellas condiciones era que resistía a cualquier embesitada en detrimento de mis pasos. Y Julia, aun cuando corría a un costado en la estampida, sin pretender pasarme junto al tropel por encima, no podía, al menos, contenerse de dejarme empolvado con su disgusto antes de seguir el trayecto que la conducía. Era todo un problema para mí, eso de ser mi propia y retirada travesía. Una cuestión de orgullo y supervivencia que quebrantaba un edicto. Un acto de subversión denunciado por lo modélico.

Ni bien llegué a casa, trasapelada en una siempre llamativa disposición de revistas, discos, apuntes y libros que se diseminaban por la habitación cual si tuviesen vida propia, encontré una vieja nota de Mariela. En ella, con delicada redacción, sin perder su estilo condescendiente, volvía a empeñarse como tantas otras veces en los últimos meses, para que me dignara en pasar a saludarla aunque fuera un rato, pudiendo así compartir

un poco de charla y una humeante taza de café express, que tanto le decía gustarme. No sin algo de remordimiento, estimé que esos últimos tiempos le estaba dando razones para que terminara concibiendo que no era más que un desconsiderado egoísta que solo tenía ocasiones para conmigo mismo. Todavía pensé en algo peor: que pudiera llegar a adjudicárselo a las obvias diferencias que a simple vista nos distinguían, por lo que era totalmente lógico que yo siguiera mi camino; para eso la vida me había dado todas mis extremidades y por dicho motivo, no podía pecar menospreciando sin mis pasos un mundo que, sin lugar a dudas, se me mostraría colmado de oportunidades. Me consternó pensar que, de alguna manera, habiendo tenido una niñez y adolescencia en común, debía tener cierto influjo ortopédico sobre ella, y con mi déficit de compañerismo, pendía sobre mí la autoacusación de arrebatarle con mi distanciamiento esas amistosas muletas en que ella se había sostenido. En realidad, no había razones para crearme imprescindible. No había motivos para creer que Mariela no tuviera la simpatía suficiente para granjearse nuevas amistades. Sin embargo no era un argumento que lograra persuadirme. Creía conocer a Mariela. Pude haber levantado el tubo del teléfono para llamarla y excusarme, pero no lo hice. No entendía bien porqué. Tal vez había cambiado y, poco a poco, no sin amargura, comenzaba a darme cuenta que también formaba parte de ese mundo descuidado y brutal tan propenso a la autosatisfacción. Instantáneamente me encontré evocando las piernas suaves y largas de Julia, el contacto de mi mano en sus muslos, lo tan bien que le sentaban su colección de polleras demasiado cortas para mi gusto y el de su padre; cómo despertaba mi deseo cruzándolas tan femeninamente. Mariela no podría dejar de imaginar que tenía suficientes motivos con que justificar esos agujeros que el pasado aumentaba con culpa de cráter y cada vez con más asiduidad, dada la que era mi desinteresada dejadez.

Inspiré profundo y me propuse dar una vuelta de página. Después de todo tenía por delante una noche singular, insólita, metafísica. Y más allá de las que podían sopesarse como des-

atentas omisiones, sabía que Mariela guardaba para mí, asomadas en su benevolente sonrisa, el conjunto universal de las indulgencias, absoluciones y bulas que ningún Papado hubiera estado de acuerdo en expedir tratándose de mi médula profana. Pensar así me consoló; eso de sentirme comprendido en mis abusos como un niño cruel.

Regresé la nota al mismo caos de hojas sueltas en donde la había hallado. Probablemente volvería a encontrarla en una situación similar. Me dije que tarde o temprano, llegaría el momento en que ya no lo podría posponer y que siempre habría tiempo de sobra para devolverle ese afecto con que me agradaba. No me costaba nada hacerle un visita de cortesía. Y sin embargo iba de postergación en postergación.

Cuando dieron las once y media, para ese entonces, Eduardo hacía rato se había retirado a dormir. Lo estaba haciendo asiduamente los últimos años y todavía no lograba acostumbrarme, habiéndolo visto casi toda mi vida consagrado a su religiosa trasnoche. Tentado en muchas ocasiones de hacérselo notar, terminé entendiendo que la vejez no viene sola. Ni siquiera me tomé la delicadeza de avisarle que iba a salir, para no traerle inesperadas preocupaciones, lo que usualmente cumplía aun cuando ya hacía más de una década era mayor de edad. Pero esta vez, dadas las circunstancias y mi compromiso con el vecino, no quise dar lugar a preguntas que, por otro lado y tratándose de mi vida privada, ya casi nunca me formulaba. Salí al patio con el solo fin de hacer algo de tiempo, antes de pasar por Horacio. Recibí de pleno la presencia del jardín que Eduardo había regado. Adiviné el ligustro y el alambre tejido en la rutilante oscuridad nocturna, recortándose más negros aún, junto al galponcito y los árboles de mandarinas. Por un instante deposité el foco de mi atención en la jaula vacía, que llevaba en su pie añares sin haber recibido un nuevo y emplumado inquilino. Recordé como lo había desalojado. Me recorrió la idea de comprarle a Eduardo una pareja de canarios para que tuviera algo más con que entretenerse. Después me pareció desatinado, eso de cargarlo con más responsabilidades. Sin perder mi estilo, pensé en que solo a la vileza humana podía ocu-

rrírsele propiciar a través de cruas controladas un hermoso pájaro de vista y canto, para que permaneciera desde el que era su origen en un huevo, el resto de su condicionada vida, en una miserable jaula. Éramos sin que lo supieran algo así como sus dioses. Supuse que únicamente en esos términos podía existir algo tan avariento y vil como un dios. Maldije por enésima vez la suerte de encontrarme desde siempre con todos los pelos del huevo; que disfrutara quien pudiera su ignorancia.

Consulté el reloj de pared de la cocina y advertí que estaba en hora de cumplir con lo pactado. No necesité llamar a la puerta. Horacio se hallaba esperándome recostado en el umbral, fumando un cigarrillo. Me dijo:

—Te estaba por ir a buscar. De todas maneras, con el tiempo estamos bien —Escrutó cómo estaba vestido y me advirtió—: Estás yendo un poco desabrigado. Esperá que acá tengo un suéter a mano.

Le expresé que no se preocupara, pero entró e inmediatamente volvió con un saco de lana. Insistí en que no era necesario. Me lo arrojó sin atenderme.

—No está demás ir prevenido. Haceme caso, que uno no llega a viejo por nada.

Acabé poniéndomelo. Cruzamos la avenida y ya sobre la vereda del cementerio, comenzamos a caminar con paso lento esa cuadra y media de paredón largo e ingresos secundarios hacia la entrada principal.

Horacio admitió:

—La verdad es que ahora no estoy tan convencido como estaba en un principio.

—¿Por qué razón? —pregunté.

—No sé... Quizá me sienta más inseguro todavía. Hace un rato consideré que, incluso vos, en algún instante de lucidez, ibas a recapacitar sobre todo este... no sé si llamarlo capricho o chifladura —Agregó—: Es más, estuve pensando en la posibilidad de echar todo por la borda.

—¿Te arrepentiste?

—Arrepentirme, no. Digamos que traté de balancear todos estos antagonismos. Pero después me di cuenta que en estos

casos no hay que estar pensando demasiado. Pasa más por una decisión irreflexiva que por cualquier otra cosa. Eso es lo que, de alguna manera, creo, me permite continuar.

Horacio andaba con la mirada atenta a las baldosas rotas, tornándose ambarino cuando le daba de lleno el alumbrado público, y eclipsándose cuando lo envolvían las sombras de las frondosas tipas. Me preguntó:

— ¿Vos hubieras preferido no venir?

— Todo lo contrario. Tengo mucha curiosidad. De hecho siento una agitación que desde hace mucho no sentía.

— Bueno, escucharte decir eso me tranquiliza. No me hubiera gustado que te encontraras obligado por el solo hecho de hacerme un favor.

Horacio controló su reloj pulsera y me detalló algunos pormenores de lo convenido.

— Supuestamente, el viejo tiene que estar esperándonos del otro lado de la reja. Me advirtió que tratara de cerciorarme de que no hubiera otra gente que pudiera ver la maniobra. De lo contrario, que me retrasara lo que fuera necesario.

Cuando llegamos a la altura del acceso principal, Horacio me indicó que me quedara a un costado, de manera que no le resultara visible, para evitar en principio el choque impensado de encontrarse con dos sujetos en vez de uno, lo que no había entrado dentro de lo convenido, no fuera que, a riesgo de no acercarse ni mediar palabra, terminara echándose atrás. Tal como él me lo había referido, apenas asomándome, miré hacia dentro y tras las rejas pude ver avanzar renqueando la silueta de un hombre de baja estatura que señaló:

— Tiene suerte. Le tocó una linda noche. Está templada.

Entonces reparó en mí y se detuvo no sin cierta alarma. Horacio percibió inmediatamente que algo no andaba bien y enseguida lo tranquilizó diciéndole:

— Descuide, hombre, es mi sobrino. Me quiso acompañar y no pude decirle que no.

Sin moverse de su sitio, el sereno, con un dejo de protesta dijo:

— Me tendría que haber avisado.

Horacio reconoció:

—Sí, tiene razón. Pero me acabo de encontrar con él, comentárselo, y vio cómo son estas cosas. Soy el tío que todo lo consiente. Sé que no lo teníamos previsto, pero un poco de compañía no me va a venir mal. Usted no se preocupe, si es por dinero, lo podemos arreglar acá mismo. Confíe en mí, hombre. Sabe que soy vecino. Usted estuvo en casa —mencionó tratando de ganar su confianza.

El viejo vaciló un brevísimo instante, extrajo un llavero del bolsillo y se movió hasta alcanzar la reja. Esta abrió con un ligero sonido metálico que hincó la penumbra.

—Vamos, pasen rápido. No es bueno que alguien los vea entrar.

Continuamos hasta la oficina de recepción con Horacio deshaciéndose en disculpas y agradecimientos.

—Está bien. No hace falta que me sobe el lomo, compañero. Puedo entender. Lo único que le pido, por favor, acá *cositas raras* no. ¿De acuerdo? Todo tiene su límite.

Pude leer en el rostro de Horacio, primero cierta perplejidad, y seguidamente, un asomo de pudor y reserva.

—Disculpe, no sé a qué se refiere —dijo.

—A nada que no le haya quedado en claro —contestó el sereno para no entrar en detalles, quizá percibiendo que había ido un poco lejos con su dudoso comentario.

—Usted viene por lo que hablamos anteriormente. ¿Es así, verdad?

—Por supuesto.

—Eso es todo lo que necesito saber.

Pasándolo por alto, quizá para no poner en riesgo la *excursión*, Horacio le extendió unos cuantos billetes más. El viejo los tomó sin contarlos y se los guardó sin planteo alguno. Solo nos señaló:

—Traten de no hacer ruido ni exhibirse demasiado. Hay otro compañero por allá, en los depósitos. Igual está al tanto. Acá queda todo en familia. Y recuerden que lo prudencial es que se queden hasta las tres, tres y media como mucho. Es una hora adecuada para que puedan salir sin ser vistos; a esa hora

todo el mundo duerme todavía. Es conveniente tanto para ustedes como para mí. Me imagino que tienen reloj.

Horacio agitó la muñeca izquierda en señal de confirmación.

—Mejor así. No se pasen de tres y media, por favor. Yo voy a estar acá, esperando. No me hagan ir a buscarlos. Tengo algunos problemitas articulares en las rodillas —dijo inclinándose, llevándose las manos a ellas, dándoles un abreviado masaje.

Nos dio la espalda y se retiró a la oficina murmurando quejosamente por la molestia. Apagó la luz. La oscuridad repentina violentó las aberturas de la puerta y la ventana, así como sus recortes luminosos y deformados en el asfalto.

Horacio me indicó:

—Vamos, es por acá.

Anduvimos en sentido contrario al que pocas veces había transitado para visitar los restos de mis padres. Como si fueran objeto de una sátira de mi autoría, volvía a sortearlos. Prácticamente no venía nunca y ahora que lo hacía era para ver a una tal Rosa, a la que no había visto jamás, ni siquiera en una foto carnet. Todo un desconsiderado. Yendo a espaldas de Horacio, sin que pudiera advertirlo, levanté ridícula y tenuemente la mano en aquella dirección, exculpándome.

Poco a poco mis pupilas se fueron dilatando para adaptarse a esa enlutada lobreguez, hasta que comenzaron a esbozarse una gradación de matices nocturnos que, entre las sendas que separaban las hileras de sepulturas, dejaban adivinar, negro sobre negro, los desvanecidos contornos de las cruces y las lápidas, desvaídos árboles y arbustos, análogas e incoloras flores fenecidas o en curso a estarlo; la quietud silenciosa de los huesos, y tras ella, la discordante notoriedad de nuestros pasos circunspectos.

La opaca tentativa de las estrellas, nos mostraban lo poco que podían permitirse con trazos diletantes. No había mucho que atender en verdad, a no ser nuestras acólitas almas rudimentarias, si es que no era una paliativa invención de las doctrinas teologales, y siendo así, no se tratara más que de un mero

asunto de cuerpo y *entelequia*, de palpitante organismo autoconsciente y peregrino, de pura aparición fenoménica.

Veíamos apenas lo suficiente para mantenernos en el camino sin llevarnos nada por delante. No podía creer lo que había insinuado ese viejo hijo de puta. Se me ocurrió que quizá yo había traído a cuento esa interpretación, afectado por las engorrosas experiencias a las que mi suegro y mi cuñado me sometían. No quise quedarme con la espina y pregunté:

— ¿Entendí mal o nos trato de putos?

A Horacio terminó por parecerle gracioso, una nota de color. Riéndose, contestó:

—Ya sabés, entonces. Mientras se trate de venta ilegal de piezas óseas a estudiantes de medicina, satanismo, profanaciones, maleficios y estos *sanos* encuentros de ultratumba, todo está permitido dentro de lo que es la moral y las buenas costumbres del lugar. La gente es jodida, sí —remató con ironía—. Especialmente en los asuntos del amor.

Dejando de lado el incidente y sondeando como podía la oscuridad, tomó una senda lateral diciéndome:

—Si no me equivoco está por acá...

Parecía imposible discernir alguna diferencia entre las tumbas, a menos que él la reconociera por algún detalle notoriamente particular. Se detuvo tratando de reorientarse y, por lo bajo, simuló exclamar:

— ¡No se ve un corno!

De repente recordó que había traído una linterna de bolsillo en la campera.

—Pero si seré boludo... —dijo.

La encendió y dirigió el haz de luz hacia el retrato de la lápida que tenía inmediatamente al frente de su ubicación.

Después la paseó por las sepulturas del recorrido paralelo y me confirmó:

—Acá no es. Vení.

Anduvimos hasta el cruce que nos permitió cambiar de senda y retomamos la dirección en que veníamos.

—Ya estamos. Es esta —dijo, alumbrando el sepulcro de su esposa.

Solamente alcancé a leer sus dos nombres, Rosa Edith, cuando Horacio apagó con presteza la linterna, como si pudiera perturbar su impertérrito e imposible sueño eterno. Me quedé en silencio para no quitarle al momento su ceremoniosidad. Enseguida encendió otro cigarrillo y, por un instante, vi emerger su rostro ígneo en el halo de la llama. Cuando la oscuridad volvió a ganar el terreno cedido, giró sobre sí, buscando un sitio en donde apoyarse y ponerse cómodo. Sin encontrar opción a su medida, permaneció parado y tan callado como yo. Solo podíamos adivinarnos como otras dos sombras que la noche se había encargado de transfigurar, a excepción de la movediza lumbre que manejaba con excéntrica prestidigitación, con anomalía de partícula subatómica.

Dejé que transcurriera un tiempo prudencial, pensando que era totalmente comprensible el que pudiera encontrarse un tanto nervioso y acorté la tiniebla que nos separaba al decirle:

— ¿Y ahora qué hacemos?

Con palpable aplomo, en parte desmintiendo aquello que pensaba, me contestó:

—Qué se yo...

No me pareció una réplica incoherente, así que no contesté. Apenas si podíamos decir, nos asistía cierta lógica literaria.

—Te advertí que era para lunáticos —me volvió a manifestar—. Más que esperar, otra cosa no te puedo decir.

Zozobramos en otra discreta y prolongada pausa. Sin nada que hacer, y en vistas a tener no menos de tres horas por delante, me senté en el suelo.

Barruntando en que podía quebrantarme cierto malestar, Horacio me ofreció la oportunidad de desistir sin ningún tipo de restricciones.

—Ariel, si querés volver, por mi no te sientas obligado.

—Tranqui, Horacio. Como dijo el viejo, es una linda noche —contesté, mientras terminaba de acostarme por completo, descuidadamente, las piernas plegadas apuntando con las rodillas hacia el gastado domo estrellado, tal como Horacio lo había predicho hacía tantos años atrás, dejando descansar la cabeza sobre las manos.

—Te vas a ensuciar todo así.

—La ropa se lava. Prefiero la comodidad.

Eso ayudó a que Horacio se sentara.

—Tenés razón. Además tres horas es como mucho para quedarse parado. Y así y todo, supongo que te vas a terminar aburriendo igual. De esta ocurrencia mía no te vas a olvidar nunca, te lo aseguro.

—Con la charla, en cuanto te descuides, termina amaneciendo, Horacio.

—Sí, es verdad— asintió.

Me infundí valor para decirle:

— ¿Querés que hablemos de tu esposa?

—No, créeme que no —dijo sin sorprenderme.

Su resolución parecía haberse adormecido, como si estuviera al borde de reparar que no había más meta en esa noche que la que habíamos alcanzado, como si no quisiera enterarse todavía que no podía ambicionar más que ese mezquino mendrugo de lo indeterminado. Todo era cuestión de aguardar a que el reloj pasara haciendo su trabajo aniquilador. No se trataba más que de eso.

Y como tampoco se trataba de aburrirnos, no sé porqué, dado que la mente no se maneja siempre a voluntad y suele asaltarnos con inaudita independencia, recordé aquello de Kant, en la *Crítica de la Razón Pura*: “*Los conceptos sin intuiciones son vacíos. Las intuiciones sin conceptos son ciegas*”. Geniales malabares del lenguaje, más allá de fascinarme aquella extraordinaria idea del espacio y el tiempo como formas de la intuición pura que se daban *a priori* en la estructura de la conciencia, que no podían derivarse de la experiencia externa como un concepto empírico, y que estaban a la base de las intuiciones como condición formal de todos los fenómenos en general. Pensé en el concepto de dios como *noúmeno* o bien *ens imaginarium*; como un ideal regulativo. Pensé en ese nuevo giro copernicano, en las categorías, en la nueva fuerza del tiempo subjetivo que de alguna manera había tenido como precursor a Agustín, en aquel memorable capítulo XI de *Confesiones*. Me dejé ir con el tiempo del sujeto y recordé mis lecturas de Berg-

son y de Heidegger, el tiempo puro como mera duración interna y el ser temporal del hombre como tiempo originario. El curso de la conciencia como curso temporal o conciencia temporalizada. La conciencia como tiempo. Husserl y el *mundo de la vida*. La dimensión temporal de la intencionalidad conferidora de sentido. La conciencia como conciencia de algo. El tiempo inmanente de la conciencia: el tiempo de la conciencia y la conciencia de tiempo. El presente viviente. Ya no el tiempo de la física sino *tiempos pura y exclusivamente encarnados*. La finitud como disolución de ese tiempo vivo en que consistía la existencia consciente, un tiempo definitivamente no trascendente, y por ende ateo, no funcional al relato religioso.

Quizá tratando de alejarme de tal posibilidad, algo en mí combatiéndola, me hizo preguntar:

— ¿Ténis algún pálpito? ¿Alguna intuición inexplicable que el conocimiento no pueda dar cuenta?

Tras escucharme, Horacio contestó:

—Todo y nada. O tal vez nada, y por eso quizá todo. Te voy a hacer una confidencia. Creo entender por dónde viene tu pregunta. En el fondo, pienso que, en ciertos aspectos, la ciencia hace trampa, y se lo oculta. No juega tan limpio como parece. No se admite tan especulativa como debería ser. Me refero a no hacerse cargo de ese fondo de irresolución permanente en el que solo hay lo que queramos que haya, o lo que creamos que pueda haber, sea lo que fuere, así fuera la nada absoluta. Puede que parezca exagerado, pero tiene muchos rasgos religiosos que le cuesta admitir, pretenda echar cimientos en la experiencia empírica o en dónde encuentre argumentos en que fundarse.

Aplastó la colilla del cigarrillo hasta que el nimio rescoldo acabó por desvanecerse. Retornó a lo que estaba desarrollando y añadió:

—La religión es una doctrina, un credo, una ideología más. La religiosidad es diferente. Constituiría algo así como una estructura última de la conciencia. No sé si leíste algún texto de Mircea Eliade. No se trata de algo que uno pueda suprimir o despojarse como una prenda de vestir. Es inmanente a la con-

dición humana. Nos acompaña de la mano de nuestra inescindible ignorancia acerca de la realidad última. Desde el primer día hasta el definitivo. Supongo que si podemos decir que el hombre es el único ser que conoce, también podríamos arriesgarnos a decir que es el único que ignora. E ignora porque sabe que ignora. Lo cual, lejos de lo que parece, es un rasgo de sabiduría. La ciencia debería asumir ese atributo como propio. Algo que la conduzca a una especie de filosofía que no excluya el *quizá*.

— ¿Me lo aclaras un poco? —le requerí.

—Cómo te puedo decir... La actividad del quizá nos pondría un efecto ilimitado. Estaría a medio camino entre el lenguaje informativo y el lenguaje poético. El quizá es plenamente consciente de sus limitaciones. Buscaría ofrecer otra opción a los binomios de opuestos, a las polarizaciones. Si miras hacia atrás en el tiempo, vas a reparar en que, el lenguaje es una aparición nueva, joven, pretenciosa; sustrato del conocimiento actual. Una extensión de una serie de adaptaciones en las cuerdas vocales, mixturadas con la postura erguida que nos permite hablar, además de convertirnos en un bípedo erecto, con manos que no necesitan ser apoyadas y que disponen de pulgares oponibles. Otra herramienta sofisticada de la naturaleza, como lo puede ser un pico curvado, o caninos prominentes para desgarrar, o patas con membranas para desplazarse por el agua, o plumas impermeables, o alas para volar. Nada que esté predestinado a durar, nada que pueda ser entendido como el camino hacia un fin último. Nada que tenga que ver con el progreso indefinido. El quizá no puede decir que el mundo sea un conjunto homogéneo ni una totalidad diferenciada, o lo que fuera. No ignora que no puede disolver los límites últimos ni diferenciarlos en su totalidad, y en ese sentido es que está impregnado de fuerza poética, creadora; una fuerza insustituible, porque la poesía actúa sobre las referencias efectuando una disolución general de lo monolítico, enaltecendo a todo anclaje con su provisionalidad. Acaso pueda decirse que el hombre es un *animal poético*, con todo el patetismo que implica. No puede despojarse de esa forma de abordar el mundo, de ese

tipo de mirada. Aún cuando haya momentos en que lo poético pareciera desaparecer. Aún cuando alguien pueda decir que las proposiciones de orden teológico o metafísico son sinsentidos en tanto no son susceptibles de ser falsadas o verificadas empíricamente, como podía haberlo pretendido el Círculo de Viena.

En lo espeso de la noche dionisiaca afirmó:

—Sonó algo nietzscheano.

—Cómo no ser otro de sus amigos póstumos —contestó—

. Pero bueno, también las mías no son más que conjeturas un tanto presuntuosas. Por ahí pensar a la poesía como herramienta de transformación no es otra cosa que un absurdo indispensable. Es que, por otro lado, me preocupa que, en algún punto, una de las grandes aspiraciones de la ciencia pueda ser disputarle su lugar a la religiosidad, y que así nos arrinconen a partir de sus puros *esclarecimientos* teóricos. Por ejemplo, que los deseos, las emociones, o sentimientos como el amor puedan explicarse a partir de procesos o relaciones maquinales e involuntarias a nivel químico o subatómico. Me refiero a un determinismo que nos distraiga de las preguntas fundamentales, esas que por suerte o no, no tienen respuesta, y que aún así, son el disparador de la diversidad de la creación artística, de ese carácter plástico y provechoso de los productos estéticos bien dispuestos a aceptar su temporalidad y a dejar su lugar a otros, llegado su momento. Me molesta de la ciencia esa capacidad destructiva para con cierto tipo de sueños, queriendo deslegitimarlos, invisibilizarlos, cuando también toda ella, en gran parte, está cimentada sobre anhelos, los llamen Big Bang, teoría de cuerdas, los llamen como los llamen, como si todo estuviese predeterminado con antelación, una especie de sino tecnológico y calculador que nos terminaría convirtiendo en huecos autómatas.

Extrajo el paquete de cigarrillos y encendió otro.

—Nos pusimos filosóficos —dije.

—Ah, me había olvidado. Acá te tengo una sorpresa.

Del bolsillo sacó una petaca y me la extendió.

—Licor de café. Pensé que valía la pena traerlo.

Abrí la tapa a rosca, me llevé un mínimo sorbo a la boca para paladearlo y volví a cerrar la botella para devolvérsela. Horacio la apoyó en el piso quitándole una nota de vidrio y se dio a fumar el cigarrillo. Entonces recién reparé en el gran concierto de fondo que nos brindaban los grillos, buscando una pareja con la que aparearse, probablemente esperando solo eso, satisfacer una necesidad refleja, la fijeza del instinto, un innatismo sin ningún miramiento ni objetivo alguno puesto en la generación, que solo se daba porque sí.

— ¿Vos tomás, Horacio?

El interrogante lo encontró desprevenido. La roja lumbre tomó distancia de su boca y bajó casi hasta el suelo, permitiéndole contestarme:

— ¿Te referís a si por las noches me doy a la bebida para matar las penas? ¿Te doy esa impresión?

— La verdad, no. Preguntaba por preguntar. En confianza. Como ayer también me ofreciste alcohol en tu casa.

—Es un hábito como el del café. Nada más. Una copita a diario, para darme el gusto. Pero pensándolo bien, como no me vas a preguntar algo así. Estaría a tono con este tipo de pesquisa fantástica.

“O con un hombre que se siente solo”, pensé para mí.

Atendiendo a esos vaivenes constantes a los que últimamente estaba sujeto, le objeté:

— ¿No es un poco contradecirte con eso que venías diciendo?

Sin tomarse tiempo para reflexionar admitió:

—En algún punto tenés razón. Solo en algún punto. No creo que haya posibilidad de escape de este movimiento pendular que es el pensamiento y que va de extremo a extremo, pasando por todos los matices que uno pueda imaginar. Considero que eso entraña una justificación universal que por esa misma razón me involucra, y me exige, claro.

—Es como si me dijeras, me inclinaría por pensar tal cosa, pero me gustaría esta otra. Es más, precisamente lo contrario.

—Bueno, por empezar, me hubiese gustado no tener que estar en este lugar. Y mucho menos todavía por el motivo que

me trajo. Hubiera preferido que Rosa estuviese viva. Así como también me gustaría equivocarme cuando estar acá, me empiezo a dar cuenta, por lo menos en este momento, no me conduce a nada de lo esperado.

— ¿Escuchaste del mito del eterno retorno?

— Escuchar, escuché. Quién no hubiera querido pasearse por aquella Atenas, ¿verdad? Gente muy interesante, esos griegos. Pero te escucho. Contame, dale. No tenemos mucho que hacer igual.

Resolví volver a sentarme para poder hablar sin la estrechez y el leve ahogo que me producía el estar totalmente recostado, teniendo que combiar el cuello rígidamente para devolverle la atención en el diálogo.

— Permite me empezar por otro lado. Imaginate esta condición cosmológica: una cantidad limitada de materia dispuesta en un tiempo infinito; un tiempo infinito hacia el pasado y obviamente, hacia el futuro. ¿Me seguís? Si tenemos en cuenta que contamos con una cantidad finita de materia, vamos a convenir que solo es posible un número finito de combinaciones de la misma. ¿Sí? Bueno, la realidad que estamos viviendo ahora ambos, acá, conversando como...

— Como si fuéramos dos locos pasada la medianoche en un cementerio.

Compartí la broma con una sonrisa.

— Dale, no te interrumpo más. No quiero cortarte la inspiración.

— Te decía que esta situación en la que estamos envueltos, no es sino resultado de una de esas tantas finitas combinaciones de la materia que da origen a esta realidad. Pero ese es el punto. Que si tenemos una cantidad finita de combinaciones a realizarse en el decurso de un tiempo infinito, esta misma situación, indefectiblemente, se ha dado también infinitamente en el pasado y volverá a recrearse infinitamente en el futuro. En ese sentido podemos hablar del eterno retorno de lo mismo. Ahora, lo cierto es que no tenemos registro anterior de esta ocasión, de este ahora. Y lo que elijamos — pensemos en que nuestras elecciones nos definen—, lo que realicemos, el pro-

ducto de nuestros actos, de alguna manera, se va a corresponder con todos aquellos acontecimientos pretéritos que no son sino la repetición de esto mismo, y por supuesto, va a condicionar por igual a todos aquellos otros que acontezcan en el futuro. Como verás, también proporciona una enseñanza moral, porque lo que hagas, bueno o malo, volvería a repetirse por siempre.

—Es decir que, esta conversación que estamos sosteniendo ambos, se dio infinita cantidad de veces en el pasado y volvería a repetirse infinita cantidad de veces en el futuro.

—Exacto.

—Y decime, ¿a cuenta de qué viene todo esto?

—Viene a cuenta de que más allá de que esta noche no encuentres lo que venías a buscar, siempre siguiendo las condiciones que impondría el eterno retorno, indefectiblemente, volverías a cruzarte con Rosa otra vez.

Deje que mi silencio se enredara en la persistente sinfonía de los grillos ocultos.

—Comprendo —dijo él—. Ahora, sin ánimo de desmoronar tanta elaboración, creo que tenemos un problema. Porque todo lo vivido con ella volvería a repetirse fielmente, tal como sucedió, me refiero a su terrible enfermedad, a su muerte tan precipitada siendo tan jovencita, a ese desconsuelo inenarrable...

No había tenido en cuenta esa derivación. Lo que menos había querido era reabrirle aquel dolor. Me sentí un tanto desencantado.

—No hay cuidado —me confortó notándolo—. Vos no tenés la culpa de que la vida no sea lo suficientemente poética.

Acoplándose a aquel cataclismo filosófico, una sirena sonó a la distancia. Súbitamente, los grillos se callaron y poco a poco, uno a uno, se fueron sumando a aquel estridente aullido, esos clásicos satélites que eran los ladridos de los perros.

—Se debe estar incendiando algo —comenté.

—El destino, tal vez —mencionó Horacio.

El foco del incendio no parecía estar lejos.

—Ahora que lo pienso mejor, no veo porqué no pueda coincidir con Rosa en otras posibles combinaciones, teniendo en cuenta que las abarca todas. Así que debe contemplar aquellas en que las circunstancias son diferentes, por más mínimas que sean, las que nos permitirían alcanzar la vejez juntos, aun cuando esta misma se repita también.—Añadió—: Lástima, parece ser, todo esté plagado de causalidad. Un poco de azar, de algo inesperado, no vendría mal. Sabes, ella estaba más de ese lado. Yo en cambio, al menos en ese entonces, era un seguidor incondicional de lo objetivo. Después de lo de Rosa, no puedo decir que el andamiaje de causas y efectos sea tan armonioso como parece. Me cansé de pensarlo. Y son tantas las formas en que podemos hacerlo. Uno se queda ciego de tantos pensamientos que se apiñan el uno sobre otro, reclamando prioridad. Parecen que te ofrecieran sus visiones, y quizá no sean más que vendas. Vaya uno a saber con cuántos espejismos elaboramos lo que damos a llamar nuestra realidad.

Me alegró que todo lo que le escuché decirme estuviera imbuido de una parca y curtida ironía.

—Por suerte te lo tomás así. Hubiera lamentado que esto te hubiera deprimido.

—Si la realidad última no es la nada, entonces hay alguien que se burla de nosotros. No le voy a dar el gusto de deprimirme. Al menos hoy.

Ahora eran más sirenas las que enloquecían a los perros.

—Debe ser un incendio grande —dedujo Horacio.

Hice caso omiso de aquel comentario y volví sobre él.

—Se te nota en paz con vos mismo. ¿Te sentís así?

—No te voy a mentir, sabés. ¿Vos nunca leíste la inscripción más común que se puede encontrar en una lápida? Es este epitafio latino: *“Requiescat in pace.”* O lo que es lo mismo: “Descansen en paz”. Si pones íntima atención a lo que señala entrelíneas, parece ser un presentimiento agudo que recorre gran parte de la humanidad. La paz tal cual la desearíamos, no creo sea algo de este mundo. El hombre piensa, y en ese sentido es un combate permanente; un fuego que no deja de arder.

Miré hacia el cielo nocturno, y pude ver las escasas estrellas que pendían abandonadas, flotando empolvadas, turbias. Imaginé que tan distinto habría sido el cielo antaño, saciado de luces, en donde otros hombres habrían posado sus ojos esperando algo más que una señal ambigua que nos garantizara que nada terminaba en el absurdo. Como calcular tanta triste belleza en la adición de todas esas millones de millones de miradas que el cielo había pasado por siempre inadvertidas desde que un primer ente llevó su desorientada curiosidad hacia lo alto. Otras miradas que, habían tenido el gozo de levantarse con mucha más asiduidad y confianza que las nuestras para embeberse maravilladas o implorantes en ese vitalicia meca de interpelaciones. Desprovisto de réplica, pendiendo aún de los astros que no hacían otra cosa que seguir tozudos desoyendo, sin dejar caer la vista, formulé la que después juzgué una pregunta estúpida.

— ¿Crees que habrá algo del otro lado?

Horacio, que había dejado de fumar, tomaba en ese instante la petaca abierta y se la llevaba a la boca.

Le dije:

— ¿Pensás tomar hasta que la realidad cambie?

Él aplazó el trago y contestó:

— Así no hay botella que alcance.

Nos escuchamos carcajear aplacadamente. Duró poco. La realidad volvió por nosotros. Solo los muertos se burlaban de ella. Por lo visto, eso debía enfurecerla todavía más. Y nosotros estábamos ahí para que pudiera desquitarse. Se había levantado una brisa tímida, y sobre ella montaba un corrosivo olor a quemado. El siniestro debía emplazarse más cerca de lo que pensábamos.

Sin anestesia, Horacio sentenció:

— Para que engañarse, verdad. No hay otro lado. Los muertos corren con esa ventaja. No los apremia nada que saber: ninguna especulación que pueda angustiarlos. Ignorándolo nos ayudan a morir. Hacia ellos vamos sin que nos esperen en ese mismo sin lugar. No nos escuchan. No pierden el tiempo en vanidades.

La experiencia, con aires de suficiencia, no parecía decir lo contrario. Pensé: *Antes de mí, nada de mí; nada de mí, después de mí*. Demasiado emparentados estaban ya con los despojos para ocuparse de argumentos hipotéticos que no componían más que otros esqueletos, hechos con esos huesos de los sueños que eran las palabras. Puede que el secreto radicara simplemente en no buscar explicaciones finales; que el conocimiento trabajara acumulando los errores del mañana. Puede que al inventar las preguntas sin quererlo inventáramos los enigmas, y así tal vez el más alto grado de angustia; y quizá no los hubiera, y todo fuera simplemente *lo que es*. Quizás en los porqués convivían la herramienta útil y la tara compleja. ¿Cómo asegurarse de que cada una de ellas no fuera sino otra invención, un fraude? Al borde abismal de cada pregunta, de las cornisas de los edificios de tinta, siempre había una esfinge inmortal que solo debía esperar por devorarnos. Antes de serlo, ya habíamos nacido aliento de sus fauces de tierra, que desembocaba en la idea en sí de un Leteo infranqueable en que quedar inmersos.

Las muchas sirenas y la noche perruna eran un solo acompañamiento impalpable y clamoroso; otra ardiente e incontestable pregunta. Sentí un picor cáustico en la garganta.

—Debe ser alguna fábrica o algún depósito de sustancias químicas —arriesgué.

—Probablemente —asintió Horacio.

Quizá cansado de esa posición, por la edad, volvió a ponerse de pie. Escuché varias veces el roce de sus manos sobre el pantalón. Sentí otra vez el estallido crepitante de un fósforo, su combustión naranja; sobreviví a su extinción agitada por una mano. Me llegó el aroma amistoso del tabaco, en este caso mejor que el aire viciado que veníamos respirando. Asistí a como el brazo negro de Horacio hacía un movimiento por el cual deduje que había arrojado lejos de sí el fósforo utilizado.

Usándolo como ejemplo dijo:

—Por momentos me parece que todo el universo del conocimiento es como ese fósforo. Se encendió y se apagará. Y me digo: No sé de donde sacamos esa idea absurda del *logos*, de un plan inmanente a la naturaleza, de un cosmos racional. Mucho

menos la idea de progreso. Y además indefinido. Demasiada soberbia. Nos definimos por la razón y no sabemos usarla. Lo propio de simios engreídos con solo un par de adaptaciones más. Subestimamos a los dinosaurios porque se extinguieron. Pero ellos, sus diferentes tipos, caminaron sobre la faz de la tierra, según estiman los datos científicos, unos ciento cuarenta millones de años. Millones más, millones menos, el género *Homo*, aparece aproximadamente hace unos dos millones y medio de años. Es decir, los dinosaurios, a quienes tratamos como una especie inferior, más que otra cosa por no haber sobrevivido, aunque quizá no se trató de eso y hayan terminado evolucionando en algo diferente —esperemos que no en nosotros porque se llevarían una gran decepción—, perduraron durante un lapso temporal cincuenta y cinco veces más prolongado que el total que nosotros llevamos como especie *superior* parasitando la tierra. Y en tan poco tiempo no nos privamos de concebir la manera de autodestruirnos y además, de destruir toda la vida del planeta. No es cosa de andarse con chiquitas. En fin. Ocurre que ensamblamos dos ideas que no tienen nada que ver: progreso con evolución. Y además sin tomarnos el trabajo de pensar que la primera de ellas quizá sea tan solo una quimera. Nos pensamos como casi consumados evolutivamente, cuando en realidad ni siquiera somos una especie con destino de superación sino otro ente a rebasar hacia algo distinto, de algo diferente a algo diferente. El error viene de ahí. La idea de progreso científico no nos deja ser lo razonablemente prudentes, respetuosos y humildes. Y no pretendo quedarme afuera de esa crítica.

Habiéndolo escuchado buena parte de la noche, me interrogué acerca de si no éramos dos espíritus retorcidos y plañideros que no podíamos ver más que, no solo el medio vaso vacío, sino su completa vacuidad. Me causó gracia pensarlo y le dije:

— ¿Cuál es tu idea, Horacio? ¿Me propones el suicidio?

Nos reímos, por suerte, con una risa espontánea y duradera, sabiendo que nos reíamos de todo. De nosotros. De la muerte. Del conocimiento. Me sentí con el peso de una pluma al poder

reírme de mí mismo con tanta justificación. Permitirse hacerlo es y será, al menos mientras se pueda, inestimablemente liberador.

—Ahora que mencionaste el suicidio —dijo Horacio— te doy un dato. Las cifras estadísticas anuales de suicidios a escala mundial, es cercana al millón de personas. Todo un número.

— ¿Por qué se puede querer suicidar la gente, Horacio?

—Entiendo que por muchas razones. Desesperación, decepción, venganza, por un abatimiento insondable, por amor, para evitar un mal mayor, por vergüenza, por temor. A veces hasta por error. Vaya a saber por cuántas más.

Nadie sabía si otro animal podía llegar a suicidarse sin que fueran meras especulaciones. Evidenciaba que el hombre era entre ellos el animal más atormentado.

Y eso fue todo. Nos quedamos en silencio invitados por la nada hospitalaria de los muertos hasta que las sirenas acabaron de sonar sin aviso, dándonos cuenta después. Se habían llevado a los perros y a los grillos, y dejado un humano entorno de toxicidad. Me pregunté desde cuándo había naufragado en las palabras y si no se trataba de aprender a estar a la deriva más que de esperar estúpidamente puertos finales como respuestas. Me dio por reflexionar acerca de por qué estaba ahí. Me contesté: por un hombre que todavía no había logrado superar su duelo en la búsqueda de una posibilidad inmejorable para despedirse.

Se me cruzó decirle si no le gustaría empezar algo con otra mujer. Entreví que no era ni el momento ni el lugar adecuado. Me incliné por diferirlo para otra oportunidad, volviendo al concepto de duelo. Lo pensé interminable, o digamos tan finito como nosotros. Una vez que descubríamos la muerte, comenzaba el pausado proceso de aprender a duelarnos por nuestra propia finitud. De haber sabido Eduardo que me encontraba junto a Horacio en esa loca campaña por una mujer —ni qué decir por una muerta— se hubiera burlado hasta el hartazgo. En su opinión menos recalcitrante acerca del amor, hubiese sostenido que había tenido la mala fortuna de perder a su esposa mientras estaba enamorado, para quedar así atrapado en

un sueño. Porque estar enamorado, aunque dentro de su esfera no se lo notase, era para él un aspecto devaluado del amor, una pasajera disposición hacia una engañosa completitud que quedaba expuesta en pocos años, o meses. El verdadero amor empezaba después, y era un trabajo agotador, un ir del disimulo a la utopía, un manajo de deseos inconstantes, de ficciones y auténticos sentires. Seguramente me hubiera dicho que, de haber tenido Horacio la oportunidad de vivir con ella una década más, tal vez hasta la hubiese abominado, o se hubiera separado en malos términos, o la hubiese engañado con más de una amante, o sencillamente se hubiese cansado de la rutina de algo tan esclavista como aquel *sacramento*. Eduardo decía que la infidelidad era una creación injusta tanto del matrimonio canónico como del civil. Una regla infame que acotaba las uniones en el mundo, aún cuando fueran temporales y esporádicas, ¿acaso la vida no lo era? Un mundo hecho más que de convergencias de almas, de desencuentros. Le hacía gracia escuchar a un desposado hablar del ridículo precepto religioso que no permitía tener mujer y gratificación sexual a los sacerdotes integrantes de la grey católica, cuando la naturaleza del que exponía no era sino poligámica. Eran distintas formas de limitarse. Distintos cercos. Que todos se dejaran de joder y cogieran más. Me reí para mis adentros. Mi tío era un hijo de su madre, pero entrador. O lo había sido. Hacía años que no traía una mujer a casa. Quizá las frecuentara por ahí porque le diera vergüenza el hecho de que yo pudiera pensar lo tuviera por un viejo verde. Estaba viejo, sí. Y cada día iba a estarlo más. En poco tiempo iba a verlo atravesar el umbral de la ancianidad. Saberlo me provocaba tristeza.

De pronto se escuchó un gran estruendo. Horacio lanzó una interjección:

— ¡Eh! ¿Qué mierda pasó?

Un imprevisto en el lugar de incendio. Algo había salido mal.

—Algún tanque, alguna caldera —especulé—. Se ve que no tendrían el fuego totalmente controlado.

Detrás del hondo hueco de silencio que se había abierto, volvieron los perros, esta vez antes que las sirenas. Hacia el norte, por sobre el paredón, encima del horizonte, lo negro se tiñó de un flojo fulgor de infierno.

—Mirá —le señalé en esa dirección.

—Era bien cerca, nomás. Pobre gente. Esperemos que no haya habido víctimas —manifestó. Como de una galera sacó esta paloma—: Ves, esos son problemas.

Entonces tuve la corazonada de que no habíamos venido en vano, de que no nos iríamos como habíamos venido, con las manos vacías. *Aún seguíamos aquí.* Y quizá no era por nada.

Horacio se remangó apenas la campera, intentado deslindar que posición ocupaban las agujas en el reloj. Estuvo a punto de encender un fósforo, cuando volvió a recordar que había traído la linterna. Como antes, se autorizó a llamarse boludo, esta vez con más realce.

—Dos y veinte —testimonió—. ¿Y si vamos volviendo?

— ¿Te parece?

—Como ves, no hay mucho que hacer acá. Pero al menos me di el gusto.

Lo notaba seguro. Quería retirarse. No quise contradecirlo. Me puse de pie con torpeza. Tenía las asentaderas adormecidas de permanecer en la misma posición durante el transcurso de aquellas horas. Horacio se limitó a prender otro cigarrillo. Tuve la delicadeza de adelantarme unos metros, para que pudiera tomarse unos instantes de recogimiento junto a aquel recuerdo que había vuelto a velar otra vez. Pero no lo hizo. No se despidió.

Escuché su voz diciéndome:

— ¿Adónde vas? Esperame.

Reemprendimos ese tramo, callados. No habíamos visto ni contactado ningún espectro, ni aparecido, ni luminiscencia, ni señal auditiva del más allá. Las fantasmas son los recuerdos. Nacen exactamente después de cada *ahora*. Por eso son tantos. Por eso pueden invadirnos con tanta facilidad y conquistarnos sin ningún esfuerzo. Con ellos creemos engañar a la muerte, y

la muerte nos engaña con ellos. Toda memoria es un páramo habitado por fantasmas. La antesala de todo cementerio.

La tierra negra no nos habló para decirnos: no soy Rosa. Ni hacía falta que lo hiciera. La tierra negra sin palabras nos dejaba la libertad de poetizar cada uno a su manera: creyentes y deístas, ateos, científicistas, místicos, extraviados. Que sacáramos las conclusiones que quisiéramos. Si hubiera podido ignorarnos, lo hubiera hecho: poetas de ninguna Rosa, de ningún adiós.

Cuando llegamos a la oficina, las luces continuaban apagadas. La puerta permanecía abierta. A la altura de las rejas, el insuficiente reflector del ancho acceso principal le daba al lugar un aura tenebrosa y desde allí, alternaba el habitáculo por zonas, mostrando sillas fragmentadas, una porción de mesa, paredes incompletas, muebles archiveros sesgados por las sombras, sin dar muestras de presencia alguna. Horacio dio tres golpecitos tibios en el marco. De encontrarse el sereno, no tenía intenciones de sobresaltarlo.

—Parece que no está —dijo.

Volvió a hacer el intento y entonces, desde un ángulo imperceptible, se reveló una voz sin espabilar:

—Ya va.

Emergió, desapareció, resucitó. Sus arrugas y sus cejas blancas se mostraron tras sus manos, cuando dejó de frotarse la cara.

—Me quedé dormido —explicó—. ¿Qué hora es?

—Cerca de tres menos cuarto.

—Me imagino que escucharon las sirenas. Hubo un incendio acá nomás —Sin dar lugar a respuesta alguna dijo—: ¿Cómo le fue? No me diga nada... La vida es así.

Por lo que Horacio me había contado, entendí que, de alguna forma, estaba haciendo mención a su difunta hija. Otra nada. Otra remembranza con fecha de vencimiento. Hizo un gesto hacia la salida y nos condujo hasta la puerta reja cojeando. Al abrir, los goznes de hierro chirriaron nuevamente.

—Siempre los estoy por lubricar. Algún día será.

Salí primero y cuando Horacio iba a traspasar la abertura, el viejo le apoyo una mano sobre el hombro.

—Me permite unas palabras, caballero.

Él se dio vuelta para mirarlo a la cara.

—Usted parece un buen tipo. No quisiera que se ofenda por lo que le voy a decir.

—No me voy a ofender, hombre. Dígame lo que sea.

—Seguramente usted es una persona de hacerse preguntas... No pierda más tiempo. Búsquese una mujer. No es el tipo de respuesta que tal vez uno espera. Pero sirve para dejarse de preguntar. No deje de comprar flores, si quiere. Pero lléveselas a alguien que pueda recibirlas, que se las pueda corresponder.

La potestad de su cabello cano le había permitido decirle con impunidad de setentón lo que yo me había guardado. Desde que habíamos entrado, nos quedaban tres horas menos para morir.

Horacio le devolvió el gesto apoyándole su mano sobre el brazo derecho.

—Veremos. Se agradece.

La temperatura había descendido y se hacía más notorio en la vereda, recorrida por un sople fresco, aceptable. Dos cuabras hacia la avenida, en dirección a la ruta, sobre la orilla de los techos, la huella del incendio ya no resplandecía. Podía verse una alta columna de humo ahuyentarse. Camino a casa, casi rozando el lado del duradero paredón, Horacio me dijo:

—Con la experiencia de hoy, a su momento, no vas a poder decir haber tenido una vida totalmente prosaica.

Alusivo, le contesté:

—Démosle un último gracias a Rosa, entonces.

No me respondió. Solo sonrió palmeándome la espalda.

Si desdoblándome, hubiera podido vernos andar de frente desde la otra esquina, la esquina de casa, sobre aquel escenario tiznado, podía haber dicho ver regresar de un irregular aquelarre barrial, a los rescoldos de dos fatigados infernos.

A decir de don Alfonso, esos años de *bonanza*, que por cierto estaba lejos de ser la mía y la de la generalidad, le permitieron tomarse vacaciones en el exterior junto a la familia. Se gastó sus buenos dólares en movilizar toda esa tropa, pero estaba dentro de sus posibilidades, favorecido además por la paridad cambiaria. Cuando lo tuvo decidido fui el primero en ser notificado. Me exigió que me guardara la primicia porque tenía intenciones de que fuera una perfecta sorpresa. No puedo dar fe de que tuviera un ciento por ciento de confianza en mí para dejarme a cargo de la concesionaria, sin embargo, fue lo que hizo. Probablemente, pensando en Julia, sin excluir que tampoco se trataba de una ausencia larga que pudiera dificultar en demasía mi desempeño. Por lo que a mi respectaba, no podía ignorar que había aprendido prácticamente todo lo que tenía que aprender. De todas maneras, el se regía por el proverbial ojo del amo, y yo, en todo caso, era lo más conveniente que tenía a mano.

Mi vínculo con la familia seguía como era de esperar, dañado por las mismas razones. Al menos eso podía inferirse de las pocas oportunidades en que daba lugar a cruzarme con esa junta que eran padre e hijo, los cuales se potenciaban al plégame, fuera con una patadita de corista competitiva por parte

de Félix, lo que nada tenía que ver con mi idiosincrasia masculina, como si delante esperara tener un par de su palo que se remordiera por dentro por contestarle en los mismos términos de escalpelo incisivo, sin poder hacerlo, llenándolo de viperina complacencia; o con esos comentarios colaboracionistas de su padre destinados a fustigar mi humanidad con su desgarrador conflicto reprimido. O simplemente, mientras hablaban, dejándome de escuchar a medio camino para continuar entre ellos como si no estuviera y lo que yo pudiera decir careciera de importancia. Disponían de toda una batería de herramientas simbólicas para eludir su conflicto y presentarme como una causa sustituta en la que descargar toda aquella frustración. Ciertamente, los engaños podían convertir a las personas en seres realmente miserables. Especialmente cuando estaba en juego tanto temor y humillación, tanta decepción mutua.

Pero como ya había tenido ocasión de exponer, don Alfonso actuaba de forma muy distinta cuando estábamos a solas. Por lo menos así fue, durante esos años previos. Y como muestra de ello lo exhibía la relación laboral que habíamos logrado llevar adelante, porque si bien era reservado en sus exteriorizaciones para conmigo, podía verse a la legua que no estaba disconforme, lo cual viniendo de él, y dadas las problemáticas que nos involucraban, era más que suficiente.

En aquella década de los noventa, los sectores más pudientes de la sociedad, esto es, los menos, sumándosele una pequeña porción de la clase media, comenzaron a vivir la moda de tomar paquetes turísticos a destinos en el Caribe y quizá, más que otros, a Miami y Orlando, en vistas a disfrutar de las playas de la primera, y a divertirse en los variados parques temáticos que ofrecían *Disneyworld* y los *Universal Studios* en la segunda, encandilados por la difundida idealización del estándar de vida del gran país del Norte. Don Alfonso también sucumbió a ese encanto, y programó para él y su familia unas vacaciones dignas del que consideraba su mérito. La mañana que me lo dio a conocer, yo llegué al concesionario totalmente horrorizado después de leer en el diario del día, las cifras estimativas del genocidio Ruandés: más de ochocientos mil víctimas *Tutsis* ase-

sinadas por la etnia mayoritaria de los *Hutu*, a los que había que adicionarle las muertes de unos cincuenta mil *Hutus* disidentes y la violación de medio millón de mujeres, en aproximadamente cien días de atrocidades; sin ningún tipo de contemplaciones, fueran niños, mujeres o ancianos. ¡En pleno 1994! La cifra era espeluznante. Demencial. No menos que su desavenida historia y las viejas desigualdades reavivadas y acicateadas por la mirada asimétrica de la ocupación Belga hasta pasado mediado de siglo, así como el espaldarazo disimulado de las potencias ricas y la indecisión de los organismos internacionales y su reacción tardía. No podía dar crédito a lo que estaba leyendo. Al llegar, entré sin más a la oficina de don Alfonso y experimenté contrariedad al tener que decir buen día. Sin considerar los folletos que estaba examinando, puse compulsivamente sobre ellos el diario doblado, de manera que la nota periodística quedara exhibida descarnadamente.

Sin dirigirle la atención, levantó la vista destinándome una sorprendida expresión de incredulidad.

— ¿Qué pasa? ¿Estás loco?

Solo le señalé:

— Lea el artículo que hace mención a Ruanda.

Le dio una leída a vuelo de pájaro.

— ¿Y con esto qué?

— ¿Se fijó en el número de víctimas? Ochocientos cincuenta mil.

Dejó el diario a un costado y me contestó:

— ¿Vos me estás jodiendo? ¿O pensás que no tengo nada que hacer? ¿Crees que no tengo suficientes problemas para andar perdiendo el tiempo? ¿Qué esperas que pueda hacer yo? ¿Vos podés hacer algo? ¿Vas a cambiar al mundo? ¿Pudiste evitar lo de la AMIA unos meses atrás? — Dio por descontado que no—. ¿Y entonces? No me hinchas las pelotas, Ariel. — Me extendió los folletos con cara de feliz cumpleaños—. Fijate bien. Estoy preparando un viajecito al exterior. Yo pensando en la felicidad de mi familia, y vos me salís con un martes trece. ¿Qué tenemos que ver con Ruanda? ¿A cuántos miles de kilómetros queda? Ni siquiera se ubicarla bien en el mapa. Dejate

de joder, hombre. Ahí no debe haber petróleo. Y sin intereses monetarios nadie va a mover un dedo. ¿Me tengo que preocupar yo? Mejor anda preparándote que cuando me vaya esos días te vas a quedar a cargo. Ah, y otra cosa. Te voy a dar un dinero para que me compres dólares. Haceme acordar. El gallego de la joyería abre a eso de las once. Me voy a empezar a poner en campaña ya mismo.

Esas pocas palabras bastaron para hacerme sentir ridículo e insignificante. Hasta un insensible mercader como don Alfonso tenía derecho a ser feliz. Y era bien cierto, yo no encajaba dentro del arquetipo de los que iban a redimir al mundo. Además, en poco tiempo, la noticia quedaría sepultada por una acumulación de cordilleras de tickets de compra y sucesos diarios, que iban desde la frivolidad farandulesca, pasando por las noticias políticas, deportivas y policiales, hasta llegar a otras nuevas y extravagantes muestras de salvajismo. ¡Con qué *eficacia* operaba el olvido! Mucho mayor que la de la memoria.

Todavía no había terminado de recomponerme del impacto, cuando vimos entrar a la agencia a dos jóvenes de aspecto nórdico, altos, rubios, el pelo bien corto, al estilo reglamentario, de traje y corbata negros, cada uno portando una valijita al tono. En un primer momento llegué a notar en don Alfonso cierta señal de preocupación, lo cual me llevó a pensar que podía tratarse de inspectores de la DGI. Ni bien abrieron la boca, reparamos en que eran dos novatos predicadores de la congregación Testigos de Jehová. Solo alcanzaron a decir unas pocas palabras, cuando don Alfonso dejó el escritorio y dijo:

—Qué, hoy es domingo y no me enteré...—Y dirigiéndose a mí, con una gran carga de ironía, me dijo— ¡Ah, no! ¡No puede ser! ¡Estos vinieron con vos! —Salió de la oficina diciéndoles—: Los atiende el muchacho.

Ese éxodo apremiante creó un fugaz clima de incomodidad, que ellos supieron subsanar con muñeca doctrinal, reanudando su mensaje. Los dejé explayarse. Me hablaron de un Dios creador. Imaginé una nueva teoría: la creación como el acto de un Dios con gastroenteritis. Me aseguraron que estábamos en las vísperas del juicio final, del fin del mundo. Les dije:

—Llegaron tarde, muchachos. Ya empezó —y les regalé el diario.

Siempre estaba empezando, el fin del mundo. Se retiraron con religiosa resignación, sin inmutarse. Después de todo, Jehová estaba de su lado.

Al poco tiempo, Julia vino a contarme con exaltada alegría la novedad de la que ya estaba al tanto. Aparenté no saber nada y me sentí feliz por ella. Tenían el vuelo la semana próxima. También iban a pasar por Los Ángeles a ver a su otro hermano, el mayor. Había hecho un extenso listado de todo lo que quería adquirir. Fingí demostrar interés. Aquella noche me hizo el amor desenfadadamente, lo cual no desperdicié. La expectativa por el viaje y su listado de compras me otorgaron una sensualidad que hasta allí no había tenido. Era una de las pocas caras amables que el neoliberalismo se dignaba en mostrarme.

Esa misma noche, en aquella cama de hotel alojamiento, terminé de engendrar el punto de inflexión que tanto venía buscando, en el que fue un largo intervalo de irresolución. Definitivamente, iba a retomar la universidad. Cosa que hice al año siguiente, inscribiéndome para la cursada del primer cuatrimestre en los prácticos nocturnos y haciendo que firmaran por mí en los teóricos obligatorios a los que me era imposible asistir por razones de trabajo. Por suerte existían las desgravaciones.

Ni bien ingresé a Puán, en Caballito, la fauna que recorría sus aulas y pasillos me hizo sentir un sapo del mismo pozo. Al menos me encontré a mis anchas chapoteando en ese estanque de ávido espionaje centrado en el conocimiento. Nunca había visto junta, tanta gente loca. Si no era un edén de diversidad, casi llegaba a serlo. No estaba nada mal. Aunque siempre sea problemático y difícil coincidir plenamente, por no decir imposible. Baste con explicarlo la convivencia de a dos. Y hago esta mención porque el tiempo que demandaban mis estudios empezó a dejar consecuencias no deseadas en mi relación con Julia. Comenzaron a molestarle sobremanera mis repetitivos retrasos, mi ostensible agotamiento, mis descargos y mis oposiciones, mis sospechosos horarios nocturnos, y en particular,

las llamadas de mis compañeras. Íbamos en pronunciado declive. Sin embargo, me encontraba tan colmado en aquel ambiente estudiantil, que no hice otra cosa que subvalorar sus regañones. El descontento también hizo eco en su madre, que empezó a mirarme con embrionaria ojeriza, y a partir de ella, se contagió con epidémico recelo a sus hijos y al resto de la familia, arraigando así con considerable magnitud.

Don Alfonso formaba parte del mismo frente, y yo, opo- nente ejército de uno, apuntes en mano, no hacía más que re- plegarme como podía sobre mí y esa nueva vida que me estaba dando.

En el concesionario, mientras tenía oportunidad, nunca de- jaba la bibliografía de lado. Don Alfonso podía verme desde su lugar entre los autos usados, plumereando así como leyendo, presumiblemente como un remedo de ratón de biblioteca obli- gado a salir al sol. Nunca llegó a decirme que eso le molestaba. Si se mostraba transigente, solo era porque lo discernía como un tiempo ganado para su hija, lo cual yo había sabido hacerle apreciar a través de ingeniosas sugerencias. Las cosas marcha- ban así, en un tenso clima prerrevolucionario de guerra intes- tina.

Muy distinto era mi paso por la universidad. Los conoci- mientos previos que había adquirido a partir de mis hábitos de lectura por las obras filosóficas, me facilitaron bastante ese re- emprender. Y en ese intercambio de pareces, simpatías y datos teóricos, de argumentaciones, contra argumentaciones y bús- queda, de charlas que trataban de imitar la erudición y que lle- naban las cafeterías que rodeaban a la Facultad de Filosofía y Letras, no tardé en hacer entretenidas y provechosas amistades.

Conocí primero a Omar Lindemann, y a través de él, a An- drés Duval, a Juan Ibarguren y a Luciano Olivera. Todos tenían entre diez y nueve años menos que yo. Y a pesar de la diferencia de edad, que en la mayoría de los casos era cláusula terminante para congeniar participando de los mismos intereses, me reci- bieron como uno más. Es cierto que cursar las mismas materias de una carrera era motivo suficiente para hacer causa común, ayudándonos mutuamente. Pero en un principio, pensé que

había caído a destiempo, y que me iba a costar integrarme a ese círculo reducido dentro del ámbito universitario, pensándolo estrechamente como un reducto juvenil. Después de todo, ya tenía treinta años, y la mayoría de los estudiantes se retiraba con su título a más temprana edad. Por eso en un inicio, me sentaba a escuchar las clases al fondo de esas aulas repletas de alumnos, tal si fuera alguien que estaba tan solo de visita y no pudiera ser tenido en cuenta como un integrante estable del lugar. No obstante, al poco tiempo, descubrí que era una tontería de mi parte, y que podían verse asistentes bastante mayores cursando la carrera, hombres y mujeres entrados en calendario, los que no venían tanto al encuentro de un medio para un fin, sino de un fin en sí mismo, quiero decir, no los atraía la alternativa de una salida laboral profesional, sino que como a mí, tan solo les interesaba el aprender por el mero aprender, o mejor dicho, buscaban a través de la filosofía dotarse de cierto sostén con el que afrontar mejor el camino, o bien alguna revelación tardía que les echara algo de luz a sus días. Solo que cuando lo pensé mejor, me di cuenta que en esta carrera para descaminados, no había quién no viniera a buscar ese fármaco, aun cuando luego transcurriera el resto de su vida en un casi inmovible secundario o en una universidad repitiendo fórmulas de otros, las que a solas consigo jamás dejarían de resultar sospechosas. Pero aquí, inversamente, nada estaba en su lugar. Entonces uno terminaba descubriendo que en ello radicaba su irresistible atracción. A veces pienso que los seres humanos se desviven en demasía por *conocer*, pero el *conocer* no pareciera ser una tarea que se ajustara plenamente a la que cree su medida, porque los seres humanos no se *conocen* en tanto no llegan a conocerse, en cambio sí se *sienten* (lo cual no deja de ser una forma de conocimiento), y tal vez eso debería bastar, al menos, para conformarnos en parte. Pero claro, éramos animales obsesivos, sumamente curiosos, presuntuosamente racionales, en busca de lo que llamábamos realización.

De aquella época universitaria, de lo que la memoria parece haberse apropiado mejor, más que de la bohemia de los bares vaporosos y de las salidas que en principio poco frecuentaba

por razones de buena letra en el noviazgo, fue de aquel monoambiente que alquilamos con Omar y Andrés. Ellos, si bien no trabajaban, venían de familias pudientes que no escatimaban en gastos cuando se trataba de sus hijos, por lo cual, al no tener por delante obstáculos monetarios, aquel proyecto logró concretarse. La intención central era constituirnos en un lugar de reunión en dónde tuviéramos cierta intimidad de grupo; un oasis alejado del ruido, apropiado para la lectura y el descanso en las horas de entre clases, un tranquilo sitio de reflexión e intercambio de ideas.

Desde luego, aquel fue el plan original, diseñado no sin una buena cuota de retórica sugestiva, dirigida a lograr el convencimiento de sus padres.

El departamento estaba ubicado a unas cuatro cuabras de la facultad. Básicamente un piso de estudio reducido, amueblado con lo mínimo indispensable.

Los primeros cuatro meses, en pocas ocasiones lo usamos para pernoctar. Sí lo hacíamos, por lo general, ellos se servían apenas más que yo; eso se debió a que todos vivían en distintas zonas de la capital repartidos entre los barrios de Belgrano, Once, Colegiales y Almagro, y que suscribían desde siempre al provecho de las comodidades hogareñas, en dónde tenían poca o ninguna intervención activa. La independencia estaba claro, no era toda ventaja.

Inevitablemente, como era de esperarse, fuimos cobrando confianza, y ganando en naturalidad, buen trato y amistad. Los cinco formábamos un bloque en el qué, uno a otro, se ayudaba a despejar dudas de interpretación, aclaraba confusiones y potenciaba la retención de contenidos al repetirse una y mil veces las mismas teorías y especulaciones filosóficas. Ese trabajo en conjunto rindió sus frutos. Aquel año, ninguno dejó de aprobar las seis materias que cursamos durante los dos cuatrimestres respectivos. Nos inscribíamos en las mismas materias con la finalidad de mantener esa regularidad.

Para festejar aquel magnífico y prometedor rendimiento, antes de navidad, intenté convencer a Julia a que accediera de buena manera, el permitirme tomarme un domingo libre sin

escuchar sus suspicaces y absorbentes demandas. Conseguí su autorización en desacuerdo, y a manera de represalia, me aseguré no iba a privarse de salir a bailar con sus primas y amigas por la zona de Ramos Mejía, tratando de provocarme celos y hacerme desistir. Pero para ese entonces, empezaba a presentir, aunque todavía no era plenamente consciente, que en lo mediano, no me movería un pelo. Y supongo que no me importó lo suficiente, porque le di vía libre para hacer lo que le viniera en gana, lo que la molestó aún más. Pero aunque cuando este pareciera ser solo un detalle trivial, no lo fue, ya que casualmente, teníamos el mismo destino esa noche, y aquel dato me permitió proponer la revisión del rumbo a tomar, obteniendo un cambio de planes con la aprobación unánime del grupo y desembocando luego en un encuentro que sentó las bases de un futuro distinto.

Lo nuestro no pasaba tanto por liberarnos al puro movimiento seductor del cuerpo en la cadencia de la música, ese dejarse llevar que invitaba a un olvido terapéutico del pensamiento. Sino que estábamos *enfermos*: amábamos pensar hasta las últimas consecuencias.

Enfilamos para el lado del centro buscando un bar poco concurrido, de corte tanguero, por decirlo así: de esos viejos bares de barrio porteño que daban a calles todavía empedradas, con amplios ventanales y con los mismos cajero y mozo con que arrancó en los cuarenta, en donde por la tarde se juntaban a jugar cartas y dominó los viejos, antiguos habitués del lugar, y por las noches era un reducto de borrachines y prostitutas, de poetas y músicos fracasados. Cualquiera de ellos que hubiese podido prestar algo de oídos a nuestra conversación, podría haber considerado que estábamos locos. Y no hubiéramos podido hacer mucho a nuestro favor al salir en propia defensa. La esfera en la que flotábamos estaba tan apartada de lo cotidiano, que la realidad que se daba en ella cambiaba varias veces de forma en cuestión de minutos; plastilina en manos de preescolares vanidosos. El mundo podía haber estado desmoronándose en nuestras narices que dudo lo hubiésemos notado. Aunque después de todo, el mundo se desmoronaba desde

siempre (para reparar en ello no hacía falta filosofar) y ese solo dato debería bastar para desculpabilizarnos.

Ingenuamente, nos aventurábamos en la interminable recreación de su desciframiento. Ya antes de estar algo bebidos, no podíamos esclarecer si nuestras mentes jugaban con las ideas o eran ellas las que lo hacían con nosotros. Soñábamos las claves de las cosas y no pasaba de ser una incauta distracción intelectual. Ante la escucha atónita de algunos ebrios anacoretas, que precipitadamente y para bien de su salud mental redescubrían aquel punto fijo en su vaso con el que retomar su propio desaliento, desfilaban un heterogéneo y anacrónico abanico de pensadores: Parménides, Heráclito, Platón, Aristóteles, Plotino, San Anselmo, Leibniz, Malebranche, Espinosa, Pascal, Kant, Hume y tantos más. Demasiados. Demasiada imprudencia. Demasiado trastorno. Demasiado deseo de prosa poética disfrazada de ciencia y de exactitud, cuando nada más se trataba de simbólico goce estético.

De no haber sido tan buenos consumidores, nos hubiesen desterrado de todos aquellos ordinarios bares por perturbar su perezosa somnolencia intrahistórica.

Después de eliminar la mayor parte de la ingesta de cerveza, Omar propuso continuar con una gira nocturna por la ciudad. Habíamos llegado en su *Renault 21 TXE 2.2*, gris perla, impecable, un regalo de su padre cuando obtuvo el ingreso a la universidad. Estábamos a punto de levantarnos de la mesa, después de pagar al mozo y dejarle una propina desmedida para semejante antro, cuando un borrachín que estaba sentado en la mesa de al lado nos chistó para decirnos:

—Loco, saben cuál es su problema... Ustedes tienen que coger más.

Le contestamos que íbamos a tenerlo presente. En el trayecto hacia el auto, se hizo uno que otro comentario jocoso, tomándolo para la chacota, dado el grado etílico del susodicho. A diferencia de ellos, me lo tomé en serio. Era la segunda recomendación de ese tipo que había escuchado en los últimos dos años: espontáneamente recordé al sereno del cementerio sugerirle a Horacio se buscara una mujer. Solo que empecé a

pensarlas en plural. Tanta lectura académica para que un simplón borrachín me recordara con lenguaje chabacano, el más divulgado mensaje hedonista.

Omar tenía preparada una botella de vodka bajo el asiento del conductor. No teníamos rumbo fijo. Eso era lo mejor. Lo más cercano a la libertad que podía experimentarse, si es que dicho concepto existía tal cómo pretendíamos sublimarlo.

Divididos sonó en el pasacasette buena parte del recorrido.

El *power trio* ocupaba estrepitosamente el vehículo. Las ventanillas cerradas hacían que el interior trepidara, de manera que para intercambiar lo poco que hablábamos, producto del sopor de la bebida, teníamos que gritar. Si bien también había tomado lo suyo, Omar se mostraba seguro frente al volante; conducía despacio, todo lo atento que podía estar, al límite de la prudencia. Luciano dormitaba como podía con la cabeza apoyada sobre el vidrio, en el asiento delantero del acompañante. Situados detrás, Juan a mi lado, acompañaba con Andrés el ritmo de la percusión. Por el cristal, una realidad escapada de los textos de Berkeley se desmaterializaba mostrándose fachada, perdiendo su engañoso soporte. Todo lo que percibía, parecían ser tan solo ideas que recibía mi alma pensante, como el único sustrato de inherencia de la idea. En ese estado, no podía estar seguro de que hubiera percepción de cosas externas; de que ellas existieran como tal. Todo acontecía en mi mente. Lo físico se identificaba con lo sentido, con lo sensible. *Esse est percipi*. Mi ser era ser percibido y la idea tenía todo su ser en el ser pensada. Asuntos de espíritus percibiendo, de ideas percibidas, y de inmaterialidad.

Ayudado por el vodka, Berkeley funcionaba bastante bien. No parecía haber más que ideas pasivas y puros espíritus activos: las que eran nuestras desquiciadas almas y un único Dios desconcertante. ¿Y quién podía asegurar que la realidad no tuviera el mismo efecto sobre nosotros que la de varias botellas de bebida blanca? ¿Por qué razón no podía ser eso la sobriedad?

Circulábamos a la altura de Anchorena y Marcelo T. de Alvear, cuando me pareció ver a Félix. La realidad volvió a materializarse con toda la solidez del empirismo tradicional. Estaba

haciendo la cola para entrar a *Bunker*, un boliche gay de moda. Le grité a Omar:

— ¡Pará! ¡Pará!

Lo azoré. Frenó de golpe y se tiró a un costado. Luciano se despertó puteando. Me preguntaron qué carajo me pasaba. Solo les pedí que me esperaran unos minutos y bajé del auto. Crucé de manera un poco descuidada, me tocaron bocina para hacérmelo notar; los mandé a cagar. Estaba alterado. Creo que me vio llegar, pero no me reconoció de forma inmediata. Le llevó el tiempo que tardó de pasar del aturullamiento al espanto. Plantarme frente a él y ver su rostro demudarse me relajó, y me concedió una confianza inusitada. Sus amigos pensaron que mi llegada se trataba de una incorporación más. Entre ellos había un cuarentón con una musculosa turquesa ajustada que yo no había visto al llegar: era Marcos. Ni se inmutó. No tenía por qué hacerlo. Uno de sus amigos, mirándome de arriba abajo, lascivamente y sin reparo, le dijo:

—Qué *perra* sos Félix. Siempre dejas alguna *amiga* sin presentar: *acaparadora*.

Lo ignoré y lo vivió como un desprecio. Me dedicó una mueca de un tenor equivalente. Félix continuaba sin reacción. Titubeante, alcanzó a decir:

—Es mi cuñado.

Entonces le pregunté:

— ¿Hasta cuándo vas a seguir en el closet, Félix? ¿Por qué dejas que tu viejo haga lo que hace conmigo? ¿Por qué lo predispones contra mí con tus engaños?

—No sé de qué me hablas...

—De lo miserable que sos. De eso hablo. Tu viejo está inmerso en una patología y yo no tengo porqué ser chivo expiatorio de tu mundo de mentiras. ¿Tenés mucho miedo de que te haga lo mismo que me hace a mí? ¿Cuándo vas a dejar de autodiscriminarte? ¿Cuándo vas a madurar?

Se puso rojo de furia y me gritó:

— ¡Yo con mi vida hago lo que quiero!

—Eso es precisamente lo que le tenés que decirle a tu viejo y no a mí. Por lo que a mí respecta con tu culo hacé lo que

quieras, pero con el mío, no. Empezé a medir las consecuencias de tus actos, porque tus engaños están jodiendo a mucha gente. A tu hermana, por empezar; a su relación conmigo.

Félix entró en un ataque histérico:

— ¡Dejá de revolver mierda! ¡Lo que vos estás buscando es que mi viejo se muera! —gritó desgañitándose—. ¡Eso es lo que estás buscando! ¡Que no me quiera! ¡Que me odie!

Los amigos lo contuvieron, sujetándolo, y me exigieron que me retirara. Tomé algo de distancia. Fuera de sí, continuaba bramando:

— ¡Vos lo querés matar! ¡Lo querés matar!

Marcos, de malos modos, me preguntó qué estaba buscando. Le contesté que era algo personal. Félix pareció recuperarse la compostura repentinamente, se deshizo de los amigos que lo sujetaban dando a entender que ya estaba más calmo y con cruel refinamiento, acercándoseme, me expresó:

—Hacé lo que quieras. Decí lo que quieras. Yo niego todo, y entre tu palabra y la mía, mi familia me va a creer a mí.

Vaya novedad que me daba. La de ellos siempre era la versión canónica.

—Pero es que yo no tengo que decir nada. No se trata de algo que yo tenga que decir. Se trata de algo que debería dejar de padecer.

Entonces, como si abordara un interrogante totalmente justificado, más que en tono de pregunta me afirmó:

— ¿Y qué querés que haga? ¿Yo qué culpa tengo de las reacciones de mi viejo? Yo con él no pienso hablar. Ni tengo por qué hacerlo. ¿Vos querés que mi viejo me odie? Todos tenemos una vida oculta. Y esta es la mía. Yo pronto me voy a California. Tratá de hacer buena letra. Podes llevarte mejor si querés. Ponele voluntad.

Sus compañeros lo llamaron, estaban cercanos a entrar. Sin decir nada más me dio la espalda y le pasó un brazo por encima del hombro a Marcos, haciendo Marcos lo mismo con uno de los otros. Hicieron cuatro pasos y volvió a darse vuelta. Me sonrió con sorna, y soltando a su pareja le apretó desinhibidamente uno de los cachetes del culo:

—Me gustan bien machos, sí. Bien machos —remarcó mordazmente, comparativa y maliciosamente.

No me lo decía a mí. Se lo decía a su padre y no podía percibirlo. No podía advertir que procedía igual que él. Era su padre y él mismo, ambos a la vez, tratándome como si yo fuera, en un espejo, él y su padre. Como si yo lo discriminara, lo que probablemente le gustaría difundir, porque no descartaba que me tratara de homofóbico, proyectando en mí la homofobia en potencia de sus progenitores y buena parte de su familia como sí, en cambio, lo habría hecho cruelmente don Alfonso, de haber estado al tanto sin incertidumbres. Y eso era algo que, también necesitaba ocultarse. Como si yo fuera él mismo, y él su padre, aligerándose al minimizar simbólicamente mi hombría. No era de extrañar que hacer historiografía le resultase tan peligroso.

Se fueron provocando, bailando deliberadamente abrazados al sonido sordo de la música electrónica que escapaba del saturado local. Vi a Mauro y a Sergio encontrarse con el grupo. Terminé de darme cuenta que estaba realmente perdido. Su falta de escrúpulos ante mi grado de vulnerabilidad era repugnante. Me iban a sacrificar en nombre de todo ese maquillaje, de toda esa mascarada. Sin embargo, esa vez ya no lo viví igual. Me di cuenta al instante: ya no me importó. Ni siquiera esperaba un desagravio.

Al regresar al auto tuve que aguantarme las bromas pesadas de los cuatro. Más que otra cosa sentían curiosidad. Habían visto de lejos el escándalo y demandaban saber. Yo nunca les había contado nada de aquello y no tenía ánimos de dar explicaciones. Y no era porque estuviera cabreado o me hubiera dejado intranquilo la situación. Me había librado de algo que venía arrastrando incómodamente y ni valía la pena exponer, más cuando quizá ya le había encontrado solución a eso que me hubiera demandado una reseña prolongada y compleja. Así que inventé un embuste. Para salir del paso, les dije que era un gestor irresponsable que había dejado a mi suegro al garete con la promesa de alcanzarle un papeleo relativo a un vehículo usado que tenía dificultades en vender. Una estupidez invero-

símil que no hubiera pasado desapercibida si no hubiese corrido el alcohol suficiente. Aún así, no se privaron de preguntarme si me había aventurado en alguna relación *casual* con el *gestor*. Ni si era *activo* o *pasivo*, o *versátil*. Cosas de la amistad.

A partir de allí mi agenda cambió rotundamente. Comencé a compartir mucho más tiempo con ellos. Julia me detestó. Era la idea. Necesitaba forzar la situación al máximo para terminar de desvincularme con el menor impacto posible: no era mi intención herirla. Optaba por una salida elegante, en donde no me importaba ser el novio abandonado.

Lo realmente preocupante era que tendría que buscarme otro trabajo, con treinta años y solo el título secundario. Y también estaba el tema de Jorge, mi amigo, su primo. Tendría que hablar con él. De solo pensarlo, me dolía que una ruptura con Julia pudiera afectar esa amistad que venía de tan lejos.

De modo que me dediqué a acelerar el curso de los acontecimientos. Para eso me consagré a frecuentar más el departamento y las noches con mis compañeros de universidad, cuando no estábamos por las tardes en *Platón* o en *Sócrates*, impregnados de olor a café y cigarrillo.

Ya en tren de estudio, más aceitados, si bien ese plan no perdió el lugar central, fueron ganando espacio otras lecturas alternativas que venían tanto del lado de la filosofía, a veces no tan académica, así como de la literatura y la poesía, el psicoanálisis y la sociología. Habíamos llegado a armar una pequeña biblioteca *maldita*, anexándole otros autores a los que, fuera de rubro, sencillamente admirábamos, formada por textos fotocopiados y originales que compramos en las librerías internas de la facultad y en *Gambito de alfil*, *Biblos* y el Parque Rivadavia, poniendo cada uno algo de su bolsillo. Desde ya, considero una injusticia mayúscula dejar de mencionar a algunos de esos grandes autores: Rimbaud, Baudelaire, Artaud, Sade, Leopardi, Hölderlin, Pessoa, Celan, Borges, Sábato, Arlt, Cortázar, Bukowski, Schopenhauer, Nietzsche, Feuerbach, Céline, Marx, Burroughs, Freud, Cioran, Bataille, Sartre, Camus, Mann, Miller, Heidegger, Wittgenstein, Nabokov, Tolstoi, Faulkner, Dos-
toiewsky, Kundera. En fin, no tiene asidero que mencione a

todos. Era una larga lista. Pido las disculpas del caso. A los locales y a los foráneos. Eso alcanza para otorgar una idea de lo que andaba rondando con asiduidad nuestras cabezas líricas y no tan líricamente trasnochadas.

Mi relación con Don Alfonso pasó a reducirse a lo estrictamente laboral. Él estaba al tanto de cómo venían las cosas con Julia. La verdad, ni siquiera era un *impasse*, no obstante, ambos anteponíamos la perentoriedad de nuestras propias urgencias para no entrar en el asunto. De momento conservaba mi trabajo y eso me otorgaba cierta relajación. No necesitaba más. No más de aquello, al menos. Lo que si comencé a demandarme fue algo de diversión netamente sexual. Y estaba muy bien posicionado. Si hasta tenía el porteño *bulín*. Y también con qué llenar el cartón: un coto de caza variado. La liberación femenina y uno de los inventos más extraordinarios logrados por el hombre, el preservativo, confabulaban a mi favor contra el mundo hostil. Era hora. Uno podía dejarse ir y perder pasajeramente la memoria dentro de una vagina, o de varias; esas otras convincentes páginas en blanco.

Desatado, acorazado contra el enamoramiento, de todos los momentos que escribí en aquella época sobre tanta deleble piel, la pasé muy gratamente con Analía y Victoria. Las conocí cursando la carrera. Se gustaban entre ellas. Veía como se miraban, y tocaban, no tan ingenuamente. Digamos que, había un ir y venir más allá de la frontera, dentro de esa costumbre femenina en donde el tacto cumple un rol indispensable en la amistad de mujer a mujer.

Nunca pude saber si ellas ya lo sabían o lo descubrieron conmigo. Y también advertí que eran bisexuales. No yo. Lo noté y me lo guardé. No era cuestión de desadormecer potenciales rivales. Nunca olvido eso de: *el deseo es el deseo del otro*. Después de los treinta se entiende mejor aquello del legado genético del *macho alfa*.

Lo de superarlas en edad, de mostrarme con más experiencia que el resto de nuestro círculo de compañeros, me permitía explotar el perfil paterno. Por otro lado, mi reserva y confidencialidad total, también sumaba a mi favor. Era algo que yo

mismo fomentaba. No corrían riesgo alguno de caer en boca de nadie. No porque se tratara de mujeres reprimidas, nada de eso, y quisieran mantener su vida oculta a lo Félix, muerto de vergüenza de sí mismo, fingiendo lo contrario, llorando bajo al reír. Solo que tenían un amplio sentido del pudor y la discreción. Sencillamente se trataba de no ser desprolijo, de no ventilar detalles ni otros pormenores que dieran lugar a habladurías propias de malpensados. Un pacto de lealtad. Después que pensarán lo que quisieran.

No sé hasta que punto socializábamos el deseo. Había algo de volvernos objeto uno del otro. Por eso nos entendimos tan bien. Pretenderse puro sujeto, estoy casi seguro, desertiza, sino es el principio de la posterior deserotización. Nos gustaba recordar cómo nos habíamos comenzado a conocer. Eso abrió el juego. Nos teníamos vistos del práctico de Filosofía contemporánea. Justamente esperábamos que diera inicio. Era el último de la noche, el de las veintitrés. Había unas cuatro o cinco personas dentro del bar de estudiantes y solo nosotros fuera. Los tres estábamos sentados en el mismo banco, ellas por su lado, yo por el mío, de espaldas al acceso al patio. Al escucharlas cuchichear, pude ver que estaban interesadas en una escena que se desarrollaba en la semioscuridad de uno de los accesos internos, al pie de las escaleras. Dos estudiantes obesos, una chica y un chico, se besaban libidinosamente y sin timidez, enrostrándoles al soberano que ellos también podían permitirse esos lujos que trataba de monopolizar la armoniosa y estilizada gente de los avisos publicitarios. Con la mano en el corazón, no era algo muy grato de ver. Pero estaban en su derecho.

Analía, todavía no sabía se llamaba así, al igual que en el caso de Victoria, hizo un gesto de repugnancia más que de desagrado. Se tapó con la mano el lado de la cara que daba hacia ellos, y mirando a Victoria, se llevó los dedos a la boca dando a entender que estaba próxima al vómito. Inmediatamente se tentaron y comenzaron a reírse por lo bajo. Cuando la cantante muchachita bajó su mano hasta las partes nobles de su chico, yo encontré una inmejorable oportunidad para acercarme a ellas, especificándoles:

—Creo que están a punto de *aparearse*.

Eso les causó mucha gracia y compartimos vivas risas que intentamos dominar y que duraron un largo instante. Poco a poco, logramos conservar el decoro, tornándose necesario para retornar de tanta indignidad. Nos presentamos y yo, complementado, agregué:

—Después de esto creo que bien podríamos hacer un trío sin culpa.

En ocasiones excepcionales, uno pronuncia ciertas palabras que en otro tiempo y espacio, jamás hubieran dado sus frutos, inaugurando el hueco indicado en el devenir, en donde apretujarnos los tres. Volvimos a reírnos y para empezar estuvo bien. Analía, con su cara llena de pecas, el pelo castaño ondulado, su mediana estatura y su aceptable cuerpo metido generosamente dentro de una remera y un jean desgastado, recomendó ir acercándonos al aula. Mientras subíamos las escaleras, tomé nota de Victoria: era apenitas más alta, un poco delgada, algo huesuda, sin llegar a escuálida. Llevaba el cabello lacio y rubio cayendo más allá de los omóplatos, usaba anteojos de marco cuadrado y oscuro que le acentuaban el rostro; debajo ojos almendrados. Decía que jamás llevaría lentes de contacto: apagaban la mirada y a los ojos de los demás, parecían robarle el alma al portador. Tenía razón. Me encantó verlas subir. El número suplía las imperfecciones. Nos sentamos juntos. Algo más a mi favor, ninguno de los otros cuatro había tomado el práctico. A mí no me quedaba otra opción: trabajaba. Y había algunas cosas que no estaba dispuesto a compartir. Acaso una mujer no pueda reemplazar a otra mujer. Dos ya es otra cosa. Y no es que estuviera presto a abaratar pretensiones, y descender así de lo cualitativo a lo cuantitativo. Pero en determinadas instancias de la vida, lo paliativo no excluye la cualidad. Ellas me abrirían un panorama diferente, y me ayudarían a descubrir que nunca había estado enamorado de Julia.

Tampoco me enamoré de ellas. Admito que representaron sí, un escape delicioso y acrobático, en el que más de dos no eran multitud. Podíamos hablar horas, teníamos bastante de qué. Eduardo decía que el máximo de tolerancia que se podía

destinar a una mujer estaba dado por una medida temporal: un turno; dos a lo sumo. Ambas eran la prueba viviente de esa blasfemia misógina. Eduardo no lo decía taxativamente, pero conociéndolo como lo conocía, probablemente lo habría suscripto para no pocos casos.

Los prácticos nocturnos se fueron sucediendo hasta que tomamos una confianza que me permitió invitarlas al departamento sin despertar presunciones desfavorables. Algo totalmente premeditado de mí parte. Esperé a un viernes por la noche. Me había tomado el trabajo de estudiar el terreno con anticipación durante la semana. Sin decir nada, me aseguré que la *agrupación* me dejara libre el lugar. Quién más, quién menos, todos tenían algo que hacer. En el último de los casos, de no haber sido así, creo se los hubiera solicitado, o suplicado en caso de que me lo hubiesen denegado, pero no tuve que recurrir a pedido alguno, lo que lo hacía más recóndito y sensorial, amplificado por la trasgresión. Tampoco me encontré obligado a una rendición de cuentas, ya que ellos solo las conocían de vista, de los teóricos a los que no concurría, y no les había dado muestras de conocerlas ni tenía interés alguno en hacérselos saber.

Les advertí que no se trataba de un palacio, pero tampoco de un cuchitril. Era un sencillo departamento de un ambiente dispuesto a los fines prácticos de facilitar la actividad estudiantil. Lo hice para evitar efectos inesperados. Hasta me había dedicado a su limpieza durante la tarde. De hecho eran chicas provenientes de familias de buen pasar. No quería dar una mala impresión. De todas maneras, el aprestamiento careció de importancia. Tanto Analía como Victoria se mostraron encantadas. Lo primero que hicieron fue lo que yo mismo hubiera hecho en su lugar, llegarse hasta los anaqueles de la demoníaca biblioteca para curiosear los títulos y los nombres de los autores impresos en los lomos. Solo estaban al tanto de algunos, los ligados a la carrera propiamente dicha, y aunque tenían noción de los demás, no estaban muy empapadas en lo relacionado a lo que era poesía y otros géneros literarios. Les di a entender que les sobraría tiempo para eso: eran muy jóvenes. Sin em-

bargo, ellas no parecían guardar interés alguno. Eso me des-
pistó. Tenía pensado valirme de lo que muchas de sus páginas
pudieran proveerme para entrarles por algún costado impre-
sionable. No comprendía lo que pasaba con las mujeres últi-
mamente. A como estaba educado, a mi manera de entender
la femineidad, no podía concebir sus psiquismos sin el acom-
pañamiento inseparable del romanticismo y lo poético. La vul-
garidad y la chatura masificada que lanzaban los medios sin
descanso, las estaba desangelando, plastificando, disolviendo
paulatinamente hacia una interioridad andrógina, con un deseo
desmedido por usar la tarjeta de crédito hasta el cansancio; ad-
herentes incondicionales a la estética cambiante impuesta por
el mundo de los negocios. El universo masculino tampoco es-
capaba a la ley de la mediocridad. Y los adolescentes reproducían
y desarrollaban aún más las predicciones de Warhol. Solo
podrían encarnarse dentro de una *pantalla*. (La vida era apare-
ser). Por fuera de *ella*, todo era cercano a lo *virtual*, sin registro,
improbable. A eso le seguiría Orwell en toda su dimensión de
control incisivo. La pasión se había fragmentado en tantos in-
numerables sucedáneos, que le costaba seguir adherida a su ob-
jeto como antaño. Duraba lo que un novedoso producto del
mercado. Nacía y moría con intervalos similares al vacío que
dejaba un orgasmo. Era difícil sostener la intensidad.

Así que tuve que ingeniármelas y repentizar. Puse en la com-
pactera algo de los Stones para crear un clima de normalidad,
y las dejé hojeando algunos libros que parecían atraerles. Ha-
biendo elegido uno, las dos se extendieron en la cama, muy
cerca una de otra, rozándose. Lo apunté. Había transitado tales
preliminares. Sabía adónde podían conducir aquellas sendas, y
aunque podía equivocarme, noté que mi miembro viril tenía
la suficiente fe. Había estado todo el día trabajando por la ma-
ñana, y en la facultad durante la tarde y noche. Les informé
que necesitaba bañarme y que se sintieran en casa. Antes de
meterme a la ducha, tuve el paternal gesto de sugerir llamaran
a las suyas para evitar se preocuparan. Era algo muy mío. Es-
taban al tanto. Los viernes por la noche acostumbraban a salir;

el sábado no cursaban. Me retiraba hacia el baño cuando Analía me detuvo incorporándose.

—No te molesta si... si usamos algo de esto —me dijo mostrándome una bolsita diminuta de papel metalizado. La balanceaba entre dos dedos, socarronamente.

—No —dije sin interés de plantearle negativa alguna. Unos segundos después me di cuenta que se trataba de cocaína.

—¿Querés? —preguntó.

—No. Paso. No consumo.

Victoria, seguramente sin desentenderse de la situación, la seguía de oídas mientras atendía o fingía atender la lectura. Analía volvió a sentarse en la cama, acercó la pila de tres libros que había sobre la mesa de luz, y sobre el lomo libre del primero dejó caer el polvo blanco. Me quedé mirándola. Lo cortó y alisó con el carnet plastificado de la biblioteca y formó dos líneas paralelas y parejas. Notó que no me había ido y me preguntó:

—¿Te da miedo?

—No —volví a decir.

No parecía tener mucha conciencia de lo que podía ser *el peligro*. Más riesgoso hubiera sido leer el texto que había tomado sin saberlo y el que bien se cuidaba de maniobrar acercándose a Victoria, para no tirar la cocaína. Era "*La tentación de existir*". Sobre la mesa de luz quedó al descubierto la tapa del que continuaba en la pila, de tanto riesgo como el primero: "*Del inconveniente de haber nacido*." Cubierto, con un formato más reducido, sabía que el último era "*Breviario de podredumbre*." No las juzgué. Cioran mismo no hubiese desaprobado ese uso, quizá el más indicado que sus libros podían haber esperado tener, además del de alimentar hogueras. Los había conseguido de casualidad, en el puesto de usados del hall de entrada de la facultad. Estaban agotados y no habían sido reeditados. Complacido con el hallazgo, después de haberlos pagado, se lo comenté al estudiante del *stand*. Me confesó que se los había comprado a una mujer cuyo esposo, el anterior dueño de los libros, había fallecido. No pregunté si sabía había sido de muerte natural.

Mientras me bañaba, cavilé en que ambas tenían entre veintún y veintidós años, y también en los riesgos del consumo de estupefacientes. Por mi parte, jamás me había llevado nada a las narices salvo las gotas descongestivas. Ni siquiera había fumado marihuana. Había pasado mi adolescencia sin noticias al respecto. El mundo no era el mismo. O al menos ya no se mostraba tan inocente como acostumbraba mostrarse. No tenía tanto reparo en asomar sus colmillos. De ahí aquel ramalazo de preocupación. Me tranquilizó pensar que, dado lo capaces que eran, sabiendo lo que hacían, seguramente entendidas, tomarían todos los recaudos del caso, controlando la ingesta del estimulante, sin que llegara a producirles una adicción. Eran chicas con cerebro.

Mientras me enjabonaba esmeradamente, más de lo que habitualmente lo hacía, observé que mi erección había menguado un poco, llevada por la irrupción de aquellos pensamientos. Había momentos inapropiados en donde la ética atentaba contra el placer. Pensé en los beneficios que podía procurarme aquella cocaína, aún sin consumirla, y la erección volvió con más fuerza. Qué bueno que las reflexiones pudieran llevarse a cabo como algo totalmente interior y aislado. Y qué bueno que la moral fuera tan laxa; cuando no en determinadas circunstancias. Éramos eso, más que otra cosa: una amalgama de antagonismos que pretendía negarse a sí misma.

Casi seco, asediado por los vapores del agua caliente, sin peinar, perfumado, vestido en parte, abrí la puerta del baño con sumo cuidado, con la firme intención de no ser escuchado. Mientras Jagger cantaba *"Memory Motel"*, Afrodita hacía lo suyo: se besaban.

Ni siquiera lo pensé. Era mi departamento. Era mi cama.

Apagué la luz y muy suavemente me eché sobre Analía, de espaldas, que pegó un grito, y las abracé conteniéndolas a las dos, menudas como eran, atenazando los brazos tras la cintura de Victoria. Besé el cuello de Analía y terminé encontrando la boca de Victoria. Atraje la de Analía también, acariciándole el cabello. Entonces fuimos tres bocas restregándose con furia. Me dejé ir de costado y desabroché el vaquero de las dos casi

al mismo tiempo. Me excitó muchísimo el sentir que sus nalgas y su ropa interior eran una sola cosa entre mis manos, un sueño de fusión imposible que nos cegaban de sabernos un interior de sangre, huesos, vísceras y órganos vitales conservándose por-que sí. Me quité el pantalón y el boxer salvajemente, y transmití el arcano impulso del instinto. Sentí una mano aferrando mi pene, no supe de quién, lo que lo hizo más excitante, y otra bajo mi camisa. Me la quité y quedé desnudo. Entonces me di cuenta que solo éramos dos: ellas, amándose, y yo: una isla. Y que de los dos, yo estaba solo. Ellas estaban lejos, sí, creyendo estar cerca: en el límite de sus pieles, donde lo remoto se confunde con contigüidad (porque lo más remoto se aprehende siempre en la mayor cercanía, y que es la cercanía sino otro de los nombres de la distancia). No obstante, no iba a dejar que el deseo naufragara en un onanismo vulgar, sino que se ahogara en algo más elaborado.

Sus veinte años deslumbrados me desaparecieron en una oquedad de ellas mismas. A tal punto que podía no haber sido yo quién quitó sus jeans, sus remeras, sus bombachas y corpiños, y los arrojó contra la pared, prenda por prenda. Gemían y se besaban, frotándose. Me pegué a ellas tratando de seguir su ondulante ritmo clausurado. Lamí sus vulvas y sus pechos, mordí sus hombros y sus cuellos. Victoria aumentó sus gritos y Analía advirtió que estaba a punto de acabar. Le masajé el clítoris hasta que el jadeo agudo menguó. Se besaron febrilmente. Devolviéndole la cortesía, Victoria bajó hasta la vagina de Analía y comenzó a estimularla con la lengua. Traté de seguir en la boca y en los gestos de Analía el cómo experimentaba sensorialmente ese placer que se brindaban de mujer a mujer. No pude evitar llevar mi pene hasta su boca, y dejar que ella me transmitiera lo que la oralidad de Victoria le ofrendaba. No quise irme dentro. Lo quité controlando la llegada del orgasmo, deteniéndolo no sin sufrimiento. Recién entonces me di cuenta que no llevaba protección. Ni siquiera tenía un preservativo. No había pensado en eso. Además, como la mayoría, los detestaba: quitaban sensibilidad. Claro que, evitaban *problemas*. Analía dio muestras de estar llegando al clímax y todo me im-

portó un cuerno. Me puse de costado y mientras Victoria seguía salivando su vientre, la penetré muy despacio, con mucha suavidad, sintiendo como su ano se dilataba, y como me apretaba ligeramente el miembro y volvía a aflojar. La escuché gritar de excitación y aguanté, moviéndome lentamente. Solo cuando noté los espasmos de su orgasmo, comencé a moverme frenéticamente sintiéndome próximo a eyacular y llevando mis dedos a su sexo. Entonces saqué mi pene y con un quejido ronco, derramé sobre sus nalgas y su pierna una gran cantidad de semen, cuajado y blanquecino. Con la palma de la mano lo esparcí todo lo que pude por su cuerpo, como una bruta fiera que marca territorio. Lo mismo hice en la cara y senos de Victoria, que continuaba lamiendo su vientre. Nuestros cuerpos quedaron pringosos, resbaladizos, humedecidos de flujos, mientras mis espermatozoides sucumbían sobre nuestras pieles sin posibilidades de futuro.

Permanecimos totalmente distendidos un rato más. Ellas volvieron a sus labios, desterrándome. El cadáver de mi amor comenzó a secarse en sus cuerpos y en el mío, y Victoria, algo incordiada, me dijo:

—Nos vamos a tener que ir a bañar. Esto se está poniendo tirante como una mascarilla. Es un asco.

Era curioso, pero minutos atrás había sido algo fantástico, un fluido tan cercano al misterio de la creación, a Dios quizá, y no obstante volvía a formar parte de lo repugnante, de lo inhumano, y podía serlo de lo impúdico, lo inmoral, lo pornográfico. Nos amigábamos con nuestro cuerpo solo por momentos, para luego, casi inmediatamente, volvernos a enemistar con él. Nos avergonzaba nuestra desnudez. Un poco de ropa bastaba para esconder nuestra animalidad, para depositarnos en lo que creíamos un centro. Victoria recogió la que era la suya, la que formaba parte de su *vestuario*.

Con ella en el baño, Analía me propinó un:

— ¿Vos sos de los que se colan en las fiestas, no?

Me resultó simpático que me lo dijera así.

Respondí:

—No lo pude evitar.

—Ya veo. Y del forro ni noticias tampoco...

No supe qué decir. Todo se había desarrollado demasiado rápido. Me dejé llevar. Me dejaron que me dejara llevar. No habíamos tenido tiempo de pensar, por suerte. Y mientras duró lo que duró, había sido maravilloso. Había logrado aunar las sensaciones de todos los *escorzos* posibles de sus cuerpos sabiamente ininteligibles: la matriz de todos los *haikus*. Sus pieles aún me repetían como un mantra: *no seas servil a las ideas*. Mientras en la calle la realidad apestaba, yo no quería volver a salir de ese cuarto jamás. Tenía miles de obscenas y lúbricas plegarias para dejarles en su altar de jovencísimas diosas. Deseé que ese fuera por siempre el *ahora*, pero el ahora humano tan aconsejado jamás podría ser pura presencia, tironeado por los señuelos del pasado y del futuro. Lo supo Friedrich a su tiempo, y de su pluma lo sabía yo: no hay lo humano en la pura presencia del ahora, en donde apenas se puede hacer pie.

Resentido con el fluir del tiempo, me aferré como pude al recurso de mi genitalidad, reteniendo al *ya* en la afluencia de sangre que volvía a dilatar y endurecer mi miembro.

Analía tomó la almohada comprimiéndola y se colocó de vientre. Apoyó una faz de su rostro en ella y se quedó mirando como observaba su cola hermosa, ahora hacia arriba. La miré y llevé mi dedo índice hasta el orificio rosado del ano y se lo masajee delicadamente. No dijo nada. No dejaba de mirarme, lo sabía, aún cuando centraba toda mi atención en la caricia y mi excitación creciente.

Me dijo:

—Ustedes los hombres tienen una fijación con el culo de las mujeres.

Le sonreí sin participar mi opinión, o haciéndosela saber implícitamente en la falta de respuesta. Muy excitado, al borde del éxtasis, probablemente hubiera querido meterme *todo* dentro de ella, dentro de *él*, enteramente yo. Por *allí* la vida no prosperaba, tal vez eso lo hacía tan excitante: el no gestar otro deseante que obstaculizara mi deseo a futuro. El orificio del ano parecía decirme: *tú* deseo es todo lo que hay. Deseo de tu deseo. Me vino a la cabeza Freud, la temática de la sexualidad

infantil, la fase sádico-anal, el goce de retener y expulsar la materia fecal. Me asaltó también la teoría de la cloaca. Y era extraño, sí: ese lugar de excreciones, de la evacuación de lo *exvivo* digerido, de la muerte; esa *zona erógena*. Y tan cercana a la vagina: misterioso recinto del origen de la vida, inclinado a desgarrarse de dolor al dar a luz. La física, la biología y la anatomía jamás alcanzarían a explicarlo. Recordé: “*Soy mi cuerpo*”. Y el cuerpo, el de Analía, se reía de ellas, del Idealismo filosófico y se reía de mí.

Me preguntó:

— ¿Vos te cuidás?

Mientras continuaba con el movimiento circular, sentía la palma y el lado interno de la muñeca adherirse a su piel, pegoteada de esperma, secándose. La despegaba y la volvía a fijar, gozando como un niño con la adherencia que tiraba tenuemente de nuestras pieles al desunirlas.

—Por lo visto, no pareciera —dijo el *templo*, mientras abandonado a sus meandros, lo peregrinaba con dedos de leche, incienso y mirra. Solo sonreí.

—Con qué cara le diría a mi vieja. “Mami, *estoy embarazada*”. ¿Te la imaginás gritando? “¡Cómo no te cuidaste!”

Reflexioné sobre la expresión y puse el acento en el término *cuidaste*. Quizá se tratase de una manifestación inconsciente de carácter universal, divulgada en todos los idiomas. ¿Acaso uno tenía que *cuidarse* de la vida? ¿Acaso no nos cuidábamos de lo perjudicial, de lo nocivo? El argumento se caía y se levantaba, se caía y se levantaba en un encadenamiento sin fin. La miré con dulzura y ella acusó recibo. Preguntó:

— ¿Qué te gusta más de mí?

—Las pecas —dije.

—Sí, claro —contestó incrédula, dándose vuelta—. Dale, qué —reclamó.

La recorrí de pies a cabeza con detenimiento, embelesado de que me mirara viéndola.

—Las piernas —contesté. Nada más femenino que las *piernas*. Llevé mi mano a su vagina con sedosidad.

—Ahora no —dijo—. No quiero que Victoria nos vea así, solos.

La amaba, o algo parecido, ella a ella, o si no, iba a hacer el intento. Resultaba una obviedad. Estaba afuera, yo.

Se me ocurrió decir:

—A veces pienso que una sociedad matriarcal sería más justa, más adecuada, más bondadosa, más desprendida y desinteresada.

¿Por qué me levantaba tanta sospecha el *masculino* Dios? ¿Por qué no el femenino Diosa? Lo sentía un *sueño* más digno de soñar. Podía haberme preguntado a qué venía eso y no habría sabido que contestarle.

En cambio solo dijo:

— ¿Te parece?

—No se perdería nada con probar. No creo que fuera peor que esto. Tengo un esbozo de teoría...

Se sentó en la cama y sus pechos pequeños bastaron para distraerme. Toda la ciencia, la filosofía y la poesía se volvían superfluas frente a una mujer *a la que quiere poseerse*. Me lo guardé. No era una verdad que debiera decirse. Al decirlo se hubiera vuelto una cursilería o una vulgaridad. Hubieran sido necesarias palabras desnudas, y no hay palabras desnudas, sin ambigüedades, mucho menos para mujeres desnudas. Me hubiera dicho que solo buscaba penetrarla una vez más. Y no se hubiese equivocado. Me habría aventurado a la unificación de la física, supongo, de haber sido indispensable. Pero tenía mi modesta teoría, y aún con tan poca cosa, no me iba a echar atrás.

El *compact* terminó y con él la música de los Stones. Victoria todavía continuaba bajo la ducha. Podíamos escuchar golpear la lluvia de la regadera contra el piso de cerámica y la cortina plástica. Usualmente una mujer se tomaba su tiempo para acicalarse. Hoy seguramente, Victoria se tomaría un tiempo extra para quitarse la tirante película que le había dejado mi esperma, enjabonándose la cara por demás. No pareció molestarle en el momento preciso en que sus labios y su lengua resbalaban en

la vagina de Analía, mientras esta terminaba. Noté que ella me aguardaba. No tenía caso esperar. Victoria tenía para rato.

—Hagamos esto, retrocedamos imaginariamente hasta la horda primigenia. Una instancia temporal de la horda en donde todavía ese proyecto de humano se asombraba del mundo sin comenzar a cuestionarlo. Un mundo sin respuestas y sin preguntas, apenas con despuntes de inquietudes. En donde la fuerza despótica del macho parecía imperar como única regla de coerción. Sin embargo, la hembra, sin quererlo, se encontraba portando un poder simbólico enigmático y poderoso por naturaleza: en su seno se engendraba el misterio de la vida. El matriarcado, llegado su momento, debió tener un dominio simbólico envidiable. Tenía residencia en el cuerpo de la mujer, algo concreto, tangible, real. Ella tenía al hijo, él no tenía nada, a no ser competidores dentro de sus propias filas. Todavía no podía establecer una relación causal en la que involucrar a su espermatozoide. No puedo dejar de pensar en que la fuerza bruta del macho debió entrar en conflicto con tal poder; poder que no necesitaba del músculo ni de la guerra. Y para enfrentarlo y deponerlo *advirtió* inconscientemente que debía hacerse de otro poder simbólico que pudiera competir en sus propios términos. Quizá, sin saberlo, encontró en el temor a los fenómenos naturales y en los peligros de la naturaleza misma, los primeros aliados inesperados que contraponer a un vientre en cinta. Y así, despuntando primero con el tótem y otros espíritus y demonios, fue puliendo esas armas quiméricas pasando por el politeísmo hasta llegar al dios monoteísta y patriarcal. Porque el invento de un Dios-padre único, solo puede haber surgido de una mente masculina. Todo maliciosamente aramblado más allá de la carne, depositando al *progenitor artífice* en un trasmundo. Y si hubo alguna vez una idea de una única diosa mujer, cosa improbable, por no decir imposible, también debió ser una idea masculina, masculinizada, como todas las referentes a los dioses, pero cuando aún el lenguaje era simple y reducido, y se llevaba mucho mejor con la experiencia inmediata. Hay quienes te podrán decir que pensar la noción de Dios de esa forma es totalmente errónea, que Dios

es asexual. Pero yo te puedo asegurar que no lo percibimos así. Pensarlo como la sola proyección de la imagen paterna y protectora, a lo Freud, nos ayuda a confirmar que destila, un dudoso tufillo a limitada perspectiva masculina. Así fue como la fuerza bruta primó enmascarada en lo simbólico por sobre la sensibilidad, por sobre los sentimientos femeninos. De ahí este mundo tan despiadado, tan violento, tan inaceptable; tan asimétrico. Siento que de fondo hay un combate permanente por la prioridad. Y que en ese sentido, lo femenino le resulta un *enemigo* todavía a vencer. De ahí tantas constantes estrategias. Así que, yo diría que empezaran por prescindir del gran dios-macho-timador y continuaran por rezarle a la *no originaria* diosa-vulva de placer. Sabiendo que no es más que otra ficción. Solo como arma defensiva. Ninguno de ambos se define necesariamente por su sexualidad, ni tampoco la mujer por su maternidad. En otras palabras, empiecen a luchar por ustedes mismas como sea. Empiecen a escribir sus propios relatos. La Historia, hasta ahora, es una sectaria usurpación masculina.

— ¿Y eso cómo se te ocurrió?

—Para impresionarte —contesté.

Nos reímos. Era divina, Analía. Uno podía ver miles de chicas como ella por la calle, nada de otro mundo. Y ella era una chica así, común y corriente: simplemente hermosa.

—Resulta ingenioso —aceptó.

—Mirá, la verdad, por momentos me parece una boludez. Pero si sirve para tener otro encuentro amoroso con ustedes, algo de genialidad debe tener.

Me tiró un manotazo cariñoso a la cara y lo esquivé.

—Le voy a hacer invocaciones a la diosa esa para que te mande al *Tártaro*... ¿Cómo la llamaste?

Lo tuve que repensar porque antes lo había improvisado.

—...Diosa-vulva de placer.

Los dos advertimos el cesar de la lluvia en la ducha. Ella se quedó absorta, creí que cavilando sobre mi exposición. Repentinamente, revisando sabe que cosas dentro suyo, como quién prodiga a otro el cuidado de su protección me dijo:

—No te vayas a enamorar de mí. Y menos de Victoria.

Apenas terminó de decirlo sonó un móvil. Me llamó la atención. Eran caros. Para ese entonces, si bien se los tenía vistos con mayor frecuencia, todavía no habían alcanzado el uso masivo que tuvieron años después, cuando tuvo lugar la gran expansión de la telefonía celular a escala mundial. Era de Analía. Se levantó, desnuda como estaba, fue hasta su morral, y lo atendió. Era su madre. Que sí, que estaba en lo de su amiga, que estaba todo bien, que se quedaba a dormir en su casa, que sí, mamá, que sí, bueno mamá, dale, bueno, chau chau. Y cortó.

—Mi mamá —dijo.

— ¿Me lo dejas ver? —le pedí apuntando al Nokia 1610. Lo tanteé, sopesándolo; lo elogí, se lo devolví. No estaba a mi alcance, todavía.

—Mi vieja es una hincha pelotas. Desde que se separó del marido está insoportable. Bah, el marido; el marido es un decir: estaban juntados.

— ¿Qué les pasó?

—Se cansaron. Parece ser que él tiene unas cuantas amantes y ella le pasó factura en los mismos términos.

—Se aburrieron —diagnostiqué. Iba a decir: ya no se calientan entre sí y dije—: Perdieron el hechizo de la novedad. Sus cuerpos dejaron de ser objetos de deseo. Los matrimonios tendrían que tener la oportunidad de ser múltiples, sin límite de integrantes, y renovables.

—Ah, pero saltaste sin escalas de la apertura mental al bakanal —dijo.

—No estoy diciendo eso. Me imagino un futuro en donde se legisle la existencia de comunidades matrimoniales de ese tipo. Sea entre hombres y mujeres, u solo entre hombres o bien entre mujeres, o como sea. No solo por las razones que acabo de mencionar. Sino por el arrastre concerniente al impulso mismo del sistema. Pensalo en estos términos: el capital, para reproducirse, para profundizarse y robustecer sus raíces, varía nuestros hábitos personales y nuestras costumbres sociales, nuestra percepción de la moral incluso, en función de maximizar su beneficio. En ese sentido siempre requiere nuevos espacios, nuevos modos y objetos que mercantilizar; creando

permanentemente nuevas plataformas desde donde volver a desplegarse, no queriendo dejar hueco sin invadir. Pensá en gente entrando y saliendo de comunidades matrimoniales o similares, el rédito que le otorgaría al Estado recaudador y sus instituciones a través de múltiples aranceles de acuerdo a tipificaciones que se generarían con las nuevas formas de vincularse, los ingresos que le suministrarían los pleitos combinados a los bufetes de abogados; imaginá que todos esos matrimonios o neo-vinculaciones tuvieran que renovar los votos obligatoriamente como si fuera una licencia de conducir que vence cada cinco, tres o un año. Pensá en un plácido control no fundado ya tanto en el matrimonio convencional, que supone, a mi juicio, erróneamente, ayuda a encauzar la energía sexual con su margen de resarcimiento genital, maximizándose y, de esa forma, sublimándose hacia el campo laboral y otros terrenos. Pensá en una sociedad más alienada aún, pero eso sí, más satisfecha sexualmente, quizá más debilitada psíquicamente en cuanto a sus capacidades para enfrentar la explotación, pero todo eso equiparado por su propio consentimiento en base a su saciedad pulsional. Una inversión de estrategia destinada a disminuir las tensiones y la violencia social. Tampoco estoy diciendo que todo se encamine sin más hacia eso, sino a una manera más amplia de relacionarse. No tienen porque desaparecer las viejas fórmulas matrimoniales. También se trata de aprender a convivir en la diversidad. De todas maneras es solo una idea intuitiva a profundizar. Admito que un tanto abreviada e inconexa.

Cada peca de su rostro se afincó en mí.

—Sí, es un poco improvisada. Te diría que lo estás pensando muy a la apurada. No es que me resulte totalmente desatinado, o inverosímil, pero como que le falta fundamento. Y además te olvidaste de agregar travestis. Tendrían que cambiar mucho nuestras costumbres para eso. Y así y todo no sé, eh. De momento, yo veo una batalla campal en donde no va a haber vajiilla que alcance. Conozco a las minas, se agarrarían de los pelos entre sí, formarían camarillas... ¿Cómo se le daría la aprobación grupal a un nuevo integrante? ¿A través de la mayoría? ¿Y

si yo estoy en la comunidad y no tengo interés en tener algo con esa persona? Hum... No, olvídате. Te estás engañando. Estás queriendo *fornicar* conmigo otra vez. Es eso nada más.

Lo último lo dijo riéndose. *Fornicar*. Solo una religión podía inventar un concepto tan desagradable e inhibitor como ese. Tenía la particularidad de quitarte hasta las ganas.

Lo vuelvo a escribir: era divina, Analía. Tuve que admitir que quizá tuviera razón, pero en otros términos.

—Sí, puede ser... que quiera... seducirte. Pero para eso, seamos honestos, a esta altura ya no necesito estar verseándote. Y con respecto a lo que venía diciendo, al menos la poligamia debería dejar de estar prohibida. Y los matrimonios, sean como fueran, deberían ser abiertos, o al menos que hubiera una tipología que contemplara esas posibilidades.

—Ariel...

—¿Qué?

—Te encantó el trío, lindo. Es eso nada más. Para que le das más vueltas. El día que te enamores vamos a ver si te gustaría que algún otro le ponga un solo dedo encima a tu amor. ¿Sabés cómo creo que solucionarías tu problema?: si todas las mujeres, bueno, las que te gustan, fueran solo para vos. Y eso es imposible.

Victoria llegó desde el baño con una toalla envuelta en la cabeza. Me puse el boxer y el pantalón.

—Dale, Ani. Bañate y salgamos a tomar algo.

Analía, con su ropa en la mano, mientras caminaba hacia la ducha me dijo:

—Revisalo.

La miré irse desnuda. A Victoria no le gustó. Le dijo que se tapara. Continuó secándose el cabello en silencio. Después, se hizo de un cepillo y comenzó a cepillárselo con movimientos uniformes y acompasados. Me había dejado algo cohibido con su reacción, antes de ir a asearse. Podía palpar cierta tensión retroactiva. Decidí esperar a que ella dijese algo, cuando volvió a sonar el celular. Victoria atinó a sacarlo del morral y gritó:

—¡Aniiii! ¡El móvil!

Se escuchó la devolución amortiguada de Analía diciendo:

— ¡Dejalo! ¡Si vuelve a sonar, apágalo y listo!

Victoria, sin dirigirse a mí específicamente, necesitó difundir en el éter:

—Debe ser el tarado del novio.

Era toda una declaración de rivalidad y todo un hallazgo para mí. Mientras me ignoraba, continuó cepillándose. Examiné discretamente ese cuerpo delgado, casi enjuto, bajo su ropa, ayudado por la memoria. Aquel cuerpo vivo me decía que nuestro estar era un milagro que se clonaba a cada segundo. Un milagro o un fenómeno inexplicable. Desde la saciedad, volvía a ser un cuerpo vulgar, más vulgar aún. Ni porque quisiera, hubiera logrado despertar nuevamente mi deseo. Al menos mientras no estuviera abandonado al absolutismo de los sentidos. Si me debía algo, se lo debía a Analía.

Procuré romper el discurrir monocorde de aquella displicencia. Me levanté a poner música y la consulté acerca de si gustaba escuchar algo en especial. Le daba lo mismo. A pesar de eso le mencioné unas cuantas bandas y álbumes para doblegar su reticencia. Algo la movilizó porque terminó inclinándose por *The dark side of the moon*. Inferí que estaba cediendo, y eso me infundió la osadía de volver sobre el tema que parecía estar cerrado y preguntarle si estaba molesta. Me dijo que no. Que ya había pasado.

—Comprendido. Otra vez no lo vuelvo a hacer, de esa manera —dije.

—No. No entendiste. No lo vas a volver a hacer porque no va a haber otra vez —me garantizó.

Entendí. Sus palabras tuvieron un sentido disruptivo en cuanto a lo que había acontecido de forma casual y espontánea, pero no obstante, no dejaba de llevar un tono amistoso. Terminé de comprender mucho mejor cuando pretendí sumarme a la salida.

—No lo tomes a mal. Pero me gustaría estar con Analía. A solas.

Al menos me quedaba Pink Floyd y otros buenos discos.

Analía estuvo lista en un santiamén. Tenía interés en Victoria. Tampoco me había contemplado para la salida. Solo que

fue más diplomática, no dijo absolutamente nada, dando por sentado que yo sería lo suficientemente avisado para hacerme a un costado. No lo hubiera sido, obviamente, a no ser por la negativa de Victoria.

Cuando se disponían a retirarse les pedí que mantuviéramos la absoluta confidencialidad del caso, para salvaguardar la intimidad. Los chicos jóvenes resultaban ser demasiado entrometidos e imprudentes, y sus divulgaciones, por lo general, terminaban atentando contra su propio goce y el ajeno; aunque en este caso, solo me interesaba el mío. No tenía ni que decirlo. La reserva en materia de transgresiones es un aspecto que admiro de las mujeres, casi ninguna escapa a la regla de ser una tumba.

Mientras subía el ascensor, desde la puerta, hice volver a Analía pretextando prestarle uno de los libros que le había interesado. Aparenté volverme hacia el interior del monoambiente y cuando atravesó la puerta, sin darle tiempo a nada, la abracé y la besé dándole el mensaje de la carne. La solté abruptamente y tomando el primer libro que tenía a mano, se lo extendí. Lo asió sonriéndome y moviendo la cabeza, mitad comprensiva, mitad desaprobando, mitad aprobando, mitad incomprensiva.

—Gracias —dijo—. Nos vemos en el práctico.

La miré apurarse ante Victoria, que esperaba con la puerta del ascensor abierta. Apenas se accionó al bajar, entré.

Quedé con la mente en blanco durante un rato y me congratulé de no haber recibido ninguna intromisión inesperada de sábado por la madrugada por parte de mis compañeros. Haciendo honor a la verdad, aún cuando pareciera contradictorio, y de hecho lo era, no estuve muy bien al mantenerlos intencionalmente desinformados. De alguna manera les estaba faltando a la confianza. Tampoco sentí arrepentimiento. Es más, considero fue una decisión acertada. Más adelante necesitaríamos una conversación al respecto. Una toma de conciencia no les vendría mal en el camino de cultivarse en las artes del comedimiento.

La cama estaba deshecha. De pronto me encontré cansado. Al día siguiente debía levantarme temprano para ir a trabajar. Me recosté buscando el olor de las hembras entre las sábanas, en la almohada. Detecté el perfume de Analía y ya no me moví. *No te vayas a enamorar de mí*, me había dicho en un raptó de lucidez. No había posibilidad que lo hiciera. Como mucho deseaba irme dentro de ella unas veces más a espaldas de Victoria. Dicen que no hacen falta dioses para que creamos en ellos. Pero de haberlos, ellos jamás creerían en nosotros, y los asistiría la sabiduría toda.

Cuando desperté al día siguiente para ir a la concesionaria, la luz estaba prendida. Recién entonces me di cuenta de que, en toda la noche, no había pensado ni un solo instante en Julia.

Lo que se desencadenó luego era previsible. Tenía que suceder, o antes o después. Los meses que siguieron fueron de desacierto, disconformidad y discordia. Y si acaso lo que a esa altura me costaba aceptar como noviazgo se dilató más de lo debido fue, un tanto por respeto a ese pasado en común tan próximo aunque prescripto, y otro, el más determinante, por la persistente indefinición que me asolaba: el saber que irremisiblemente me quedaría sin trabajo.

Tuvimos transitorios reencuentros desgastados, sí: espejismos orgásmicos, chatas alegrías que por delante volvían a emplazar maquetas inestables, estéril trabajo de arqueología sobre ruinas de polvo.

De su parte, Julia puso más. No puedo negárselo. Terminé desbandándome en tantos yoes contrapuestos que aquel trazado conjunto se fragmentó en vías de nada. No puedo negarme a aceptar mi cuota de responsabilidad. Pero solo la que me concernía. Hice todo lo que estuvo en mi mano para tolerar las presiones de una historia que no era la mía. Lo demás no es algo que no haya mencionado repetidamente de modos dispares: estaba condenado de antemano.

Los sucesos que precipitaron lo que pudo haber sido un linchamiento antológico en dónde no me quedó más que eludir

una turba desbordada que pedía mi cabeza, me rebasaron desmedidamente. También fui partícipe en ocasionarlos. En cambio, no puedo decir los inicié. Todavía me asombro de mí mismo, el cómo perdí el dominio de sí, esa línea de la que tanto me jactaba, y que entendía me concedía identidad, entereza, templanza y paciencia. El suscribir a: “*El límite frente al otro es la crueldad*” me quedó grande. Lo que venía acumulando de largo, desbordó. Pero como muchas cosas desagradables que en su momento son indeseadas, terminó sirviendo y cumpliendo su función; las paradojas del vivir, aunque podía haber terminado igual de un modo menos enfrentado.

Lo ocurrido se gestó a poco de que don Alfonso y doña Elsa festejaran sus treinta y cinco años de casados. No fue algo que salió del alma de su historia la realización de aquella fiesta aniversario. (A cómo ellos se llevaban, podían haber ideado un espectáculo de *catch* en el que enfrentarse) De eso se encargaron sus hijos, preocupados por sostener el relato familiar, desviviéndose por elevar la fantasía doctrinaria por sobre la realidad efectiva. Y les bastaba una farsa para conformarse. A mí, por el contrario, no me gustaba alegrarme con esas alegrías de caretas de cotillón, porque no me consolaba ser indiferente a las tristezas e injusticias cotidianas. Pero así y todo era su forma de amar, y se embarcaron en organizarles una fiesta sorpresa; unas horas de maquillaje que pasaran a engrosar el feliz registro fotográfico y que se encargara de hacer los recortes indispensables para obtener, a través de un desidioso montaje, un mejorado resumen de vida. Decididamente, hay gente que se conforma con demasiado poco; un mezquino: hagamos todos *como sí*. De todas formas, pienso que el amor jamás es como lo pensamos, ese ideal inalcanzable. Nunca funciona en esos términos. Solo parece funcionar, o deseamos que así sea. Lo demás depende de desconocerlo, o saberlo escamotear. Era un juego de renacimientos. Amor y ficción son inescindibles. Legítimamente, por supuesto.

Ramalazos entrecortados que ofrecemos y recibimos en un mundo que (también) necesita estar escindido para ser. Había que vivirlo como si pudiera mantenerse de forma sostenida y a perpetuidad. Tal vez la pasión sea pasión porque no tiene justamente un futuro en cuanto a permanecer como tal. Después de todo, llegado el momento, solo el nunca se hace para siempre. Pero no son estas cosas de andar pensándose en voz alta. La filosofía reflexionando no es una herramienta para ganar amistades, y menos la de las mayorías. Manoseado, sobrevaluado, vituperado, tomado a la ligera, por sí solo, el concepto amor no alcanza. No alcanza sin la omisión, sin el ocultamiento, sin la ficción; sin una sobreactuación lícita.

Por eso, acompañando a Julia, terminé en un gran cotillón comprando cantidades de cornetitas, serpentinas, papel picado, pitos, maracas y demás chucherías, como otro de los tantos utileros, a la altura de la teatralidad esperada.

No alcancé a ganarme el derecho de admisión a la fiesta. Victoria se tomó unos días con su familia para irse al *Sur*, y eso me dejó el camino despejado para acercarme otra vez a Analía. Fue un día a mitad de semana. Y me faltó poco para contar una a una sus pecas. Nada serio. Nada en lo que se pusiera el tipo de carga emocional requerida para darle una importancia que no fuera solo el momento. Un momento que duró hasta el día siguiente, porque no concurrí a trabajar.

Don Alfonso llamó a Eduardo pero nadie contestó. Estaba en la librería. Entonces la puso al tanto a Julia. Llegando a casa, pude verla esperándome en la puerta, con los brazos cruzados y su mejor cara de desconfianza e indignación. Desde donde estaba, realicé un burdo movimiento indefinido entre el escape y vaya a saber qué, producto de la sorpresa, lo que no solo le alcanzó para identificarme, sino para intuir que me traía algo ilegal bajo el poncho. El terror primero fue aspirar el perfume de Analía que no me había quitado por el puro placer olfativo de alargar su recuerdo.

Aunque pensándolo mejor, quizá fue un acto del inconsciente, propiciatorio, al borde de lo deliberado. O al menos una arriesgada imprudencia que, de haber querido realmente, podía haber evitado. En cuestiones olfativas y de instinto, las mujeres siempre están un paso más allá. Su voz, con derecho, se alzó por encima de los registros normales, gesticuló, golpeó la vereda con el taco repetidas veces quizá para evitar patearme, y tuvo un amago contenido cuyo blanco era yo, sin poder precisar cuál sería la zona específica.

No me presenté a trabajar esa tarde. Al otro día, don Alfonso, no me recibió precisamente con los brazos abiertos. Haciendo causa con su hija, me sopapeo con algunas indirectas laborales que dejaban entrever sabor a otra cosa, pidiendo explicaciones, pero no fue más allá de eso. Conciso, y estratégicamente enigmático —lo que logró contenerlo— pretexté un imponderable. Funcionó. Quizá entendió que se trataba de algún problema de importancia que le escapaba a su conocimiento y eso lo aplacó. Pero luego se presentó Elsa, su esposa, acompañada de Félix, decididos a enfrentarme con su método de brigada incondicional. El llanto y la furia de su hija los tuvo en vilo durante toda la noche y venían resueltamente por mí. Pude ver en los ojos de Félix la excusa que buscaba y ese oportunismo me asqueó. Primero fueron las palabras filosas de su madre, a las que las rústicas de su marido venían a reforzar. Solo me atuve a escucharlos. Al ver el mutismo que yo acostumbra frente a las embestidas del grupo, Félix, *la muy malvada*, que de momento pretendía asumir el papel de árbitro, pensando que ya en el piso, podía darse el gusto de *patearme argumentativamente* a gusto junto a los demás, no escatimó en echar más nafta al fuego. Sentí crecer mi indignación. Para males, en medio de los aglutinados monólogos de la discusión, se sumaron dos de sus tíos, que pasaban por Elsa y Félix, para dirigirse nunca supe a dónde ni porqué. De repente, quizá considerando suficiente todo lo dicho, para quedarse con la sublime victoria de la última palabra, Félix dijo:

—Mostrate tal cuál sos, Ariel. Vos querés mal a mi hermana. Nunca la acompañas a ningún lado, no vas a las fiestas de la

familia. ¿Qué somos nosotros, mierda? No sé quién te crees que sos.

Esa fue la motivación que me enfrió, y me enfrió de tal forma que, sentí que dijera lo que le dijera, no le podía hacer ningún mal en sí mismo, sino todo lo contrario, aún cuando pudiera tener deplorables derivaciones inmediatas.

—Para que me puedan ver tal como soy, entonces, salí del closet de una vez, Félix, porque me está resultando un problema serio soportar sus proyecciones, y tener que convivir de esa forma con ellos. Si se avergüenzan entre ustedes mismos, tu padre de tu homosexualidad y vos de sus discriminaciones vedadas, yo no tengo por qué ser chivo expiatorio de toda esa bosta, ¿no te parece? Vayan todos a un psicoanalistas y déjenme de romper las pelotas.

Todavía recuerdo como el rostro de Félix pasó a tener una palidez mortuoria, el demudarse incrédulo de don Alfonso, la reacción violenta de sus tíos, y más que nada, a doña Elsa induciéndose un vahído, fingiendo estar a punto de desplomarse mientras esperaba que alguien se prestara al juego de sostenerla, lo que después interpreté como un desmayo histérico para escaparle a la realidad y hacerme sentir culpable. Sentí su puntazo artero al darme cuenta que ella no ignoraba lo que hacían conmigo, y que no le importaba; que prefería sostener su estabilidad ficticia y un inocente al que cargarle sus miserias, a que la realidad atentara contra un viejo sueño que, si alguna vez había llegado a serlo, ya no lo era, y que estaba dispuesta a sostener con música de fiesta y altar de sacrificios.

— ¡Hijo de puta! ¡Mirá lo que haces con mi mamá! —gritó Félix, prorrumpiendo en llanto, maniobra típica de la familia que yo conocía bien, en donde instantáneamente quién lloraba se tenía por víctima de un terrible ultraje, sin siquiera reflexionar o preguntarse que estaba sucediendo en realidad. Félix y sus tíos se ocuparon de llevar a doña Elsa hasta lograr apoyarla sobre uno de los usados de la explanada, mientras se recuperaba para estallar en llanto. Don Alfonso, después de quedar inmovilizado unos breves segundos, como si no hubiera escuchado

nada de lo que expuse o mejor dicho, lo hubiera descreído, con una rara frialdad contagiada por mí, me dijo:

—Lo único que te faltaba, puto de mierda. Con razón no querés tener hijos. No tenés con qué. ¡Ándate de acá! ¡Desaparece!

—Pida ayuda, don Antonio, la necesita —le contesté. Eso lo desaforó.

— ¡Andate de una buena vez!

Era el momento propicio que Félix esperaba. Lo escuché superponerse a su padre con lo que los demás pensaron, seguramente, exasperación; yo solo veía que ejecutaba un favorable acto desesperado.

— ¡Andate, Ariel! —gritó—. ¡Ya está! ¿Cuánto daño más querés seguir haciendo?

Lo del inculparme de un *daño*, me revolvió el estómago pero me otorgó cierta prestancia. Bajo su ropa de marca no había sino un canalla. Él lo sabía bien, su mala fe hacía un trabajo grandioso soterrando aquello de sí mismo que necesitaba ocultarse. Los mecanismos de defensa de la psiquis humana siempre son acérrimos en su accionar. No obstante, era evidente que él estaba bien al tanto de lo que hacía. Educado en un mundo de apariencias, en el que la realidad ponía en serio riesgo su estabilidad, cualquier intento era válido para sostener aquella fantasía. Y yo le representaba un peligro impensado del que, aún cuando le costara el noviazgo a su hermana, mejor desembarazarse.

Se me vinieron encima. No me gustaban las trifulcas, nunca había sido un buen peleador, y además, estaba en seria desventaja. Retrocedí hacia la vereda, saliendo del playón de estacionamiento, con ellos tras de mí, impeliéndome con su manifiesta disposición de ataque. Tuve que apurar el paso, y al hacerlo, dejaron de seguirme amenazadoramente.

Don Alfonso me gritaba:

— ¡Anda, maricón! ¡Maricón!

Mientras, Félix trataba de serenarlo, asegurándole que ya estaba bien, que ya me iba *al fin*, que todo había pasado. Una escena conmovedoramente nauseabunda.

— ¡Pasá a cobrar mañana, así te saco de encima de una buena vez! ¡Puto de mierda!

También escuché gritar a uno de sus tíos:

— ¡Fabulador!

No regresé a cobrar. Eran solo unos días del mes. Don Alfonso me mandó a alguien para entregarme el dinero adeudado, y estando yo en casa, lo rechacé diciéndole al recadero que volviera a llevárselo, que no se olvidara de mencionarle que lo donaba para el tratamiento terapéutico de él y su hijo. Y pasó mucho tiempo hasta que volví a cruzarme con Julia. Iba junto a unas amigas y me dio vuelta la cara. Mucho más adelante, volví a encontrarla, y aunque tampoco hablamos, me pareció ver en su rostro un rastro de disculpa, pero probablemente haya sido una expresión de deseo de mi invención. Aquel mundo de cartón pintado debía seguir sosteniéndose a como diera lugar. Con Jorge, por suerte, no tuve problemas. Hablamos del asunto y, como si estuviera dándome un fundamento en el fondo entendible me dijo: “Que va a ser. La familia es la familia”. Por él me enteré, ya años después, que Félix, como era su deseo, estaba viviendo en California, lejos de la mirada censuradora de su padre. Cuanto más lejos estaban de la verdad, más aumentaba la posibilidad de amarse. Seamos honestos, en líneas generales, el amor y la verdad jamás se llevaron bien.

Quedarme sin trabajo no fue un resultado buscado, pero ninguna otra cosa podría haber ocurrido que no tuviera ese desenlace. Estaba cantado. Analía nunca supo cuánto puso de su parte para que lo de Julia no me afectara. Su frescura alcanzó para anestesiar lo que, solo muy nimiamente, pude llegar a concebir como una pérdida. Creo que en realidad nunca lo fue. El laburo sí, aunque últimamente había empezado a odiarlo dadas las circunstancias. Era solo cuestión de supervivencia; de no caerse del sistema. Y si no caí fue por Eduardo, el que al menos esta vez, merecería que lo llamara tío, o títo del alma, o mi salvador. Con su trabajo en la librería volvió a mantenerme durante mucho tiempo. Me instó a que lo interpretara como una vuelta de página pertinente y puntual que me simplificaría el

esfuerzo universitario. Tomé aquella oportunidad tal cuál como me la daba, y no hubo de mi parte ni interés de prevención, ni terquedad ni ninguna aprensión que me resolviera a rehusarla, cómo cuando cayó enfermo por la hemiplejía. Tenía pasados treinta años y sentí la conveniencia de dejarme no solo caer en el uso, sino en el abuso. La estaba pasando lo que se dice bien y quizá podía pasarla aún mejor sin apreturas de ningún tipo. Ciertamente es egoísta, y con razón me hunde medianamente en el desprestigio, pero es lo que fue. Era como si la vida me hubiera dado un *armisticio extra*, como si de pronto hubiese encontrado mi legajo, hubiera revisado mi pasado de lactante interrumpido, y se hubiese dignado a reparar en algo tanto error primal. No obstante, esa gracia, ese beneplácito no me hubiera exonerado de mi impulso. En ese dejarme estar, los que me hubieran señalado como un indolente, como un dejado, no se habrían engañado. Pero necesité mandar todo al cuerno, que nada me importara, tomarme un sabático extenso para mi edad, un poco irresponsable, o mucho, o demasiado. Un transgresor giro copernicano de respiro y satisfacción frente a la indetenible maquinaria opresora del progreso. Un romántico antisistémico abandonado a la bohemia según los menos, o lo que se dice, un chanta bárbaro según los más. Habría que decir un poco de cada cosa, sin importar las proporciones; y notar que fuera lo que fuera, necesitaba soltar amarras y vagabundear.

Así que vagabundeé. Una decisión armónica situada justo entre la esperanza y la desesperanza, quizá ambas, desde que las dimos a luz, humanamente desmesuradas.

Tercera Parte

Extranjero Eterno

Todos somos la antelación del adiós. Creo que al saberlo, nos encontramos con mayor intensidad, si es que podemos hablar en algún sentido de poder encontrarnos, y alguna vez. Algo de eso ocurrió, o pareció ocurrir. Me hallé siendo un pasar y un punto final que volvían sobre sí a cada instante siendo otros, alternándose irrepetibles cómo si viviera miles de microvidas, miles de holas y adioses. No el mero transcurrir convencional, el atado a una sola identidad. En todo caso, muchos diversos transcurrir sin el dominio total de una primera persona, o casi olvidado de ella. No alguien que debía guardar las formas, la forma única y automatizada que nos exigía la sociedad para nombrarme *yo*, un número identificable en un documento, el idéntico explotable, el mismo sustituible. Me encontré siendo muchos otros que excedían mi nombre, ese que ni siquiera elegí. Y todo aquello quizá porque experimenté que la vida era una causa perdida; y que amaba las causas perdidas. Amaba perder mi yo en el transcurrir, como algo que se desangra gramamente, cómo alguien a quién el mundo no podía terminar de aferrar en su exigencia de control y posesión. Así que me metí dentro algunas cosas para recordar lo que era bueno olvi-

dar: un nicho de *yo* aturdido por la singularidad demandada, esa libertad enjaulada, esa uniformidad hecha de mayorías.

Junto a Analía flotábamos en las horas corpóreas, nosotros, cuerpos, conscientes existencias encarnadas. *Tiempos* acompañándonos por separado en un espacio atemporal (ya no ese *Tiempo*, el que dicen todo lo engloba y atraviesa), ralentizándonos a merced para dejarnos morir y volver a reinventarnos sin terminar de saber quiénes éramos. Escribiéndonos cartas de piel, todas firmadas por otro distinto en cada orgasmo, que pretendía ser el mismo en la memoria, sin lugar para enamorarnos y lastimar. Porque no había tiempo para ser nosotros mismos. Ni debería haberlo, para que nada nos ate. El tiempo de la física pasó a ser un engaño, y si no, una presunta realidad que merecía ser rebasada por otra inestimable, de tiempos próximos, tiempos que pueden sufrir y por eso están o deberían estar por encima de cualquier tiempo abstracto u omnipresente; tiempos de agujas de hueso, de arenas rojas prontas a corromperse, que se recorren paralelos de respiración a respiración y que fluyen en compañía hasta desvanecerse. Si las leyes de la economía sustituyeran su rasante y lineal tiempo usurero, abstracto, deshumanizado y constante, por el tiempo subjetivo, ¿cuánto debería pagarse la fuerza de trabajo de esos *tiempos* agotables e irrepetibles, esos finitos tiempos-conciencias? Sería otro mundo, no este. Pero pensándolo mejor, quizá el problema sean los tiempos, tiempos que se fagocitan entre sí, que se alimentan de otros tiempos, que necesitan arrebatar tiempos para temporalizarse a sus anchas. Una cuestión de deseo de una cadena de otros que mueren y afloran interrumpidamente, encerrados en un cuerpo que los convoca, hasta que lo deja de hacer.

Desempleado, me encontré obligado a constreñir los dividendos, los que ya no eran míos, sino de Eduardo. Los ahorros propios que en mi caso había acumulado, me sirvieron para sostener los gastos conjuntos del departamento durante un lapso respetable. Todavía no entiendo cómo él, si es que no lo hizo, no me adivinó en un limbo. Sospecho que sí, y que se guardó de decir algo, porque siempre que lo miraba, parecía

llevar atrapado en sus ojos a ese niño desgarrado por el destino malaventurado, por lo cual se había agregado a admitir ese recreo, ese reposo, que jamás terminaría de parecerle excesivo a la votiva responsabilidad repartida entre él y nuestros muertos. Fue entonces que me dejé abandonar. Y la culpa se me hizo dulce, dulzor que germinó en esa aprehensión irracional que me licenciaba y que creía o necesitaba merecer, o inmerecidamente tomaba por asalto, conquistándola sin remordimiento frente al sacrificio de Eduardo, que cargaba ya más de setenta años y, jubilado, no había dejado de trabajar para no caer en desuso ni perder el contacto de la amistad, la clientela y la gente en general. Porque es triste: nadie busca a los viejos. Los viejos tienen que salir a buscar.

Con los bolsillos medidos, expuse mi situación a mis compañeros de grupo, y decidimos incorporar a algunos otros cuya contribución terminó achicando los gastos personales, haciéndolos menos onerosos tratándose de un reparto más amplio. No dejé de poner la cuota que me correspondía aumentándole mi presupuesto a Eduardo sin que se me moviera un pelo. Me sentí libre de hacerlo. Tampoco era mucho a decir verdad. Lo que sí, aprendí a moderarme en otros aspectos de mi economía para no caer en un despilfarro que escapara a los límites de lo razonable. Reduje todo gasto superfluo y no tanto, y hasta pedí prestada la bibliografía fotocopiada antes que comprarla.

Otras de las cosas que les debía, era blanquear mi asunto irregular con Analía, porque terminé sintiendo que había caído en un abuso de confianza, por el solo hecho de mantenerlo a resguardo. Me sinceré totalmente, les dije lo que pensaba de la inconveniencia de la indiscreción. No hice mención de nombre alguno, el de Analía en este caso, y tampoco nadie me pidió explicación, lo que fue mitigador, porque no esperaba que ningún comentario desertado se propagara por ahí, y alcanzara a herir la sensibilidad de ella, y mucho menos me hiciera prescindir de su sugestión benéfica. Fue así que logré pactar y diagramar una distribución de privacidad que, aviso de por medio, nos alcanzaba a todos.

Pese a aquel esfuerzo, ese placebo de pecas y profanación al sublime sentimiento del amor, no duró mucho más, aunque sí fue sustituido por muchos y variados amoríos. Y si terminó, no lo fue por cuestiones de diferencias o falta de compromiso. Lo que lo colapsó definitivamente fue la decisión de Analía de dejar la carrera para terminar de cursar el profesorado de inglés. Antes que eso ocurriera, su relación con Victoria se había fracturado. Nada tuve que ver yo, ni siquiera el supuesto novio oficial de Analía, a quién probablemente no le quedara mucha vida como pareja. Analía lo sintió. Creo que estaba enamorada. Victoria era de tomar decisiones drásticas. Lo que me resultó llamativo fueron sus razones. Creo que podía soportar muy bien hasta un matrimonio heterosexual por parte de Analía, y quizá una pareja homosexual estable. Podía soportarme hasta mí como algo circunstancial e intrascendente, un placer permisible. Lo que no estuvo dispuesta a tolerar, fue descubrirle otra amante, porque ese era el que consideraba su lugar. Luego lo pensé más detenidamente y tenía su lógica. Para una amante que pone el corazón no hay peor infidelidad que la que le pueda sobrevenir desde otra amante inesperada. Eso era en la perspectiva de Victoria, lo que se dice, jugar a dos puntas. Por eso la dejó. Su sentimentalismo empezaba exactamente ahí.

A partir de allí, con Analía, rotábamos de ser dos soledades a dos solitarios que se negaban a serlo, sin resultado. Dos soledades cuando intentábamos romper la opacidad que no podíamos evitar ofrecernos. Dos solitarios cuando reclusos, desistíamos de buscarnos y asumíamos que nos masturbábamos cada uno con el respectivo cuerpo del otro. Traté de anclar en su mirada, pero su mirada me restituía mi propia turbiedad: un río torrentoso y térreo, al borde de desmadrarse, arrastrando en su curso todas las formas posibles del pasado, hundiéndose y volviendo a reflotar. Ríos paralelos que, rara vez, creían encontrarse salpicados con aguas que no eran las suyas. Gente líquida imposible de encorsetar; que por poder quizá amoldarnos a todo, no podíamos terminar de moldearnos en nada.

Si hubo un tiempo en donde los dioses o Dios nos nombraron *tú*, ya había terminado. En él nos sabíamos *yo*, o al menos lo creíamos sin incertidumbres. La horma de lo Sagrado, estallando en mil pedazos, nos había liberado derramándonos en la vacilación y la sospecha. Y acá estábamos, sin estar, o sin saberlo, o acaso soñándolo. Nunca supe si tuve a todas esas *Analías*. A *ellas*, jamás se les hubiera ocurrido semejante elucubración. Muy probablemente hubiese cierta beneficiosa ignorancia en sus efímeras naturalezas que las ayudaran a mantenerse más a salvo que lo que podía estar “*yo*” de mí mismo: un yo arbitrario, un yo 1, un yo 2, un yo 3... nada con un referente claro: indecibles (¿Cómo experimentar lo único con certidumbre? La escritura parecía ser la ficción más persuasiva). Una locura que despertaba a la reflexión. ¡Eso sí se llamaba estar extraviado! Eso sí podía llamarse: sentirse vivo; el disponer de la voluntad de elegir sabiéndose siempre otro extranjero, y otro, y otro, y otro más...

Pero eso era un sentimiento, o un deseo. Que por lo visto tenía dificultades para ser pensado. Porque ya no había límite sino el cuerpo propio, en donde dentro podíamos ser muchos, cada uno. Y quizá era el cuerpo propio el que ayudaba a reforzar la fantasía del yo, y al hacerlo, lo hacía un sueño altamente convincente entre tantos, y altamente lucrativo para otros.

Un psicólogo hubiera dicho que mi caso se trataba de una fragmentación psíquica, pero no era sino una pronunciada situación de diseminación insurrecta. No escapaba él a ser otro engranaje del sistema, remunerándose con su propia fe y aceptando subrepticamente los *preceptos* de su disciplina. ¡Que me atrapara el mundo ahora, si podía! Si me buscaba, si me quería contratar, que me pagara por cada vida. Una viva estrategia de justa pluralidad artística.

Esa plétora de libertad se me metió tan hasta el hueso, que la propia carrera de filosofía comenzó a esfumarse como *medio* dirigido a cristalizar en un futuro laboral, y esto a partir de su propio buen paladar, gozándose al alimentarse de su esencia de novedad permanente. E identificándome con ello, a la manera de un refinado *gourmet*, comencé a masticar despacio, a to-

marme todo el tiempo que requiriera mi placer por degustarla, y no horas ni meses, sino años.

Dirán que me perdí. Sí, me perdí. ¡Y qué bien perdido estaba! Íntegramente desafectado de todo. Y puedo asegurar que no hay mejores lugares para transitar que los de andar perdido irónicamente. Quién piensa en profundidad, solo puede vivir en un permanente estado de confusión. Y eso quizá, sea lo más cercano a vivir.

Nada dejaba sin absorber, sin permitirme auscultarlo con mi criticidad de estetoscopio, para saber cuánto latido le quedaba frente a mí antes de descartarlo, porque tratando de vencerme, ninguna filosofía me convencía.

Lo que me atraía era la fuerza estética que el deseo humano impulsaba para alcanzar lo que creía la verdad, o para *imponer* desde un *yo* su perspectiva de mundo, o lo que era lo mismo, lo absurdo de dejar un nombre, una huella que pretendía ser *La huella*. Me producía una gran pena el haber pasado de Empédocles de Agrigento, de su cosmos de cuatro elementos reunidos y separados por el amor y la discordia, a otro cosmos vaciado de intensidad intrínseca, compuesto de pura causalidad fenoménica, ciego, inaccesible, desprovisto de un sentido que lo esenciara; Big Bang o cuerdas sonando porque sí, vibrando solas, expandiéndose para nadie. Un organismo enfermizo.

Mucho de la ciencia actual se me figuraba una especie de teoría ocupacional contra la incertidumbre emocional que procuraban los siempre irresueltos interrogantes metafísicos. Pero lo verdaderamente preocupante eran las certezas de sentido. El establecimiento de patrones normales de conducta por parte de la ciencia misma, y a partir de esos parámetros, las anomalías. Y para ser realista era algo frustrante y desgarrador, pero era lo más admirable que podía ofrecer ese ente imaginativo y engraido de cuya especie formaba parte. Al punto que, todavía no tenía muy decidido sí al despedirme de nuestra realidad, lo haría solo denostándola o amándola, o de las dos maneras, tratando de ser lo más equitativo posible.

La observación y la reflexión humana, esa especie *parcial*, como cualquier especie, pretendía inmodestamente universa-

lizar su propia percepción, y de allí hacer surgir lo que llamábamos conocimiento en general, que a lo sumo debería aspirar a tomarse con pinzas y llamarse solo: incipiente conocimiento humano. Ninguna verdad que mereciera el nombre de inmutable. Mucho más cuando a la *lúcida* razón no le quedaba sino admitir se disolvía en sus propios límites. De ahí que experimentara tan recargada alergia por los grandes sistemas filosóficos, y una desconfianza y aversión natural por *la Verdad* con mayúscula, y todo lo que entrañaba cerrara *correcto y acabado*. Admitía sí que, el deseo de inmortalidad, de conciencia perpetua, de conocimiento completo, de dar en el clavo de una vez y abarcar todo, se manifestaba de esa forma, a través de la desbocada ambición de no querer perdersnos nada, fuese a través de un sistema como el kantiano o el hegeliano, o de cualquier vía que lo intentara. En el mejor de los casos, solo queda por decir, que la *verdad*, la verdad, nunca dejaba de resultar incómoda. Máxime cuando sospechaba que *la obsesión* podía ser el único *fundamento* de lo universal.

Podrá entenderse ahora mejor que quiero decir cuando digo estar evadido del mundo, de su salvaje dirección normativa, últimamente financiera. En contra de lo que podría haberse sostenido desde la aceptación corriente, no experimentaba ningún estado hipnótico, ninguna dispersión ni distorsión de los sentidos, lo que sí ocurría dentro de él, sino que estaba, lo que se dice, bien despierto, o acaso mejor posicionado para estarlo.

Hacía lo que me placía. Así toda ocasión y lugar era el indicado. Pasaba de un teórico a otro, no importaba fuera de filosofía o de letras o de antropología o de historia mientras despertara mi interés. Me instalaba horas en los bares junto a mis compañeros mientras tratábamos de descifrar inútilmente el mundo a partir de los que solo eran juegos mentales, ideas abstractas o cuasi abstractas. A través de los cristales de *Sócrates* mirábamos pasar a los estudiantes, que iban y venían por Púan y Pedro Goyena, con sus bolsos y morrales portando cuadernos, libros y apuntes, buscando un futuro que yo ya no tenía, o del que había prescindido por voluntad propia, al menos de momento.

Y sin culpa, querido Eduardo, sin culpa, cómo seguro te hubiera gustado. Porque sentirlo así, con convicción, algo que nacía desde tu silencio, me hacía tanto bien, tanto bien, que solo puedo decir: gracias, muchas gracias.

Al fin estaba perdido, sin retorno. Al fin un punto de partida.

Hacia 1999 todo seguía igual. Para ese entonces empecé a evaluar mi propia situación como insostenible. Mi cabeza bullía de contenidos, y sin embargo, nada me satisfacía. Sin ir más lejos, repentinamente, comencé a sentir vergüenza por mi proceder para con mi tío. Tenía que tomar cartas en el asunto y decidirme a buscar un trabajo, una ocupación. Noté o me pareció notar, que él comenzaba a olvidarse con más asiduidad de las cosas, cosas que antes jamás hubiese olvidado. Lo encontré mucho más viejo aún. La edad había empezado a encorvarlo.

La carrera estaba bastante avanzada, no la había descuidado, pero dada mi impostergable curiosidad, no me veía en un aula repitiendo hasta el hartazgo lo que había aprendido. Me sabía a detenerme, a ir contra mi deseo de darle a ese fugaz tiempo vivo que era, toda aquella novedad con la que podía alimentarlo. Hubiese querido disponer de todo el tiempo del mundo para eso, pero también necesitaba trabajar. El problema mayor era la desocupación, la que había aumentado de forma alarmante. El neoliberalismo era un vampiro insaciable que vendía un mito de placer a través de su auge de consumo ilimitado y sus acotadas e incuestionables recetas hiperindividualistas, extrayendo con retórica amañada los vitales recursos de las zonas

más débiles del planeta, trasladándolos hacia los grandes centros de poder, travestido de apertura y equidad distributiva. A tanto podía llegar la fantasía, que los sangrientos Balcanes no parecían ya formar parte de la confiable Europa, porque el *euro* aparentaba representarla mejor.

Tener los bolsillos excesivamente colmados es definitivamente contraproducente, incluso para quién los tiene. Así se lo dije a Jorge, antes de que decidiera irse a España, a Alicante. Me dijo que tenía que leer un poco menos, que confundía idealidad con realidad, que antes que me comieran los piojos me fuera con él, y que solo se trataba de buscarse una vida mejor, que nadie iba a ocuparse de la nuestra si nosotros no lo hacíamos.

Su petición fue sincera. Lo de irnos juntos, lo tiró primero cómo una posibilidad abierta. Seguidamente como algo que podía llegar a convertirse en una concreción, en un beneficio mutuo; una inesperada consecución de la infancia. De ninguna forma podía ir tras sus pasos, no podía acompañarlo. Acá estaba Eduardo. Y yo, por lo visto, podía aprovecharme de él, gorropearlo, excederme, pero nunca abandonarlo. Ni siquiera lo consideraba cómo algo que pudiera poner en tela de juicio. Los últimos años me había acostumbrado, al principio contra su voluntad, a hacer casi la totalidad de los quehaceres de la casa. Me encargaba de conservar la limpieza y el mayor orden posible. Hasta planchaba su ropa. Y ponía un cuidado especial en mantener la pulcritud del cuarto; la cama con sábanas limpias. Una manera de compensación por tanto atrevimiento de mi parte. Jamás dijo nada. Jamás se quejó. Me dejó hacer. Me dejó *ser*. Quizá pensó que nada podía presentarse peor que aquel inicio de ensañada indefensión. Y que las cosas eran *un poco* lo que queríamos que fueran y lo que no queríamos también, y que era inútil amargarse por eso. Tampoco él había sido gran ejemplo de emprendimiento. En todo caso, más parecido al agua que se deja correr. Estábamos, no sabíamos cómo, y un día no estaríamos más. Eso era todo. Ni siquiera había que ponerse a esperar. Llegaba cuando llegaba, lo buscáramos o no.

Mirándolo desde el desenlace, perderse era sacarle partido a las circunstancias.

Quiso un domingo, después de pasarme parte del día limpiando, cuando me disponía a sacar la máquina de cortar el césped del galpón, que encontrara enrollada una nota de Mariela de mi lado del alambre tejido, colgada de una de las ramas del ligustro, atada con una cinta celeste. Debía hacer bastante que estaba ahí, porque se hallaba decolorada y borronada, arrugada también, por la lluvia y la exposición a la intemperie. No estaba fechada. La nota solo decía: *“A ver cuándo te acordás de mí.”* Me dio vergüenza leerla. No me costaba nada llamarla y nada me hubiera costado hacerlo en anteriores ocasiones. No lo había hecho. Supongo que formaba parte del extraviarse. Y que de alguna manera, para sincerarme, el verla me lastimaba. Era como mirar cara a cara al dolor. Y aunque me parecía que la representación que tenía de ella poco se correspondía con la manera de encarar su propio destino, nunca terminaba de estar seguro, sin tener esclarecido el porqué. Recordé de un texto de Schopenhauer: *“Cuánto más elevado es el ser, más sufre...”* Y cuánto por debajo de ella me sentía estar. El diamante que había en su interior estaba injustamente inhumado dentro de su cuerpo fragmentario y su fealdad, incapaz de arrastrar tras de sí una mirada lasciva, una obscenidad soñada, la fantasía de una guarangada correspondida secretamente, una pizca de ese otro amor, el que llamaba de entre las piernas de Analía. Si hubiera sido un hombre, siempre menos prejuicioso y más consentido socialmente, hubiera tenido la viabilidad de irse de putas, de cuanto menos fantasear el amor y probar las caricias de otra piel que no fuera la suya misma, una delicia que no viniera de la yema de sus dedos. Yo mismo le hubiera conseguido aquella solidaria mujer que hubiese accedido como una santa Magdalena.

Golpeé las palmas varias veces, llamándola, como cuando éramos chicos. No tardó en aparecer, acompañada por dos gatos manchados que la seguían a la par, los brazos fuertes imprimiéndole el movimiento a las ruedas. Agité en la mano la nota y a manera de descargo le dije:

—Tarde pero seguro. Recién acabo de verla. Vos también, dónde la fuiste a dejar.

Sonriéndome, me endilgó:

— ¿Y las qué le dejé a tu tío? ¿Esas tampoco las viste? ¿No te las dio?

Qué le iba a decir. No podía mentirle. No tenía salida. Hubiera quedado peor parado todavía.

—Sí, bueno...

—Ya sé. *Tus novias*. Estás disculpado —alegó a mi favor sin perder la simpatía.

Me disgustaba que dijera eso. Sé qué no era adrede, pero me llegaba como un latigazo lacerante. Últimamente, las pocas veces que nos habíamos visto, no había hecho más que volverlo y volverlo a reiterar. Entonces, con nada de tacto, le asesté, en parte llevado por la molestia:

— ¿Y de los tuyos? ¿De tus novios? Nunca contás nada.

Una estupidez. Otra de tantas. La pude ver ruborizarse y me sentí pésimamente mal. Entreví lo aplastante que podía ser un desacierto, el embarazoso e ineludible instante que se abría detrás.

Recobrándose, con temple, ajustándose a su condición, me respondió:

—No creo la vida me depare algo parecido. No es algo para mí. ¿O acaso pensás que sí?

No acerté con ningún recurso expresivo ni ningún otro modo eficaz que pudiera persuadirla de lo contrario. Ni siquiera pude apelar a un razonamiento o uno de esos refranes simplones y espontáneos, quebradizos cuando son expuestos a la reflexión, que pudiera sofrenar tanta autenticidad implacable. Mariela movió hacia atrás la silla apenas un metro, hasta hacer tope con el tronco del paraíso. Ella, su silla y el árbol, se me figuraron una tríada inseparable. Solo que recién ahora lo percibía. Se asociaban en mi mente como en una instantánea. Antes había sido ella y su silla, la misma cosa. Pero el paraíso siempre había estado ahí. Un ignorante tercer asistente de nuestros encuentros; un *en-sí* alejado en la más remota distancia sin distancia, abismado en una plenitud sin fisuras a la que no te-

níamos acceso: el aliciente de una llave futura de curalotodo, una verde sanación sin conciencia y sin mundo que resguardaba sus lecturas, bajo su frondosidad, del sol y de la lluvia. Una pura *alma vegetativa* realizando el ciclo de vida primordial. Desde una vereda, un pasadizo detenido ante el *para-sí*. Desde la otra, el principio de la distancia más distante, la única no mensurable desde sí y más allá de sí. Un aliado que se le anunciaba con hojas y con viento. Los veía así. Y a la vez me preguntaba por qué, y me interrogaba con preguntas como: ¿Qué no alcanzo a descifrar? ¿Qué raíces hunde ella en él? ¿Qué tristes sombras de ella, él resguarda? Tanta fiel compañía. Silla, árbol, ella, ¿se adherían? ¿O era solo mi delirio de naufragio que recortaba y pegaba sin ton ni son lo que le venía en gana con su brújula descarriada?

Recobrándome, arranqué con un argumento de esos que la gente común encendía como un faro, y que ridículamente ambicionaba mostrar el rotundo camino hacia la esperanza: fuegos de artificio que al estallar nos regalaban sus colores y terminaban dejando solo el picante olor de la pólvora quemada y el inmenso agujero negro que abrían aún más las luces al retirarse. Porque profundizar atentaba contra cualquier convicción.

Mariela, sin dejar de contemplarme, levantó entonces la manta que llevaba siempre sobre el regazo.

Pude ver su cuerpo todo, toda la mitad que era su cuerpo, medio vestido sobrando mal plegado, apoyado sobre un almohadón rectangular que caía hacia delante, más allá del asiento, y que cubierto por la manta venía a entregar un simulacro de relleno y de continuidad por piedad hacia sí y hacia quién la veía. Un acto destinado a destruir toda posible imagen ideal que aún pudiera refugiarse en ella, un gesto más que nada, dirigido hacia sí misma, poderosamente heroico y autodestructivo, sádico y protector.

La miré como ella me lo había impuesto. Pero ella no era cualquiera, por eso se hacía más difícil y a la vez, más fácil confrontarla.

Por dicha razón pude reprocharle:
— ¿Hacía falta?

Ella no se lo pensó siquiera y me contestó:

—Quién puede saberlo. De todos modos, lo hecho, hecho está. Habrá que sacarle partido a lo que pueda tener de bueno.

— ¿Y crees qué lo tendrá?

—Ahora ya está, Ariel. Por ahí nos sirve a los dos. Es lo que es. A veces uno tiene arranques de sinceridad que terminan poniendo las cosas en su lugar.

— ¿Y qué es lo que hay que poner en su lugar?

—Dejemos esto ya. ¿No te parece?

No volví a instarla. ¿Era *Voltaire* el que había señalado: “*La felicidad no es más que un sueño: solo el dolor es real*”? Para mí, el solo verla era convalidar aquella frase desoladora. Podía vacilar acerca de muchas cosas, no estar seguro de si fuesen irreales, pero no de ser ella tan real. Aunque a veces pensaba si no la transformaba en lo que veía con mi mirada. Si no estaba enclavado en una fracción, en la del infortunio. Si no era un decepcionado mal parido que arrastraba conmigo todo lo que veía con manotazos de ahogado, como si ese fuera el único perfil que ella pudiera ofrecerme. Pero no era este el caso; en este hubiera sido peor el remedio que la enfermedad. Con Mariela no cabía la cosmética, no corría con suerte quién venía con palabras de compasión ni otros discursos embriagantes con perfume de rosas. Ella, como yo, desconfiaba del lenguaje como reparador. Y no es que no lo fuera. Solo que parecía pensar que nada podía reparar en ella; que mejor no engañarse. El lenguaje no era necesario para sentir y no dudar acerca del sufrimiento del prójimo, cualquiera fuera el ente que pudiera padecer. No le gustaba el lenguaje en su faceta de venda frente a lo irreparable. Casi la ofendía. Yo también tenía mis titubeos con respecto al lenguaje. Me preguntaba si de alguna forma no obstruía mucho de nuestro ser al *ser pensados* a través de las ideas que nos ofrecía, que nos imponía. Esa clase de duda a partir de la cual no se tiene una visibilidad límpida en cuanto a si es que pensamos en el lenguaje o, es el lenguaje el que, en definitiva, nos termina *pensando* en tanto nos antecede, como un alienígena inserto en nuestra mente, mistificando sobre nuestra identidad, susurrándonos que éramos *nosotros*. Lo men-

tal como una introyección externa que nos pensaba. Los muertos y los otros hablando a través nuestro. A ráfagas, me daba la sensación de sentirme a salvo de sus garras escapándole a las palabras, tratando de no pensar y deteniendo el conocer, para solo sentir y así sentirme. Me preguntaba si al intentar, al menos intentar eludir el lenguaje, en esos instantes mínimos, no me desalienaría, logrando desasirme de su invariable invasión dudosamente identitaria como desidentitaria, incluyendo y excluyendo. Me preguntaba si, el lenguaje, más acá de darme mundo, a la vez, no *asesinaba* también *mis* posibilidades; las *puramente* mías, si es que las hubiera.

Pero el lenguaje no podía atraparme frente a Mariela, no podía ofrecerme nada más que mudez. De mi parte, aún no sé hasta dónde es que deseo librarme de sus ilusiones, ni sí así dejo de ser víctima de ellas, o sin ellas paso a ser víctima al abandonarlas. Era un sostenido esfuerzo por tratar de no negar. Mariela no me hubiera permitido desistir. Delante suyo, cuando uno miraba bien, no había escape hacia lo imaginario. Ella era su cuerpo. Y las ideas sin cuerpo son fraudulentas. La de su *cuervo-destino* era una idea *real*. No algo abstracto. Podía parecer anómalo, brutal, pero Mariela se había dotado de un blindaje que rechazaba las causas inmateriales que pudieran ponerle anestesia al mirarla. Prefería que el mundo fuera lo que era, lo que estaba ahí y se daba cómo se diera. Y siempre se mostraba tranquila, sin debilidad, como si confiara en el fin de los tormentos santificando la nada.

Respecto a su albur, todo argumento moralizador que iba, la tomaba de vuelta; no eran más que palabras que pretendían desmaterializar su realidad, y no quería que ese tipo de recursos la transformara en elemento humano anónimo o impersonal, como si al dejarse filtrar por esos mensajes píos y crédulos pudiera terminar siendo pensada por la máquina ideológico-religiosa de la lástima. Nadie sabía de ella más que ella misma. No se trataba de superación sino de resistencia. No necesitaba de una ética. Y no era alguien que pudiera decirse mostrara resentimiento, una desagradecida que caía en esa desnaturalización por no saber apreciar lo que no le faltaba, descontenta por su

propia falta de gratitud hacia lo que tiene. Sabía que esa idea le venía de los moldes del interés general, que nunca dejaba de entrar en contradicción con el interés particular, *su* espartano interés particular, su cabal modo de ser Mariela, enfrentando a la tragedia a la altura que la tragedia lo exigía, en sus mismos términos.

Cometí otro error.

—Hay muchos caminos que se andan de forma distinta, Mariela —le dije.

—Pero no hay nada de lo que quiero en ellos, Ariel. Y no veo porque tenga que dejar de desear lo que deseo, para desear lo que no.

—Como que los dos estamos pasados de trágicos —señalé.

—¿Lo decís por esto? —preguntó volviendo a poner la manta en su lugar, sin que hiciera falta agregar otra cosa —.No voy a creer. *La tragedia tiene muchas formas* —contestó.

—Creo que hoy no tenemos el mejor de los días, ¿no?

—Por lo visto, no. Ni vos ni yo. Va a ser mejor dejarlo para otra vez. ¿Vos todo bien?

—Sí. Se puede decir que sí.

Desdiciéndome, me hizo saber:

—Me dijo tu tío que estás sin trabajo. ¿Conseguiste algo?

—Todavía no.

—Bueno... Ya se dará.

—Eso espero.

No era la manera en que habitualmente conducíamos nuestros diálogos. Los dos habíamos reparado en lo mismo y estábamos dispuestos a no llevar más allá la desconexión.

Impulsó las ruedas y movió la silla orientándola a un costado, anticipando el giro hacia la casa.

—Voy a seguir ayudándole a mi mamá en la cocina. Otro día la seguimos.

—Dale. Saludos.

—Saludos a tu tío, también —Y se fue.

Escribió Proust: "*Las ideas son los sucedáneos de los pesares*". A más pesares, más ideas. Por algo otros entes diferentes ni si-

quiera las tenían. Dicen que la naturaleza es sabia. Al menos parece serlo en parte.

La acompañé con la mirada a través del espacio que se abría en el ligustro, apoyado en el alambrado, hasta que entró y cerró la puerta, y me quedé frente a las ramitas y las hojas pequeñas y duras del arbusto. En la medida en que había ido creciendo, más la admiraba. No sé cómo se las arreglaba. No sé qué hubiera sido de mí en su situación, pese a que algo en mi espíritu parecía estar *lisiado*. Pero eso no nos emparejaba. En todo caso, la comparación me volvía funambulesco, inadmisiblemente, quizá pusilánime. Pero no tenía seguridad de nada. Ni la tengo.

Después me dediqué al jardín, a cortar el césped, o a mutilarlo. Quién puede saberlo.

Trabajé temporalmente como ayudante en una herrería (lo cual no soporta más que un tiempo corto, porque aunque desde afuera no lo parecía, era un oficio de extrema dureza). También en un negocio de *Todo x 2 pesos*, en un maxikiosco, y finalmente en una fotocopidora frente a la facultad. Al menos empezaba a descubrir que no me iba a morir de hambre en caso que Eduardo faltase. Además recuperé algo de la dignidad perdida, y no por el trabajo en sí mismo, lo cual me motivaba serias dudas pudiera vincularse de manera tan dogmática a la dignidad, sino por el solo hecho de retornar a colaborar con él.

Para ese entonces, estaba cursando Estética durante el segundo cuatrimestre del 2001, y todavía continuaba manteniendo junto a mis compañeros el monoambiente. Absolverlo del yugo de mi vagancia me relajó. Perdí en libertad, pero terminé sintiéndome más conforme conmigo mismo. Eduardo bien valía la *desviación*. Fue todo un cambio de actitud, y por suerte nada *postizo*, como lo hubiera sido años atrás. Tampoco se trataba de haber perdido las mañas. Hasta diría, las había acrecentado en heterogeneidad y atributos. Estaba más experimentado, y me había adaptado bien a aquella vida de prosélito universitario. Era lo que se dice, todo un fracasado con clase.

A mediados de primavera entablé una relación informal con una estudiante de letras, que más que nada se basaba en algo de sexo frecuente y un retributivo trueque de lecturas y análisis interpretativos sobre literatura francesa, inglesa y norteamericana, asignaturas sobre las que recaía su entusiasmo momentáneo por el hecho elemental de estarlas cursando. Como casi todo estudiante de letras o filosofía no podía dejar de tratarse de un espécimen fuera de lo común, con una importante capacidad de aislamiento psíquico capaz de sintetizar lo que quería de la realidad, pero a diferencia de la mayoría, evadiéndose de ella, ayudada en este caso, por algunas sustancias alucinógenas.

Justamente por estas concomitancias, Paula estaba embozada con Rimbaud, Baudelaire, Artaud, Dylan Thomas, Henry Miller, la generación beat, y el realismo sucio. A mí toda esa gente muerta me caía bastante bien, gozaban de una considerable cuota de admiración de mi parte, pero los había leído, y volver a releerlos, aunque podía hacerlo, era como retomar el tener sexo con una mujer de mi pasado. Ya habían perdido algo de su novedad y encanto, y no ocupaban los primeros lugares en mi favoritismo cambiante. Lo mío estaba pasando por Rilke y Pessoa, especialmente Pessoa. Había en ellos un componente metafísico que estaba íntimamente ligado al género humano, ese señero animal capaz de elaborar ficciones y darse con ellas un mundo, y creérselas además; y por lo que hasta allí había apreciado, estaba más presente en mí que en la mayoría de los especímenes que me había tocado conocer, o mejor dicho, alternar.

Claro que cuando buscaba un rato de esparcimiento sexual, y creo acertado si digo que todos los poetas mentados –a los cuales mi libertinaje tiene mucho que agradecerles por su *mano* literaria en cuanto a Paula– estarían de acuerdo en que todas sus páginas bien podrían haber dejado de escribirse, de haber podido escribir todos los poemas inexpresables con la tinta de nuestros fluidos sobre tanta piel en blanco. Porque cuanto más se quiere cargar a las palabras de sentido, más se disemina, para terminar extraviándose. Nada que ellos ignorasen.

Temprano, durante la mañana, había hablado con Omar por el tema del departamento, con la intención de tenerlo disponible por la noche, libre de toda intromisión, al menos durante dos horas, entre las 9 y las 11, de ser posible. Era un horario dentro del cual Paula podía moverse con soltura.

No obtuve el resultado esperado. Teníamos los parciales encima y los demás tenían tanto derecho como yo de hacer uso del lugar, más con la presión de las entregas de las monografías. Después de todo, aún seguía conservando en primera instancia su “privativo” cometido de lugar de estudio, lo cual complicaba las cosas, dado que había ido aumentando progresivamente el número de arrendatarios. Creo que lo que más me perjudicaba, era que habíamos comprado un televisor, y por eso había ahora menos estudiantes que televidentes, a toda hora. Cada vez se hacía más difícil la intimidad.

En la fotocopiadora había logrado acceder a reconocerme los horarios de los prácticos y los teóricos. Éramos tres, y a no ser el dueño de la misma, todos cursábamos materias; así que a la falta de uno, los demás suplíamos su ausencia redoblando el trabajo y atendiendo a nuestro propio interés de ser suplidos cuando lo necesitábamos.

Allí vino Paula a buscarme por la noche, y dado el impen-sado impedimento, lo hablé presentándole el caso. Le restó importancia. Me propuso que nos fuéramos al Parque Chacabuco, a unas cuatro cuadras del lugar. Parecía estar un tanto *colocada*, pero de forma poco llamativa. Creo que solo lo alcancé a percibir yo, porque nadie pareció notarlo: un sutil exceso de melosa alegría aletargada.

Por dicha causa, cuando me insinuó la opción del parque no alcancé a captar a fondo hasta dónde estaba dispuesta a llegar. Y la imprenta no era el lugar adecuado para formularle interrogantes, así que solo me lo imaginé, y no descarté la posibilidad de llegar hasta dónde ella quisiera que yo llegara.

Paula tenía unos veintitrés años, aunque parecía de más, contrariamente a mí, que me daban unos cuantos años menos. Ella no tenía lo que puede decirse, un rostro muy atractivo, pero estaba bastante bien por donde más se la aquilataba, lo

que aumentaba su calificación erótica formidablemente. De mirada astuta y provocadora, sabía obtener de mí lo que quería cuándo quería. De modo que no me negué, y dije sí, y me fui con ella al Parque.

Caminamos esas cuadras mientras abrazados, no tenía embarazo alguno en contarme su fantasía de hacerlo en un lugar público. La falta de pudor en una mujer nunca dejaba de otorgarle un ligerísimo toque masculino que la cosificaba y la volvía, por menos idealizable, sexualmente más apetecible. No se trataba de amor, claro. Pero los besos eran besos, y se quiera o no, nunca dejaban de otorgar un marco introductorio a lo que podía terminar siendo un nada despreciable sustituto.

Todo bolsillo en apuros de la zona no ignoraba que el Parque Chacabuco guardaba rincones y escondrijos misericordiosos. Ni siquiera tuve que molestarme en escoger el sitio porque ni bien avanzamos hacia el interior, Paula tironeó de mí hasta llevarme hacia unos arbustos bajos. Muchas de sus ramas tocaban tierra, dejando una cavidad íntima que iba desde la cortina de hojas hasta el tronco mismo. Le opuse resistencia advirtiéndole que podíamos tener un encontronazo desagradable con lo que la gente dejaba en situaciones de urgencia en lugares como esos. No creí poder centrarme en una erección en un sitio atufado a orines y otros añadidos. Ella se burló de mí, me tildó de falto de valor, y se encargó de chequearlo sin tanto remilgo.

Despejadas las dudas hizo valer su sensualidad. Todavía no puedo resistirme a esos envites. Muchos viejos dicen no extrañarlos, como si se hubieran logrado liberar de un compañero entretenido y cachondo, pero no buen consejero, y ganaran una placidez que la pulsión fustigante de la genitalidad desconoce. Por mi parte no tenía intenciones de alcanzar tal bienaventuranza ni lo deseaba aún en mi vejez, si es que llegaba, si es que me decidía vivirla, siempre que contribuyera a no restarle valor a lo que quedaba por vivir. Pensarlo parecía razonable. Llevarlo a cabo no dejaba de promover sus respetables recelos.

Eso de no quitarse la ropa, o mejor dicho, de bajarse los pantalones a medias, estimulaba la pasión de manera salvaje; una fantasía en dónde no había tiempo ni lugar, y había que ganarle tiempo y lugar al tiempo y lugar que no existía: la realización de un imposible, la satisfacción del deseo como falta. El mundo se desmoronaba y era la última sazón de poder culminar en un orgasmo en el mismo instante en que todo estallaba, pese a que, no sabía bien si nos excitaba la posibilidad de satisfacción del deseo sexual propiamente dicho, el fin del mundo en sí mismo, o la combinación de ambos. No quisiera emitir opinión al respecto. Además, no podría pasar de una simple opinión, como cualquier opinión. ¿Podríamos pasar de ellas alguna vez? Alguien podría decir que la vida era un engaño, y creo que el problema no sería que, pensara lo que pensase, pudiera no tener razón, sino que los demás, aún cuando creyeran lo contrario, tampoco podrían asegurar tenerla, o si sí, nunca podrían averiguarlo, aunque si creerlo. Pero para creer, uno podía creer en cualquier cosa, o casi en cualquiera.

De vuelta de aquella manifiesta exaltación amorosa, teníamos tanto polvo y restos de pasto en la ropa que nos deparó un largo rato volver a recuperar el aliño. Nos ayudamos como pudimos, bajo la escasa luz eléctrica del parque. Después, retrasada por una pretextada conversación mixturada de besos de banco en banco, Paula se marchó para su casa. La acompañé hasta la parada del colectivo y una vez se fue, llevado por el buen clima de la noche primaveral, volví al parque a recostarme sobre el césped. Me encontré sin pensar en absolutamente nada, y me resultó tan gratificante que, al distenderme, me quedé completamente dormido. Desperté pasadas las seis de la mañana. Ya había suficiente luz. Y nadie me había degollado, lo que no estaba nada mal para empezar el día.

La fotocopiadora abría a las ocho, casi no tenía caso irme hasta el departamento. De manera que resolví tomarme un café en *Platón* para despejar el sueño todavía arraigado. Antes de que el mozo del sector se acercara, repentinamente me sentí

incómodo, con la necesidad de tomar un baño, así que cambié de parecer, me levanté y me fui.

Al llegar no había nadie. Eso me proporcionó mayor tranquilidad. El ducharme terminó siendo tan relajante que, al recostarme sobre una de las camas, volví a quedarme dormido. Cerca de las diez y media, sentí que alguien me zarandeaba suavemente. Era Andrés. Me di cuenta que llegaba tarde y eso me motivó a acelerar mi resistida actividad. No tenía mucho asidero, dado que ya estaba retrasado. Además, teníamos arreglado de antemano esos posibles contratiempos. Siempre estaban los otros para ayudar. Pero, como ya he dicho, no me gustaba excederme en demasía. Prefería no ser yo quien tuviera que generar situaciones como esas. Antes de irme, recordé que tenía que sacar de la biblioteca central el libro de Kant: “*Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime.*”, por lo que traté de asegurarme llevaba conmigo el carnet que me autorizaba a realizar retiros. No lo encontré. Sabía lo había tenido encima el día anterior, alojado en uno de los bolsillos del vaquero. Busqué en otros sitios para disminuir las posibilidades de error, pero no lo tenía. Enseguida reparé en que debía haberlo dejado caer en el parque, en la *refriega* con Paula. Lo necesitaba. Se había convertido en algo fundamental; era otro de los recursos con los que achicar gastos.

No me quedó más que volver al lugar, esperando haberlo perdido allí o en las intermediaciones. Fui poniendo suma atención sobre mis pasos para ver si podía detectarlo. Se trataba de una simple tarjeta de cartón rosado con mis datos universitarios y una foto carnet. Confiaba que poco podía llamar la atención si había caído del lado del revés. Sin haberla encontrado, llegué hasta el arbusto de los deleites; una poco conocida planta *medicinal* que, con justicia, merecía figurar en el catálogo de todo herbolario. Al querer acceder a su interior para continuar hasta allí la infructuosa búsqueda, me encontré en un aprieto. Alguien se guarecía bajo el follaje, y parecía dormir. No supe cómo proceder. Y no podía irme sin intentar recuperar el carnet, en caso que allí lo hubiese perdido. Di un par de vueltas

sobre mi emplazamiento, tratando se me ocurriera algo aplicable, cuando desde el arbusto escuché que me decían:

—Está ocupado, joven.

El surgir de ese tono amable, me invitó a solicitarle su escucha, haciéndole una descripción resumida de la preocupación que hasta allí me llevaba.

—Disculpe, no es mi intención molestarlo. Solo que... creo podría haber perdido un carnet que me es de gran utilidad en... ayer... cuando... Bueno, estuve por acá y pudo haberse caído. ¿No me permitiría fijarme? Es un minuto solamente. Me tengo que ir a trabajar.

Sentí como se reincorporaba preguntando:

— ¿Trabajar? Yo ya casi no me acuerdo ni de cómo era. Ni quiero acordarme —se rió. Sacó una mano sucia por entre las ramas y pude ver el carnet—. ¿Buscaba esto?

— ¡Uf! Y no sabe cómo... Pensé que no lo iba a encontrar más. Mil gracias —dije contento.

Iba a recogerlo de su mano cuando la retiró. Después me di cuenta que necesitó hacerlo porque no estaba más que acomodándose para salir. Era un hombre de quizá entre cincuenta y pico y sesenta y tantos años. No podría asegurarlo dado su estado de dejadez. Llevaba una ropa bastante andrajosa y estaba tan sucio que si me hubieran dicho hacía más de un año que no se aseaba, lo hubiese creído. El pelo opaco y aglutinado por la roña hablaba por sí mismo. Ni qué decir de su *fragancia silvestre*. Me hice para atrás con la mejor cara neutra que pude ofrecerle. Entonces me extendió el carnet y lo tomé.

—Gracias —le reiteré.

—No hay de qué —dijo.

—Déjeme recompensarlo con algo.

Metí la mano en el bolsillo para darle unas monedas pero las rechazó.

—No, joven. Una gauchada no se cobra —Me lo dijo de una forma que me recordó a Eduardo, y a Horacio—. Dígame, ¿cómo la perdió acá? Usted no tiene pinta de linyera.

Obviamente, no iba a contarle mis intimidades a un desconocido.

—Es que... ayer estuve leyendo justó acá —señalé el linde del arbusto—. E intuí que podía haberseme caído y después volado con el viento hacia dentro.

Se me estaba haciendo más tarde aún. Me disculpé.

—Sabe, me tengo que ir a trabajar. Si no me van a matar. Hace rato ya estoy llegando tarde.

—¿Y entonces para qué se preocupa tanto, si de todas formas va a llegar tarde igual?

Se sentó en el césped. Me pidió un cigarrillo. No tenía. No fumaba.

—No tiene el vicio —dijo.

—No, al menos ese no —contesté.

—Bueno, pero al menos los tiene. El peor de los vicios es no tener ninguno. No hay que pasar por la vida sin tenerlos. De haberlos tenido nadie se arrepiente.

Era un señor agradable. Solo que su apariencia exterior no se correspondía con su interior engalanado. ¿Pero quién quería asomarse dentro? Señal de tiempos superficiales. Me dio cierta lastima cuando lo escuché pedirme:

—Si quiere recompensarme, quedése a hablar conmigo un rato, hace tanto que no hablo con nadie... Si es que me quiere recompensar.

Me debatí entre la responsabilidad y mi palabra.

Volvió a decirme:

—Total llega tarde igual.

Me senté. Me preguntó que hacía con mi vida. Escueta-mente, le conté que estudiaba filosofía en la UBA, a cuabras de ahí; y que trabajaba en una fotocopiadora frente a la universidad. Me enteré que había sido oficial tornero, pero de eso hacía ya muchos años, los años que vivía en la calle, unos seis tal vez, no recordaba.

—Un día me cansé de todo, y acá estoy. *Ahora vivo*, soy libre. ¿Usted joven?

—No sé qué decirle —contesté honestamente.

El viejo se había recostado sobre el césped, y miraba pasar las nubes sin nada más que hacer, mientras me escuchaba. Había gente que sabía sacarle partido al fracaso. Había hom-

bres que fracasaban para triunfar. Estos tiempos parecían requerirlo.

—Diga la verdad, ¿no me envidia? Míreme bien.

Su estado era lamentable. No me hubiera aguantado ni un día en esas condiciones. De solo verlo me entraban ganas de rascarme. Sin embargo, él no parecía vivirlo de esa forma, lo transmitía su serenidad.

Respondí:

—Creo que sí. Dígame, ¿qué le pasó para terminar acá?

—Lo que me pide que le conteste es del tipo de historias que suelen ser largas, complicadas y tristes. Y usted no tiene tiempo. Si tengo que empezar por lo más fácil, le tendría que decir que un día dejé de trabajar para no ser un mendigo. No sé si me entiende. No quisiera que me tome por loco. No le estoy hablando de dinero. Le hablo de valor. Simplemente me interrogué acerca de si no estaba tirando mi vida a la basura ahí, todo el día en el torno, atento a la pieza y al movimiento de mis manos. Si ese torno mecánico no era una usina de embrutecimiento, si no me estaba degradando convirtiéndome en un objeto de un objeto, despersonalizándome, siendo víctima de su reiteración constante que me reducía a lo irrisorio. La mayoría de las máquinas parecen haber sido inventadas por taxidermistas, ¿vía? Embalsaman el alma. Nos disecan en un siempre lo mismo.

Escuchándolo, no pasó desapercibido para mí, tratarse de una persona instruida, con cierto grado de cultura.

—¿Usted dónde estudió? —pregunté.

—No tiene importancia, créame —dijo.

No quise oprimirlo.

—Déjeme decirle que entiendo perfectamente cuál es su punto de vista. No tenía posibilidad de realización. Y la realización está emparentada con una actividad de metamorfosis permanente. Lo que sintió usted es que el sistema se desinteresaba de su propio destino, y así como así, se despertó.

—Claro. Porque para oficio, nada mejor que el vivir, y eso era justamente lo que no estaba haciendo.

Del bolsillo del saco roto sacó un *tetra-brik*. Era vino. Por piedad, o a veces para engañarnos, la vida parece ser justa. Quién no es a su modo un mendigo.

—Dígame ahora si es que estoy perdiendo mi tiempo tirado acá.

Las nubes, algodones de cajas de auxilio, pasándole alcohol al cielo, simulando no ser una gran herida celeste, parecían darle la razón.

No sé si interesándose realmente por las consecuencias laborales que imaginó podía tener, o bien porque vaticinó iba a realizar la segunda parte de la pregunta, no quiso retenerme más.

—Vaya, joven. Se le hace tarde. No me quiero sentir culpable. Usted tampoco se sienta así por tener que irse.

—Llego tarde igual —le contesté utilizando su propio argumento—. Pero todavía no me contestó la parte difícil, recuerda...

—Ah, sí. La parte complicada. Mi señora... la mujer con que estaba juntado me echó de su casa. No la juzgo. No aportaba al hogar y además —me mostró el cartón de vino—. No es la solución definitiva pero ayuda.

No quise entrar a disertar con esas cosas estúpidas que suelen leerse en los manuales de autoayuda. Intuí que de hacerlo, lo único que lograría iba a ser envenenarlo. Mi experiencia, *la mía*, me decía que la constante volvía a ser la misma: bastaba una pérdida para que la lucidez asomara. Después otra vez la vacilación. De eso se trataba la lucidez: de la vacilación, de saber elegirse permanentemente dentro de ella.

—Me voy. Encantado de hablar con usted. Y muchas gracias por lo del carnet.

—De nada... Joven, ¿no se ofende si le acepto las monedas que me iba a dar?

—Todo lo contrario. Se las había ofrecido en un principio.

Saqué unas monedas del bolsillo y enseguida me pareció una mezquindad de mi parte. Se las di junto a un billete de diez pesos.

—Gracias, joven. No me diga en qué no le gustaría que me lo gaste, ¿sabe?

—No se lo digo, entonces. Nos vemos.

Creo que él había derrotado al fin a la filosofía. Lo dejé amasando su fortuna: césped, cielo y nubes. Y unas copitas, sí. No era muy serio de mi parte, pero Dios tampoco parecía ser un tipo serio, así que podía dejármela pasar.

Cuando puse el pie en la fotocopidora, eran pasadas las doce del mediodía. Mientras llegaba, había notado algo raro en el aire, cierta nota común en todos los que venía cruzándome por la vereda, algo de inquietud, asombro, incredulidad, tensión. Nadie me recriminó absolutamente nada, ni siquiera me preguntaron que me había ocurrido. Estaban totalmente schokeados, pendientes del televisor. Las imágenes llegadas desde Nueva York mostraban a cada instante a una de las Torres Gemelas del *World Trade Center*, la Torre Norte, ardiendo, y a un avión estrellándose contra la Torre Sur. Otro de los vuelos había investido el edificio del Pentágono. Me dio ganas de volver al parque para abrazar a aquel sabio, ese automarginado de la sociedad; aquel hombre que había alcanzado a acariciar su máxima expectativa: no tener ninguna.

La información era confusa. Pero pronto se supo se trataba de un atentado. Vimos caer la Torre Sur. Casi media hora después la Torre Norte. Finalmente otro de los edificios terminó cayendo producto de sufrir daños irreversibles por la caída de los escombros de las Torres. Las cámaras tomaban a personas arrojándose al vacío para evitar morir abrasadas por las llamas. Literalmente, el horror. La crueldad siempre encontraba la forma de *aggiornarse*. ¿Por qué el futuro me parecía perfilarse a ser peor? Quizá estaba todavía lo suficientemente lejos de él para considerarme, al menos de momento, algo optimista. Me di cuenta que no, cuando escuché a no pocos estudiantes alegrarse por semejante barbarie. Más que indignarme, me entristeció. La crueldad siempre era crueldad en manos de cualquiera la ejecutara. Frente a ella, nadie dejaba de ser víctima. Imperialismo y atentando, cada uno a su manera, eran harina del mismo costal. Podían apelar a la justicia del ojo por ojo, a la

venganza, a esa idea de que el orden es estático, como el Imperio y su reguero de inequidad, y que es el caos el que permite el acceso al devenir, a lo nuevo, a lo diferente, a la liberación. Pero la sangre corriendo no era un argumento que me conveniese. Recordé el quinto libro del Pentateuco, de la Biblia: el Deuteronomio. Recordé las *entregas* de Jehová. Recordé el Corán.

No quise saber más. Al ver que los clientes no superaban las dos personas, todavía tuve el tupé de pedir permiso para ir hasta la biblioteca por el libro de Kant, pretextando correr el riesgo de quedarme sin él, si es que otros me ganaban de antemano. No había estado desacertado. La materia tenía muchos inscriptos. No lo conseguí. Subí las escaleras hasta el tercer piso, y me encontré con un compañero de práctico que iba al Departamento de Filosofía. Lo saludé, me pidió lo acompañase, pero me disculpé; continué subiendo hasta el cuarto, a ver si tenía mejor suerte en la Biblioteca del Instituto de Investigación.

La tuve. Mientras bajaba libro en mano, me crucé con Paula. Se alegró al encontrarme. Tenía una muy buena noticia que darme: su madre, abogada, se había ido a Rosario, a visitar a su hermana, y teníamos la casa libre durante al menos tres días. Además tenía otra sorpresa, pero pensaba reservársela hasta último momento. A pesar de mi insistencia, no soltó palabra y me dejó con la espina. Parecía sentirse tan cómoda en las tontas situaciones de poder que se creaba. Y a mí me gustaba verla así, tan contenta, tan en el centro. De modo que le seguí el carro porque además, no desconocía, terminaría redundando en provecho mutuo.

Saber que teníamos su casa a nuestra disposición me levantó el espíritu. Quedamos en vernos después de las nueve. Debía volver urgente a la fotocopidora; ya habían sido indulgentes conmigo por demás. Me tomé unos minutos extras para ir al baño. No escapé a otros comentarios acerca del tema del día, que sobrevolaba encima de los inodoros y los mingitorios, y por donde quiera que uno fuese. Traté de enfocarme en los mensajes anónimos de los azulejos: insultos hacia algunas au-

toridades, citas de autores, críticas intransigentes entre distintas facciones políticas, horarios para los interesados en aventuras homosexuales, dibujos procaces y demás epítetos. No tenía muchas alternativas de evasión a no ser el trabajo mismo. A no ser hasta reencontrarme con Paula.

Y ciertamente fue así, después de ese día pavoroso; salvo el privilegio de haberme topado con aquel indigente que, con su feliz desahucio, le concedió una nota de color a ese ensayo de pulverización universal que lo había impregnado todo.

Trabajé mecánicamente como si me hubiera quedado sólo, sin dejar huecos, permitiéndoles a mis compañeros se tomaran las libertades que quisieran. Se los debía, y se las tomaron. De hecho se los pedí. No hubo queja retroactiva de ninguna índole, ni siquiera indirecta alguna ni cuestionamiento. Unos de esos días terribles con cupo completo para la calamidad.

Esperé a Paula a la salida del práctico. El saberse dueña omnímoda de su casa por tres días la tenía entusiasmada, radiante, en las cercanías de la euforia. Hija de madre intrusiva, sin duda. Separada y por eso, más devoradora. Tomamos un colectivo hasta San Telmo, en dónde vivía. Recién allí empezó a soltarme algo de esa sorpresa que me tenía reservada, a la que venía instando me contara desde la salida de la facultad. Me excitaban sus seductoras negativas, y volvía por ellas una y otra vez. Creo que lo más maravilloso que podía ofrecernos una mujer era ese su poder capaz de sustraernos del mundo infausto; el hacerme *creer* en ella y en *el* por un rato.

Mostrándome unos *papelitos* cuadrados y coloridos de un tamaño minúsculo, de entre cinco y seis milímetros, me dijo:

—Te tengo preparado un *viaje*.

—¿Qué cosa?

—Un *viaje*, bobo.

Se los guardó. Sacó la llave de la puerta de su casa, abrió, y entramos. Tardé unos segundos en caer. ¿Por qué todas las mujeres con las que últimamente salía tenían que drogarse? ¿Lo necesitarían para acostarse conmigo? ¿Qué decepción!

—Te va a gustar —me aseguró.

No dije nada. Todo me daba igual. Después de un día como aquel, era como acompañar excremento con excremento, no podía agregarle ni quitarle nada. Traté de comprenderla, de interpretar sus *papelitos*: el palo en la boca del cocodrilo. Por otro lado, debía querer suprimir su yo por no suprimir a su madre. El psicoanálisis le había quitado dulzura a la maternidad. Acudía a un analista una vez por semana; la enviaba su progenitora, al que también concurría. Paula pensaba que era un chamán sofisticado, un talibán de su disciplina, y gustaba de confundirlo, contándole intencionalmente historias estrambóticas. Era una forma de venganza indirecta hacia su madre. Se desternillaba de risa al contármelo, y con ella, yo.

Su hogar era una casa vetusta, de varios ambientes, parecida a la mía, sin jardín, mejor cuidada. La abogada ganaba buen dinero y la mantenía bien. Le hacía honor al barrio pintoresco. Lo primero que Paula hizo fue prender el televisor. Por lo visto los flashes informativos iban a sacarle a la noticia hasta la última moneda sanguinolenta.

—Qué tremendo lo de hoy. Los miembros de *Al Qaeda* se atribuyeron el atentado, ¿viste? Hay miles de personas muertas y heridas. El mundo se está poniendo cada vez más violento.

Pensé en lo contraproducente del mito de la igualdad. El devenir de la conciencia o nosotros mismos, cómo quisiéramos llamarnos, éramos una falta, una herida que no permitía cerrar ninguna completitud. Vivíamos entre la vida y la muerte. El concepto de completitud era una ficción impensable, como la igualdad. Me dije: “el Ser es ser una falta”. Se trataba de aprender a convivir con la insatisfacción: el otro no soy yo. Pensé en el Ser como un múltiple infinito, escindido, no como una unidad. Pensé en el prójimo, en su totalidad ubicada en el lugar de la falta. La solución era una fusión que aniquilaba cualquier identidad. ¿Cómo salir de semejante aprieto? Cuando el hombre busca la igualdad, busca *su* igualdad. La imposible igualdad era mucho peor que la diferencia.

—No me digas que no es el día ideal para sustraerse psíquicamente.

Comencé a presentir que jamás iba a olvidarme de ese 11 de setiembre.

—Mirá. Esto es así...

—No me compliques la existencia, Paula.

—¿Más todavía? Dale, no pasa nada. Al menos dejame que te cuente.

Quizá no debí hacerlo, pero acepté.

—Lo que vas a experimentar es un viaje psicodélico. Nada más. Esto no es adictivo. Además, estoy yo para cuidarte.

—¿Para cuidarme?

—Claro, para cuidarte. Mientras vos estés en viaje, yo no voy a tomar nada. Eso sí, después me controlas vos a mí. Lo del cuidado es por si te da ganas de volar o algo por el estilo. Igual acá estamos en planta baja, no hay balcones. No hay ningún tipo de peligro.

Se reía. Me puso el *papelito* en la mano.

—Te lo ponés en la boca, y en una media hora, cuarenta minutos, vas a acceder a otra dimensión de la realidad. Algo que nunca experimentaste. Creeme, te va a gustar, es alucinante. El sabor es un poquitín amargo, eso sí. Yo lo acompaño con un caramelo. No sé vos.

El televisor continuaba bombardeando con el desplome de las Torres. ¿Qué podía hacerme la menudencia de un poco de *ácido* frente a tamaños acontecimientos? Llevarme lejos. Qué más podía pedir. El escapismo químico me suministraba la vía para abrir las puertas de la percepción.

—Tengo hambre —dije.

—No. Comé después. No te va a hacer bien si lo hacés ahora. Y después lo vas a disfrutar más. Esto te va a dar bastante apetito.

Aunque diferíamos en mucho, Paula estaba lo suficientemente desequilibrada como yo, así que debía tener sus buenas razones para decir lo que decía. Sentí que empezaba a ceder. Algo había escuchado sobre el tema y pregunté:

—¿Podría llegar a tener, lo que se dice un *mal viaje*?

—Habría que ver que efecto te causa. Pero si no lo probas no lo vas a saber nunca. A mi me *pega* fantástico.

— ¿Y qué me va a pasar? Necesito tener al menos ciertos conocimientos previos, como los efectos, esas cosas...

—Muy variados. Y contrapuestos. Si te digo le quito la gracia.

—Dejate de joder. Al menos tirame algún dato.

—*Ok, ok.* Vas a experimentar una mayor sensibilidad a los estímulos de todo tipo. Distorsiones, alteraciones en la percepción del tiempo, de la visión, alucinaciones, sinestesia, fusión con el entorno, aceleración de los procesos cognitivos. Podes sentir una alegría indescriptible o una tristeza inmensa. Qué se yo, un montón de cosas más.

—Eso es de orden psíquico. ¿Y físico?

—Transpiración, escalofríos, aumento en el ritmo cardíaco, temblores. No te quiero decir nada para no asustarte.

—¿Tengo razones para asustarme?

—No, no hay ninguna razón. Esto está hecho para vos. Me lo vas a agradecer. Vas a ver.

—¿Te responsabilizas?

—Obvio. Vamos a mi cuarto que allá estamos más cómodos. Tenemos otra tele, música, libros. Dale.

Me quedé en boxers. Sentí que debía librarme de toda posible molestia que pudiera incidir negativamente, aligerándome de ropas.

—¿Preparado?

—Listo.

Me llevé el papel a la boca. Como había dicho Paula, tenía cierto amargor, aunque bastante tolerable. No quise nada más.

—Y ahora a esperar —dijo—. Vos, tranquilo. Yo estoy acá para acompañarte. Todo va a salir bárbaro.

Prendió el televisor y le bajó el volumen hasta dejarlo mudo. Puso música: el álbum *Ten*, de Pearl Jam; lo dejó sonando bajo, de fondo.

—Mirá lo que tengo acá.

De entre otros libros, extrajo *Las flores del Mal*, de Baudelaire, y una antología de Fernando Pessoa. Refiriéndose a las poesías me propuso:

—Mientras esperamos, no sé si te parece, elegimos una cada uno, y nos las intercambiamos. Yo leo las de Baudelaire para vos, y vos lees las de Pessoa para mí. Decime, ¿qué crees que hubieran dicho *ellos* de este presente?

—Hubieran seguido escribiendo sin inmutarse. El único provecho que puede sacársele a tanto espanto. A no ser Charles, que probablemente te hubiera pedido le convides un *papelito*. Rimbaud seguro.

Coincidió conmigo. Ella empezó con III *El abismo*. Continué yo con *Natal*. Luego Paula con *El muerto alegre*. Yo después con *El guardador de rebaños V*, de su heterónimo, Alberto Caeiro. Me encantaban aquellas líneas que decían: “*¿El misterio de las cosas? ¡Qué sé yo lo que es misterio! El único misterio es que exista quien piense en el misterio.*” Le escuché decir a Paula, de *La máscara*: “*—¡Ella llora, insensato, porque ha vivido! ¡Y porque vive! Pero lo que deplora más, lo que la hace estremecerse hasta las rodillas, es que mañana, ¡ay!, ¡habrá de vivir también!... —¡Cómo todos!*” A mi turno leí algunos de Ricardo Reis, pero era como leerme a mí mismo, no mi poema, sino como si fuera la misma cosa, la misma cosa yo y el poema, o el poema y ya no yo. Por momentos podía asimilar que Paula continuaba leyéndome. Todo onduló. Paula, Pessoa, Baudelaire, el amoblado, la habitación completa. Cuándo todavía notaba algunos vestigios del exterior, alcancé a preguntarle, o a creer que le preguntaba:

— ¿Qué pasa, Paula?

Pude escuchar como su respuesta reída se frenaba:

—Teennnnneessss laasss puupiiillaasss dddiiillaatttaadaasss ccoommoo eelllll gaatttooo ddeelllll Cheeeesshhhiireeeee.

Inmediatamente después, ya estaba en viaje.

El tiempo se había detenido. Avanzaba sin avanzar entre las ruinas y el polvo. Alguien me llevaba de la mano. Una pequeñita sin rostro. Podía haberse llamado Alicia. Vestía como si fuera aquella Alicia. No me miraba, pero podía verla caminar junto a mí.

Quise preguntarle su nombre pero no tenía palabras para hablar, no solo ella, tampoco yo. No obstante me dijo: "Soy La Verdad". Estoy seguro que ni siquiera sabía que yo estaba ahí, que ni siquiera movía los labios que no tenía para contestar mis intentos de preguntas, y sin embargo podía escucharla dentro de mi mente decirme: "Yo no sé nada, no sé nada. Te lo juro, yo no hice nada. No hice nada".

Hasta donde podía verse, todo era devastación. En un cielo entre gris topo, verde, púrpura, naranja y violeta, y una mezcla de tonos que jamás había visto antes, aviones hechos de palabras chocaban con altos edificios de la misma ondulante factura: letras, frases que caían con sonido atronador. Caían dentro de mí, yo caí con ellas, cuando me parecía ser yo mismo, hasta que dejaba de serlo. Sin embargo no tenía razones para temer. No tenía razones para temer de mí mismo. Ni siquiera era yo un yo. Las letras saltaban desde los pisos más altos, dejando por unos segundos un reguero de fuego en el aire. Era fuego, yo, o lo que fuera. Podía ver todo desde la gran altura de las torres, siendo torre, y a la vez, podía verlas desde abajo. Estaba en todos lados a un mismo tiempo. Y era todos los lugares. Ruinas, grandes bloques de concreto, escombros, cimientos, hierros retorcidos, cadáveres, heridos. Todo y nadie era yo. Y no había dolor. Lo que vivía era falso o real, no estaba en situación de saberlo. En todo caso, si la realidad fuese falsa, seguramente resultaría convincente.

Había bastante gente moviéndose en la tragedia. Todos llevaban auriculares. Se respiraban números, cifras incalculables, tan ridículamente inmensas que no alcanzarían mil vidas para contarlas. Los guarismos latían sobre la carne inerte. De pronto grandes ramalazos de viento frío comenzaron a expulsar los calores de aquel horno abrazador que no quemaba. Vimos venir el alto frente de una tormenta de arena. A metros nuestros, unos camellos devoraban una gran ave de cabeza blanca, y uno a uno, iban emplumándose hasta dejar de ser lo que eran, multiplicándose en águilas. Oscureció. Pero se veía perfectamente. Y tan perfectamente que reconocí a Kurt Cobain cuando pasó a mi lado, mientras podía divisar cómo campos de crucificados se extendían hasta el horizonte, al igual que las calaveras al pie de los mismos, mirara hacia dónde

mirara. Caminé de una mano entre los maderos. Un hombre con turbante y túnica, el que hablaba en árabe y sin embargo yo entendía, le decía a un yuppie crucificado: “Te amo. Amo que seas como yo. Que sientas como yo. Que pienses como yo. Que desees lo que yo.” Y volvía a repetir: “Te amo. Te amo.” Mientras el yuppie se retorció quejándose de llegar tarde a la rueda de operaciones y le rogaba: “Por favor, no me perjudiques. No me hagas daño.” A la izquierda, unas cruces más allá de las que solo colgaban muertos, pude ver otra escena. La mujer desnuda de la cruz le decía a quienes la contemplaban desde abajo: “Doy mi vida por ustedes. Para su felicidad.” Y los que la escuchaban se miraban entre sí, sintiéndose más desgraciados aún.

“Mirá esto”, me dijo Paula desde ningún lado. Y yo los pude ver tan amarillos como eran. Toda la familia Simpson, cada uno clavado a su respectiva cruz, sin vida. Maggie a la izquierda de Marge, del otro lado Lisa, a su lado Bart, y un poco más allá, Homero Simpson. Su sangre lustrosa de caricatura corría por la madera mientras un lápiz diestro no dejaba de colorearla.

Fue entonces cuando distinguí el invisible trasfondo del sistema. Olfateé sus colores diabólicos, oí sus sabores capciosos. Toqué su violencia. Su presión divisoria. Su totalitaria estructura estructurante. Era un ego vacío que todo lo abarcaba. Que todo lo infiltraba. El más grande ego incorpóreo que jamás se había visto. Un espectro fundamentalista sin límite. La abstracción pura moviendo los hilos de la vida: un espejo último disfrazado de simulacro patriarcal (que reprimía ser un simulacro entre simulacros) que imponía palabras desde su matriz mesiánica. Un lugar sin prójimos. Todo lo que emanaba de ese trasfondo se cumplía a rajatabla, de forma urgente y matemática, sin compasión. A metros de mí, encontré a alguien que seguía aquellas órdenes al pie de la letra, como si se tratara de no perder un ritmo que le permitiera reflexionar. Cortaba en trozos cada vez más diminutos a los restos de los cuerpos esparcidos por el lugar, hasta borrar las señales de su humanidad. Los que pasaban de lado a lado, o lo ignoraban o tan acostumbrados parecían estarlo, que aquello no los perturbaba. Tampoco me perturbaba a mí. Gente que llevaba palabras clavadas en el cuerpo a la manera de vidrios o astillas. De pronto pude

ver la música de Radiohead y estiré la mano para tocarla. El olor hediondo de los cadáveres crucificados no venía de los cuerpos, entraba en ellos desde el mismo trasfondo. Continué sorteando escombros hasta llegar a una aglomeración de teólogos, científicos y otros académicos, en dónde se trataba de precisar cuál de los textos en debate debía ser la pieza fundacional. Amante de los libros, me acerqué a verlos. Se los exponía abiertos sobre una mesa: El Corán, La Biblia, Los Puranas, Los Vedas, El Bhagavad-gītā; textos de astronomía, de robótica, de informática, de ingeniería genética. Había muchos más. Me incliné sobre sus hojas y en todas ellas, solo reconocí un pozo de espacio abierto. Metí la mano en ellos metiendo la mano en uno solo. Sentí que mi brazo se estiraba en recorridos de años luz sin poder tocar un fondo. Me pidieron pasara uno a uno los libros para pesarlos, tomarles medidas, contar sus hojas y sus palabras, tomar registros de su antigüedad o de su novedosa aparición, mientras debatían sobre cuál de ellos debía ser el hegemónico.

Imprevistamente me invadió una profundísima tristeza, elevándome por sobre todo, diseminándome, volviéndome a reunir en mí. Volando con vuelos rasantes, advertí como subastaban los lotes de cruces al mejor postor, mientras el orbe continuaba desmoronándose, tragado por el polvo. Después todo pasó a ser un eufórico mundo psicodélico en donde tuve sexo con un color, y luego con otro, y luego con todos, hasta disiparme en un no-yo.

Quando *toqué* tierra, varias horas después, a eso de las siete y media de la mañana del día siguiente, no pude reconocer de forma inmediata en donde me encontraba, y sentí un fustazo de desconcierto. Pero enseguida recordé que se trataba de la habitación de Paula. El televisor estaba prendido, mientras el noticiero daba la información meteorológica: posibilidades de chaparrones hacia la noche. Tenía un cansancio de maratón. Pero aún así experimenté una extraordinaria bonanza, un renuevo fuera de lo común. Y estaba sumamente hambriento.

Llamé a Paula un par de veces, y la escuché decirme algo desde otro lugar de la casa. Hasta que pude verla entrar al cuarto con un café doble y un plato con galletitas dulces.

— ¡Ya te escuché! ¡Ya te escuché! Solo que no quería dejar de traerte el desayuno. No sabía si ibas a quererlo o no, y tampoco sabía a qué hora te ibas a despertar, pero lo tenía preparado por las dudas. Como te pegó tan bien, me imaginé que te ibas a querer comer todo. ¿Viste qué te dije que esto era para vos? Si hubieras visto cómo sonreías. Algunos entran en pánico porque tienen alucinaciones aterradoras y es mucho más complicado controlarlos.

— ¿Esa era la parte que te negabas a contar? Que hija de puta que sos.

—No me digas que no tenías ni idea porque no te creo. Sino voy a pensar que vivís dentro de un frasco.

— ¿Hice algo desagradable? —pregunté estirando el cuerpo de punta a punta.

—No. Estuvo bastante tranqui. Miramos tele, la mayor parte del tiempo te la pasaste tendido. Caminaste por ahí. Lo gracioso fue verte desnudo saltando sobre la cama.

— ¿Cómo desnudo? —Entonces, mirando bajo la sábana, me di cuenta que no tenía el bóxer—. Pero que yo recuerde lo tenía puesto —me dije.

Se reía, la muy turra.

—Sí. Pero te lo quitaste. Yo salté con vos, agarrándote, para que no te cayeras. Fue divertido.

—Dios santo... ¿Hice el ridículo?

—Un poquito. Pero quién no. Y también la pasamos bien. Bueno, al menos yo me acuerdo, no sé vos —dijo acariciándome la cara—. Es que estabas tan lindo así, tan *sumiso*. Me excitó verte tan *vulnerable*.

Tomé el café, comí todas las galletitas y le pedí si podía repetir. El desayuno, que no era nada del otro mundo, me sabía a gloria. Paula volvió con más café, galletitas, y un pedazo de torta.

—No la quería cortar todavía porque la tenía guardada para esta noche, pero bueno, te lo mereces. Te portaste muy bien.

Mientras me veía comer, me recordó:

—Mirá que hoy te toca a vos acompañarme. Pero antes quiero que me cuentes todo lo que vivenciaste con lujo de detalles.

—Espero no entres en pánico o algo así porque te dejo que te coman tus alucinaciones. ¿Es tarde? —pregunté—. Tengo que ir a laburar.

—Deben ser ocho y pico.

—¡Uh! Llego tarde otra vez.

—Che, ¿te animas a viajar conmigo? Los dos, quiero decir.

Dejé la taza y el plato sobre la mesa de luz sin contestar, y me levanté para ir al baño. No fue poco lo que me costó. Sin embargo era una flojedad nada común; me encontraba renovado, liviano. Evidentemente había perdido lastre durante el *éxodo*. Con el tiempo faltándome, solo me di una ducha rápida y me apresuré a llegar lo menos tarde posible. Terminé agradeciéndole el *tour* a Paula y convenimos en que pasara a la tarde por la fotocopiadora.

Corrí una cuadra hasta la parada cuando, atento a la llegada del colectivo, lo alcancé a distinguir detrás, demorado en un semáforo. Ese pequeño margen de retraso me facilitó abordarlo. Iba lleno. No me molestó, aunque en líneas generales me fastidiaba bastante, como a cualquiera. Es más, me llamó la atención porque, contrariamente, estaba jubiloso, hasta exultante; optimista no, era algo que nunca me permitía; me refiero a ese tipo de gente que asegura ser optimista ciento por ciento. Yo era tan optimista como me lo podía permitir en un mundo como este. Poca cosa. ¿Quién podía reconciliarse totalmente con el optimismo? Así me encontraba cuando me vino una especie de arcada cerebral y empecé a recordar fragmentos de la experiencia con el LSD. Poco a poco fui componiendo el recorrido, tratando de acomodar los pedazos en el orden en que creía se habían ido sucediendo, lo más minuciosamente que me lo permitía la memoria, ese procesador de duplicaciones imposibles e incorrectas. De ser así esto último, nuestra mente trabajaba con fantasmas, siempre. Una tragedia reflexiva. Un drama irónico. Viajando en un colectivo de línea o en una alu-

cinación psicotrópica provocada por estupefacientes, lo que llamábamos *realidad* quedaba en cualquier parte, dentro de nuestra mente. El *viaje*, no obstante, parecía haberme mostrado que había un mundo ficcional en donde se gestaban todas las demás ficciones. Solo que ese mundo de ficción *creía* ser el verdadero. ¡Qué vanidad! ¿Acaso lo simbólico es lo real? Me provocaba una risa nietzscheana. ¿Cuál de todos esos sueños era el sueño más pervertido? Quizá todos. Pero la ficción más peligrosa siempre residía en aquella que estaba a la base de todas las demás, ciega a sí misma, intangible, alienante, momificante; dominándolas desde su invisibilidad; pretendiendo arrogarse el nombre de *realidad única*. ¿Había alguna senda que no nos condujera al aturdimiento?

No había realidad en estado de pureza. En parte, era como el amor, tampoco existía en esos términos. La ficción le era un componente intrínseco. Lo que llamamos realidad, la humana, las ideas que la conformaban, era solo la ficción impuesta. La salida: saber que no había salida. No había nada asido, los asideros solo hacían una cosa, reconfirmaban el vacío. Un vacío que, al intentar darle la forma de nuestro fatuo conocimiento, solidificábamos convirtiéndolo en el mayor de los tiranos. Pronto tendríamos que aprender a cuidarnos de una nueva alucinación: Internet. El hombre era el único demiurgo y reciclador de errores. No los había antes de él, cuando todo era un puro acierto, siendo solo lo que era, fuese lo que fuera. Desde su gruta oscura y sin fin acechaba Tánatos. La última apuesta posible era un Eros irónico. Un Eros artista.

La radio del colectivo no dejaba de remachar sobre el atentado. Seguramente lo haría durante toda la semana. La gente apretujada iba abismada en sus cuestiones privadas, sin que la catástrofe universal pudiera competir con ellas. En un descuido, alguien se quedó sin la cadenita de oro en el cuello. El arrebatador, un pibe jovencito, se tiró del colectivo en marcha y se perdió corriendo entre la multitud. Se escucharon las palabras indignadas de los pasajeros y la preocupación de algunos por la víctima del robo. La mujer, una señora mayor, se lamentaba con lágrimas por la cadenita que, más allá de ser de oro,

tenía un valor afectivo irrecuperable. Había sido de su madre y esta se la había dejado al morir. Con una rapidez pasmosa me hallé en un estado muy cercano al de la desolación. Varias paradas después pasó a mi espalda para bajar en la suya. Colgado del pasamano pude verle el cuello lastimado, la piel arañada con un mínimo rastro de sangre y la marca de la cadenita producida por el tirón. Eso justamente, no era una ficción. No había lugar para interpretaciones. El sufrimiento y el dolor no lo eran. Y me hubiera gustado lo hubiesen sido.

Uno podía debatir sobre las contradicciones del amor, por ejemplo, pero el sufrimiento y el dolor no permitían vacilación alguna. Eran definitivamente seguros.

Mientras el colectivo volvía a moverse, reconocí deambulando en la vereda al mendigo con el que había tenido unas palabras en el parque. Iba con unas bolsas plásticas grandes, llenas con sus cosas, lo que cualquiera de nosotros hubiera desechado a la basura. Lo acompañaban dos perros de la calle como él. Iba feliz, o es que lo quise interpretar así. Me situé imaginariamente en su condición, infiltrándome como un demonio en su cuerpo, y no creí poder tener la misma percepción de lo que lo rodeaba. Tal vez, más allá de quedarme con la impresión de no ser una persona inculta, aún era lo suficientemente *ignorante* (y no lo enuncio con sentido peyorativo) como para creerse feliz, lo cual no dejaba de ser sino un buen fundamento, al menos un buen pertrecho defensivo, una legítima habilidad desarrollada para atravesar la vida.

Nunca termino de entender por qué coqueteo tanto con lo deprimente. O si lo deprimente es como una mujer que tiene la manía de perseguirme celosamente por dónde ando, siéndole yo siempre tan fiel, como si pudiera tener una *aventura* con algo así como la fe en los evangelios; o una *vouyerista* para la que vivo sin quererlo y actúo, mientras me ve como copulo en un trío con la *pulsión de muerte* y *Eros*.

Lo cierto es que, al figurarme mirar a través del pordiosero, me di cuenta de mi ingenuidad. No lo poseía yo a él. Era lo que veía lo que me poseía, a mí y solo a mí. Otro demonio más demoníaco aún. Y por sus ojos, que eran los míos, lo que la

calle me revelaba no era algo que pudiera detectarse a simple vista. Era un sustrato de indiferencia, un entumecimiento de la sensibilidad, una crueldad negada que se escondía detrás de una disimulada sonrisa.

Cuando caminaba la calle, si había algo que me causaba pesadumbre, era ver las puertas que proliferaban por doquier. Puertas, puertas y más puertas. Y con excesiva preferencia: cerradas. Una ciudad era demasiadas puertas. Y una puerta no era más que una trasmutación humana y de todo ente consciente. Eran ellas y no ese pobre indigente el que había elegido su destino. El no había elegido ser una puerta. No había elección. Mejor que se engañara. Las puertas podían abrirse, cierto. Sin embargo, no eran puertas en principio por ceder a la apertura. Las puertas, más que otra cosa, parecía o lo hacíamos parecer, estaban hechas para cerrarse: una doble condición de posibilidad para individuarnos; nuestra ventura y nuestro drama: abiertos y cerrados a la vez. La voluntad como llave exclusiva. Antes del hombre no había puertas. Pero una puerta era un hombre —un resquicio acotado, rápido, anecdótico y precario—, y era lógico que las hubiera. El miedo era una puerta. Una puerta el otro. Un dato que pasaba desapercibido. Y que no estaba seguro si debía acallarse. O tal vez, sí. Era un contrasentido. Algo similar a lo que acontecía con el sol, dador de vida, fuente de energía que refulgía y contagiaba esperanza. Pero el sol, la esfera encendida que daba origen a todas las premoniciones de futuro, a los momentos de amor —porque el amor eran solo momentos; nada impercedero, nada universal— era casualmente, entre muchas otras, la misma cosa muerta que nos ignoraba.

Eduardo volvió del centro más tarde que de costumbre, retrasado por la *marcha de los ahorristas*. No dejaban de organizar protestas al son de cacerolas, cánticos e improperios exigiendo la justa devolución de sus depósitos, los que habían quedado atrapados en el *corralito financiero* impuesto por el gobierno delaruiista en diciembre de 2001, después de la restricción a la extracción de dinero de las cuentas bancarias, plazos fijos, cuentas corrientes y cajas de ahorros. Todo en un ambiente de crisis provocado por los ajustes condicionados por la presión del FMI a raíz de la deuda externa, la recesión y la fuga de capitales de los grandes grupos a ritmo acelerado, y el perjuicio que acarrearaba la convertibilidad a la industria nacional y a los sectores exportadores, el déficit fiscal y los aumentos impositivos decretados durante los últimos años. A eso podía agregársele todas las vicisitudes que una grave inestabilidad política económica suele traer, convulsionando la vida pública. Saqueos, muertos, gobierno renunciante, e intentos de restaurar la paz social hasta reencauzar el orden perdido con una nunca vista seguidilla de presidentes entrantes y salientes en tiempo récord.

Ni bien puso un pie en casa, Eduardo se desinfló expresándose con agotamiento:

—;Puufff! ¡Por fin! ¡Qué día! No llegaba más con tanto despelote. La única ventaja que saco de todo esto es ser pobre, y no tener nada.

Honrosamente, Eduardo, aún con los años que cargaba y esa cada vez más acentuada y estremecedora vejez a mis ojos, siempre había conservado una posición tomada frente a las instituciones bancarias, las que nunca dejaban de hallarse al servicio de los intereses monetarios en sí mismos, fingiendo estarlo al de los seres vivos. Ésa era la verdadera causa por la cual habían sido creadas. Por tal razón jamás había financiamientos para gente en situación de calle o hundidos en la pobreza extrema o no tan extrema, siempre que fueran lo suficientemente pobres. Sí, en cambio, los había para los pudientes y los ricos, y aún más cuanto más patrimonio tuvieran. Por eso las rechazaba de plano, negándole que hicieran a costa de su sudor diferencia alguna, con ésa, su codicia maquillada de filantropía y de favores a la que tanto apostaban en las publicidades.

Él tenía algunos ahorritos en dólares bajo el colchón, como la mayoría de los argentinos que acostumbrados a las reiteradas devaluaciones, habían pasado por los avatares de la economía local durante años. Y aunque no ignoraba que esa conducta formaba parte de una patología social, eso le otorgaba cierta estabilidad con la cual seguir peleando el día a día. Hacía bastante más de una década, que cobraba la vergonzosa jubilación que el Estado le retribuía por sus años de trabajo, nunca el ochenta y dos por ciento móvil, ni se hacía ilusiones de cobrarlo. Por eso había conseguido continuar trabajando en negro en la librería, para seguir cobrándola. Lo que no le costó absolutamente ningún esfuerzo, porque el mismo librero dueño del local, Ricardo, a esa altura, más su amigo que empleador, jamás lo hubiera dejado en la estacada. Por esa razón seguía trabajando. Porque era más una bohemia, un cenáculo literario en donde un viejo podía sentirse necesitado y útil, querido y queriendo, metido entre el olor de las páginas nuevas de los libros, sin la buena vista que había tenido para leerlos, porque ahora ni los anteojos le alcanzaban, pero con las mismas viejas ganas

de poder continuar sugiriendo lecturas y autores, según la búsqueda indecisa o los intereses del lector.

Ese sábado, al rato de llegar, mientras picaba algo, se llevó la mano al pecho y su rostro se contrajo de dolor. Me asusté lo suficiente como para pensar que podía ser un ataque cardíaco. Se sentó y se repuso inmediatamente. Me pidió un vaso de agua y le sugerí fuéramos hasta la guardia del *Thompson*, pero se rehusó. No quería saber nada con ir al médico. Nos parecíamos tanto que no lo quise fastidiar. Le sugerí se hiciera un chequeo durante la semana. Me contestó que sí. Pero conociéndole el tono, estaba lejos de llevarlo a cabo, y sabía de antemano que iba a tener que insistirle más de la cuenta. Estuve toda la semana siguiente preocupado, pero el sostenía estar bien. De hecho así se lo veía. Llegó a decirme que quizá había exagerado, que sintió una oleada de miedo, y que no había nada porque preocuparse ante lo que solo había sido una puntada de vaya a saber qué y dónde. Las subsiguientes semanas parecieron darle la razón. No volvió a tener ningún sobresalto, al menos frente a mí. Esa situación me llevó a no bajar la guardia respecto a su salud y estarle más encima. Aunque el ponía de su parte todo para deshacerse de la insistencia, en un intento de disculpabilizarse por sentirse un estorbo, por causarme ese problema, cómo si no quisiera que me preocupara de nada e hiciera una vida normal, que no estuviera atada a los achaques de un viejo.

Por un lado tenía cierto malestar, por sentir que no me dejaba retribuirle todo lo que por mí había hecho. Pero por otro entendía que, no pretendía retribución alguna, que solo estaba en paz consigo mismo sabiéndose ajeno a toda intrusión o molestia en mi vivir. Si quería pensar en él, me obligaba a pensar en mí. Era un pacto consigo mismo, con el Eduardo del pasado, que le exigía fidelidad, espantando a la muerte, a la suya, no tanto por él mismo, sino por la criatura a quién sabía ella acompañaba con su huella exorbitantemente anticipatoria. Jamás habíamos hablado de eso, de algo así, y tampoco hacía falta. No creo me lo hubiera permitido; no me hubiese dejado avanzar más de unas palabras en el intento. Tenía una vocación de servicio solo implementada para mí. Era un sacrificio que

le daba sentido a su ser. Y yo no debía ignorar algo: debía continuar mis días haciéndolo merecedor de ese respeto. En ese aspecto, no podía negarle, que era un tipo íntegro. Aún cuando me dejara endeudado en situación desventajosa. Esa era mi parte. Y la tenía que asumir por él, como si, por el contrario, fuera una dación. Y de alguna manera, podía entenderlo; desde su óptica, creo que lo era.

Acallé mis protestas sin despreocuparme totalmente. De vez en cuando lo instaba a que tomara recaudos, a que se hiciera revisiones preventivas. No obstante, no lo presioné. Lo dejé a su voluntad. El chequeo, a la larga, llegaría el momento en que, tomaría conciencia, dados su años, debía hacerlo con mayor regularidad. Un necio, Eduardo. Cómo yo. Por regla general nunca nos negábamos a nuestros deseos, pese a que eso fuera contraproducente. Al tipo no le gustaba ir al médico sino en las últimas, y no iba a ir hasta que fuera irremediablemente necesario.

Todavía continuaba trabajando en la fotocopidora. La mayoría de mis compañeros de esos años, o bien habían terminado de cursar, o bien habían abandonado. Omar seguía en carrera. Se le notaba menos, pero era otro extraviado como yo, solo que lo disimulaba mejor, o iba en camino a enterarse. De todas maneras, nos habíamos hecho de nuevos compañeros junto a los cuales seguir manteniendo el monoambiente. Y por una cuestión de ser los inquilinos responsables por contrato, así como por edad y antigüedad, llevábamos la voz cantante dentro del grupo. Me refiero más que otra cosa a asegurarnos se cumpliera la implementación de las reglas de convivencia indispensables siendo los que éramos (aunque rara vez coincidíamos íntegramente en el lugar), y especialmente todas las concernientes a la moderación relativa a los ruidos molestos, para evitar tener problemas con los vecinos, algo clave, tratándose de los excesos propios de la edad disoluta que los demás contaban. Y no era que yo no los tuviera, pero me cuidada de mantenerlos silenciados entre las cuatro paredes de la privacidad. No obstante, tampoco era perfecto, y de vez en cuando, según la situación y sin tratar de justificarme, perdía la pacien-

cia y me pasaba de la raya. No me ocurría a menudo, pero con la ebullición social de ese año, en mi primera comida en casa de Paula, valga decir en concepto de amigo, tuve un enfrentamiento verbal con uno de sus primos, contador y gerente de banco. No paraba de ostentar haber podido *retirar* sus depósitos a tiempo en razón de su condición de autoridad en *su* sucursal bancaria, pese a las restricciones de retiro de fondos impuestas para todos por igual, y la posterior interrupción de los mismos, para quedarse luego en las arcas de las instituciones bancarias y financieras, a partir de la posterior devaluación y pesificación.

Trataba de ganar el apoyo del auditorio justificándolo a través de la moral familiar: el tenía la obligación de cuidar los intereses de sus hijos y su esposa. Como era de esperar, consiguió la aprobación de la mayoría menos la mía.

No reparé en decirle:

—Lástima que *tu* banco se cagó en los jubilados y demás gente que está en peor situación que vos y tenían allí sus pocos ahorros o bien sus ahorros de toda la vida. El salvataje debería ser para ellos y no para las instituciones bancarias.

Recibió mi comentario como un guantazo, una afrenta que solo podía ser resuelta a través de una retractación.

—¿Qué estas insinuando?

—No insinúo nada. Te lo estoy diciendo casi literalmente. ¿Vos estás más necesitado que un jubilado? Por lo que veo, en tu condición de gerente, no creo. Debes ganar muchísimo más que muchos de ellos. ¿No te da un mínimo de vergüenza lo que contás? En otras palabras, estás diciendo que, en razón de tu trabajo para la *mafia autorizada* fuiste compensado en términos *mafiosos*, ilegales si querés llamarlo así. Porque, de no haber sido gerente de ese banco, de no haber trabajado para él, seguramente ahora los estarías puteando en las marchas, ¿no te parece? Nadie ignora que los bancos colaboraron y fueron cómplices en la fuga de capitales de los grandes grupos económicos, e incluso fugaron fondos propios hacia sus casas matrices en el extranjero antes del corralito.

—Yo no manejo los hilos de la marioneta nacional, flaco. No tengo la culpa de tener los gobiernos de mierda que tenemos. No tengo culpa de nada. Y es mi *laburo*, cómo el tuyo, *recibo instrucciones* y hago lo que tengo que hacer, *lo que me dicen que haga*, a menos que no quiera conservar el empleo. Y mis intereses son tan válidos como los de cualquier ahorrista. Yo hice todo lo posible para no tener que estar golpeando una cacerola, como muchos lo están haciendo ahora. Y lo hice por mi esposa y por mis hijos; por mi familia. Lo mismo hubieras hecho vos si la tuvieras.

Paula me dio una patadita por debajo de la mesa, para que tratara de cerrar la boca y le pusiera paños fríos al asunto. Me dominé todo lo que pude. Me lo estaba rogando con la mirada. Su primo hizo una lectura equivocada de mi sujeción, y eso lo motivo a mesurarse a la manera que lo hace quién lleva la batalla ganada. Así fue que más moderadamente me dijo:

—En cierta parte, entiendo a qué apuntas con tu comentario. Pero yo qué hago, ¿renuncio?

Luego la conversación se remontó hacia otros temas menos erizados y dejé la impresión de ser un desubicado de gratuita actitud combativa. Nadie me dirigió la palabra hasta que llegó la hora de decirme adiós, entiendo que para siempre, aunque no tuvieron el atrevimiento de explicitarlo, al menos al nivel del lenguaje no corporal. Paula se molestó conmigo porque seguramente la *abogada*, la sometería a los típicos interrogatorios de madre que se preocupan por las dudosas amistades que sus hijas frecuentan. No era porque no compartiera mis principios, pero consideraba que a veces era mucho mejor callar estratégicamente que buscarse problemas que no merecían la pena, o mejor dicho, en este caso, transferirle problemas inesperados, especialmente vinculados con su madre, lo cual probablemente derivara en una discusión enojosa, ya que según ella, podía llegar a acosarla con sus preguntas hasta la saturación.

Me quedó dando vueltas aquello de su primo, el qué hubiera hecho yo en su lugar de haber tenido una familia, hijos, y otras responsabilidades mayores. Pensé que ningún *yo*, incluso en la menor medida, escapaba a la *banalidad del mal*.

Todo estaba orquestado como una gran trampa. No creí que aquel padre de familia, aquel gerente, fuera en sí mismo cruel, o quisiera serlo. Creo que no tenía escape. Por otro lado, parecía ser que nadie demasiado sensible sobrevivía al sufrimiento. Se necesitaba aunque fuera una ligera medida de crueldad, reconocida o no, para que el dolor disminuyera, y pudiera volverse al ruedo. El otro era un invasor y un huésped que nos hacía y nos deshacía. Con el estábamos confrontados en batalla, aún cuando no se notara lo suficiente. Ambos, el otro y el yo, cada uno a su manera, querían poseer, esclavizar, hacer rehenes, esculpir su forma sobre el mármol de otra estatua viva. El otro siempre nos quedaba en relación de asimetría, nos resultaba menos y no solo diferente. Tratábamos de convencernos que no era así, lo negamos, hacíamos esfuerzos teóricos y poéticos para lograr la equidad, pero la realidad, la nuestra, la de cada uno, a la hora del yo, parecía desmentirlo. Las dimensiones del otro y del yo podían graficarse cómo dos círculos concéntricos en cuya intersección ambos se indiferenciaban, donde primaba lo intersubjetivo. Pero pareciera resultar que el problema del otro era algo que nos excedía por siempre, superándonos. Había que resistir con casi forzados solidarios deseos y ficciones para evitar no nos eclipsara. La dimensión corporal era el problema. Los antiguos supieron advertir lo que llamaron y aún seguimos llamando: la cárcel del alma, más allá de que tuviéramos que hablar solo de cuerpo, ya que no hay almas que no requieran de ese sustrato en el que aparecen y desaparecen las mismas, cuándo el cuerpo pasa a ser un organismo muerto, un alma muerta. ¿O acaso alguien vio alguna vez un alma que no anclara en la materia viva?

Con Paula volvimos a Caballito y bajamos en el Parque Rivadavia. Anduvimos *yirando* por la feria, curioseando libros usados, revistas viejas, y discos de vinilo de la década del setenta. Nos detuvimos interesados en una edición bilingüe de *Amapola y memoria* de Paul Celan. En el puesto inmediato vendían copias de películas ilegales, y por la edad, supuse, un abuelo le compraba a su nietito algunos largometrajes clásicos de Disney: *El libro de la selva*, *La noche de las narices frías*, *La*

dama y el vagabundo. Mirando las carpetas, la criatura se había entusiasmado con los *films* que tenían animales en las portadas. Mientras el puestero daba el cambio del pago por las películas, se le acercaron dos adolescentes de no más de catorce o quince años. Buscaban algo de cine *Gore*. El puestero les ofreció lo que él consideraba la quintaesencia del género, *Bad Taste* y *Brain-dead*, de Peter Jackson. También les sugirió algunos títulos de películas japonesas. Contestaron haberlas visto. Entonces, seguidamente, escuché preguntar a uno de ellos:

— ¿Y de *snuff*, tenés algo?

Me resultó chocante. Pero mucho más lo hizo la indolencia relajada del puestero con su:

—No, no tengo.

“No tenía”. ¿No le quedaban? ¿No trabajaba el género? ¿Podía haberlo tenido?

Un joven que estaba allí, probablemente amigo o conocido del mismo, les sugirió:

—En Internet tenés algunos.

Pocos años después uno podría encontrarse con una gran variedad de ejecuciones narcos, motosierra incluida, como las de los Z, o las decapitaciones de los talibanes, incluso niños cercenando cabezas de quienes eran considerados traidores a la rama más ortodoxa del Islam, o turbas prendiendo fuego a un hombre. En variedad y cantidad.

Escuché al otro contestar:

—Lo que pasa es que esos ya los vimos.

Se retiraron desencantados. Por lo visto vivir era más frustrante de lo que pensaba. Podía llegar a serlo incluso para dos aprendices de psicópatas. El librero, desatento a la escena, hizo un gesto no hacia ellos, sino hacia unos niños de la calle que nosotros no advertimos y que aspiraban pegamento a nuestra espalda, sentados en círculo en el parque. Me dijo:

— ¿Usted cree que hay algún motivo para ser optimista, hoy?

Apenas si lo pensé respondiéndolo:

—Supongo que sí. El mañana puede ser más decepcionante todavía. Parece que siempre hay una vuelta de tuerca más, así que aprovechemos el ahora.

El tipo movió la cabeza como si todo fuera inútil. Paula empezó a reírse de mis dichos y me llevó a reírme también. Supongo que la risa era una cualidad vital por la cual la raza humana había llegado hasta hoy, siempre acompañada de la infaltable ironía, armadura sin la cual no hubiera sobrevivido. Los seres más sensibles que engendrara la existencia jamás tendrían posibilidades de subsistir, jamás se adaptarían a los cambios. Casi no tenía dudas, bastaba recuperar un mínimo necesario de insensibilidad para volver a estar en carrera.

El libro era caro. Intentamos regatear el precio pero el librero no cedió. Así que no lo compramos. Terminamos tirados en el césped, mirando pasar la tarde sin decirnos nada. Me hubiera gustado poder escribir: “como dos animales que comparten el completo y mudo lenguaje de las cosas”, sin estar segregados del entorno, siendo *también* nicho biológico. Pero las palabras nos habían hecho saltar, nos habían roto. Y aún cuando estuviéramos unidos a él y no *puestos*, la sensación era la de estar separados, pegando fragmentos que nunca terminaban de encajar en su posición. La impresión, por más fuerza de voluntad que le pusiera, era *estar fuera*, escindido, sin posibilidad de retorno.

Paula fumaba a un costado, perdida en el humo del *cannabis*, quizá también en las copas de los árboles. Miré hacia ellas y pude ver un nido de hornero. El pájaro beige cobrizo estaba en la misma rama. Hacía movimientos intencionados a descender. Y fue lo que hizo. Voló hasta el césped y recorrió con andar elegante unos metros más, hasta llegar a un pequeño sector un tanto más bajo y lodoso, consecuencia seguramente de la lluvia del día anterior. Una vez ahí, tanteó el suelo con una de sus patas, tratando de identificar alguna vibración subterránea. Cuando la percibió, introdujo el pico en la tierra varias veces, hasta encontrar la lombriz que buscaba. La sujetó y la mantuvo estirada y tirante unos segundos, esperando que el anélido dejara de ofrecer resistencia. Cuando cedió y la tuvo

en el pico, la agitó varias veces cambiándola de posición, la res-tregó contra el césped, la soltó, la volvió a tomar, y volvió a arrojarla. Finalmente, la tragó en varios movimientos destinados a acomodarla y así ayudarse en la ingesta. Después volvió a la rama en donde tenía el nido de adobe, ese hornito tan peculiar, tan trabajoso, que abundaba por todo el país, y que lo había hecho ser elegido el pájaro nacional. Me quedé colgado en ese nido de barro. ¿Cómo había obtenido el conocimiento para llevarlo a cabo? ¡Ni siquiera había dispuesto de tiempo! Recordé haber leído en *Fenomenología de la percepción* que, *el cuerpo conoce*. Comprendía que había un conocimiento ingé-nito del organismo que estaba vinculado a la información ge-nética y a la operatoria del mismo en su contexto natural. Porque el cuerpo *era del mundo*. Me di cuenta que el hombre, en el último siglo, había empezado a decirle adiós al alma entendida como autónoma hasta entonces. Y era algo triste. Solo quedaba el cuerpo, y después nada. No era que lo ignorara con anterioridad. Pero era de esas situaciones en dónde lo más pa-recido a la certeza, si es que tratándose de certezas había alguna, nos caía a plomo.

Paula se desplazó hasta mí sin levantarse, y reclinando su cabeza sobre mi hombro, continuó con su silencio, sumándolo intensamente al mío. No nos amábamos. Pero era lo único que teníamos, y no estaba tan mal. Hacerse compañía a lo *hámster* era una forma de amor también, parcial, o quizá no tanto como solía parecer, sin ir tan hondo cómo para autodestruirlo; aunque no terminaba de conformarnos. Era demasiado desintere-sada para ser amor. Porque el amor, ese detrás del que corríamos, era un tirano mezquino que amaba su deseo, el propio. Libertad y amor, ese tipo de amor tan buscado, el que idealizábamos, el altruista, el desprendido, eran y siempre serían enemigos declarados. Podían terminar en la cama, pero eso no quitaba que también se detestaran.

Al rato, Paula se puso de pie para ir a un kiosko sobre Ri-vadavia, a comprar cigarrillos y algo que tomar. Quise acom-pañarla pero quería seguir quedándose, así que no me moví del sitio, para no perder el lugar, como me lo pidió. Le agradaba

la paz que le trasmitía. La miré alejarse, conociendo su delicado cuerpo metido en el holgado vestido hippie que lucía, sin ningún alma más que su estar ahí, siendo. ¿Qué sabía un hornero del alma o del espíritu? ¿Acaso necesitaba de algo así como el alma o el espíritu para vivir? Un hornero no se preocupaba por tonterías, simplemente se dedicaba a los gusanos sin culpa alguna, no necesitaba entender lo que nosotros llamábamos *el conocimiento*. No se preguntaba sobre *su* final. Un hornero no podía sentir culpa de estar vivo. Un hombre sí. Y si no tenía fundadas razones para tenerla, se las había inventado. Un hombre tocaba su cuerpo y necesitaba más: necesitaba del alma. Necesitaba no morir. Era un ente de la naturaleza cuya exacerbada fantasía y el reconocimiento de su finitud lo impelía al sufrimiento psíquico. Y yo, como todo hombre necesitaba de ella, aún cuando no tuviera seguridad alguna sobre algo así como la existencia del alma.

Cuando cayó la nochecita, todavía seguíamos ahí. Habíamos hablado de algunos temas relativos a materias y de algunas otras cosas, menos de un *nosotros*. No había un *nosotros*. Al menos ese tipo de *nosotros*. No había tirantez ni riñas ni disgustos.

El clima era agradable. Todavía había gente en el lugar. A un costado, la feria se ocupaba de mantenerlo frecuentado. Los mismos pibitos de la calle que habíamos visto antes, que no pasarían de los diez u once años, se ubicaron gritando y golpeándose nerviosos a unos metros, semiescondidos en un área en donde la falta de luz del alumbrado les brindaba refugio de la vista de los demás. Los cinco que eran se sentaron en el césped, más lejos de la senda transitable que lo que estábamos nosotros. Se disputaban el tiempo de tenencia de dos bolsitas de pegamento, las que tres de ellos esperaban con ansiedad mientras los otros dos *jalaban*, lo cuál podía palpase en cierta violencia verbal que empleaban para comunicarse. Enseguida nos llegó el olor de los vapores del tolueno, que se mezclaron con el de la marihuana que Paula fumaba. Las historias que había en cada uno de ellos hundían sus narices en ese *flash* de olvido, caduco y obligado, sin elección, un olvido que ni siquiera era

verdaderamente el de ellos. Pensé: “Que yo quisiera olvidar, bueno, vaya y pase; había vivido. Pero ellos, eran recién llegados. ¿Cuánto llevaban en la vida para tan desproporcionado y prematuro deseo de éxodo? ¿Qué había pasado desde mi infancia? Nosotros, los de aquella época, que habíamos tenido la exclusividad de nuestra nariz para el aroma de los bizcochuelos, los dulces y del pan recién horneado.”

Una señora de la zona, bien vestida, con aspecto de cope-tuda, pasó llevando un caniche *toy* y le quitó la correa para que gozara de cierta libertad, correteando un poco dentro de los límites del parque. Era un animalito bien enseñado, que atendía a la voz de su dueña con docilidad y obediencia. Al pasar cerca de los chicos, uno de ellos lo silbó llamando su atención, tal vez solo para admirarlo o acariciarlo. La mujer reaccionó, más que con preocupación, con espanto, y le pegó un gritó para que volviera inmediatamente con ella. El animalito vaciló y se acercó al chico olfateándolo. Ella volvió a gritar con más fuerza, como si el perro pudiera correr un presunto peligro. El chico apenas alcanzó a rozarlo con la mano, cuando finalmente se volvió corriendo a atender los llamados desesperados de su dueña, que se desgañitaba como si pudieran contagiarle el sida, el ántrax, la peste y el parvovirus. Lo levantó del piso y lo acurrucó contra su regazo, lo tan inmaculadamente níveo que era, hablándole con diminutivos cariñosos a través de preguntas alarmadas que el animal jamás podría entender.

El chico llegó caminando detrás del perro y le preguntó:

—Señora, ¿no tiene una moneda *para que me dé*?

—No, no tengo —le espetó cortante. Y tomó distancia llevándose a su amada mascota lejos de tanta inconveniencia estética, sin dejarla tocar el suelo que el chico pisaba; ese chico que no había tenido la misma suerte que ella, de nacer en una familia como la suya. Ni siquiera la misma suerte que el simpático can.

¿Qué era lo que atrocemente se había desmadrado? Para vencerme, no necesitaba que nadie me asegurara que la primera moneda fue acuñada en el infierno, al igual que forjado el mundo, obra del mismo demonio que, jugándonos otra mala

pasada, nos observaba en aquel parque con su gigantesco ojo en blanco, extasiado de sadismo, a través del agujero de la luna.

Tanto Paula como yo, los dos asistíamos a la escena sin decir palabra. ¿Qué podíamos hacer? No estábamos en condiciones de ser ejemplo de nada. Cómo mucho, apenas si podíamos ayudarlos a mudarse de una desventura a otra. Las referencias se habían disuelto. Nada tenía preponderancia. Cerré los ojos. Me quedaba lo más habitable, mi interior. Es que, todo se había vuelto tan... vacío... tan indiferente. Tan tan personal.

Tan privado.

Finalmente, desalentado, sintiendo que no pertenecía a ningún lado, casi en un murmullo deslicé la expresión:

—Qué mundo de mierda...

Y Paula, que también lo sabía, me metió la mano por debajo del jean y el bóxer, sin desabotonarme, y reparando en que nadie podía vernos, me masturbó.

Al terminar nos quedamos laxos un momento hasta que ella me preguntó:

—¿Cambió?

—¿Qué cosa, Paulita? —pregunté yo.

—El mundo, si cambió algo, ahora...

La atraje hacia mí, abrazándola, dándole un religioso beso en la frente como quien besa la estatuilla de una santa, y le respondí:

—Bastante.

Nunca supe cómo fue que aquella relación con Paula terminó durando los años subsiguientes. A qué atribuirlo, me resulta confuso. Seguramente debido a que uno se moldea con esquemas y otros formalismos sociales que nos roen el cerebro hasta desdibujarnos. Por lo cual, las razones deben ser múltiples. Conjeturando alguna de ellas, entre las que consideraríamos intrascendentes pero no sin cierta incidencia, creo entender que el período que terminó en recibirse ayudó a mantenernos en una cercanía diaria, sin lo cual, probablemente todo se hubiera ido apagando con la distancia, cómo ocurrió a partir de su licenciatura en Letras, ya que nada concreto nos unía; quiero decir: no teníamos más proyectos que el ahora. Y entre las razones más valiosas, esa era quizá la más aceptable: que no se trataba de nada concreto, de ninguna exigencia. De absolutamente nada. Solo una muy buena amistad con el adicional de algunos intercambios sexuales. Pensándolo bien, se trataba de una relación extraña, ya que nunca nos habíamos enamorado, sin embargo nos queríamos y nos deseábamos. Se podía haber tratado de la pareja ideal, con fecha de vencimiento, cómo cualquier pareja *ideal* (las parejas, en cambio, podían no tenerla, hasta el sobrevenir de la muerte). Solo que no lo éramos en ningún caso, por el simple motivo de no con-

siderarnos siquiera una pareja, y menos ideal. Y por eso tal vez lo éramos, aunque no lo supiéramos o lo negáramos. Para aquel entonces, también Omar hacía rato había terminado de cursar filosofía para empezar una nueva etapa, y a la hora de renovar el contrato del departamento, me decidí a hacerme a un lado dejándole la libertad de continuar a los demás.

Todo se disolvió. Avisé un mes antes a sus dueños que no seguiríamos rentándolo y que podían disponer de él en cuanto a ofrecerlo a próximos potenciales inquilinos, por lo que me agradecieron sobremanera. Estaba visto lo que nuestros sueños, los de los primeros soñadores, lo habían sostenido. Terminé quedándome con el televisor, y Omar lo hizo con la videocasetera y el equipo de música. Nos repartimos los libros como era de esperar, sin quedar conformes, sabiendo que era inevitable. Comprendía, o todavía rechazaba el tener que comprender que, para mí también se iba clausurando otro capítulo de mi existencia. Me costó despojarme de la sensación de mengua que me dejó el procesar ese reciente pasado que empezaba doliendo como recuerdo. Se me vino encima una taciturna catarata de literatura, filosofía, cine, música, reuniones, chicas y complaciente abandono. Lo que se dice un golpe bajo. El suficiente para hacer recular a mi ironía por una temporada. Lo que no era decir poco. Paula lo notó, y tratando de levantarme el ánimo me invitó la acompañara a un congreso en Mendoza por tres días. Nos quedamos cinco. Lo que menos hicimos fue interesarnos en él. Una gran decisión. Una capital bonita para naufragar.

De vuelta en Buenos Aires, me encontré con una noticia totalmente inesperada: Doña Marta había fallecido tres días atrás. No pude dejar de dolerme por Mariela. Cavilé acerca de qué iba a ser de ella de ahora en más, aferrada como suponía lo estaba a la presencia permanente de las atenciones de su madre. Volví a sentirme horrible, un desconsiderado.

Si bien no estaba en Buenos Aires cuando ocurrió el deceso, fuera mi voluntad o fuera el azar, nunca solía estar lo suficiente a su lado atendiendo a las demandas mínimas de amistad. Y sin embargo era su amigo, no podía no serlo: la amargura me lo decía en todo mí ser.

Cuando Eduardo me lo contó —había ido al sepelio— lo primero que me salió fue preguntar por Mariela. La había visto entera. Lo cual le había parecido raro, aún estando contenida por unos pocos familiares y conocidos. Porque si su madre hubiera arrastrado alguna enfermedad que la hubiese ido preparando para lo inevitable, quizá le habría parecido más consustancial. Dado que todo había sido tan repentino, tan imprevisto, tan estúpido, porque la desafortunada mujer había muerto por una descarga eléctrica al tocar una columna de alumbrado público tras las últimas lluvias que inundaron algunas calles de la zona, su entereza le quedó atravesada en una indefinición que no terminaba de convencerlo. Quizá se trataba de una coraza autoimpuesta que luego terminaría quitándose en soledad. Terminó diciendo:

—Pobrecita. Se quedó solita.

Escuché a Eduardo lamentarse y me dio toda la impresión de que no tenía acceso a Mariela, que hacía el intento, pero que no podía interpretarla, ni siquiera estando frente a ella, que solo yo la conocía; bueno, lo poco que una persona a otra puede conocer. Aunque lo más apropiado sería hablar de un sentir más que de un conocer. La comprendía sintiéndola. No quería condolencias ni conmiseración, no quería recetas religiosas, no quería lástima alguna. Aceptaba los comportamientos formales de los demás por una cuestión cultural y de respeto. Se dejaba herir para no herirlos. Y en mí había visto esa veta de sinsentido en dónde podía reconocer, cómo yo reconocía, ese estar lisiado existencialmente propio de lo humano. Algo que nos igualaba, aún cuando mi cuerpo estuviera entero. Y eso había bastado para acercarnos.

Decidí no comunicarme por teléfono. Me sonó a poco. No me resultaba grato verla en circunstancias tales (a quién le hubiera gustado) pero no pude dejar de hacerlo. Salí al jardín y

me llegué hasta el ligustro. La llamé varias veces por el nombre, hice palmas (lo que me dio la pauta de lo que había crecido, recordándome otros tiempos, en dónde estaba más en uso para anunciarse). Esperé un rato, creí que no saldría, pero finalmente apareció. Se acercó en una silla de ruedas eléctrica, lo que le facilitaba el esfuerzo de traslado. Se detuvo en esa escena clonada bajo el paraíso y me sonrió tristemente.

—Me acabo de enterar por mi tío lo que pasó. Lo lamento mucho —dije.

—Gracias. No era algo que tuviera previsto, al menos todavía, pero bueno... Esto es así.

—¿Y vos cómo estás?

—Estoy.

—Entiendo... ¿Cómo te la estás arreglando?

—Como puedo. Pero bien. A esta altura ya sé defenderme sola, si es eso lo que te preocupa.

—La verdad, no. Por ahí alguna vez lo pensé. Pero hace mucho sé que te puedes valer por vos misma mejor que yo.

Me quedé sin saber cómo continuar. Ella me dijo:

—Yo también había pensado que algún día mamá no iba a estar más, y que ese día, a partir de ahí, me iba a quedar sola para siempre. Solo que llegó antes de lo esperado.

—Uno nunca sabe, Mariela.

—Yo sí. Yo si sé —me declaró con un convencimiento arrasador.

Sobre la copa del paraíso cantó una calandria. Aproveché aquel canto para fingir buscarla entre las ramas, cuando en realidad por segunda vez me había dejado sin saber qué contestarle. No pude ubicarla, y el tiempo que llevaba demorándome me obligó a preguntar sin mucha reflexión:

—¿Te sentís muy sola?

—Qué se yo. Es raro. Pero voy a sobrevivir. Tendré que acostumbrarme a vivir así. Alguna ventaja debe tener.

—Cualquier cosa venite para casa. Ahora que tenés *auto* nuevo —dije poniendo una diminuta nota de humor para salir del paso.

—Ah, sí. La silla. La consiguió mamá por intermedio de las autoridades del Municipio. Estaba contenta. Es bastante cara y... A mí me daba igual. Pero ella insistió tanto...

Era así. Cuando decía que le daba igual, realmente le daba exactamente igual. No dejaba lugar a una pizca de vacilación. Tenía algo personal con la vida, como yo, quizá con razón, al menos ella. Un rechazo a todo sortilegio de compensación que jamás podría llegar a serlo. Quizá llegaba a *sentir* ese fondo último de la realidad que en mi caso no había alcanzado, al que a diferencia mía, enfrentaba sin sátira, la que sí era una actitud de firme resistencia. Ella, creo haberlo dicho, la enfrentaba de forma diferente, sabiéndose completamente indefensa, sin atinar a movimiento alguno destinado a protegerse: otra forma de venganza; una venganza, diría femenina, que involucraba la más terrible indiferencia, casi la misma indiferencia que le devolvía la causalidad, aunque uno no pueda dejar de imaginarla, alguna vez, doblarse en las noches de insomnio.

—Sabés, me palpitaba que te iba a encontrar así, con esa fortaleza tan tuya —le dije.

—No sé si llamarla fortaleza. Más bien es como una respuesta en la falta de respuesta. Un mecanismo adaptativo que nada tiene que ver con reflexionar. La vida se termina para todos, es un hecho. El momento sobreviene. Yo no elegí eso, pero no hay manera de eludirlo. Punto. A otra cosa.

—Hay que seguir.

—Sí, hay que seguir. Y uno sigue como puede, Ariel, no como quiere. Por lo menos eso es lo que me pasa a mí. Para querer, *quisiera otra cosa diferente. Pero no se puede. No es para mí. Y creó que saberlo es mejor que no saberlo.*

—No sé porque te restás oportunidades.

—¿Oportunidades? Ay, Ariel. Sos un buen chico, vos.

—Ya no soy un chico. Y vos tampoco sos una nena.

—¿Y eso es bueno?

—Debería serlo.

—Sí, deber debería. ¿Te acordas cómo soñábamos, acá debajo de este árbol? Por momentos llegué a pensar que el mundo era un lugar maravilloso. Y supongo que en aquel tiempo lo

era. Esos libros de tu tío me hicieron muy feliz. Nunca se lo dije. Debería saberlo. Tendrías que decírselo.

—Pasá por casa cuando quieras y decíselo vos personalmente.

—Ahora no.... No estoy bien... No voy a estar molestándolo.

Era entendible. No era una pérdida cualquiera. Había vivido junto a su madre casi todo lo que llevaba de vida. No tenía nada más. Era *la pérdida*. En toda la extensión del concepto. Tenía que doler. Y ella seguía ahí, con espíritu erguido, inalterable. No era ninguna inercia, ninguna parálisis, sino una declaración de guerra eterna contra el destino y el azar, que eran a su entender la misma cosa. Mi ironía también no era sino una actitud desafiante, pero procedía de sentirme arrinconado. Mariela estaba donde estaba, en su lugar de siempre. Nunca unos *pasos* más atrás. El hado perverso debía sentirse desorientado. ¿Qué podían reprocharnos? ¿Acaso debilidad? Esos reproches nacían de la ignorancia de los débiles. Nuestras mentes no estaban blindadas en la bóveda de los relatos impuestos por y para la mayoría. No teníamos temor de enfrentar a la fatalidad, mirándola directamente a los ojos. Tampoco queríamos huir de ella. Además, estaba por todos lados. Se trataba de ignorarla o no. Y ninguna elección parecía ser la correcta.

— ¿Me tenés lástima, no? —dijo.

Me tomó desprevenido.

—No. Nada más alejado de eso.

—A mí todos me tienen lástima. Y ahora más.

Vi su rostro convencido mientras lo decía (su silla era una regla mnemotécnica), y si en ese preciso instante el sol hubiese entrado en nova, y nos hubiésemos desintegrado junto al resto del sistema planetario, en ese último destello de conciencia, hubiera llegado a creer en algo así como en cierto oportunismo cosmológico, expresando sus propios límites, como diciendo con vergüenza: “Hasta acá llego. Más de acá, no”.

Tratando de remediar la falta de resolución del sol, me adelanté a negarlo de la manera más persuasiva:

—Si te dijera que sí, ni vos te lo creerías.

—No sabés lo tanto que me gustaría creerte —dijo.

Ante seres como ella, uno se debatía entre la franqueza y la compasión, sabiendo que las dos lastimaban y se empantaban en un mudo transparentar que podía reconocer, sin desrealizaciones estimulantes, sin ser transportada ni envuelta en ninguna fórmula de risible manual de autoayuda.

Ella misma notó mi dificultad, y creo que tendiéndome una mano, señaló:

—A esta hora, ya me hubiera llamado mamá. ¿No es cierto? Estaba cayendo la nochecita.

—Es cierto, sí. Hasta puedo imaginarla quejarse: “Pero hija, si ya ni siquiera hay luz para poder leer”.

Nos quedamos evadidos. Respeté ese momento que nunca volvería, y que quizá circulaba evocado en su mente, por primera vez, a la manera de un espectro. La vida era extraña, el amor lo era. Aquella ida, fuera de lo que representaba, tendría que traer quiera o no, un cambio, una Mariela con más margen de desenvoltura y elección. Había en esa pérdida mucho de liberación, mucho de nueva frontera. Creo que ella misma lo presentía, y que era demasiado temprano para que cobrara conciencia de esa apertura que ahora se le exhibía por delante. En ello creí ver una nueva Mariela. Y eso me trajo cierta mejoría. Hasta sentí que podía alegrarme porque el cuerpo de doña Marta se pudiera liberador en un cajón bajo tierra, como el de otra clase de héroe de la emancipación.

Eduardo salió al patio a llamarme. Ya veía poco. Preguntó:

— ¿Estás en el fondo, Ariel?

—Sí —contesté.

—Te llaman por teléfono.

Mariela, que escuchó a mi tío, tratando de desligarme de la situación, le dio encendido a la silla:

—Andá. Te llaman por teléfono.

— Perdón. ¿Querés que más tarde pase por tu casa?

—No. Mejor no. Todavía estoy elaborando todo esto. No te quiero cargar con mi pena. Es algo que tengo que aprender a procesar sola.

Después de medianoche, antes de acostarme, me quedé un rato frente a la ventana de mi cuarto, pensando en doña Marta, en cómo *ella, tiempo*, se había extinguido. Había tenido una vida sufrida.

A no ser los seres vivos que la habitaban, caminando, volando o hundiéndose en su superficie, la *atemporalidad* parecía ser la regla de todo lo inerte. Una vez lo vivo se *destemporalizaba*, una vacuidad nunca ahíta lo tragaba para no volver. Su piedad oscura se había decidido a salvarla. ¿Sería el movimiento, y así el cambio, por necesidad temporal si no existía una conciencia capaz de percibirlo? ¿Todo lo qué devenía era ineludiblemente temporal o solo el fluir de la conciencia capaz de captar su propio fluir? ¿Podíamos hablar de movimientos temporales y no temporales? No si hablábamos en términos de espacio-tiempo. Pero de ser esto último erróneo —y volviendo a desvincular los conceptos de tiempo y espacio, para concebir al tiempo como conciencia— ¿podríamos especular con un cambio no temporal (no consciente), que solo requiriera de espacio atemporal para efectuar un movimiento de la misma índole? ¿Solo implicaba principio y fin el tiempo finito de la conciencia, a lo único que podía atribuírsele con propiedad el tener un comienzo y una expiración? ¿Era apropiado atribuirle a lo inerte, un antes, un ahora, y un después, o solo se trataba de una proyección del tiempo subjetivo? El tiempo finito de la conciencia, se me hacía poseedor del único principio y fin originario, proyectándose sobre el mundo, que por fuera de las conciencias era pura contigüidad atemporal. Porque quizá no había ni comienzo ni fin más allá de la temporalidad de las mismas (lo que eludía así un petición de principio acerca del Inicio, a partir de una eternidad atemporal, que era algo desde siempre y para siempre, y no *nada*, y daba origen al fenómeno de la temporalidad como un fenómeno posterior al espacio y la materia) Y la conciencia —el tiempo— solo podría abordar el mundo fragmentándolo en las síntesis que elaboraba, distinguiendo orígenes y finales virtuales-reales en un mundo como correlato intencional, indisolublemente ligado a ella, resultado de la proyección de su propia temporalidad originaria.

La idea del tiempo humano —aunque más precisamente: los entes conscientes como *tiempos*— me martillaba la cabeza. Era una perspectiva que, me parecía, debía terminar de imponerse porque, desde el valor de lo irrecuperable como mortal, desde su propio fundamento, no era funcional al tiempo homogéneo, lineal e indetenible de la explotación (o no debería serlo). Antes de salir de la vagina, al asomar apenas la cabeza, la gran mayoría se encaminaba a ser un explotado. Y con un poco de *religión y educación* estaba listo para marchar a ese son. Finalmente, doña Marta había escapado a esa regla.

La finitud, la duración, la temporalidad irrepetible, eran pensamientos que me asaltaban a menudo. Llegaban sin avisar y se marchaban de la misma forma.

Había una luna llena como hacía mucho no había vuelto a ver hasta ese entonces. Su tul de luminosidad nocturna acariciaba la paz de los relieves y salientes del cementerio. Llevaba más de cuarenta años allí, esperándome desde el primer día, y yo, a pesar de esa insistencia que durante pocos meses tuvo mal a mi madre, le negaba mi amor. Algo debió palpar, alguna verdad, que con tanta prisa se la llevó a su lado.

Mariela sobrevivió, ni que decirlo. Se las arreglaba mucho mejor que yo, que no pasaba de estar casi constantemente suspendido en algún sueño intelectual o pseudo intelectual, que nunca se privaba de tener un costado improductivo. ¿Cuántos años más puede uno continuar así? Diría que el resto de la vida. O buena parte, porque hacía mucho le había tomado el gusto a ese antídoto y me tenía entretenido, aunque mejor sería decir, desertor de la cotidianeidad insostenible, huido en el exilio de la filosofía cobijadora, lo que al menos dejaba en claro que la curiosidad permanecía intacta. Y eso, sin contar la edad, seguía siendo una perceptible y compensatoria señal de juventud.

En el transcurrir de aquella década, encerrado en esa esfera, curtido, todo empezaba a tenerme sin cuidado. Leía lo que me

placía, cumplía con mi trabajo en la fotocopidora, me mantenía cerca de aquel templo de divagaciones y salvataje que era la facultad, y la otra vida pasaba a mi lado rozándome, casi imperceptiblemente, dado mi poco interés. Atendía solo algunas que otras noticias, tratando que no me hicieran mucha mella, dejando que corrieran, mientras a alguien no terminaba de ocurrírsele aún, la creación de un nuevo artefacto radiactivo, esta vez minúsculo, algo como una microbomba de hidrógeno, aspirando a otro récord de devastación y exterminio. Al menos eso me inspiraba los años que llevaba en cartel la guerra de Irak, con su campaña de sangre negra y combustible, de Dios inhumana y omnipresente en ambos bandos, y sus supuestas armas químicas y sus bien reales daños colaterales.

Cuando todavía era adolescente, conservaba un tanto de esa fe que nos inculcan en la escuela, ese mirar hacia adelante y confiar en algo como el progreso. No entiendo como alguna vez había llegado a pensar que a la larga, las malas experiencias terminarían enseñándonos, y de esa forma, nos permitirían ir encaminándonos hacia un mundo mejor. Ingenuo de mí. ¿Por qué ilusionar así a una criatura y después soltarla a la vida, para que finalmente termine sola por su cuenta, a la hora de abrir los ojos? Porque, ¿qué no sigue siendo uno, y más que nunca, sino una criatura desvalida cuando alcanza cierto estadio de lo que pueda llamarse lucidez? Cualquiera podría decirme que mi discurso dejaba fuera muchos aspectos elementales que hacían del vivir un bien: el afecto, la amistad, la solidaridad, la alegría, los besos, las caricias. Pero el problema no era que aquellos no existiesen; de hecho existían. El drama central era que tenían que convivir con tanta atrocidad. Era como saber de antemano que el único paraíso posible no podía ser sino un lugar solitario, sin vestigio de vida. Y para colmo de males, yo vivía frente a sus muros. ¿Cómo no sentirse defraudado? En el fondo, solo parecía quedaba el hacer *como sí no*. O la autocompasión.

Mientras almorzaba en la barra de *Mc Pancho*, y escuchaba a su dueño, siempre conversador y dinámico, llevando la batuta para que sus empleados no perdieran el ritmo demandado al mediodía, yo hacía algo de esfuerzo por concentrarme en unos

apuntes de Foucault. Hubiera querido quedarme ahí todo el resto del día, pero tenía que volver al trabajo: un círculo demoníaco del que por suerte podía hacerme un tiempo para ausentarme, aunque teniendo siempre que regresar, porque ese tiempo frente a la fotocopidora, que requería de mi completa atención, momificaba el espíritu, como el de cualquier obrero frente a una máquina. Uno podía sentir los espíritus momificados repitiéndose por todos lados como las páginas que, día a día, mecánicamente, escupía fotocopias. Un clon tras otro clon. Un gran mecanismo zombie funcionando por todos lados, adormeciendo las mentes, alimentándose de sus cerebros sin ningún placer, haciendo a los ricos más ricos y poderosos.

Estaba a punto de levantarme cuando llegó Marcos, uno de mis compañeros de trabajo. Hacia unos meses se había separado de su mujer. Había quedado algo magullado, y con denuevo se estaba rearmando de a poco. Esa noche tenía el cumpleaños de su varoncito, un atorrante de unos diez años, ególatra y dulce, un enano de temer, fiel representante de las nuevas generaciones. Me invitaba a *darle una mano*. Todos estábamos invitados. Manos no le iban a faltar; paciencia, no podía asegurarlo. No creía bastarse por sí mismo para enfrentar lo que presumía una irrupción vandálica; obviamente, le dije que sí. Me gustaba ese estado de gracia que era la infancia, verlos disfrutar protegidos en sus todavía medicinales fantasías. De manera que estuve ahí. Un total descontrol. Fieras salvajes.

Cuando el revuelo terminó, idos casi la totalidad de sus amiguitos y la gente mayor, junto a los dos que quedaban, jugamos en la *Playstation* al *Call of Duty*: un juego de guerra en primera persona cuyo desarrollo transcurría durante la Segunda Guerra Mundial.

Los muy malditos tenían una habilidad pasmosa con el *joystick*. Manejaban las armas con precisión metódica. Sabían elegir el momento en que parapetarse y cuando avanzar, cuándo abrir fuego y cuándo reservar munición. Cuándo replegarse y cuánto esperar. Cuándo usar un arma larga, corta, un explosivo, en fin: pequeños proyectos de francotiradores. Los gráficos del juego eran decididamente asombrosos. Y bastante realistas.

Mientras ellos continuaban sembrando de cadáveres virtuales las calles de Leningrado, me puse a ver los juguetes que Dieguito tenía en las estanterías. Entre ellos había una buena colección de dinosaurios, que de haberlos tenido en mi niñez, hubieran hecho de ella un mejor deleite. No obstante me las había ingeniado bastante bien para cubrir las falencias. De los viejos *filmes* que pasaban en los sábados de *Cine de Súper Acción*, una de mis películas favoritas era la legendaria *King Kong*, de 1933, que implementaba la técnica del *stop motion*, película que siempre que repetían volvía a ver una y otra vez. Eduardo, recuerdo, me compraba unos chupetines que traían consigo muñequitos plásticos de animales, y con un gorila como figura estelar, me daba el gusto de hacer mi propia *remake*, suplantando lo más parecido a un dinosaurio por un cocodrilo, al *triceratops* por el rinoceronte, y agregaba clandestinamente al tigre por el “dientes de sable”, mientras reemplazaba al tiranosaurio Rex por una jirafa.

Bueno, era lo que había. Bastaba la imaginación. De alguna manera, para congraciarme con ellos, se me ocurrió contárselo, y me miraron como si fuera digno de lastima, cómo diciendo: “¿De verdad? Tú niñez debe haber sido una regia cagada”. Yo no estaba tan seguro. Sin embargo ellos lo ratificaron cuando, en el mismo tren, decidí mostrarles por Internet algunos de los juegos que jugaba en mi infancia, en las máquinas *Arcade*. No dejaron de cuestionar los gráficos, cómo si los mismos pertenecieran al pleistoceno y obstaculizaran el placer del juego. “¿Y cómo hacían para creerse que jugaban al ping-pong? ¡Si es un puntito y dos rayitas!” o bien, “Pero ahí yo no veo ninguna nave espacial, es un triangulito.” Para cerrar, no sin crueldad, uno de ellos, algo más mayorcito comentó: “¡Pero ustedes eran unos *nabos!*” Marcos los amedrentó un poco llamándolos maleducados, sin mucho resultado. Empezábamos a quedarnos afuera del mundo. El nuestro todavía era un reino imaginario y ahora estábamos en la era de la imagen de alta definición. Todo venía y se exigía terminado. ¿Y ese algo de creatividad que todavía antes perduraba en las masas? Alguien había decidido que ya no había tiempo que perder. Dieguito, sin que-

darse atrás, contestó algo impropio y su padre dio por terminado el esparcimiento, negándole el acceso a la PC. Se ganó unas miradas asesinas y cuasi irreconciliables. A su edad, yo jamás me hubiera atrevido. Por lo visto no se cohibían cómo nosotros a la hora de mostrar sus diferencias. Habíamos sido tan ingenuos. Estábamos mejor protegidos en ese imaginario compartido, en dónde siempre era otro de carne y hueso aquel con el que nos relacionábamos cara a cara, y no otorgándole tanto tiempo a una colección de circuitos integrados que procesaba datos a través de un monitor, un teclado y un mouse, mediando entre nuestros cinco sentidos. No digo que no fuera una invención extraordinaria, solo que había ocurrido algo no menor, y que habría algunos no pocos aspectos que revisar.

Cómo de la nada, recordé a un chico que había compartido durante un tiempo juegos con nosotros, hasta mudarse de barrio. Me sorprendió, porque era alguien que había tenido almacenado en los cajones perdidos de la mente y que después de tantos años reflató por su cuenta sin que lo llamase. Le decían *Bachi*, nunca pregunté ni supe porqué. Le fascinaban los *westerns*, mientras la trama no dejara de incluir sus idolatrados indios. De hecho, él siempre personificaba a uno, jugáramos a lo que jugáramos. Podíamos combatir contra seres de otro planeta que él nunca dejaba de hacerlo sin su *tomahawk*. A mí me ponía los pelos de punta. Me rompía la fantasía, el guión. Los marcianos imaginarios le tiraban con rayos radiactivos y él lo más campante con el hachita tallada en madera. Además tenía el berretín de querer ser mi *hermano de sangre*, algo que había visto en la tele, y quería, a toda costa, nos cortáramos la palma de la mano para unirnos a la manera *apache*. Incluso cuando me raspaba una rodilla y veía la oportunidad de llevar su deseo adelante, estaba dispuesto a rasparse él, y yo tenía que persuadirlo para que no lo hiciera. Estaba re loco, el pibe. Pero para ser franco, era una locura linda y noble.

La imposición de Marcos fue desoída, lo que a su regreso de la cocina desembocó en un castigo, a mi entender, un poco excesivo, dado que se trataba del cumpleaños del chico, y que además todavía estaban en la casa dos de sus compañeritos. Sa-

biendo que debía hacer una tarea de búsqueda de información, y que no tenía interés en dejar la computadora, lo obligó a realizarla. Se resistió durante unos diez minutos, pero viendo que no cumplirla obstaculizaría la continuidad de la diversión, terminó por ceder. Creo que le llevó unos tres minutos, tal vez cuatro. Tipeó la temática en el buscador, algo sobre historia argentina, y sin leerlo, lo imprimió. Tomó las páginas impresas y se las llevó a su padre, el que le permitió seguir jugando. ¡Las ventajas de Internet!

Quedaban unos amigos de Marcos que no conocía y elegí seguirles las huellas a Dieguito y sus compañeros, monitoreándolos. Salieron al patio y encontraron un entretenimiento similar al del videojuego pero en tiempo real y con víctimas reales. Había reventado un hormiguero en la base de una pared y se dedicaron a pisotear hormigas. Me senté en los escalones de la escalera que iba a la terraza y observé cómo, cansados del método, lo trocaban en algo más truculento y sádico. Tomaron una hormiga y la arrojaron a una telaraña, a la espera de que esta advirtiera la presa. El insecto se debatía agitándose en la trampa adhesiva, dando aviso de captura y sacando pasaje hacia la nada. Cuando la araña se mostró saliendo del intersticio de la pared de ladrillos, tanta expectativa contenida pasó a ser placer contemplativo. Esta se acercó a la hormiga indefensa, para terminar inmovilizándola con más vueltas de tela. Ellos emitieron unos grititos de satisfacción y un asentimiento de risas compartidas. El pobre bicho pronto pasaría a ser un reseco despojo, ni bien extrajeran sus jugos vitales. De eso se trataba: mientras se tejía la muerte, se tejía la vida.

Mirándolos, en ese instante, me pareció entrever una hendedura en el ser en donde el misterio de su abismo me entregaba algo que solo podía captar un lacónico relámpago intuitivo, un palpito impreciso candidato a lo supremo reprimido, una zona sombría antipática a toda convicción, excomulgada de lo popular con mano dura. La brecha atisbada me proporcionaba un mensaje que otras veces había escuchado, o creído escuchar, impregnándome unos microsegundos, saltando desde un hoyo existencial abierto por los niños, el que

se esfumó con la misma prontitud con que había llegado, para dejarme otra vez ante la dantesca escena a pequeña escala, accionando en mí algo así como una válvula que dio paso a toda una repentina serie de asociaciones: cámara de gas, zyklon B, Auschwitz-Birkenau, Escuela de Mecánica de la Armada, desaparecido, Hiroshima, Nagasaki, Ku Klux Klan, Vietnam, napalm, apartheid, guerra étnica, coltan, tantanlio, niobio, OTAN, FMI, Mercado bursátil, Banco Mundial, marines, pueblos originarios, pesquero japonés, *churrasco*, Israel, Palestina, guerra santa, tráfico de órganos, industria armamentista, gatillo fácil, paco, pibes chorros, trata de blancas, ajuste, paro, pobreza, Imperialismo, indigentes, cartoneros, limpiavidrios, piqueteros, lenguaje, cosmética, autoengaño. Basta.

Demasiado. Demasiado por ser unas simples hormigas. O no. Recordé como yo mismo gustaba de achicharrarlas bajo una lupa. Pero cómo no interpretar que solo se trataba de unos niños que jugaban como tales sus juegos de niños. Solo que las páginas de Sade me habían entrenado para atender con sus ojos lo que pocos querían ver.

Desde adentro, a través del noticiero de la medianoche, me llegaban las últimas noticias de Bagdad. Tras la nueva escalada de violencia, George Bush incrementaba el envío de tropas a la zona de conflicto en Irak, después de la ejecución por ahorcamiento de Saddam Husein y el establecimiento, no sin dificultades, de un gobierno civil entre provisional y permanente. Continuaban sin encontrar armas químicas. Podía ver a los adultos, por entre los cristales de la ventana, un tanto más allá del televisor encendido por pura costumbre, gesticular y reírse transportados en su conversación, felices, ajenos a las imágenes y la información televisiva. Y no obstante eso, en algún lugar del planeta, algún ser vivo no dejaba de sufrir o morir.

La vida, aún cuando se alzarán voces en desacuerdo, incluso la mía entre ellas, no sé porque, contra voluntad, *parecía* ser mucho más llevadera cuando el otro agonizaba en la más remota lejanía. Y de haber existido la posibilidad de que esa *inadecuación* pudiera pasar totalmente desapercibida, a no pocos les hubiera resultado todavía mejor.

Los chicos, afortunadamente, continuaban en su mundo. La guerra no parecía alcanzarlos ni ser un asunto de su incumbencia. Al menos, eso hubiesen dicho ellos mismos. No les quité la vista de encima, examinándolos con todas mis discrepantes e incompatibles miradas.

Entre tanto, continuaban muy en lo suyo. Y otra hormiga iba a dar a la telaraña.

Poner tanta perseverancia en algo, no puede llevarnos sino a estar donde queríamos estar: por eso mi vida era un sitial de apoteótico fracaso. Porque en tiempos cómo los que corrían, así como lo había entendido Cioran, la única salida era fracasar; aunque él lo había enunciado como algo válido para todos los ciclos. Y si el fracaso era la salida, y estaba exactamente en la frontera de la *Matrix*, poniendo los pies por fuera, no se conseguía sino estar dentro de otra. Algo digno de llamarse un fraude espiritual. Por eso aquel escéptico radical concluía al menos razonablemente que, si bien su tarea estaba centrada en despertar incautos, luego no tenía nada que ofrecerles más que aquel despertar por el despertar mismo. No sé si yo me hubiera atrevido a tanto. ¿Para qué andar tan culposo después? Y en esa trinchera desde la que veía humear la batalla de la realidad, mi mente había desarrollado su propia estrategia: un *Into the wild* psíquico afín a largas horas de biblioteca en la facultad. Escabullido en mi naturaleza privada, gozaba, al menos, de cierta serenidad.

Poco a poco me fui poniendo a tono con las nuevas tecnologías, lo cual formaba parte de la estrategia de evasión. El sexo estaba, lógicamente, dentro de ese programa. E Internet se había encargado de ayudarme a incrementar mi vida sexual.

Tanto en el *Chat* como en los *Sitios de encuentros*, en esa desaparición del tenerse por delante, las mujeres solían perder la inhibición que lo social les había inculcado desde la cuna, despojándose del aspecto traumático del ceder a su deseo, y animándose a soltarse más. No pocos déspotas estarían alegrándose de no tener hija alguna. Así de acaparador era el patriarcado. No era algo que a mi tuviera que preocuparme. Ni tampoco la infidelidad, lo cual supongo se iría multiplicando hasta la disolución, quiero decir, sin hacer ciencia ficción, hasta la incorporación del amante cómo aceptable dentro del capítulo de la recuperación del espacio personal creciente. Y no era un planteamiento que suponga la expulsión total de los celos y las pasiones, pero quizá sí una reducción del viejo paradigma por otro un tanto más relajado y permisivo, a criterio de los *consumidores*. Quizá hasta más natural, menos puritano e hipócrita, por qué no.

Así que me dediqué a un poco de cada cosa en la franja de mujeres entre veinte y cuarenta años; solteras, separadas, viudas, casadas, en pareja. La parte bendita de Internet. Y no me iba nada mal. Eduardo, con hilaridad, decía lamentarse por no haber coincidido su juventud con lo que era aquel revolucionario adelanto tecnológico en las comunicaciones.

—Che, con esto uno puede ligar desde casa sin tener que esforzarse tanto, ni salir tan a menudo. Es más cómodo, y hasta más económico. Al que se le ocurrió, se lo van a disputar entre el cielo y el infierno.

Tenía razón. Pero nunca faltaba te tocara una loca de atar, que te hiciera reconsiderar la idea de contactarte, ya no a ciegas, porque había fotos de por medio, pero como si lo fuera, porque cuando llegaba la hora del encuentro, uno podía advertir un significativo desfase en la edad y en los kilos. Quizá algunas podían hacerlo intencionalmente, pero me daba la impresión, que la mayoría tenía una representación de sí misma que no se

correspondía en absoluto con la realidad, minimizando lo que eran brechas indisimulables.

— ¿Me buscabas? —me llamó desde su mesa.

La confitería estaba repleta. Gente charlando, los mozos llevando pedidos. Había pasado varias veces mi vista por encima de ella y ni siquiera le había encontrado el parecido.

—Sos Ariel, ¿no?

Continuaba sin reconocerla.

—Disculpame, pero... no alcanzo a recordarte...

El rostro regordete se le deformó *aún más*, doblemente afectado por la vergüenza y algo cercano a una sensación de agravio. Esa reacción me llevó de forma inmediata a reconocer que estaba en problemas, y que aquella no había sido la mejor manera de iniciar un acercamiento, en dónde antes de empezar todo había terminado, lo cual, por otro lado, me venía perfecto. No se trataba de lastimar a nadie; no era adepto a ese tipo de acciones. Pero había personas que tenían la vocación de crear situaciones proclives a autolesionar su estima. ¿Qué las llevaba a poner en sus perfiles una foto desactualizada para terminar generando reacciones de ese tipo?

— ¿Ángela? —pregunté.

Rectifiqué mi interrogante en el acto, tratando de arreglar esa imprudente formulación, pasando inmediatamente a la incómoda y poco creíble seguridad.

—Ángela, claro. Perdón, es que... no te reconocí... de entrada... Bueno, tampoco nunca antes nos habíamos visto, así que, podrás entenderme...

—Claro —aseguró recomponiéndose como pudo. Viendo que continuaba parado, me invitó a sentarme. Yo ya me quería ir. Debía pesar unos, no menos de veinte kilos más que en la foto. Miré su gran panza. Entonces, de forma espontánea, en un intento de ponerme a salvo, fingí preocupación por haber dejado la billetera en el auto que no tenía.

Apenas había terminado de apoyarme en la silla, que me volví a poner de pie. Alcanzado por la supuesta inconveniencia y sin esperar nada parecido, pude ver como se echaba a llorar. Me quedé tal como estaba, parado entre la silla y la mesa, mi-

rándola sin saber qué hacer. Ella, sin dejar el llanto, buscando un pañuelito en la cartera dijo:

—Siempre me pasa lo mismo. Todo el mundo se olvidó alguna cosa... en algún lugar... o tiene una indisposición.

Cómo para que pudiera ocurrir algo distinto. Debí ser el único idiota al que lo ganó la lástima. Así que volví a sentarme.

—No llores. Por favor. No me voy a escapar —le aseguré. Después me di cuenta de lo que había dicho.

—Igual no ibas a ser el primero —contestó.

Las personas de la mesa de al lado advirtieron la escena y a cada tanto dejaban caer unas miraditas poco discretas sobre nosotros. Le insistí en que se calmara, que seguía ahí y que estaba dispuesto a escucharla. El mozo se acercó a retirarle la taza de café. Le pedí otros dos. Tomó agua y eso la ayudó a rehacerse. Dejé que retomara la palabra. Se disculpó por el momento desagradable que me estaba haciendo pasar. Le mentí a medias, diciéndole que carecía de importancia, que no se preocupara. No dejaba de darme pena. Si bien me había contado por *chat* que era casada, continuó confesándome con más detalle las amarguras a la que la tenía sometida la vida marital con un cónyuge desatento y distanciado. Hacía años de eso ya. De alguna manera, ella sabía que el tiempo había pasado dejando sus huellas y que nada era cómo antes. Sin embargo, seguía teniendo deseos sexuales que su marido no podía o bien no quería satisfacer, o satisfaría con una amante. Pensé en que había omitido la masturbación: también era una solución posible dadas las circunstancias. Lo cierto es que no le tocaba un pelo. Yo tampoco iba a hacerlo y empecé a pensar que no había sido un sentimiento muy *inteligente* el de experimentar compasión.

Era profesora de geografía en un secundario estatal. No había tenido hijos, y eso la atormentaba. Entre su situación matrimonial y su, en los últimos años, incapacidad para el manejo del alumnado dentro de la clase, con solo cuarenta y cuatro años, sentía que su vida había perdido aquel rumbo primero, en donde había asumido el rol docente como un sacerdocio, dispuesta a llegar hasta las últimas consecuencias en

esa válida utopía de formar al *hombre nuevo* del mañana cómo sentido de su existir. Se veía a sí misma hasta *desautorizada* para tal rol. Los adolescentes estaban ingobernables y no tenían ese horizonte claro que otras generaciones habíamos tenido. Pude haber dicho: “salvo excepciones como yo”, pero no tenía intención de multiplicar la temática ni despertarle curiosidades que extendieran la conversación más de lo debido. Puse mi oído para su vuelco catártico. Un gesto de buen samaritano. No pensaba ir más allá. Podía entenderla, me hablaba de los cultos que proponía nuestra época, de patrones de belleza corporal y conductas fundada en la agresión más que en el disenso cortés; la fama, el alcohol, la droga, el desinterés, la pérdida de valores claves. La alegría del ahora desfuturizado.

Según mi evaluación, no servía para *flotar* en el mundo. Necesitaba estar enclavada a la maquinaria conceptual de lo seguro, al viejo simbolismo, a un sentido único, a principios absolutos e intangibles, en definitiva: al falocentrismo como posición panóptica de poder. Había creído que tenía un destino biológico y social, y la realidad le había mostrado que nada había bajo sus pies. De ahí que no lo pudiera soportar, o que tanto le costara asumir su derrota.

Como la filosofía es, de alguna manera, la historia del alma humana, llegado a tal diagnóstico, me tomé la atribución de recetarle algo simple, no sin antes asegurarme no fuera católica practicante o extremadamente moralista, para evitarme posibles respuestas hostiles. Me aseguró que lo normal. No era de aquellas personas que se sumaban sin más a avalar cualquier punto de vista de la Iglesia. No veía con buenos ojos que los sacerdotes no pudieran casarse, por ejemplo, o que las monjas no pudieran officiar misa, o que se opusieran tan férreamente a los derechos de los homosexuales, las lesbianas y los travestis, aun cuando sostuvieran tolerarlos. La tolerancia nunca dejaba de despertar suspicacias. Nuevamente me reprimí, cuándo estuve a punto de agregarle otra opinión a toda esa coincidencia: que una mujer no pudiera ser cabeza de la Iglesia, o un transexual. No estaba seguro que, un homosexual o varios no lo hubiesen

sido. Pero mi cometido era volar lo antes posible. Y eso me ofreció cierta luz para arriesgarme a decir:

—Si te dijera lo que me parece te sería conveniente, ¿podrías no interpretarlo como algo ofensivo? Es que me gustaría ser totalmente franco con vos.

Me miró con extrañeza y, ante la sonrisa que intencionalmente dejé colgando en mi boca después de tomarme esa precaución, recíprocamente, me contestó:

—Por supuesto.

Si bien tenía qué decirle, no me resultó sencillo encontrar una manera que no fuera directa. Me decidí a arriesgar:

—Pienso que no te equivocas en tu búsqueda, sabés. Un poco de buena transgresión ayuda a armonizar el organismo. Te va a traer algo de relax, el cuál seguramente no va a dejar de proveerte de una posición menos confusa desde la que poder reflexionar sobre tus cosas. Lo que sí, no creo ser yo la persona indicada.

—Por eso no te preocupes. En principio era solo un café, estaba previsto que pudiera darse algo o no, después.

—Lo sé. Pero ya que estamos, y que además veo podemos mantener una charla madura, dejame llegar a dónde quería llegar. En confianza, lo que vos necesitas quizá lo encuentres a través de un *servicio de acompañantes*. La pregunta sería esta. ¿Tenés idea de lo que es el rubro 59 de *Clarín*?

Me dirigió algo así como una mirada incrédula, que con el correr de los segundos se fue haciendo realista, como si la resignación se fuera disolviendo para encontrar una nueva variante que por reprimida, no dejaba de ser una opción valedera. Mi expresión, dicha cómo la empuñé, podía ser entendida como brusca. No obstante pareció surtir efecto, y comenzar a derrumbar ese muro de palabras represoras erigido para sublimar en beneficio de unos pocos, de esa argumentación religiosa que funcionaba a la manera de cinturón de castidad, conflictuándonos con el placer del cuerpo, y que podía solucionarse, al menos la parte febril y en lo inmediato, con tan poca cosa como algo de dinero.

— ¿Te parece? —preguntó.

— ¿Por qué no? Es una gran oportunidad para desprenderse del supuesto destino biológico (me refería a la maternidad) y la imposición social masculina. Yo que vos, mando al carajo el falocentrismo dándole su debido uso, si eso te satisface.

Todavía tenía el pañuelo entre las manos, aunque hacía rato había dejado de lagrimear. Descolgó la cartera de la silla para guardarlo y se puso a buscar algo en la *farmacia* que llevaba adentro.

—Creo que me siento sola, incluso en el aula.

La escuché decir eso y me dio tanta pena, que pude haber tenido hasta sexo con ella (es solo un decir, claro). También sentía el mismo trato por parte de la sociedad abandonica. Solo que no necesitaba del *Prozac* que apuró con el vaso de agua. Continuó diciendo:

—Los alumnos en general están desmotivados, no leen, no aspiran a ningún valor, me refero a aquellos valores a los que yo aspiraba. Solo quieren... divertirse... y que todo eso dure. No me dan ni cinco de *bolilla*.

Podía entenderla. El ingrato demérito de la profesión: “Sos lo que cobras”. No se me escapaba la apatía escolar, los límites borrosos, mi propio extrañamiento. Este sentirme solitario no era algo que solo pareciera reducirse a mi drama personal, sino que se potenciaba en mí y más allá de mí, en los otros que sufrían la misma atomización provocada por el despuntar de un aislamiento que circulaba en el mismo espacio público. Los otros estaban ahí, sí, pero los nexos estaban desdibujados, no estaban firmes: con un simple *clic* podías quedar fuera de una vida, o dejar a otra fuera de la tuya. El otro ya no parecía un destino de compañía y recogimiento. No se trataba de incomunicabilidad, era algo así cómo una desmotivación generalizada, en donde los lazos simbólicos flotaban desprestigiados, interferidos sin referente claro, tal era el grado de saturación de objetos seductores y de información fútil, propagandística, plástica, virtual, inconstable, que nos detenía en nosotros mismos con luces que ya no podíamos reconocer de dónde provenían. Información que apenas si tenía unas nimias horas en que apoyarse, para diluirse pronta desplazada por otra casi vieja

novedad. Cómo no ofrecer la receta de la satisfacción directa y egoísta, cuando se tiene la sensación de haberse desamarrado de tal pertenencia.

—Y aunque eviten decírmelo de frente, creo que ni siquiera me respetan. Encima de no sentirme amada, estoy avejentada, gorda, cada vez me voy afeando más, me gasto buena parte de mi sueldo en productos *antiage*, tengo problemas de salud. Eso hace que mi autoestima se resienta. Perdón, no tengo un discurso muy coherente. Estoy confundida.

Una más entre millones. El lirismo que ella buscaba tenía la tumba bajo los cimientos de un *Shopping* kilométrico, acompañada de la cortina musical de programas masivos de entretenimientos. Todavía algunos nos quejábamos, pero ya ni siquiera llorábamos la pérdida. Al menos yo. Sus alumnos no podrían siquiera entendernos. Ni sabrían lo que era el lirismo.

Continuó hablando, pero no le seguí la corriente lo suficiente, y perdí el hilo de la conversación. Me había extraviado en mis propios pensamientos, y cuando resolví retomarlo, me encontré con que me preguntaba:

— ¿Vos pensás lo mismo?

—Sí —contesté, recomponiendo mi actitud desconcentrada, tratando de ser convincente, aún cuándo no sabía a que se estaba refiriendo. Fue el momento indicado para cambiar de tema nuevamente, y volver sobre mi fórmula carnal para comenzar a erradicar su angustia.

—Pero, a ver, no quisiera pensar que estás eludiendo la sugerencia que te acabo de hacer hace un rato —La miré a los ojos buscando un rastro que corroborara podíamos comulgar ideas al respecto—. ¿Sentís que no podés? ¿Qué contraviene tus principios? No es nada grave. Lo que nos inhibe son los prejuicios, la educación que recibimos. ¿Qué tiene de malo un poco de sexo para reducir el *estrés*? ¿Es por el hecho que tenés que pagar? No sé qué es más antinatural y obsceno. Gastar el dinero en antidepresivos colaborando con los oligopolios de los medicamentos o comprando una mascota para destinarla a un rol terapéutico. ¿Acaso eso te parece menos obsceno?

Me sonrió. No puedo decir se tratara por mi manera de argumentar, o bien porque su propio deseo pulsaba dentro suyo de tal forma, que se aferraba a cualquier delirante propuesta que estuviera en consonancia con el mismo. Había llegado a la cita, lo que ya era decir bastante. Así que confiando en esta última opción, me atreví a más.

— ¿Me esperas un minutito? Voy hasta el puesto de diarios.

— ¿A?

—Ya vengo. No te preocupes.

El puesto estaba afuera. Podía verse desde la mesa. Volví con el *Clarín* del día, el último que le quedaba, tenía rotas algunas páginas, razón por la cual lo tenían separado. Lo abrí en la sección de clasificados. Se publicaban varios avisos de acompañantes masculinos. Se lo tendí.

—Mirá. Ahí tenés para elegir.

Lo estuvo leyendo detenidamente unos instantes y me dijo:

—Creo que esto no es para mí. No me atrevo.

—Ves. No es que no es para vos. No te atreves. Rompé esas cadenas y hazlo. No te persigas. Es la vida. Eso sí, sin enamorarte. Tonterías, no. Después vas a estar 0km para continuar.

Consideré que ese era el instante adecuado para decir:

— ¿No te molesta si sigo camino?

A manera de disculpa me contestó:

—No. Demasiado con el mal momento que te hice pasar.

—No te sientas mal. Lo que viene va a compensar todo. Vas a ver.

Me tendió la mano, y tomándosela, me estiré por sobre la mesa para darle un beso. No di lugar a nada más. Cuando gané la calle me sentí doblemente aliviado. Un gurú sexual, al menos en teoría, de un mundo en disolución, en donde los fármacos para contrarrestar la depresión y la ansiedad se consumían como quien compra una paquete de golosinas en un kiosko. Ella podría acudir al *Rivotril*. En cuanto a mi deseo, me lo había dejado por el piso.

Al día después, recibí de su parte un mensaje de texto a mi celular que solamente decía: “Gracias”.

Me alegró saber que había logrado saltar la valla. Y eso, de alguna manera, resucitó otra vez mi impulso sexual; así que volví al Chat. Nada peor que una docente abatida y en decadencia para inhibirlo. Y conste que no llegó a hablarme ni de su salario, ni del trato con los padres del alumnado, ni del estado edilicio de la escuela, ni de las casi persistentes huelgas docentes.

Después de aquello, mi suerte en el chat mejoró. Aprendí que consistía en una suerte de pesca estilo mosca. Se lanzaba el sedal múltiples veces esperando la mordida adecuada. No fui más allá del trío tradicional entre dos mujeres y un hombre: yo; la otra variante no era para mí. Creo que al único hombre desnudo que podía afrontar en una situación íntima era a mí mismo, quizá por eso de ser el punto cero de todas mis perspectivas, que era una manera de ocultarme percibiendo solo retazos de mi propio cuerpo. La cultura, en este aspecto, también había hecho su trabajo conmigo. Y no puedo decir, en este caso, estarle desagradecido.

En una noche de esas en que frente a la computadora estaba a punto de arreglar un encuentro, lo que nunca, o casi nunca, salvo motivo de enfermedad o de cumpleaños, al menos que yo recuerde, sonó el timbre, y al ir a atender, me encontré con Mariela. Un acontecimiento fuera de lo común. Debo decir que me llamó mucho la atención. Lo primero que pensé fue que se hallaba en algún problema, necesitando de alguna ayuda por una situación de fuerza mayor, ya que evitaba pedirla siempre que podía, y podía casi siempre. Era la primera vez que la veía usando su silla nueva fuera de la casa. Saltaba a la vista que aligeraba su vida convenientemente. Podía haberla aprovechado mucho más si lo hubiera querido. Lamentablemente, no creo pueda decir otra cosa, era tan o más introspectiva que yo. Y creo que más triste que yo. En cierta oportunidad me había confesado: “*Yo espero un día que no va a llegar nunca*”. No sé si alguna vez voy a poder perdonarme el no haber sabido darle un mensaje de esperanza. No es que no lo hubiese intentado, sí, pero siempre sin resultado. Me he referido a esto otras veces. Para qué decir más. No obstante, a mí me provocaba esa clase

de sentimiento adverso por el cual, aunque fuera un disparate que no se compararía ni con mi idiosincrasia ni con mis ideas desfondadas —y que por cierto, jamás hubiese llevado a la práctica— no me hubiese venido mal, o haber sido evangelista o pertenecido a alguna asociación anónima que se dedicara a cultivar la filantropía, sin detenerme a ahondar en todas las bifurcaciones y la amplitud que el pensar me permitía. Pero había venido a la vida y no quería declinar a poder indagarla en todo lo que estuviera a mi alcance. Su comedia y su tragedia. Ni Mariela ni yo podíamos abolir esta última, que se mostraba feroz.

Un poco nerviosa, desacostumbrada a impulsos de esas características, me sonrió desde su silla de ruedas, como pidiendo perdón, como si ella misma no pudiera reconocerse en ese acto que no era sino algo natural, o que debía haberlo sido. Sobre la vereda de enfrente, el paredón del cementerio seguía ahí desde que tenía memoria, y tocaba timbre con cada visitante. Mi sorprendido recibimiento la debió influir, y si no, de todas formas, lo que me salió fue ensayar de urgencia un cambio de carátula, cómo si se tratara de algo común a lo que estaba habituado desde siempre.

— ¡Hola, Mariela! ¡Cómo estás! Pasá, adelante. Dale.

— ¿Te sorprendí, no? —dijo.

— ¿Qué cosa? —aparenté no entender, pasándolo por alto—. Estaba aburrido. Hace un rato, con Eduardo, justamente estuvimos acordándonos de vos. Mirá qué casualidad — mentí.

— ¿Por?

— Nada. Cosas de él. Viste como es, recordando cómo pasa el tiempo, salieron a relucir recuerdos.

— ¿Recuerdos de infancia?

— Sí. Siempre son los mejores, ¿o no?

— Qué casualidad —dijo retrocediendo la silla para ubicarse mejor frente a la puerta. Por un momento pensé que había captado todo aquel recurso mío y que me había hecho la devolución con apenas un toque de mordacidad, pero me di cuenta que no, cuando, atravesando el umbral volvió a decirme—. Porque, la verdad, que haya venido está, de alguna manera, vinculado con eso.

Se calló y reparé en el sonido eléctrico de la silla desplazándose hasta el patio. Ya había cruzado la línea de los cuarenta, como yo. Tenía algunas canas en el cabello, muy pocas, apenas si se le notaban. No se lo teñía. Nunca había dejado de lado el tan formal rodete. La mirada siempre oculta tras los lentes. Aunque ahora usaba unos marcos más modernos. Ya no tenía aquel bozo juvenil. Y se depilaba las cejas. Había aprendido a cuidar solo algo más su presencia desde que empezó a trabajar y a tener una vida social encuadrada siempre dentro de lo laboral. No salía salvo excepciones. La ropa que usaba era más bien anticuada, nunca nada de actualidad, como esa gente que queda estancada en una época, y el solo mirarlos, retrotraía a un pasado demodé, dando un perfil avejentado antes de tiempo. Era fanática de *Los Beatles* (y cada vez más de los gatos: tenía cuatro), nunca dejaba de escucharlos y era reticente a aceptar de buena gana algún cambio musical, salvo algunos temas de grupos de rock progresivo o sinfónico, a los que yo la había presionado a escuchar.

La madurez no había favorecido en nada un rostro que nunca fue bonito, por no hablar en términos de fealdad. No sé porqué éramos así los humanos. Esa mirada sobre Mariela no me traía más que decepción acerca de mi mismo. No podía soslayar ese aspecto. Nunca terminaba de ver en ella una mujer. Ella era Mariela. Y no había manera de ver otra cosa que no fuera ella, tal como la veía. Y no porque no pudiera ser vista de otras muchas maneras. Era como si lo femenino se hubiese ausentado como su padre, como sus piernas, como si la hubiera salteado intencionalmente para pulir su obra por omisión y llevarla a la dimensión de personaje de tragedia literaria. Toda ella se me figuraba una tragedia. ¿Cómo habría aguantado en esas sillas tantos años? ¿Cómo habría de soportar el resto de su vida en esa misma postura? ¿Qué sentiría cuándo veía correr a un niño por la calle? ¿Qué cuándo veía bailar por televisión a esas chicas hermosas, con esos cuerpos y piernas esculturales? ¿Se sentiría más libre en soledad, bajando de la silla, sin que nadie la viera, fuera del mundo, para ir y venir por el interior de su casa caminando con las manos? Debía ser excesivamente fácil

dar ánimo a los demás cuándo nunca se tendría oportunidad de conocer sus desgracias. Ni siquiera imaginarlo, porque imaginarlo, obligaría de movida a pensar mejor que tan esperanzadoras podían ser nuestras propias palabras dirigidas hacia nosotros mismos en una situación tal. Este punto de vista probablemente sea el contrasentido de toda posible terapia. Pero lo que Mariela me mostraba, era lo que en definitiva daba alcance a mis palabras, sin dejar que las palabras recubrieran con un sentido impostor lo que no me ofrecía. Es cierto que el mundo se abría a muchas otras posibilidades de proyectarse en busca de una realización, dentro de las que no podíamos dejar de reconocer nuestras propias limitaciones. Pero las posibilidades de Mariela las determinaba ella. Y no parecían ir mucho más allá de lo que había resuelto, detenida en ese ser lo que era, lo que había decidido ser. Presa de una frontera que se le imponía desde más allá de su deseo.

Eduardo, que escuchaba la radio en la pieza, salió en ropa interior a ver quién había tocado el timbre, pensando en algo raro o en alguien que a esas horas de la noche, no había encontrado otra manera más económica y tradicional de divertirse, que molestando a los demás.

— ¡Uh, perdón! —dijo al ver a Mariela—. No sabía que eras vos, nena.

— ¿Y cómo ibas a saber? —dije yo — ¿Siempre salís así a ver quién tocó el timbre cuando yo no estoy? Anda a ponerte algo menos sexy, dejate de joder, viejo.

—No se preocupe, Eduardo, ya estamos grandes. Yo ya no me asusto de nada.

—Ya lo sé. Es este exagerado que me quiere hacer sentir avergonzado. Igual, a esta altura de la vida, ya no me da vergüenza nada.

—Ni a esta altura y ni en el pasado, Eduardo. Son años que vivimos juntos. Dale, anda a ponerte los pantalones.

—Ay, no seas malo —me dijo ella. Eduardo se retiró a ponerse presentable. La noche olía fuerte a jardín. La temperatura había bajado. Alrededor de la bombita que colgaba en el patio, unas polillas no dejaban de dar vueltas, golpeándose contra

ella, en su afán de permanecer cerca de la fuente de calor. De pronto, aunque lo tenía incorporado, tomé verdadera conciencia de lo tan vacía de la jaula del canario, que desde aquel episodio de mi niñez, con el transcurso de los años, se había ido llenado de más y más vacío sin que me diera cuenta, hasta presentármese un monumento fallido levantado a mi período de libertador. Eduardo debió haber comprado otro canario, y a su muerte, otro, y así. O si no, sacarla de ahí, guardarla entre los trastos del galpón. O mejor regalarla. Apenas si retenía vestigios de la que había sido su pintura. Estaba oxidada. Se había convertido en un melancólico esqueleto de metal que afligía en color sepia.

— ¿Te pasó algo? —pregunté.

—No. Nada.

No quiso adelantarme más. Noté que traía algo entre manos.

—Vamos a la cocina, así comemos. Yo estaba por hacer pizza...

Lo dije sabiendo que siempre oponía resistencia, tratando de dejarle en claro que no se trataba de ninguna molestia. Ella toda parecía considerarse una molestia.

—Bueno, tengo hambre también —dijo.

Me volvió a extrañar. Esa aceptación sin más fue una señal. Casi otra Mariela, si no fuera por la maldita silla que venía adosada a su cuerpo, por la misma manta que nunca la cubría, ofreciéndoles un simulacro de piedad para todos esos ojos que no eran los suyos.

Eduardo volvió a presentarse vestido. Se había puesto el pantalón, y sobre la camiseta, abierta, la camisa a cuadros en degradé de marrones. Llevaba pantuflas. Lo supe por su manera de arrastrarlas. No pude evitar se ocupara de la cena. Me obligó a sentarme y a conversar con la invitada, como debía ser, según expresó. No me negué. Solo tenía que calentar las prepizzas, agregarle muzzarella, y condimentarlas con algo de orégano y ají molido. Poca cosa. Lo consentí. Trataba de que hiciera lo menos posible. Intercambió algunas palabras con Mariela, apuntando a cómo era su nueva vida ahora, si se había acos-

tumbrado finalmente, después de tantos meses (¿año y pico ya?), a estar sin su madre; que cómo le iba en el trabajo, que esto, que aquello, que lo otro; que los recuerdos. Comimos. Lo puso contento la coincidencia de haber hecho budín de pan por la mañana y ahora tener alguien a la mesa que no fuera yo, para que pudiera probar uno de los postres que mejor se le daba y para el cual no había perdido la mano. Hasta había tenido la ocurrencia de comprar un pote de crema. Al momento del postre se la puso a batir manualmente y se la quité, terminándolo de hacer yo mismo. Le recordé que tenía que cuidarse y él se defendió amparándose en la visita.

—Eh, che. Ni que estuviera con un pie en la tumba. Un día de vida es vida —dijo—. Además, ya no lo voy a comer muchas veces más. Así que dejate de hinchar.

Tenía razón. Lo vi comer con gusto. Asimismo también a Mariela. Dijo encantarle. Ella no acostumbraba a hacer budín de pan. Le salía más seco. Era la receta de doña Marta. Llevaba pasas de uva. A ella no le gustaban. Eduardo se levantó de la mesa, tomó papel y lápiz, y le apuntó la suya en detalle, paso a paso. Me enojé con él cuando le agregó crema al café. Estaba haciendo demasiado desastre. Me ignoró. Le dijo a Mariela:

—Cuidate de este, nena, que últimamente se está pareciendo a esos que les niegan el último cigarrillo a quién está parado delante de un pelotón de fusilamiento, esperando la bala que le toca.

Mariela se rió y le aseguró que no era tan malo como a simple vista solía parecer. Eduardo festejó su comentario y, en esa complicidad insurgente, aprovechó para agregarse otra cucharada de crema más.

Hasta ahí, creí suponer que Mariela había venido por algo que no tenía intención de exponer frente a Eduardo. Sospeché que él también había advertido lo mismo, y estaba estirando su estar en la cocina para ver que podía pescar. En la medida en que Mariela persistiera en seguir callada, iba a tener que desistir y esperar a preguntarme lo que probablemente yo jamás le respondería. Pero aquella fue toda una cena de impensadas revelaciones.

—No creo que puedan imaginarse para qué vine. No es cierto qué no...

—No te voy a mentir. Desde que llegaste me tenés intrigado —le contesté.

Esa entrega tan desasida y desacostumbrada, ese no poder esperar a decir lo que, en otra oportunidad, solo se hubiera atrevido a mencionar delante mío, fue un anticipo de que la carga emocional que llevaba consigo debía ser de gran magnitud. De hecho, nunca la había visto tan decidida y segura, aunque nerviosa a la vez. Estaba rara.

Le dijo a Eduardo:

—No sabe cuánto tiene que ver en esto. Es más, si no hubiera sido por usted, ni siquiera lo hubiese deseado alguna vez. Hubiera sido una idea que nunca me hubiese pasado por la cabeza y jamás hubiera crecido como creció.

—Qué bueno escuchar eso a esta edad. Pero hasta acá el que te tiene que agradecer soy yo, por esto de hacer sentir a un viejo menos inútil.

—Ah, cómo dice eso...

— ¿Y qué querés que diga, querida? Esta es la edad en que se siente que todo el mundo quiere huir de uno. No es que la vida no esté hecha para nosotros, los viejos, pero te hacen sentir que está en otra parte, que ya no pasa por vos. Cómo si la vida fuera solo algo privativo de la juventud. Y debe serlo nomás. Y quizá esté bien. Las cosas están hechas así. Uno se da cuenta que quedó afuera. Se van terminando los *cuatro días locos*.

Los tres estábamos sentados a la mesa. Ninguno tuvo palabras para continuar. Y en ese intervalo que dejaron sus huecos, se abrió paso el vapor de la pava, que Eduardo había dejado de costado en la hornalla de la cocina, pero no lo suficientemente alejada como para no ser lamida por el fuego azul. Se levantó a correrla, y ya de pie no pudo evitar comenzar a retirar las tazas y lo que había quedado de vajilla. Las llevó a la bacha junto a todo lo demás y abrió la canilla para empezar a lavarlas.

—Dejá que lo hago yo —dije.

— ¿Tan inútil soy, che?

El muy jodido estaba proporcionando el tipo de respuestas que no daban lugar a reprocharle nada. No se lo pude impedir. Ni siquiera atiné a levantarme. Mariela, dirigiéndose a ambos, pero más que nada a Eduardo, continuó diciendo:

—Se acordará bien de aquel libro suyo que Ariel llevaba a mi casa. Ese libro... *Lugares del Mundo*.

—Cómo no me voy a acordar. Yo también tuve sueños alguna vez —contestó mientras lavaba los platos—. Pero los míos fueron sueños nada más.

—No está tan mal. Fueron sueños. Al menos no va a poder decir que no soñó.

—No, eso no —dijo.

—Por ahí, lo suyo estuvo hecho para otros. Quiero decir, usted se dedico a desmalezar el camino de otros y nunca se dio cuenta. —continuó Mariela.

Yo seguía atento la conversación, pero estaba desorientado, no sabía a dónde estaba apuntando y mi expectación iba en crescendo. Tenía una luz en el rostro que le desconocía.

—Sabe que pienso... que a veces se trata de que nos falta una vuelta de tuerca más, un empujoncito más. Cómo que hay que animarse. No importa si sale o no sale. Pero eso de animarse, no hay que dejarlo pasar.

—Puede ser —aceptó Eduardo. Continuaba lavando y enjuagando vasos, cubiertos y tazas—. Por ahí me faltó algo de eso. Bueno, plata también —Cerró la canilla, se secó las manos con el repasador y, disculpándose, nos dijo—: Estos diuréticos que estoy tomando parecen dar bastante resultado. Voy a tener que ir al baño —Pidió permiso y salió de la cocina. En los segundos siguientes, como siempre, el tiempo no se detuvo, pero, de haberlo hecho no hubiera habido diferencia.

— ¿No me vas a preguntar nada? —me dijo Mariela.

—Digamos que me despertaste bastante curiosidad. Ahora, viendo que todo va saliendo de tu propia iniciativa, me gustaría seguir teniendo el privilegio de que seas vos misma la que digas lo que viniste a decir. Venís bien. No te me echés atrás, ahora.

Ella me sonrió una de esas sonrisas suyas que parecían nunca alcanzarle. Empujó el puente de los lentes, que se le habían

deslizado hacia abajo los milímetros suficientes como para crearle cierta mínima molestia, e hizo un movimiento indefinido con los brazos, sin decidirse como ponerlos. Tenía los codos sobre la mesa, los quitó, apoyó los antebrazos en el borde, luego entrelazó los dedos de las manos, las desunió, llevó su mano izquierda a los labios, y con el pulgar y el índice comenzó a estirar el labio inferior; un ademán indicador de una emoción que no podía manejar con oficio.

—Hace unos días que vengo dándole vueltas a una idea. Una idea... que en otro momento me hubiera parecido ajena, irrealizable; si querés, utópica. Y sin embargo, me empecé a preguntar: ¿Por qué no? Y poco a poco sentí que, quizá podía concretarla. Y de hecho creo que podría. Solo que necesito la ayuda de alguien.

—Conmigo puedes contar para lo que sea.

—Por eso vine. Porque sabía que podía contar con vos.

—Pero todavía no me dijiste de qué se trata.

Se me ocurrió que muchos de los momentos compartidos de nuestras vidas habían sido como esos, amateurs y pacientes esperas psicoterapéuticas que nos prodigábamos el uno al otro, intentos de confesionario sin sotana, jeroglíficos en castellano. El otro quedaba siempre un poco más allá. Estirábamos las manos y no éramos sino dos puntos que se veían a una distancia que nunca se terminaba de curar.

— ¿Cuántas veces charlamos sobre esas tardes que pasábamos recorriendo el mundo en aquel libro de tu tío?

—Infinidad de veces. Son cosas que vale la pena recordar.

—En ese entonces éramos chicos y la fantasía alcanzaba. Ahora que uno ya es grande, ¿saltar de un sueño a la realidad, modificándola, será cuestión de algo tan simple como tomar una decisión? No me refiero a la fantasía en general, sino a algunos sueños. ¿No crees que realizar los sueños de la niñez, especialmente esos sueños, le dan un sentido profundo a la vida?

Realmente estaba logrando intrigarme. Tuve un palpito, pero me pareció imposible. La dejé continuar.

—Quiero decir, para poder llevarse algo. O jugarse por llevarse algo, porque, por ahí, después ya no haya recuerdo que valga.

—¿Por ahí, decís? —expresé con ironía—. Está bien, te lo concedo. Después de todo, supongo que el pensamiento nunca deja de ser pendular. Y además, es siempre más lo que ignoramos que lo que sabemos.

—Bueno, si el “por ahí” fuera solamente una ilusión, quizá con más razón entonces.

Eduardo había vuelto del baño y continuó lavando la vajilla, entrechocándola con ruidos de cubiertos, vidrio y cerámica. De vez en vez giraba la cabeza hacia Mariela, sin dejar de prestarle atención. Se quejó del detergente, que supuestamente debería rendir mucho más y hacia poca espuma, muchísima menos que la que podía verse rebalsar en la publicidad de la tele.

—Hasta acá, según lo que decís, creo entender necesitas mi ayuda. Pero, ¿para qué?

Se sonrojó y me dijo:

—Para una locura.

Eduardo, secando los platos con un repasador destruido, que hacía rato debía haber tirado y a lo cual se negaba con su obstinación habitual, se dio vuelta hacia nosotros e intercaló:

—Suenan bien. Ahora, habría que ver qué tan loca es esa locura.

—Bastante —admitió Mariela.

Los dos creímos que había llegado el momento preciso en que iba a decirnos al fin a qué había venido. Pero le dio por continuar el suspenso. Entonces le pidió a Eduardo aquel viejo libro de lugares del mundo. Lo tenía yo en los anaqueles de mi biblioteca, arriba, en la habitación. Así que subí por él y se lo entregué directamente en mano. Ella abrió el libro sin decirnos nada, hizo pasar las páginas, hasta que se detuvo en una de ellas. Incluyó el libro hacia nosotros, mostrándonos el *Taj Mahal* y dijo:

—Me gustaría hacer un viaje a India y a Nepal.

Por más que quisiera, por más que la fotocopidora me obligara a ser tan autómeta y metódico como ella, por más que no hiciera otra cosa que imponerme su regularidad inercial, por reducirme a engranaje, por vencer desde su muerte enchufada nada menos que a ese clarividente dicho de Thoreau: *“No existe mayor equivocación que consumir la mayor parte de la vida en ganarse el sustento”*, aquella conversación con Mariela me persiguió dándole batalla a esas horas fotocopiadas. Repasaba una y otra vez cada una de sus palabras. Y sí lo hacía, era porque el deseo íntegro no hacía más que decir que sí desde el fondo de mi infancia remota, mientras lo moral iba por una senda muy distinta.

Eduardo quedó impresionado, hasta diría que mal herido. Ella estaba haciéndole una ofrenda, y esa ofrenda, maldita vida, le causaba dolor. Al ver su semblante supe enseguida que no estaba de acuerdo. Lo que pensé sin que nada me dijera, lo corroboré luego. Que esa chica no podía gastar el dinero así, que dadas *sus* circunstancias no estaba en condiciones de afrontar los altibajos y otras dificultades que nunca terminaban de ser pocas dado que todavía era joven y tenía bastante trecho por recorrer; que ponía en riesgo su futura estabilidad económica, que de ninguna manera se podía validar como algo ético de mi

parte el acompañarla, sabiendo que le ocasionaría semejante gasto. Que no podía ni debía propugnar algo así. Era exponerse a correr un riesgo excesivo. No por un asunto de peligrosidad física o de salud en lo inmediato. Sino de arriesgarse en demasía en lo venidero. Ni siquiera tenía una situación se pudiera decir resuelta, sólida en lo económico, sino más bien, que vivía al día. Y así cómo lo pensaba, aunque de forma más cálida y paternal, se lo hizo saber.

Como si de repente hubiera olvidado que fue joven alguna vez —y no cualquier joven— le dio un ataque de responsabilidad conservadora que no dejó de llamarme la atención. No era que no tuviera argumentos razonables, solo que, no me pareció reconocerlo en esa especie de traición a su pasado, aun cuándo nunca había logrado alcanzar esos sueños. Mariela misma se encargó de recordárselo indirectamente, diciéndole sin reservas:

—Creo que, al menos una vez, uno tiene que saber darse el lujo de escribir en su cuaderno de bitácora, una buena locura que no nos permita decir jamás, desaprovechamos la vida. No me diga que yo no me merezco esa oportunidad, Eduardo. Algo bueno me tengo que llevar. Y teniendo en cuenta eso, el riesgo no debería ser suficiente motivo para cortarnos las alas. Si lo piensa bien, ¿qué no es riesgo?

No alcanzó a convencerlo. Eduardo reflexionó, buscando las palabras con las que hubiera querido, desde su punto de vista, hacerla entrar en razones, tal como si fuera una hija. Estaba viejo. Había cambiado. Miraba al mundo de otra manera. Podía entenderlo. Realmente estaba preocupado por lo que pudiera acontecerle a Mariela en el futuro. Había vivido tantos sismos nacionales que la noción de prevenir, de ser precavido, del ahorrito por si las moscas, se le había terminado por convertir en una prioridad mayúscula.

Razones parecía tenerlas casi todas. Yo mismo lo experimenté cuando escuché a Mariela pedirme que la acompañara. Me pareció desmedido. Me dio hasta pudor sentir el lugar que era capaz de designarme en su vida, sabiendo que nunca había estado a la altura de lo que ella había puesto de su parte. Yo era

su amigo, sí. Pero podía haberlo sido mejor. Ella pensaba que yo era la persona más cercana y apropiada para cumplir aquel sueño. Y por más que Eduardo fuese un zorro viejo, y esgrimiera recomendaciones precautorias, la cuestión era que la vida nos seguía pasando de largo. Mariela venía a decirle algo así cómo: “¿Pero no ve en dónde estoy sentada desde siempre? No se trata tampoco de arrojar una moneda al aire, a ver que sale. Es decidirse a escoger el lado deseado. No me diga que ahora necesita cruzarse enfrente para recordar que nos vamos a morir igual”. Y en eso tendría razón. Había que recordarlo más a menudo. Levantarse cada día, y mirándose al espejo decirse: “Acordate que lo que se te dio, te será quitado”. Una frase sutilmente antisistémica. Liberadora. Peligrosa. Revolucionaria. Por eso la finitud debía ser disimulada. Mal vista. Por eso la noción de muerte no era conveniente. Había que acallarla, y creernos que nuestra *eternidad* persistía en el esfuerzo de la generación, o en la posibilidad de un mundo trascendente: dogma poco conveniente para el mortal. Todas las piezas reemplazables debían estar en su lugar a su tiempo, para que la gran rueda de los muertos vivos persistiese. De pronto, Mariela parecía prorrumpir con un grito: “¡Despiértense! ¡Ahora es cuando!” Y sonaba bien. No obstante, algo muerto que nos había poseído, nos ponía reparos. Al menos a Eduardo como a mí, se nos había inmiscuido en lo profundo sembrándonos sus dudas. Asumí la indistinción que me rondaba con su aliento cadavérico. Pero también la indecisión en donde resistía aquel pequeño que asomaba desde dentro.

Mariela se quedó sin respuesta. No pude decirle que sí. La carga era pesada. Involucraba de su parte un gasto de dinero que yo mismo jamás había tenido, y del que ella, en cambio, podía hacer buen uso, de reservarlo para una caso de necesidad o emergencia. Además, de haber aceptado, no dejaría de sentirme un aprovechado, un oportunista, un egoísta que no soportaba el quitarle capacidad de respuesta frente a los problemas futuros que le sobrevendrían, y con los que a la larga la vida nos ponía a prueba.

Su gesto de tristeza también me perseguía. Iba detrás de mí, buscando a aquel niño que, desde ese pozo de carne, resquemores y moldes ajenos en donde estaba encerrado, agitaba su perpetua respuesta, despotricando con toda firmeza.

Estuve meses así, sintiendo haberla defraudado. Eduardo habló conmigo y me dijo había resuelto lo mejor. Y no pocas veces, lamentablemente, lo mejor no coincidía con nuestros deseos. Había que fijarse un aceptable límite de los mismos, para tratar de no sufrir las secuelas de la insatisfacción. Me dejé llevar por su coherencia, pero el asunto no mejoró. Después de aquella noche en que Mariela llegó con su propuesta, hablé con ella por teléfono, y me llegué hasta su casa en algunas oportunidades para ver como seguían las cosas. No había cambiado de opinión. Me aseguró no poder entenderme. Comprendía mis argumentos. No era que los considerara desechables. Solo que el de ella le parecía no solo más legítimo, sino irrefutable: “La vida es una sola.” Como respuesta le dije que la vida no tenía por qué estar atada al solo deseo de un viaje al exterior, bastaba ir un domingo al cine, o al teatro, o tomar sol en la plaza, o salir a dar una vuelta por ahí. Cosas que además ella no hacía. No tenía por qué obsesionarse en seguir una sola dirección habiendo tantas. A su entender, ese sueño representaba algo valioso, que no terminaba en lo meramente personal, sino que me involucraba; era un sueño doble, que sabía que compartía, por más que me negara, y que además, en el fondo dependía de mi decisión. Dicho por ella, saltaba a la vista que no era algo que pudiera llevar adelante por sí misma, necesita de alguien que se ocupara de esos asuntos engorrosos relativos a la documentación, a tener un ligero manejo del inglés, a los tratos con las agencias en el exterior, a los traslados, los cambios de moneda y otras cuestiones más generales; sin dejar de apelar a ciertos conocimientos filosóficos de los que ella carecía y que podía aportarle. Una suerte de amigo-valet, comentaba cuando se lo tomaba, aunque seriamente, con algo de humor. Así era parte de lo que argumentaba. Tenía más para desenrollar. Y lo hacía cada vez que podía. Porque no cejaba de reprochármelo a su educada manera, siempre que me veía. Era casi una extor-

sión: su sueño dependía de mí. Y si lo describo así, *casi* una extorsión, es porque no terminaba de ultimarse. Por ráfagas, también me tentaba con mandar al demonio todas las coerciones y demás aprietes de los deberes y las conveniencias preventivas. Una vez que el mundo mezquino parecía ofrecerme algo de su miel, yo mismo la rechazaba.

Pero lo peor era la puja de la ambivalencia. Ese tironeo del espíritu de no saber hacia dónde ir, de no terminar de discernir la diferencia entre lo bueno y lo mejor, manteniéndome descentrado, agitándome en una turbulencia de indefiniciones que se parecía bastante a un fino suplicio. El verdugo invisible hacía bien su trabajo, ocupándose de que viviéramos de espalda a nuestros sueños más íntimos, conformándonos con cuentas de colores.

Internet continuó siendo la solución más efectiva. Tuve algunas otras experiencias en cuanto a citas establecidas mediante chat. Algunas buenas, otras no tanto. Básicamente sexo. Nada que pudiera durar. En la última me dejaron esperando. Una casada arrepentida. Me pidió disculpas luego, vía mail. Sintió que no podía engañar a su marido, estaba confundida, me pedía disculpas encarecidamente. Cuando pasó más de una hora y caí en la cuenta del plantón, en vez de irme molesto, me sentí aliviado y volví a pedirme otro café. Después me dediqué a caminar por la zona de la *city* porteña, con muy poco flujo de gente, dado que no era requerida por los *mercados*, después de su cierre semanal. Me llegué hasta Plaza de Mayo y frente a Casa de Gobierno, recordé un poco mis años de conscripto. Me adentré en San Telmo, pasé por la esquina de la casa de Paula, y frente a la salida de un *pub*, no pude esquivar una gresca en dónde unos pendejos se entregaban a trompearse. Me detuve a unos metros para no quedar enredado en el perímetro, el que se modificaba según se iban desplazando hacia donde me hallaba. A mi lado, uno de los tantos espectadores, hablaba por celular con otro, situado en la vereda de enfrente. Lo advertí porque se hacían señas entre sí, disfrutando del *match*. Le contaba el origen de la pelea. Se había iniciado mano a mano

por una supuesta mirada hostil. Luego pasaron a intervenir los amigos pertenecientes a cada grupo.

Lo pensé un momento y me pareció que aquella batahola, no tenía que ver con ellos en sí. Sino que ellos eran fusibles que saltaban en un sistema decadente y violento. Se me ocurrió que en el pasado, la relación del yo con el otro debía ser mucho más directa, y en razón de eso, más afectuosa e intensa, más necesaria. Ahora, mediatizados por un mundo en donde no dejaban de proliferar imágenes no reflexionadas que lo invadían todo desde las pantallas, avasallados por cantidades de información incapaces de procesar, y por un mundo de objetos, consumo, fama y celebridad que se ofrecía como el remedio contra la infelicidad, la cercanía con el otro había sufrido un detrimento penoso. La atención se centraba más que nunca sobre el sí mismo.

Sin ambages, podía adivinar que esos chicos estaban repletos de frustración, incertidumbre, insatisfacción. Y toda esa tensión desembocaba en aquella salvajada, en una descarga ciega, en una venganza que no podía distinguir su objeto; ese perverso *objeto fantasmal* que se llegaba oculto y rastrero a todas partes.

Repentinamente sentí la necesidad de volver a casa para sepultarme durante varias horas en el consuelo de los videojuegos y la pornografía que me ofrecía la *web*. Aunque aquello no sirvió de mucho. Me resultaba dificultoso no volver al tema Mariela. No mostraba señales de resignación. Eduardo, mientras regaba el jardín, había encontrado una nueva nota colgada en el ligustro. Solamente decía: "*Seguí meditándolo. Puedo esperar a que los buenos recuerdos te devuelvan la sensatez*". Sus mensajes destinados a doblegarme me arrancaban sonrisas. Como ella lo sugería: buscaba hacerme reaccionar. Claramente no terminaba de reconocer en mí una última negativa. Tampoco yo creía haberla dado. Y aún cuando jamás pusiera un pie en un avión en dirección a Asia, tampoco creía que lo haría. A lo sumo sería un sueño suspendido eternamente, sin cancelación definitiva, en donde Mariela, para mi vergüenza, venía a ser mis piernas. ¿Por qué maldita causa se ensañaba así el destino

con ella? ¿Y por qué conmigo, convirtiéndome en parte de ese mismo sino?

Esa noche releí algunas de las tantas notas que acostumbraba dejarme. Últimamente las había guardado en un cajón, sin otra finalidad que el respeto que le debía por haberse tomado el trabajo de dirigírmelas. En una de ellas, me había enviado unos versos de Almafuerte: *“¡Più avanti!”*. *Aquel de: “No te des por vencido, ni aún vencido”*. Me detuve interesado por aquellas líneas que conocía y que decían: *“Procede como Dios que nunca llora, o como Lucifer, que nunca reza”*. En ellas, tanto Dios como Lucifer, eran intercambiables. Como en la vida real. Mariela estaba hecha con mucho de esas líneas. Su cabeza *rodaría vengadora*. No obstante, no llegaba a representar el espíritu de aquella poesía. Sí su fuerza. Pero direccionada a otra resistencia que yo, en parte, comprendía, pero no alcanzaba totalmente a descifrar. Después de todo, una vida no podía terminar en un faltante de extremidades. Había múltiples formas de realización, infinidad de salidas. Solo que ella parecía discrepar con todas, o sí no, descartarlas. Podía haber escogido ser una artista plástica, una artesana, dedicarse a la música, profesionalizarse como abogada o docente, y tanto más.

Cuando surgió lo del viaje, cómo a Eduardo, también me pareció desmesurado. De golpe había roto la barrera, chocado de frente con aquel sueño que alimentaba su deseo ileso, y esa misma inercia la había llevado más lejos de lo que le daba el cuero. No obstante, tenía que reconocerle que seguía teniendo buenos argumentos, aún cuando, en mi caso, no dejaba de vivir con culpa ese gasto que podía provocarle a alguien con capacidades diferentes, y que a mi entender, se encontraba en inferioridad de condiciones. Especialmente en la medida en que fuera, lentamente, camino a la vejez. Ese era mi mayor dilema. Lo que me hacía desistir. Más que un Dios y un Lucifer intercambiables. Aunque tal vez era mejor hablar de un Demonio creador personificando a un Dios, tratando de hacernos creer en su existencia divina.

Quizá empujado por ese demonio, por esa incompetente deidad, tuve un impulso que no dejó de tener connotaciones

morbosas. Se me dio por buscar información e imágenes de malformaciones corporales en Internet. Me horroricé con algunos casos, como los de *neurofibromatosis*, *elefantiasis*, *diprosopia*, *epidermodisplasia verruciforme*. No voy a mencionar los demás. En mayor o en menor medida, para algunos había un destino impiadoso; fuera el azar, o una simple disrupción en el equilibrio del regular concatenado de causas y efectos.

Tomé conciencia de qué poco sabía acerca de la problemática de Mariela. Aunque a decir verdad, nunca me había parecido que estuviera algo así como enferma; ni lo estaba. De hecho, no tenía recuerdo de haberla visto afectada por otra cosa que no fuera un gripe, o un resfrío. Tenía tan buena salud como yo. Con la ayuda de uno de los buscadores de Internet, encontré que la *Amelia* (del griego *a* sin, y *melos* miembro) era una malformación congénita que se caracterizaba por la falta de uno o más miembros del cuerpo, fueran superiores o inferiores. No quise saber más.

La puerta se abrió y escuché la voz de Eduardo, diciéndome:

— ¿Otra vez *pescando*?

—No. Solo navegaba en la Web. ¿Qué te pasó? ¿Para qué te levantaste?

—Me di cuenta que me olvidé de tomar una pastilla.

— ¿Y la venís a buscar acá arriba, a mi pieza? Sos chusma, eh.

Se sentó en la otra silla del escritorio y enseguida percibí que realmente había venido por algo más. Llevaba puesto un pijama a rayas verticales blancas y de un celeste muy tenue que apenas contrastaba. Se lo había regalado para el último cumpleaños.

—Decime, dale. Que nos conocemos.

—Nada. Qué te puedo decir, ya sos grande.

—Dale, no me vengas con esas a mí.

Se cubrió la cara con las manos, apoyándola en un gesto cansino. Al retirarlas, había otro rostro que aceptaba ser tal. El que yo había visto, el que pretendió negar. El que estaba debajo de ese otro, con el que vino.

—Bah... no sé... si, lo que pasa es que...

— ¿Qué te pasa? Contame.

Dejé de prestar atención a la pantalla del monitor y me di vuelta para mirarlo de frente.

—No. A mí, nada.

— ¿Y entonces?

— ¿No te tendrías que buscar una novia, vos, Ariel? Enamorarte, casarte, tener una familia...

Me dejó enmudecido por unos segundos. Justo él diciéndome algo así. Me lo habían cambiado.

—Decime, Eduardo ¿sos vos el que me está diciendo eso? No te olvides más de tomar esa pastilla, viejo. Por favor, mira el efecto que te causa.

—No es una broma, Ariel. Te lo estoy diciendo en serio.

Bajé la vista porque no pude sostener su mirada apenada. Su tono tampoco tenía el carácter de advertencia, pero lo hubiese preferido. Le nacía de adentro. Como si me hubiera venido a confesar un error suyo que no quería que se repitiera en mí.

—Yo ya soy un viejo. Y pronto me voy a mudar *enfrente*. Así que escuchame. Algo bueno te tengo que dejar. Lo mío ya está. Ya pasó. No hay forma de recuperar nada. Igual no estuvo mal. Yo soy así. Siempre fui así. Pero vos, querido... Ya tenés más de cuarenta años, y es una muy buena edad para reconsiderar como continuar la vida: si solo o acompañado. Todavía te queda bastante por delante. Y lo cierto es que, más allá de que nunca tuve una pareja estable, una mujer con la que convivir, yo te tuve a vos. Quiero decir, compartí la vida con vos. Pero una vez que yo me vaya... Vos vas a quedarte solo. Y la verdad, no parece ser una buena receta para la vida. No es que quiera venir a señalarte qué es lo que tenés que hacer con ella. Vos sabrás que hacer. Pero es algo que no podía dejar de decirte. ¿Me entendés, querido?

—Entender, te entiendo. Pero de momento no hay nada a la vista. Ni tampoco tengo un proyecto orientado a algo parecido por delante.

—Es que veo te pasás saliendo con *minas* que conoces en el *Chat*. No es que estoy en contra de que te diviertas. Pero, por

ahí, esta perspectiva que tengo de las cosas ahora, te sirve de algo. Y no me saques a relucir el cómo fue mi vida. Creeme que no es la misma situación. Solamente pensalo. Haceme ese favor.

Me levanté de la silla y miré por aquella ventana que había sorteado el destino de ser tapiada. Tampoco era la misma *ciudadela* de mi niñez la que me entregaba el marco. Habían levantado un poco más los viejos paredones, dándoles otra terminación. Los árboles habían crecido. Algunos habían sido cortados. Las tumbas en tierra habían aumentado abigarrando sus sombras en la noche. Los edificios de los nichos se habían remodelado y ampliado, para satisfacer la cada vez mayor demanda a raíz del aumento demográfico. Quizá al verme mirar hacia ese enfrente, que él había traído a la conversación, me puso al tanto de algo que, se venía guardando hacía rato.

—Te quería decir otra cosa más. Y te pido que me disculpes. Se ve que son cosas de viejo. Pero en algún momento, me olvidé de renovar las sepulturas de tus viejos. Y las levantaron. Me avisaron. Pero me volví a olvidar. No sé qué decirte. Perdoname.

Se puso mal. Me causó mucha pena verlo así. Enseguida me le acerqué y le dije:

—Tranquilo, Eduardo. Eran huesos. Nada. Cajones podridos, seguramente.

—Es verdad, sí. Claro.

—Anda a dormir, dale. ¿Mañana vas a la librería?

—Sí.

—Ya no tenés necesidad...

—Pero a mí me gusta, viste. Allá tengo a los amigos.

—Entiendo.

—Nene...

—¿Qué?

—Estaba pensando... El día que me vaya, quiero que me hagas cremar.

Esa noche ya era como mucho.

—¿Me das tu palabra que va a ser así?

—Obvio. Así va a ser.

—Y algo más. Recién cuando mencioné lo de mudarme enfrente, no lo dije literalmente. En realidad, quiero que tires mis cenizas en el Jardín Botánico. Vas a tener que hacerlo de forma furtiva, porque no te van a dejar, sabés.

Me senté en la cama. Él bajó la cabeza mirando al piso y la hizo emerger con una sonrisa melancólica y nostálgica. Tenía los ojos cerrados, y empezó a contarme una historia que nunca antes me había contado.

—Allá por la década del cuarenta, mediados o finales, no tiene importancia, cuando era adolescente todavía, tuve una noviecita que se llamaba María del Carmen. En esa época, imagínate, las relaciones no eran como ahora. Todo era bastante más complejo; al menos para iniciarla. Que la moral, que la familia, que la iglesia. Pero, eso sí, los vínculos duraban más. Eran para toda la vida. O al menos esa era la idea. Ahora es al revés. Todo es más fácil y con bastante frecuencia termina más rápido y complicado que lo que uno esperaba. Bueno, algo de bueno tiene. Por ahí antes vivías sometido por toda esa coerción social a llevar una vida indeseada. En definitiva, las cosas eran diferentes.

No me miraba. No hacía falta. Me sentía. Sabía que yo estaba ahí. Vagaba por un lugar de su memoria que había venido a buscarlo gratamente.

—Fue algo muy cortito. Pero lindo. Estábamos enamorados. Apenas si me le podía acercar. El padre era camionero. Llevaba y traía productos de Buenos Aires al interior del país, y del interior a Buenos Aires. Un día, no recuerdo por qué razón... Ah, sí. El hermanito se hizo un corte algo profundo, nada grave, pero la madre, no obstante, lo llevó al hospital. En ese entonces vivíamos en Capital, con tu papá y tus abuelos. Entonces aprovechamos y nos escapamos al Rosedal. Después terminamos en el Jardín Botánico. Y en el banco que está al final, siguiendo derechito por la entrada principal, ahí nos juramos que nos íbamos a querer siempre, y que si la vida, por alguna razón, nos separaba, nuestras almas se iban a encontrar ahí —Hizo una pausa sentida—. Mirá las cosas que uno dice cuando está enamorado... Y lo que te viene a contar un viejo.

Le apoyé la mano sobre una rodilla. Se la palmeé.

—Mis cenizas tiralas ahí. Quién te dice que ella también se acuerde...

—¿Y con María del Carmen qué pasó?

—Una vecina nos descubrió y le fue con el cuento a la madre, y la madre al padre. No me le pude acercar más. Después, el tiempo y la distancia hizo su trabajo de desgaste. Se fue con su familia a Mendoza.

Recién entonces volvió del recuerdo para dirigirme la mirada.

—¿Te resulta una tontería de viejo loco? —me preguntó—. Es que... me parece un lindo cierre para una vida que, por ahí, pudo haber sido otra cosa. No me arrepiento. Es lo que yo quise. Pero, bueno. María del Carmen bien lo merece. ¿Me lo vas a cumplir?

—Quedate tranquilo. No me voy a ir de esta vida sin haberlo hecho.

Entonces volvió sobre lo que quizá, más le preocupaba.

—Ariel, no tomes como una injerencia de mi parte lo que te dije antes. Lo de que te busques una mujer. Pero eso sí, no te lo olvides, por favor.

—No me voy a olvidar. Tampoco me hace mucha gracia la imagen de terminar en un bar de solos y solas.

—Me voy a dormir tranquilo, entonces.

Cuatro días después, una mañana, no estaba en la cocina. Siempre se levantaba más temprano que yo. Pensé que podía haber salido a comprar algo y esperé. Después, mientras tomaba café, me di cuenta que el mate estaba sin preparar. Entonces fui hasta su pieza, y golpeé. No contestó. Abrí la puerta y seguía en la cama, dormido. Lo llamé, pero no dio señales de escucharme. Entonces lo moví, sin dejar de llamarlo. Lo repetí varias veces. Pero no hubo caso.

No hubo caso.

Yo quise.

Pero no hubo caso.

Hay páginas que no se escriben, y sin embargo *dicen*. Dicen bien esas páginas en blanco. Cúmulo de espacios en donde querrían apoyarse palabras imposibles. De intentos en donde no valdría ningún intento. No precisamente lo que él hubiera elegido que dijeran: nada. El blanco olvido sin dolor, la nulidad pura. El continuar el camino con nuevas palabras. Pero olvidó ese detalle: que incluso en una sola página en blanco cabe todo. Ni que decir en más de una.

Él se fue como vino, sin saberlo. De golpe. De un instante para otro. Mejor. Así no tuvo tiempo de preocuparse todavía más por el *nene*. Un poco grande el *nene*, ¿no?

Solo para darle el gusto, trato de esconderlo inútilmente como puedo en el blanco vacío de esas hojas, de manera similar a sus silencios y a aquellas viejas fotos encofradas, siguiendo el consejo que me hubiera dado él mismo, si hubiese tenido tiempo suficiente para hacerlo. Pero parece que no puedo sino traicionarlo en estas líneas.

Voy a ver cómo puedo calumniar al dolor, para mantenerlo a raya, gritándole en la cara que ya no duele, que no dolió nunca. Tratar de abandonarlo como quién apaga la luz de una habitación de hotel y se retira de ella de una vez y para siempre.

Me cuesta horrores. Pero apago.

Chau, tío... amigo, camarada, hermano, papá, mamá. Cuántos *vos*, todos *ellos*.

Cómo quisiera equivocarme ahora respecto de tantas cosas que pienso. Y sin embargo, no creo. No obstante, aunque no puedas escucharme, imaginando que aún pudieras sentir y hacerlo, dejame escribirte solo una cosita más, aunque no estuvieras de acuerdo. Solo esto: “¡Qué orgullo poder morir tantas muertes! ¿Verdad, tío?”

Sí, Eduardo, disculpame una vez más, pero hoy es de esos raros días en que el *nene* no puede sino llamarte tío.

(Aun cuando lo único que quede de vos, de lo que fuiste, quepa en una urna funeraria.)

Dije sí. ¿Cómo no iba a aceptar? Después de todo era lo que realmente quería. El porvenir era un viaje único. Y parte de él podía ser a la India y a Nepal, ¿por qué no? Y vuelto pasado, mejor que valiera la pena haberlo vivido.

Estar solo al fin me había liberado. Nuestro último muerto, si tenemos esa oportunidad, la que yo tuve, muriendo nos libera. Nos hace un último regalo. La vida es extraña, creo haberlo mencionado ya.

Ahora era mi voluntad y ningún afecto que se le opusiera. Eso, supongo, facilitaba y dificultaba cualquier elección. Pero aun así, era la mía. Podía hacer lo que se me pegara la gana sin que nadie me hiciera planteo alguno. Sentí que perdía lastre. Que dentro estaba hecho todo de plumas. Tan liviano que podía cagarme en el sistema al fin sin culpa (y con sumo placer) y sacarme, aunque sea por unas semanas, sus exigencias parasitarias de encima. Que fuera lo que tenía que ser. Después, la vida diría. Pero nada ni nadie me quitaría lo vivido.

Verla a Mariela tan feliz, como si yo fuera algo así como su bienhechor, cuando en realidad ella era una combinación défica de hada madrina y genio de la lámpara, fue lo primero bueno que me ocurrió, y me convenció de que había acertado en ceñirme a esa alternativa. Jamás voy a olvidar el gesto asom-

brado de su semblante cuando, nunca cansada de hacerme la misma propuesta, me escuchó decirle que estaba dispuesto a acompañarla. Esperaba otras de mis tantas negativas. Se quitó los lentes, y como si todavía le siguiera costando hacer aprehensión de lo que había escuchado, rodeada de sus gatos, volvió a repreguntarme:

— ¿Escuché bien?

— Sí, escuchaste bien.

— ¿En serio me decís?

— Sí.

— No lo puedo creer.

— Creelo.

Estiró los brazos hacía mi. Quería un abrazo. A pesar de que nos conocíamos desde la infancia, nunca habíamos pasado de un beso en la mejilla, y eso propulsó en mí un ramalazo de vergüenza que me recorrió con sus calores la cara y las orejas. Me incliné sobre la silla y la abracé. Fue algo de cortísima duración, pero afectuoso y honesto, invadido de lapsus y viejas sensaciones de antaño; con toquecitos de teatralidad y afectación, solo para contrarrestar los sedimentos de las inhibiciones. Ella puso su parte manifestando:

— Creí que habías dejado de ser el que eras.

— El mismo ya no soy. Pero de lo bueno todavía queda.

— Que bueno entonces. Te agradezco tanto. Sin vos no hubiera podido nunca.

— Acá el único que tiene que agradecerte soy yo.

— Vamos a tener que empezar a hacernos los pasaportes, y después, comprar los pasajes, y buscarnos una agencia para que nos organice un circuito de viaje...

La interrumpí:

— No. De esa forma va a ser más costoso. En todo caso, podemos contratar servicios de forma directa al llegar, y nos evitamos de pagar las comisiones que nos puedan cobrar las agencias nacionales, acá.

— ¿Te parece?

— Y, sí. Para eso estoy yo. Dejame darle un poco de sentido al hecho de que te acompañe. Resultará un poco más trabajoso,

un poco más improvisado; nos quitará algo de tiempo, seguramente. Pero, bueno. No va a ser poco el gasto que recortemos. Vos no te preocupes por nada. A lo sumo, solo de tu documentación. Si necesitamos alguna vacuna, después vemos. Ah, y el visado. Tendré que averiguar en la embajada o en el consulado. Veremos a dónde hay que dirigirse para la tramitación.

Una vez tomé aquella decisión, pasé por algunos momentos de vacilación. No hacía más que caer en lo mismo, en el sentirme un aprovechado. De a poco lo fui superando, autoconvenciéndome de que lo mío era cumplir un rol no menor, cómo Mariela sostenía: sin mí no había logro, no había viaje, no había sueño a realizar.

De todas formas, eso no terminó de ponerle un cierre a los altibajos. Necesité preguntarle sobre el dinero, si había tomado el recaudo de quedarse con una buena parte de ahorros de los que, a posteriori, disponer. En fin, por un lado, más culpa disfrazada Y por otro, como si el mismo Eduardo me lo estuviera susurrando en los oídos, deseo de no ser el causante de una mala decisión que pudiera hacer peligrar su futuro monetario. Vivir en una sociedad no era simple de sobrellevar. También nos dictaba un gran *No*. Esa máquina de triturar sueños. Había que saber sobrevivir. No podíamos escapar a los deberes y obligaciones varias, moral, preceptos religiosos y familiares, sucesos inesperados, gastos diarios, comida, ropa, medicación, impuestos, servicios. Básicamente cadenas y postergación de por vida.

Ella, sin hacer preguntas y entreviendo mi preocupación, se apuró a tranquilizarme, diciendo que no estaba tan fuera de sus cabales como para arriesgarse en un solo giro de ruleta. En buena parte se trataban de ahorros que habían sido de su madre. Y que ella, además, durante bastante tiempo, se había ocupado de engrosar con sus propias reservas. Después de todo, yo no podía ignorar que casi no salía, y era bastante moderada en los gastos del hogar. No se daba ningún lujo, ni tampoco tenía gastos fijos excesivos. Así que no había razón para que me sintiera culposo. Eso terminó con las inquietudes de mis primeros devaneos y me predispuso mejor para empezar con los preparativos.

Con Mariela convenimos la fecha una vez se dieran por finalizadas las actividades del ciclo lectivo Universitario. Y lo primero que hice luego, fue hablar con Rubén, el dueño de la fotocopiadora. Por suerte, no me opuso ningún reparo. Durante esas fechas él también, coincidentemente, había decidido tomarse vacaciones.

Los trámites para obtener el pasaporte eran personales. Así que, en ese caso, si bien quería evitarle a Mariela toda molestia u ocupación relativa a los aprestos para el viaje, tuvo que llegarse hasta la comisaría N° 2, en San Martín, ubicada a la vuelta de la Municipalidad, para gestionar su emisión. También tramité mi pasaporte allí. Por suerte, el retiro de ambos documentos pude realizarlo por mi cuenta con el comprobante de emisión y pago. A partir de eso, me sentí más desahogado sabiendo que ella no tenía que preocuparse de nada más. Que dando el resto bajo mi responsabilidad, me aligeré de una considerable parte de saberme favorecido, sin estar ciento por ciento convencido de ser merecedor de ello. Pero debo decir que ayudó. Los visados múltiples en la Embajada de la India resultaron ser gratis, y los pude realizar sin que fuera necesaria su asistencia. Bastó llevara los pasaportes. Lo misma facilidad tuve para su retiro. En cuanto a los visados de Nepal, fue más sencillo aún; se tramitaban a la llegada al aeropuerto en Katmandú, con un pequeño cargo en dólares por los mismos. Conseguimos pasajes aéreos para fines de enero por *Swissair*, con conexión en Zurich, para luego seguir vuelo a Nueva Delhi, con regreso a Buenos Aires en febrero. Y también los boletos de la conexión Delhi-Katmandú, ida y vuelta, por *Air India*.

Eso de ir a la buena de dios, sin un paquete turístico armado desde Buenos Aires, ni hotelería ni guía, con una persona con capacidades diferentes como Mariela, por momentos solía despertarme preocupación. Pero por otro lado, estaba en mí la necesidad de ocasionarle los mínimos gastos posibles, los que por cierto ya no eran pocos, y eso me mantenía firme en aquella determinación. Igualmente, tomé todos los recaudos de darme de buena información general y no tan general, consi-

guiendo una guía de viajes de la India (no conseguí una de Nepal), con imprescindibles mapas de ciudades, sus calles y sitios de visita, hoteles, medios de transporte, otras direcciones de importancia, horarios de apertura y cierre de museos y lugares históricos, feriados, y todo los datos que puede proveer una buena guía de viajes respecto a las artes, la arquitectura, religión, costumbres, tradición culinaria y demás. Más puntillosamente me encargué de recabar información histórica y religiosa, la cual, en parte, también bajaba de Internet durante la noche, e iba compilando en una carpeta para aprendérmela, y ser así el mejor guía en castellano que Mariela pudiera tener; una manera de esforzarme por ya no equiparar, sino devolverle algo de tanta generosidad.

En ese sentido venía sintiéndome seguro. Después pensé en la cantidad de horas de vuelo que teníamos por delante. Aquello me alarmó por el tema del baño. En algún momento, ella iba a necesitar hacer uso del mismo. Pensándolo bien, era una tontería. Ocurría que yo conocía a Mariela. Probablemente no había pensado en que la silla no iba a tener espacio para circular por los angostos pasillos del avión, de manera que alguien, en este caso yo, iba a tener que cargarla, a menos que ella decidiera movilizarse por su cuenta. Esa estupidez vino a amargarme un poco. Nuestra niñez me lo presentaba de esa forma. Pensé en que había que terminar de poner en práctica algo que muchas otras veces había pensado: el que a partir de un punto, había que cagarse en una considerable parte de todo, y santo remedio. No quedaba otra alternativa. El mundo también necesitaba respuestas de ese tipo. Eran políticamente incorrectas, cuestionables, pero no hacía más que pedir las a gritos todo el tiempo.

La fecha del vuelo iba acercándose y lo vivíamos con no poco nerviosismo; si se quiere un buen nerviosismo, producto de las expectativas que generaba un acontecimiento tan fuera de lo común en vidas como las nuestras.

A días de partir, nos reunimos en varias ocasiones con la finalidad de anticipar los preparativos. Queríamos asegurarnos de no dejar nada en el tintero. Así que nos dedicamos a pensar todas las posibles situaciones que pudieran surgir en el exterior,

de cómo prevenirlas y cómo, llegadas a producirse, tratar de solucionarlas. Más que nada las relativas a la documentación y a la salud. Confeccionamos una larga lista, e hicimos figurar en ella un botiquín de medicamentos para confrontar los males más simples que nos pudieran aquejar. Después, todo lo relativo al viaje en sí mismo, desde cámaras fotográficas, pilas y baterías, pasando por la ropa, artículos de tocador y cosméticos, lapiceras, despertador, paraguas, cortaúñas... hasta llegar a detalles mínimos como aguja e hilo de coser.

Bromeando, le dije a Mariela:

—Trata de no llevar mucha ropa. Las mujeres siempre acostumbran a meter el placard en la valija cuando se desplazan de un lado a otro.

Me contestó:

—Por eso quedate tranquilo, que yo uso la mitad de ropa que vos. No necesito ni pantalones, ni polleras, ni zapatos, ni zapatillas. Así que, me parece que si uno de los dos está más cerca del exceso de equipaje, esa no soy yo.

Me reí. Y fue tan bueno reírse. Y si fue tan bueno, fue porque nos reímos los dos. Más todavía porque la escuché reírse de sí misma; caminar con la risa. Sumir en el ridículo al destino trágico.

El vuelo salió de madrugada. Horacio no se acostó para poder despedirnos cuando la combi con la que habíamos pautado el traslado, pasó a recogerlos. Camino a Ezeiza, todavía me resultaba de no creer que estuviera embarcándome en algo que nunca me había animado a alcanzar. Mariela, en cambio, había sabido encontrarle esa vuelta de tuerca necesaria para su realización. Me estaba llevando. Llevaba a mi espíritu montado en su silla. Con respecto a esta última, no me equivoqué, tuvimos que enviarla con la otra junto al equipaje. Nos proporcionaron una, adaptable a las dimensiones del avión: práctica y plegable. Los asientos, los más cercanos al baño, como pedí, explicando su condición; pasillo para ella, centro para mí. Nos permitieron pasar primeros. Mariela misma se acomodó en el asiento con facilidad sin requerir ninguna ayuda.

El avión comenzó a moverse lentamente en dirección a la pista. Mariela comentó:

—Nunca había volado antes.

—Yo tampoco. ¿Te da miedo?

—Algo.

A los pocos minutos llegó a la posición de despegue y se encendieron las turbinas con estruendo, metiéndose en el cuerpo. El avión comenzó a carretear y tomar impulso. Ella se tapó los oídos con las manos.

—Qué ruido hace —dijo subiendo el tono de voz.

Saqué un chicle del bolsillo y se lo di. Yo me metí otro en la boca. Cuando alcanzó la suficiente velocidad para decolar, me tomó de la mano y me dijo:

—Me da un poco de miedo.

Se la apreté y le aseguré:

—No pasa nada.

El avión alzó vuelo, y sentimos el suave efecto de la inercia cuando rompió con la gravedad.

—Que sensación rara —señaló.

—Allá vamos —dije.

Y si uno lo pensaba bien, más allá de esa sensación, era algo casi increíble, porque impulsados desde el pasado por un viejo libro de estampas y fotos de lugares del mundo, casi sin esperar, allá íbamos.

Por más que uno vaya en plan de viaje de placer, veintiocho horas corridas desde la salida hasta la llegada a Nueva Delhi, incluidas las horas de espera en Zurich, no dejaron de ser estresantes y agotadoras.

Lo peor de estos vuelos tan largos es, qué hacer con las piernas. Se entumecían, uno quería quitárselas como los zapatos. No estaban acostumbradas a permanecer fuera de su ejercicio durante tanto tiempo. De igual manera, no estaba acostumbrado a pasar tantas horas sentado, sin otra cosa que, de vez en cuando, devolverle por un momento al traste su redondeada forma natural, caminando por los pasillos del avión en busca de un breve relajamiento.

Mariela no tuvo esos problemas. El avión le exigía una postura a la que estaba acostumbrada de toda la vida. Llegó más entera que yo, aunque dicho así pareciera mover a sutilezas. Ya en Delhi, sellado el ingreso al país en migraciones, me dediqué a recoger el equipaje y las sillas. Estaba un tanto desconcertado. Eran las dos y media de la madrugada y no se registraba mucha actividad. No había abierto ningún sitio de cambio de divisas, ni tienda, ni nada. Quise entablar conversación en mi mal inglés con alguien del personal de limpieza del aeropuerto, pero

no manejaba el idioma. Estaba cansado del viaje y tenía ganas de ponerme en marcha cuanto antes. No sabía cómo resolver.

Anduvimos dando vueltas por el aeropuerto, pensando en que tal vez debíamos esperar a que empezara a cobrar cierta regularidad. Fue cuando cerca de la salida, noté un mostrador redondo que resultó ser una Oficina de Información Turística del Gobierno de la India.

Allí una joven muy amable, morena, de rasgos típicos, haciendo cierto esfuerzo por entenderme, se ocupó de conseguirnos un taxi y un hotel para esa noche. Nos ofreció una carpeta en la que pudimos escogerlo según nuestra disponibilidad monetaria. Le pedí amablemente, si sabía a dónde podía dirigirme para cambiar algunos dólares por rupias. Me contestó que los bancos estaban cerrados en ese horario. Pagué el taxi en moneda americana y al fin pudimos iniciar la marcha. Tuvimos problemas con una de las sillas. Pero el taxista la terminó poniendo en el baúl de costado, y como la tapa del mismo no podía cerrarse, la sujetó lo mejor que pudo con un sobrante de cable eléctrico que tenía ahí mismo, para que no golpeará mientras el vehículo estuviese en movimiento. Del techo del taxi, a los costados, en el espacio interno del conductor y del acompañante, caían unos colgantes de colores varios, iguales a los cristales que conformaban parte del tablero. Tenía también un pequeño ventilador y algunas imágenes de dioses y la foto, por lo que pude deducir, de una joven artista india. Mientras nos dirigíamos al hotel, no vimos más que niebla. Todas las afueras de Delhi parecían estar hechas de esa sustancia. Era tan espesa y estaba tan extendida que no podíamos ver absolutamente nada que no fuera su blanco fantasmal. Mariela no le prestó demasiada atención dado que iba dormitando. La miré, llevaba la cabeza inclinada a un lado, los ojos cerrados, y sentí la gran responsabilidad que tenía. Algo cercano a la angustia se instaló en mi abdomen. Me encontré literalmente perdido. Una sensación provocada por la niebla nocturna y esa nada con la que envolvía las cosas. De tal manera que, una vez llegados a la puerta del hotel, me pareció que nos habíamos traslado del aeropuerto a él, sin que nada vivo ni nada que me recordara a

lo humano, a no ser Mariela, el taxista y el taxi mismo, nos hubiera salido al encuentro. Como si hubiésemos atravesado la vacuidad, o un *agujero de gusano*; de la dimensión del aeropuerto a la dimensión en donde se levantaba el hotel y solo el hotel.

Al bajar del taxi, percibí un olor desconocido. Mis pies no llegaban a tocar el suelo de la manera habitual: sentí menos contacto. El cordón umbilical con lo cotidiano se había roto. Palpitó mi fragilidad con una intensidad nunca antes vivida. No me pregunté el por qué. No era momento. Al ver el taxi, los maleteros que estaban esperando tras la luminosa puerta de vidrio, se acercaron sonriendo a darnos la bienvenida, sin decir palabra, sabiendo que éramos extranjeros. Su apacibilidad y su esmero de primeros anfitriones, no alcanzó para devolverme a una menuda quietud interna. Es más, incrementó mi inestabilidad con su contraste. Les retribuí la sonrisa como pude. Me sentí algo apocado. La barrera cultural apenas empezaba a mostrarse y nos esperaba bajo la niebla. Deseaba que desapareciera y que hubiese algo bajo ella, aunque en ese instante se me figuraba que, cuando se disipara, y aun cuando fuese imposible, no podría haber más que la nada.

Mariela se había dormido, y recién despertó cuando escuchó el movimiento y la conversación en hindi fuera del auto. El taxista terminó de sacar la silla y, feliz, espabilándose, volvió a ese asiento que era su forzado lugar en el mundo. En la recepción noté que tenía ciertas dificultades para comunicarme con los locales. Estaba recién llegado, y no me quise apurar, pero encendió una alarma, dándome la impresión de que esa podía llegar a ser la complicada manera en que iba a tener que manejar de allí en más, y que aquello podría llevarme a perder demasiado tiempo. Quería que Mariela disfrutara de aquella estancia en India todo lo que pudiese. Y eso jugaba en contra. Se lo participé y estuvo de acuerdo. Entonces pregunté si tenían folletos sobre alguna agencia de turismo estatal. Los tenían. Después de registrarme, y no obstante la hora que era, hicieron un llamado y se contactaron con un agente oficial. Le informaron que hablaba español, y me comunicaron que por la ma-

ñana, a las ocho treinta, me esperaba en el hall del hotel una persona idónea que nos llevaría hasta la agencia. Eso me hizo sentir algo mejor. Pero la niebla era la niebla.

Agradecí la amabilidad brindada y nos condujeron a la habitación. Nunca había visto a Mariela tan contenta. No dejaba de sonreír. Le pregunté si quería bañarse, porque yo sí lo necesitaba. Me contestó que prefería hacerlo en la mañana. Teníamos unas cuatro horas y media hasta la hora pactada y consideraba mejor acostarse. Me lo dijo no sin pudor e imaginé el por qué. Íbamos a tener que habituarnos a esa situación de vernos tal cuál éramos, especialmente ella. Le dije que me iba a duchar, y fue lo que hice.

Cuando salí del baño estaba dormida, metida en su cama. Verla así fue un pequeño aviso, que me decía estaba tranquila, que había dejado reposar su seguridad en mí. Ocupaba el espacio de una criatura indefensa bajo las sábanas. No había advertido en ningún momento, ni mi incertidumbre ni mis ligeros ramalazos cercanos al pánico, que llegaban y se fugaban, regresando para volverse a ir, inestabilizándose. Traté de llamarme a la serenidad y me propuse mantener el decorado, ese doblez en donde seguir ofreciéndole aquella placidez suya. Que durmiera, que no supiera cómo me encontraba en aquella circunstancia. Que el simulacro engendrara su ensueño.

Intenté dormirme rápido, pero no pude. Demasiada excitación. Podía sentir la sangre correr dentro mío como si estuviera gasificada. Recordé que no había puesto en hora el despertador y me levanté sin hacer ruido para hacerlo. Luego fui hacia la ventana. Me di cuenta de cuántas noches de mi vida había caminado hacia una ventana, aunque ahora era otra. La niebla seguía tozuda ahí. Sus cercanías estaban encendidas por el azulado y el rojo del cartel luminoso del hotel. Aquel estado que me había invadido, aunque aminorado, persistía junto a ella, como ella. Confíe en que, por la mañana, después de la salida del sol, terminaría por desvanecerse, dejando lugar a las páginas que desde niños nos esperaban reales en el mismo lugar.

Volví a la cama. Y en algún momento, después de otro largo rato, me dormí.

Desperté recién cuando alguien golpeó la puerta. Me sobresalté. Me había quedado dormido. Rápidamente, siempre en mi mal inglés, rogué que me esperaran un momento mientras me ponía el pantalón y la camisa del día anterior, que era lo que tenía más a mano. Miré hacia la cama de Mariela, y ella ya se había levantado. Estaba casi lista, terminando de vestirse en el baño. Había sonado el despertador y no lo había escuchado; tan cansado estaba. El botones, sonriéndome con un *namasté*, me entregó una tarjeta del operador que estaba esperándonos en el hall. Era el mismo dueño de la agencia, lo supe después. Mientras me cambiaba de ropa rápidamente (Mariela aún no había dejado el baño), me llamó por teléfono desde la recepción. Le hice saber lo mejor que pude el inconveniente, y me dijo que me despreocupara, que me tomara el tiempo necesario, que él podía aguardar.

Finalmente, Mariela salió del baño en su silla, lista. Había escuchado los golpes y mi conversación por teléfono. Me hizo una serie de preguntas respecto a lo que había acordado. Le transmití todo mientras terminada de lavarme la cara y peinarme.

Me pareció innecesario que Mariela bajara antes que arreglara algo en concreto.

—Sos el capitán —dijo—. Acá llevas el timón, y yo tengo la suerte de que me lleves a donde vayas. Así que me dejo llevar. Hacé lo que creas conveniente, para mí está bien.

No iba a entrar a discutir en ese momento cuestiones de grado, como el que creía su almirantazgo, ni su calidad de única inversionista (aun cuando había llevado algo de dinero de mi parte, con la intención de no dejar que ella terminara cargando con todo el gasto); era tiempo de hacer e hice. Como había previsto, tomar los servicios directamente en el país de destino, era muchísimo menos costoso. Y tratándose de India, su mercado interno nos resultó favorable al cambio.

Contratamos un circuito que recorría Nueva Dehli, Jaipur y Agra, con una extensión a Varanasi (Benarés). *Manish*, así se

llamaba el operador (no hablaba español, solo inglés), me condujo hasta su oficina en el centro, en donde realicé los pagos. También terminé agregando los servicios de los hoteles y traslados en Katmandú, porque no solo me terminó pareciendo más práctico, sino que no resultaba nada oneroso. Además, el mismo *Manish*, se ocupó de buscarnos un hotel más económico y cercano a la agencia, lo que me pareció todo un gesto de su parte, ya que la sugerencia surgió sin mi intervención.

De ahí volví a buscar a Mariela en una combi de la agencia con *Rajan*, quien sería nuestro chofer durante el circuito.

Sin percibirlo, olvidado de la noche por la rapidez con que se habían desarrollado los últimos sucesos, bajo el sol, bajo una luz que nunca antes había visto, más opaca, allí estaba La India. La niebla se había ido antes que pudiera notarlo, tan concentrado estaba en que las cosas salieran como esperaba. Cuando lo hice, aquella angustia se había ido con ella. Ante mí se abrían grandes avenidas arboladas, un tránsito tumultuoso y estridente en dónde podía ver cómo dejábamos atrás a los *tuk tuk* y a los *auto rickshaws*. Aquella arquitectura abigarrada tan particular mezclada con edificios nuevos y otras estructuras y casonas pertenecientes a la época de la colonia británica. Mujeres luciendo *saris* coloridos. Y ese olor que todavía no podía terminar de desglosar.

Dejamos el primer hotel y nos instalamos en el que *Manish* nos había reservado. Estaba ubicado en un callejón sin salida. Era más modesto, pero estaba bien. Limpio; lo principal. Y su coste diario era también más acomodado. El arreglar nuestra nueva situación me llevó buena parte de la mañana y de la tarde, así que solo salimos a andar un poco por la zona. Me encontré con una Mariela que se movía en su silla absorbida por ese entorno exótico, tratando de palpar cada cosa que se le cruzaba; los sonidos, los sabores, las formas, los colores, la gente; especialmente la gente. Sus miradas eran diferentes. No se detenían en ella de la misma manera en que acostumbraba a soportarla Occidente. Aquello le permitía olvidarse de las redes de ojos de las que había estado pendiente siempre. Estos ojos que apenas si la rozaban eran nuevos, diferentes, de una mirada más

lejana, que no parecían preguntarse nada ni apiadarse de nadie. Miraban quizá pensando, que uno venía a la vida a ser simplemente lo que era. A cumplir su rol, por más mínimo que fuera.

En un reducido local de comidas (tenía muchos posters de artistas indios pegados en las paredes, así como de divinidades hindúes, lo cual parecía ser bastante común), cenamos una bandeja de *thali* bien variada. Pedimos una para los dos. A manera de postre, y para mejorar la digestión, tomamos cada uno un *lassi* de mango. El recibimiento culinario no estuvo para nada mal. No obstante, íbamos con cuidado. Sabíamos que los cambios alimentarios de una cultura a otra, muchas veces traían trastornos estomacales por falta de adaptación, y en viaje, solía ser bastante desagradable padecerlos. En verdad, más que comer, probamos un poco de todo, sin animarnos todavía a la comida al paso, que se veía bastante bien. De momento no teníamos el asesoramiento debido al respecto y sentimos que lo mejor era no arriesgar.

A la mañana siguiente, vinieron por nosotros para realizar el *city tour*. Ya más descansados, y aprendida la lección tras haberme quedado dormido, dejamos en recepción el aviso para que nos despertaran a las seis treinta, y de esa forma contar con el tiempo suficiente para desayunar y tener unos veinte minutos libres antes de la salida. A decir verdad, a esa altura, apenas llegado y conforme mi ánimo cambiaba, estaba empezando a sentirme abandonado, abandonado en ese abandono mío que me resultaba tan grato, y me otorgaba una paz a la que Mariela le estaba haciendo un aporte más que inesperado. Se dejaba invadir por todo. Tenía instalada una sonrisa permanente, que no se tomaba respiro. Me compartía todo lo que veía, marcándome aquí y allá, aquellas imágenes vivas que ahora surgían de los propios originales. Estaba llena de gratitud hacia mí. Cómo si haber llegado hasta ahí hubiese estado solo en mi decisión de acompañarla y darle sustancia a su sueño. Sabía que era cierto en parte, así que me subí a esa idea para sentirme más a gusto conmigo mismo. Lo apropiado era dejarme llevar. Disfrutar y ver disfrutar a Mariela. La mejor forma de comenzar a retratar el viaje era desde ese ángulo. Y así lo abordé.

Por esa razón, en ningún caso se trata de convertir este escrito en un diario de viaje, y menos entrar en cada uno de los detalles. Para eso estaba el diario íntimo de Mariela, en el que, desde el primer día de llegada, no hubo de dejar de apuntar sus impresiones.

Durante la noche, sentí curiosidad por saber que estaba escribiendo y atiné a querer me leyera algo. Lo captó al vuelo y de buena manera me lo negó, prohibiéndome además, terminantemente, se me ocurriera abrirlo:

—Prometeme que no lo vas a abrir jamás. Ni durante el viaje, ni nunca. Es más, si algún día, por alguna razón, llega a quedar en tus manos, te voy a pedir que lo quemes sin abrirlo. Así, sin más.

— ¿Qué lo queme?

—Sí. Que lo quemes. Y sin abrirlo.

—No veo razón para no poder quedármelo como recuerdo, pero, si es tu deseo... ¿Tan terrible es lo que dice? —dije en broma.

—*Son escritos que podrían llegar a hacerte daño. Y yo no quiero eso.*

Durante la primera parte del *city tour*, nos dirigimos a la avenida *Rajpath*. En las periferias de amplios jardines, canteros y segmentos arbolados, se erguía la residencia presidencial, el *Rashtrapati Bhavan* y los edificios del *Secretariado*, hacia el oeste. También los *Archivos Nacionales* y la *Puerta de la India*, monumento con el diseño de un gran arco que rendía homenaje a los soldados caídos durante las guerras afganas y la Primera Guerra Mundial. Hicimos un par de fotos y de allí continuamos al *Lal Qila o Fuerte Rojo*, la impresionante fortaleza de piedra arenisca de arquitectura mogol. Le siguieron el *Jama Masjid*, el complejo de *Hazrat-Nizam-Ud*, y el templo *Sij Gurdwara Bangla Sahib*. El segundo día del circuito (el tercero en India), recorrimos el área metropolitana de la vieja Delhi, las tiendas de *Chandni Chowk* y las calles que la circundan, así cómo *Khari Baoli*, el mercado de frutas secas y especias, rebosando de gente y un ordenado caos, carteles y algún que otro turbante; infinidad de aromas expelidos por una gran va-

riedad de condimentos: cayena, cilantro, azafrán, canela, cúrcuma, comino, jengibre, cardamomo, curri, kalonji, semillas de mostaza, junto a colorantes de tonos muy intensos: violetas, uvas, amarillos, fucsias, rojos, azules, verdes, naranjas. El recorrido terminó en la sobria *casa de oración Bahá'í o Templo del Loto*, conocida de esa forma por su arquitectura, la que remitía a aquella flor, y de la que emanaba una tranquilidad de difícil transcripción, cuyos grandes vitrales que representaban divinidades hindúes, otorgaban una gran claridad al interior del recinto.

Todo estaba saliendo bien. Eran días en que recién empezábamos a acomodarnos al brusco choque cultural. Lo que no era fácil. Nuestros cinco sentidos estaban extrañados. Todo lo que veíamos, escuchábamos, olíamos, degustábamos y tocábamos, era diferente. En esas condiciones uno parecía expandirse sin anclaje alguno en una inseguridad placentera, constantemente sorprendido, filtrado por un contexto nunca antes experimentado, que construía de otra forma al yo. Lo más parecidos a pompas de jabón flotando sobre otro sistema simbólico que no era el nuestro y en el que no podíamos encajar. Por mi parte, esa deriva me resultaba hermosa. De alguna manera, me permitía cobrar mayor conciencia de la fragilidad de la que estaba hecho, de lo tan vivo que estaba, y que mañana, o simplemente al rato, podía no estarlo, no volver a respirar. Y no digo que todo el día, pero al menos una o dos veces en lo que duraban sus veinticuatro horas, deberíamos recordarlo y tenerlo en cuenta. Es un pensamiento en el que reside (que bueno poder volver a mencionarlo) un grandioso germen subversivo, al menos a nivel personal.

Al cuarto día salimos en dirección a Jaipur. Tuvimos que madrugar un poco más de la cuenta, fundamentalmente para tener listas las valijas y desayunar ni bien se diera apertura al buffet. El camino a Jaipur nos deparó mucho más de lo que esperábamos. No era un mero trayecto hacia un punto de destino: era un destino en sí mismo. La India profunda vivía al lado del camino. Modesta y sufrida. Delgada y cobriza. De *lungi, sari y choli*. Aunque en las ciudades se adoptaba más el

estilo de vestimenta occidental, el que podía verse mezclado con no poca frecuencia a la orilla de la ruta con la vestimenta tradicional india.

Las ventanillas de la combi nos ofrecían un espectáculo único. A nuestros ojos, a primera vista, aquellos hombres, mujeres y niños que se desplazaban hacia atrás en los cristales, parecían estar inmersos en una pobreza que difícilmente podría ser sobrellevada con dignidad por un occidental. Los distinguía un aire de asumida renuncia religiosa. Aunque quizá confundía una resignación instituida por el régimen de castas, ese sistema hereditario de estratificación social (*brahmanes, chatriás, vaisbias, shudrás*, y los descastados: los *dalits*), el deber de cada casta de atender a su *dharma*, de no salir de su esfera, de no alterar el orden establecido divinamente, de no poner en riesgo su *avance* hacia el *Absoluto* a través de la rueda de las encarnaciones, le tocara el lugar que le tocara, sellando su destino: la base de la moral hinduista. Quizá la pobreza estaba tan difundida, que lastimaba menos desde dentro, *acompañándose en el número y en la desgracia*. No obstante, parecía haber más conciencia de cierto desprendimiento material que me decía, esa pobreza no era en ningún caso miseria. La miseria, no podía sino remitirla al espíritu. Y en ese sentido, más allá de lo subjetivo que pudiera resultar, se me figuraba más doloroso ser un mendigo en *la Gran Manzana*, que serlo en India. Su soledad debía ser tan acentuada como interminable. Habría en él un profundo resentimiento de diferencia, una profunda insatisfacción (aunque también la había aquí, pero de otra manera, más reprimida en la renuncia religiosa) Una enquistada frustración que nacía de la forma en que nuestra sociedad occidental tenía de moldear el deseo, de excitarlo permanentemente, de educarnos en la posesión y en el adquirir, y de ignorar, de desoír, de desatender, de prescindir, de fomentar encubiertamente la desidia y la exclusión, de instruirnos en un esfuerzo dirigido al yo, como si este fuera un gran monopolio aislado del sufrimiento del otro. No obstante, en todos lados se cocían habas, más chicas o más grandes, o de tamaño descomunal. Para ser franco, los *Varnas* me desdecían arrastrándome al ab-

surdo. Lo pensé mejor. La odisea y la miseria, estaba visto, no tenían exclusividad.

Y por esa causa, la primera impresión no terminaba de borrarse. Resultaba ser un golpe duro, deprimente. Requería de una mayor adaptación. Eran cientos las endebles carpas improvisadas con grandes plásticos de color azul diseminadas por los campos; muchas las personas trabajando en ellos. A la vera de la ruta, podían verse mujeres moldeando bosta, que luego seca, se utilizaba para alimentar el fuego y cocinar. El tráfico era bastante alocado e imprudente. Vimos algunos vuelcos y choques durante el recorrido. En ocasiones el chofer tenía que sobrepasar el andar cansino de un elefante doméstico que tomaba parte del camino, o la velocidad reducida de algún vehículo o camión en estado calamitoso o cargado con gente por demás, que para desplazarse de un lugar a otro, aprovechaba incluso el espacio disponible que quedaba sobre el techo de la cabina del conductor. En un país con más de mil millones de habitantes, en dónde las necesidades elementales eran la prioridad, se economizaba de múltiples formas. Sin dejar de lado el concurso de la privación.

Mientras escuchábamos una interpretación de *sitar* y otros instrumentos folklóricos (*tabla*, *pakhawaj*, *surbahar*) que *Rajan* había elegido para nosotros, Mariela se descolgó con querer información acerca de algunos conocimientos generales de Hinduismo, que consideraba podía aportarle dada mi condición de estudiante de filosofía. Nada de eso había aprendido en la universidad. Occidente desestimaba lo que Oriente llamaba su filosofía. Me atajé diciendo:

—Bueno, unos conocimientos un poco menos que generales, querrás decir.

—Dale, no te hagas...

Me había preparado para eso. Era lo mínimo que podía haber hecho por ella, además de hacerle compañía.

—Quizá lo más apropiado sería empezar por definir que es el panteísmo. Es una doctrina que entiende la realidad desde un concepto unívoco de ser, de manera que todas las cosas son interpretadas como modos de este ser único. Es un manismo

immanentista en el que la divinidad y la totalidad existente son una misma cosa. Todo es *emanación* de la divinidad, que no es lo mismo que decir creación de esta.

—Me perdí un poco con eso de... ¿immanentista, dijiste?

—A ver, pensalo así. Acá no hay trascendencia que valga. No hay *Creación* alguna. Nada trasciende del Absoluto. Él es todo, y nada hay más allá de ese todo. Su actividad es inmanente porque la acción perdura en su interior. Si lo vemos como una propiedad, digamos que sería aquella por la cual una determinada realidad permanece cerrada en sí misma, agotando en ella todo su ser y su actividad, siendo su propia causa. ¿Se entiende?

—Sí, ¿y lo otro?

—¿Manismo? Es el culto a los muertos. En el hinduismo se cree en una solidaridad vital que se da trasvida entre los vivos y los muertos. En casi todas las culturas se cree en algo así. Si no perdés de vista la idea de Panteísmo y *Absoluto*, quizá lo entiendas mejor. Acá entre la vida y la muerte no hay distinción de fondo. En el caso del Hinduismo se habla de *Absoluto o Brhman*, no del *Ser*, a la manera occidental. Y este *Absoluto* es increado, indefinible, inconmensurable, insondable, inefable; la unidad del todo.

—Yo pensé que era un politeísmo. ¿No tienen muchos dioses?

—En realidad, sí y no. Depende de la corriente interpretativa. No es un politeísmo, como podría serlo el politeísmo griego. Acá todo es *Brahman* y absolutamente todo es emanación de él. Por ejemplo: *Brahma*, *Vishnu* y *Shiva*, la triple forma de la divinidad o *trimurti*, son *aspectos* del mismo *Absoluto* que es *en sí*; distintas manifestaciones de lo mismo. Todo procede de él por emanación y retorna a él. La creación se excluye porque no se trata de pensar en creación alguna, ya que es todo lo que es sin más, presidiendo el origen del universo desde siempre y para siempre. Él preside el origen del universo. Es el alma del mundo, del cosmos, siendo todo. Y es un principio impersonal, porque no hay parte, no hay división; no hay materia, ni siquiera habría identidad en nosotros. El *yo* no es más que

una ficción con que nos engaña la conciencia. Por eso retornar, sería tan solo reconocernos y dejarnos ir en esa unidad, que nunca a dejado de ser tal. No obstante, el Hinduismo como cultura, es bastante maleable. Según el punto de vista y teniendo en cuenta que se trata de cuestiones de fe, tiene posturas tan diversas como antagónicas. Se podría decir que admite tanto al panteísmo, como al monoteísmo, al politeísmo; incluso al ateísmo atendiendo al todo como sagrado y no como deidad. En fin. Digamos que es una religión que carece de una doctrina única. Particularmente, te podría decir que hay una creencia básica para todos, y sería la de retornar al principio, divino o no.

—Es decir que, siguiendo tu línea panteísta, todos los dioses serían *emanaciones* de *Brahman*.

—Sí. Como te decía, quizá nos suene raro porque estamos trazados por el pensamiento occidental, que es un pensamiento lógico, quiero decir, en donde A no puede ser B, ni B puede ser A, porque se excluyen entre sí, o bien, si quieres, porque aceptamos el principio de identidad, en el que A es igual a A. No obstante, sea *Parvari*, *Ghanesa*, sus vehículos, y todas las demás deidades menores o seres semidivinos, así como los hombres y todo lo existente, son emanaciones del único, que no es lo mismo que decir que sean otros individuados. Hasta lo más alejado del *Absoluto* no deja de ser “parte” de él, en sentido figurado, claro, y pugnaría por reintegrarse a través de la purificación.

—Afirmar que el yo es ilusión es algo difícil de digerir.

—Dentro de esta doctrina no somos entidades individualizadas, idénticas a sí mismas. Para entenderlo mejor tenés que despegarte de esa idea. Todo se fusiona en *el Absoluto*. Toda alma o *Atman* tiende hacia *Brahman*, el estado más perfecto, y en la medida que se aleje de él, se degrada, se vuelve ilusión. De ahí el concepto de *Maya*: realidad/irrealidad. Fijate que acá no se trata de pares de opuestos. Los opuestos no se cancelan entre sí. Conviven. O mejor dicho, no son opuestos. No los hay. Tiene sentido dentro de la lógica panteísta. Lo que ocurre es que, desde ese punto de vista, otorgarle valor absoluto a lo que

nosotros entendemos por realidad, sería caer en un error. Quedaríamos prisioneros en esta dimensión material. Y este tipo de ignorancia es la causa fundamental de lo que el Hinduismo entiende como: el sufrido error humano apegado a la realidad sensible. En cambio, rasgando el velo de *Maya*, se entrevería el camino al *Absoluto*.

—La realidad empírica, esto que experimentamos ahora, tiene una connotación negativa, entonces.

—La tiene. Desde esta perspectiva, sí. Representa el dolor existencial.

—El problema sería, ¿cómo lo rasgamos?

—Bueno. El *Samsara* es la gran rueda del devenir, y dentro de ella, el hombre está sujeto a la reencarnación. Y puede reencarnar en un vegetal, o animal, o en una divinidad, en cualquier cosa que tenga un correlato de grado con el *karma* que vaya acumulando, aligerándolo durante distintas existencias, hasta eliminarlo, si es que lo logra. Digamos que el destino del hombre está determinando por sus acciones, que pueden ser nobles o innobles, buenas o malas. Esto constituye su *karma*. Y sus efectos, como te venía diciendo, no se agotan en la vida en curso, por lo cual está determinada a ulteriores regresos a la existencia. Ahora, este regreso, el tránsito que se reinicia, no es considerado positivo en tanto revivir implica la repetición de la imperfección, el deseo, el sufrimiento, la limitación, el error, la muerte, el nacimiento, el odio, la codicia, etc: la vida. Y por otro lado, vincula el alma a la materia, lo cual es de por sí de orden inferior, nada más alejado del *Absoluto*.

La combi redujo su marcha, acercándose lentamente a la fila de coches detenidos que tenía por delante. A la distancia, podía verse una vaca parada en medio de la ruta. Estaban esperando se moviera. En un pésimo inglés, tanto que pude entenderlo mejor, *Rajan*, mirándonos por el espejo retrovisor, quiso aclararnos que, en India, la vaca era un animal sagrado. Le hice un gesto como quién quiere hacerle comprender que estábamos al tanto y que nos parecía algo muy pintoresco. Supuse que en un territorio con tantas privaciones, era más importante la leche que este animal pudiera aportar durante su

vida, que lo que podía hacerlo su carne muerta. Realmente, sin pensarlo mucho, revestía un carácter sagrado. Una vez que la vaca se apartó, continuamos viaje.

—Como te decía, el karma nos aprisiona en la dimensión espacio-temporal y esto involucra un continuo regreso indeseado. Alcanzar la sabiduría no se trata de algo racional en sí mismo, es una revelación espiritual, e implica ser absorbido por *el Absoluto*, o lo que es lo mismo, volver al seno de *Brahman*, al seno de la divinidad. Después de todo se trata de un punto de vista religioso.

—Y se vuelve a través de la contemplación, verdad.

—La técnica de meditación del nirvana es la más conocida. Pero hay distintas técnicas o varios caminos que pueden o, te diría mejor, necesitan aplicarse en conjunto. El yoga, la continencia, la abstinencia... Y el tipo de acciones de las que hablamos es fundamental. Hacés daño, caes en el error, y el karma se vuelve más esclavizante, en el sentido de no dejarte escapar del ciclo de las encarnaciones. Ahora, es la contemplación a través del nirvana lo que permitiría dejar en suspenso a la realidad, estando destinada a obstaculizar drásticamente la acción, la posibilidad de apego al mundo sensible, eliminando así el deseo, bloqueando el mecanismo del karma. Pero claro, dada la imposibilidad de una total inacción, de vivir solo sumido en el nirvana, se intenta resignificarla, apuntalándola en el control por los ritos y la devoción, para así transformar la vida y alcanzar el *morsha* o liberación del espíritu de los vínculos materiales, que de lo contrario, quedaría amarrado a la continuidad de una serie interminable de reencarnaciones. En el nirvana hinduista, dicho muy sucintamente, la finalidad sería la aniquilación de la experiencia empírica y la conciencia ficticia, porque lo que se busca es ser absorbido en el seno de Brahman, la divinidad absoluta e impensable. Al menos es mi forma de interpretarlo. El Budismo tiene una forma diferente de entenderlo.

—No te quiero cansar. Eso lo dejamos para más adelante, si querés.

—Como quieras.

—Pero lo que sí me gustaría entender mejor es esa idea del yo como ficción.

—Para entender eso sería bueno visualizar que en el hinduismo, el universo está dominado por un devenir perenne. En él cada fenómeno es una formación momentánea y fugaz. Si esto es así, el individuo en cuánto entidad sustancial y unidad psicofísica no existe, no puede existir como tal. Sería una mera ilusión asumirlo como algo que permanece. Por eso, el hombre es una personalidad fenoménica en constante devenir, unido a un concepto ficticio de ego. La apariencia de la individualidad está conformada por los que se conocen cómo los cinco *skanda*: la forma corpórea, las percepciones sensoriales, el conjunto de las nociones o lenguaje, los datos del comportamiento, y obviamente, la propia actividad de la conciencia. Te darás cuenta que, la vida humana sería una sucesión concatenada de estados psicofísicos que, a su vez, estarían condicionados por los precedentes, que a su vez, condicionarían a los siguientes, y así sucesivamente.

—Eso explicaría la causa del ciclo *kármico*, de la energía negativa acumulada en las reencarnaciones anteriores.

—Justamente lo que nos confinaría en el mundo, el que nos *condena* a él. Cómo suena esa expresión, eh, teniendo en cuenta que nos *condenaría* a la continuidad de la existencia en tanto reencarnaciones, o lo que sería lo mismo, al dolor, al error. El contacto con los objetos del mundo material es lo que genera las sensaciones que luego van a dar lugar a los deseos. Y son los deseos los que, en última instancia, generan el apego a la existencia. El hombre, lo que debe entender es que, es pura forma del universal, y que si bien pasa por una serie de vidas y transformaciones, su esperanza estriba en llegar a ser absorbido en el seno de *Brahman*. Y no está demás decirte que el hinduismo deriva del brahmanismo, siendo una forma ulterior y más moderna de la religión brahmánica.

—Qué completo —dijo.

—No, para nada. Es solo una pincelada. Tené en cuenta que todo lo que te dije es una posible interpretación y no la única. Cómo en toda religión, hay distintas posturas con res-

pecto a las maneras de ver las cosas. Hay una rama del hinduismo que no contempla el nirvana, por ejemplo.

—Mira vos. ¿Te cansé, verdad?

—No, para nada. Siempre es agradable que alguien te escuche, interesándose por lo que decís.

—Te doy un descanso. Debo ser parte de tu karma —dijo riéndose.

Continuamos en silencio, viendo pasar a la India caminante y acucillada por las ventanillas empolvadas de la combi. Dolía con dolor de estar vivo. Y ninguna de las prácticas y técnicas espirituales parecían poder ofrecerme nada que diera resultado. No podía acceder a la inactividad. No podría acceder al cese del sufrimiento. No me servían *los Puranas*, ni *los Vedas*, ni el *Srimad Bhagavatam*, ni el *Bhagavad-gītā*, ni ningún otro libro sagrado. Me resultaban cuentos que nos contábamos para justificar lo injustificable, para otorgarle un sentido a lo que no tenía ninguno. Dolía. Esa pobreza, esa delgadez morena parecía ser bien real. El velo de maya funcionaba al revés. Y su reverso, el relato que se decía legítimo, se me figuraba una creación de la institución del régimen de castas. De una casta privilegiada. Cada quién debía ocupar su lugar designado en el orden cosmológico, reencarnación tras reencarnación, para no alterar su proceso, y aprender a liberarse desde allí. Me pregunté: ¿Hasta qué punto podía someter aquellas vidas un paradigma religioso? Esa idea del karma y las reencarnaciones, sumadas a la desposesión material, me sugerían una herramienta de dominio que reforzaba la resignación más sumisa a favor de las castas más pudientes y acomodadas. Bastaba pensar que, las penurias vividas en esta vida, debían ser vistas como el purgar aquellos errores que no recordábamos (¡qué no recordábamos!) y que habíamos cometido en existencias previas.

El presente y el pasado se confundían. Me parecía ver unos de esos lugares olvidados por todos. Los límites del *Absoluto*. Y no obstante era maravilloso. Vital. Pero sin connotaciones de quietud ni paz. Ninguna *llama de un fuego apagado* vendría a salvarme. Solo eran palabras que pretendían atemperar la combustión.

Mariela continuaba mirando subyugada el espectáculo que le brindaba un mundo de apego. Quizá todo le pareciese un sueño sin pensar que en algunos días debería despertar. Sin que lo advirtiera, la miré en toda su pequeña extensión durante unos segundos y pensé: “¿Qué cosas tan terribles, tan espantosas podía haber hecho en otras vidas alguien como Mariela, para tener que cargar con ese karma?”

Los días pasaban. Y pasó *Jaipur*. Pasó su Palacio. Y el observatorio *Jantar Mantar*. Pasaron los Fuertes de *Jaigarh* y de *Amber*, y sus elefantes y sus monos. Pasaron las flores y los dulces para ofrendar en el Templo *Shila Devi*. Pasó la caprichosa y amplia fachada del *Hawa Mahal*, también conocido como el Palacio de los Vientos, con sus pisos de ventanas enrejadas y octogonales. Pasaron las callejuelas de *Badi Chaupar* con sus artesanías. Y el templo de *Govinda Neva*, dedicado a Krisna. Y los bazares *Bapu* y *Nehru*. Y los encantadores de serpientes.

Pasaba la vida, y esa alegría que vivíamos mantenía todo tan fresco, nos mantenía tan protegidos, que aún cuando dejábamos atrás para siempre cada sitio de visita, no podíamos experimentar todavía la nostalgia de lo que nunca jamás volveríamos a vivir. No había tiempo para eso.

Afortunadamente, teníamos bastantes días por delante. Y todo se iba dando mejor de lo que lo había imaginado. Mariela estaba sumamente feliz (lo había mencionado, y si lo repito, y si vuelvo a repetirlo, es porque es de esas cosas que bien vale repetir, de aquellas cosas que repitiéndose, nunca se repiten, porque tienen el valor de lo efímero, el de cada intenso instante que vale por sí mismo) Eso hubiera bastado para colmarme, pero el azar, la diosa *Lakshmi*, o vaya a saber qué, me daban

más de su abundancia, porque sabía se trataba de lo imborrable; de atesorados recuerdos que me acompañarían hasta el final, aún cuando terminaran disipándose conmigo, probándose que estábamos hechos de sueños.

Habíamos llegado a *Agra* en la mañana. Ya entrados en la ciudad, nos impactó una rotonda en donde vimos circular apiñados, rickshaws, tuk-tuks, bicicletas, motos, autos, camiones, gente de a pie llevando carga, camellos, cerdos, vacas, perros, un elefante. Todo parte de lo misma masa circulante intentando escapar a su reencarnación. Nunca mejor dicho: múltiples manifestaciones de lo mismo.

Al término de registrarnos y acomodarnos en el hotel, el *Taj Plaza*, a solo unas calles del *Taj Mahal*, salimos hacia *Sikandra*, al complejo de *Akbar* el Grande. Al regreso nos dirigimos al templo de *Soami Bagh* y luego a la Fortaleza de *Agra*. Al caer la tarde anduvimos por el bazar *Sadar*. Cansados, volvimos al hotel. También debíamos levantarnos relativamente temprano, lo que hicimos al día siguiente, para salir hacia las ruinas de *Fatehpur Sikri*. A la vuelta, nos encaminamos directamente al *Taj Mahal*, esa obra maestra de la arquitectura mogol, un conjunto de edificios integrados, alzados por el emperador *Shah Jahan* en honor a su esposa favorita, *Mumtaz Mahal*, quien falleció en el parto de su hija decimocuarta.

Al atravesar el edificio de la *Darwaza* —el portal del muro almenado, impresionante puerta en piedra arenisca roja con incrustaciones de motivos florales, caligrafías árabes y otros diseños en mármol negro y blanco— Mariela se adelantó para que nos sacáramos unas fotos con el mausoleo principal de fondo, reflejando su cúpula *amrud*, típica de la arquitectura del Islam, en el largo estanque de los jardines persas. Le entregó la cámara a uno de los vigilantes de la entrada, quién se ofreció gustosamente a tomarlas. Nos guió con la mano instándonos a correr a la posición que buscaba, hasta acomodarnos en cuadro. Ella me tomó del brazo, lo que me obligó a reclinarme de costado sobre la silla, y apoyó su cabeza en el. El hombre tomó varias fotos y finalmente le entregó la cámara. Ella se lo agradeció con un gesto sonriente y unas palabras en inglés, y

luego volvió a su puesto. Controló las imágenes digitales para su conformidad.

— ¿Cómo salimos?

Las miré una a una.

—No están nada mal.

Más que probablemente habría sacado miles de esas fotos ha pedido de los turistas.

— ¿No es maravillosa? —dijo mirando la tumba de *Mumtaz Mahal*.

—Ya lo creo que sí.

Anduvimos hasta el blanco mausoleo de mármol, que se alzaba frente a nosotros con una belleza incomparable. Montado en una alta plataforma del mismo material, los minaretes terminaban de darle en su simetría, un equilibrio armónico único. Era una estructura formidable. Una de las siete maravillas del mundo moderno, patrimonio de la humanidad, que había terminado convirtiéndose en un monumento al amor. Aunque no estaba muy seguro de si las demás esposas del emperador hubieran pensado lo mismo. O los obreros que torcieron sus espaldas participando durante tantos años en la construcción. O los arquitectos, escultores, decoradores, calígrafos, maestros incrustadores, y demás participantes que, según se cuenta, fueron amputados y cegados luego de la finalización de la obra para evitar pudieran reproducir logro semejante. Al menos esa historia se había difundido, y si bien podía ser falsa, tampoco había motivos para pensar no fuera cierta.

Volviendo a mí, nunca terminaba de entender porqué me surgían ese tipo de pensamientos en lugares como esos.

Bueno, desde chico ya era así. Una pieza que no terminaba de encajar en ningún sitio. Tal vez se tratara de mi karma. Pero no era malo pensar. Algo doloroso quizá, aunque también placentero.

Verdaderamente, el amor como algo universal no terminaba de convencerme. Entendía la fórmula del Don. Aquello de dar sin esperar nada a cambio, ningún tipo de retribución más que la que el Don recibía en su propia dación. Se arrojaba como semillas al viento. Cierto es que, eso no nos prohibía recibir en

correspondencia lo que pudiera venir más allá del Don mismo. Pero no era ese el caso. Para la fórmula del Don, dar amor esperando una retribución, era una forma devaluada del amor, porque suponía no otorgarlo si no existía reciprocidad, faltando de esa manera al Amor en su forma más sublime. Pero aún así, el solo pensarlo me hacía sentir en soledad. El Don me hablaba de dolor y sacrificio; de entrega desproporcionada. Algo parecía no funcionar. Sin contar que libertad y amor no iban de la mano. El amor quería poseer. No parecía ninguna perfección fuera de su idealizado modelado en el lenguaje. La práctica revelaba lugares oscuros. A menos que esa oscuridad fuera la nuestra, imposibilitados para abarcar toda esa dimensión que podíamos llegar a creer universal. O la vida humana era demasiado corta para aprehenderla. Más que al amor, amábamos *nuestro* amor. ¿Había amor sin motivos egoístas? ¿Sin intereses? El afecto, el amor, no eran imparciales. El amor jamás es cómo lo sublimamos, esa idealidad. Nunca funciona en esos términos. Parece funcionar, aunque no como uno quisiera, y por lo visto, con eso basta. El amor tiene sus estrategias. Saber dónde no hay que mirar. Lo demás depende de desconocerlo o saberlo esconder. Son como ramalazos cortados que ofrecemos y recibimos en un mundo que solo puede ser escindido. Es cómo un hilo de coser de dudosa calidad, que se rompe a menudo, y con el que uno zurce parches sobre parches a cada instante.

Las relaciones de amor no dejaban de ser por eso conflictivas. No excluían el querer imponer al otro nuestra voluntad. Éramos básicamente diferentes, y siempre alguien tenía que ceder. Nunca había entendido eso de la igualdad. Éramos iguales en la diferencia. No obstante, no era que subestimara o deslegitimara al amor, esa respetable tendencia del espíritu humano. Quizá se trataba de que yo no era sino el confundido producto de una época, en donde podían leerse por Internet, informes u artículos positivistas que aseguraban poder explicar con sobrados fundamentos científicos, el flechazo de Cupido en términos químicos. Como resultado de dichos procesos, el enamoramiento era producido por el cerebro, cuando liberaba

al torrente sanguíneo hormonas y neurotransmisores como la adrenalina, serotonina, oxitocina, vasopresina y dopamina, para así, de esa forma, vincularnos al ser amado. Otra clara señal de que el mundo apestaba, e íbamos camino a comprar amor en cápsulas o inyectables en las farmacias. Por más planteos que tuviera, no podía acordar con algo así. Era una explicación de laboratorio más elaborada, más contemporánea, más detallada que la de *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer. Esa fuerza ciega, absoluta e indeterminada, independiente e irracional; el fondo en sí de la naturaleza fenomenal, la esencia misma de las cosas, a la que la razón quedaba subordinada. Una voluntad del mundo abstracta, que carecía de meta y finalidad, sin sentido alguno, pero que no obstante, llegaba a impulsar a los hombres a vivir. Sin embargo, solo se trataría de la naturaleza engañando al individuo, embaucándolo, haciéndole creer que obedecía a sus propios deseos. En él, la voluntad se había hecho individual, y esta debía ser engañada de tal suerte, que creyera trabajaba en su propio provecho, cuando en realidad, lo hacía para la especie, para la voluntad ciega misma. Esa ilusión de la voluntad individual necesitaba de otras muchas, entre ellas, el amor.

No era que me sintiera un adherente a la filosofía de Schopenhauer; la asumía como otra de las tantas posibilidades de interpretación de la realidad, pero tampoco subestimaba lo instintivo. De hecho, en un contingente de alemanas que se mantenía a la par nuestra, hubo al menos dos que despertaron mi genitalidad. Mariela advirtió mis miradas furtivas y evitó discretamente hacer comentario alguno, para continuar fotografiando el mausoleo, la mezquita y el *jawab*. De haber estado solo y haber sabido algo de alemán, no hubiera dejado pasar la oportunidad de intentar un acercamiento.

Cuando llegamos a la altura de las escalinatas, se me figuró que no íbamos a poder subir con la silla. Iba a tener que cargarla. Sentí un nudo en la garganta. Pero no había llegado hasta ahí, para que ella solo pudiera ver el edificio más importante del complejo desde abajo de la plataforma. Se lo hice saber.

—No importa —dijo—. Subí vos.

No le contesté. Me quité las zapatillas para dejarlas junto a la silla e intenté alzarla, pero se resistió.

—No, Ariel. Te dije que no —dijo terminante y algo molesta. Las alemanas notaron la situación y se quedaron mirándonos. Eso acrecentó más su pudor—. Andá vos —dijo—. No te prives por mí.

—Bueno, de acá también se puede ver.

—Que bobo sos. Lo vas a tener que mirar de acá, entonces. ¿Viniste hasta *Agra* para eso?

—Por lo visto, vos sí.

—No estamos en las mismas condiciones, Ariel.

Una de las alemanas, que intuitivamente creyó entender lo que pasaba, llamó mi atención para señalarme en inglés que hacía muy poco habían adaptado rampas para discapacitados que, por lo visto, no habíamos advertido. Le agradecí enormemente. Me había apresurado. No había tomado el recaudo de preguntar acerca de si Mariela podía tener acceso al edificio dada su discapacidad, y me ahogué en un vaso de agua.

Me disculpé con Mariela.

—Se me pasó ese detalle.

Ella contestó

—No te preocupes. Igual yo venía con esa idea. Es como si fuera a ver las pirámides de Teotihuacan. Las iba a tener que apreciar desde abajo solamente. No creí que se pudiera modificar un edificio arquitectónico patrimonio de la humanidad por eso de su conservación. Aunque es una adaptación. No obstante, nunca pensé que podía haber rampas. Y tampoco pregunté.

Volví a calzarme las zapatillas. Ahora podía dejarlas arriba, donde sabía lo hacían todos, antes de entrar al sepulcro.

—No nos engañemos. De todas maneras podías subir igual. Incluso por tus propios medios. Sin la silla —dije.

No recibí respuesta. O sí. Empuje la silla por la rampa hasta llegar arriba. Me descalcé. Ella no necesitó hacerlo.

Miré hacia abajo, y en el *charbagh*, una familia india, tanto mujeres como niños y hombres, rodeaba a las alemanas por sacarse fotos junto a ellas. A las turistas les parecía divertido ese

cholulismo que repentinamente había surgido frente a su normal anonimato, y se reían disfrutando ese estrellato efímero, prestándose a ser fotografiadas. Los indios tenían la costumbre de tomarse fotografías con los turistas en el *Taj Mahal*, que además, siendo ellos tantos millones, nunca dejaban de ser una rareza, porque siempre se veían poco. Lo hacían, en parte, como recuerdo y símbolo de amistad y amor. Las niñas parecían estar fascinadas con los cabellos rubios de las mujeres jóvenes. Rondarían entre los veinte y treinta años. Y los hombres, las miraban con mi misma mirada secreta. O no tan secreta. Y menos para una mujer.

Mariela me tironeó de la manga de la camisa:

—Aprovechemos a entrar ahora que hay poca gente.

El mausoleo, desde afuera, se veía imponente. Admiré su fachada: sus arcadas, sus cenefas, las caligrafías de versos del Corán, las decoraciones geométricas abstractas, los zócalos de mármol con bajorrelieves de flores y vides, los laterales de los arcos decorados con incrustaciones de piedras semipreciosas en jade, cuarzo y mármol amarillo. Todo en nombre del amor. Todo en nombre de un sueño. Empujé la silla sin dejar que le diera encendido. Se lo dio igual y se despegó de mi empuje.

En el interior de la sala octogonal, debido a la constante afluencia de público, todo fue muy breve. La decoración había sido redefinida mediante incrustaciones de piedras preciosas y semipreciosas y más paneles de caligrafía en los muros. Rodeados por una pantalla en mármol calado e incrustaciones, en la sala central, allí estaban los exquisitos cenotafios de *Mumtaz* y *Sha Jahan*. Nadie tenía acceso a los restos de ambos, que descansaban en una cámara simple bajo nuestros pies, por requerimientos de la religión musulmana en cuanto a la prohibición de decoración muy elaborada en las tumbas. Sus rostros habían sido inclinados en dirección a La Meca.

Una vez fuera, nos quedamos durante largo tiempo mirando el río Yamuna desde la explanada. En la ribera opuesta, sobre el Jardín Luz de Luna, unos niños cuidaban bueyes y camellos que bebían de su curso, metidas las patas en el agua de la orilla. Mariela le sacó unas fotos al río y encendió la silla distancian-

dose de mí para obtener tomas de los demás edificios desde la plataforma. Mientras lo hacía, dos indios se cruzaron delante del objetivo siguiendo a una de las alemanas más *sexys*. También querían su foto. Disfrazaban su actitud de perros en celo con la excusa de la fotografía. A Mariela no le quedó más remedio que bajar la cámara y esperar dejaran de estorbarla. Se quedó viendo como los indios se desvivían por tomar a la rubia de la mano y quedar inmortalizados en ese momento único. Y yo me la quedé viendo a ella. Pensé que, el amor de hombre era algo a lo que jamás podría acceder. Y probablemente fuera, lo que más deseara secretamente. Después de todo era una mujer. Sentía como una mujer.

Aunque nunca me había animado a preguntárselo, no tenía razones para creer que hubiese tenido sexo alguna vez. Y el sexo podía ser amor, a veces. ¿Pero quién querría dárselo? Quién pudiera desnudar el espíritu y dejar el cuerpo colgado en un perchero, antes de irse con alguien a la cama. Debía haber excepciones, claro. No obstante, Mariela no me parecía poder ser correspondida por ninguna excepción. Era mi amiga. Yo la quería. Pero no podía pensar de otra forma. Me bastaba verla para decepcionarme del amor. Del amor en sentido universal, entendido como algo perfecto, objetivo. No del amor apasionado, ese capaz de lastimar, de hacer cosas espantosas y maravillosas por *su* amor; ese amor defendible e indefendible.

El dolor hacía a algunas personas más hermosas. Pero no alcanzaba a hacerlo en ella. Todo lo tan hermosa que era, quedaba sepultado bajo su entera fisonomía.

Otros indios se sumaron a aspirar sus fotos. También mujeres y niñas. Las alemanas eran la atracción. La luz del atardecer estaba bajando y tiñó de un intenso color rosado las nubes bajas. El blanco mármol de la cúpula, en cambio, comenzó a tornarse ligeramente anaranjado, un color que fue deslizándose desde la luna creciente sobre la aguja, que le daba el remate en lo alto, hasta alcanzar el anillo de flores de loto en relieve, para ir saltando hasta los *chattris* y las *guldastas*. Me había alejado sobre uno de los costados en la misma explanada para apreciarlo mejor, y podía ver a los minarettes del otro extremo, ba-

ñados en el mismo tono del ocaso. Así lo vería el mismo *Shah Jahan* desde su ventana en la prisión del Fuerte Rojo, en donde murió encarcelado por su tercer hijo.

Me di vuelta y me encontré con Mariela tomándome unas fotos. Le pedí la cámara, cambiamos de lugar, y le saqué algunas corriéndome de posición para obtener distintos fondos. Miramos las reproducciones en la pantalla de imagen.

—Menos mal que tuviste la buena idea de tomar esa foto clásica al entrar. La luz del sol bajó tan rápido, que ahora ya no hubiéramos podido hacerlas —dije.

—Sí, pero no lo hice pensando en eso. Fue pura casualidad. Tenía el *Taj Mahal* al fondo, y no me pude resistir. Sencillamente eso.

Miré hacia el mausoleo y la gente seguía ingresando y saliendo de él, en su mayoría locales. Por un momento, las alemanas habían dejado de recibir el acoso indio. También estaban tomándose fotos y se alternaban para incluirse en ellas.

—Ya vengo —dije—. Les voy a devolver el favor.

Me ofrecí a sacarles al grupo completo algunas fotografías. Tomé varias según las indicaciones que me dieron. Finalmente devolví la cámara. Me agradecieron con simpatía. Las vi retirarse. Casi no pude evitar quitarle los ojos de encima al culo extraordinario que tenía una de ellas.

Cuando volví al lado de Mariela comenté:

—Me pareció injusto que no pudieran tener su foto de grupo en la explanada del *Monumento al Amor*. Y menos después de que se hubieran prestado a tantas demandas sin ser retribuidas en su justa medida.

No ignoraba que ellas mismas podían haberle pedido a cualquiera que las fotografiara, y seguramente lo hubiesen hecho de no haberme ofrecido. Mariela se tomó unos segundos y haciendo foco en la Mezquita, su rostro oculto tras la cámara, dijo:

—*El amor puede ser algo terrible.*

Al pie de la larga escalera hacia el *Swayambhunath*, el Templo de los monos, Mariela se enteró que, en esta oportunidad, no contábamos con rampas. Según me había tomado el trabajo de averiguar, hasta llegar a los alto de la colina, teníamos un ascenso de, aproximadamente, unos veinte minutos, y si la cargaba, probablemente cerca del doble. No quise ponerla en conocimiento hasta llegado el momento. No hubiera aportado nada. La razón era evitar se fuera haciendo a esa idea de que no era una visita para *ella*, y que Katmandú era suficientemente grande, exótico y repleto de lugares recomendables, con lo cual, fuéramos dónde fuésemos, siempre nos quedaría algo por ver.

Por mi parte, no estaba dispuesto a que eso ocurriera. Por eso planeé tomarla desprevenida, a riesgo que pudiera plantárseme con una negativa.

En la combi, permanentemente llevábamos las dos sillas de ruedas, tanto la eléctrica como la convencional, que podía plegarse. Esa mañana, para no darle lugar a ninguna sospecha, le transmití el recorrido prefijado de forma invertida, para despistarla. En realidad, nunca se había mostrado interesada ni me había preguntado nada sobre las dificultades que pudieran surgir en el camino respecto a sus limitaciones. Sin ir más lejos, no era sencillo desplazarse por las calles de la ciudad, a no ser

las zonas más frecuentadas por los turistas, que se mantenían en mejores condiciones. Las calles estaban deterioradas de tal manera, que se pasaban de la raya de lo pintoresco, al menos para las necesidades como las de Mariela. Por eso, al bajar del vehículo, optamos directamente por la silla manual.

Al ir en dirección a la escalera, Mariela miró hacia arriba y comprendió en dónde estaba erigido el templo. Me quedé viéndola. Creo que en el fondo lo había imaginado, o al menos no podía dejar de haber previsto una situación como esa. Finalmente había llegado y tendría que enfrentarla o desistir. Se quedó como ida, observando los laterales de las barandas, espacios amplios que a los costados cumplían la función de permitir el discurrir del agua de las lluvias. Me aparté para dejar subir a dos jóvenes monjes que vestían sus túnicas entre rojas oscuras y ciruela con *tógus* en amarillo y llevaban sus cabezas rapadas a cero. El conductor me invitó a iniciar el ascenso. Le había pedido se encargara de subir la silla.

—Voy a tener que alzarte —le dije.

Mariela continuó mirando la escalera que llevaba hasta el templo.

—Lo que estuve releendo anoche sobre el budismo, es lo que te preparé para esta ocasión. Ayúdame a darle un sentido. Dale.

—Alguna vez tenía que ser... —dijo.

Me incliné para alzarla y ella pasó los brazos por mi cuello, sujetándose. No se me había ocurrido podía ser tan liviana. La tomé presionando su cintura, y así subí una buena parte del trayecto. Pero no me resultaba nada cómodo. El peso ligero del inicio comenzó a hacerme mayor resistencia. La pendiente era pronunciada. Se me resbalaba con frecuencia, teniendo que pararme a retornar el brazo a la mejor posición que tenía, para asirla de esa manera. Sin embargo, se me dificultaba demasiado, así que no me quedó más que avisarle, la iba a tomar de abajo. Le pedí:

—Apoyá todo tu peso en mi antebrazo, mejor.

Pude sentir las pequeñísimas extremidades que jamás se terminaron de formar. Pude sentir como se ponía más rígida. Y

continué. Las palabras, al menos en casos como este, cumplían una gran función, dispersándonos. Todos los significados nacían del deseo; el deseo, en sí mismo, no significaba nada.

— ¿Recordás lo que te había contado acerca del nirvana cuando hablamos de hinduismo? Te había dicho que, a mi entender, había una diferencia muy notoria con el nirvana budista. En este caso no tenemos contacto alguno con algo que podamos identificar como divino en el sentido de una deidad, como sí podría llegar a serlo *Brahman*, sino únicamente el acceso a la eterna indistinción de un devenir permanente.

El conductor venía subiendo detrás, cargando la silla plegable. Banderines rectangulares de colores, verdes, azules, rojos, amarillos y blancos, cruzaban el espacio aéreo del trayecto.

—Es algo así como el estado de la nada, del no-ser, lo cual se interpreta como puridad; tal vez la paz tan ansiada, la nada absoluta. Pero una nada como la verdadera dimensión del ser, no con una connotación negativa, sino todo lo contrario. El significado de la expresión Nirvana podría entenderse como: “*la extinción de la llama mediante un soplo*”. Cuando esta llama se apaga, en realidad no desaparece, sino que entra en el no-ser, más allá de toda manifestación divina o fenoménica, más allá de todo condicionamiento. Eso ocurre cuando al alcanzar el nirvana se aniquila toda existencia empírica a través de la aniquilación de la conciencia ficticia. No hay que olvidarse nunca que la calidad del ego es ilusoria. En realidad el estado alcanzado rehúye a cualquier definición. Solo puede expresarse a través de definiciones negativas: no es yo, no es dolor, no es caducidad, no es identidad, no es deseo, no es muerte, etc. El nirvana es el espejo sereno que refleja al fin la propia vacuidad.

Tuve que parar. Hablar mientras subía me quitaba demasiada capacidad pulmonar. Respiraba por la boca para ayudarme.

—Mejor me contás arriba —dijo Mariela casi en mi oído, iba mirando hacia atrás, para no mirarme a la cara—. Estás agitado. Subí callado.

Le hice caso. Uno, por lo general, advierte que hace mucho dejó de tener veinte años en situaciones como esa. No registré

cuánto tardamos. Demasiado para mi gusto. Subí tomado del pasamano que corría por el centro de la escalera. Cuando faltaba poco para llegar, debido a que había muchos monos sentados y desplazándose por los escalones de y hacia los árboles linderos, me vi en la obligación de aminorar el ascenso, tomando los recaudos necesarios. Tuve temor de tropezar. Poner el pie en el complejo templario y dejar a Mariela otra vez en la silla, fue aliviador. No estaba para *sherpa*. Me apoyé sobre uno de los tantos monumentos que poblaban el patio hasta que mi respiración retornó a su ritmo normal. Había un fuerte olor a incienso y bastante humo de la quema. Desde el interior del templo más antiguo, se escuchaban los *mantras* y *sutras* de los novicios y otros monjes, tratando de liberar sus mentes de los pensamientos. Teníamos una gran vista de la ciudad, una ciudad humilde, casi estancada en el pasado cuando uno la recorría por lo bajo, a no ser por los pocos edificios que desde allí se podían apreciar.

Mariela observaba la panorámica. El conductor, a través de la única forma que tenía de comunicarse con nosotros, me señaló que regresaba a la combi. Me volví sobre la gran estupa central. Aprecié las diferentes representaciones en piedra de Buda que se erigían por doquier. Me detuve en un mono que, subido a una de ellas, comía un trozo de fruta.

De pronto, me di cuenta que, según la doctrina budista e hinduista, no era sino un alma encarnada en simio, perdida también en la rueda de las reencarnaciones, y me sentí más cercano; diría culposo. Más retirados, alejados de la gente, pude ver a otros dos en circunstancia de cortejo antes de iniciar la cópula. La hembra repelía al macho pero sin demasiada virulencia, lo que lo hacía reiniciar el intento de abordarla nuevamente. No creí tuvieran interés alguno en emprender el viaje al *Absoluto*, al menos el macho, dada su insistencia.

Mariela, que se había quedado absorta unos instantes, retomando la conversación, me preguntó con cierto ánimo de cuestionamiento:

—Pero si después de todo el camino a seguir es esa rara especie de “no-ser”, ¿por qué razón Buda murió a los ochenta años? ¿Para qué esperó tanto?

Me erguí y caminé hacia ella. El valle de Katmandú estaba íntegramente rodeado por montañas.

—Para transmitir sus enseñanzas. Es decir, el camino a la iluminación interior; la manera de liberarse del *Samsara*. Y según algunas doctrinas budistas, también por compasión. Buda decide postergar su fusión en la iluminación final y permanecer en la tierra para acompañar a los demás seres en su desventura de estar sujetos a la transmigración de las almas, hasta morir, se cree, por una intoxicación al comer.

Me reí moderadamente. No lo había pensado así antes. Me causó gracia lo de la intoxicación. Pudieron haber inventado algo más acorde a su santidad. Pero una intoxicación. Me remitía a *Buda* muriendo por una cagadera y teniendo vómitos. Algo bastante desagradable. Aunque, digamos la verdad, para morir, era mejor que morir en una cruz, detestado por la mayoría. Aunque no podía negarse que esta última imagen favorecía en mucho a la biografía. Había algo perverso en aquellos que elaboraron tales ficciones teológicas. El secreto deseo de, aún cuando por último sus personajes alcanzaran la gloria, hacerlos sufrir el máximo posible. Las religiones eran especialistas en el dolor. Una medicina que no era sino su propia enfermedad. No obstante, el budismo era lo más parecido a una religión del olvido, lo que más me remitía a la sacralidad. El sueño de alcanzar el nirvana, el sueño de ya no tener sueños.

—Pero esa nada... —vaciló Mariela.

—Esa nada no es una nada en el sentido de puro vacío como lo entendemos los occidentales. Es una nada llena. Positiva. Dejame que te lo diga de esta forma: es un no-ser despierto. Así como la individualidad, la muerte es una fantasía. No hay tal.

—No es fácil de interpretar.

—Es que es una lógica diferente. Aunque más de uno te va a decir que no se trata de ninguna lógica.

Mariela avanzó con la silla hacia el interior del complejo religioso e hice un ademán de querer empujarla. Me dijo que no hacía falta. Que podía arreglarse. Desde la cúpula de la estupa, nos miraban los gigantescos ojos de Buda, que alcanzaban el valle, las cadenas montañosas y llegaban hasta lo indecible.

—Como en el hinduismo, creo que ya lo habíamos hablado, lo primero que tenés que hacer para pensarlo es empezar a desapropiarte de las dualidades. La puridad que busca el budismo es un no-odio, un no-amor, una no-felicidad, una no-infelicidad... Para nosotros suena bastante extravagante. Pero el orden cósmico budista es amorfo. La forma es irreal, y estaría determinada por expectativas erróneas que se fundan en el deseo. La materia no tiene forma duradera. Todas las formas son vacías. Todo lo referido a ellas es falsamente imaginado. Incluso creer en un pensamiento, supongo, es la peor de las ilusiones. No hay nada que no esté interrelacionado. Quizá más correcto sería decir que todo es *interdifuso*. No sé si está bien decirlo así, no sé si el término exista, pero creo que ayuda a entenderlo. La armonía misma es amorfa. Comprenderlo es despertar a la liberación del yo, porque no hay yo. El yo también es vacío. Lo es cada componente de la personalidad. Tanto un pensamiento, como una partícula elemental, como lo que entendemos por individualidad, sea lo que fuere, es una especie de nudo efímero en el momentáneo *fluir* de las circunstancias. Millones y millones de causas que se vinculan en una confluencia que es en esencia fugitiva, porque en el acto son modificadas por otras millones y millones de causas que a su vez, prueban no tener sustancia. Por eso todas las vidas son *una* y no únicas. Por eso no hay diversidad ni finitud. No se trata de la manera usual con la que acostumbramos a entender la noción de vida. Esta incluye la no-vida. Lo más allá de la vida y de la muerte.

—Sigo pensando que no es algo que pueda entenderse tan fácilmente.

—Ya lo creo. Tampoco es algo que cierre redondito, si eso esperabas. No hay nada así.

Vimos abrirse la puerta del templo, y salir a través de ella a algunos monjes novicios. Mariela, refiriéndose a ellos, dijo:

— ¿Cómo será vivir de esa manera?

—Es una elección de vida. Supongo echa raíces en una fuerte creencia. Algo obsesiva...

Recordé esa frase de Lacan: "*Si usted ha comprendido, seguramente está equivocado*". ¿Qué podía darse por sentado? Quizá muy pocas cosas. ¿Pero cómo saberlo?

— ¿Por qué dijiste "obsesiva"...? Igual, conociéndote, me imagino.

—Bueno, sí. Es que, toda religión es o pareciera ser un dispositivo terapéutico que te *libera esclavizándote* dentro de sus estructuras simbólicas y regulando la angustia.

Uno de los novicios más jovencitos, parecía un niño más que un adolescente, se acercó a los monos para darles algo de comida.

— ¿Llegará a acceder a esa intuición iluminada? —preguntó Mariela, señalándolo.

—En teoría, la vida monástica lo liberaría. Logró llegar a esa instancia porque en otras vidas cultivó la virtud, la fe, la moralidad, la generosidad, la abstinencia, en fin... modos de asegurarse este nuevo nacimiento que le dio la posibilidad de introducirse en el monasterio.

Me asaltó la idea de un *panteísmo nadista*, una nada absoluta sacralizada, negativa, inefable, un no-apego a lo material, un no-deseo, un no-dolor, un no-sufrimiento, un no-odio, un no-amor, una no-felicidad, una no-infelicidad, un no-yo. Pensé en esa mirada del budismo sobre el amor, que no podía escapar al deseo, a la dualidad egoísta/ no-egoísta, placer-dolor, tú-yo. Hasta la compasión y todo sentimiento noble destinado a un *alter ego* no escaparía al sufrimiento y al error. El Budismo parecía buscar un carácter sagrado en la paz que solo podría proveer la vacuidad. Una paz que estaría muy por encima de la felicidad, que por estar íntimamente relacionada con el deseo, no podría dejar de estarlo con el padecimiento y la ilusión. Me pregunté si no estarían en lo cierto. Si ese último destino impersonal no podría ser nada más perfecto que algo así cómo: la nada como paz en sí. El no-lugar en donde la paz era únicamente al fin realizable, en una especie de hermandad de vacío

y extinción definitiva. Claro que su manera de entender la pureza o vacuidad no era lo mismo que decir la nada. No obstante, en ambos casos el olvido era llevado hasta sus últimas consecuencias. Difícilmente se podía definir negativamente al Absoluto como: no-olvido.

Nos movíamos muy lentamente tratando de abarcar todo a nuestro alrededor. Nos detuvimos a ver algunos objetos religiosos y *souvenirs* que se vendían en el mercadito interno.

—Buda nació en Nepal, ¿cierto? —preguntó.

Quise recordar en que localidad, pero no me vino a la mente. Descolgué el bolso que tenía a la espalda y busqué la carpeta de apuntes que me había hecho y que llevaba conmigo.

—En Lumbini. *En una aldea a los pies de los montes Himalayas. Hacia mitad del siglo VI a.c.* —leía directamente del resumen que tenía escrito. Aclaré—: Aunque la fecha sigue en discusión. Continué leyendo—: *Nació en el seno de una familia principesca del clan guerrero Skakya. Rodeado de lujos y placeres, parece ser que muy tempranamente percibió la futilidad de todo aquello. Sus riquezas materiales no habían logrado ahuyentar ni la angustia de su corazón ni la tristeza que reflejaba su vida. Para ese entonces ya estaba casado, tenía un hijo, y tan solo contaba con dieciséis años.*

—Es a esa edad cuando tiene esos cuatro encuentros emblemáticos —dijo ella.

Salteé un poco el escrito y me volqué a eso:

—Efectivamente. Con un anciano, un enfermo, un muerto y un asceta. Leí—: *Tanto el aspecto del cuerpo decrepito del anciano, como el del enfermo cubierto totalmente de llagas, así como el cadáver en estado de descomposición y los diálogos con el asceta, no hicieron más que revelar la negrura de las miserias humanas y el inevitable fin de la existencia, el sufrimiento y la muerte.*

Mariela continuaba desplazándose por el templo; la estupa estaba rodeada de múltiples monumentos funerarios llamados *chaityas*, y yo acompañaba su andar sin dejar de leerle mi resumen.

—*Entonces es cuando decide abandonar las comodidades de la fastuosa corte, a su esposa e hijo, renunciar a la corona, e ir en*

busca de un antídoto contra la pesadumbre del dolor existencial. Dotado de una compasión ilimitada por los dolores de todos los hombres y la ansiosa búsqueda de las causas de todas las cosas, es así como se consagra a una vida de ascetismo, haciéndose monje, y sometándose a severas prácticas y castigos autoinfligidos, circundado de cinco ascetas jainos. Bajo esa influencia, en la meditación en soledad, se presta a hallar la liberación. Pero reducido físicamente por el ayuno de la disciplina, al borde de morir de inanición, alcanzando su primer grado de inmersión o el camino medio, una mujer le acerca un cuenco de arroz que él acepta de buen grado. Así descubre que la verdad no radica en el flagelo de la materia ni en el ascetismo en sí mismo, sino que se trata de un hecho interior. Se aparta entonces de los monjes Jainos, y dirigiéndose a Bodhgaya, sentándose debajo de una higuera Bodhi, se propone no levantarse de ahí hasta hacerse dueño absoluto de la verdad, hallando la solución al sufrimiento. En la madrugada del día cuarenta y nueve, sale del nirvana, habiendo alcanzado la iluminación, la cual le revela el principio de la supresión del deseo que apega a la existencia, el principio que acaba con el mal de raíz.

Seguimos andando y ella se puso a girar los rodillos de oración con la mano libre; la otra daba impulso a la rueda de la silla. Dijo:

—La salvación radicaría en salir del ciclo de las encarnaciones.

—Que son necesarias porque son aleccionadoras. Pero, sí. En esta religión no-teísta, al menos en su origen porque como siempre, las religiones evolucionan en una gran diversidad de escuelas y prácticas que poseen sus propias interpretaciones, con el estado definitivo de no-retorno, lo que se logra es el cese definitivo del sufrimiento.

—La extinción de la llama.

—Pero, cuidado, no te dejes engañar por la expresión. Se alcanza el estado de iluminación, que es un cese del error, digamos, el *despertar* en el reconocimiento del *Absoluto*, que es desde siempre y para siempre. Pero no como algo inmutable, sino vinculado al devenir incesante e indefinible, así como innombrable, de lo contrario se convertiría en una nueva fuente

de apego. Por eso el concepto de Absoluto no está exento de problemas. Quizá el budismo *Mahâyanâ* de *Nâgârjuna* sea el más clarificador. Él sostiene la negación de toda posición dada, y a su vez, la negación de esta negación. La idea es que todo está condicionado por otra cosa, de manera que no hay nada que posea naturaleza propia. Es decir, al carecer de toda posible referencia a sí mismas, las que creemos cosas no son sino vacías, ya que no habría forma de anclaje: la permanencia sería ilusoria. Como el ejemplo de la ilusión del yo, que comentamos antes. De esto nos habla la *shuniatâ*, o doctrina del vacío. Incluso el discurso mismo de la vacuidad sería vacío, porque las palabras que intentarían ponerlo de manifiesto no escaparían a la regla. Así toda afirmación no pasaría de ser una contradicción. Al menos es lo que esa escuela interpreta. Porque también tenemos: la *theravâda*, la *vajrayâna*, el budismo zen, el tibetano, entre otras. No obstante, más allá de sus diferencias, el budismo es antisustancialista y anticonceptualista, y no predica ninguna revelación divina ni vida transmundana —que no dejaría de ser afección— sino el despertar a un sentimiento de disolución del yo en el todo impermanente, a una verdad absoluta a través de una iluminación que solo puede producirse dentro de sí mismo, y que si bien es no-yo, no-vida, no-sufrimiento, no-materia, no-aflicción, no-temor, no-error, etc., también es no-muerte. Un ideal de vida. Un camino que propone la liberación comprometiéndose en reducir el sufrimiento propio y el de los demás a partir de su visión de mundo, cultivando el amor y la compasión. Aunque, si lo pensás bien, esto último no dejaría de ser apego. Sin contar que ir en contra del deseo también es dolor e insatisfacción.

—Es un tanto rebuscado...

—Bueno, ¿*qué no es rebuscado?*, dirás. Sin embargo, de todas las religiones, el budismo, como panteísmo, me parece el dispositivo religioso más original. Por lo que te decía de sacralizar lo impersonal del absoluto y no ser teísta, y por ubicar la paz por encima de la felicidad. Aunque otros ni siquiera hablarían de paz. Más rebuscada, en todo caso, me parece una religión

que te propone la vida eterna. Mirar un cadáver desde esa perspectiva, la hace menos creíble.

Muy cerca nuestro, unos monos se disputaban algo comestible, acosando al portador. Niños nepaleses se divertían viéndolos chillar. Una mujer con atavíos locales los dispersó amablemente. El mono trepó dentro de una pequeña cámara que funcionaba como incensario para proteger su botín. Dentro solo había cenizas y restos de ofrendas y flores.

Continuamos recorriendo el lugar. En el había muchas representaciones diferentes de buda talladas en piedra, así como grandes budas dorados. Continué disertando sobre budismo.

—Una vez lograda la iluminación, Buda tuvo acceso a las llamadas *cuatros nobles verdades*. Aunque no sé si son tan nobles, ya que pueden ser cuestionadas. Para una mentalidad occidental como la nuestra, es entendible que así sea. El principio de erradicar todo deseo no deja de tener sus problemas. Es una propuesta que no ofrece una mirada optimista acerca de lo que normalmente entenderíamos como la vida por encima de todo, lo único que tendríamos, desde otra perspectiva. Caería bajo la calificación de *despreciadores de la vida y del cuerpo*. Además, hay deseos que uno podría concebir como definitivamente positivos. Creo que ese es el primer inconveniente serio que tiene el budismo, y está enclavado en su propio principio. Por otro lado, siguen teniendo el mismo problema que se les presenta a todas las religiones. El no soportar lo transitorio, lo temporal, lo finito. El que la vida sea efímera y no esté exceptuada de dolor y sufrimiento. Más allá de que no ofrezca vida eterna alguna. Así que, en su caso, el budismo deposita su valoración en una eternidad a la que llaman absoluto. Y a eso le suman el erradicar la identidad de la vida individuada hacia una fusión en un plano mayor de vacuidad que es y no es vida, aunque tampoco podríamos decirlo así, ya que no aceptaría posibilidad de ser descripto por lenguaje alguno. Por eso habíamos hablado de definiciones negativas. Se me ocurre que quizá podría usar unos de los conceptos de Simmel de su teoría acerca de la existencia: *más que vida*, aunque con otro sentido, no ya ese impulso de cristalizar y romper formas que tendría la vida para

perpetuarse. Pero no sé. No tendría aceptación en una lógica budista. No es que no tenga sentido reflexionar críticamente sobre sus argumentaciones. Solo es que no se puede hacer más que eso.

Mariela sacó una botellita de agua mineral de su bolso, tomó un sorbo y luego me la pasó.

—Entiendo. Lo que dejaste sin decirme es aquello de las cuatro verdades.

—Ah, sí. Son estas: la existencia es fundamentalmente sufrimiento, toda vida es dolorosa y sus gozos y satisfacciones transitorias. Esa sería la primera. La segunda enunciación, saber que el origen del sufrimiento es el deseo, el anhelo, el querer, como quieras llamarlo. Y que extinguiendo su causa, el deseo, el sufrimiento mismo puede extinguirse, esa es la tercera. La cuarta es saber que la senda de la eliminación del deseo es el óctuple camino, que no serían otra cosa que medios para lograr la perfección —Tampoco las recordaba, así que volví a recurrir a la carpeta—: Serían... *formas correctas de proceder del pensamiento, el lenguaje, la comprensión, la acción, el quehacer, la atención, la concentración y el sacrificio* —La cerré.

Mariela acotó:

—Redondeando, uno podría decir que para el budismo, la vida también es bastante imperfecta.

—Sin duda. De todas maneras, esa interpretación es algo común a todas las religiones. No obstante, parece ser lo único que tenemos, lo que goza de más alto valor.

Tampoco podía estar seguro de algo así. Sin embargo, nos aferrábamos a ello con uñas y dientes. Aunque nunca faltaban las excepciones suicidas.

—Déjame comprar algunos souvenirs —dijo Mariela.

—Claro. Como gustes.

Luego dimos unas vueltas más tomando fotos, hasta que el conductor apareció nuevamente por nosotros. Seguíamos hacia el barrio de *Patan*, a la plaza *Durbar*, situada frente al antiguo palacio real de Katmandú. Por la tarde, teníamos la visita al templo de *Boudhanath Pashupatinath* y al barrio de *Thammel*.

Me acomodé el bolso en la espalda y dije:

—Voy a tener que alzarte otra vez.

El conductor se hizo de la silla y esperó a que comenzáramos a bajar. El descenso me obligaba a ser más cuidadoso. Me aferré bien al pasamano. Eran trescientos sesenta y cinco escalones.

—Da un poco de vértigo —comentó Mariela mirando hacia abajo.

Lo daba. Quizá otra de las señales de la nada.

El clima no estuvo de nuestro lado en *Pashupatinah*, el lugar de los ritos funerarios hindúes junto al angosto río *Bagmati*. Un aguacero no cejó de arreciar desde nuestra llegada. Esperamos que amainara más de cuarenta y cinco minutos. Pero solo aminoró ligeramente conservando un compás uniforme. Recorrimos el lugar como pudimos bajo el agua constante. Lo suficiente para terminar empapados y sin la posibilidad de ver ninguna ceremonia de cremación, a no ser las piras que humeaban hacía horas. Sacamos fotos. Después de todo estábamos ahí. Nos reímos de nuestra suerte, para lamentarnos en parte.

Dakshinkali, Kirtipur, Bajalu. Mercados, templos, palacios. El valle de *Pokhara*. Lugares maravillosos.

De vuelta en India, en *Varanasi*, sentado en la escalinata del *Manikarnika Ghats*, con Mariela a mi lado, cosa poco común, su silla vacía detrás, más arriba, sobre la plataforma, veíamos arder las piras funerarias en el pozo de *Vishnú*. El fuego hacía su trabajo. Madera y cadáveres se alzaban humo blanco y cenizas en el aire sin descanso, alcanzando el *moksha*, la liberación definitiva del ciclo de las encarnaciones, de la vida, la muerte y el nacimiento. Nadie que huela un cadáver quemarse puede olvidar ese olor. Los perfumes del sándalo y el incienso solo hacen lo que pueden.

Junto a grandes pilas de madera, yacían los cuerpos amordazados esperando su turno, el boleto al *Absoluto* tras pagar una muy costosa cremación. Algunos habían trabajado toda su vida para acceder a esa muerte. Otros esperaban morir en su orilla.

Lo que nos había negado *Pashupatinah* había pasado a ser anecdótico. Lo que veníamos viendo en Benarés sobrepasaba cualquier expectativa. En la madrugada, antes que el sol comenzara a asomar, habíamos salido para hacer el recorrido por los *Ghats* en una barca de remo, atracando y bajando en los más populares. Había muchas de ellas, coloridas, cargadas de gente. Vimos flotar restos de cuerpos semicalcinados, prendas de vestir, ofrendas florales de color naranja. Un mundo paralelo se desenvolvía en los márgenes, en donde se vivía de una muerte que no era la muerte, de una alegría que no era la alegría, de un dolor que no era el dolor. Al amanecer, cientos de personas colmaban las orillas del Ganges: sea en el ritual del baño, haciendo abluciones, orinando desde sus chalupas, cocinando, arrojando las cenizas a las aguas, preparando las nuevas piras; con lavanderas golpeando ropa en las piedras entre miles y miles de espíritus yéndose en su curso, bajo un cielo que nunca dejaba de ser ceniciento. Con *shadus* semidesnudos y maquillados, santones y brahmanes, que convivían con fantasmas. Hombres barbados y de turbantes. Otros de torsos desnudos y piel morena, solo cubiertos con sus *dhotis* blancos o crudos. Zonas en donde las sombrillas de bambú y paja, se aglutinaban para proteger del sol abrasador a las enhebradoras de collares de flores y a los peluqueros. Sectores de convención multicolor de saris y alegría cromática. Largas cabelleras negras, pulseras y pies descalzos. Templos vivos mostrando sus torres *sikhara*. *Ashrams*, santuarios; palacios varados en el pasado. Un cielo salpicado de ruidosas cornejas y pequeños barriletes de papel y mimbre. Precarias chabolas en las que golpeteaban los desechos flotantes movidos al ritmo impuesto por el río. Vacas, cabras, perros, comiendo de enormes pilas de basura. Pintores, masajistas, paseantes, familiares de difuntos, bandas de niños mendigos persiguiendo a los turistas como moscas; pobladores ganándose el pan.

Nada hay que pueda parecerse a eso. El río determina sus vidas y ellos parecen saberlo. Son el río. Y lo serán. Y uno que, como espectador venido de tan lejos, se ha convertido, más que cualquier otra cosa, en vista y olfato. Porque la materia que somos casi ni se siente. Tan grande es la superstición colectiva o esa vacuidad, que es todo y no es misterio.

Comenzaba a caer la noche y el movimiento no cesaba. La orilla opuesta contrastaba por su planicie verde, comparada con la apiñada urbanización de la ciudad. Lo que veía acontecer delante de mis ojos, parecía diluirse de a poco desde siempre y para siempre. Y a nadie parecía importarle. Ni a los niños que nos circundaban yendo y viniendo con su algarabía insistente, replicándose en otras manos, pidiéndonos unas *paisas*, o unas *rupias*, arrojándose desnudos a las aguas del Ganges, en donde seguir con sus juegos. Y mucho menos a los muertos que esperaban por el fuego purificador, con su incómoda verdad para los que todavía respirábamos. Pensé: humildad, sencillez, bondad, paciencia, sinceridad, pureza, perseverancia, dominio del cuerpo y de la mente. Todo aquello debía estar al servicio de la inacción como desprendimiento del ego, una acción sin meta en el yo. Me pregunté por el compromiso con el otro, y así por el problema que planteaba la inacción. Sabía lo que hubiera recibido por respuesta, pero no ofrecían más que otra perspectiva. La vacuidad cósmica sin principio ni fin era lo único real. El yo solo un reflejo de ella, que por ignorancia se sentía separado. La dualidad mental, al pretender objetivar la realidad, proyectaba pares de opuestos y así materialidad y división. Por el error de la dualidad toda criatura al nacer se engañaba. El nacer mismo era un error que nos distanciaba de lo inmutable. El enemigo, originado en el aspecto pasional por lo material, era el deseo pernicioso. Decía el *Bhagavad Gita*: “Ni en este mundo ni en el otro hay felicidad para el que duda” ¿Pero cómo ser hombre y no dudar?

Uno al lado del otro, no necesitábamos hablar, ni ella ni yo. Hubiera sido una forma de obstaculizar ese flujo que nos invadía y en el que nos dejábamos invadir por aquello tan bellamente triste, una letanía indecible en las últimas luces del

atardecer fulgurante. Pensé: “*Llegado su momento, solo el nunca se hace para siempre*”. No sé por qué razón me vino a la cabeza una frase de Lacan: “*Soy ahí donde no pienso, pienso ahí donde no soy*” Me volví a preguntar, como muchas otras veces lo había hecho, si en realidad había alguna posibilidad de ir más allá del lenguaje cuando pensábamos, o si en verdad, en el pensar, todo empezaba y terminaba allí, y era inútil tratar de atravesar sus límites, culminando con nuestras locas aspiraciones de acceder a una realidad última. No llegaba a entender que era lo que no me dejaba renunciar a esa práctica redundante, y terminar en posición de loto como un *yogui*. Ser *occidental* quizá conllevaba cierta necesidad implícita. Mejor dicho, solo el hecho de *ser*. Pero estaba ahí, lejos de las brasas, y no me arrepentía de estar vivo. Tal vez, cuando uno ya no fuese, si se tuviera oportunidad de experimentarlo, tampoco se arrepentiría.

Mariela mantenía su equilibrio apoyadas las manos en el escalón. En los últimos días había tenido cierto cambio de actitud que juzgué beneficioso. Debía sentirse menos inhibida entre tantos amputados, ciegos y leprosos. Si hubiera nacido en este país, quizá se hubiese sentido menos desgraciada, y la mirada del otro no hubiese sido tan infernal. Pero que no era sino un deseo, porque aquí no faltaba discriminación. Bastaba pensar en el sistema de castas y los parias: los descastados, los impuros, los intocables; los que manchaban con su mero contacto; los que vivían en la pobreza extrema, los sometidos a los miserables relatos impuestos, los estigmatizados socialmente desde los *Vedas*, los millones predestinados desde su nacimiento a la opresión, la segregación y la discriminación. Y quienes se lo habían inculcado a través de un dogma como el *Varna* o en él no creían, de ser así, le sacaban ventaja a ese *haber sido emanados a partir del cuerpo de Púrusha*, desmembrado por los *devas* (*deidades benévolas*), de donde heredaron su *conveniente status social* de casta dominante. Otro dispositivo religioso para aplastar la inteligencia y justificar el sometimiento y la crueldad, conservando los privilegios solo para algunos.

Unas mujeres jóvenes, más blancas, se ubicaron cerca de nosotros. Como mucho tendrían treinta años. Los aretes, co-

lles y pulseras que portaban parecían graficar una posición social diferente. Podíamos escucharlas reírse y dialogar en hindi. Olían a almizcle y aceite de coco. Sus saris encendidos estaban bordados con terminaciones doradas. Todas lucían *bindis* diversos en sus frentes. Y aunque esa tercera mirada se suponía debía mostrar que la belleza y la felicidad no satisfacían por sí mismas, eran lo suficientemente jóvenes para que *el Absoluto* perdonara su *ignorancia*. Me llamó la atención que, una de ellas levantara su sari para señalar a las demás algo en la pantorrilla que le generaba molestia. Enseguida me di cuenta que era algo de orden estético. Quizá unas *arañitas*. Mariela no iba a tener que preocuparse por ellas ni por la celulitis. Enseguida me arrepentí de pensarlo y sentí vergüenza de mí mismo. Le pasé un brazo por los hombros y le sonreí. Ella no dijo nada y me devolvió la sonrisa. La sensación de futilidad se hizo más honda. El mal de ser un nacido. Pensé en aquellos que morían muy jóvenes, antes de poder amar, de poder enamorarse. El hinduismo y el budismo decían proveer la cura. El amor, como todo, era ilusión, quizá un desconocimiento menor, que nacía del deseo, del que debíamos aprender a desapegarnos. No obstante, ¿quién no quería apegarse a un otro, abrazarse a un cuerpo, *irse* dentro de él? Recordé algo de Feuerbach. Mariela se hallaba encandilada por las brasas. Estas empezaban a fulgir, dejándose ver en el inicio de la noche. *Brahma* cerraba sus ojos para mostrárnoslas. Un vestigio de que, por allí pasaba la purificación.

Interrumpió mis pensamientos para decirme:

—Después de experimentar la vida, no encuentro razones para descartar que la nada no podría llegar a ser un mejor destino.

Aquello me llevó a contarle el último deseo de tío Eduardo. Le hablé de aquella historia de amor de juventud, de sus cenizas y del Botánico. Me escuchó atentamente sin decir nada. Bajo los lentes, sus ojos acuosos dejaron resbalar unas lágrimas.

—Qué lindo lo que me contás... Te lo tenías guardado... A mí también me gustaría que me cremen. El Jardín Botánico está lleno de gatos, ¿verdad?

—Sí, hay un montón.

—A mí los gatos me encantan, vos sabés. Serían una buena compañía, un buen cierre...

—Te tendrías que bancar a mi tío, también —dije en broma.

—Ay, que malo que sos. Si tu tío era amoroso. Y decime...
¿Ya lo llevaste?

—Todavía no. Lo estoy digiriendo de a poco. Esperando el momento adecuado. Cuando vuelva, seguramente.

—*Qué cosa rara, el amor...*

—¿Alguna vez leíste algo de Feuerbach?

—No.

—Para él, el espíritu se origina en el hombre. El hombre sería a su entender, el mayor grado de perfección alcanzado por la naturaleza. Bueno, eso pensaba él. Yo no estaría tan seguro.

Mariela esbozó una tenue sonrisa.

—Él identificó la noción de espíritu con historia y naturaleza. Dice algo así como que el yo, en principio, antes de ser, es una nada surgida de la nada creadora.

—Como que se me complicó...

—El yo es una nada que se crea a partir del otro, de los otros. Es decir, el ser del otro es el fundamento del propio ser. Una forma diferente de entender al yo. Por mi parte, lo entiendo así: es un traslado de energía ontogénica del otro preexistente al yo por venir. Y esa es la causa por la cual el hombre desea unirse a otro, a los otros; lo que llamamos amor, porque el otro es el ausente de uno mismo, y de ahí su profundo deseo de unión, su amor como pulsión inmanente.

Las maderas de la pira más cercana a nosotros, crujieron. Cientos de chispas saltaron al aire. Los deudos que observaban las cremaciones, no menos de diez, permanecían inmutables, algunos en cuclillas, otros de pie u orando.

—Feuerbach entiende a la muerte por dentro de la vida, como algo que no está escindido de ella, que le es intrínseco. Ambas tienen el mismo sentido profundo, porque si la vida es vínculo, relación, comunicar, la muerte también lo es. Y porque es espíritu va más allá de lo que entendemos por *nuestro* espí-

ritu. Cómo te decía, el espíritu es identificado con naturaleza e historia. No muere de forma original. La muerte es la nuestra, no hay regreso a la individualidad, al yo. Si nos hundimos en la nada creadora es a fin de que otros puedan nacer. Acá está funcionando otra vez la idea de traspaso de energía ontogénica de la vida hacia la nada creadora, hacia los otros no nacidos que pujan por existir. Es por eso que para amar, uno renunciaría a sí mismo.

— ¿El amor sería la fuerza que le da el verdadero sentido a la existencia?

—Sí, el amor es tanto ser como no-ser, y no obstante es una tesis materialista y atea. Siempre se va hacia el otro. La muerte es otra forma de gestación. Es un darse uno, extinguir nuestra individualidad para que otros nazcan. El morir es ir hacia otros que todavía no son. Una dación de energía que se combina nuevamente con materia, para resultar otro que ya nunca seré yo. Porque el yo es finito e irrepetible. Nuestro destino es no tener destino. O si preferís, nuestro destino son los otros, porque el amor te otorga vida y te la arrebató.

—Sería una forma de participar en la generación quieras o no, aún cuando no tuvieras hijos naturales. Me suena a otra forma de consuelo —dijo ella.

El lenguaje, seductor, podía ser consuelo y desconsuelo. Simulacro y lenguaje se llevaban a las mil maravillas.

—Digamos que sí. Pero Feuerbach no lo veía de esa forma, sino como una verdad. Incluso da a entender una idea implícita de progreso humano e histórico, presuponiendo que las generaciones venideras, siempre serán mejores que las generaciones pasadas. Y todo esto sin la necesidad de la existencia de un Dios. Porque este sería el comportamiento propio de la naturaleza.

Mariela no hizo ningún otro comentario. No era habitual en ella. Por lo general solía demostrar un interés notorio. La entreví preocupada. Le pregunté si le pasaba algo.

—No me siento bien —dijo.

— ¿Es... el período?

—No. El estómago. De pronto, me empezaron a dar retortijones.

Al mediodía habíamos comido *pollo tandoori* con verduras y arroz. Nos habíamos animado a condimentarlo con algo de curry, rebajado con *salsa raita*. La comida india era de por sí picante. Hasta el *chapati* para acompañarlo lo había sido en esa oportunidad. La vi palidecer y me preocupé.

— ¿Querés que vayamos al hotel?

—Me da pena por vos.

—Ay, Mariela. ¿De qué me hablas? La prioridad es que te sientas bien. Vamos ahora. El hotel está cerca. Cualquier cosa, si te sentís mejor, después volvemos. Vamos a hacer así. Voy a subir la silla hasta la calle, y enseguida vuelvo por vos.

Hice lo más rápido que pude. El hervidero de peregrinos nos impedía avanzar con la rapidez que hubiéramos querido. No eran tantos cómo en los horarios diurnos, pero la marea humana nunca dejaba de empujar hacia el río. El bullicio era ensordecedor. Había que sumarle que, al reconocernos como extranjeros, nos acometía más de un ofrecimiento de clarividencia, postales, figuras de cerámica, entre otros, retrasándonos. No podía quitarme de encima a un muy joven vendedor de drogas. No había idioma en que no supiera decir opio, marihuana o heroína. Nos detuvimos para hacernos a un lado al paso de unos búfalos de agua. Los viandantes se entrecruzaban a nuestro andar en todas las direcciones que la calzada se los permitía, al igual que las bicicletas y las motos. Lo hubiera disfrutado de no haber sabido que Mariela se encontraba descompuesta. Traté de transmitirle ánimo, pero su rostro me decía que se encontraba peor. Estaba sudando frío. La estrechez de la urdimbre urbana se fue haciendo menos densa. El *dealer* nos seguía detrás, tratando de persuadirnos de las ventajas de los estimulantes, como si lo que estuviéramos viviendo no pudiera bastarnos por sí mismo. Cambiando de táctica, comenzó a dirigir sus palabras a Mariela. Parecía haber encontrado en ella un cliente ideal. Conductores de rickshaws y motorrickshaws me ofrecían llevarme aún cuando no le encontraba sentido alguno, en tanto iba empujando una silla de ruedas. A metros

de llegar al hotel, un autobús terminó atravesándosenos para detenerse allí, obligándonos a dar un rodeo. Le dije:—Ya llegamos.

Se la veía mal. Llamé al ascensor. Subimos hasta nuestro piso. Pero antes de abrir la puerta hizo un gesto negativo, atormentada, los músculos de la cara contraídos, invadida por una impotencia avergonzada, los ojos cerrados, como si con aquello pudiera cerrar los míos y evadirse del mundo, hasta que, tapándose la cara con las manos, la escuché decir:

—No, no... por favor... no. Ay... nooo.

Y todo el esfuerzo que había hecho por contenerse flaqueó.

—No te preocupes —dije, abriendo la puerta de la habitación.

Sin mi ayuda, impulsando las ruedas, se dirigió rápidamente al baño, pero la entrada era tan estrecha que la silla no pudo pasar. Entonces, no le quedó otro remedio que bajarse. Me acerqué para ayudarla y pude ver restos de diarrea en la silla. Oí. Sentí nauseas y un atisbo de arcada, e instintivamente me llevé la mano a la boca para atajar el vómito. Logré refrenarlo casi instantáneamente. Ella, al querer cerrar la puerta del baño, mirándome desde un abajo que la mostraba como tal, se dio vuelta y vio mi gesto de asco. Miró el asiento y pudo ver el reguero de heces líquidas. Continuaban en el suelo. En un intento de salvar la situación dije:

—No te hagas problema. Son cosas que le pasan a cualquiera. Yo te ayudo a limpiarlo.

Mariela me rogó:

—Andate, Ariel. Dejame.

Insistí:

—Pero, no. Cómo te voy a dejar así.

Cercana al grito, nerviosa, humillada, volvió a suplicarme:

—Dejame. Andate, por favor.

Me quedé inmóvil. Ella cerró la puerta con un golpe y desde dentro me gritó:

— ¡Andate, Ariel! ¡Por favor! ¡Andate!

La escuché romper en llanto. Un llanto desgarrador, que jamás antes le había escuchado. Quise calmarla, pero aquel

grito no me dejó. Salí del cuarto sin saber a dónde dirigirme. Aguardé un poco en el pasillo. Después decidí subir al bar de la terraza.

Las mesas, las cinco o seis que había, íntegramente, estaban ocupadas por grupos de turistas; hubiera dicho que todos europeos. Bebían y reían animadamente, contando anécdotas, o algo de sus vidas en sus países de origen, o historias de otros viajes anteriores a otros lugares del mundo. La mayoría eran jóvenes, había algunas parejas. En la mesa más retirada, se ubicaban los que a simple vista parecían ser dos matrimonios mayores. Los hombres conversaban moderadamente mientras las mujeres se mostraban una a otra los recuerdos que habían comprado: estatuillas de dioses hindúes de distintos tamaños; entre ellos alcancé a distinguir a *Shiva*, *Ganesha*, *Kali* y *Krishna*. También un *lingam*. Y anillos, aretes y sandalias, así como algunas prendas femeninas.

Haber sido partícipe de aquella situación bochornosa, más que nada para ella, me había dejado un tanto angustiado. Eduardo me había enseñado a restarle importancia a ese tipo de indisposiciones, “cualquiera se puede desgraciar querido”. Pero entre hombres, más rústicos, más burlones de lo escatológico, era algo diferente. El espíritu femenino era mucho más sensible, ni que decir en esos aspectos. Y que yo, siendo hombre, hubiera sido espectador de su desventurada incontinencia, de ese lamentable traspié, lo habría convertido, pensé, en un suceso no menos que traumático.

Aquellas imágenes tan desagradables me invadían de continuo, y debía luchar para repelerlas. Soplabla una brisa suave, pero constante. A aquella altura se estaba libre de mosquitos. Durante la mañana habían estado intratables.

No teniendo lugar donde sentarme, me quedé de pie, apoyado en la baranda de hierro, mirando hacia el Ganges. Desde allí se podía ver la doble luna, la colgada en la noche, y la que no necesitaba purificarse con abluciones en la superficie de las aguas, llevando adelante un areligioso *rito* cósmico muchísimo más antiguo que el hombre. Pero por más que la belleza de las lunas hiciera esa noche su mejor intento, los excrementos vol-

vían una y otra vez. ¿Por qué tenía que haber ocurrido aquello, esa situación desafortunada? ¿Por qué algo tan natural como cagar tenía que resultar tan humillante? ¿Acaso no lo hacíamos todos? Quizá porque era una de las pocas cosas que a diario, o casi a diario, nos recordaba nuestra incontrovertible animalidad, nuestra concluyente y única condición orgánica.

Desde una de las mesas hubo un estallido de risas. Fumaban y compartían marihuana en un *chilum* que se pasaban de uno en uno. Comencé a sentirme incómodo. En mi situación, con aquel clima divertido que se iba formando, consideré no era el lugar adecuado donde permanecer. Tampoco podía volver a la habitación. No había pasado un tiempo prudencial. Debía esperar a que Mariela se tranquilizara, o se durmiera. Al día siguiente, supuse, todo sería más fácil. Quedaría olvidado. O haríamos todo lo posible para eso. Teníamos varios templos hindúes en vista: el *Vishvanath*, el *Annapurna*, el *Sankat-mochana*. El paseo por el *Canntonet* y la visita a la mezquita de *Aurangzeb*. Al anochecer, la asistencia a la *puja* de la madre Ganga en el *Dasaswamedh*. En los días siguientes la lista continuaba y era larga. La excursión a otros *Ghats*, al *Assi*, al *Man Mandir*, al *Hanuman* (podíamos elegir entre más de treinta), a la localidad de *Sarnath*, al fuerte de *Ramnagar*; el paseo por el campus de la Universidad Hindú de Benarés. La casa-museo Gandhi en Delhi.

Decidí regresar al *Manikarnika*. Hice el mismo recorrido que a la ida al hotel. El olor a comida era penetrante. Jamás se dejaba de cocinar. Me dejé llevar por la misma aglomeración, por el repetido y ruidoso peregrinar que bajaba hacia el río. Animales, animales humanos, carros y vehículos de animales humanos tirados por animales, vehículos de animales humanos conducidos por ellos mismos. Separación ficticia. Futuro pasado olvidado del antes y libre del después.

A medida que me iba acercando a las escalinatas del *ghats*, el apretujamiento era mayor. Venía rechazando vendedores y volví a rechazar masajes, té, opio, y no sé cuántas cosas más a las que ni siquiera presté atención. Finalmente, la angosta calleja se abrió en un gran espacio llegando a las gradas. Busqué

con la mirada un lugar en dónde ubicarme. Elegí sentarme en el quinto escalón empezando desde la rivera. El espectáculo era perturbador. El fuego ardía devorando nuevas piras. El olor a despojos quemándose era aún más intenso que por la tarde. En el agua, en la franja de basura que bordeaba la orilla, alumbrado por las cremaciones, rodeado de detritus y porquerías de todo tipo, flotaba el cuerpo hinchado a reventar de un perro. Un cadáver coherente, que no había conocido dioses ni los había necesitado.

Río abajo, como contraste estético, navegaban en procesión cientos de diminutas cazoletas encendidas. Cómo si la mayoría de las estrellas, que en lo alto estaban casi ausentes, hubieran bajado engañadas a darle su eterno respaldo y compañía al duplicado acuático de la luna.

Nada había que no trabajara para la muerte. Todo desaparecería. Quizá eso hacía tan valioso al amor. Incluso el que fuera solo un intento de trascendencia. Tal vez el mérito más loable de la existencia. Esa búsqueda, esa resistencia imposible, pero resistencia al fin. No creía que pudiera estar a la base de todo, una ligazón que iba del ser al no-ser, como Feuerbach. Por un momento, advertí que me había olvidado de lo ocurrido una hora antes o más, en la habitación. En cambio, la pena había persistido como un fondo en donde Mariela, al reaparecer, volvía a reacomodarse. Sentí lástima por ella. Una grandiosa piedad. Hubiera preferido no haber estado allí, en ese mal trance. Debía sentirse profundamente humillada. Había llegado a ver mis gestos de repulsión. Su autoestima debía haberse resentido terriblemente. Me lastimaba su suerte. El rellano del amor carnal la rechazaba, le estaba vedado; un novio, un semental, el amor de un hombre. Nadie jamás querría besarle la boca, recorrer su cuerpo tremulante, regalarle un orgasmo, morderla, lamerla. Al menos le quedaba la fantasía. Su vida no debía ser fácil. Nunca la había escuchado hablar sobre la posibilidad de tener una relación con alguien. Mucho menos sobre maternidad. La vida no era como solían presentarla. Había que pensarla, también, desde el desahucio. No se vería de la misma manera desde aquella posición, sin dejar de asumir que cada

uno de nosotros era una divergente. No podía tratarse de una sola verdad. Quizá, desde un lugar como ese, habían nacido el brahmanismo, el hinduismo o el budismo como doctrinas. Y por algo se habían sostenido durante milenios, diseminándose como se diseminaron, contando con tantos millones y millones de fieles. Conociendo la Historia de la Humanidad, ¿cómo recusar que la existencia perdiera la paz en la conciencia? ¿Cómo descartar que pudiera estar *iluminada* en su *oscuridad*? La luz de la conciencia parecía oscurecerla de tal forma, que cada parpadeo era un deseo de volver a su apagada fuente original, dónde no había desgarró, ni dolor, ni angustia, ni crueldad, ni penas de amor, ni ninguna otra cosa por la cual padecer. Detrás de cada parpadeo asomaba la vacuidad. Aquella paz-nada que lograba sustraerse a todo. Pero claro, ni siquiera un suicida tenía la oportunidad de recomendárnosla desde allá. Un allá que ni siquiera era un allá.

Al evocar mentalmente el suicidio, resucité de mi archivero a Mainländer (quien a su vez me recordaba a Hegesias de Cirene). En congruencia con su pensamiento, consumándolo a través de un acto de supresión, poniéndole fin a su vida por sus propios medios, culminó desembocando en una perspectiva filosófica radical. Una locura. O no. De todas maneras, yo me encontraba bien lejos de adherir a nada, tanto que ni a la nada misma. Admirador de Schopenhauer, fascinado en un principio por aquella voluntad irreflexiva y caótica que impulsaba a lo vivo a permanecer en el ser; un mundo, no obstante, de voluntades en conflicto permanente, repleto de miseria y sufrimiento. Terminó distanciándose, como todo aquel digno de llamarse filósofo, para desarrollar su drástico y no poco controvertido punto de vista: la voluntad no podía ser en ningún caso, voluntad de vida.

Recordé algunas de sus ideas centrales. En el origen hubo un Dios. Una esencia sufriente, una entidad precósmica inefable que, como tal, ya no existía. Inmerso en el inacabable dolor de su abismal soledad, saturado, hartó de su propia existencia, sabiamente, optó por el no-ser. Y ese impulso era su esencia misma. Pero aunque omnipotente, no estaba en sus possibili-

dades la finitud, el ser nada. No se trataba de una omnipotencia que pudiera ser dirigida contra sí misma, aunque en mi caso, no acababa de entender el por qué. Pero como quién dice, termina *encontrándole la vuelta*, aniquilándose como otra cosa de sí mismo. De forma que, en una primera fase de liberación, se desintegra en un universo múltiple, suicidándose en una fragmentación de voluntades, dándole vida a los entes del mundo, que mientras persistan en el ser, continuarán atrapados (y atrapándolo), sin poder escapar a las cadenas de lo vivo. De ahí que este mundo nuestro, es el medio que tiene Dios para alcanzar el no-ser definitivo, a través de la extinción de nuestra existencia. Porque el surgimiento del universo no sería, como se piensa, producto de la voluntad divina, sino que contrariamente, su aparición es secuela de su postración. Y como no somos otra cosa que fragmentos de la voluntad divina, es el deseo de autoeliminación de Dios lo que persiste en nosotros, y nuestra misión es, por él y por nosotros mismos, finiquitar el ser. Esa sería la meta de toda voluntad: voluntad de morir, voluntad divina. Y cada ser humano encerraba en sí mismo aquella voluntad identificable, la ley del debilitamiento de la fuerza, ya que todo iba indefectiblemente hacia la muerte. La idea era entender que la voluntad divina no es más que el no-dolor, el cual solo puede hallarse en la pura nada. Por eso todo el universo tenía aquella inclinación. Por eso la vida debía interpretarse como medio para alcanzar la muerte, así como también lo era para alcanzar la sabiduría divina: la necesidad de conducirse hacia el no-ser.

No se trataba de un punto de vista que tuviera interés en que Mariela conociera. Nada más retorcido. Y no obstante, no era demasiado distinto a la ley de entropía propuesta por la ciencia. A esta, definitivamente fenoménica, sin ningún sentido secreto que adjudicarle al cosmos, le faltaba *la sabiduría divina*. Y la idea de retorno definitivo de la que carecía el *sádico* Big Bang, al menos eso, supongo, creería Mainländer.

Me había quedado ensimismado en mis pensamientos hasta que delante de mis ojos, reaparecieron con firmeza las piras funerarias. Uno de los encargados de las cremaciones, comenzó

a remover una de ellas con un largo palo. Luego se dedicó a arrojar restos semicalcinados y cenizas al río.

Nada más final que el morir. ¿Cómo podía alguien imaginarse un destino trascendente después de aquello, o un *Absoluto*? Es que el hombre se aferraba al vivir con todas sus ansias. Aunque no siempre. Los suicidas eran más reales que cualquier teoría. El lenguaje nos proveía una batería de respuestas sin respuesta que uno utilizaba como quería.

La idea de reencarnar en otra cosa que no fuera uno mismo, ¿qué atractivo tendría si se carecía de ocasión alguna de reconocerse como el mismo yo? En definitiva, se trataba de eso y no de otra cosa. La muerte era la propia muerte. No, *la Muerte*, sino la que sería la mía, la de cada uno, la que fue la de mis padres, la de Eduardo. Las tuyas, las de los demás, las de los otros. *Las muertes.*

Aquel accidente malhadado había empañado el día. Una pena. Por la mañana todo había resultado tan bien. El recorrido en bote que habíamos iniciado antes de la salida del sol, fue una experiencia única. La representación de la muerte era tan fuerte a orillas del Ganges, que sobre el bote, o fuera de él, la nada había sido y era, una idea recurrente que nos acompañaba inseparable con una vecindad vívida. Como alternativa a las cosmovisiones orientales, aproveché a llenar los largos tramos del río, de Ghats a Ghats, con un poco de ontología heideggeriana y sartreana.

Así que volví a tomar de mi bolso los apuntes que había preparado como ayuda memoria, afín de ampliar la temática de la nada y el ser. Con los mismos, espantaba a los mosquitos.

—Para Heidegger, la muerte sería constitutiva de la vida misma. No algo más allá de ella sino coincidente con el ser de la existencia. No consideraba hubiera oposición alguna entre la nada y el ser. Ese no-ser, esa nada limitaría al Ser penetrándolo, invadiéndolo. Lo *nadificaría* en el sentido de que no poseería ningún significado intrínseco ni valor alguno. De esa forma, el trayecto de la existencia sería un ir del Ser nada a esa nada de la existencia, a esa nada de ser. La nada por delante, la nada por detrás. Un ir de la nada a la nada. Y entre medio, apa-

riciones fenoménicas sin sentido que surgirían de la nada y se hundirían nuevamente en la nada. Nada que pudiera tener un significado por sí mismo.

Todavía a oscuras, el barquero remaba lentamente, sin prisa alguna, administrando sus fuerzas. Los remos le quitaban al Ganges algunos de sus tonos acuáticos. Imperturbable, no sé qué insólito pacto tendría con los zancudos.

—Algo que es importante entender es que, el hombre no sería en el tiempo, como usualmente creemos. El tiempo es el hombre mismo. Conciencia temporalizada. Un fenómeno vivo. Y el tiempo, en tanto conciencia encarnada, es finito. Es decir, el tiempo muere, porque nosotros, los tiempos encarnados, crepusculares desde un comienzo, morimos en tanto tiempos. ¿Me seguís?

—Sí, claro.

—Ahora bien, no podemos dejar de tener en cuenta que, jamás vemos al Ser. Su invisibilidad nunca se nos presenta, lo que es lo mismo que decir, que el Ser jamás está presente en ese sentido, ni siquiera en el ente. No obstante, sin el ser, el ente jamás sería un ente como tal, porque el ente no se refiere al ser como algo fuera de él mismo, ni tampoco el ser difiere del ente como un exterior de lo que pudiera carecer. Entonces Heidegger dice: el Ser se daría sustrayéndose. Ambas cosas a la vez. Lo cual, entenderás, contraviene toda lógica. Esa manera de entender al ser del ente, por mi parte, me lleva a pensar, que quizá no todo sea Ser, sino que algo podría existir sin ser, entendiéndolo como algo que no está vivo a la manera de una conciencia temporalizada. Y si el Ser es todo lo que es en ese sentido, según Heidegger, el ser debería ser entendido como el ser del ente, lo que existe con conciencia de ser. Por mi parte, todavía me pregunto si se puede reducir el Ser solamente al ser del hombre, si se puede reducir el Ser a lo estrictamente temporal en estos términos de temporalidad subjetiva. Si se debe. Pensando en esto último, creo que no. No deberíamos reducirlo al solo ser de ese ente que somos, sino que deberíamos entenderlo a todos los seres con conciencia de sí. Al menos eso es lo que pienso.

Mientras el Ganges nos conducía, yo llevaba lejos mi cabeza. A otra lejana cercanía. A otra nada diferente. En definitiva, todo estaba destinado a extinguirse sin pena ni gloria y eso sí resultaba convincente. Podía sentir dentro de mí esa angustia que revelaba la experiencia fundamental de la nada, ese no-ser que constituía al Ser.

—Saberse ser nada, de la nada y para la nada, no es una condición a la que la lógica pueda acceder para ofrecernos las explicaciones del caso. La nada es una categoría ontológica, no lógica. Por lo cual no podemos llegar a dar cuenta de ella mediante la reflexión, mediante razonamiento alguno. Se trata de otro tipo de conocer, un conocimiento que nos proveería la angustia. El sentir a través de la angustia nos pondría al tanto de que somos mortales, llevándonos hasta el abismo de la existencia, hasta su borde mismo, revelándonos esa verdad fundamental, que el ser del Ser es la nada, ese sinsentido, ni siquiera un disvalor.

Ser-en-el-mundo, no poder ser sin él. *Ser-para-la-muerte*, para el final, para la nada. Las aguas no llevaban a ningún lado a los que ya no eran ni volverían a ser. Ellos, los que aún permanecían, esperaban que sí, creerían que sí. Y el río se dejaba hacer, sin contestarles nunca. No conocía *el Absoluto*. Sus aguas no tocaban *sus costas*, o quién sabe. Tampoco conocía la filosofía occidental, ni obviamente a Heidegger. Quizá de haber podido, le hubiera dado la razón. Pero el Ganges era solo un río. Desde sí mismo, la nada misma, con sus bañantes, sus microorganismos, su contaminación, su ser nada.

El olor. El humo. Las voces. El trepidar de las llamas. La evasión. Por unos momentos había escapado a la incomodidad de lo concreto, a las imágenes del excremento semilíquido sobre la silla y en el piso. Continué recordando mis propias palabras.

—El estar angustiado nos conduce a correr el velo del ser, a reconocer nuestra posibilidad más propia, la posibilidad de la imposibilidad de toda otra posibilidad: *el ser-para-la-muerte*. Y esa es una posibilidad única, reconocer mi nada esencial como destino tras la muerte, destino de toda cosa, y del ser. Porque

solo tocando el abismo de la nada, que no sería sino el fondo del ser, podemos restituírnos al ser originario, y desde allí tomar la decisión de erguirnos, cada uno, como nuestro propio fundamento, el mío, cada uno el suyo, desempeñando el propio cometido en el mundo. Dándonos nuestro propio sentido.

Estábamos habitados por el lenguaje, por pensamientos que, en su abrumadora mayoría, no eran nuestros. ¿Qué pensaba yo, originalmente, desde mí? ¿Acaso no era un compendio de saberes y filosofías prestadas, de interpretaciones que buscaban reglar mi vida, adoctrinarme con sus influencias, puntos de vista, sus involuntarios errores o sus engaños premeditados? ¿Y cuál era la mía, *mi* filosofía? ¿Cómo evitar que el lenguaje no me colonizara, dictándome quién y cómo debía ser? ¿Convirtiéndome en un yogui a través del nirvana? ¿Cómo elegirme creativamente? ¿Acaso el universo simbólico no eran los otros, lo otro de mí, sin lo que jamás podría siquiera pensar?

Nada dejaba de ser una elección. Salvo un obstáculo fundamental, no podíamos no elegir la nada (ni elegir una continuidad, se diera lo que se diera) Aunque también podíamos pensar en ella como un pseudoconcepto.

El disco del sol asomó sobre la alejada margen opuesta como un hierro incandescente que perforaba el planeta de adentro hacia fuera. Encendió el horizonte sobre una ancha franja plomiza que se extendía separando cielo y tierra, refrescando a un haz de su fuego naranja rojizo sobre las aguas; haciendo arder la pira del nuevo día, obligando a nuestras palabras a refugiarse dentro de nuestras bocas, como vampiros oscuros incapaces de iluminación alguna. Después de aquello, continué como pude, no sin sentir que lo que decía, lo que pensaba, aun cuando no lo pareciera, no escapaba a los parámetros de la poquedad.

—Sartre, diferenciándose de Heidegger, esgrime en cambio que la nada no puede ni podría estar jamás por fuera del ser —aunque no creo que éste último entienda a la nada de la misma forma en que Sartre se lo atribuye— y que se halla en su mismo seno, *horadándola en su corazón como un gusano*; solo pudiendo surgir de un fondo de ser, porque sería absurdo pensar en la nada antes que en este, o que el ser pudiera surgir de la nada.

Solo lo que era podía, en definitiva, finiquitarse. Por eso el Ser es absolutamente todo lo que es, sin dualismos, descartando potencia y acto. Desde siempre y para siempre. Increado — Hice una muy breve interrupción, para darle lugar a algún interrogante que pudiera surgirle, y continué—. Para Sartre, tampoco poseía sentido ni el nacer ni el morir, y en cuanto a la nada, pensaba que no podía existir por sí misma, no era algo que pudiera decirse anterior al ser, sino que el ser la hacía surgir en su ser a propósito de su ser. Razón por la cual, la nada se traducía en positividad, porque existía en términos de posibilidad real en el ser mismo del hombre, porque el hombre era el ser por el cual la nada venía al mundo. Y esto se explica de la siguiente forma. Su ontología distingue dos tipos de ser: el *ser-en-sí* y el *ser-para-sí*.

—Recién dijiste que el hombre era ese ser por el cual la nada venía al mundo...

—Sí. Es que, Sartre dice que nunca hay nada en la conciencia más que como conciencia misma, que la conciencia es solamente para la conciencia. Y lo dice afirmando que en sí misma, la conciencia está vacía de contenido, porque su contenido es otra cosa de sí. Pero para entender mejor esto, lo conveniente sería, entender lo que él quiere decir con esos dos tipos de ser que te mencioné: el *ser-en-sí* y el *ser-para-sí*.

Como otras veces, recurrí a los apuntes que llevaba en el bolso de mano. Literalmente leí:

—*El en-sí es entendido como la densidad plena del ser, objetividad pura, dado que está lleno de sí mismo. Completud sin carencia alguna, existencia plena. Es atemporal, sin sentido, pura gratuidad, velado a sí mismo, ya que en ningún caso es conciencia. Se agota enteramente en su ser sin necesidad de más. Es todo lo que es. No está en relación a nada. No es presente ni está ausente. Es presencia ante nada. No tiene necesidad de presentarse ante nada.*

Continué por mi cuenta, sin leer:

—Sartre dice que sería el único ser accesible al conocimiento, porque todo el ser se halla del lado del mundo, del *en sí*. Recordá esto: la conciencia estaría fuera del mundo.

Mariela preguntó:

— ¿Un objeto inerte representaría bien al *en-sí*?

—Efectivamente. El mundo de los objetos en su totalidad. Aunque también lo vivo sin conciencia.

—Como una planta...

—Sí, o como el organismo humano, pensando al cuerpo como algo escindido de la conciencia, al que Sartre llama la facticidad del *para-sí*, su dimensión de cosa u objeto.

— ¿Y el *para sí*?

—El *para sí*, la conciencia, en su ontología, como te había dicho, está ubicada fuera del mundo, y es lo propiamente humano, radicalmente distinto del *en-sí*. Es pura presencia ante sí, por eso la conciencia no se capta como una pura presencia sino, como una *presencia ausente*, porque es devenir, trascendencia pura, proyecto hacia el *en-sí*, lo cognoscente que quiere hacerse de lo conocido; lo temporal.

El sol había ascendido un poco más, limpio de lo sanguinolento de su parto. La vagina del horizonte había perdido su textura inflamada. Heidegger, Sartre, estaban muertos. Atendiendo al ciclo de las reencarnaciones, debían andar por ahí. Quizá una mosca, uno. Quizá maleza al costado de una senda en el bosque, el otro.

—Porque la conciencia es puro aparecer, al estar fuera del mundo, es absoluta y completa vacuidad. Y en ese sentido carencia, gratuidad, vacío en tanto cognoscente, pero, ojo, la experiencia misma: lo absoluto. Ni esencia ni sustancia. La existencia precede y determina a la esencia, y no al revés. De ahí que, siendo absoluta y completa vacuidad, se diga que la conciencia no-es, que es nada, una nada positiva, y no se la pueda captar. De hecho, a la conciencia no se la puede captar. No obstante, dado que posee una conducta interrogante y que es pura trascendencia orientada al *en-sí*, el surgir de esta nada, de este ser, de este *para sí* que es trascendencia, y que pregunta a ese preguntado que es el *en sí*, produce un develamiento de ser o no-ser.

— ¿El *para sí* es deseo que quiere ser *en-sí*?

—Claro. Es que, según Sartre, la conciencia se fundaría a sí misma como defecto de ser, o quizá no, por el solo hecho de ser mera gratuidad, y solo sea lo que es, sin que sea susceptible de valoración alguna. Aunque Sartre es bastante escéptico en general, especialmente en lo que respecta a la relación con el otro. Pero bueno, no obstante, uno podría entender al *para sí* de esa manera, porque justamente trasciende hacia una plenitud, la del *en-sí*, que nunca puede alcanzar. Es más, si la alcanzara, dejaría de ser lo que es. Igualmente, es importante advertir que *esta nada es condición para que haya mundo*.

—Pero entonces la conciencia podría ser vista como una especie de trastorno del ser, algo así como una enfermedad del mismo...

—No creo que esté diciendo eso. Supongo que no faltará quien lo interprete de esa forma. En todo caso suscribiría a lo que él dice, una carencia.

—Una insuficiencia.

—Tal vez. Ahora, la manera de concebir la nada sartreana es al modo de una fisura, de una escisión absolutamente infranqueable entre el *en-sí* y el *para-sí*. Y este corte se muestra en plena conciencia. Nosotros somos conscientes de ser conscientes, lo cual es una forma de que la conciencia se presente ante sí misma. Esto no sería posible sin esta separación, esta nada o *no-ser*, entre el yo como cuerpo u objeto que no es conciencia, el *en-sí*, y el yo de la conciencia reflexiva, la autoconciencia, temporal, subjetiva, libre, el *para-sí*, que no puede ser definido como objeto. Por eso Sartre dice que es un *no-ser*, una nada —positiva, no te olvides—, presencia perpetua ante nosotros y fuera de nosotros. Esta es la razón por la cual experimentamos la conciencia como supresión de su propio pasado. Lo que hay que advertir es que esta nada es condición de posibilidad de que haya mundo. Es decir, *la nada es señalada como estructura de lo real*, como posibilidad de relación transfenomenica, como existencia objetiva del no-ser, que sería origen y fundamento de toda negación, la que solo el *para-sí*, pura trascendencia, puede llevar adelante. Porque el *para-sí*, como estructura de lo posible, hace y se hace preguntas, que no son sino la forma de

la realización de los develamientos, que se efectúan a partir de una afirmación o una negación, de un sí o de un no, de un ser o de un no-ser. En una palabra, la negación tendría su fundamento en la nada misma. Porque, te recuerdo nuevamente, el *para-sí* está separado de la presencia ante sí por el no-ser, que se interpone a la totalidad de lo que existe en el mundo, que es el *en-sí*, ante el cual el hombre se proyecta siendo deseo de coincidir con su plenitud, lo cual es a la vez, imposible. Esa nada que habita el interior del hombre nos aísla despegándose del *ser-en-sí* como totalidad, y es lo que hace posible su libertad de acción, ya que no se encuentra atado a ningún fundamento trascendente. Es en este sentido que la existencia precede y determina a la esencia. Es esta nada lo que le permite estar abierto al futuro y jamás identificarse con el ser actual, que sería el *en-sí* atemporal. El tiempo es el flujo indetenible de la conciencia reflexiva. El hombre es el único ser capaz de poseer pasado, y es el futuro, lo que deviene, lo que en realidad mueve nuestra acción, incluso hace inteligible al presente, y permite la posibilidad de un pasado. Y que esto no se entienda como cierto desprecio por el ahora, porque de hecho es fundamental para llevar adelante el accionar destinado a nuestra realización, a darnos nuestra propia esencia. Y la verdad, podríamos seguir y seguir, pero yo diría que hasta acá está bien. Lo cerraría diciéndote esto: *Sartre*, en tanto el *para-sí* trasciende hacia el *en-sí*, el cual por ser absoluta gratuidad y sinsentido es absurdo, señala: “*El hombre es deseo de ser Dios*”. Esto es, deseo que nunca acaba de saciarse en una totalidad, en la completitud buscada. Porque en esa tentativa de ser un *en-sí-para-sí*, saciedad perfecta, el hombre es el intento de ser el Ser, lo cual no es más que una tragedia, porque, cómo entenderás, dejaría de ser lo que es, es decir, lograría su propia nulidad, la aniquilación del *para-sí*, ya que pensar en un *en-sí-para-sí* es una idea contradictoria consigo misma: la idea de Dios, una *perfección imposible* —Me tomé un respiro—. En definitiva, el hombre ansía la pura plenitud, la eternidad, ser el Ser intacto y sin grietas, amén de que la idea de Dios se postula para aliviar la angustia provocada por la noción de un universo sin sentido, derrochando así, por en-

cima de nuestro límite —la finitud— esfuerzo y potencialidad inútilmente. Por eso somos esencialmente deseo como falta, como carencia. Un vacío que se renueva permanentemente con su imposible sed de llenarse. Y es en ese sentido que Sartre concluye: *“El hombre es una pasión inútil”*.

Al fin me detuve.

—Gracias por la clase —dijo Mariela.

—De nada —contesté.

Estábamos llegando al Ghats continuo. Era temprano, no obstante, había ya muchas personas tomando baños rituales. Más mujeres que hombres. Algunas con sus niños. Sus saris florecían las aguas a la manera de lotos multicolores. El barquero acercó el bote a metros de los bañistas. Desde nuestra posición, en perspectiva, podían verse las hileras de humo que subían hacia el cielo desde los crematorios que más adelante continuaban dominando la orilla. Toda especulación metafísica acababa, ardiendo o no. El fuego no dudaba. En ocasiones, la filosofía parecía no ser más que una variante elitista y más austera de la ciencia ficción, permitiéndose imposibles y rechazando otros.

Así había transcurrido parte de esa inolvidable mañana. Después nos dedicamos a ser puro sentido. A tratar de comentar todo lo innumerable que nos asaltaba, invadiéndonos. Así lo recordaba, sentado sin su compañía, en las escalinatas del Ghats.

Al día siguiente, toda aquella situación desgraciada vivida en la noche, habría quedado relegada al olvido. Lo más sensato que podía hacer era dejar de preocuparme. Ni ella ni yo tendríamos interés en realizar ningún tipo de comentario ni volver sobre ello jamás, por ninguna razón. Escuchaba los cánticos. Escuchaba orar. Y música. Platillos. A pesar de la estricta prohibición, los flashes de una cámara fotográfica se dispararon desde una barca cercana a la orilla. Alguien le gritó algo al barquero, y este torció Ganges adentro en dirección al próximo Ghats. Esas fotos eran unas rupias extras para su bolsillo, el del vivo. Los que ardían o esperaban bajo las mortajas ya no las necesitaban, y su silencio era su manera de colaborar.

Sentí una ligera mejoría anímica que me dispuso a relajarme. Podía haber ido por aquel *dealer* y comprarle algo que me sustrajera de la realidad. No hubiera sido mala idea ver a George Harrison y a Gandhi, materializarse sobre las aguas del Ganges, cantando a dúo “*Something*” o “*Sweet Lord*”, y a mis padres y a Eduardo junto a los *Hare Krishna* en los coros. Me reí tibiamente de la estupidez de la ocurrencia. Inadvertidamente, un tono familiar me apartó de mi introspección. Escuché a alguien pronunciarse en castellano. Hacía demasiado tiempo que no oía a otra persona que no fuera Mariela hablar el idioma. Era un español.

Despedía hasta el día siguiente a una pareja de compatriotas. Tuvo un intercambio de palabras en hindi con un hombre adulto que, después advertí, se hallaba con él. Me dió toda la impresión que estaba liberándolo de sus responsabilidades o algo así, a la vez que le daba una serie de instrucciones. El hombre se retiró y este se sentó en las gradas. De su bolso extrajo una libreta en donde hizo algunas anotaciones. No pude evitar acercarme a cambiar unas palabras. Nos saludamos formalmente. Trabajaba en una agencia de viajes que se especializaba en turismo español en India. Me preguntó de dónde venía, que hacía en aquel país, que por cuántos días había venido, a qué me dedicaba, que si lo había hecho acompañado, y todo ese tipo de preguntas básicas que la gente intercambia cuando se encuentra alejada de su hogar y en una simple charla evoca algo de el que, en esa lejanía, comienza a sentir y valorar de forma diferente, para luego regresar a su mundo, volver a readaptarse, y seguir puteándolo según lo demanda la costumbre. No sé por qué razón, en esa confianza rápida que se genera en circunstancias tales, en ese desarraigo, en unos veinte minutos de charla, terminé contándole, de manera muy general, lo que me había ocurrido. Hacerlo partícipe de aquella intimidad lo motivo a palmearme la espalda e instarme a que no me preocupara, que solo se trataba de una tontería. Que en el mundo ocurrían cosas peores. Y que, si no, mirara hacia las piras.

—Escucha lo que dice el fuego. “Bebe y folla cuanto puedas” ¿Lo escucháis?

Asentí afirmativamente. En ese momento, una jovencita india, no podía ser más que una adolescente, tocó su hombro por detrás, e inmediatamente después juntó sus manos en un *namasté*. Él se dio vuelta para indicarle, supongo, que aguardara un momento. Se quedó parada sumisamente en aquel sitio, como si no tuviera presencia sustancial. Él, Manuel, evidentemente, la estaba esperando. Tras proseguir brevemente la conversación, debí caerle en gracia, porque me invitó a continuar la charla en un bar.

—Vamos, hombre. Venga, bébete un trago conmigo —dijo—. Te repondrás.

—Sí, por qué no... Me va a venir bien. Creo que lo necesito.

Me hizo un gesto hacia la chica:

—De eso se trata. Verás qué lugar, hombre, joder, de puta madre. No os imagináis qué niñas. Te quitarán toda esa amargura.

La insinuación me bastó para darme cuenta se trataba de una prostituta. Vacilé unos segundos, los que le alcanzaron para precaverse contra una posible reacción de mi parte.

—Disculpa... espero no os sintais ofendido...

—No, para nada —me apuré a precisar.

—Pues, hala, que la vida es corta. Vamos, hombre —dijo poniéndose de pie. Notando mi indecisión, para darme un empujón anímico, volvió a palmearme y agregó—: Que las putas también forman parte de lo sagrado. ¿Qué ciudad podríais llamar sagrada sin ellas?

Desde las piras, la carne quemándose parecía hablar a través de él.

Cuarta Parte

El solitario Paraíso

Cuando uno regresa a casa, tras abrir la puerta, después de un tiempo considerable de estar de viaje, durante unos minutos, no nos termina de parecer la nuestra. En parte, es como si la casa se rehusara a recibirnos a la manera en que cotidianamente lo ha hecho hasta ahora, despechada tras nuestro abandono temporario. Es necesario volver a situarnos despaciosamente en el lugar que dejó nuestra ausencia para reencontrarnos, reintegrarnos a ese vacío que es el nuestro, permitirle nuevamente que nos complete. Desarmar las valijas, caminarla un poco, retomar los hábitos, tocarla a través de sus objetos, ir al baño, abrir la heladera, recostarse en la cama, cortar el césped crecido, para que termine reconociéndonos sus moradores, y para terminar de reconocernos en ella.

El sueño se había concretado, y por ende, había quedado atrás. Las fotos, los souvenirs, los sellos de ingreso y egreso en el pasaporte, lo confirmaban desde su seguridad de objetos testimoniales. En cuanto a la memoria, lo hacía de otra forma. Y aunque debía ser la prueba más fidedigna de la concreción de aquella experiencia, en tanto esta había sido la receptora directa de aquella vivencia, en ella se había dado inicio un proceso en donde cada recuerdo se deslizaría hacia lo desvaído, perdiendo,

en cierta medida, relación con aquella que fue su realidad de acontecimiento.

En la *presentificación* de la representación, en ese traer a la memoria la imagen y los aspectos sensoriales de aquellos sucesos vividos en el pasado, había mucho de ambigüedad. Quiero decir, el límite entre la realidad y la ficción, entre lo ocurrido y lo fantaseado parecía disolverse. Entre las presentificaciones de las representaciones, las huellas mnémicas de lo vivido (esas impresiones emocionales, esos vestigios sin imágenes) y las huellas que podía dejar un *sueño diurno*, esto es, el producido por una elaboración ficticia, situadas todas en el mismo terreno de lo psíquico, se perdía algo de la garantía de lo sucedido como real, como de lo irreal. Porque en definitiva, recuerdo del hecho, señal sin referencia, y recuerdo de la fantasía, tenían la misma realidad en la conciencia; frente a frente, gozaban del mismo status: estaban elaborados con la misma sustancia onírica. No obstante, nuestro reflexionar parecía distinguir entre una y otra. Y aún así, ese resabio de diferencia convivía con un despuntar de irrealidad que lo deconstruía. El paso de los años lo volvería menos claro. Uno sabía que eso había acontecido. O llegado a un punto, creía saberlo. Porque podría decirme: “Sé que hice ese viaje, sé que volví de allí”. Pero dado su grado de fragmentación y deterioro en la memoria, como una prenda sometida a un lavado constante y así a su decolorado, también lo podía haber fantaseado. Hablo de la sutilísima diferencia a la distancia, entre imaginar algo y haberlo atravesado empíricamente, el ligero intersticio por el cual se introduce la vacilación. Ese resquicio, esa grieta por la que a veces se filtra la indistinción de la locura. La vejez lo terminaría haciendo más confuso aún, cuando fuera un espejo que apenas nos reflejara, y lo que muestre no se sepa bien si acrecienta o disminuye su valor, porque la nostalgia no es un sereno ojo de agua, resulta tan grata como tanto es lo que duele. Ni que decir si la ficción misma también estructuraba nuestra realidad, si también la constituía. En definitiva, había estado allí, en esa parte del Asia exótica.

La nostalgia lo viviría a partir de ahora como un sueño. El pasado en nuestra mente era una ficción rebelde, una ficción que se rehusaba a ser ficción en tanto copia imperfecta de lo acontecido. Todo pasado tenía un tajo que sangraba realidad. El recuerdo de algo acontecido y el recuerdo de una fantasía no poseían más que el mismo sustrato evanescente. A medida que el tiempo transcurriera, sabría que lo recordado lo recordaría como acontecido, pero de la misma manera, nada quitaría que pudiera rememorararlo como una fantasía elaborada por mi deseo. Los *nosotros* que creemos volver a encontrar en nuestros recuerdos son sonámbulos que juegan a repetirse inútilmente en ellos. Los *atman* de *otros nosotros* que se liberarían de sus similares “reencarnaciones psíquicas” con nuestra muerte. Quizá fuera lo mejor, el que los recuerdos se vivenciaran de esa forma confusa. Que de realidad lograda, terminaran cobrando la forma impalpable y protegida de los sueños, antes que esa realidad misma los aniquilara y encarroñase como tal, de haber persistido completa y únicamente reales.

La vida fallaba a la perfección.

Y hablando de la vida, mientras volvíamos charlando en vuelo, escuché a Mariela decirme:

—La cantidad de tiempo vivido no debería importarnos en absoluto. Deberíamos medirlo en función de su calidad. Y cuando sé es consciente que todo lo que queda por vivir, va a tender a ir en detrimento de lo vivido, deberíamos tener el permiso ético de la sociedad para tomar individualmente la resolución que creamos apropiada, según nuestra propia concepción de la vida.

Podía entenderla. Yo mismo le había facilitado bibliografía acerca del estoicismo alguna vez, de cuya lectura podía haber tenido origen esa ponderación. La idea era considerar a la vida como un todo. Y si lo que quedaba por delante, con su posible llegada, no hacía más que deteriorar el conjunto y perjudicarlo, el poner término a nuestra existencia era una forma de preser-

var lo bien vivido, lo que creyéramos conveniente debía ser, en todo el sentido de la expresión, *nuestra propia vida*, en tanto se trataba de elegir.

Pero esa posibilidad quizá cobraba peso en manos de un enfermo terminal, y no en su boca, o en la de alguien que supiera que, tras contraer una enfermedad incurable, el avance de ella, a partir de cierta etapa, le acarrearía un sufrimiento ineludible que podía evitarse con un suicidio asistido o no. Lo que podía caratularse como el derecho a una muerte digna.

Ella tenía cuarenta y pico años, gozaba de buena salud, disponía de mucho trecho todavía para desarrollar los proyectos que, dentro de sus posibilidades, quisiera desplegar.

Pensé en la mala prensa que tenía el suicidio en casi todas las sociedades. Por cierto no parecía nada que uno pudiera estar recomendando así como así, a no ser que fuera el loco de Mainländer. Uno podía buscar el término suicida en un diccionario de sinónimos y como mucho podía encontrar algunos como: autodestructor, destructivo, perjudicial, arriesgado, imprudente, insensato... Todas acepciones negativas. ¿Desde qué lugar debíamos pensar el suicidio? ¿Desde lo público o desde lo privado? ¿Desde ambos? ¿A cuál debíamos darle la preeminencia? ¿No podía ser para algunos un bien, o al menos una salida parecida? ¿Sobre que fundamentarlo? ¿Debería pensarse solo desde el sufrimiento más atroz e inhumano? Un tema difícil, porque en ocasiones la vida, al menos la continuidad de la vida entendida como un bien personal, se sobrevaluaba. No creía se pudiera llegar a un acuerdo salvo legislarse en casos excepcionales. Habría que aprender a situarse en el lugar de ese otro. De todas maneras, dentro o fuera de la ley, las personas tomaban y seguirían tomando sus propias decisiones. Y ponerle fin a nuestra vida no dejaba de ser el acto supremo de libertad. Motivos para vivir y para morir, siempre habría de sobra.

Transcurridos varios días desde nuestro regreso, reincorporado al trabajo en la fotocopiadora, había vuelto a mi vida normal, al ámbito de la facultad y sus bibliotecas. A ese anonimato cotidiano y mayoritario de sentirse apresado en un destino que no era el de uno, y del que tampoco parecíamos dejar de ser coautores. Una responsabilidad compartida con la sociedad como suerte de *ananké* y *chronos*. Y dadas las cosas de esa manera, en lo que a mi respectaba, los libros continuaban siendo mi *balsa*. Un recurso válido con el cual poner distancia de toda orilla sujetora. Un tan criticado como festejado naufragar. A mi gusto, la parte redentora del revés. La compañía de *otros* de tinta y de papel.

Por la mañana, había llevado a revelar el último rollo de fotos que me quedaba, con la posibilidad de tomar unas cinco o seis más. Mi máquina fotográfica no era digital, pero sí cumplidora. Lo terminé tomándome las restantes con mis compañeros de trabajo.

No había vuelto a ver a Mariela en la última semana, y esas treinta y tantas fotos que ahora veía y volvía a rever sentado en la mesa de la cocina, eran una buena motivación para hacerle una visita, a no ser por la hora. El reloj de pared marcaba cerca de las once de la noche. Era un poco tarde pero creí que todavía podía estar levantada. Para cerciorarme, salí al jardín y me acerqué al ligustro. No necesité llegar hasta él para ver las luces encendidas en el interior de la casa. Entonces la llamé por teléfono para comentarle lo de las fotos nuevas. Eso la alegró y me dijo:

—Qué bueno. Me muero de ganas de verlas.

Así que salí para llevárselas. Lo que ella ignoraba es que había hecho un duplicado de cada una de las mías para regalarlas. Era poca cosa comparada con su generosidad, pero sabía que eso iba a hacerla feliz.

Al doblar la esquina con las fotos en un sobre de papel, títubeé acerca de si había olvidado poner las que le había separado dentro. Me paré a chequearlo, las saqué del sobre y les di una revisada rápida bajo la luz de mercurio. Estaban entre todas. Entre ellas una que nos tomaron en la *Casa-Museo*

Gandhi, en Nueva Delhi, al pie de su estatua. Ella en la silla, sonriendo. Yo a su lado, sonriendo también, en cuclillas. Mi cabeza a la altura del hombro. Nuestras manos entrelazadas en el apoyabrazos de la silla. No la devolví al sobre. La llevé separada de las demás para mostrársela ni bien abriera la puerta. Toqué timbre y me dispuse a esperar. Sabía que acostumbraba tardar más de la cuenta dadas las circunstancias. Volví a mirar la foto y entonces me encontré sorprendido por dos jóvenes que se acercaron por detrás. Uno me pasó el brazo sobre el hombro, como si fuera un conocido de años. El otro apoyó una de sus manos en mi espalda y con la otra, apretó con fuerza algo férreo contra mi cintura. Me encontré desconcertado, totalmente falto de reacción.

Con tranquilidad fingida, el que me apuntaba me dijo:

—Eeh, amigo. Tate repiola o te boleteo acá mismo, guacho. Mirá para adelante y no nos mires.

El otro me recomendó:

—Hacele caso porque este te baja, gato. El guachín está re fisura, re loco está.

—¿Qué quieren? Apenas tengo unos pesos. Se los doy...

—No boquees y abrí la puerta, la puta que te parió.

—Pero no es mi casa.

—Qué te haces el pillo, gil —se violentó el que aparentemente estaba desarmado o bien tenía un arma guardada—. Re-rién tocaste el timbre.

—Sí, pero no es mi casa —volví a decir, evitando mirarlos. Entonces algo punzante me apretó el otro costado, y volví a sentir una mayor presión de lo que en principio supuse un revólver.

—¿Te haces el vivo, gil?

—Me parece que acá va a pintar bondi.

—Les estoy diciendo la verdad, amigo.

—Qué amigo ni amigo, la concha de tu madre. Volvó a tocar el timbre y no hables más.

Recibí un golpe de puño en los riñones. Se había agregado un tercero.

—No te quieras pasar de piola porque te bajamos.

La calle estaba solitaria. A esa hora ya no había nadie. Eso los ayudaba. Desde dentro se oyó la voz de Mariela diciendo: “Ya va”.

Sabía que era yo. Recién habíamos terminado de hablar por teléfono. Podía haberle gritado que no abriese, pero me hubiera ido la vida en eso. No sé si era precisamente miedo, supongo que sí, pero elegí callarme. Preferí pensar que la mejor opción era que se llevaran lo que encontrasen y se terminaran yendo lo antes posible. Recomendaban no resistirse. Por algo lo hacían. Los códigos delictivos habían cambiado. El que me apuntaba con el arma me dijo al oído:

—No la avives porque te quemamos, hijo de puta —Y se ubicaron ocultos a un costado, dejándome solo frente a la puerta.

Cuando Mariela abrió, durante los primeros microsegundos, pude ver su rostro sonriente al recibirme. En los subsiguientes, también alcancé a ver como se demudaba viendo el mío, al detectar que algo no andaba bien. Inmediatamente después, alguien me tomó del cuello por detrás y me empujó sobre ella con violencia. La silla se corrió con mi impulso y Mariela ahogó un grito de sorpresa. Los gatos que venían acompañándola, salieron disparados a ocultarse al interior de la casa. Me tropecé y cayendo, intenté no dañarla con mi peso. Quedé desacomodado sobre el asiento, ella a un costado, y cuando traté de arrodillarme en el suelo para ponerme de pie, uno de ellos me tomó de la camisa con brusquedad para levantarme.

— ¿Qué pasa, Ariel? ¿Quiénes son? —preguntó desesperada, totalmente desorientada — ¿Qué quieren?

Ya estaban adentro. Habían cerrado la puerta y nos tenían a su merced. En el equipo sonaban los *Beatles*. No recuerdo qué tema. Sentí que no valíamos nada. Que no éramos nada para ellos. Que todo era absurdo. Que el sinsentido al fin daba la cara y venía a traerme su carta de presentación.

—Cerrá la boca, renga hija de puta, porque te quemamos. Dame toda la plata. Me decís ya donde la tenés encanutada — gruñó uno de ellos, para no gritar. Pude ver sus rostros. Los ojos vidriosos. La fiera que cargaban. La mano que uno de

ellos se llevaba continuamente a la nariz. Alguno debió quitar la música.

—Decime donde tené los verde, renga de mierda.

—Tengo algo de plata en un frasco, en la cocina —contestó Mariela en el acto.

Eran chicos. Podían estar cursando un secundario. ¿Qué carajo había pasado con el mundo? Uno de ellos, el que aparentaba menos edad, empezó a reírse.

— ¿De qué te reí, guacho? —preguntó el que llevaba el arma a la vista.

—De que le dijiste renga. Si no tiene piernas la gila, gil.

—Qué bardeás, gato. Vamo', pónganse a laburar, loco. Denle vuelta a todo.

El tercero no hablaba, tenía una petaca de vodka en la mano, no obstante, traslucía un gran nerviosismo contenido. Sacó a relucir su arma, la traía detrás, en la cintura. Estábamos en el living de entrada. Finalmente, el que creía más chico también estaba armado. Encañonado, me condujo hasta la cocina.

—Caminá, pancho. Caminá que si no se pudre todo.

Detrás trajeron a Mariela empujando la silla salvajemente, golpeándola contra el marco de la puerta y soltándola contra la mesada.

— ¿Vo' quién só? —me preguntó el que parecía estar al mando. No me salió palabra y el callado me pegó un culatazo en el hombro. Sentí un dolor agudo en la paleta, y dejé escapar un quejido. Le preguntó a Mariela:

— ¿Quién es éste? ¿Tu macho?

—Es mi amigo.

—Hay que tener estómago para entrarle a este escracho —dijo—. ¡Decime dónde tenés la teca, hija de puta! ¡Porque te lo matamo! —la amenazó, y le pegó una trompada en la cabeza.

— ¡No le pegues, por favor! —le rogué.

El que permanecía callado volvió a golpearme con más fuerza; recibí otro culatazo en la cabeza. Caí al suelo y entre él y el más chico empezaron a patearme. Me cubrí como pude.

— ¡Mostrame dónde tené' la teca, renga del orto! ¡Dame la plata! —le siguió gritando.

—Está ahí, en un frasco de cerámica —dijo señalando la alacena—. ¡No lo lastimen, por favor! —pidió por mí. Me patearon más aún.

— ¡Buscalo, la concha de tu madre!

Tan rápido como pudo, Mariela le entregó el frasco. Se lo arrebató de las manos y lo abrió. Me seguían pateando. Me quedé inmóvil. Antes de que se cansaran, les ordenó:

— ¡Rescátense, guacho! ¡Ya'stá!

El más chico dejó de patearme. El otro parecía no tener medida, estaba descontrolado.

— ¡Pará, la concha de tu madre! ¡No te amotiné' que acá el poronga soy yo! —le recordó. Pareció detenerse y volvió a darme otra patada. Entonces le apuntó con el arma y le gritó— ¡Tocá de acá, vieja! ¡O te doy un cuetazo!

Al fin se detuvo.

— ¿Qué agitás? —contestó. Fue un momento tenso. Lo miró con desprecio—. No me delirés.

El otro bajó el arma y mirándolo fijo a los ojos le ordenó:

—Andá a revisar las pieza. Ya sabé lo que tené que hacer. Buscá lo que sirva. Dale vuelta a todo.

Bajó la cabeza y terminó retirándose. El más chico amagó a pisarme; mordiéndose los labios, lo escuché decirme:

—No te sigo recagando a patadas porque las llantas son nuevas. Dame lo que tengás encima.

Me dolía todo. No sin esfuerzo, le di el poco dinero que llevaba.

—Te me quedas ahí, quietito. ¿Me'cuchaste, gil?

Viendo que yo no ofrecía ningún tipo de resistencia, volvió a acomodarse el arma en la cintura.

—Cuchame, conchuda. ¿So viva vo? Esto no nos alcanza ni para la frula —le dijo a Mariela contando a la ligera los billetes. El más chico abrió la heladera. Se dio vuelta para comprobar si seguía en mi posición.

—Mirá al piso, vo', puto.

Desde una de las piezas se escuchaba como el otro abría las puertas de placard de forma brusca, como sacaba cajones, resolvía las cosas y las arrojaba al parquet.

— ¿Qué hacé, guacho?

—Tengo sed. Esta renga rata no tiene nada en la heladera. Ni una birra. Ni un vino. ¡No tiene un carajo para escabiar!

—Cuchá, renga. Hacela corta. Si no queré que te boletee a tu choma, empezá a decirme dónde tené los dólares y el oro, concha de tu madre.

—Pero es todo lo que tengo. Llévense la computadora, el televisor, el celular...

—Eso me lo voy a chorear igual, gila. ¡Nosotro' queremos los dólares, la puta que te parió! —Y le aplicó un culatazo flojo en el pómulo. Ella dejó escapar un grito, y después un gemido.

—Por favor, no le pegues... —dije.

— ¡Callate porque te doy, la concha de tu madre!

Mariela volvió a decir:

—Pero yo dólares no tengo... te lo juro.

—Nosotros sabemos que los tené. Para qué te vas a hacé romper toda al pedo.

Llegó más ruido aparatoso desde la pieza.

— ¿Por qué mierda hace tanto quilombo ese vigilante? ¿Quiere que nos caiga la yuta?

—Está pasado de vitamina. No pasa nada, vieja.

— ¿Qué no pasa nada, gil? Está duro. Y sigue escabiando. Así no es, amigo. Yo no quiero caer en cana por un limado del orto. Acá estamos todo en la misma, guacho.

—Es que estuvo guardado un tiempo largo. Está perseguido.

—Si no le da la nafta que se dedique a otra cosa. Es la última vé que salgo a trabajar con este gil. Anda a decirle que se rescate y dale una mano.

Salió de la cocina y casi inmediatamente se escuchó el maullido agudo de uno de los gatos.

— ¡Ay, no le hagan nada a mis gatitos! —se desesperó Mariela.

El animalito entró corriendo a la cocina, saltó a la mesada, de ahí a una repisa, y salió hacia el fondo estrechándose y rozando el lomo por el reducido espacio del ventiluz.

—Decime dónde tené los verde o le pego un cuetazo al pancho este.

—Pero es todo lo que tengo. No tengo más. Por favor, créeme... —dijo suplicándole.

— ¡Hija de puta, ¿me vas a decir dónde tené la teca o no?! —gritó dándole otra trompada en la cabeza. Mariela pidió que ya no la golpeará.

—Para qué le pegás. ¿No ves que te está diciendo que no tiene nada? —traté de persuadirlo desde el piso, sin intentar moverme, por temor a desencadenar aún más su ira.

Se estaban poniendo muy violentos. Sin posibilidades de ayuda alguna, tenía que tratar de pensar fríamente, y no dejarme llevar por ningún acto imprudente que pudiera ponernos en un riesgo mayor. Entre las patas de la mesa y las sillas, reconocí otra vez las zapatillas del más chico. Se detuvo bajo el marco de la puerta que iba hacia el resto de la casa.

—Esta gila es rata, rata, la muy hija de puta. Para encontrarle un anillo y una cadenita tené que darle vuelta lo cimientito de la casa.

—Decime dónde tené los dólares y los euros, ¡concha d'tu madre! —Volvió a golpearla. Ella solo emitió una negación acongojada.

—Por favor... —le rogué.

—Ma' que por favor, forro. Sabé qué... Cortale un dedo al pancho este, vas a ver cómo va a contar dónde tiene la guita.

—No le hagan nada, por favor —le suplicó Mariela.

—Entonces decime donde tené lo verde, turra.

—Le corto una pierna y se la damo a la renga —dijo el más chico, para terminar riéndose. Avanzó hacia mí, y tomando una silla, me dio con una de las patas varias veces en la cabeza y las manos, mientras trataba de evitarlo. Después la dejó y me pisó el cuello, amenazándome con que me quedara quieto y callado. Sacó una navaja, y nos la mostró.

—Habla, renga conchuda. No nos hagas cortarlo al pedo.

Mariela, muy nerviosa, volvió a decir:

—Pero los que te di son los únicos ahorros que tengo — Recordó—. Y en la cartera está la billetera y el celular. Llévense eso.

Cerré los ojos. Me enfoqué en escucharlos hablar. ¿De cuántas pocas palabras constaba el léxico que empleaban? Así no podían pensar más allá de esos límites, así no podían sentir más allá de sí mismos. No se trataba de que no tuvieran responsabilidades, pero también eran un resultado social formado en un contexto improduyente. Desde ese punto de vista, eran armas que gatillaba la desidia y el desamor. Qué les habría tocado vivir para llegar a eso. Y con quién, o quiénes. ¿Qué había pasado en estos años con esa primera escuela que llamábamos familia? Me pasé la lengua por la dentadura y sentí el sabor metálico de la sangre. Debí estar muy mal, para pensar aquello en esas circunstancias.

—Vamo' a hace' una cosa. Prendé la tele y ponela a full, guachín. Así no se escuchan lo grito del pancho este mientras le cortamo todo los dedo.

Atendiendo a la indicación, prendió el televisor y le dio el volumen máximo. Tomó la navaja y me la acercó a los ojos. Me cubrí con una de las manos. La movía obligándome a cambiar de posición. Sonreía con malicia disfrutando la crueldad, excitado por la situación de poder frente a alguien al que sometía inermemente. El volumen del televisor los obligó a subir el tono de voz

— ¡Dale, habló renga de mierda, la puta que te parió! ¡Ya me estás cansado!

Volvió a pegarle varias veces seguidas. No podía verla. Solo escuchaba los golpes y sus quejidos agudos y femeninos. Me di cuenta que el tercero volvió a entrar a la cocina, porque el menor dejó de amenazarme con la navaja y erguido, le preguntó:

— ¡¿Y?! ¡¿Qué onda?!

— ¡Vamo', loco! ¡No tiene nada, la gata esta! ¡Vamo', vamo!

— ¡Estás refisura, vo' guacho! ¡¿No entendé que acá se hace lo que digo yo?! ¡¿qué mierda te pasa gato?! ¡Rescatate! —lo encaró el que los lideraba, dejándolo pasar.

Fue hasta la canilla de la cocina y se sirvió uno o dos vasos de agua, o al menos eso me pareció. Después tomó asiento.

— ¡Tiene cagaso de que pase la lancha! —le dijo el chico. No lo podía ver, pero supuse que estaba drogándose, cuando escuché al que estaba a la cabeza recriminárselo:

— ¡La concha de tu madre, ortiba! ¡Dejá eso! ¡¿No te das cuenta que así quemado no no serví?! ¡Nos regalas a la gorra!

— ¡Pará, vieja! ¡No da!

— ¡Te crees que sos pilló!

— ¡Qué caretas, loco! ¡Tanto bardo por un toque de merca!

Les costaba controlarlo. Se lo notaba mucho más nervioso que a los otros.

— ¡No se puede salir de caño con vo, guacho! ¡Vivís empastillado!

— ¡¿Y lo que separaste en la zapie?!

—Uh, me lo olvidé —dijo.

— ¡La concha de tu madre! ¡Se lo olvidó dice! ¡¿Qué clase de rocho sos, gil?! ¡¿Qué separó?! —preguntó.

— ¡Una compu!

— ¡¿Eso solo?!

— ¡No pasa naaada, amigooo! —dijo parándose como pudo, ido, dirigiéndose nuevamente a la pieza, apoyándose en el espaldar de la silla de ruedas e impulsándola hacia delante, haciéndola topar con el supuesto jefe, que estaba frente a Mariela. Este, de bronca, la pateó. Mariela dio un grito entrecortado.

Le dijo al menor:

— ¡Con este fisurado nunca má, guacho! ¡La última ve! ¡Se desubica, loco! —Sacó un cigarrillo, lo encendió, le dio un par de pitadas—. ¡A ver, renga, a ver qué parte no entendé! ¡¿Me vas a dar lo verde o no?!

Le tomó la mano y apoyó el cigarrillo encendido sobre la palma. Al quemarla, Mariela gritó de dolor.

— ¿Por qué hacen esto?! —dijo—. ¡Váyanse, por favor! — les pidió llorosa—. ¡Ya les di todo lo que tengo. Llévense lo que quieran! —volvió a repetir. Estaba aterrada. Eran bastante jóvenes y podía notarse qué tan inexpertos.

Un político oficialista, en la televisión, era entrevistado, y daba su punto de vista acerca de cómo habíamos crecido macroeconómicamente respecto del 2001, y que éramos el primer país en América Latina no sé en qué y no sé cuánto.

— ¡Bajame un poco el volumen, guacho! ¡Que me está matando!

El chico, tomando el control remoto que estaba encima de la mesa, procedió a bajarlo, mientras el otro, dirigiéndose al político reportado, como si este pudiera escucharlo, le dijo:

— ¡Dejá de boquear, careta! ¡Si sos más rocho que nosotros! —terminó diciendo para sí—. Lo fierro de estos son lo voto de lo gile. Ese sí que es un repillo. Andá, fijate otra ve' qué está haciendo ese pelotudo. ¿Dieron vuelta todo?

—Yo entré a una de las pieza nada má.

—Andá. Revisen bien todo, guachín.

Volvió a irse

—Sabé' qué, renga. Me estás cansando. Poné la mano así —dijo poniendo la palma de la mano hacia arriba. Le dio una pitada profunda al cigarrillo—. Poné la mano así, te dije, conchuda.

Mariela se rehusaba a ser quemada.

—No, por favor... —dijo.

—Ponela como te digo o le doy un cuetazo al pancho este y te quedas sin pija.

—Es mi amigo —dijo.

—Ya sé, gila. Hay que tener estómago para darte masa a vó. Me apuntaba y puse la cara contra la baldosa, evitando ver.

—No le haga nada, por favor —le dije.

Después la escuché gritar. La había vuelto a quemar.

— ¡Decime dónde tené lo dólares, la puta que te parió! — gritó golpeándola repetidas veces. Me sentí un miserable. Un cobarde. Aun cuando no podía hacer nada, solo esperar que se cansaran de pegarnos y entendieran que no teníamos nada más

que lo que les habíamos entregado y los objetos de valor que podían llevarse.

— ¡Dale, renga! ¡Hablá! ¡Si me haces subir la tele de vuelta, la vas a pasar reece-mal!

— Pero ya te dije que no tengo nada. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir para que me entiendas?

— ¿Pero vo' te cree que yo soy gil, gila? ¿Te cree que no sé que tené los verde encanutados por ahí, en algún lado de la casa, la concha de tu madre?

Estaban ciegos de resentimiento, llenos de frustración, de un odio sin objeto alguno. Nos había tocado a nosotros, como le podía haber tocado a cualquiera. Lo hubieran tratado de la misma manera, a los golpes, cruelmente, lastimándolo, insultándolo. Les daba igual, fuera quien fuera. Ellos estaban... fragmentados, como sus discursos. Y estos discursos los comandaban. Pensaban como actuaban. Se reproducían allí, donde la familia fallaba y el Estado estaba ausente. La inseguridad iba en aumento. El flagelo de la violencia y el delito se había ido filtrando hacia edades tempranas, junto con las drogas. El político de la tele seguía explayándose a salvo, doblemente protegido por sus guardaespaldas fuera de cámara y por la virtualidad de la pantalla. No podía vernos, no podía sentirnos, no podía entendernos. Ni nosotros a él, sangrando yo en el piso y ella quemada en la silla, escuchándolo hablar de *la década ganada*.

— Amigo, esta renga es la gila más rata que chorié —protestó el más chico—. Unos anillito' de mieeerda, una cadenita, unos arito'. Má' vale que sean de oro, porque si no vuelvo para darte un cuetazo, por hacerme perder el tiempo mientras' estoy laburando, concha' tu madre.

Traía el monitor y los teclados de la PC. Los apoyó sobre la mesa.

— Esta no es ninguna gila. ¿Si no de qué vive? Lo tiene encanutado por acá, y se piensa que nos va a pasar. Pero nos lo vas a contarr ¿no, renga hija de puta? —le dijo paseándole el caño del revólver por la cara.

Mariela no se inmutó, y eso pareció fastidiarlo. Entonces intentó apoyarle el caño en su parte baja y ella gritó:

— ¡Nooo!

— ¡Ah! ¡Qué careta sos! Cómo te gustaría, renga del orto. Pero quedate piola que no te vamo' a enfiestar. Con vos no da.

—Ni ahí —dijo el más chico, festejándole la humillación.

El otro llegó con la CPU y la impresora. Las dejó junto al resto, apoyándolas de forma brusca.

— ¡Espacio, guacho! La vas a rompé —Le dijo al más chico, quejándose—. Está rezarpado en merluza.

— ¡Eeehhh! ¡Aguante lo pibe! No pasa naaa, amigoooo —contestó el aludido, y se puso a abrir los cajones de la cocina y las puertas de la alacenas, tirando todo al piso.

— ¡Eeehh! ¡Forro! ¡Rescatate!

Fue hasta él y lo empujó

—Nos vas a dejar pegados con tanto bardo, gato.

— ¡Eehh! ¡Qué te me pará de mano, gil! ¡A mí no se me para de mano nadie, guachín!

Me dolía todo. Debía estar cubierto de contusiones. No me había querido ni mover. Miré hacia Mariela y ella, asustada, los seguía atenta sin hacer nada, como yo, esperando se fueran y todo terminara. Sentí que algo me corría por la frente, hasta entrarme en el ojo. Me llevé muy cuidadosamente la mano derecha a la cara y me encontré que todavía tenía asida la foto en la Casa-Museo Gandhi. La guardé como pude, entre el cuerpo y la camisa. La molestia en el ojo era sangre que me manaba de la cabeza.

— ¡Dale, Chato! —le dijo el más chico—. Acá vinimo' a laburar. Me hacé' quedar mal, amigo.

Parecía tener cierta cercanía con él, quizá de familia, o alguna vieja amistad, razón por la cuál había sido aceptado en la banda, o eso pensé.

—Sin nombre, guacho —dijo el otro—. Dale, ponete la pila, gil.

—Si ya estoy repila, gato —dijo riéndose—. Dale, vamo'. Ya está, loco. Acá no hay naaa, amigo. Vamo', ante de que vengán los *cobani*.

El chico se le acercó. Le pasó la mano en que tenía la pistola por detrás del cuello y en voz baja, conciliadora, le dijo:

—Tranquilo, primo. No pasa nada. Bajá cinco cambio, papá. Sentate. Dale.

Le acercó una silla por detrás y terminó sentándose. El que estaba a la cabeza le aseguró:

—Esta es la última vez que lo traigo, gato. Uno le hace un favor y así te paga, el guacho este. No entendés nada, gato, vó.

Volvió sobre Mariela diciéndole:

—¿Y, renga? ¿Lo pensate mejor? ¿Me vas a decir dónde tené los verde o te tengo que quemar toda?

Se dio cuenta que al reaccionar en la pequeña disputa había perdido el cigarrillo y lo había terminado pisando:

—¡Uh! Mira el faso, loco. ¡La concha de su madre! —La agarró del pelo y se lo tironeó con fuerza—. ¡Dale, renga! ¡Hablá! ¡La puta que te parió!

—¡Por favor, ya basta! ¡Tè juro que no tengo nada! —dijo al borde de las lágrimas.

—¡Qué no vas a tener nada, hija de puta! ¡Listo! ¡Listo! ¡Le cortamo los dedo de una al pancho este, y vas a ver cómo vas a hablar, gila!

—¡No, por favor, déjenlo!

—Dale, trae la navaja. Parate, vos, pancho, y sentate a la mesa —dijo apuntándose. Intenté ponerme de pie, y la demora lo irritó la suficiente para darme una ayudita levantándose de los pelos.

—Dale, gil. Sentate ahí. Poné la mano sobre la mesa —Me negué. Me dio un culatazo—. ¡Poné la mano sobre la mesa o te rompo toda la cabeza, la concha de tu madre!

Pero antes que accediera, Mariela se bajó de la silla y lo tomó de la pierna.

—¡No! ¡Por favor! ¡No le hagas nada!

Se la sacó de encima pateándola.

—¡Tocá de acá, renga, la concha de tu madre! ¡¿Vas a decirme dónde tené los dólares o no?! ¡Hablá, hija de puta! ¡¿Dónde los tené?!

Refugiándose detrás de la silla, rompió en llanto:

— ¡No tengo nada! ¡Por favor! ¡No tengo más nada!

— ¡Cortalo, entonces, guachín! ¡Por no tener nada!

— Por favor, flaco —dije—. No tiene sentido. No tenemos nada más. ¿Qué quieres que te demos? Si lo tuviéramos, ya te lo habríamos dado. Váyanse, por favor. Ya tienen todo. Déjenos, dale. Por favor.

— Callate, pancho.

Me tomó la mano, y forcejeando, intentó ponérmela sobre la mesa. No se lo permití. Recibí otro fuerte culatazo en la cabeza y eso me desarticuló. Sin llegar a desvanecerme, quedé prácticamente fuera de combate. No podía coordinar los movimientos. Di mi rostro contra el cuerpo de uno de ellos y sentí mis brazos laxos. No pude impedir que tomaran una de mis manos y la apoyaran sobre la mesa. Sentí el frío filo de la navaja sobre uno de mis dedos, y escuché que le decían a Mariela:

— ¿Ves lo que le está por pasar a este gil? Todo por no decirnos donde tené' los verde, renga. ¡Va a ser culpa tuya!

— ¡No, por favor! —gritó Mariela—. ¡Llévense lo que quieren pero déjenlo! ¡No le hagan nada!

— ¿Me vas a dar la teca que tené' encanutada, gila?

— Pero no tengo más nada. Te di todo... —dijo desahuciada.

— ¡Ah! ¿¡Sos pillal!? Me seguís tomando por pelotudo... Cortale uno, guachín...

Hice toda la fuerza que pude, impidiendo que mi mano apoyara en la mesa, tratando de retirarla, cuando escuché el grito salvaje de Mariela:

— ¡¡Déjenlo, negros hijos de puta!!

Como si los hubiera abofeteado, se detuvieron sin poder dar crédito a lo que habían escuchado. Eso los hizo perder su interés en mí y centrarse nuevamente en ella.

— ¿Qué dijiste, renga de mierda? ¿Qué dijiste, vo'?

Entonces se escuchó un estampido de tal magnitud que me taponó los oídos. Fue algo totalmente inesperado. Incluso para ellos dos.

No supe qué estaba pasando. Noté que también estaban confundidos. Hasta que, hablándole al que estaba sentado en la punta de la mesa, en tono desesperante, uno le dijo:

— ¿Qué hiciste, gato?...

—Que viene a bardiar, esa renga gila —contestó.

Mariela estaba totalmente inmóvil detrás de la silla. La cabeza colgando hacia abajo, inclinada sobre la pared. No pude emitir palabra. No pude pensar. Todo el lenguaje se había borrado de mi mente, o si aún existía en ella, mi lengua lo desconocía. No podía moverla. Tuve la visión de que el tiempo se había detenido por completo, o bien de que no existía por fuera de mí; que la eternidad era helada, no era para los vivos, y estaba hecha de neutrinos inertes y tornadizos, como todo lo demás, como nosotros mismos.

—Qué hiciste, la concha de tu madre, limado de mierda...
—le dijo al otro, asustado—. Te lo venía diciendo. Este gato está resacado...

—Le recabí a esa renga hija de puta.

— ¡Vamo'! ¡Vamo'! ¡Vamo'! ¡Dejen todo!

El más chico, yendo hacia él, le gritó:

— ¡Vamonó', guacho!

El que seguía sentado, se paró y apuntándome, me dijo: —
¿Qué onda vo', bigote?

Raudamente, volteando sillas al paso, lo aferró del brazo y se lo empezó a llevar:

— ¡Vamo', guacho! ¡Daleee! ¡Te dijimos que te rescataras!
¡Mira el bardo en que nos metiste, gato!

Mientras tironéaba de él, con los ojos perdidos, me seguía apuntando. Pude ver la oscuridad del interior del caño, su azar, su orden de anomalías y su gratuidad, como si este me succionara, como si un zoom me fuera acercando a la que podía ser mi propia nulidad. Cuando terminé de sacarlo de la cocina, advertí que el otro ya había salido. Sentí el golpe de la puerta de calle. Me quedé estático en donde estaba, como si no se hubieran ido todavía, y seguí parado en el mismo lugar sin moverme durante un tiempo largo, o un tiempo que me pareció largo, paralizado por el miedo, como si pudieran volver otra

vez sobre sus pasos, para terminar con ese *detalle* que se habían olvidado, y que seguía siendo *yo*.

Me miré la mano temblorosa, donde todavía creía debían estar mis cinco dedos. Me costó moverlos. Recién cuando lo hice, algo me pareció decir que todos continuaban ahí, unidos a la palma. Apenas pude dar dos pasos rígidos hacia la silla de ruedas. No quería ver. Nublaba la vista intencionalmente al enfocar, y volvía a llevarla a un costado. No quería preguntar para evitar que ella ya no pudiera responderme. No podía asegurar estuviera ahí, tratando de llevarle el sobre de fotos que estaba en el piso. No quise levantarlo. No me sentía respirar, ni sentía el correr de la sangre dentro mío; no podía decir tuviera un corazón que palpitara. El reguero de sangre que corría bajo la silla y continuaba avanzando lentamente, caía goteando desde su cabeza. Todo quedó suspendido. Hasta que me di cuenta que el televisor continuaba encendido, y que me encontraba respirando, y que la sangre y el corazón corrían agitados dentro de mí. Recobré la movilidad y me encaminé rápido y a la vez contenido hacia la puerta de entrada. Iba a abrirla, pero otra vez pensé que podían seguir ahí. No supe que hacer. Hasta que vi el teléfono sobre la cómoda del living y la llave puesta en la cerradura. Le di todas las vueltas que me permitía darle, asegurándome, forzando el giro que ya no tenía. Cerré el pasador, y salté hasta el teléfono para llamar al 911. Marqué mal. Los dedos no me respondían como quería. Corté. Volví a marcar. Alguien atendió. Me faltaba el aliento. Y como si me llevara por delante una barrera, destrozándola, retorné alteradamente al habla, para encontrarme diciendo cosas que jamás hubiese querido decir.

Pasaron los suficientes meses para poder manifestar retomar la vida normal, si es que después de algo así todavía podía llamarse de ese modo. Antes, anduve durante semanas como muerto. Consternado, abatido. Ella —me cuesta escribir su nombre sin dolor—, Mariela, ya no estaba en este mundo. Y quizá era yo quién debía haberlo abandonado, quién debía estar muerto y enterrado frente a casa, o con algún o algunos dedos menos con que contar los días que quedaban, sabiendo que ella todavía vivía detrás de aquel ligustro que separaba nuestras casas. Pero el que seguía vivo era yo. O casi vivo, sin poder estar muy seguro de merecerlo.

Baste afirmar que la vida continuó; porque parece ser, debe continuar hasta que deje de hacerlo, si es que esto último no podemos impedirselo. Así que uno seguía respirando. Aunque no de igual manera. Quién hubiese pasado por una situación similar sabría entender. No obstante, podía notarse, el trabajo que iba haciendo el olvido, laborando en equipo con lo que quedaba por vivir y ocupaba el ahora con nuevas cosas y asuntos que iban sumándose y empujando los recuerdos hasta lugares desatendidos, porque así estaba dado que sea, al menos para aquellos que estuviesen en condiciones de hacerlo, o simplemente desearlo, o dejarse llevar. Pero en estos casos, el ol-

vido, aún cuando asumía el rol de remedio para la continuidad de la vida, tampoco era fácil. Nunca parecía dejar de ser un incumplimiento de nuestra parte. Aun cuando ya no existiesen aquellos que, además, jamás podrían reprochárnoslo, y que de buena gana, de haber podido librarnos de persistir en tales heridas, hubiesen querido ser también, la nada misma en nuestra mente. O al menos eso hubiera escogido yo, aunque quizá no sin algo de tristeza.

Me di cuenta reprimí el hecho de, en ese haber intentado ayudarme, en ese resuelto jugarse por evitar me dañaran tan salvajemente, le había ido la vida. Pero no era su muerte solamente lo que hacía tan innombrable aquel dolor, sino lo vergonzante de saberme incapaz de haber podido llevar adelante acto semejante por ella.

Cargué con eso como pude hasta que, como decía, el olvido comenzó a desdibujar la escena como en una cinta vieja, que ya no podía ni quería ser restaurada, tantas veces había corrido por el proyector de mi mente a diario, voluntaria e involuntariamente. Ciertamente uno no vivía del aire, y no podía dejar de hacerlo sin que los recursos se agotaran. Y en ese ritmo mecánico del sobrevivir, de volver a retomar el trajín del centro de fotocopiado, y seguir viviendo con lo justo, me fui armando inconscientemente de un caparazón en donde esquivarle el bulto a ese pasado, en dónde por obligación tener la cabeza ocupada en otros asuntos con los que confrontar.

Meses antes, a raíz del trágico hecho, casi sin respiro por haber sido víctima y testigo presente del asesinato, con motivo de aportarle datos a la investigación, di en frecuentar comisarías, fiscalías, juzgados, abogados, cuerpo médico forense, policía de investigación, policía científica. En ese sentido hice lo que estuvo a mi alcance. Con respecto a sus restos, no podía hacer mucho; no era ni siquiera un familiar lejano, sino su amigo, y lo que más hubiera deseado, devolverla a la vida, ni yo ni nadie podría hacerlo. La única familia viva de Mariela que había podido hallar, era una tía, hermana de su madre, una señora muy mayor, con quien esta nunca se había llevado bien

que digamos, y a la que prácticamente no había frecuentado desde el nacimiento de la misma Mariela.

Una vez notificada, la acompañé en todo lo que pude. Obtenida la autorización del juez, dados los demás pasos necesarios para retirar los restos mortuorios de la morgue judicial, y realizados los trámites de defunción requeridos según las ordenanzas, la puse al tanto del deseo de su sobrina de ser cremada. No se atrevió a oponer objeción alguna, lo cual fue grato y aliviador para mí, porque no sabía con qué respuesta podía encontrarme. Estaba dispuesto a realizar aquella voluntad que Mariela me había manifestado hacía tan poco a orillas del Ganges, y de no haberlo logrado, me hubiera encontrado peor situado frente a su recuerdo, de lo que de por sí me sentía. La pobre mujer, era algo manifiesto, quería desembarazarse de aquel problema lo antes posible. Por mi parte, no estaba en condiciones de censurar moralmente ninguna resolución que pudiera tomar, estando desautorizado legalmente, y todavía más en cuánto se trataba de una señora tan mayor, de salud deteriorada, y a la que el aciago acaecimiento superaba gratuita y holgadamente sin más. Por dicha razón, y por ser amigo de Mariela, dejó en mi mano la última tarea de cerrar ese final un tanto improvisado, surgido durante aquella única y fortuita conversación acerca de las cenizas de Eduardo y de una voluntad que ella quiso compartida.

En aquellos días, no hacía todavía un mes atrás, ambos habíamos visto el fuego de las piras en Benarés. Ahora, me tocaba ver arder su ataúd en el horno crematorio, en donde descansaba aquel cuerpo que nunca había sabido lo que era caminar de la mano junto a alguien que la amara, o correr y corriendo sentir su corazón latir con tanta fuerza hasta quedar sin aire, gozando de la adrenalina de estar viva.

La memoria olfativa me traía la remembranza de la carne quemada, de su sonrisa feliz durante el viaje, de su pequeña y rara forma y su ligero peso al cargarla, de sus dedos de niña señalando estampas y fotografías en el libro del tío, de sus lentes y su bozo, del esfuerzo de su bondad por darle a su rostro poco

agraciado, el ser merecedor de algo más que una común atención; de sus largas tardes de lectura y sueños bajo el paraíso.

El velatorio fue apagado, casi sin llantos, con algo más que el sinsabor de lo inevitable. Sin cobertura periodística televisiva y a cajón cerrado (en un día de muchísima información y otras muertes más escabrosas; apenas unas notas en algún que otro diario) Horacio se ofreció a acompañarme y se mantuvo cerca de mí, todo lo que duró el mismo. Si bien se llegaron no pocos vecinos, que hicieron acto de presencia para luego retirarse, el único familiar que asistió fue doña Ángela, su tía, acompañada de una de sus amigas, otra mujer de edad, pero mejor conservada en cuanto a salud. No sé si Mariela lo hubiese querido, pero no preví ni conversé acerca de la concurrencia del sacerdote que rezó para salvaguardar su alma sobre el final del velatorio. Supongo que su tía no hubiese estado de acuerdo con soslayar algo que consideraría tan elemental para toda cristiana como ella lo era. Lo mismo ocurrió al llegar al cementerio, en donde al ingreso, el párroco dio en la capilla el último visto bueno para su descanso eterno. De allí nos dirigimos al crematorio. Doña Ángela, agotada por la falta de descanso que requería una persona de su edad, se retiró junto a su amiga dándome las gracias y dejando que presenciara la cremación. Se comprometió a regresar para retirar la urna al día siguiente en un horario que acordamos.

Cumplió al pie de la letra, y yo estuve ahí, tal como habíamos quedado, para recibir la urna que contenía parte de las cenizas de Mariela, esa porción simbólica de los restos del difunto que se entrega a los familiares directos interesados en conservarlos, o bien, como yo, fueran a darle el destino expresado antes de morir o el elegido por sus seres queridos.

Con la urna entre las manos, me encaminé al sitio en donde otrora descansaban mis padres. Me sobrevino la congoja de Eduardo al confesarme su descuido: el olvido de la renovación de sus sepulturas. En su lugar, había inhumaciones nuevas. Qué podía importar un lugar específico a lo que carecía de dimensión, a lo que nada podía importarle. Me dio por recorrer los panteones familiares, con sus ornamentaciones y relieves

sencillos, algún pequeño ángel, arcos, cruces, con su volumen despojado de aquellos rasgos románticos de décadas pasadas, en dónde no primaba el actual criterio de funcionalidad en tanto más nuevas eran las edificaciones.

Recordé aquella noche que pasé junto a Horacio y volví hacia el sector en donde colegía estaba la tumba de su esposa. A pesar de buscarla no la encontré. Quizá había comprendido que era mejor dejarla ir, como al final se disipan todos los recuerdos. No se lo había preguntado, pero era muy probable así fuera. Y aunque no me había dicho nada todavía, parecía tener un acercamiento con una mujer del barrio que lo visitaba con cierta afluencia. No me gustaba meterme en la vida de la gente, aún cuando se tratara de un conocido.

Sopesé la urna. Lo que quedaba de Mariela era tan liviano... Habría estado repleta de fantasías imposibles, tan etéreas como sus cenizas. Pudo haber sido diferente, pero eligió ser ella, así, como lo fue. Estaba muerta. Quien la mató y sus copartícipes, andaban sueltos por ahí. Las autoridades estaban trabajando en el caso. Parecía ser, como había creído, se trataba de menores. Y no había avance en la investigación. No quise pensar más en aquella atrocidad. Lo venía haciendo desde un principio. No me hacía bien. No todo resultaba como uno esperaba.

El cielo se había nublado y habían caído algunas gotitas aisladas. Tomé en dirección a la salida. Al ganar la vereda, al costado de un puesto de flores a esa hora cerrado, había una caja de cartón y dentro un perrito negro. Rozaba lo diminuto, debía ser de una raza pequeña, quizá no llevara más de cuarenta y ocho horas de nacido. La caja tenía unos trapos en su interior para darle cierta comodidad y daba la impresión, por cómo estaban aplastados, de haber estado acompañado por otros cachorritos de la camada. Quizá almas altruistas, de haberlos habido, se los habrían llevado y este, el menos afortunado, había quedado el último. Estuve a punto de irme, pero algo me retuvo. Volví a mirar al cielo y no pude dejar de conjeturar que probablemente iba a llover. Así que, en un gesto de humanidad, decidí cambiarlo de lugar, y ponerlo a resguardo, en donde estuviera a salvo de mojarse.

La urna me incomodaba, y para resolverlo, no sin algo de turbación, la metí dentro de la caja. Tomándola, miré buscando un lugar conveniente en donde dejarla, y crucé a la vereda de enfrente, para ubicarla bajo el reparo del toldo metálico de una marmolería, dedicada a la venta de lápidas y accesorios funerarios. Antes de pisar la vereda, el dueño o alguien del local, se paró por fuera mirando la vidriera. No dándose las adecuadas condiciones para dejarla —consideré no le caería en gracia le depositara allí, en sus narices, aquella responsabilidad impen-sada— no me quedó más que continuar hacia la esquina sin ninguna otra posibilidad a la vista.

El animalito comenzó a llorisquear. Circulaba la suficiente gente como para verme dejarlo, a lo cual le adosarían por error una incalificable actitud abandonica de mi parte, aun cuando el perro no fuera mío. De hecho, la caja comenzó a llamar la atención, por lo cual tenía la mirada de no pocos encima.

No podía dejarlo ahí, así que terminé encontrándome en la puerta de casa, con aquel cachorrito y la urna que contenía las cenizas de Mariela dentro de la caja de cartón. Seguramente a ella le hubiera parecido graciosa la circunstancia. El cachorrito tenía la movilidad restringida de todos los cachorros de días. No dejaba de llorisquear. Probablemente estuviera muerto de hambre. Me quede parado unos segundos, mirándolo. No podía dejarlo en la calle. No debía ni quería. De hacerlo, no iba a perdonármelo nunca. No podía estar seguro de que alguien lo recogiera. Y corría el riesgo de no sobrevivir.

Inesperadamente, me encontré en la cocina entibiando algo de leche. Sin mamadera, no me quedó más que improvisarla con un gotero. Apenas si había abierto los ojos. Eran tan negros como su pelo, aunque tenía una manchita blanca bajo el cuello, la cual llegaba a cubrirle parte del pecho. Lo saqué de la caja y pude comprobar que cabía todo en mi mano. Estaba inquieto. O mejor dicho, inquieta. Era una hembra. La devolví a la caja para quitar la leche de la hornalla, antes que hirviera y rebalsara. Constaté que estuviera tibia, probándola. Todavía algo caliente, la dejé reposar.

La cuestión fue que, con el asunto de la perrita, de momento había olvidado de quitar la urna de la caja de cartón. La tomé y la llevé a la que fuera la pieza de Eduardo, poniéndola junto a la suya, sobre la cómoda. Me las quedé viéndolas. En mi memoria le pasé revista a lo que habíamos hablado con Mariela aquella noche, en el Ghats, cuando le conté la historia de amor de juventud del tío y le revelé su última voluntad, lo que hizo que, emocionada, acoplara su deseo a esa misma final y poética morada. Mirando las dos urnas que contenían las cenizas, pensé que, de alguna manera, aquella noche estuvimos escribiendo aquel destino, el que ahora tenía por delante, y que mi promesa debía terminar de sellar.

Una vez ahíta, la pancita aumentada y tirante, la perrita volvió a la calma y se acomodó para dormir. Observar con que satisfacción comió, me llenó de ternura. Pero no podía encariñarme con ella. No podía quedármela. Conllevaba demasiada responsabilidad para alguien como yo. Hubiera tenido que cambiar de vida. Y aún así, dados los últimos sucesos acontecidos, no estaba de ánimo cómo para incorporarla a mi itinerario. Además, tenía que trabajar y no podía dejarla sola, siendo tan pequeña. Ya vería dónde la ubicaba. Se me ocurrió que, mientras estuviera en la fotocopidora, podía dejársela en guarda a Horacio, en tanto trataba de encontrarle un hogar. El estaba jubilado, y por qué no, quizá la quisiera. Podía ofrecérsela. Aunque ya tenía dos perros. No parecía ser una gran idea. Preferí desecharla y solo circunscribirme a pedirle ayuda. No iba a ser la primera ni la última vez que me diera una mano. Las *gauchadas* eran un componente de su personalidad. De alguna manera, ya estaba sabiendo de antemano que esa parte del problema la tendría resuelta.

Y así resultó ser. La cuidó durante un tiempito encantado de la vida. Paralelamente, traté de conseguirle una familia, un nuevo dueño, pero sin suerte. Entretanto, la llevé al veterinario para que la revisara y desparasitara. En cuanto a las vacunas, debíamos esperar dos semanas más. El animalito estaba sano, había crecido y demandaba mayor cantidad de comida. Evité ponerle un nombre por esa cosa de no crear fuertes lazos que

luego me costara romper, y también para que su dueño tuviera la oportunidad de elegírselo.

A menudo volvía a pensar en Mariela. En lo injusta que consideraba, la vida había sido con ella; en su final fatídico, al menos para mí, que no me sentía digno de aquel acto suyo en mi defensa, aunque quizá ella hubiese vuelto a repetirlo llegado a ser posible y necesario. Me sentía mal por lo ocurrido, pero más que otra cosa, mal conmigo mismo. A tal punto que ni siquiera me resultaba fácil salir al jardín, y mucho menos acercarme al fondo lindero con su casa.

No obstante, tuve que hacerlo: el césped no dejaba de crecer, y pronto comenzaría a dar aspecto de terreno baldío. Eduardo lo mantenía semanalmente. Nunca lo hubiera dejado llegar a tanto. De modo que, el fin de semana me dispuse a devolverle la que era su esencia.

Desmalecé, retiré ramas y hojas secas, punteé la tierra, corté el césped y por último, me dispuse a darle una buen riego a todo. Había llevado a la cachorra conmigo, y el descubrimiento del jardín había despertado la atención de su olfato, así como su traviesa curiosidad. Aún cuando era muy pequeñita todavía, se había largado a conocer el mundo que se le abría por delante. Tuve que rescatarla debajo de unas chapas y fierros oxidados que estaban dentro del galpón, así como cuidarme de que no se acercara a la podadora de césped mientras estaba funcionando.

Me dispuse a vaciar la bolsa recolectora, y mientras dispersaba el pasto cortado sobre la tierra de los canteros, en un descuido, dejé de verla. La llamé silbándole, y no dio muestras de atender a mi llamado, aunque recién estaba comenzando a registrar los primeros signos. Volví a fijarme en el galpón, revisé el jardín por la parte delantera, el lavadero, el pasillo, y tampoco encontré rastro alguno. No requerí de entrar a la casa porque había dejado la puerta cerrada, así que debía continuar afuera. Comencé a preocuparme y volví hacia el fondo llamándola nuevamente con silbidos. Entonces fue que la entreví. Estaba del otro lado del alambrado, moviendo la cola, totalmente inocente, y de momento, sin vestigio alguno de querer regresar.

Volví a llamarla otra vez, intentando se acercara para echarle mano, pero le provoqué el efecto contrario. Dio un saltito nervioso, y jubilosa, corrió torpemente con sus patitas cortas hacia dentro del terreno de Mariela, hasta ponerse completamente fuera de alcance. La continué llamando inútilmente, y no me quedó otro remedio que volver a pasar por debajo del ligustro. No lo hice con tanta maestría como en los viejos tiempos. Ni con tanta gana, porque sabía iba a empolvarme toda la ropa. De hecho, mi medida ya no se ajustaba a la abertura del alambrado, lo que me valió enganchara la camisa, rasgándola en la espalda. Quiso la suerte que, antes de ponerme a trabajar en el jardín, me cambiara la camisa nueva, por lo que en parte respiré aliviado, aunque no me causó ninguna gracia haberla roto de ese modo tan tonto, por más vieja que la prenda fuera, ya que le quedaba uso por delante. Por suerte, a ese tiempo de nacido, los perros no comprenden si se los maldice como yo lo hice, aún cuando se lo haga no con poco cariño y a manera de descarga.

Una vez hube pasado, me llevé la mano a la rasgadura. No parecía gran cosa, no obstante, iba a tener que coserla y usarla de forma restringida debajo de un suéter o un chaleco.

La perrita, en la medida que me iba acercando, se corría otro tanto más, disfrutando la aventura, como si estuviera llevándome de paseo. Llegó hasta la puerta de atrás de la casa, y bajo el alero, en el angosto corredor, se le dio por orinar. Hacía sus necesidades en cualquier lado, y tenía mucho por delante hasta aprender dónde podía hacerlo y dónde no. No me gustaba nada tener que andar levantando excrementos del animalito a diario. Y en ese poco convivir, ya había incorporado el hábito de mirar en dónde pisaba incluso dentro de la casa, porque los primeros días había tenido dos experiencias poco agradables, mucho más si no se lo advierte y se terminaba repartiendo lo pisado por todos los ambientes.

Se quedó parada mirándome y moviendo la cola al lado del charquito de orín. La alcé sin resistencia. Quizá estaba cansada. Había traqueteado gran parte de la tarde, y esa noche, segura-

mente, iba a dormir sin molestarme con sus lamentos y ladridos agudos durante la madrugada.

Sin quererlo, estaba frente a la ventana de la cocina de Mariela. Las cortinas internas no estaban del todo corridas, y eso permitía que entrara algo de luz. No sé bien qué, quizá algo morboso, me llevó a mirar hacia adentro, donde se perpetró la escena del crimen. Hechas todas las pericias investigativas, el juzgado hacia un tiempo había levantado la clausura del lugar. Tenía entendido que los hijos de doña Ángela se habían acercado a ver la casa, y habían limpiado y acomodado un poco el sitio, en vista a tasar la propiedad para su venta, ni bien los papeles pasaran a darle la titularidad a su madre, siendo la única heredera. No sabía cuánto contacto podían haber tenido en vida con Mariela, pero no creo que mucho. Jamás los había visto, ni tampoco escuché a ella hablar de ellos. Pero la vida era así. Ahora parecían tener intereses que los justificaba llegarse hasta ahí.

Observando adentro, con lo que la poca luz de la tarde que filtraba al interior me permitía, pude constatar que el desagrador desorden de esa noche despiadada, había sido reparado, borrado como humanamente se requería. Traté de ver a un costado, buscando la silla de ruedas de Mariela, pero no llegaba a hacerlo, aunque tenía la impresión, ya no estaría ahí. Los que pude comprobar no estaban, eran los rastros de sangre que mi cabeza y mis manos habían dejado, sobre la que ahora se mostraba una pulcra mesa.

Iba a marcharme, pero me dio por tantear la manija de la puerta. Quedé pasmado cuando pude verificar que estaba sin llave. Habían olvidado cerrarla. Lo pensé varias veces antes de entrar. Me embargó la huella del temor de lo vivenciado como si al entrar, pudiera encontrarme nuevamente dentro de aquella tragedia. Rompí con esa momentánea parálisis, y empujando la puerta, me contuve esperando que la quietud de la casa me asegurara estaba solo. Dejé a la perrita en el corredor, afuera, y luego ingresé.

Habían hecho una limpieza a fondo. Al menos eso me decía la cocina. Me trasladé hasta el living de entrada, y me encontré

con la misma situación. La casa tenía un orden diferente. Los pisos parecían estar barridos y fregados más que de costumbre. Eran más notorios aún los muebles desempolvados en su parte superior, que a la hora de la limpieza, debían presentarle a Mariela insalvables dificultades. Aquello contribuyó favorablemente a que, mi retentiva se viera un tanto desorientada, en tanto la escena vivida, al menos en aquel sitio, tal cual ahora se veía, parecía no haber ocurrido. Lamentablemente no era así. Cerré los ojos y el recuerdo me provocó un estremecimiento repentino, el latigazo de un respingo que me sacudió por completo. Me introduje en su pieza y encendí la luz. Al pie de la cama, contra el ropero, pude ver las dos sillas de ruedas.

Habían desocupado el placard. Las puertas estaban abiertas de par en par. Supuse que los paquetes atados que estaban sobre la cama, debían contener su ropa. Únicamente contemplando el vacío del otro, accedíamos a un nimio atisbo de nuestra propia disolución, de la chocante e indiferente continuidad del mundo sin nosotros. Me acerqué a la mesa de luz y abrí el cajón. Entre otras cosas, pude reconocer su diario. Sus palabras regresaron a mi pidiéndome tajantemente: *“Prometeme que no lo vas a abrir jamás... Es más, si algún día, por alguna razón, llega a quedar en tus manos, te voy a pedir que lo quemes...”* Recordé más que nada: *“Son escritos que podrían llegar a hacerte daño. Y yo no quiero eso.”*

Ahora ella ya no estaba, ni volvería. No había más historia de vida que escribir en él. De abrirlo, no se enteraría nunca. Pero le había dado mi palabra. Y la palabra, era la palabra. Ella se fue sabiendo que, llegado el caso, no la dejaría de cumplir. Pasé mi mano por la tapa dura. Tenía un detalle de flores en rosa subido, casi fucsia, sobre un fondo de rosa pálido. Palpé el borde de la tapa y me sentí tentado de abrirla, mirar su letra, develar un poco su misterio, sus sentimientos y emociones, las tristezas y alegrías que plasmó en sus páginas. Pero me contuve de inmediato.

Desde afuera, me llegaron los ladriditos agudos de la cachorra. Tomé conciencia de que no debía estar ahí, aun cuando me pareciera más familiar que a sus herederos. Me llevé con-

migo el diario. En el fondo, la perrita le ladraba a uno de los gatos de Mariela (ella los llamaba “mis amores”). Estaba subido sobre la cubierta metálica del viejo bombeador fuera de uso. Al descubrirme, bajó y trepó la medianera del vecino, para saltar hacia el otro lado y perderse de vista. No tuve noticias de los otros tres. Después de aquella experiencia, quizá habían quedado un tanto recelosos, y anduvieron por ahí, arreglándose como pudieran, a falta de su dueña.

Contra la pared, en donde el corredor paralelo a la casa se cortaba, habían dejado trastos, diarios, revistas y objetos que consideraron en desuso, o bien que ya no tenían ningún tipo de utilidad. Miré hacia el paraíso, y pude ver a la perrita echada a un lado del tronco, mordisqueando el tallo de un yuyo alto, tratando de doblarlo con una de sus patas. El tallo le ofrecía resistencia, y aun cuando alcanzaba a doblarlo apenas, este terminaba volviendo a su posición natural. Estaba entretenida con su nuevo juego y eso me motivó a dejarla hacer un rato más.

Desde mi posición, miré el paraíso, y pude ver lo tanto que había crecido desde aquellos años de infancia. El contraste del ancho de su tronco actual y sus altas y gruesas ramas, se hizo más evidente frente a la impresión que retenía del pasado. Me senté apoyando la espalda sobre la corteza, y sentí lo tan desigual y agrietada de su firmeza. Tenía el diario en las manos y no podía sino darle vueltas y mirar su exterior, sus tapas, el lomo. Debía cumplir lo que también era parte de la promesa: quemarlo. Así iba a ser. Lo que sí, no podía llevarlo adelante en dicho terreno. En teoría, no debía estar ahí, invadiendo la propiedad lindera. Dejé el diario a un lado, y medité un momento acerca de que era lo conveniente. Concluí que debía quemarlo lo antes posible, dado que había estado tentado en leer algunas de sus páginas. Era la mejor decisión. Me paré y cuando me di vuelta cara al tronco, mirando hacia abajo, a la altura del abdomen, del lado del que para mí era su lado oscuro, el lado del árbol que se ocultaba a mi casa y a mi acostumbra perspectiva de vecino, vi grabado un corazón que el crecimiento había distorsionado solo en parte. No era una superficie fácil. Debió resultar costoso tallarlo. Deduje que tenía

una flecha que lo atravesaba. Una costumbre romántica que había perdido el encanto de otras épocas, quizá por el avance de los movimientos ecologistas y proteccionistas en general. Más allá del daño causado al árbol, lo sentí una gran pérdida. Se me figuraba que el mundo había sido mucho mejor mientras la gente todavía tallaba corazones atravesados en las cortezas de los árboles. De hacerlo ahora, nos granjearíamos la reprimenda de algún activista de *Greenpeace* o de alguna otra ONG. Pero estaba bien que así fuera. Los árboles nunca tendrían la culpa de nuestros amores ni de nuestros descuidos.

Me puse en cuclillas para poder escudriñarlo mejor. Me pareció que en su interior, en uno de sus costados, tenía grabado el inicio de una letra que daba la impresión de ser una consonante, una especie de ve corta invertida, con uno de sus lados más cortos. Me di cuenta que podía tratarse de la tentativa de una eme. Del lado opuesto, no había nada. Solo el abandonado vacío del corazón. De un corazón imposible.

Encontré más solitario aún a ese solitario paraíso. Ignorante de él mismo, ignorante de nuestro paso, de nuestras tardes de lectura bajo la sombra fresca de su copa. Esa entelequia, ese soporte despojado de conciencia, y por eso imparcial; antesala sin registro, recorrido hacia la nada sin recorrido; impermeable al amor y a las penurias, a la realidad toda, sin necesidad de fugarse, o fugado desde siempre, suspendido en el remanso de ser desconociéndose un *alma vegetativa*.

Toda curiosidad que pude haber tenido por leer su diario, se desvaneció. La tentación había cedido a otro apremio. Repentinamente, supe que no lo haría nunca.

Cargué a la perrita y pasé debajo del ligustro por última vez. Fui al galpón por un tacho grande y algo de *thinner*. Puse el diario dentro y le agregué algunas maderas. Lo humedecí descargando todo el contenido que había en el recipiente. Después entré a casa por un encendedor y una hoja de papel. Una vez afuera, frente al tacho, la retorcí y encendí. La arrojé dentro. Las llamas estallaron con una explosión ahogada.

Era sorprendente. En cuántas pocas páginas podía caber una vida. Cuántas pocas palabras necesitaba.

Las miré quemarse. En el humo, mientras terminaban de borrarse, las vi ascender.

Los sueños, esos cielos ardientes, de una forma u otra, siempre vuelven al lugar de donde vinieron.

Quinta Parte

Las cenizas de los iluminados

Retrotrayéndonos al principio de esta historia, todavía me encontraba en la iglesia, cuando resolví que ya era hora de cumplir con la doble promesa pendiente. No me había puesto a pensar sobre el por qué me había tomado todo aquel tiempo, que tampoco podía decirse había sido excesivo. No se trataba de que sintiera me hubiese retrasado, o que me hubiera dejado ganar por la apatía o caído en una pereza negligente. Simplemente dejé que todo siguiera su curso, que mis adentros se recomodaran decantando los sedimentos que debían decantar, logrando lo más parecido a una confiable transparencia, a una afinación natural, y así una armonía entre lo que podía entenderse como espíritu y acto, más que sabiendo, sintiendo estaba a las puertas de aquel día de consumación, de aquella tarde que hasta ahora, solo había llegado a imaginarme imprecisamente.

Cuando salí de la basílica era de noche. Todavía faltaba para el cierre y quedaban algunas personas en su interior. Me detuve del lado de la calle, frente a la reja de la gruta, para ver al fondo la imagen iluminada de la virgen, enmarcada en simulacros de piedra, bancos y árboles. A mi izquierda, retirada, una estatua genuflexa de santa Bernardita, capturaba uno de los momentos de la aparición. Abajo, cercanas y a un costado de la virgen, las luces de las velas ofrendaban todavía un tenue, y por instantes,

temblequeante halo amarillento sobre la pared; el *sebo* de la mayoría —las disimuladas víctimas sacrificiales—, ya consumidas, había cumplido su cometido, echando un poco de luminoso sosiego sobre algunas esperanzas.

Me santigüé. A veces lo hacía; lo hago aún. Nunca dejo de preguntarme por qué. Por convención. Por respeto. La respuesta más atinada sigue siendo la misma: por si acaso. Eso sí, a la manera de quién paga un seguro de dudoso cobro. Un detalle de irremediable precaución ante tanta falta de solidez. Estoy convencido, no se trata de ninguna contradicción.

Caminé lo que deben ser unas quince o dieciséis cuabras hasta casa; jamás me ocupé de contarlas con precisión. Previamente pasé por lo de Horacio, a retirar a la perrita. Para entonces estaba muy vivaracha. Apenas hacia dos días de vacunada, y no había dado muestras de fiebre o decaimiento. Me seguía dando un poco de tristeza, pero iba a tener que desprenderme de ella lo antes posible.

Al llegar, lo primero que hice fue buscar las urnas. Era sabido, no podía ingresar al Botánico con ellas. Llegado el caso en que alguien me interrogase, ¿qué clase de explicación iba a darle? Además, cargar con las dos resultaba ser una enorme incomodidad. Ni siquiera tenía sentido alguno el planteárselo. Pero frente al hecho de tener que mudar sus contenidos a unas vulgares bolsas plásticas, para pasar lo más desapercibido posible, supuse merecía darme una justificación, un argumentación de orden mínimamente estético. Por dicha razón, cuando tuve las bolsas en las manos, antes de ocuparlas, me siguió resultando una decisión tan indelicada, que terminé por desistir. Pensé con qué podía suplantarlas y me sobrevino la idea de unos pañuelos de seda, de esos que alguna contada vez le había visto usar a Eduardo. Los encontré buscando en los cajones de la cómoda. Me pareció un poco más decente, aunque sin pompa, al menos a la altura de lo que requería la íntima solemnidad familiar. Me avergonzó un poco el no haber pensado bien aquel detalle, y un tanto irreflexivamente ir por las bolsas plásticas sin contemplar alguna otra alternativa que no fuera tan impresentable. Seguramente, tanto Eduardo como Mariela

se hubiesen reído de mí. En realidad, ni les hubiera importado el cómo llegar. Después de todo no se trataba más que de polvo. Y solo los vivos se andaban con prejuicios y demás detalles decorativos y ceremoniales.

Con intenciones de adelantar los pasos a seguir al día siguiente, como si pudiera ganarle tiempo al tiempo, encendí la luz del patio, y salí *llevándolos*. Extendí uno de los pañuelos sobre la mesita de mármol, y volqué en él, las cenizas de Eduardo.

Tanto las cenizas blanquecinas como el gran pañuelo de seda estampado en rojo y negro, eran sumamente suaves al tacto. Iba a cerrarlo, anudándolo, y aunque no pueda explicar bien porque, pues no se trataba ni de practicidad ni de una decisión que pudiera tener o no coherencia, dada la imposibilidad de desacuerdo, decidí aunarlo con las cenizas de Mariela, como si así pudiera acercarlos, entregarlos a una eternidad en mutua compañía. Lo hice y lo anudé enseguida. Luego envolví el pañuelo en el otro, tratando de reforzar la seguridad del contenido, con la finalidad de evitar pudiera volcarse y esparcirse, procediendo a hacer un nuevo nudo.

Sopesé el envoltorio. Tan liviano era, que su peso no me sugería pudieran ser las cenizas de dos seres con los que había compartido buena parte de mi vida. Todo resultaba más rápido de lo que podía esperarse. Uno lo advertía cuando el fluir temporal, que siempre parecía ser el mismo, comenzaba a agotarse, o se terminaba inesperadamente para otro allegado, dejándote un boquiabierto espectador, y mostrándote su verdadero ritmo finito en la experiencia misma de la muerte.

De momento lo que importaba es que había dado inicio al cumplimiento de la promesa, y que había sido puesta en marcha.

Estaba un poco tenso, pero a la vez, sabía que era producto de empezar a aligerarme de la carga de responsabilidad. Me interné en el jardín, un tanto fuera del alcance de la luz del patio, que apenas escasamente llegaba a alumbrar parte del fondo. Aspiré la fresca nocturnidad vegetal y lleve mis ojos al cielo, buscando alguna estrella. Las próximas generaciones podrían

buscar viejas fotografías de cielos estrellados en Internet, y no pocas cosas más que se habrían extinguido.

Allí me encontraba cuando escuché sonar el teléfono. Entré a la casa apurando el paso, dejando el atado sobre la mesada de la cocina, pero al atender, quien llamara, ya había cortado. El reloj de pared daba pasadas las diez de la noche. No esperaba ningún llamado, así que pensé que podía ser un número equivocado. Sin embargo, el teléfono volvió a sonar. Me sorprendió escuchar a don Ricardo, el viejo librero amigo de Eduardo, para quien además, este había trabajado tantos años. Mucho más todavía fue mi sorpresa al escucharlo ofrecerme el puesto que había tenido mi tío. De alguna manera, toda la vida le había dado referencias de mí. Me contó un poco de los achaques de su edad, y de algunos problemas de salud un poco más serios, de su negativa a deshacerse de la librería, de ciertas necesidades económicas dado la escasa jubilación que cobraba como autónomo, de la falta de disposición de sus hijos ya grandes (aun cuando había puesto la librería a nombre de uno de ellos para cobrar el haber jubilatorio), con profesiones que no daban margen a otras responsabilidades laborales que no fueran las suyas. Qué más decir: el último año, dadas las circunstancias, había llegado a sentir la falta de Eduardo más allá de la amistad, y quizá, yo podía estar interesado en cubrir aquella vacante. En un primer instante, no supe qué decirle. Le hice saber que hacía años trabajaba en una fotocopiadora en Caballito, frente a la facultad, lo cual él ya sabía por Eduardo. También estaba al tanto de que había cursado filosofía (me preguntó si me había recibido; le dije que no sin más, no era el momento indicado para darle explicaciones que me hubieran demandado varios tomos), y sabía que era un buen lector y tenía ciertos conocimientos del rubro. Con esa base, lo demás lo aprendería rápido. Estaba dispuesto a mejorarme el salario. Era cuestión de hablarlo. Por mi parte, no podía dejar así como así la fotocopiadora, sin al menos poner de sobreaviso a Rubén, mi empleador, para que buscara un reemplazo. Me pidió disculpas por llamarme a esa hora; consideró que de esa forma iba a encontrarme seguro. Le dije que se despreocupara, que no era

problema, y que le agradecía el ofrecimiento, el cual iba a tener en cuenta. Me manifestó que el lunes siguiente le gustaría fuera a verlo a la librería. Le dije que así lo iba a hacer. Nos despedimos. Esperé que cortara.

Sentí que, tal vez la suerte empezaba a cambiar. Lo que quedaba de Eduardo en los pañuelos parecía darme una mano. Uno, en verdad, podía creer lo que quisiese. No obstante, él mismo Eduardo me hubiese dicho: “Dejate de joder, vos sabes que eso no es posible”.

Al día siguiente, el domingo acompañó con un sol de esos que hace salir de sus casas a media Buenos Aires. Preví iba a haber mucha gente en la zona de los bosques de Palermo y Plaza Italia. Ni bien almorcé, me aseguré tener encima algo de dinero y la documentación. Con la finalidad de hacer pasar desapercibido el bulto, elegí ponerme una campera de bolsillos amplios. En uno de ellos introduje el atado, y en el otro, con la cabeza negra afuera, casi a la manera de un bebé canguro, a la perrita. Tenía que encontrar la forma de hallarle un hogar, y con la *ayuda* de tanto pibe, las posibilidades, pensé, aumentarían. Quizá alguno se encariñara a primera vista, y sus padres cedieran. Tampoco deseché la idea de dejarla en el Jardín Botánico. Guardaba cierta confianza en que alguien la recogiera y quisiera quedársela. No era una solución que me agradara ni que me hiciese sentir orgulloso de aquel acto reprochable, pero no lo había descartado. Me hacía o me quería hacer a la idea de que tarde o temprano, alguien más apto y merecedor de amarla, también alguien más merecedor de su amor, un niño tal vez, o una niña, iba a llevársela, y todo terminaría felizmente como esperaba.

Cuentos, pretextos con que sedar el alma. Podía que algo de eso ocurriese, y que mi abandono terminara conduciéndola a una vida mejor. Pero nada eliminaba aquello que pudiera tener de desaprensivo de mi parte.

Finalmente salí a cumplir, con ellos y conmigo mismo. Al abrir la puerta de calle, como siempre, el cementerio aparecía delante de mí, saliéndome al paso con su aviso permanente. Como burlándome de él, fingí ignorarlo, fantaseando que no

podía ver dentro de mi bolsillo, y así enterarse de cómo Eduardo y Mariela le iban a esquivar el bulto. Una última jugareta que le hacíamos; tanto esperar en balde por nosotros. Faltaba yo. Seguidamente imaginé que, no obstante, nada le escapaba a su vista, y dejándolo pasar, a modo de revancha, me decía algo así como: “Veremos si vos tenés la misma suerte”. Le contestaba: “Mira que ando con ganas de vender la casa”, y era cierto, me había pasado por la cabeza varias veces en las últimas semanas, “Así que, no te vas a salir con la tuya. Anda resignándote” Él terminaba respondiéndome: “Tu vieja tenía razón. Con unos cuantos ladrillos y un poco de cemento, tu vida hubiera sido diferente” Y burlándose de mí, me murmuraba al oído: “¿Qué crees que haces? ¿No te das cuenta qué vayas dónde vayas, allá voy a estar?”

Que estuviera donde quisiera. Yo iba tranquilo, dando todo por consumado. A lo más, a la tardecita iba a estar de vuelta en casa, aunque ya solo.

La perrita se tornó en centro de atención durante el viaje. Su cabecita saliendo del bolsillo, despertaba blandura y simpatía. La gente sonreía al verla. Me sonreían (cosa que la gente no hace habitualmente, eso de sonreír a otro porque sí, a menos se tuviera una mascota en el bolsillo), haciendo algún que otro comentario, o animándose a trabar una muy breve conversación acerca de cuántos días de nacida tenía, de los encantadores que eran los cachorros, de las que eran sus mascotas o de las que habían tenido y recordaban con cariño.

Cuando llegué frente a la entrada del Botánico, había pasado por una ráfaga de popularidad infrecuente, aunque solo de rebote, por acompañarme de una llamativa estrella canina, que a nadie dejaba de moverle la cola. No tenía ni idea si se permitían perros en el lugar, así que le metí la cabeza adentro del bolsillo unos segundos al ingresar. No tenía ganas de estirar aquel momento. Más que nada por tener encima a la perrita, y de pronto saber que iba a dejarla allí. Ese era un trago que debía apurar lo antes posible, para después alejarme de la misma manera.

Había resuelto tomar la decisión más galopante porque, ¿cómo iba a toparme con alguien que la quisiera? Podía hacer el intento, pero en el fondo, algo me decía que todo iba a ser en vano, que me podía pasar varios días tratando de colocarla sin obtener éxito alguno. Pero primero debía consumir la tarea principal a la que había venido. Después todo era cuestión de dejarla por ahí, como si nunca la hubiera visto, como si jamás la hubiese tomado en su caja y llevado conmigo. Después de todo, yo había alargado sus días. No iba a faltar alguien que, al verla tan compradora, se compadeciera en la forma que solemos compadecernos, al ver a un cachorrito abandonado a la buena de dios y le ofreciera un hogar, aunque no nos pase lo mismo en tales circunstancias al encontrarnos con un par humano, vaya a saber bien el por qué.

Recordé lo que me había dicho Eduardo: que siguiera en línea recta desde la entrada, hasta toparme con la ubicación del banco. Él no había pensado en la posibilidad de que quizá, transcurridos tantos años, por alguna remodelación, lo pudieran haber cambiado de lugar. Aquello se me ocurrió mientras caminaba en esa dirección. Así que, aún cuando no respetara el sitio preciso, encontrándome dentro del lugar elegido, me di por satisfecho. Su memoria, tal vez, guardara incluso un recuerdo un tanto distorsionado. Comencé a percibirlo, cuando los pocos datos que me había aportado no parecían corresponderse con la realidad. Me dio algo de tristeza saber que, más allá de aquel intento, todo estaba fundado en que aquella María del Carmen, también recordara su promesa adolescente. Quién sabe qué habría sido de ella. Si aún estaría viva, si ya habría muerto. Si hubiera recordado a Eduardo y a aquella vieja promesa, o lo hubiera olvidado completamente, en la que pudo ser una vida feliz al lado de otro hombre, al que hubiera amado cómo a ningún otro, y junto al que sí quisiera reposar por el resto de la eternidad. Mariela, en cambio, tendría su suerte asegurada entre tantos gatos. Quizá ella pudiera llenar con su compañía de polvo, el hueco de María del Carmen.

Encontrarme diciendo esas cosas, pensando de aquella manera, en otras instancias, me hubiera hecho sentir más que ridículo. No obstante, ese era yo. Ni crédulo ni incrédulo.

Llevaba la mano metida en el bolsillo, tratando de contener el movimiento continuo del animalito, cansado de ir metido en él, y queriendo hacer tierra para liberarse un poco. Jugueteadando, no dejaba de mordisquearme los dedos de la mano con sus dientitos puntiagudos, apretándome lo justo y una medida más, casi sabiendo medirse ante el dolor que podía llegar a infligir.

Al acercarme al que me pareció podía ser el lugar, pude ver que una joven madre ocupaba el banco con su hija, una chiquita de unos seis o siete años. La pequeña, vestida muy coqueta de turquesa casi en su totalidad —salvo las medias blancas y una cinta del mismo color que ataba con un moño su largo pelo rubio— iba y venía entre las plantas, sin tener en cuenta las restricciones de los carteles. La mujer hacía lo posible por persuadirla de que no trasgrediera las indicaciones de los letreros, mientras hablaba por celular.

Estaba obligado a esperar a que se fueran. No podía vaciar los pañuelos y tirar las cenizas delante de ellas. No creía lo interpretarían como algo normal. Tampoco podía detenerme a ofrecer explicaciones. Hubiera podido dar unas vueltas por ahí, para volver cuando ellas no estuvieran. Pero volví a mirar a la mujer y me pareció muy hermosa, con su rostro aniñado. Rubia también, como su hija, se parecían mucho. Descarté que pudieran tener otra filiación que no fuera esa. Estimé que quizá podría tener unos treinta años, no más. Unos cuantos menos que yo. Entonces no me quise ir. Ya no quise dar ninguna vuelta. Cruzamos unas miradas de reconocimiento y para no preocuparla, dados los tiempos inseguros que vivíamos, saque a la perrita del bolsillo y la dejé en el sendero, a manera de ofrecerle tranquilidad.

Olfateando el piso, llegó hasta el césped y sin más, orinó en el sector arbolado de las gimnospermas. No había previsto algo así. Celebré que en el trayecto, no se hubiera meado en el bolsillo de mi campera. La nena la vio, y movida por ese magne-

tismo irresistible que generan los cachorros, se acercó con todos los dientes alumbrándole la sonrisa, agradecida a la vida por aquella peluda aparición, que pareció rebosarle el alma cuando la perrita corrió hacia ella.

— ¡Mirá, mami! ¡Qué lindo perrito! —dijo agachándose para acariciarla. La negrita movía la cola y se dejaba hacer, prodigando cariño sin preguntarse ni a quién ni cómo ni por qué.

Dí unos pasos hasta ellas y le aclaré:

—Es una perrita. ¿Te gusta?

—Sí —contestó—. Es hermosa. ¡Mirá, mami!

La madre, que continuaba hablando por celular, apuntó algo en una libreta, la guardó, y se puso de pie para sonreírle asintiendo con un gesto de la mano.

— ¿Cómo se llama? —me preguntó.

Vacilé un instante. ¿Cómo iba a saberlo? No le había puesto nombre alguno.

— ¿No sabes? —se apuró a interrogarme.

—Sí. Se llama *negrita* —contesté espabilándome. No era muy original, pero fue lo más rápido que se me ocurrió para salir del apuro.

— ¡Ahhh! ¡Qué dulce! Me lame la mano. Qué linda sos —continuó acariciándola.

Terminada la conversación telefónica, su madre se acercó guardando el celular en la cartera.

—Disculpe. Vení, Noe. No molestes al señor.

—Pero si no estoy haciendo nada, ma —se quejó.

—No es ninguna molestia. Dejala, le está haciendo unos mimos a la perrita. Los cachorros y los chicos son una buena combinación. Las relaciones con los animales mejoran nuestros sentimientos.

— ¿Me la regalas? —dijo.

—Ay, Noe. ¿Cómo se te ocurre? La perrita es del señor. Además, ya te dije. Vivimos en un departamento y no podemos tener animales.

Estuve a punto de contarle por qué la había traído hasta ahí, conmigo, pero el escuchar que vivía en un departamento me contuvo. No parecían tratarse de candidatas a quedársela.

El celular le volvió a sonar, y con un leve gesto de fastidio fingido volvió a sacarlo, llevándose la cartera al hombro, para atender con mayor comodidad.

—Sí. Decime... ¿Qué pasó ahora? ¿Qué te olvidaste?... No, no hace falta. Eso lo compro yo... Sí... Bueno. Dale. Dale. Chau... Los preparativos para el cumpleaños de su primita — me confió—. Una lista interminable. Que esto, que lo otro... Las chicas vienen bastante exigentes ahora.

—Ya lo creo.

La nena se movía de aquí para allá, llamando a la perrita, y esta la seguía detrás, intentando llegar hasta ella sin resultado.

— ¿Vamos, Noe?

—Ayy, noooo...

—Dale, ¿En qué quedamos? ¿No dijimos que íbamos a tomar un helado?

Eso la persuadió lo suficiente como para desistir, aunque no sin cierta inconformidad.

—Chau, hermosa —le dijo a la perrita, sujetándola entre las manos y levantándola. Me la entregó. Sentí sobre la palma de mi mano la suavidad de su pancita tibia y lampiña. Nos saludamos cortésmente. Me senté en el banco. Las miré mientras se iban de la mano. La nena se dio vuelta para volver a saludarme. Le devolví el saludo.

Estaba solo, como había esperado. No tenía cerca a nadie más. Dejé a la negrita en el suelo y se quedó curioseando al pie del banco. Me tomé un silencio verde y leñoso, de cedros, araucarias, cipreses y arbustos que desconocía. Se parecían a mí, creo, a *nosotros*, incluyendo a los ahora de polvo. Las gimnospermas no tenían fruto. A lo sumo un falso fruto, como las piñas que protegían las semillas de los pinos. De flores diminutas y nada vistosas. Con una diferencia fundamental: ellas dejaban semilla.

Me llevé la mano al bolsillo de la campera y saqué el envoltorio de pañuelos de seda. No recé. No invoqué a nadie. Sin ritual, sin ceremonia, sin pensar, lo apoyé sobre el banco y comencé a desanudarlos.

Miré por última vez las cenizas de aquellas dos personas tan cercanas, las más cercanas que había tenido. Qué rápido pasaba la vida. Parece que no, pero solo lo parece. En momentos como esos, el tiempo era más que nunca, *los tiempos*.

Todo volvía a la armonía del principio. Pero, ¿qué era la armonía? ¿Solo algo que estaba más allá de nuestras posibilidades? ¿Acaso era factible alcanzarla estando vivos? ¿Existía la armonía en un vínculo de dos? Bueno, entendiéndola como algo sin fisuras, completo, acabado, total, pleno, todo intento de unión podía interpretarse como inarmónico, aun cuando tendiera a lo armónico, y se alcanzara a veces, brevemente, o se llegara a experimentar algo parecido. Pero, ¿no podía ser eso lo que, paradójicamente, lo tornaba valioso: el deseo imposible de perfección, de infinitud? Porque quizá, lograrlo como meta sería, al menos en parte, quitarle el anhelo, arrebatarle la grandeza de resistir para la utopía. Sería volverlo algo hacedero, y en tanto alcanzable, ¿no tendría acaso menos mérito? No se trataba de pensar que la unión no pudiera lograrse hasta cierto punto, temporal y escasamente, hecha de rupturas y pegatinas, pero jamás lo sería en el sentido en que la idealizábamos. Toda unión era un acoplamiento que solo podía *aspirar* a ser armonioso, y no obstante, ¿no alcanzaba eso para sustentarlo? Si bien no era más que una tensión vinculante cuyo orden es lo inacabado, ¿no es esa resistencia lo que lo transforma en prodigio: el saberlo inalcanzable, y aun así, no dejarlo de intentar?

Por encima de la imposibilidad, incluso por encima de la meta, esa obsesión cuyo destino le era esquivo, quizá fuera la más grande maravilla del fugaz espíritu humano, del desvalido ser que había logrado soñar. El llevar en el amor el deseo de hacer posible lo imposible, aún sabiéndose perdido por perdido, aun cuando no fuera en última instancia, en tanto agotable, en cuanto destinado a extinguirse, sino una amorosa y válida necesidad.

No solía pasarme nunca, pero de pronto sentí una sensación de soledad a la que no estaba habituado. Cómo si al fin no me alcanzara conmigo mismo (cómo si pudiera decir que siempre me hubiese bastado) De hecho, ¿estábamos constituidos para bastarnos a sí mismos? Lo cierto es que no estábamos solos en el mundo, un mundo que no sería tal si no fuera un tejido de relaciones, un soporte de *otredades*. Con ellas y todo, ¿era lo propio de lo individuado lo que estaba a la base de toda relación? ¿O era la relación lo que daba origen a lo individuado? También podía pensarlo de otra forma, y no solo remontando al origen un solo concepto, proponiéndolo por encima de otros. Podía ser una dialéctica que anulara un origen fundamental. Quizá la idea de *origen y final* por encima de lo vivo, de lo finito en tanto conciencia, fuera solo una pretenciosa idea humana que no tenía por qué tener asidero en lo real no consciente, una proyección del inicio y término de nuestro destino mortal hacia un cosmos que no era sino increado, por siempre, desde siempre y para siempre. ¿Pero qué idea no era humana?

Sin embargo, en el sentir, al menos en el mío, la balanza parecía inclinarse hacia ese sospecharse cuasi aislado en la individualidad, en tanto no podíamos ir como uno mismo más allá de ese límite de carne, a no ser por la social y desprendida virtualidad de la palabra, y el deseo de alcanzar a ese otro de una manera imposible, queriendo y no queriendo fusionarnos con él, para no dejar de ser esos irrepetibles.

Buscábamos lo inalcanzable, quizá lo inexistente. El origen. Lo eterna paz. El permanente amor. La completa felicidad. Lo extraordinario.

Pudiera que estuviéramos hechos de sueños ingenuos, que también ofrecían el matiz de ser o parecer loables. Veníamos sin saber, y por lo que sugerían las cenizas sobre el banco, resultaba ser, nos íbamos en las mismas condiciones. Pero lo cierto es que las cenizas no daban respuestas. Y no puedo decir que, tal fuente de interrogantes, sea algo bueno o malo. Porque, ¿quién sabe lo que es morir? Yo no lo sé, ni creo que nadie pueda saberlo. La intuición, en este caso, de nada nos servía. No podía hacernos ningún aporte más que un conjeturar.

Sencillamente, tomé el pañuelo y dejé caer el contenido a un costado, sobre el césped. Apenas si levantó una nubecita tenue de polvo, discreta, insignificante; la misma que podía haber desprendido un escobillón al barrer. Eso era todo. No se trataba ya de una despedida.

Sacudí el primer pañuelo, el más comprometido, y luego el otro. Y en esa neutralidad de final diferido, esos finales que hacía meses y semanas habían terminado y se habían alargado por eso tan propio de lo humano, lo simbólico (el hacer que la voluntad extinguida moviera sus últimas piezas, acomodándose estas a un deseo que fue) me quedé mirando como la perrita se había alejado entre los troncos de los árboles.

Era el momento. No tenía que pensar. Solo dejar el banco y caminar, como sí nuestro encuentro no hubiera sido más que una circunstancia de tránsito, mientras su destino se terminaba de resolver en un futuro que no me involucraba ni comprometía.

No quise volver a mirarla. Me levante guardando los pañuelos sin doblarlos, y mientras lo hacía, sobre el banco, hacia uno de sus lados, descubrí un iPod que alguien habría olvidado y que me había pasado desapercibido al sentarme. Inmediatamente me di cuenta que debía ser de aquella mujer. La recordé hablando por teléfono y levantándose con cuidadosa obligación de madre para controlar a su hija. En esa circunstancia debió de haberlo desatendido, y así extraviado. Probablemente no lo observara hasta llegar a su casa. Aunque podía volver a buscarlo si es que lo notaba en lo inmediato. Entonces recordé lo de irse a tomar un helado. No supe que hacer. Forcejeé un poco entre esperar y tomar la iniciativa de ubicarla. Y en ese debatirme, reteniendo todavía la buena impresión que me había causado, me jugué por esto último. ¿Quería volver a verla? Quizá. Pero entonces me di cuenta que, de hacerlo, no me podía aparecer sin la perrita, ya que generaría preguntas a las que no podría contestar sin promover presunciones desfavorables, o una imagen rara que anulara todo asomo de *oportunidad* o que las disminuyera obligado a relatar una mentira que, posteriormente, tuviera que confesar. Insólitamente, estaba elaborando una

serie de conjeturas en base a lo que, de tan espontánea y repentina, ni siquiera estaba seguro llegaba a ser una fantasía.

Me apuré en buscar a la negrita. La devolví al bolsillo en donde la había traído, y sin perder más tiempo, no sin prisa, llegué nuevamente hasta la entrada del Botánico. Eché una mirada a los alrededores a ver si las localizaba. No las vi. Había mucha gente. Me debatí un instante acerca de qué dirección tomar, y me vino la idea de preguntar en dónde podía encontrar la heladería más próxima. Después de dos intentos, un señor supo decirme y hacia allí me dirigí. Caminé rápido. Casi como si se tratara de perderme de mucho. Me sentí empezar a transpirar.

Realmente no tenía más sentido que el de realizar una obra de bien: devolver el iPod. Mi cuerpo me llevó apurado, mirando en todas direcciones, hasta llegar a la heladería. Miré hacia dentro, y al no verlas entré para garantizarme no pasarlas por alto, pudiendo ser algunas de las personas que sentadas, disfrutaban su helado tapadas por los que estaban de pie en espera del suyo. Pero no se encontraban ahí.

Al menos lo había intentado. Pensé en que podían haberse dirigido a otra heladería cercana, pero ante esa frustración de no encontrarlas, perdí el empeño. Después de todo, era solo un iPod producido en serie. Se podía reponer.

Así que ahí estaba, con la perrita, que ahora parecía comenzar a tener un nombre, el que Horacio le había puesto provisoriamente y apuntaba a dejar de serlo, lo cual no estaba previsto, removiéndose inquieta en el bolsillo, y reclamándome por más lugar, por más movilidad, por una vuelta al piso. La tomé y la subí con las dos manos hasta dejarla cara a cara conmigo, su cuerpito gordo colgando. Nunca dejaba de mover la cola, señalándome como su aliado en un mundo que recién comenzaba a experimentar, y haciéndome sentir culpable sin quererlo. Que sabía de culpa el animal. Por lo visto ese no iba a ser el día. A menos volviera al Botánico por un nuevo intento. Lo pensé. No era nada fácil.

Sin embargo, lo tenía que hacer. Dejarlo pasar más, complicaría las cosas. Me hubiera gustado ofrecerla. Y si podía y

no lo hacía, la explicación pasaba por ese incómodo rechazo continuo que imaginaba no poder enfrentar. No era fácil colocar un perro de la calle, aún cuando fuera un cachorro. Implicaba responsabilidades y gastos que no cualquiera podía afrontar, sin excluir que aquellos que amaban a las mascotas, por lo general, ya tuvieran una o más.

La solté sobre la vereda y le permití que estirara un poco las patas. Atento a que no se acercara demasiado al cordón y pudiera bajar a la calle, no imaginé que aquella voz de niña que gritaba: “¡Señor! ¡Señor!”, podía estar consagrada a mi persona. Por eso me sorprendí cuando detuvo de golpe su carrera a mi espalda y tirando suavemente de mi campera a la altura de la cintura, Noelia me dijo:

—Hola, señor. ¿Cómo está?

Su madre, esa mujer que me había resultado tan atractiva, venía detrás, ofreciéndome un gesto de dichosa paciencia, con gusto a nueva disculpa.

La nena no hizo más que encaminarse resueltamente hacia la perrita.

—Negrita. Acá, Negrita. Vení... Hola, Negritaaa. ¿Estás contenta de verme de nuevo?

Seguramente lo estaría, pero más contento estaba yo, de encontrarme con su madre otra vez. Si hubiera tenido un rabo, me hubiera delatado sin prejuicios, con la sinceridad de un animal.

Todavía a metros de mí, saqué el iPod y se lo mostré para justificar aquel nuevo encuentro.

— ¿Es tuyo, verdad?

Se detuvo extrañada, entreabrió la boca e hizo un gesto de llevarse una mano a la cabeza, denotando su olvido.

—Ay, sí. Muchas gracias... ¿Lo dejé en el banco, no?... Es que estaba escuchando música mientras la nena jugaba y me sonó el celular —se justificó tomándolo y poniéndolo en la cartera—. Mejor que lo guarde rápido antes que lo vuelva a dejar en otro lado. Qué cabeza la mía. Ni me había dado cuenta.

—Le pasa a cualquiera... Por suerte las encontré

— ¿Y...cómo hiciste para ubicarnos? —Advertí que había vacilado en tutearme, pero finalmente lo hizo—. Debes haber estado dando vueltas por ahí. Pobre... Fue pura casualidad, ¿no?

—En realidad, no. Te escuché decir que iban a una heladería. Solo pregunte dónde tenía una cerca.

—Qué gentil. Lamento mucho haberte quitado todo este tiempo.

—No hay nada que lamentar. Me alegra haberlas encontrado. Cuando llegué, como no las vi, pensé que ya no iba a poder ubicarlas. Es que me demoré... porque justamente no encontré el reproductor enseguida, me di cuenta al rato de estar sentado... Pero, bueno, igualmente, misión cumplida.

—Realmente te agradezco mucho... Nosotras fuimos a ver unas vidrieras. Por eso no vinimos directamente.

—Afortunadamente, porque quizá no nos hubiésemos vuelto a cruzar. Probablemente se habrían ido antes de que yo llegara.

—Puede que sí.

Mientras hablaba conmigo, no había dejado de estar atenta a su hija.

—Dejá a ese animalito, Noe. Lo vas a fastidiar con tanto toqueteo.

—Pero maaaaá...

—No creo —dije—. La perrita es muy cariñosa. Si es por ella, quiere que le estén encima todo el día, menos cuando come, o duerme, claro.

—Vamos a comprar el helado, Noe. Dale. ¿De qué lo quieres?

—De frutilla y dulce de leche, mami.

Sacó dinero de la cartera.

—Dale, Noe. Dejé la perrita del señor, que se va a enojar.

—Para nada. Dejala que se entretenga un rato más. Hagamos esto. A mí también me dio ganas de tomar helado. Quédate mirándola, que yo hago la cola y los compro.

—Ay, no. Faltaba más.

—No te hagas problema —extendí la mano para que me diera el billete y le pregunté—: ¿De qué lo querés?

—De chocolate con avellanas, o con nueces. Me da igual.

—¿Cucurucho? ¿Vasito?

—Vasito.

—¿El de la nena también?

—Sí.

—Ok. Frutilla y dulce de leche, para la nena, y chocolate con almendras o nueces, para vos —repetí.

—Mirá el trabajo que le estás dando al señor, Noe, por no hacer caso.

—Para nada. Y me llamo Ariel. Que me digas, señor, me hace sentir viejo. Si no me vas a obligar a que te llame *señora*, y esas formalidades, vos sabés, parecieran que te echaran encima más años de los que tenés.

Se rió. Me pareció que iba bien encaminado. Acercándome solo milímetros, era cierto, pero sentí que acercandome. No se podía pedir más.

Nos sentamos a tomar los helados en los bancos que había fuera de la heladería. Tuvimos la suerte de que justo se desocupara uno de ellos. Charlamos un rato, mientras Noelia cargaba a la negrita como si fuera un bebé. Me animé a contarle el por qué había ido al Botánico esa tarde. Solo una parte, un resumen escueto, aunque conciso, digamos que lo necesario, lo que le causó cierto efecto emotivo, como suele ocurrir en esos casos, en general.

Obviamente, callé mis intenciones acerca de la cachorrita. Se había convertido en una herramienta cómplice. Sin que lo supiera nunca, estaba jugando a mi favor. Me contó algunas cosas de ella. Que estaba separada hacia dos años, que el trabajo, que la vida no resultaba nada fácil, que la plata no alcanzaba, que el alquiler, que todo se había ido por las nubes; en definitiva: que había que yugarla bastante. La experiencia común de la mayoría. Así y todo, un momento agradable.

Como era de esperar, lo bueno no podía durar mucho. Su vida continuaba más allá de mí insignificante existencia. Me atreví a preguntarle si tenía perfil en *Facebook*. Que sí. Me dio

su nombre y apellido para que le enviara una solicitud de amistad. Lo escribió en una servilleta de papel de la heladería. Sugerí que quizá tuviéramos oportunidad de volvernos a cruzar, al menos vía *chat*. Que claro, aseguró. Saludé con un beso a Noe, quien me entregó a la negrita, y no pude ser menos con su mamá: Valeria. Me volvió a agradecer lo del iPod. Y cada quién a su casa.

Como nunca antes, caminé sintiendo la necesidad de una mujer así, pero no ya de las mujeres, sino de una en la que todas las demás se reunieran, que las cupiera dentro de sí, como ella lo hacía; una mujer como esa, que de solo verla me daba la sensación de conocerla desde siempre; que fuera todas, como lo era. Pensando en ella, repetidas veces, chequee que la servilleta continuara en mi bolsillo.

Mientras volvíamos en el tren, me di cuenta que no podría separarme más de aquel animalito. La llevaba conmigo, sentada sobre las piernas. Con unos ladriditos agudos, volvió a ser el foco de atención entre los pasajeros.

Le puse el dedo en la boca para entretenerla, dejando me lo mordisqueara, para de esa forma evitar que ladrara.

Ahora éramos ella y yo. Ya le encontraríamos la vuelta. Horacio, provisionalmente, podía seguir siéndome de ayuda, como lo había sido hasta ahora. En poco tiempo más iba a crecer, y ya podría arreglarse sola en casa, esas horas en que no estuviera.

Mañana mismo, a la salida del trabajo, iba a ir a hablar personalmente con don Ricardo. Era un buen momento para cambiar. Me imaginaba en la librería, entre todos esos libros: un refugio. El cambio, también es, de alguna manera, y según las circunstancias, un eufemismo no reconocido del olvido. Pero es mejor que nada. O así parece ser, en tanto brinda una posta en la que descansar de buena parte del pasado, hasta tener que volver a correr, quizá, en otro escape. El problema era lo

de siempre: ¿hacia dónde? No había pasado que no hubiera sido un presente; hasta el futuro era un pasado por venir. Todo corría en su misma dirección. Y para qué *volverla a mencionar*. Se habían escrito tantos libros *nombrándola*. Con o sin nombre, me había acompañado toda la vida, esperándome en la vereda de enfrente, como una novia de rara costumbre, que tomándose su tiempo, llegaría puntual a la única cita.

Es lindo vender un libro pudiendo recomendarlo, solía decir Eduardo. Ganarte el pan vendiendo sueños. Hablaba de la satisfacción de no ignorar el hecho de estar otorgando la suerte de recorrer las mismas palabras leídas, para así otro viviera y sintiera lo que otros habían vivenciado, pudiendo compartir ese imposible, ese ser a destiempo el mismo o los muchos mismos otros. Hablaba de gratificación. Casi de hacer el bien. Aunque algunos textos lo hacían de forma extraña. Laberíntica. Algunos no ofrecían salida alguna. Había que buscarla, si es que uno quería, si es que uno podía, en solitario, y a través de otros libros, de otras variantes; de pasadizo en pasadizo. A veces quedaba uno atrapado en sus páginas por siempre. O demasiado tiempo. Se trataba de saber abandonarlos, dejarlos atrás, agradecidos, liberándonos, liberándolos, y despidiéndolos como viejos amigos. En mi caso, había buscado esas páginas subyugado por lo inconcebible, por lo abisal. (Quizá porque, como había sostenido... ¿Rousseau?, no hay nada tan hermoso como lo que no existe). Pero más que otra cosa, porque me sentía ajeno a este mundo, tratando de hacerlo mi casa, sin llegar a ser más que un huésped inoportuno, de esos que aparecen en el momento menos apropiado, y que incomodado, no puede evitar incordiar. Aunque la negrita, que había apoyado sus patitas delanteras sobre mis pectorales y atinaba a mordirme el mentón, me regalaba la excepción a la regla. Extraña criatura capaz de amar a uno de los especímenes del género humano; la especie más cruel que había pisado la tierra, el depredador más pernicioso que había existido jamás. ¿Qué vería de bello en nosotros; en mí? En aquel que ni siquiera había pensado en acercarla a un refugio para perros de la calle por comodidad, dada su lejanía, a ella, que vaya a saber por qué razón,

tenía la certeza, jamás querría prescindir de mí, jamás me dejaría abandonado.

De momento, de haber podido, podría haberse llamado feliz. Y por cierto, estaba a salvo de preguntarse sobre constelaciones de sentidos, finitud, y otros tantos enigmas y heridas existenciales. Y por qué no, a salvo de algunos libros de filosofía. Ella parecía saber adónde enfocar, lo que hacer, que ignorar. Tan nueva, tan inocente, con todo su tiempo por delante, sin preocuparse qué hacer con él; no necesitaba de la esperanza. Tan distinta a nosotros. Tan distinta a mí. Sin embargo, no parecía ser yo tan distinto para ella. La tomé por debajo de las patitas delanteras y la acerqué a mi cara. Dejé que me lamiera las mejillas, la nariz, la boca. Pude sentir el contraste que surgía de su cuerpo tibio y el frío de tantos vocablos, ladrillos de las teorías, ruinas futuras.

Miré dentro de sus ojos oscuros contentos de verme (si hubiera podido, se hubiese reído. La risa, en verdad, es un asunto serio), y ahí estaba, adherida al instante, reconociéndome uno más, aceptándome como lo había hecho desde aquella primera vez. Y sin dejar de agitar la cola de un lado a otro, casi su estado natural, ella, que carecía de palabras, parecía querer regalarme un secreto bien guardado, de esos que bien se ocultan por estar, paradójicamente, tan a la vista, regado por todos lados.

Algo que, de haber podido traducirse a todos los lenguajes existentes, a todos los que habían existido, y a todos los por venir, podría haberse expresado con una simple y evocable frase como esta:

“Siempre hay alguien que nos necesita”.

Buenos Aires, febrero de 2014.

ÍNDICE

Primera Parte	
La Patria	5
Segunda Parte	
Las Fronteras	117
Tercera Parte	
Extranjero Eterno	377
Cuarta Parte	
El solitario Paraíso	567
Quinta Parte	
Las cenizas de los iluminados	603

